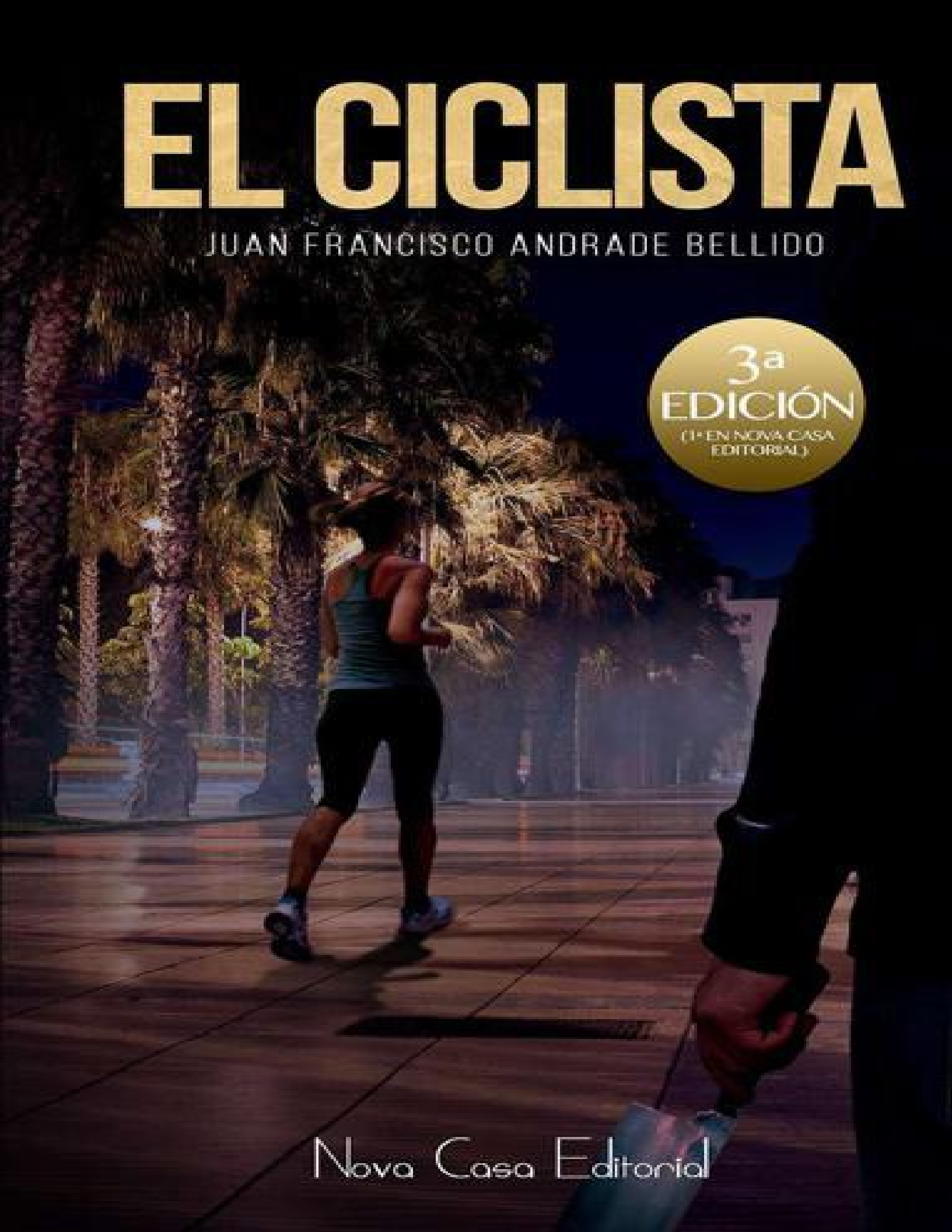
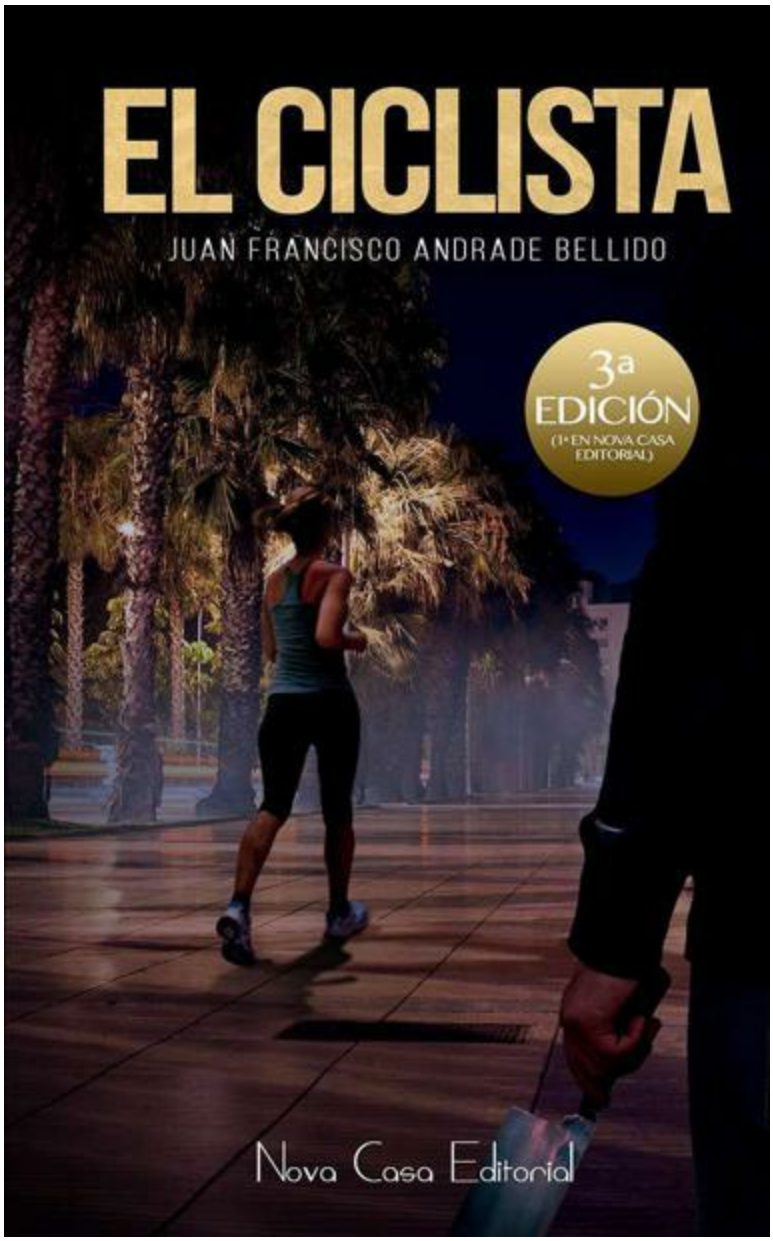
EL CICLISTA

JUAN FRANCISCO ANDRADE BELLIDO



Nova Casa Editorial


EL CICLISTA
JUAN FRANCISCO ANDRADE BELLIDO
3a
EDICIÓN
(1ª EN NOVA CASA EDITORIAL)
Nova Casa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2013, Juan Francisco Andrade Bellido
© 2014, De esta edición: Nova Casa Editorial
Editor
Joan Adell i Lavé

Cubierta:
Pablo Basagoiti

Composición de portada
Francisco Rivas
http://www.franciscorivas.com/

Maquetación
Alpha e Omega
www.alphaeomegaeditora.pt

Fotografía solapa:
Pablo Basagoiti

Impresión
QP Print

Primera edición en Nova Casa Editorial: Noviembre del 2014
Depósito Legal: DL B 1395-2015
ISBN: 978-84-16281-17-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 47).

Juan Francisco Andrade Bellido

El Ciclista

Nova Casa Editorial

Querido lector:

Desde siempre el hombre ha sentido la necesidad de contar historias y de escuchar o leer las que otros cuentan. Pero hay quien convierte esa necesidad en vocación literaria, por eso los autores convierten la literatura, en este caso la narrativa, en el vehículo que les permite sacar fuera todo un mundo que bulle en su interior y que es fruto de la imaginación, la observación, el análisis y la documentación.

Y ahora te encuentras en el momento mágico en el que el trabajo del escritor cobra sentido, ya que vas a empezar a leer la novela. Así que es mejor no entretenerse mucho en preámbulos, solo se trata de presentar la historia que Juan Francisco Andrade ha creado para ti y que ha revisado para esta nueva edición, me consta que con ilusión y minuciosidad.

"El Ciclista" es la segunda novela de una trilogía de género policíaco, aunque esto no impide que se pueda leer de manera independiente; se inicia con "Señales de Humo", en la que ya aparecen dos de los personajes principales, Ramón Castillo y Luis Bernal, y que culminará con otra titulada "Sobre el Abismo" que se publicará próximamente.

Los hechos transcurren en Málaga, ciudad natal del autor, esto hace que los personajes de ficción se desenvuelvan por lugares reales de esta ciudad que son descritos con detalle, casi con visión cinematográfica y que puedes reconocer perfectamente si paseas por ellos.

El personaje que da nombre a la novela representa la encarnación del Mal, es un asesino metódico, calculador, sin ninguna capacidad de empatizar y siempre vigilante, omnipresente.

La lectura de la novela hará que se produzca, como en la tragedia griega, un efecto de catarsis, de purificación, al comprobar hasta qué grado puede llegar la maldad en el ser humano y cómo algunas personas, en este caso El Ciclista, para dar rienda suelta a sus instintos más perversos, son capaces de justificar lo injustificable.

A descubrir quién es la persona que se esconde detrás de ese apodo y que ha sido capaz de cometer crímenes atroces se van a dedicar Fernando Muriel, subinspector de policía, Luis Bernal, agente de Europol y Lorenzo Clotet, guardia civil retirado. Pero lo más sorprendente es que entre a formar parte de la investigación, aunque él se resista a implicarse, Ramón Castillo, médico de profesión y dotado de una extraordinaria y preclara intuición que poco a poco va convirtiéndose, casi sin querer, en protagonista y que va a ser determinante

en el desenlace de la historia.

Aunque la trama gira en torno a la muerte de Natalia y de otras chicas que pueden estar relacionadas, Carolina, la mujer de Muriel, junto con Castillo van a participar de una acción que transcurre de forma paralela: averiguar qué ha pasado con la desaparición de algunos adolescentes. Si al principio parece no haber conexión, al final todo converge y encaja perfectamente como las piezas de un puzle.

Ahora te toca a ti, lector, conocer los hechos y participar de la investigación junto con Castillo, Muriel, Bernal, Clotet y Carolina para llegar poco a poco a descubrir la verdad. Así se cerrará el círculo de la creación literaria, el escritor sentirá que su esfuerzo ha merecido la pena cuando alguien como tú haya entendido e interpretado su mensaje.

María Dolores Rossi

La felicidad debería siempre estar condicionada por
el conocimiento de la desgracia.
Graham Greene

A Jovita, por el cielo que ha tejido sobre mí,
y por hacerme soñar despierto.
A Juan Francisco, Mario y Diego, que
saben cuánto me importan e influyen.

—Mirella…

La prostituta franqueó la primera entrada de la casa, que tenía una doble puerta con un recibidor pequeño, entremedias. Un perro ladró. No lo tenía a la vista. Mirella tenía mucho miedo a los perros. Auténtico pánico. Se detuvo un instante.

—¿No me dijiste que eras rubia?

—¿Tu perro muerde?... Me dan miedo los perros.

—No muerde.

—Enciérralo si quieres que me quede.

El hombre de aspecto insignificante y mirada vacía se acarició la barba postiza, mientras meditaba qué hacer. La puta estaba dándole órdenes y ni siquiera había entrado en la casa… ni siquiera se había dignado a contestarle por qué lo había engañado con respecto al color de su pelo. Tendría que idear algo sobre la marcha. Sí, improvisaría.

—Pasa. Está en el patio de atrás. No puede entrar en la casa.

La prostituta dejó entreabiertos de pura alerta sus gruesos labios modelados con silicona, mientras sus ojos miraban rápidamente en una dirección y la contraria. No se fiaba. Todavía podía sentir el dolor que los colmillos de aquel foxterrier le habían causado en la pantorrilla.

—¿Seguro?

La puta olía a tabaco. No se le ocurriría encender un cigarrillo. Allí, no.

—Sí, joder. No eres rubia —insistió el hombre insignificante. Era difícil calcular su edad, y no porque llevase barba postiza precisamente. No era ni muy joven ni muy viejo, pero ningún rasgo de su cara proporcionaba pistas. Era una cara insulsa, de las que se ven a cientos entre las multitudes que se aglomeran en los estadios deportivos. Un rostro en el que nadie se fijaría.

La prostituta se adentró en la casa. Había un pasillo detrás de la segunda puerta de entrada. El hombre le indicó a la derecha. Pasaron a un salón de regular tamaño cuyo mobiliario tenía una curiosa disposición: no había nada en el centro, ni una pequeña mesa, ni una silla; nada. Las tres sillas de la habitación, de estilo inglés, estaban pegadas a la pared, intercaladas con otros muebles.

—Dame los sesenta euros —la prostituta que se hacía llamar Mirella alargó la mano.

El hombre se hurgó en el bolsillo del pantalón, sacó tres billetes de veinte euros y se los puso sobre la palma extendida. Ella los estrujó en el acto. El

perro ladró otra vez con fuerza. La prostituta, de unos treinta años, los introdujo en su barato bolso de mano, alargado y brillante.

—¡Bruno, cállate!—ordenó con voz impersonal el sujeto. Los ladridos cesaron inmediatamente—... Dije que tenías que ser rubia.

—Soy rubia —la prostituta se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá—. ¿Cómo te llamas?

—Me estás cabreando.

—Si quieres tirarte la hora hablando, allá tú —dijo con descaro la prostituta—. Me he dado mechas, pero soy rubia natural, tío.

—Voy a soltar el perro —dijo el hombre, muy serio. La prostituta dio un respingo. Se incorporó de un salto y cogió la chaqueta.

—No me jodas, ¿eh?... Deja de joderme ya o me voy ahora mismo.

El hombre de aspecto insignificante sonrió al reconocer el miedo. Era miedo de verdad, sin artificios.

—Todavía no te he *jodido*...

La prostituta se recogió el pelo hecha un manojo de nervios. Parecía a punto de salir corriendo.

—¿Es que no me oyes?... ¡Los perros me dan miedo, joder!

—Sí, estás completamente cagada. Siéntate…
—ordenó el hombre de la barba postiza—. Ya te he dado el dinero y ahora harás lo que te diga.

—No me vuelvas con lo del perro. —Mirella elevó su dedo índice y lo balanceó como advertencia.

—No te habrás afeitado el coño, ¿verdad?

—Mi coño es rubio —dijo ella más tranquila, y volvió a sentarse—. Como lo digas otra vez, me voy.

—Espera.

El hombre salió de la habitación. Al instante volvió con una peluca rubia oro, suavemente rizada, y otra rubia trigo más voluminosa, sólo ondulada.

—Pruébatelas —le ordenó, mientras sacaba de su bolsillo un espejo de mano y se lo alargaba.

Mirella estaba hasta el mismísimo coño rubio natural de degenerados.

—Tú no estás bien del coco. ¿Qué quieres, que me llene de piojos?

—No tienen piojos —dijo el hombre, con calma—. Están sin usar. La culpa es tuya por haberme engañado. Pruébate primero ésta—. Y le indicó la rizada.

La prostituta obedeció de mala gana.

—Está bien —dijo el hombre, cuando ella terminó de colocársela—. Te quedas con esa. Desnúdate y tiéndete en el suelo.

—¿Ahí? Está frío; no me harías entrar en calor ni aunque te corrieras tres veces.

—Desnúdate y tiéndete —repitió impasible él.

—Dame otros cincuenta.

Eso era algo que había previsto.

—Claro, pero harás lo que yo te diga —Y sacó la cartera, extrayendo a continuación un billete de cincuenta. Mirella se lo guardó en el bolso y comenzó a desnudarse.

—Por lo menos pon una manta, cariño —suplicó sin mucha fe la prostituta, en ropa interior.

El hombre fue a buscar una estera de gomaespuma, que empleaba para hacer abdominales. Al regresar, Mirella se había quitado las bragas. Sí, su coño era rubio, sin rasurar.

Se tendió sobre la estera en cuanto se quitó el sujetador rojo. Abrió las piernas y le ofreció un preservativo que guardaba en su mano derecha.

El hombre lo rechazó.

—No voy a follarte.

—¿Qué te gusta?

—Quédate quieta. Cierra los ojos.

La prostituta no obedeció al principio. Insistió en saber lo que quería de ella.

—Cierra los ojos —repitió él.

—¡No te creas que vas a hacerme daño!—. La prostituta se incorporó alterada, apoyándose en los codos.

—¡Ciérralos de una puta vez y quédate quieta, coño!—bramó el hombre.

Mirella deseaba salir de allí cuanto antes, así que su única salida era seguirle la corriente. ¿Qué daño podía hacerle aquel degenerado? No era peor que otros; sólo que tenía la mirada helada y no olía a alcohol como la mayoría. Además…, no se atrevería… Jesús conocía la dirección del «servicio».

La prostituta contrajo los párpados y se quedó completamente quieta, con las piernas abiertas. El hombre se quitó los pantalones y los calzoncillos. Luego se puso a horcajadas sobre el cuerpo de ella.

—Hazte la muerta —ordenó él, y se arrodilló. Tenía el tronco de la puta entre sus piernas. Aposentó las nalgas en el vientre de ella, aunque sin dejar

caer el peso del cuerpo.

—¿Qué vas a hacerme, cariño?—Mirella intentó parecer sumisa. Pero estaba un poco asustada.

—Estás muerta —dijo él—. No respires—Y dejó caer su peso.

—¿Qué haces? No me… dejas… respirar, tío —jadeó, entrecortadamente Mirella, intentando apartarlo con los brazos. La peluca se le movió.

—¡Calla! ¡Vuelve a cerrar los ojos!—aflojó un poco el hombre, sosteniendo la mitad de su peso con las rodillas— Estate quieta, y te daré otros cincuenta.

Ella obedeció. No podía ver lo que hacía, pero sabía que estaba masturbándose. Intentó mantenerse todo lo quieta que pudo. El peso no era tan grande ahora en su estómago. Ladeó la cabeza, y en ese momento sintió la mano del tío en su cuello. Aunque los dedos no hacían presión, un escalofrío la sacudió de pies a cabeza. Unos segundos después, el ruido de fricción de la otra mano sobre el pene se aceleró, y empezó a recibir la descarga viscosa en pechos, barbilla y cara. «¡No se te ocurra abrir los ojos! ¡Tu carne empieza a corromperse, puta! ¡Estás muerta, muerta, muerta!», volvió a escuchar, ahora como si le susurrase. Un corto silencio vino a continuación. El tío había retirado la mano de su cuello, pero Mirella no se atrevía a abrir aún los ojos... Luego hubo un ruido como de carraspear. La prostituta percibió el contacto de… ¿podía ser verdad? El cerdo le había escupido en toda la cara. Le entraron ganas de vomitar. Quiso quitárselo de encima y mandarlo a la mierda al muy cabrón, pero no le dio tiempo porque él se levantó antes, liberándola. Ella entreabrió entonces los ojos y comenzó a limpiarse instintivamente, con el dorso de ambos antebrazos, la mezcla de semen y saliva. El tío todavía tenía restos en la barba. Mirella tuvo un arrebato de rabia al verlo reír, al comprobar, asqueada y humillada, que sonreía con desprecio, pero se contuvo cuando descubrió que había otro billete de cincuenta euros sobre su vientre. Cogió la toallita que él había arrojado cerca de su hombro derecho, se limpió y se vistió deprisa, sin decir nada. Él hizo lo mismo. No pronunció una sola palabra. Era repugnante, pero disponía de otros cien euros extra, de los que Jesús no sabía nada. Abrió el bolso, comprobó que estuviese el dinero y sacó un cigarrillo.

—Aquí no fumes —dijo él, en tono imperativo.

Mirella se guardó el cigarrillo, mascullando entre dientes un inaudible: «cerdo, hijo de puta». Le dio la espalda y fue hacia la salida.

No volvería allí ni aunque le ofreciese trescientos.

El hombre de aspecto insignificante vio cómo doblaba la esquina a paso ligero. Iba escupiendo, a media voz, una catarata de palabras soeces. No las oía bien, pero podía imaginárselas. Pensaba en lo sucia que la había dejado, en lo sucia que se sentiría. Se daba asco a sí misma.

¿No era eso lo que merecía la puta?

Primera Parte

1

16 de septiembre de 2003

—¿Cómo es tu clase?

María giró la cabeza sobre su hombro izquierdo mientras exhalaba el humo del cigarrillo rubio. Se había apoyado con su hombro derecho sobre el marco de la puerta de dirección. Llevaba allí más de veinte minutos y empezaba a estar cansada. La directora se encontraba despachando con dos de sus compañeras de primaria que, a juzgar por alguna que otra palabra altisonante, debían de tener sus diferencias sobre las respectivas adjudicaciones de alumnos. Era su segundo cigarro.

—Hola —saludó alegre al recién llegado, besándole en ambas mejillas—. ¿Qué te ha pasado?

María se refería a que había faltado durante la primera quincena de septiembre, en la que se organizaba el curso. El hombre, cuya edad era difícil de estimar si uno se atenía en exclusiva a sus rasgos faciales, había sido compañero de claustro durante el curso anterior. Le explicó los detalles del percance que le había obligado a llevar la pierna izquierda enyesada durante veintidós días. Ella parecía estar contenta de verlo de nuevo, tras aquellos meses de alejamiento.

—¿Te ha tratado bien el sorteo?—insistió el hombre. Sus pequeños ojos marrones, con pestañas cortas pero tupidas, brillaron desde una lejana atalaya, desde el observatorio de un viejo y avezado cazador solitario.

—No parecen malos —ella le sonrió—. Pero prefiero no hacerme ilusiones; ya sabes lo que pasa luego… ¿Y los tuyos?

El hombre carraspeó para disimular su nerviosismo. Trataba por todos los medios de mantener las formas e impedir que le delatase el vendaval de emociones que se había desatado en su interior al verla. Los últimos quince días habían sido angustiosos. El accidente lo había apartado de estar a su lado. Si se le hubiese ocurrido una excusa para ir a la presentación, sin duda habría estado allí con las muletas. Pero el médico, con toda seguridad, le habría negado el alta. Habría sido absurdo. Así que esperó y, mientras, se mordió las uñas de impaciencia. Maldecía el haber subido a aquella escalera de mierda.

Tendría que haberla tirado a la basura mucho antes, seguir su instinto. Sabía que algún día sufriría un percance por su culpa. Era tan perezoso para algunas cosas… Pero ahora se centraría en el presente. En que había vuelto a oír su voz cálida. El presente era poder respirar donde ella respirase, percibir la oleada fresca de su perfume en los pasillos, rastrear con miradas furtivas el estallido blanco de su risa en los corros de profesores. Su optimismo vital regresó de golpe. El sol de media mañana inundaba la entrada del pasillo. Hacía un día espléndido.

—Tengo un listillo —dijo mirando hacia la puerta del patio.

—¿No será Kevin?

—El mismo.

María chasqueó los dedos como diciendo: «lo que te espera».

Se abrió en ese instante la puerta del despacho y salieron las dos maestras. La de más edad llevaba un guardapolvo a rayas. La otra, vestida de calle, era tan delgada que parecía anoréxica. Su malhumor era evidente y no se esforzaba en disimularlo.

El hombre las ignoró. Tenía las manos metidas en los bolsillos. María le había visto algo raro al principio y entonces se fijó en que había adelgazado varios kilos. Tenía mejor aspecto.

—¿Qué tal el verano?—preguntó el compañero.

Ella volvió a sonreír. Tenía la sonrisa más cautivadora que había visto nunca. Y ahora, con el tostado de la playa, le pareció que estaba en verdad resplandeciente.

En adelante dejaría de observarla con disimulo en el gran espejo rectangular que había en la sala de juntas. Ya no sería necesario. Aunque imaginaba que acabaría por echarlo de menos. Realmente era ella, sin ninguna clase de subterfugios... María no sabría nunca que se había enamorado espiando todos sus gestos.

La primera de las cosas que había aprendido durante el acecho era que sólo cuando las mujeres no tienen conciencia de estar siendo observadas se muestran tal como son en realidad ¡Cuántas veces se había quedado allí un par de minutos, haciendo como que hojeaba unos informes! Viéndola hablar y sonreír como si no hubiese hecho otra cosa a lo largo de su existencia. ¡Qué difícil le resultaba mostrarse indiferente!... Pero, al conseguirlo, había podido ejecutar *su* plan.

Y ahora tocaba pensar en el futuro de ambos. Tenía ante sí la oportunidad de

su vida y no iba a desperdiciarla. No lo permitiría.

Para ser sinceros, jamás había sido capaz de imaginar que alguien como María pudiese compartir su modo de pensar y ver la vida. Imaginaba sus propios deseos y los de María como entes indiferenciables, reflejos devueltos por el espejo que era cada uno del otro. Por lo pronto, existía. Por primera vez, era él y no un mero espectro sin rostro ni nombre. ¡Estaba tan sorprendido! Todas lo habían ignorado hasta la fecha. Ni siquiera eran capaces de recordar cómo se llamaba. Todas menos ella.

El hombre que pasaba desapercibido a las mujeres sintió como un hormiguero recorriéndole el cuerpo. Aquello debía de ser lo que todo el mundo llamaba FELICIDAD, lo que antes creía una patraña estúpida de los cuentos para niños.

Tal vez estuviese equivocado, puede que eso que llamaban felicidad no fuera sólo un invento de literatos y religiosos.

—Luego hablamos, ¿vale? —dijo María, y se adentró en el despacho de dirección.

El hombre asintió con la cabeza. Después se encaminó de muy buen humor hacia su aula, que estaba al otro lado del patio.

El sol le cegó un instante al salir al exterior. Pero ni siquiera lo advirtió. Iba como sonámbulo, con una especie de pantalla en la mente, en la que sólo aparecía la imagen que le hubiera gustado tener siempre en la cabeza, la de la cara tostada y sonriente de María.

Se le había hecho tan largo el verano.

Las dos horas de clase que le restaban transcurrieron en un suspiro. Hasta era posible que los niños le hubiesen notado ausente. No podía dejar de pensar en ella un solo instante. Sobre todo pensaba en la tarde, cuando acabase el claustro. Tenía decidido afrontar la situación sin esperar ni un día más. Cuanto antes pasase el trance, mucho mejor. Pero no podía evitar sentirse como un flan.

El calor era tan pegajoso cuando abandonó el Centro, que se notaba la piel como si hubiese sido rociada por algún tipo de adhesivo. Odiaba el calor de septiembre; era igual de odioso que el desdén con el que le trataban. Igual de odioso que *ellos*.

Pero María iba a cambiarlo todo.

El claustro estaba convocado para las cinco y media. Era demasiado tiempo para andar dando tumbos por la barriada, así que en vez de almorzar en El

Jerezano, el bar que había en la misma parada del autobús, y aguardar empapado en sudor a que llegase el momento, tomó la decisión de volver a casa. Planeó entonces pararse en el Carrefour de Carretera de Cádiz y comer en Los Patios, en un restaurante del que había oído hablar poco tiempo atrás, con precios razonables y en el que servían muy rápido. Luego iría a darse una ducha y a cambiarse de ropa, antes de volver.

La buena reputación del sitio era merecida. El primero consistió en un gazpacho como no había probado en mucho tiempo y, de segundo, le sirvieron una fritura de pescado de calidad equiparable a la que ofrecía cualquier chiringuito del Bajondillo. No llegó a doce euros, incluyendo la cerveza y el café.

Todo el tiempo que duró la comida estuvo pensando en cómo cambiarían las cosas en adelante. Muchos aspectos de su vida iban a sufrir una transformación radical. El hecho en sí mismo de haberse parado allí, de decidir sobre la marcha dónde comería. De hacer, en suma, lo que le apeteciese en cada momento. No había sido consciente hasta la fecha de su libertad. Estaba tan acostumbrado a tomar esa clase de decisiones que ni se daba cuenta de que hacía veinticinco años que no dependía de nadie. Y de pronto entendió que nada podría seguir siendo ya del mismo modo…

Tendría que adaptarse. Puede que a veces no fuese sencillo; María tenía bastante temperamento, aunque confiaba en que aprendiese rápido cuál era su *nuevo espacio* en el mundo. Lo encontraría atractivo a poco que se interesase por *descubrirlo*. Era una mujer inteligente. Compartirían todas las decisiones, claro está, pero él estaría siempre allí, alerta, para guiarla.

Quizá no era todavía el momento de decírselo, quizá lo mejor sería esperar a llevar un tiempo juntos… Sí, esperaría un poco, lo que hiciese falta. Luego le haría ver que no podría seguir fumando, que su estúpida fijación por el cigarrillo debía acabar para siempre. Esa adicción la degradaba, y él no podía consentir que un hábito tan vulgar y carente de sentido la despojase del aura de divinidad que irradiaba cada vez que sonreía.

Salió de casa a las cinco y cinco y puso el aire acondicionado a tope. El tráfico era escaso. Extendió la mano y palpó el parabrisas. Habría podido freír un huevo en él.

Durante el regreso al colegio no dejó de pensar en todos los planes que había hecho en los tres últimos meses. Estaba ansioso por tener un rato a solas con ella y contárselos con detalle. Ahora veía que había sido mejor no

precipitarse. Meses atrás no se sentía tan seguro de sí mismo. Había tenido que irrumpir en su vida una mujer para que adquiriese conciencia de lo abandonado de su aspecto.

Era probable que ella no se hubiese dado cuenta aún, pero se había pasado el verano en un gimnasio, poniéndose en forma. Se había inscrito en uno que abría incluso los domingos y festivos. Cuatro horas diarias; siete días a la semana; dos meses enteros. A cambio de su amor y admiración, no había sacrificio que le pareciese imposible hacer por María.

También había tenido cuidado de renovar completamente su vestuario; se había comprado unos cuantos polos de colores vivos. «A los hombres, a cierta edad, no les van bien *esos* tonos apagados», le había dejado caer ella.

Ahora se daba cuenta de lo larga que había sido su búsqueda, ahora que, al fin, encontraba su lugar en el mundo, en el epicentro de un mundo sin cadenas ni mazmorras ni sombras.

Una punzada de aprensión y angustia recorrió un instante su pecho. *Ese* amor suyo significaba cambiarlo todo. Sí: *cambiar*, eso era… La transformación de toda una vida que parecía únicamente poder transitar por los raíles de la destrucción, de una vida dominada por unas «necesidades específicas» que le habían situado fuera de la órbita humana. Pero él cambiaría. María era la luz que le rescataría de aquel bosque tenebroso en el que llevaba recluido treinta años…, y, entonces, el instinto se vería sofocado por el manantial de una nueva razón pacífica y elevada, el instinto acabaría por apagarse del todo hasta convertirse en una inofensiva mancha de ceniza.

La Providencia le había enviado un ángel en carne y hueso para darle la oportunidad de ser otro.

La transformación había comenzado, de hecho… No se reconocía al mirarse ahora al espejo con su nueva vestimenta… Por primera vez veía sus pectorales dibujándose bajo el tejido. Había otro hombre dentro, otro hombre dispuesto a borrar el pasado… y si no podía borrarlo, lo enterraría… Sí, sepultaría cualquier rastro de su vida anterior; tan profundamente oculto lo dejaría que nadie sería capaz de hallarlo hasta que se convirtiese en un mero registro nominal apilado en un archivador, diez generaciones después.

Tenía que ponerse manos a la obra inmediatamente; era preciso deshacerse de tantos recuerdos… No se sentía orgulloso de muchas de las cosas que había hecho, pero, como cualquier hombre, tenía derecho a repudiar sus actos. Siempre había sido de la idea de que los actos de cada uno son una simple

extensión de la voluntad. Sus actos le pertenecían; ninguna otra persona podía juzgarle.

También había trabajado duro acondicionando la casa. Se había gastado un dineral en reformas, casi la mitad de sus ahorros. Estaba tan ilusionado con enseñársela… Claro que a María a lo mejor le parecía inapropiada. Contaba con eso. En tal caso, estaba dispuesto a ponerla en venta. Si ella tenía las ideas claras al respecto, haría todo lo posible y lo imposible por complacerla. Buscarían juntos otra casita o un piso, tal vez en la misma costa. Sí, eso haría: María necesitaba estar cerca del mar; lo necesitaba tanto como el aire y como el amor que él había reunido con todos los sacrificios inimaginables, para entregárselo puro y brillante como una piedra preciosa.

2

Cuando llegó a la sala de juntas, una habitación de grandes dimensiones que parecía haber sido diseñada como gimnasio y en donde las voces retumbaban por culpa de la desnudez de sus paredes, se percató de que estaba un poco acelerado: el corazón le retumbaba rítmicamente en las sienes y tenía reseca la boca. Pero había sido el primero en llegar y eso era justo lo que necesitaba para recuperar el dominio de sí mismo.

No podía aparecer ante María en ese estado. Su madre se lo había recordado muchas veces: nada más digno de desprecio para una mujer que un hombre inseguro de sí mismo. No merece mayor consideración que una hormiga. Y a veces puede ser tan irritante como esos perros que ladran sin descanso en la noche.

Así que trató de calmarse haciendo unas cuantas respiraciones profundas y pausadas, como le había enseñado su monitor deportivo. Ángeles, la directora, entró a continuación con su cartera de mano, le dio la bienvenida y le preguntó cómo iba lo del accidente. Los demás fueron llegando mientras conversaban. En un par de minutos, la sala se llenó de gente.

Tenía un plan elaborado al detalle. María se sentaría a su lado y él aprovecharía cualquier receso para invitarla a tomar algo. Pero las cosas no rodaron bien: al entrar, María iba hablando con uno de los nuevos y ni siquiera le miró.

«Sólo es un imprevisto», rumió, enojado, el hombre, mientras buscaba acomodo en la rígida silla de madera.

La directora tomó la palabra para explicarles que debían discutir El Plan del Centro, además de diseñar las actividades complementarias que se ofrecerían al alumnado. Antes, hizo las presentaciones: José Luis, Raquel, Inma, Diego…, fue nombrándolos uno a uno, incluido a Andrés, el que se había sentado junto a María.

La deferencia de Ángeles le habría halagado de ser otras las circunstancias. Sin embargo, el admirador secreto de María permanecía abstraído del todo desde que la vio cruzar el umbral de la sala; se mezclaban en su cabeza las frases que había ensayado para abordarla, con el «incidente». Odiaba cambiar de planes, pero ahora tendría que conformarse sólo con mirarla.

Así hizo en los minutos siguientes. Las palabras le llegaban ensordecidas

por su ansioso deseo de poseerla. Le parecían absurdas, tediosas, insoportables.

Después, la directora les aclaró que la reunión se había pospuesto hasta que estuviesen todos, y en ese instante le pasó unos folios de los que los demás al parecer ya disponían.

—Repásalos luego —le dijo con amabilidad—. Y si ya tenías algo en mente, puedes aportarlo ahora.

Él les echó un vistazo. Pero inmediatamente se le escapó la mirada hacia María. Todo aquello le parecía superfluo y hasta desesperante. ¡Si pudiera hacerlos desaparecer a todos! Un mundo vacío de seres estúpidos y egoístas, sería el mejor regalo que podía hacerles Dios a ambos.

Hizo como si leyese, mientras se imaginaba estar por fin a solas con ella. Ansiaba leer en sus ojos el catálogo completo de sus intenciones y deseos, descifrar la clase de amor que había germinado durante el verano... ¿Sumiso? … ¿Apasionado?... Lo sabría con mirarla un instante, pero deberían estar solos, centrados el uno en el otro.

Él era el único ser en la Tierra capaz de vaciar de todo significado a una mirada, el único que podía hacer que pareciese una pared blanca e infinita. Una cualidad excepcional, que los que se jactaban de conocerle jamás hubiesen sospechado. El DOLOR había rendido ese utilísimo fruto. Además de desollarle el corazón, las humillaciones modelaron un hombre nuevo. Ahora era una suma de reflejos condicionados que interaccionaban entre sí. Era un sustituto de sí mismo, como un holograma perfecto e indiferenciable. Podía ser *otro* en cualquier instante.

María, en cambio, no podía hacerlo. Ella carecía de ese don; era tan transparente como el resto de la gente normal.

—He pensado en formar un equipo de baloncesto —le dijo a la directora, intentando abarcar con el rabillo del ojo a su amada.

La directora tomó notas en la agenda. Se oyeron otras propuestas entonces, que fueron igualmente anotadas. Y el orden previo se diluyó momentáneamente, porque varios de los presentes intercambiaron opiniones entre sí, haciendo corrillos. Se convirtió en una cosa caótica. La chica nueva que estaba sentada a su derecha trató de explicarle de un modo confuso ciertas dificultades que surgirían durante la implantación de algunas de aquellas actividades. Cosas de recursos, principalmente. ¿Qué le importaba a él todo eso? Era lo que se le ocurrió pensar mientras miraba furtivamente a María.

Acto seguido se le heló el corazón. No podía creer lo que veían sus ojos. Le pareció que estaba en medio de un mal sueño del que, sin embargo, tenía la remota esperanza de despertar. Ella reía y reía, por algo que estaba cuchicheándole el rubio maniquí que tenía a su lado, pero no era como las risas que le había regalado antes a él: esta vez eran las típicas risas de coquetería que hace una mujer sin sentido de la dignidad y sin decencia cuando siente esa locura que la arrastra hacia un hombre, esa clase de atracción que las convierte en peleles de casanovas sin escrúpulos.

Pero estaba despierto, lo comprendió al instante. Miraba a su alrededor y lo que veía eran gentes de carne y hueso, las caras estúpidas de sus compañeros y su banalidad. La ira estuvo a punto de traicionarle. Todos sus sueños y proyectos hechos añicos. Todo absolutamente se había ido al carajo. De repente María se había convertido en un ídolo caído. De repente sintió que la odiaba con toda la fuerza oculta de su ser, y con toda la energía de su parte racional. En cierta medida, le desconcertaba el sentirse dominado por un odio tan violento y tan brusco. Se sentía confundido dentro de su desolación por la virulencia de la transformación afectiva que había experimentado de golpe. Le hubiese entregado su vida en ofrenda unos minutos antes, y ahora, sin embargo, le aliviaba el concebir su muerte, le reconfortaba pensar en cerrar personalmente sus ojos para siempre, sofocar su risa de puta barata… «Te mataría aquí mismo», rezó entre dientes, simulando leer el contenido de aquellos papeles.

Sin querer, su mirada volvía a posarse a hurtadillas en ella.

Le costaba tanto creerlo. Quince días le habían bastado para echarse en brazos de un extraño, para entregársele sin reservas. A él, sin embargo, le había mantenido a distancia durante todo un año. Sí, el curso anterior había corrido el rumor de que Pepe Arjona se las había arreglado para sacarla de fiesta unas cuantas noches. Pepe era un personaje patético, cuya vida estaba dirigida en exclusiva a pavonearse; vestido con una ropa ajustada que pondría en ridículo incluso a alguien mucho más joven; un idiota hortera que babosea halagos a niñatas a las que dobla en edad, después de sus clases de educación física; siempre luciendo un par de pulseras de cuero de las que venden en los mercadillos, y que se cree irresistible con su pelo cortado y peinado en una de esas peluquerías *unisex* que proliferan en los peores barrios de las grandes ciudades. Las idiotas podían dejarse engatusar por un idiota; María, no. Pero entendió el juego de ella cuando se arrimaba al idiota. El clásico juego de la

sirvienta enamorada. Quería que lo supiese: dándole celos, se aseguraba atraer su atención.

Esto era diferente. El brillo de sus ojos parecía como blindado para todo lo que no fuese aquel maniquí repulsivo. No era distinta de la putita de la administrativa. Era mucho peor que ella, porque se las daba de santurrona. Al menos a Gema no le importaba que todos supiesen de su predilección por llevarse a la cama a maestros de primer año. Cada curso se follaba a uno o dos. Pero María… ¡Por Dios! ¿Cómo había podido caer tan bajo? Se había subastado como cualquier puta de burdel de moda y el rubito había ganado la subasta por el precio de una sonrisa de escaparate. Le causó repugnancia ver que no se conformaba sólo con reír las gracias del donjuán. La puta le tocaba el antebrazo, se arrastraba la muy puta ante el cretino, sobándole sin pudor…

Suspiró honda y entrecortadamente. Y con un esfuerzo sobrehumano, sonrió, sonrió y expuso sus ideas acerca de las actividades extraescolares a la profesora nueva que antes se le había dirigido. Cosas de recursos, principalmente.

Tenía que controlarse. Era primordial hacerlo por muchas y variadas razones.

Cuando la reunión se terminó, la cabeza le dolía de un modo cruel. Pero seguía sonriendo. Se desearon, unos a otros, suerte para el curso, mientras se entremezclaban en la zona de acceso a la puerta de la enorme sala. María se le acercó; el donjuán cretino la sujetaba desde detrás por los hombros.

—Tienes los ojos muy rojos —le dijo al pasar a su lado—. ¿Ya estás con la alergia otra vez?

María, La Puta, le trataba como a un animalillo de compañía. ¿Acaso creía ella que no se había dado cuenta? El corazón de la muy puta rebosaba de felicidad y las migajas sobrantes eran para gente como él, para que las apurase mientras ella se entregaba a su impúdica fascinación por el tipejo de la melenita rubia. Conocía esa conducta. Su madre había sido así. Follando, era amable con él. Sólo cuando metía en la cama a alguno de los inquilinos de la pensión se fijaba en los cardenales que tenía por culpa de los matones del barrio. Tenía que revolcarse como cualquier guarra para adquirir la noción de que había alguien más a su lado que la necesitaba. «¿Quién te ha hecho estos moratones, hijo?», decía pasándole un dedo por la carne mortificada. La chupapollas no se percataba de las palizas que recibía un día sí y otro también hasta que un sujeto de aquellos la reducía a lo que realmente era: una perra en

celo que ladraba arrodillada suplicando ser cubierta. Entonces, una vez recobrada la compostura, podía esperar alguna carantoña de ella, alguna palabrita considerada. Entonces él volvía a existir. Para desaparecer nuevamente a sus ojos, quince minutos más tarde.

—No. Es sólo que me duele la cabeza —respondió forzando una sonrisa cordial.

Ella se marchó sin decir nada más. Se fue pensando en su nuevo adonis, seguramente excitada de rozarse con él. ¿Qué le importaba su dolor o su amor?

Pero el dolor le estalló en los ojos durante el viaje de vuelta a casa. Lloró como un niño. La ira, sin embargo, se había disuelto en sus lágrimas. Ya sólo se sentía infinitamente desconsolado y, al mismo tiempo, abandonado por el resto del mundo. Era como si ambas sensaciones estuviesen entrelazadas, como si fuesen estrechamente interdependientes. Había descubierto de repente que todo a su alrededor parecía como sin vida, ajeno a su existencia; de nada serviría gritar porque nadie le escuchaba. El mundo entero estaba sordo y ciego ante su sufrimiento. Se reprochaba el haberse hecho aquellas ilusiones estúpidas, cuando toda su experiencia vital le decía que no podía confiar en los seres humanos. La infinita perfidia presente en su naturaleza se hacía tristemente visible a la primera oportunidad.

Ahora, por desgracia, cobraban sentido las reflexiones que escribió en su diario. En verdad el Hombre era una desdibujada y pálida copia de Dios, que, como Él, aniquilaba cuanto había creado. Su poder de destrucción era ilimitado. Puede aparentar compasión y piedad, pero detrás de esa máscara hay sólo una amalgama de feroces instintos. ¿Cómo escuchar, entonces, los gritos de auxilio a los que sólo el corazón puede prestar oídos porque no brotan del interior de una garganta sino del alma de una mirada?

Al resbalar hasta sus labios, las lágrimas se habían mezclado con su propio sudor. Se restregó el dorso de la mano derecha para liberarse de aquella salada humedad. La soledad rodearía en adelante su vida, como un alambre de espino. Estaba escrito.

Condujo como un autómata, sin noción del tiempo y del lugar por el que transitaba. Fuera, el mundo desfilaba borrosamente ante sus ojos, tan gris y sordo que habría sido incapaz de describir una sola de las avenidas y calles que iba dejando atrás. Pero, conforme se acercaba a casa, algo pesado y lóbrego, algo que era tan denso como el plomo licuado y que parecía expandirse desde dentro mismo de su ser, comenzó a oprimirle con fuerza en

el pecho. Por primera vez en su vida tenía miedo de traspasar el umbral y cerrar la puerta tras de sí. Intuía que hacer eso era como segregarse para siempre del resto de La Humanidad. Sería un muerto en vida. Sintió como si aquellas cuatro paredes fuesen a devorarle. Entonces el odio se le volvió a incrustar en las entrañas como una bala. Los odiaba a todos: a María por su vulgaridad, fría y traidora; al resto, por *vivir* la vida que a él se le había negado con cruel obstinación.

El porvenir era el presente.

Al bajar del coche, se miró con desprecio el Lacoste azulón que había estrenado aquella tarde. Estaba arrugado y mojado por el sudor. «¡Dios!», gritó entre dientes. «¡Dios, Dios, Dios…!»—repitió hasta que, exhausto y abandonado de sí mismo, su voz se apagó. La vista se le empañó y le tembló la barbilla unos segundos… María le hubiese salvado. Sólo ella hubiera podido redimirle.

Aunque el calor seguía siendo asfixiante, un extraño sudor helado le empapaba todo el cuerpo. Y, entonces, una sensación completamente benéfica comenzó a inundarle por dentro, como si su ser entero fuese una bodega vacía a la que llegase de pronto una paz torrencial y liberadora. Se sentía como si acabase de superar un violento acceso de fiebre, una fiebre que se había marchado de golpe de su cuerpo después de llevarle al borde de la muerte. Mejor así, se dijo, mejor así. Era tan distinto a los demás. Diferente a todos. Sí, él necesitaba sentir emociones que nadie era capaz de imaginar. ¿Qué mujer se hubiese sometido para satisfacerle?

Ahora sabía que ninguna mujer era decente.

Lo pagaría con creces. Todas lo pagarían.

CUATRO AÑOS DESPUÉS

3

El semáforo se cerró obligando a Natalia Blanes a frenar con brusquedad. Desde el retrovisor interior controló preocupada la trayectoria del vehículo que la seguía, con un temor instintivo a resultar embestida. Había observado, unos momentos antes, que circulaba imprudentemente próximo a la zaga del suyo. Las luces amarillearon en el espejo y los neumáticos aullaron en el asfalto. Cuando al fin se detuvo el coche —un modelo que no fue capaz de identificar en la coctelera de identidades y perfiles que es la noche, aunque le pareció un utilitario, un vehículo de tamaño equivalente al suyo—, unos tres metros detrás de su Honda Civic, respiró aliviada.

Natalia sabía que la parada duraría dos minutos. Para hacer tiempo, entresacó un cedé de la bolsa que había depositado sobre el asiento del copiloto y dedicó unos segundos a mirar los créditos de la contraportada. Ninguno de los títulos de las canciones le resultaba familiar. En letra casi microscópica pudo leer al pie que había sido grabado en dos mil uno.

Lo volvió a colocar dentro de la bolsa y metió primera. El avisador de peatones pasó a rojo. Antes de comenzar a pisar el acelerador, miró hacia atrás, esta vez girando la cabeza. Natalia tenía la vaga noción de que había visto esa misma calandra y esas mismas luces tras de sí en otras ocasiones. Sin que tal idea se viese seguida por ninguna deducción concreta, reinició la marcha.

Era difícil no pensar en lo que se encontraría el lunes a las ocho en punto. El taller en el que Natalia Blanes trabajaba desde hacía ya catorce meses y nueve días era un hervidero en vísperas de las vacaciones. Todo prácticamente se gestionaba y canalizaba desde la recepción. Se trataba de un trabajo muy exigente puesto que León Azpitarte, su jefe, el dueño del negocio, no toleraba los fallos, fuese cual fuese su naturaleza y la causa que los originara. Para Azpitarte, los fallos eran sin excepción el resultado de una conducta negligente. Y lo que Azpitarte entendía por fallos era cualquier incidencia: retrasos en la entrega, citas mal gestionadas, una comunicación deficiente y quejas injustificadas de la clientela. Todo, en fin, lo que sugiriese un «desajuste» en la máquina perfectamente engrasada que quería que fuese su negocio. En ese sentido, Natalia estaba bien posicionada. Dentro de una empresa que aplicaba tales criterios, ella era un modelo de eficiencia.

Algo le preocupaba y no era capaz de averiguar qué era. Harta de intentar descifrarlo, dejó de pensar en ello. Podía ser un sinfín de cosas. Lo que sí sabía a ciencia cierta es que estaba cansada, por decenas de motivos que escapaban a su control. La semana había sido una completa locura. Quizá por ello no podía dejar de pensar en la desagradable perspectiva de volver a enfrentarse a lo mismo al día siguiente. Visitar a su madre tampoco le había servido para fortalecer su ánimo, sino todo lo contrario; tarde o temprano siempre acababan discutiendo a cuenta de Álvaro. Ya que su madre no iba a cambiar nunca de opinión, necesitaba al menos que comprendiese que no podía seguir controlándole la vida al milímetro, como cuando era una niña. Pero no había hallado aún la forma.

Cuánto odiaba tener que volver a casa con ese pellizco en el estómago. En lugar de haberle servido para recargar las baterías, el saldo de su estancia en Coín era un espíritu agotado y unos músculos tensos. En especial, su cuello. Supuso que no mejoraría precisamente con su vuelta al trabajo; más bien todo lo contrario. Sin embargo, no era la exigencia de atender sus obligaciones desde el pequeño mostrador lo que más le cansaba, sino conducir durante aquellos doce kilómetros. En los días lluviosos, podía convertirse en un suplicio. La sacaba de sus casillas. Los embotellamientos en los accesos al polígono eran la tónica esos días. Como aquél, precisamente.

Al entrar en el aparcamiento subterráneo del edificio, Natalia se dio cuenta de que podía servirse de aquel enojoso cúmulo de adversidades para quemar muchas más calorías. Inmediatamente le cambió el humor. Volvió a recrearse en la música que había comprado, ciertamente a ciegas. Era el tipo de riesgos que le gustaba correr. Sin embargo, estaba segura de haber acertado y de que los discos de LeAnn Rimes y Faith Hill, en especial, no le defraudarían. Era el tipo de música que más le apetecía escuchar en las horas de penumbra. Había decidido parar en El Corte Inglés, de vuelta a casa, y aprovechar la oferta de descuento progresivo en la sección de música. Pero su ánimo volvió a cambiar nada más entrar en el salón. Un cosquilleo desagradable recorrió las intrincadas callejuelas y esquinas de su cavidad torácica. Álvaro había incumplido nuevamente su promesa. Álvaro era menos responsable de lo que había creído en un principio. Seguía creyéndose un niño que deja en manos de su madre todo lo relacionado con la intendencia. El cinturón estaba sobre el respaldo de uno de los sillones y los mocasines en mitad del comedor. Ni siquiera había sido capaz de dejarlos alineados, debajo de una de las sillas.

…Qué estúpidamente infantil había sido al tomar esa decisión. La convivencia sacaba a relucir otro yo distinto en las personas, era evidente. Eso lo había aprendido muy rápido. Ahora se reconocía a sí misma que no había sido capaz de preverlo, que todos sus planes inmediatos habían estado infectados por el germen de la superficialidad, de la ligereza de miras. Pensar que las cosas ruedan por sí solas era muy propio de la juventud. Pero la realidad la abofeteaba casi todos los días. Debía despertar de una vez.

Estaba harta, joder. A ver con qué humor venía de Cádiz. Estaba desilusionada. Sí, ésa era la palabra exacta: desilusionada. Ya no estaba segura de querer a Álvaro. En ciertos momentos añoraba su anterior independencia y en otros momentos quería que Álvaro la follase. ¿Era ése el amor con el que había soñado desde la niñez? ¿Era el amor al que tenía derecho a aspirar sólo un buen polvo, o debía incluir algún ingrediente más? De niña se había imaginado que cada hombre poseía una despensa de ternura dispuesta a ser vaciada sobre una sola mujer, sobre la mujer que pulsase el resorte adecuado. Natalia había puesto todo de su parte para encontrar el resorte de Álvaro. Pero no había tenido éxito hasta el momento. Álvaro no le había prodigado caricias, fuera del sexo; ni detalles románticos; ni una de esas palabras que aúnan comprensión y dulzura, y que hacen que una mujer se sienta mágicamente frágil e invulnerable a la vez, aislada de la infelicidad por un cristal que quizá podría romperse o quizá durar toda una vida. Se había consolado pensando que Álvaro era una excepción, un autista emocional que la adoraba su manera. Y ahora todo aquel equilibrio ilusorio entre el deseo de convivencia y un amor que era como un fantasma que crees ver y nunca tocas, estaba a punto de desmoronarse ¿Había llegado el momento de hablarlo? Tenía miedo a decírselo a sí misma, pero el ensayo parecía estar fracasando.

Mientras se despojaba de los pantalones de pana elástica, Natalia testeó maquinalmente su cuerpo, con el inconsciente propósito de apreciar de dónde procedían las señales de cansancio. Una vez detectadas, solía examinarlas con brevedad para averiguar si podrían condicionar sus planes. De inicio, supo que le dolía la nuca y que la pantorrilla izquierda estaba sometida a la presión de una especie de pinza, parecida a la de un cangrejo pero con los bordes romos. Los pequeños pinchazos bajo el ombligo, también emergieron de pronto. Hacía días que los había notado, atribuyéndolos al efecto del aire atrapado en su intestino. Pero podía olvidarlos temporalmente. Esto le sorprendió; el hecho en sí de haberlo apreciado sólo al pensar en ello, no su

propia existencia, que la apremiante actividad en la sección solía desplazar a un cuarto término. Allí nadie podía permitirse el lujo de tomarse un momento de asueto; el trasiego de gentes con prisa era constante y el teléfono no paraba de sonar. En tales circunstancias, únicamente sus jaquecas se negaban a demorarse unas horas. Raras veces se había visto obligada a dejar el trabajo pero, cuando esto había sucedido, era a causa de aquellos tormentosos dolores de cabeza. Por suerte eran muy poco frecuentes.

Fugazmente, consideró con satisfacción que su salud era una de las cosas de las que podía sentirse plenamente orgullosa.

Olfateó primero y examinó a continuación la blusa fucsia, y decidió meterla en la lavadora. El resto de ropa que acababa de quitarse, la terció, para ventilarla, sobre las barras suspendidas del tendedero de la galería, y se puso un pantalón deportivo de paño y una sudadera gruesa. Fue en busca del iPod, y comprobó que la batería estaba a algo menos de media carga, suficiente para una hora de uso. Se lo metió en el bolsillo derecho y desplegó los auriculares, en forma de diadema, sin llegar a pegárselos a los oídos; se los colocó sobre el cuello, a modo de collar, antes de recogerse el pelo en una coleta, empleando una felpa rosa. Luego, miró a través de una de las puertas correderas, ligeramente entreabierta, del balcón interior, fijándose en el aspecto del cielo. Las nubes filtraban una porción del resplandor de una inmensa luna, y la atmósfera estaba preñada de plomiza y recalcitrante humedad. No era de esperar un aguacero, pero quizá lloviese. Pensando en ello, Natalia volvió a su dormitorio en busca del chubasquero Columbia naranja fosforito y salió del piso.

4

Desgastadas por el polvo, las luces de los faroles de hierro que colgaban del edificio caían mortecinas sobre los bancos de madera de la parte urbanizada del recinto. A cincuenta metros de los portales, las altas farolas plateadas emblanquecían con su potente luz el asfalto del paseo marítimo, y el mar esparcía su olor en la penumbra ilimitada.

El tráfico era abundante aún. A esa hora, las nueve y veinte, las gentes que residían en el extrarradio y en los pueblos de la costa retornaban a sus casas. Poco a poco, el tumulto de luces serpenteantes iría aquietándose y el dispar murmullo de los motores diluyéndose como el eco de un grito. Vendría el tiempo y lugar de los solitarios que tanto fascinaba y asustaba a Natalia.

Cruzó la carretera a una veintena de metros del paso de cebra que había bajo el semáforo, sorteando las ramas espinosas de las palmeras enanas de la mediana, mientras se preguntaba qué clase de fuerza irresistible era aquella que constantemente le incitaba a transgredir las normas; por qué tenía que andar por fuera de las aceras como los perros vagabundos y atravesar las rotondas, siempre en línea recta, saltando a veces por los setos centrales cuando no eran demasiado elevados; o pisotear las zonas de césped de los jardines y parques en lugar de utilizar los senderos de empedrado. No podía resistirse al encanto de lo incorrecto.

La noche era perfecta para Natalia: fresca pero no fría, húmeda, serena. El mar tronaba en la playa abriendo sus fauces y mostrando una dentadura blanca. A Natalia le gustaba la efervescencia voraz del agua regresando a su hábitat; le relajaba y le ayudaba a reflexionar.

En cuanto llegó a la ancha acera, separada de la arena por el viejo muro de piedra que había sobrevivido a la época en que el mar se estrellaba contra el extenso roquedo, giró a la izquierda, conectó el pequeño artilugio y miró un instante a la lejana aglomeración de puntos amarillos de El Morlaco. Se le ocurrió pensar de repente en los secretos que se ocultaban entre aquellas luces. Cuántos serían… Cosas impensables.

Miserables, muchas.

Unas pocas quizá fuesen hermosas.

Gentes que, a cobijo del escrutinio de los demás, se transforman. Como Álvaro mismo.

¡Pero qué estaba pensando!

Aceleró el paso prestando simultáneamente atención a sus piernas, ordenando acción a sus músculos. Le satisfacía mucho que le respondiesen. El trayecto de ida le gustaba cubrirlo a paso rápido, casi como una marchadora. Al llegar al pie de Los Baños Del Carmen daba la vuelta, y entonces aflojaba el ritmo, procurando aspirar y empaparse durante su regreso del aire salino que venía a ráfagas de la oscuridad. Unos pocos ciclistas la sobrepasaban silenciosos, las parejas retozaban sobre el frío muro; hombres maduros de aspecto solitario se veían arrastrados literalmente por la vitalidad de sus perros. A esas horas, por el paseo marítimo siempre deambulaba una extraña fauna. Una buena parte de los rostros le resultaban familiares, aunque a veces le diesen miedo algunos de aquellos especímenes taciturnos con los que se cruzaba.

La oscuridad de los merenderos, cerrados durante la mayor parte del invierno, le sobrecogía un poco. Cuando pasaba junto a ellos, dirigía la vista a la carretera buscando las luces en movimiento de los vehículos. En cierta medida, la música le ayudaba a superar aquella aprensión; era como si las melodías y voces la hicieran sentirse fugazmente rodeada de luz y gente. Para ello bastaba que el piano de Allen Toussaint no dejase de sonar.

Al iniciar la vuelta, los ojos de Natalia se sintieron atraídos por la silueta lejana pero imponente de las cinco enormes grúas portuarias, con sus balizas rojas destellantes, como los ojos malignos de un dragón monstruoso, y sintió un ligero estremecimiento. La acera se había quedado casi desierta. Volvió la cabeza sin ver a nadie. Una figura masculina, corriendo a ritmo de jogging, venía hacia ella por la curva de Bellavista. Se sintió confortada porque esa presencia le pareció tranquilizadora. Por desgracia, la sobrepasaría muy pronto. Debería enfrentarse, totalmente sola, a la zona de sombras que las triadas de grandes palmeras del borde del paseo generaban sobre la acera a esa altura. A Natalia no le gustaban nada las sombras. Era por los recuerdos que le evocaban, los recuerdos borrosos de cuando era muy pequeña. No había luz en ellos, sólo la estampa de un denso bosque de desolación desconocido, como si estuviese viendo la viñeta de uno de esos cómics tenebristas que describen reinos de leyenda aniquilados tras crueles batallas.

Y lo peor era la tristeza. Cuando se esforzaba en desentrañar las vivencias asociadas a sus recuerdos, una sensación de horrible desamparo la embargaba.

El perro la sobrepasó a buen paso. Zigzagueaba olfateando el suelo,

siguiendo el rastro quizá confuso de una hembra sin aparear. Iba la correa, tensada al límite, sofocando el ímpetu del animal. Natalia vio mascullar algo inaudible al hombre llevado a rastras. Seguramente, pensó, se trataría de uno de esos reproches cursis que se suelen dirigir a las mascotas. «Hablan con ellos como si fuesen personas», murmuró para sus adentros

La frente del hombre brilló al pasar, con la tenue luz reflejada de las farolas. Natalia tuvo una sensación de vacío, extraña y repentina, al verlo alejarse, como si al distanciarse inexorablemente, el mundo se quedase deshabitado de pronto. Un mundo que, sin lógica alguna, se tornaba así amenazador en su conjunto.

El álbum de Toussaint había dado paso a The Hunter, de Jennifer Warnes, uno de sus discos preferidos. Sin embargo, el tono melancólico de Pretending to Care era muy poco apropiado para revertir aquel desánimo suyo. Adelantó una canción y Whole of the Moon la puso a mil revoluciones por un momento.

Pero esa noche la luna había hecho todo lo posible por esconderse.

La respiración se le anudó durante un segundo. No obstante, pronto llegaría un joven corredor solitario, que venía hacia ella a trote ligero. El ciclista volvió a pasar a su lado. Entonces el temor se desvaneció porque el vacío había sido llenado.

Natalia Blanes conocía de vista al joven con el que acababa de cruzarse. Llevaba unos enormes auriculares que tapaban por completo sus orejas.

La curva de Bellavista es de trazado suave. Se propuso transitarla lo más rápidamente posible. Girando la cabeza sobre su hombro izquierdo, sin dejar de caminar, observó que el corredor se alejaba a buen paso en dirección al viejo tranvía expuesto en el ensanche final, frente al Morlaco. En muchos metros delante de ella, la acera estaba absolutamente desierta, y las luces de los automóviles que venían en su dirección (el flujo había descendido a la mitad, con respecto a media hora antes) se distanciaban de la zona de sombras debido al efecto centrífugo que originaba el ángulo de la curva que debían trazar.

Natalia sólo sintió sorpresa, justificada por el golpe seco en su cuello y el contacto laminar y helado. En la primera milésima de segundo supuso que un cable o alambre de acero, tenso, la había golpeado al soltarse de su anclaje. El impacto debía de haberle arrancado el auricular derecho, pues la música solo le llegaba ahora por el izquierdo. No se hubiera alarmado demasiado de no ser porque notaba que la cabeza parecía como si fuese a desplomársele

sobre el hombro izquierdo. Creyó ver con el rabillo del ojo derecho una sombra apartándose velozmente de su lado, aunque nunca estuvo segura de que no fuese sino una mera intuición. Nunca en adelante, en su corto final. La segunda milésima de segundo de su pensamiento fue para la preocupante inestabilidad de su cabeza. Al responder al instinto de sujetársela llevándose las manos al cuello, algo caliente mojó a chorros la derecha. Y, entonces, a su sorpresa, se sumó el estupor horrorizado de una terrible evidencia. Las fuerzas comenzaron a abandonarla a una velocidad vertiginosa. Sus ojos se abrieron más de lo que se habían abierto nunca antes, como si el instinto inconsciente de vivir le separase los párpados, como si algo endógeno y esencialmente animal y primitivo le alertase de que, de cerrarlos, se desconectaría irreversiblemente de cuanto le rodeaba. Temblaba de los pies a la cabeza, aferrándose a la esperanza de que aquello no fuese más que otra de sus pesadillas (había tenido tantas en las que se veía a punto de morir, y luego despertaba en el último instante…). La vista de Natalia se nubló de miedo y un sabor ferruginoso invadió su boca. Un dolor intensísimo, lacerante, le mordió un instante el cerebro. Su cuello se había convertido en un manantial por el que además de aquel liquido viscoso y caliente, se le escapaba a chorros la vida.

Se desplomó ahogándose en su sangre y en su miedo.

Natalia Blanes murió inmediatamente, sin tener un solo pensamiento de despedida hacia las personas que quería.

El pequeño vio una figura moverse rápido hacia la oscuridad de debajo de los árboles. La hoja de algo que parecía una espada destelló un instante a la luz de las farolas, colgando del brazo de aquella figura. No tuvo tiempo de ver nada más, aunque giró la cabeza interesado en la visión, debido a que el Passat de su padre terminó de trazar la curva, en dirección a La Cala del Moral, y el escenario de la visión quedó oculto definitivamente a sus ojos. Pablo dijo entonces a su padre que había visto «un hombre con una espada», pero éste no prestó atención a su hijo de cinco años. En ese instante su mente estaba ocupada con las imágenes de la película que acababa de ver, y filtró la fantasía del niño, tal y como hacía siempre.

5

Las minúsculas gotitas de lluvia caían como un enjambre de abejas furiosas sobre el parabrisas del Smart de Fernando Muriel, y la calefacción a duras penas podía desempañar el vaho interior del cristal. Era la velocidad a la que circulaba, y no la intensidad de la lluvia, lo que hacía que el parabrisas se enturbiase en cuestión de un par de segundos. Los destellos dorados de las luces de las farolas se ondulaban con la agitada danza de las escobillas. Tenía que forzar la vista para distinguir cualquier silueta y calcular las distancias. El tráfico por fortuna era fluido, pero verse obligado a conducir en tales condiciones le ponía de muy mal humor y más cuando alguien le daba prisas. El mensaje era confuso o, más bien, poco explícito, aunque no había lugar a dudas en cuanto a que debía dirigirse urgentemente al paseo marítimo, a la altura de Bellavista. Había intentado contactar con Gaby pero saltaba el contestador. Malditos sean los domingos y malditas sean las noches de trabajo. ¿Para qué coño le querrían ahora? ¿Cuánto tardaría Carolina en cansarse de tantas llamadas intempestivas? No haría ni dos horas que había estado con Ramos. La playa era un clásico entre los cementerios provisionales, discurría Muriel, y cada vez recogía más cuerpos, los cuerpos de la desesperación y de la indiferencia. Hacía apuestas sobre lo que se encontraría allí, mientras rodeaba la fuente del parque, tapizada como siempre por Navidad con un manto rojo de pascueros. Seguramente uno o más cadáveres. Quizá el mar había devuelto un cuerpo mutilado, se imaginaba, un cuerpo en el que había heridas que no encajaban con las que causaban los roquedos de los espigones o las hélices de las embarcaciones. O simplemente un miembro cercenado limpiamente, como había sucedido en las playas de Guadalmar, nueve años atrás, mucho antes de su acceso a Homicidios. Qué extrañas e improcedentes pueden llegar a ser las reflexiones que suscitan los hechos extraordinarios. Aquel brazo de mujer joven separado del cuerpo a la altura de la axila era algo que no debería aparecer en ningún lugar del mundo, pensaba entonces, y mucho menos en una playa, entre la cruel impavidez de la arena húmeda y vacía. Lo recordaba como si hubiese sido ayer; se recordaba a sí mismo fascinado por aquel misterio, leyendo con fruición las noticias publicadas en la prensa durante días y semanas. La experiencia le había marcado como ningún otro acontecimiento anterior, infectándole una fiebre nueva. Hasta se

aventuró a construir una teoría: el brazo pertenecería a una prostituta de lujo, de las que trabajan sin la protección del proxeneta, la clase de prostituta que hace tiempo rompió lazos con su familia para evitar que supiesen lo que hace, y a la que se cita mediante la llamada a un número privado. Eso explicaría que nadie hubiese denunciado su desaparición. Supo entonces que se dedicaría a investigar, que la débil esperanza que albergaba aún su padre de que se hiciese médico, se vería irremediablemente truncada. Muriel habría dado cualquier cosa por examinar las uñas quebradas (así se describían en la prensa) de aquel brazo anónimo. Quizá hubiese descubierto algo que se le había pasado por alto a la policía, suponía en su delirio vocacional. Al pasar los meses, las noticias cesaron. El resto del cuerpo nunca había aparecido.

A la altura del restaurante Antonio Martín, la circulación comenzó a trabarse y cien metros más allá se había convertido en un verdadero atasco. Las manecillas del reloj acababan de rebasar las veintitrés y cuarenta y cinco. Una cierta inquietud, ajena a la excitación que siempre experimentaba en vísperas de un «nuevo caso», le oprimía la boca del estómago. Llevaba un retraso considerable. A Gaby no le gustaba nada que le hiciesen esperar. Estaría ya de bastante mal humor, meditó mientras estrujaba absurdamente el volante con sus largos dedos. Cuando, a punto de rebasar las doce, alcanzó el semáforo instalado a la altura del antiguo hospital 18 de Julio, comprendió la causa de la retención. Dos vallas amarillas impedían la circulación en dirección a Almería, y el tráfico estaba siendo desviado hacia la avenida de Pintor Sorolla por dos policías municipales apostados delante de ellas. Tampoco se podía circular a partir de allí por los otros dos carriles. Debían de haber hecho la misma operación en el semáforo de Bellavista, supuso Muriel. Y entonces supo que no era en la playa donde estaba el «problema».

Muriel arrimó su coche a las vallas, en lugar de girar; hizo descender la ventanilla izquierda mientras arreciaban las señas de los agentes para que no se detuviese y se identificó inmediatamente. Uno de ellos le abrió la segunda valla y le invitó a pasar. Había dejado prácticamente de llover, aunque seguían cayendo algunas gotas sueltas, casi microscópicas. Dos coches Z de la Policía estaban estacionados setenta u ochenta metros más adelante. Había varios vehículos más sin distintivo oficial, además de una ambulancia del Servicio de Emergencias, con los rotativos de color naranja girando en silencio. Y otras luces, luces blancas de focos, alumbrando el paseo. Mientras estacionaba el Smart, Muriel podía ver el fulgor de los focos y la gente, moviéndose de un

lado a otro. Descendió del coche devorado por la curiosidad. Sentía cómo los últimos rescoldos de la lluvia en plena huida le humedecían los párpados y se le enredaban en las pestañas.

Al adentrarse en la acera del paseo, después de atravesar la corta franja de césped del borde, vio el bulto sobre el embaldosado, que brillaba con el agua recién caída. Resaltaba un color naranja chillón, propio de una prenda deportiva. Las cintas habían sido colocadas a una distancia de quince metros una de otra, rodeando los árboles que había al borde de la carretera. Al lado contrario, el del mar, seguían la línea del muro, de alrededor de un metro de altura, que separaba la acera de la playa. Formaban un rectángulo. Aproximadamente entremedias estaba el cuerpo de una mujer joven sobre un charco de sangre enorme, el más grande que Muriel había visto jamás. Al instante se le apareció en el pensamiento Cristina Lozano, la joven empleada de hogar muerta una tarde de mayo del año anterior, sorprendida por su asesino en una solitaria calle de la urbanización Vaguada Verde, mientras caminaba hacia la parada de autobús. También ella tenía una herida en el cuello; también había mucha sangre que, por la pendiente, había formado un riachuelo espeso. Pobre criatura, que nunca llegaría a cumplir los veintiséis, que nunca podría tener a *su* recién nacido en los brazos. Muriel, que había sido testigo de la muerte inesperada de una de sus jóvenes primas durante la celebración de una boda, a causa de un aneurisma de aorta, solía pensar primero en el robo de la maternidad perpetrado por la muerte, como había hecho su brazo ejecutor desconocido con aquella muchachita rubia y menuda. Desde que se había convertido en padre, Muriel asociaba automáticamente en su pensamiento cada muerte prematura con las oportunidades perdidas.

Muriel tomó aire en sus pulmones Miró con extrañeza cómo Goyo, uno de los agentes de Homicidios, fotografiaba a buen ritmo toda la escena del crimen. «¿Dónde están los de la científica?», farfulló en su cabeza, confundido por el cuadro. Aunque no era la primera vez que se habían visto obligados a prescindir de su ayuda y recoger ellos las pruebas, le extrañó sobremanera no verlos allí. Los agentes se esforzaban en impedir que los curiosos se aproximasen a las cintas. También debían mantener a raya a los periodistas de los diferentes medios, que iban agolpándose como un enjambre de moscas. Gritaban a menudo «dense la vuelta, por favor», y «atrás». Muriel atisbó con el rabillo del ojo derecho a unas cuantas personas que permanecían a espaldas de los agentes, fuera del área delimitada. Imaginó que serían posibles testigos

de lo ocurrido. Desplomada entre el muro y el pavimento, había una mujer llorando. A menudo, gesticulaba algo con las manos y su llanto se hacía más desconsolado. Un sanitario trataba de calmarla.

—¡Fernando! ¡Fernando!

Muriel había escuchado la voz de Gaby, mientras se agachaba para sortear la cinta, pero no había vuelto la cabeza porque sus ojos no podían desviarse del cuello abierto en dos de aquella mujer vestida con ropa deportiva. Un enorme coágulo a medio formar descendía hasta el suelo, desde la herida. Muriel percibió, con la violencia de una bofetada, un olor a sangre y a vómito agrio, entremezclándose con el de la brisa marina.

—¿Dónde coño estabas?—Gabriel Ramos, inspector del Grupo de Homicidios de la Comisaría Provincial de Málaga, le cogió del brazo y le apartó a un lado. Los policías de uniforme que se ocupaban de mantener a raya a los curiosos, le habían saludado sucesivamente con la mirada.

—Perdona. Me dejé el teléfono en el coche —explicó Muriel, aturdido por la escena—. ¿Qué ha pasado?

—¡Quítate ese cigarro de la boca! ¿Qué quieres?, ¿contaminarme la escena? —Ramos amonestó a uno de los policías uniformados que acababa de invadir la zona—. Que ningún periodista se acerque a esa gente. Recuérdales que no pueden hablar con nadie hasta que terminemos. —Luego, dirigiéndose a Muriel, dijo—: No se sabe.

Muriel no entendió de entrada lo que significaba *exactamente* la respuesta de su jefe. Un par de segundos más tarde, mientras se ponía unos guantes de látex que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, supo a qué se refería.

—Quieres decir que no hay testigos —dijo.

—Eso parece.

—¿Nadie ha visto nada? —Muriel parecía no creérselo del todo.

Ramos asintió con la cabeza. Había bastante perplejidad en sus ojos, los de un policía experto que era incapaz de explicarse que en un sitio tan concurrido se hubiese perpetrado un ataque tan brutal, sin captar la atención de nadie. Tampoco tenía noticias por el momento de que alguien hubiese visto huir al autor del crimen. Todo eso le resultaba inconcebible.

—Una pareja la encontró así hace cosa de hora y media. Por lo que cuentan, debía de estar ya muerta.

—¿Es que la tocaron? ¿Intentaron reanimarla?

El jefe de Homicidios se entretuvo un par de segundos en negar con la

cabeza y pellizcarse la nariz.

—Al parecer —dijo casi ceremoniosamente, como para que constase en acta que ya había comenzado a esbozar su propia teoría—, el corazón ya no bombeaba porque no manaba sangre de la herida… Claro que una herida como esa te mata en diez o quince segundos. He hablado con ellos y aseguran que no vieron a nadie cerca, ni movimiento alguno que les pareciese sospechoso. En cualquier caso, Fernando, mañana tenemos que volver a interrogarlos con tranquilidad. Quizá saquemos algo más. Puede que se les haya pasado por alto algún detalle…

6

La punta de la nariz de Muriel estaba a punto de comenzar a gotear. Le ocurría durante gran parte del invierno. Como por instinto, se pasó el dorso de la mano por ella mientras miraba en todas direcciones. Alzó los ojos descubriendo que algunos de los focos adosados a la parte posterior de las farolas, que debían iluminar la playa y el paseo, permanecían semiocultos entre los penachos de las grandes palmeras. Había demasiadas zonas de sombras a aquella altura del paseo. Se fijó en el merendero que había a pocos metros del cadáver. El acceso, de unos diez metros de anchura, era posible gracias a que el muro se desvanecía.

—Algún automovilista tiene que haber visto algo.

—Esperemos. Si así ha sido, nos llamará.

—Me encargaré de que le den publicidad, no te preocupes.

Ramos asintió, con aire abstraído. Muriel se desenvolvía como pez en al agua entre el gremio periodístico.

—Me recuerda a Cristina Lozano —observó éste.

Ramos se encogió de hombros.

—Las heridas se parecen. Pero a Lozano la derribaron de un golpe…—recordó—. No parece que esta pobre desgraciada tenga ningún golpe… pero…, desde luego, eso tendrá que decirlo el forense.

Muriel se abstuvo de hacer ningún comentario. En lugar de ello, reflexionó brevemente. A Cristina Lozano, en efecto, le habían rebanado el cuello cuando ya estaba en el suelo, a merced de su asesino, después de que éste la golpeara en la cabeza con un objeto contundente. Tenía un corte profundo en la nuca, que llegó al paquete vascular izquierdo.

—¿Dónde están los demás?—preguntó Muriel, extrañado de no haber visto al resto de agentes del Grupo.

—De baja.

—¿Todos?—La mirada de Muriel se desviaba a intervalos hacia la muerta —. ¿Los tres?

Ramos dejó entrever una velada crítica en su sonrisa.

—Maribel, no —negó pausadamente con la cabeza—: se pidió permiso el viernes. Lauri está en la cama, con gripe. Y Lucía se ha vuelto a caer esquiando. ¿Te lo puedes creer, Fernandito?

Muriel se encogió de hombros, sonriendo al igual que su jefe.

—Tú mandas —dijo, esperando instrucciones.

—No lleva documentación. De momento no sabemos quién es, aunque uno de esos tíos de allí —señaló hacia los posibles testigos—, que viene a correr a diario al marítimo, dice conocerla de vista, y está seguro de que vive en La Malagueta… Aquí ya hemos recogido todo lo que había. Falta que venga el juez, y no estoy para jodiendas de última hora, Fernando. ¿Me entiendes? Antes de que llegue y se nos eche encima, quiero que la examines. A ver qué te parece. Cuatro ojos ven más que dos. Vamos a terminar con esto ya porque para mañana nos queda rastrear la playa.

Muriel asintió, consciente de que Ramos había estado esperándole tanto tiempo porque confiaba en él y porque sabía que trataría de responder a esa confianza absorbiendo lo mejor posible todos los elementos presentes en la escena, dándoles cabida en su cerebro. Inmediatamente, inclinándose sobre el cuerpo de la infortunada, que se había desplomado sobre su costado izquierdo, quedando toda la herida del cuello expuesta a la vista, comenzó a esculpir en el interior de su cabeza la aterradora fotografía. Los ojos entreabiertos parecían mirar a la mano derecha de la víctima, encogida, agarrotada y desnuda de abalorios. La tomó para examinarla, al igual que la mano izquierda, que sobresalía entre el chubasquero. En ésta llevaba un Junghans de acero con la esfera en fondo azul. Un buen reloj, aún de precio moderado. Entre el coágulo se podía ver una especie de cable blanco. Muriel tiró suavemente de él. El olor oxidado de la sangre le estalló en la cara al hacerlo. Resultó ser un segmento de cable de unos auriculares de botón, que habían sido cortados limpiamente. El auricular derecho, del que procedía el segmento, estaba enredado entre el pelo ensangrentado, oculto parcialmente. Muriel lo desprendió cuidadosamente y pidió una bolsa de pruebas a Gaby.

—El muy cabrón no tuvo que andar con sigilo —dijo al entregársela.

Ramos la cogió y se entretuvo en observarla unos segundos. Luego, mientras la balanceaba suavemente entre sus dedos, dijo:

—Supo aprovecharlo.

La muchacha no tendría más de treinta años, quizá estaría más próxima a los veinticinco. Muriel no pudo evitar examinar su rostro desde otro punto de vista menos profesional. Rápidamente decidió que debía de haber sido bastante guapa en vida.

—Nunca había visto una herida como ésta —dijo al incorporarse—, ni

siquiera la que mató a Lozano era tan grande y profunda. ¿Qué crees que habrá sido? ¿Un hacha?

—Francamente, no lo sé. Pero no es un cuchillo —dijo Ramos—. ¿Tienes un bolígrafo?

Muriel rebuscó en el bolsillo interior de la cazadora, hallando inesperadamente un Parker de baquelita azul, bajo la cartera. Se sintió contento pues hacía días que no sabía de él, y, luego, súbitamente molesto por sucumbir a consideraciones tan prosaicas en medio de aquella tragedia.

Le entregó el bolígrafo a Ramos, algo abstraído por tales pensamientos. Acto seguido hizo un gesto y, pocos segundos después, los agentes uniformados cubrían el cadáver con una manta térmica plateada.

—Goyo ha recogido las colillas que había en toda esa franja de césped —. Ramos anotó algo en una agenda pequeña que llevaba en el bolsillo y luego señaló bajo las palmeras que había en el interior del perímetro marcado por las cintas—. No tiene heridas defensivas ni hay rastros de sangre en otras direcciones.

—Oye, Gabriel, ¿y la científica? ¿Es que no va a venir?

El inspector negó un par de veces, con un rictus de contrariedad en los labios.

—No me jodas.

—Hasta mañana, no. Parece que nos ha mirado un tuerto. Esta noche tendremos que arreglárnoslas solos. Están con otro fregado —añadió—. Hace dos horas que los avisaron los de la UDYCO para el registro de un chalet… Bueno, sigamos… ¿Ves esa sangre de ahí?—ahora miraba con fijeza a una mancha irregular en zigzag, como un reguero, a espaldas del cadáver. Las salpicaduras desbordaban en mucho la línea principal de la mancha. —Debió de asestarle el golpe donde comienza. Apenas pudo caminar un par de metros antes de caer. Y no se volvió hacia su asesino. Veremos cuando la examine el forense pero sólo parece tener la herida del cuello. Es difícil decirlo, Fernando, pero, si se trata de un *loco*, pudo cruzarse con ella y darse la vuelta al verla con los auriculares. Tal vez se colocó detrás unos metros hasta estar seguro de que nadie le veía. También es factible que la acechase desde ese lugar —señaló nuevamente a las palmeras—. Es lo que haría alguien racional. Está muy oscuro. Pero no me atrevería a decir si es diestro o zurdo, porque todo dependería del ángulo del golpe.

Muriel asintió. Ramos acostumbraba a reunir velozmente las piezas y hacer

un resumen en la escena misma del crimen, lo que le había granjeado una mezcla de fama, admiración y envidia. Pronto ascendería a inspector jefe y todo el mundo daba por descontado que se convertiría en comisario. Nadie, excepto Ramos, prescindía de las fotos para un primer análisis. Pero en lugar de liderar los casos, lo curioso era que a partir de ese instante pasaba a una especie de segundo plano y se ocupaba más de captar las ideas e iniciativas ajenas que de dirigir propiamente la investigación. Era como si perdiese toda la energía en ese impulso inicial. Ni Muriel ni nadie del Grupo sabía explicarse esa actitud tan extraña.

—Tampoco es mal sitio ése. —Muriel indicó con la mirada el acceso al merendero, distante unos cinco metros.

Ramos le devolvió el bolígrafo

—¿No es mal sitio para qué?

—Pues para esperar el momento. O tal vez para esconderse.

—No sé que decirte. Yo no me metería ahí. Está demasiado bajo y no se domina bien el acerado del paseo… A menos que sea alguien de tu estatura —replicó con una sonrisa irónica.

Muriel no dijo nada, aunque pidió una linterna a uno de los agentes de uniforme y se adentró en el merendero vacío. El mostrador, hasta el techo, estaba sellado con planchas metálicas. Había algunas bolsas de chucherías desparramadas por el suelo de cemento, al igual que cáscaras de pipas. Latas de refrescos y un par de envases de vidrio de cerveza, de litro, que no tenían aspecto de haber sido consumidas recientemente. El resto también parecía en orden, incluida la zona trasera.

Las olas, blancas y suaves, rompían con pereza en la pendiente pronunciada de la arena. Goyo se les arrimó despacio; de paso iba guardando la cámara en su funda.

—¿Quién será Cortacuellos? —tatareó en voz baja.

—Déjate de chascarrillos, Goyito —siseó Ramos con su pronunciado acento vallisoletano—. Como se te ocurra darle la idea a un periodista, te corto los huevos.

A Goyo le afloró la sonrisa de conejo que le había hecho famoso en la comisaría. Sus compañeros, incluido Ramos, le conocían como El Anencéfalo, aunque sólo lo usaban cuando no podía oírles. Maribel se lo había puesto a los dos días de trabajar juntos. Decía que era un calco de un feto sin cerebro que vio una vez en un libro.

—Mañana recogeremos lo que haya —comentó Muriel al volver al paseo.

—Bueno.

—Ahí la tienes.

Ramos volvió la cabeza. Una visión que probablemente odiaba más que las tardes de domingo aliñadas con retransmisiones deportivas, había irrumpido en el rectángulo iluminado.

—Me cago en la puta —masculló por lo bajo.

Goyo se estiró discretamente el paquete, mientras abría una boca redonda y ligeramente lasciva.

Era real: Amor Caldas, la juez titular del juzgado de instrucción número 4 estaba allí, bajo los focos. Ciento nueve kilos apretujados en un chaquetón deportivo, reconcentrados en ciento cincuenta y ocho centímetros. La calva rubia de Bernardino, el forense más veterano de los juzgados de la capital, relucía a su lado con el brillo de las bolas de adorno de una escalera de caoba. La corte de su señoría se completaba con el secretario judicial, un joven de pelo prematuramente canoso, y dos agentes judiciales, de uno de los cuales, alto, delgado, pecas abundantes y pelo anaranjado y robusto, se rumoreaba que mantenía una relación sentimental con Caldas. Ramos fue hacia ellos, lamentándose en silencio de su pésima suerte.

—¿Qué nos cuenta usted? —preguntó su señoría a Ramos, después de que se intercambiasen unos saludos de cortesía.

Por toda contestación, Ramos se inclinó y tiró de la manta térmica. Caldas retrocedió intentando no desviar la mirada.

—¿Qué saben?

—Nada más que lo que ve usted.

—¿Y su identidad?

—No lleva encima ningún documento. Pero es de por aquí cerca, porque venía a hacer ejercicio al paseo marítimo. La ropa deportiva que lleva así lo indica… En fin, todo lo que teníamos que hacer ya lo hemos hecho, doña Amor.

Las emociones nunca serían la causa de las futuras arrugas de Caldas.

—No se vaya tan rápido, señor Ramos —dijo, totalmente sobrepuesta al impacto de la horrible visión—. Bernardino: le toca.

Ramos tensó las mandíbulas tratando de contenerse.

—Doña Amor… —intentó protestar.

—Señoría, si no le importa.

El forense se había abalanzado sobre la muerta. Con una mano hurgaba en la herida, y con la otra le examinaba los ojos y la boca. Se manejaba con la destreza e indiferencia de los que hacen transacciones con animales y comprueban su salud mirándoles la dentadura.

La juez dio, entretanto, diferentes instrucciones a los allí presentes. Ramos hizo lo imposible por no perder la paciencia. Tenía que aguantar el chaparrón como fuese. En su opinión, Amor Caldas incurría permanentemente en abuso de autoridad. Y no era sólo él quien lo pensaba; en general, era una opinión extendida dentro del Cuerpo.

Ramos se ponía enfermo cuando lo asignaban a los casos que caían en manos de Caldas.

—…Señoría, mañana tengo que madrugar y poner a trabajar temprano a todo mi equipo…

Caldas permanecía imperturbable.

—¿Qué me dice del arma? ¿La han encontrado?

—No, señoría. Mañana rastrearemos toda la playa. Y, si es necesario, haré que vengan los submarinistas… Le voy a pedir un favor…

—Dígame.

—Hágase usted cargo de que nadie de su juzgado… —Ramos miró desafiante un instante a los acompañantes de Caldas— hable con la prensa.

Su señoría enrojeció ligeramente de ira y soberbia.

—No me diga lo que tengo que hacer, señor Ramos. Aquí las órdenes las recibe usted, ¿entiende? Usted haga su trabajo y déjeme a mí…

Los acompañantes de la juez se apartaron discretamente. Caldas se percató de inmediato.

—Quédense aquí —ordenó.

Los agentes volvieron al lado de su señoría.

—Se lo he pedido como favor —recordó Ramos sin inmutarse.

—¿Está seguro de que mañana habrá terminado aquí?

—Sí… —Ramos dudó—. Si no viene un temporal… Con la mañana tendremos de sobra. A mediodía estará listo el rastreo —añadió, convencido de sus previsiones.

—El martes procederemos a la reconstrucción de los hechos —declaró Caldas—. Tendrá que tener dispuesta a su gente —dijo en tono amenazador.

Las mandíbulas de Ramos chirriaron levísimamente.

—¿El martes?... No habrá problemas.

—Más le vale. No quiero impedimentos de última hora.

—El martes podemos estar aquí a las ocho de la mañana si hace falta —propuso Ramos con aire gozosamente vengativo, sabedor del odio congénito de Caldas a los madrugones.

La juez se revolvió.

—Será cuando yo decida.

—Mándeme aviso de la hora —insistió Ramos, con sorna—. Me da lo mismo temprano que tarde. Pero dígamelo mañana.

—Le hago responsable de la vigilancia durante esta noche —le advirtió Caldas, visiblemente irritada por haberle salido el tiro por la culata.

—Por supuesto.

Bernardino, con los guantes empapados en sangre coagulada, miraba en silencio la conversación.

—El corte se ha llevado todo el paquete vascular del cuello —explicó a la concurrencia con un cerrado acento malagueño.

—Un hachazo —sugirió Muriel.

Ramos le censuró con una mirada relampagueante.

—La hoja es demasiado gruesa —dijo Bernardino, negando con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Podemos irnos?

—Venga aquí —ordenó su señoría. Ramos obedeció al instante y se apartaron del resto.

Muriel los miraba con curiosidad mientras hablaban. Caldas alzó su rechoncho dedo índice un par de veces, apuntando al pecho de Ramos, como si le amonestase o le estuviese dando un ultimátum, aunque ninguno levantó la voz.

Ramos echaba fuego por los ojos al separarse de ella. Sus esfuerzos por contener una rabia que sólo podían despertar en él los advenedizos de la calaña de Caldas, eran tan ímprobos como evidentes.

—Vamos, Fernando —le cogió por el brazo, empujándole fuera del rectángulo.

El Anencéfalo les esperaba en el borde de la carretera para concretar el plan del día siguiente. Entonces oyeron gritar a Caldas, en tono autoritario:

—¡Recuérdelo usted! ¡Antes de mediodía!

Pero Ramos, que iba escupiendo sapos y culebras por lo bajo, no volvió la cabeza.

7

—¡Me cago en toda su raza puta!—atronó Ramos, en cuanto se supo a resguardo del oído de su señoría.

Pasaba de la una de la madrugada y ambos habían subido al Smart. Podían tomarse un pequeño respiro al fin, un respiro de horas. Ahora el cuerpo de la infortunada pertenecía a Caldas hasta que le diesen sepultura.

De pronto Ramos se veía asediado por una gran pereza; más que pereza, fatiga, aunque no la de su cansancio natural después de haber trabajado sin pausa durante dieciséis horas. Era una sensación distinta, como si hubiese envejecido de golpe veinticinco años, como si tuviese que enfrentarse solo a una montaña que no dejaba pasar la luz del sol. Sentía una especie de vértigo; ya le había ocurrido otras veces en situaciones parecidas a aquella («comenzar, comenzar», se decía; qué cuesta arriba se le hacía cada comienzo, era como volver a nacer, transitar por los temores irracionales de la infancia, experimentar otra vez sus fragilidades afrontándolas sin el vigor y la inocencia de una juventud que ya no volvería), sólo que ahora era peor, porque se sentía más aislado que nunca. Hacía tiempo que no disfrutaba con el trabajo, pero su única reacción había sido vigilar sus modales, sus gestos, disfrazarlos, con tal de ocultarlo a los demás. No debían saber que se había equivocado al elegir ser policía. Ramos no tenía claro cuál era su propósito al confundir a sus colaboradores, haciéndoles creer lo que no era, sólo que «tenía que hacerlo»…

Achicó los ojos, mirando sin ver las altas e indiferentes luces blancas de las farolas del paseo. Luego volvió a la realidad y suspiró con languidez: tenía que regresar a sus obligaciones, pensar en el día después, decidir por dónde empezarían. Su deber era hacerlo cuanto antes. Se sorprendió al darse cuenta de que, inconscientemente, se había dado a sí mismo el pistoletazo de salida, diseñando mentalmente un plan para la mañana: enviaría un equipo a la playa a las ocho en punto para intentar dar con el arma. Si el desalmado se había deshecho del cuchillo (o lo que fuese) allí, lo encontrarían y, con suerte, hallarían sus huellas en él. También, a lo largo de la mañana, volvería a hablar con los primeros en llegar: los dos jóvenes y la mujer. Puede que en el segundo interrogatorio aflorase algo que por el estado de *shock* inicial hubiese permanecido oculto. Acababa de cursar sus primeras órdenes: había ordenado

a dos agentes que se quedaran vigilando el paseo y la playa en cuanto retirasen el cadáver.

Varios periodistas les habían abordado al traspasar las cintas, pero Ramos se los había quitado de encima con muy malos modales. Polonio, responsable de las páginas de sucesos de La Opinión de Málaga, estaba entre ellos. El malhumor de Ramos no hizo sino empeorar con el nuevo incidente. Eran amigos desde hacía años. Ahora, a sus inmediatas obligaciones, debería añadir una disculpa en privado.

Mientras caminaba en busca de su coche, Goyo procedió a limpiar el objetivo de la cámara y la metió dentro de la funda.

—Venga, te llevo —murmuró.

Ramos rechazó el ofrecimiento y dijo de llamar a un taxi. Era lo que hacía siempre para desplazarse dentro de la ciudad.

—Mañana tienes que darte un madrugón —repuso. Acto seguido hizo la consideración de que Goyo vivía en El Palo, en dirección contraria a la que él debía tomar.

Muriel dijo entonces que no le causaba ningún trastorno dejarle en su domicilio de la calle Alemania. Prácticamente le cogía de paso.

El compromiso era volver a verse a media mañana. Todo el equipo, todos sin excepción. Goyo llamaría al resto, pero antes tenía que llevar el carrete a revelado. Muriel giró media vuelta el contacto para que las escobillas desalojasen la fina capa de agua que cubría el parabrisas. Pero no arrancó el motor. También él estaba agotado. Comenzaba a dolerle la cabeza, y cuando podía dejar de elucubrar sobre lo ocurrido un par de horas antes en la curva de Bellavista, se le representaba su cama, mullida y caliente. Y con ella, la preocupación de no despertar a Carolina y Ale. Eran demasiadas preocupaciones a la vez, para que no se cebase en él la odiosa jaqueca que había heredado de su madre. El tráfico era casi inexistente ya, aunque los policías locales no se habían movido de donde estaban, y las vallas seguían colocadas.

—¿Qué te ha dicho?

Ramos se retorció en el asiento, rechinando los dientes.

—¡Será vaca, la bola de sebo! ¡Me cago en su coño! ¿Sabes lo que se le ocurrido ahora? ¿No te lo imaginas, verdad?—Ramos estaba fuera de sí—¡Ahora quiere remover el expediente de la viuda de Capuchinos, el de marzo de dos mil cinco! ¡De hace más de dos años y medio!

—¿Para qué?

—Y yo qué coño sé. Pregúntale tú.

—Eso ha sido por meterle el dedo.

—Sí, en el coño… —De repente Ramos se puso como a considerar algo en lo que no había caído antes— ¿Como se las apañará ese chiri bailas para enchufársela?—murmuró, seriamente pensativo— Como no sea que Bernardino le separe mientras los muslos con un torno…

Muriel se encogió de hombros, sonriendo. Imaginaba la brillante calva de Bernardino entre los pantagruélicos muslos de Caldas.

—Tranquilo, hombre. ¿Te vas a complicar más la vida? Dáselo, y ya está —propuso Muriel.

Ramos lo atravesó con la mirada.

—No, Fernando, ya está no. La buena de Amor Caldas no se conforma con el informe oficial. El que ya le di, por cierto… El que ya tiene, por cierto. Ahora, la buena señora necesita, para mañana, ¡antes de mediodía!, ¿eh?— estiró el cuello— todas las putas pesquisas que hayamos practicado durante este tiempo. Bien recolectadas, ordenadas y transcritas —graznó con retintín.

—Pues no hay —dijo Muriel—. Dile que has buscado y no has encontrado nada nuevo.

Ramos no respondió. Se limitó a respirar con fuerza.

—Joder, Gabriel… ¿Y qué hacemos con esto, lo dejamos pendiente?

—Venga, arranca.

Muriel obedeció sin rechistar. Dio la vuelta e hizo sonar el claxon para que retiraran una de las vallas. Era evidente que Gaby no estaba en situación de darle excusas a Caldas.

Hasta llegar al Paseo de los Curas, permaneció callado, administrando el escaso resto de lucidez que no había sucumbido al cansancio y a la jaqueca. Allí volvió a sacar el tema:

—¿Qué cojones quiere? Yo creía que ya no iba a haber juicio…

Ramos reclinó la cabeza sobre el respaldo e inspiró aire con todas sus fuerzas, intentando desbloquear todos sus músculos a la vez. ¿Juicio? ¿Es que ése era el motivo del súbito interés de Caldas? Era imposible saberlo, y, además, ¿qué más daba? No había, que él supiese, nuevos elementos para imputar el crimen a otra persona distinta de… ¿cómo se llamaba?… Pepe… sí, Pepe Cruz… o algo así… no lo recordaba bien. A menos que los de la judicial hubiesen averiguado cosas de las que él no estuviese enterado, aunque

lo dudaba. Pero tal vez la gorda estaba dispuesta a meter el hocico porque se había tomado de repente muy a pecho las quejas de la familia del sospechoso. ¡Estúpida! Esa gente haría y diría cualquier cosa con tal de limpiar su nombre. A falta de una coartada consistente con la que poder apoyarle (había sido visto en el edificio la misma tarde del crimen), una de las cosas en la que habían hecho hincapié ante Caldas era que Pepe y Rosalía, la viuda muerta, tenían una relación de años, de antes de que ella enviudase. Bastaría para explicar la presencia de las muestras en el lugar más comprometedor, que era la vagina y las uñas. Claro que no había pruebas del todo concluyentes contra el jefe de instaladores de Calefacciones Grosso, pero el más evidente de todos los indicios que se acumulaban en su contra era su propio suicidio, después del primer interrogatorio. Además, el único ADN encontrado en el piso, además del de Rosalía, era suyo. El caso no se había cerrado por una formalidad: la ausencia de una autoinculpación por escrito previa al suicidio. Éste, para todos, a excepción de su familia, tenía la validez de una confesión. Ellos sostenían que el suicidio sólo probaba la «dignidad» del acusado… Bueno, no era exactamente la familia quien lo decía, sino más bien su hermano, un abogado bastante habilidoso. «Cualquier persona inocente es incapaz de arrastrar la vergüenza que supone una injusta imputación por un hecho tan grave», había sentenciado ante el beneplácito de una parte de la prensa.

—Le he estado pasando notas a la fiscalía —dijo Ramos—. Periódicamente.

—¿Notas…?

—Cada vez que hacía una gestión relacionada con el caso… fuera lo que fuese…, le pasaba recado.

Caldas le había humillado sacándole del caso, pero aunque Muriel no había participado en la investigación, lo que estaba escuchando por boca de Ramos no era usual ni tenía demasiada lógica. ¿A espaldas de la juez?... ¿Por qué puentear a Caldas? Claro que para algo era el que mandaba y no tenía por qué darle cuentas de todo lo que hacía.

Habían llegado hasta el domicilio de Ramos.

—Tenemos un acuerdo. Pero eso es cosa mía —dijo éste al bajarse.

—¿A qué hora nos vemos?... ¿A las nueve?

Ramos asintió una sola vez con la cabeza y se dio la vuelta, desapareciendo rápidamente en el oscuro portal.

Lo primero que se le vino a la cabeza a Muriel al girar en donde años atrás

había habido una gasolinera, fue: ¿Por qué?... Por qué Ramos pactaba a espaldas de la Brigada; por qué Caldas, delante de aquel cadáver, volcaba sus energías en ajustar cuentas con él, en lugar de cumplir con su deber primero… por qué, en fin, el crimen. Por qué, por qué, por qué…

Carolina hizo amago de despertarse, pero se quedó tranquila al instante. A oscuras, con el corazón sobrecogido por la infinita vulnerabilidad que irradiaba aquel sonido, Fernando Muriel percibió la tenue respiración de Ale, desde el rincón junto a la ventana.

Debía impedir que esa palabra, el concepto encerrado en ella, dominase su mente, se dijo Muriel nada más meterse en la cama. Le habían enseñado que obsesionarse con el porqué podía desviar al investigador del cómo y el quién.

8

El entierro había sido fijado a las doce.

Luis Bernal estiró el cuello todo lo que pudo para no perder de vista ni un solo instante la boca de salida de la cinta de equipajes. Había tenido la suerte de encontrar plaza en el vuelo directo desde Ámsterdam, evitándose las molestas escalas en Madrid o Barcelona. Los aeropuertos le colmaban la paciencia, pero por desgracia formaban ya parte de su vida. Quizá, pensaba, le ocurría con los aeropuertos lo mismo que a algunos médicos les sucede con los hospitales, por los que sienten una inexplicable aversión. Toda una paradoja.

No viajaba a Málaga desde 2001, en primavera. Había sido un viaje de carácter oficial, además, con motivo de un congreso sobre asuntos de seguridad en el que habían participado delegaciones de veinticinco países (I Congreso Para La Seguridad Interior En Europa Y Nuevas Estrategias En La Lucha Contra Redes Delictivas, fue el pomposo nombre que habían pactado los organizadores con los países participantes). Apenas había tenido tiempo para visitar la ciudad durante aquellos cuatro agotadores días. La encontró entonces muy cambiada, respecto a cómo la recordaba de su paso por Coín, lo que no le extrañó, por supuesto. En lo poco que le dio tiempo a ver, la ciudad había dado un vuelco espectacular. Quizá, caviló, ahora tuviese tiempo de recorrerla a fondo.

La cinta estaba atestada de bolsos de viaje y maletas de todos los tamaños, formas y colores. Un grupo de turistas holandeses le había tomado la delantera. Todos eran más altos que él, de modo que debía hacer un esfuerzo suplementario para evitar que su *trolley* Samsonite de color rojo pasase de largo y diese otra vuelta completa. La comezón que le estaba carcomiendo por dentro, había comenzado treinta horas antes, con la llamada de Miguel Gaona. Aún le costaba creerlo. Le habían matado a la pequeña Natalia, su ángel de ojitos verdes, la adorable *Lita*. Tenía anudada la palabra en la garganta: «asesinada». Maldita sea, le hacía daño recordar la voz cavernosa de Miguelito. La memoria le había vaciado de golpe en el consciente todos sus recuerdos de 1981 en Coín. Las sobremesas en el Descanso, la niñita de Dora tomándole de la mano, como un padre sustituto, aunque le dijese «tito» con aquella risita de color esmeralda que se le había enredado en el corazón. Es

curioso: Lita nunca había llegado a saber que se había metido en la cama de su madre pero era como si lo intuyese. Los niños poseen ese fantástico instinto para detectar a quienes los quieren. Y también perciben el amor y la atracción en los demás, aunque traten de ocultarlo. ¿Qué le diría a Dora? No tenía ni idea de cómo reaccionaría al verla. La relación que habían mantenido no terminó del todo bien. Su marcha a Sevilla hizo que no volvieran a verse. Así de sencillo, así de lógico y así de cruel. Era consciente de ello. Durante un tiempo le había telefoneado, principalmente para hablar con la niña. Eso tenía que reconocerlo, como reconocía que Dora no había ejercido ningún tipo de presión sobre él. A lo más que había llegado en los primeros meses, fue a decirle: «me gustaría verte». No era amor. Para ella había sido sólo deseo, cubrir una necesidad fisiológica, una forma de renegar de aquella abstinencia convencionalmente forzosa. El marido de Dora había salido a comprar el AS con una maleta a rebosar dentro del coche y la totalidad de los ahorros guardados en un depósito a plazo fijo que había cancelado durante la mañana. Nunca volvieron a saber de él. Sin embargo, a nadie, salvo a la propia Dora, le pareció que aquello fuese una huida. Cundía en el pueblo la impresión de que regresaría en cualquier instante y todo el mundo daba por hecho que Dora estaba obligada a esperarle indefinidamente. Muchos no le perdonaron que desafiara aquella norma no escrita. Pero Dora no soportaba la soledad. Era del tipo de mujer que necesita tener cerca un hombre. Y a quién mejor que a un policía. Confiaba en ellos. Dora era de esas personas chapadas a la antigua que creen a rajatabla en la honradez de los servidores del orden público.

Poco a poco los nudos habían ido desatándose. Ni tan siquiera estaba al tanto de si había vuelto a casarse. Llevaba diecinueve años sin saber nada de ellos. En el avión pensó que quizá habría cambiado tanto como él, que quizá su aspecto fuese tan diferente a como la recordaba que, al verla, se sintiese como un completo extraño en su presencia. En cierta manera, sentía una morbosa curiosidad por descubrir qué emociones sería capaz de despertar el encuentro.

El móvil sonó, justamente cuando alargaba la mano derecha para recuperar su equipaje. En la pantalla apareció dentro de un cuadradito con marco rojo luminiscente «Follador»

La megafonía del aeropuerto casi sepultaba la poderosa garganta de Miguelito.

—¿Has llegado?

Las siguientes palabras le llegaron algo confusas.

—No te oigo bien. Espera —dijo Bernal aplastando el teléfono contra su oreja y concentrando toda su atención en el pequeño altavoz.

Miguel, locutor de la radio local de Coín, Follador para los amigos como Bernal, insistió:

—¿Dónde estás? ¿Me oyes ahora?

—Sí, sí —contestó Luis, tirando del *trolley* en dirección a la salida. Sin detenerse, giró la maleta para empujarla en vez de arrastrarla, y estiró la mano que sujetaba el asa. Faltaba media hora para el funeral. Eso decía su reloj.

—¿Pero dónde estás?—repitió Miguel

—Saliendo del aeropuerto.

—Todavía tienes tiempo. Si no hay mucho tráfico, claro.

—Ahora hablamos —Bernal plegó su Samsung, indagando al mismo tiempo con la vista sobre cuál de aquellos taxis blancos en fila india le llevaría al tanatorio.

Parlanchines y siesos. Eran las dos categorías de taxistas que Bernal había establecido en su universo particular (su proceso mental se basaba en esa clase de automatismo: categorizar, catalogar, clasificar todo cuanto veía). Le había tocado en suerte uno que hablaba por los codos, y no estaba de humor.

Bernal mantuvo la boca cerrada con la esperanza de aburrirlo, pero fue en vano. Trató de abstraerse oteando el cielo a través del cristal de su ventanilla: había nubes altas, que filtraban algo de sol. Más o menos a la altura de Los Asperones, el taxista dejó de atizarle a su suegra y abordó otro asunto, más banal aún. Bernal perdió por completo el hilo. Hacía un buen rato que había desconectado, aunque estaba deseoso de que el viaje llegase a su fin. Su infinita tristeza anterior había dado paso a una cierta inquietud. Nervioso, miró el reloj varias veces. No quería realmente llegar tarde, pero una parte de él mantenía la esperanza de que así sucediera. Si llegaba con la misa recién comenzada, se evitaría enfrentarse de golpe con Dora. Tendría tiempo para pensar. Quizá le fuese útil para serenarse y dar con las palabras adecuadas…

9

La fuente del recinto exterior del tanatorio apareció ante sus ojos cuando el reloj marcaba las doce y tres minutos. Despidió al taxista al pie de la iglesia y se encaminó hacia las escaleras muy despacio. Tenía que deshacerse de la maleta durante un rato y no estaba seguro además de en qué parte del templo se estaría oficiando la ceremonia. Optó, después de dudarlo un instante, por dirigirse a la oficina de atención al público, donde le dieron la información que buscaba y se hicieron cargo muy amablemente de su equipaje.

El sacerdote desbrozaba la homilía cuando entró. Decía algo sobre el reencuentro de las almas, en un reino de amor y paz. ¡Una vida mejor!... ¡Qué ilusión tan vana y tan estúpida! Bernal carecía de esa clase de esperanzas.

Había un par de cámaras de televisión, grabando. Sus ojos se clavaron sobrecogidos en el féretro de aluminio gris. ¡Qué sola estaba su niña, al marcharse!, gimió desde lo más hondo del corazón, al ver el escaso centenar de personas que la acompañaban en su adiós. Dora nunca había sido una persona sociable. Quizá en Coín la iglesia se hubiese visto desbordada de gente, pero hasta Teatinos sólo se habían desplazado los más allegados y algunos curiosos. De espaldas, reconoció a Miguelito en un tipo delgado, de indumentaria calculadamente bohemia y rala coleta gris. Supuso que Dora era la señora de cabello corto y mechas casi doradas, sentada en el primer banco de la derecha del altar, y su hermana Fuensanta debía de ser quien estaba a su lado, una mujer alta y corpulenta (si lo era, había cambiado poco; él la recordaba así). No había cerca de ellas ningún hombre.

Y esperó en pie, junto a la puerta.

No se había equivocado. Era Dora. Se escandalizó de su aspecto. Toda aquella vitalidad… sintió nostalgia de la Dora anterior, del cuerpo que había recorrido centímetro a centímetro con todos sus sentidos. Pero ahora… ¿Cuántos años tendría? Él era, desde luego, algo más joven cuando se conocieron. ¿Cincuenta y seis?... No se había parado realmente a pensarlo. Un vértigo deprimente aplastó su escaso ánimo. Los estragos del tiempo se reflejaban en Dora, como si ella fuese, de pronto, un simple espejo de sí mismo. Todo lo que le era ajeno pasó a un segundo plano; ahora Bernal se compadecía de su propio aspecto; pensaba en lo mal que había gastado el tiempo y en lo poco que podría resarcirle de los años perdidos su incierto

futuro. Dora parecía una anciana. Los hombros cargados bajo aquel vulgarísimo abrigo negro; la carne y la piel de los carrillos, descolgándose… Quizá estuviese enferma, se dijo.

Sentía como si también él hubiese envejecido veinte años de repente.

La gente comenzó a salir y Dora permaneció sentada en su banco, mientras la besaban al despedirse. Los cámaras se apresuraron para apostarse en el exterior. Miguel se le acercó entretanto y le dio un callado abrazo. Los pequeños cráteres que le salpicaban el rostro se habían hecho más profundos con los años, a base de experiencias de todo tipo, supuso Bernal. Pero seguía irradiando aquel carisma singular, que le resultaba imposible explicarse.

Luego, el locutor, le empujó con un gesto hacia ella.

Los gemidos de Dora y Fuensanta subieron de tono cuando se llevaron el ataúd en dirección al crematorio. Bernal suspiró hondo.

Dora no se quitó las gafas de sol al verle. Le dio la impresión de que no le reconocía en los primeros instantes. Debía de haber cambiado mucho más de lo que suponía. Aquello servía de confirmación a sus peores temores, así que la tragedia que le había llevado hasta allí huyó de su pensamiento, empujada por su propio ego. El yo de Bernal había expulsado a Natalia, igual que hace el pollo del cuco invasor con los huevos del carricero común.

Bernal quiso salir corriendo.

Entonces ella bajó la cabeza y balbució algo, apenas susurrado, que fue incapaz de entender. Sintió que le rechazaba y por un instante dudó sobre qué hacer. Pero mientras lo sopesaba, Dora alargó el brazo, ofreciéndole tímidamente su mano. Fuensanta lloraba desconsolada, tras reconocerle. Parecían habérsele refrescado muchos de sus recuerdos. Fuensanta conocía perfectamente la devoción que sentía Lita por él.

—¿Qué ha sido?—lloriqueó Dora, atrayéndole hacía su pecho.

Bernal la abrazó un momento, con cierto pudor, como si temiese ofenderla.

—No lo sé —dijo con voz quebrada—. Acabo de llegar… Pero me enteraré —añadió.

Dora se soltó de su mano y se encaminó, tambaleante, a la salida, cogida del brazo de su hermana.

—Lleva tres días sin pegar ojo —observó ceñudo el locutor, mientras la discreta luz del mediodía y los destellos de los flash bañaban a ambas en el umbral de la capilla.

Bernal asintió sin encontrar palabras. Miguel lo arrastró hacia el exterior.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé —dijo Bernal, sacando al mismo tiempo las gafas de sol del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿No sabes?

Bernal se incomodó por el tono exigente de Miguel.

—A ver de lo que me entero en comisaría —dijo ligeramente irritado—. Sólo sé lo que me contaste por teléfono.

—Degollada mientras paseaba —dijo con aire abstraído Miguel—. Según la prensa, sin testigos. Cuesta creerlo, Luisito. —Acto seguido pronunció entre dientes aunque con cierta entonación cavernosa la palabra «abominable», una de sus preferidas en sus alocuciones radiadas. Sonó perfectamente profesional.

Bernal dejó escapar un suspiro.

—¿Sobre qué hora fue? ¿Lo dicen?—preguntó.

—Parece que cerca de las diez de la noche.

El ex inspector de Homicidios, Luis Bernal, pareció sorprenderse un tanto.

—No es probable que a esa hora el paseo marítimo estuviese desierto —observó, pensativo—. Cuando menos, el tráfico debía de ser considerable.

El locutor lo miró como si esa deducción estuviese reservada a los policías, aun tratándose de algo elemental. Desde luego que él no se había parado a pensarlo.

—¿Y…?

—Pues que hace pensar que quien lo haya hecho lo tenía estudiado y planificado.

—Quieres decir que la conocía.

Bernal giró la cabeza con aquellos ojos de un azul desvaído pertrechados detrás de las gafas tintadas. Parecía mirar en dirección a la ciudad.

—Quiero decir que no parece obra de un sicótico. Esa gente mata al azar, por un impulso. Normalmente dejan rastro. Y testigos. No saben protegerse. Pero, en fin, eso ya lo sabe cualquier investigador.

—Es un comienzo —apuntó Miguel.

—No lo creas. No se puede descartar ninguna opción a priori. Porque, siendo menos probable, también podría tratarse de un crimen al azar. No sería la primera vez que a un sujeto se le cruzan los cables, coge un arma y se lanza a la calle resuelto a matar, y que además tiene la suerte de no ser visto. El factor suerte cuenta en relación a los testigos. Quizá se esté trabajando ya en

una línea de investigación muy concreta. Sé por experiencia que los investigadores son los responsables interesados de la mayoría de las filtraciones a los periódicos.

—Quizá —meditó el locutor—. La prensa de hoy ya no dice nada —comentó, estrujándose la nariz—. Ayer, un par de periódicos de aquí le dedicaban media o una página a la noticia.

—¿Todavía los tienes?

—El Sur, seguro. No sé si el otro me lo devolvió mi vecino.

—Tengo que recoger mi maleta — recordó en ese instante Bernal—. La dejé en la oficina.

Los familiares y amigos se habían dispersado en su totalidad. Los periodistas retiraban el material hacia los furgones rotulados de sus respectivos medios.

—¿En qué oficina?

—La del tanatorio —aclaró Bernal, dándose la vuelta con la intención de ir a buscarla.

—Venga, te acompaño. ¿Te quedarás muchos días en Málaga?

—Una semana, por lo pronto —dijo Bernal, mientras comenzaba a caminar muy despacio y con aire distraído.

—Quédate en mi casa —le ofreció Miguelito.

Luis Bernal le dedicó un esbozo de sonrisa. Miguel seguía en Coín y convivía con una rusa de treinta y pocos. No era una situación precisamente cómoda, por mucha hospitalidad que se empeñase en demostrarle.

—Gracias —declinó la invitación con un gesto.

—¡Que tengo sitio, coño!

—No es por eso. Es que me conviene estar aquí, en Málaga.

Entraron en la oficina.

—Pero tendrás que irte a un hotel.

Bernal asintió mientras la empleada le entregaba su equipaje, después de sacarlo de detrás del mostrador.

—Mejor —dijo, lacónico.

Jamás, que él recordase, desde el día de su emancipación, había vuelto a sentir Miguel por las fiestas navideñas otra cosa que indiferencia. A pesar de ello, como por un reflejo, le espetó:

—Y pasar solo la Nochebuena.

Bernal no pudo evitar el dejar escapar un leve suspiro. Era demasiado

pequeño cuando se rompió todo. Curro se había convertido en un muñequito persiguiendo un balón, unos ojillos vivarachos y un llanto denunciando al extraño que le susurraba palabras sin significado. Curro era una guerra perdida después de la batalla ganada de una paternidad que quedaría reducida a un mero formulismo legal. Pronto sería sólo un recuerdo borroso.

Pero tenía también a Adriana y a Luz

Bernal pensó inmediatamente en sus hijas. Escenificó en su cabeza la imagen de las últimas navidades que había pasado junto a ellas, en La Haya. De eso hacía tres años. Posteriormente, la madre había conspirado con habilidad y tesón para impedir nuevos reencuentros. Era curioso que al pensar en Adriana y Luz, siempre las recordase vestidas de yudocas, tan chiquitinas las dos, tan inconscientes y alegres. Quizá porque había sido la mejor etapa de su vida.

—Puede que me escape a Carmona —suspiró—. Hace años que no veo a mis tíos. Por cierto, Miguel, ¿no vivía Lita con su novio?

Miguel ofreció un L&M a Bernal y se puso otro entre los labios. El aire les venía de cara, en suaves ráfagas. Se dio la vuelta y arqueó el cuerpo, generando una oquedad libre de turbulencias.

—Llevaban juntos un tiempo, sí —dijo tras expulsar una bocanada de humo.

—¿Y dónde estaba? No he visto a nadie cerca de Dora.

—Unos bancos por detrás. En el velatorio me comentaron que no se hablaban.

—¿Tú lo conoces?

Miguel negó con la cabeza mientras sostenía el cigarrillo entre los labios. Después de quitárselo de la boca, explicó:

—Sólo de darle el pésame, pero parece buena gente. Es un vendedor del concesionario.

Bernal dio un par de caladas rápidas y profundas a su cigarrillo y se agachó, frotando a continuación el ascua de la punta contra la tierra húmeda que bordeaba el césped, hasta apagarlo. Pero en lugar de tirar la pava, se la guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta. Miguel le vio hacer, atónito.

—Te llamo de aquí a dos o tres días. —Dijo, cambiando de

dirección, como para dirigirse a la parada de taxis del aparcamiento.— ¿Tan mal estás de pasta, que te lo fumas en dos veces?

Luis Bernal sonrió lánguidamente, sin detener la marcha.

—Esto es una de las cosas que aprendes de las sociedades avanzadas.

—¿Ahorrar?

—No ensuciar las calles.

Miguelito sacudió la cabeza.

—¿Pero adónde vas, coño? Tengo el coche allí, en segunda fila —y señaló con la mano el aparcamiento principal, en suave pendiente descendente, bajo los árboles—. Yo te acerco al centro… ¿O vas a otro sitio?

El ex inspector de Homicidios tenía decidido muy de antemano dónde alojarse. Veinte minutos más tarde, Miguel Gaona lo dejó a las puertas del Hotel Tryp Alameda, junto al Centro Comercial Eroski, a trescientos cincuenta metros del casco antiguo y menos de un kilómetro de la Comisaría Provincial de Policía.

10

Una figura de aspecto anodino, ramplón, ni alta ni baja, observaba de reojo al chico, que llevaba cuatro o cinco minutos rebuscando en la sección de informática y videojuegos. Un par de días antes, había descubierto que no había cámaras de seguridad en el interior del establecimiento. La figura masculina había entrado unos segundos después que él en la tienda de compraventa de artículos varios y se había puesto a mirar las vitrinas con disimulo. Ya había comprobado que hacía ese recorrido solo. Entraba en la tienda, se entretenía curioseando un rato y luego se marchaba, calle arriba. En realidad, era su perro quien lo había elegido. Lo venía observando desde hacía cuatro tardes, aprendiendo de memoria sus movimientos. Lo había seguido incluso hasta su domicilio, en una de las últimas urbanizaciones levantadas en La Colonia de Santa Inés, un bloque de doce plantas con recinto ajardinado, en el margen de una gran rotonda de reciente construcción. Y sin duda era perfecto. Cuanto más alejado estuviese de su barrio, menos sospechas levantaría y menos posibilidades habría de que lo reconocieran. Sabía que haciendo las cosas con suficiente cuidado era casi imposible que los relacionasen.

Desde que lo vio junto a otra docena de chavales en los jardines de Picasso, mientras paseaba a Bruno, no había dejado de pensar en él. Se fijó en que tenía los ojos de un raro e intenso color verde, de modo que al mirar centellaban, y unos labios sonrosados, como los de una niña. Y la piel del rostro, completamente lampiña. Comprobó también, con el tipo de admiración que se presta a una obra de arte, que mostraba al reír unos dientes perfectos. Sintió la misma turbación de nuevo. Ésa que le hacía incapaz de saber lo que deseaba de verdad, lo que en realidad era. El muchacho, al que le calculaba quince o dieciséis años, se había interesado mucho por su perro, y Bruno parecía haber simpatizado inmediatamente con él. Estaba seguro de que el chico no se había fijado en su cara, porque ninguno de aquellos muchachos se fijaba nunca en él. Nadie por lo general le prestaba atención. Algo con lo que había nacido, le hacía pasar desapercibido. Incluso en la clase tenía a veces la sensación de ser invisible. Una especie de tara muy útil. La gente sencillamente no pensaba en él. Era un perfecto don nadie. En todo caso, se sentían atraídos por su perro, un fila brasileño de pura raza, de brillante pelo

leonado, y con un carácter excelente, muy sociable y cariñoso. Bruno era un perro tan noble y dócil que podía ir suelto durante los paseos, sin riesgos de ningún tipo. Bastaba un silbido suyo para alejarle de peleas con otros perros. Era el más obediente de los cinco ejemplares de su camada.

Un escalofrío le recorrió de los pies a la cabeza. Hacía tanto tiempo que no había tenido a un adolescente, que sus cinco sentidos se habían concentrado a la vez en la idea. Era maravillosamente excitante el pensar que lo tenía al alcance de la mano. Tanto por poseerlo como por el peligro que representaba en sí mismo. En ese instante no se hubiera cambiado por el hombre más rico de la Tierra.

Había mirado hacia el cielo al salir a la calle. La lluvia podía fastidiarlo todo. Sin embargo, un día como aquél, en el que la humedad se condensaba en los techos de los automóviles, podía ser su mejor aliado. La humedad hacía más taimada e indecisa la luz artificial.

Lo tenía todo perfectamente calculado y planificado. Aprovechando que a los comercios y oficinas aún les faltaba una hora para abrir, había dejado aparcado el coche a cien metros de allí, con Bruno dentro. Probablemente el muchacho iría calle arriba cuando saliese de la tienda. Si era como esperaba, le adelantaría para soltar al perro. Estaba convencido de que funcionaría. Bruno, que era muy zalamero, se acordaría del chico y lo cubriría de agasajos.

Y así había sucedido, en efecto. El chico salió y, tal y como había previsto, enfiló en la dirección que conducía a la Peugeot Partner gris titanio. Llevaba una bolsa de plástico con algo pequeño dentro. Tendría que pasar por fuerza junto al coche. Estaba oscureciendo, cuando Bruno cumplió con el papel para el que había sido adiestrado.

—¡Bruno, ven aquí!—le gritó la insignificante figura masculina desde fuera del coche. Sabía que, para no levantar sospechas, debía mantenerse lejos del chico.

—No me molesta, déjeme que lo acaricie —dijo el muchacho, entusiasmado por las atenciones que le dispensaba Bruno.

El hombre se mantuvo a distancia y dijo:

—Es muy pesado. ¡Bruno, estate quieto!

Y se metió en el coche, dejando entreabierta la puerta. Pero no lo arrancó. Se limitó a observar cómo interaccionaban Bruno y el chico de los ojos verdes.

Era una calle a medias comercial, bastante transitada pero no demasiado

bulliciosa, próxima a la estación de autobuses. Una calle donde todo el mundo es desconocido. La gente que pasaba junto a ellos no parecía fijarse en nada de lo que estaba ocurriendo allí. Eso era algo verdaderamente magnífico.

El chico se metió como pudo la bolsa en uno de los bolsillos de la cazadora y luego se agachó para frotarle el cuello con ambas manos, por detrás de las orejas. Estaba enamorado del perro, que era una copia exacta del que aparecía en la película «La verdad sobre perros y gatos», en la que Uma Thurman y Jeanne Garofalo, mantienen un divertido equívoco con Ben Chaplin, el dueño del animal. No recordaba con exactitud las veces que había visto la película, aunque con seguridad no eran menos de cuatro. Aquél era el perro más bonito que había visto nunca.

—Parece que sabes tratarlo. ¿*Tenéis* algún perro en casa?—preguntó, evitando deliberadamente que la pregunta pareciese personal.

—No.

—Vaya, hombre. Qué pena.

El muchacho se encogió de hombros en un gesto de resignación.

—Te gustaría tener uno igual, ¿a que sí? —le dijo aquel hombre embutido en el asiento de la Peugeot.

El chico movió la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento y siguió concentrado en el cuello y el lomo de Bruno, que parecía extasiado por las caricias.

—¿Cuántos años tienes?

Él nunca les preguntaba cómo se llamaban. Los chicos desconfiaban de un desconocido que se interesaba por su nombre. Eso era lo que hacían los bujarrones.

—Dieciséis.

—Perfecto. Es una buena edad para tener un perro. Porque a un perro hay que cuidarlo, ¿sabes?

El joven asintió.

—No te puedes hacer una idea de cuántos terminan en una perrera, abandonados por sus dueños. O, lo que es peor, atropellados… La gente se cansa de ellos.

«No puede ser posible», parecía leerse en la expresión del rostro del chico, que era completamente incapaz de entender aquellas *conductas* de los *adultos*. ¿Abandonar a un animal como aquél? No, de ninguna de las maneras le resultaba comprensible. ¡Él nunca haría una cosa así!

Mientras la gente seguía pasando acera arriba acera abajo, el hombre le miraba complacido. Había predicho todos los pensamientos del joven y ahora los estaba viendo reflejados en sus ojos como si hubiesen sido grabados en grandes letras de molde. «¡Perfecto!», murmuró en la más recóndita de las guaridas de su cerebro. Y volvió, como por ensalmo, el recuerdo de la primera vez. Nada le emocionaba como aquello; la sacudida que sufría en su interior cada vez que rememoraba lo acontecido, era indescriptible. Quizá porque aún percibía El Miedo fluyendo a borbotones dentro del coche, devastándolo todo como un río turbulento: el miedo de la sorpresa en la oscuridad, de la mentira desenmascarada, del callejón sin salida… Espontáneo e incontrolable miedo suyo y del niño.

Había sido el miedo de ambos entremezclado de repente lo que le hizo Nacer.

Lo recordaba ahora eternizándose hasta casi lo insoportable. Durante meses. Aislándole de todo cuanto le rodeaba, como si estuviese en un islote en medio del océano, pero a la vista del mundo. Haciéndole sentir que mil pares de ojos se le clavaban en un continuo allí donde estuviese. Ojos que sospechaban. Se sentía perseguido por las miradas de la multitud, de los compañeros de trabajo, de los agentes de policía que veía por la calle. El Miedo llenaba al completo su vida, como si ésta fuese una tinaja que hubiera estado siempre vacía. Era un líquido en continua efervescencia; día y noche desplazándose en su interior, agitando su corazón que palpitaba más rápido e irregular que nunca. A menudo se sentía cubierto por entero de un sudor frío, pero descubrió más adelante que no era sudor en realidad: era ese *líquido* que rezumaba de dentro. ¡No tenía otra cosa dentro de sí! Hasta el punto de pensar que sería incapaz de soportarlo, que se vería vencido por Él finalmente. Al cabo, por extraño que pareciera, El Miedo había obrado un inesperado y reconfortante efecto benefactor, redoblando su fortaleza mental, dotándole de una gruesa e impenetrable coraza como la concha de las tortugas. Se dio cuenta entonces de que hubiese fracasado de no tenerlo y sentirlo hasta la médula misma. Lo necesitaba tanto. Era su mejor aliado, precisamente por ser su peor enemigo.

Pero había aprendido una lección que no olvidaría. No daría lugar a otra ocasión que sirviese para convertir en una celebridad al niño que se volatilizaba en una parada de autobús. Jamás volvería a acercarse a un niño de once años.

Se había hecho ese propósito.

Claro que sólo era eso: un propósito.

Pero no era ningún imbécil, no. Aunque la gente lo ignorase —de igual modo que parecían ignorar que existiese siquiera— tenía una inteligencia muy despierta. Si quería perdurar, estaba obligado a agudizar el ingenio, siendo más listo que *ellos*, más fuerte. Saber, por ejemplo, qué clase de jóvenes son los que pueden albergar una «razón» para huir de casa. Y a qué edades. Con catorce años o menos, valían demasiado para la policía: eran como una bomba que podía estallarle en las manos en cualquier momento. Se convertían en noticia de primera plana; la «sociedad» se movilizaba en tromba y él tenía que evitar a toda costa que la policía sospechase lo que estaba sucediendo. Con una vez había tenido suficiente. Suspiraba pensando que no había nada que se pudiese comparar a un jovencito en proceso de cambio, nada le colmaba como aquello, pero por mucho que le perturbase la vida de algunos de aquellos pequeños, no podía asumir tales riesgos. Así que dejaba que se le escapasen muchas y buenas oportunidades para no alterar la estadística.

Aunque a veces le era imposible resistirse, a sabiendas de que arriesgaba demasiado, de que tenía que espaciar todo lo posible el contacto con los más jóvenes. La experiencia le había enseñado que cuanto más tiempo transcurría entre una y otra desaparición, más difícil resultaba relacionarlas entre sí.

Entretanto, se veía obligado a saciar su hambre con sucedáneos, aunque con más años eran demasiado fuertes y, sobre todo, habían perdido esa intrigante e irresistible indefinición en sus cuerpos y en sus caras.

—Yo no lo abandonaría —susurró embobado el chico, amasando con ambas manos la piel que colgaba del cuello del animal.

Entonces el individuo ni alto ni bajo ni joven ni viejo, de pelo fuerte, lacio y caído sobre la frente, se sacó la cartera del chaquetón, extrajo una foto y se la ofreció al chico.

—Estos son los hijos de Bruno —explicó.

Era la fotografía de cinco cachorros de fila brasileño, una de las muchas copias que hizo en su momento y que tan útiles habían revelado ser para sus propósitos. La camada era una preciosidad. En esa foto sólo estaba representada la mitad del total, explicó, la parte que le había correspondido del apareamiento con una perra de su misma raza. Dos machos y tres hembras, le dijo al muchacho mientras éste miraba embelesado la instantánea.

—Ni tengo sitio en la casa, ni me puedo ocupar de toda la descendencia de

mi perro. Pero no quiero venderlos; y eso que valen un buen dinero.

Los ojos verdes del joven brillaron emocionados. Pensaba que si fuesen suyos se los quedaría todos. Nunca regalaría uno de aquellos perritos.

—¿Por qué no los vende?—dijo ingenuamente el chico, sin dejar de mirar la foto.

—Ya te lo he dicho: porque podrían ir a parar a gente sin consideración con los animales. Prefiero regalarlos a personas como tú, que los entienda.

El muchacho parecía realmente confiado.

—Mi padre no me deja tener perro.

El hombre sonrió e hizo un gesto que era algo como «¡Bah!». Seguía en el interior del coche, a cierta distancia del muchacho.

—Es severo.

El chico movió la cabeza como signo de aceptación de aquel juicio de valor formulado un poco a ciegas. Había acertado, era severo. ¿Y si se tratara de un miembro de la policía o de la guardia civil? O, aún peor, alguien de la judicatura. La sola idea le causaba escalofríos. Esto último era muy improbable, debido a la ropa tan vulgar que vestía, pero no podía fiarse. Tenía que saberlo para continuar o descartar inmediatamente a aquel crío.

—No te preocupes por tu padre, hombre —sonrió despreocupadamente—. Estoy convencido de que se puede razonar con él. ¿Qué le pasa para ser tan recto? ¿Es profesor, da clases como yo?

El chico negó con la cabeza una sola vez.

El hombre volvió a sonreír sin que se transmitiese ninguna emoción concreta a sus rasgos vulgares.

—No será policía…

—No. Es empleado de Mercadona.

Las pupilas pardas del hombre centellearon de alivio un instante.

—Te diré algo en lo que no has pensado: si se lo llevas a casa, te dejará que te lo quedes. Seguro. Sé de gente que no quería perro y nada más verlos así, de cachorrillos, se han puesto a cuidarlos como si se tratara de un niño. Lo que te puedo garantizar es que no se enfadará, ya verás. Y menos cuando sepa que puede sacarle un buen dinero al perrito, por lo menos quinientos euros. Tienen muy buena venta, aunque yo te lo regalo para que te lo quedes, desde luego… —hizo una pausa para que el joven meditase sobre todo ello—. Cómo va a regañarte tu padre —le insistió.

El crío le devolvió caviloso la foto. Intentaba pensar en la manera de

convencer a su padre, que era muy rígido, mucho más de lo que había admitido.

El hombre sonrió sin separarse del coche. Era el crío quien se le había acercado, después de todo.

—Bueno —dijo al fin el muchacho—. ¿Dónde los tiene?

Ya lo tenía en el bote, pero no podía arriesgarse a ofrecerle subir al coche allí mismo. Era demasiado pronto. Ése había sido su fallo la primera vez; el adolescente había recelado de sus prisas.

—Están en mi casa. Ahora no puedo dártelo —dijo el hombre anodino, poniéndose la máscara de formalidad. Pero debajo de ella, había una erupción latente: los ojos verdes que tenía ante sí eran como una espátula que daba vueltas en su interior—. Tengo que llevarlos al veterinario. Pero espérame en la esquina de mi calle, así como a las ocho y media, y cuando vuelva te lo daré desde el mismo coche. —Y le explicó al muchacho dónde vivía *aproximadamente* (siempre se las arreglaba para ser impreciso), proporcionándole una falsa dirección, y después de darle éste igual información, le indicó incluso el autobús que debía tomar.

—Mira, voy a darte un consejo: si de verdad quieres el perro, es mejor que no lo comentes con nadie, ni siquiera con tus amigos. Y, por supuesto que no debes decirle nada a tus padres, porque puede que intenten quitarte la idea de la cabeza. En serio, dales la sorpresa. Tú hazme caso: así será más fácil que lo acepten.

—De acuerdo.

Todo había salido a la perfección. Ahora tenía que confiarse a la suerte. Sin embargo, su instinto le decía que el joven estaba dispuesto a tragarse el cebo de un solo bocado.

Se despidió de él, arrancó el coche y se fue hasta casa para esperar, lleno de excitación, el momento de la verdad.

Todavía no estaba seguro de hacerlo.

11

Él los conocía bien.

El hombre de aspecto vulgar en el que nadie reparaba, había aprendido muy pronto que los jóvenes se comportan como si fuesen invulnerables, estúpidamente inmortales, y que nunca se dejarían amedrentar por El Miedo. Por eso no pueden usarlo, no pueden protegerse con El Miedo, como él. Y la realidad es que son tan vulnerables, tan estúpidamente mortales como los gorriones en celo, que caen sobre una hembra ante los mismos bigotes de un gato.

Al hombre ni alto ni bajo ni joven ni viejo le encantaba observar a los gatos durante la época de apareamiento de los gorriones.

Le seguía causando asombro la ingenuidad de la adolescencia, una edad en la que se tienen pesadillas con Freddy Krueger, Cara de Cuero y Jason, la noche anterior al día en el que uno se adentra en un paraje solitario con un hombre cuyo perro es cariñoso, amigable y dócil. El dueño de un animal con semejantes cualidades tiene que ser apacible, sincero, honesto. Se trata de una deducción directa y sencilla.

Son tan atolondrados e inconscientes esos muchachos.

Un educador aprende al tiempo que enseña, aprende cosas que nadie imagina. Cosas útiles para sobrevivir, incluso después de la muerte.

Cada vez que se abría el semáforo central de la avenida, los vehículos se abalanzaban sobre las cuatro vías vacías y, al llegar a la altura de donde se hallaba el suyo, aparcado en una de las vías de servicio, producían un zumbido breve, monótono, que le hacía sentirse vivo en aquella espera en la que el tiempo parecía suspendido. Entonces estiraba el cuello para no perder de vista la parada, pues no era seguro que viniese en el 14. Algunos llegaban a pie.

Hacia las ocho y cuarto se había apostado con su Partner a unos treinta metros de la parada del autobús para comenzar el acecho. La parada, en pleno corazón del barrio de Carranque, estaba situada en un lugar bastante concurrido a esas horas. Ese aspecto era importante para que el éxito sonriera a su plan. Lo había estudiado concienzudamente, minuciosamente, sin ninguna prisa, más de mil veces. Había considerado todas las variantes posibles; cualquier contingencia imaginable había sido prevista con la tozudez

estadística de un observatorio meteorológico. Si la parada hubiese estado situada en un lugar solitario, más de la mitad de aquellos chicos no se hubiesen presentado a la cita o se habrían marchado al poco de llegar. Un lugar público frecuentado y conocido los volvía más confiados.

No siempre había utilizado el perro para atraerlos. Tenía otros modos de conseguir que fuesen *suyos* pero se sentía muy cómodo con aquel ardid. La foto era un reclamo tentador y a él le encantaban los críos que mostraban debilidad por los animales. Se establecía de inmediato una relación especial con ellos. No era algo premeditado, sino que fluía de modo natural.

A fuerza de realizar numerosos ensayos, había pulido enormemente su táctica. En la práctica, había eliminado todos los posibles fallos del plan, controlando los imprevistos. Ésa, y no otra, era la autentica clave para llevarlo a buen puerto. Había ideado un sistema para minimizar los riesgos, que se basaba en un único principio «intocable»: que hasta el último instante pudiese abortar la operación, sin que nadie sospechase lo más mínimo y sin que relacionasen su *propósito* con el «punto de ruptura». Cuando descubrió que *tenía* que hacer aquello, decidió armarse de paciencia. Si había algo que le sobraba era precisamente paciencia. Paciencia, además de determinación. Las cuatro primeras veces habían sido meras pruebas, para estudiar el comportamiento de los chicos. Sólo quería comprobar si cumplían en lo que se habían comprometido. Después de su primer éxito, decidió hacer un ensayo cada dos o tres meses. Siempre en un lugar distinto, remotos unos de otros. Se acercaba a ellos, les prometía el regalo, y si decían aceptarlo, los citaba junto a una parada de autobús y, luego, se apostaba a observarlos desde la furgoneta. La Peugeot era para él como la choza para el cazador. Raramente dejaban de acudir, porque sabía ser muy persuasivo. Era una especie de entrenamiento, como el de un deportista. Cada entrenamiento le aproximaba a ser el mejor en lo que hacía.

El muchacho bajó del autobús poco después y, siguiendo sus instrucciones, anduvo hasta la esquina de la calle donde habían quedado citados, junto a la iglesia parroquial, que destacaba del resto de edificios por su intenso color teja. Seguía divisándole en la lejanía; llevaba la misma cazadora roja. «Maldito sea», murmuró entre dientes. Sentía una ligera preocupación; era un color muy llamativo. ¿Y si alguien lo reconocía, o se acordaba de haberlo visto por allí, cuando diesen su descripción? Eso podría ser un contratiempo relativo. Esperó un poco. Tenía que cerciorarse de que venía solo. A veces,

bajaban del autobús en compañía de algún amigo. Recordaba que en una ocasión, uno de ellos había traído a su madre consigo. Tenía que ser muy cauto.

Para estar completamente seguro, dio una vuelta y pasó muy cerca sin que le viese. «¡Ya está!», se dijo, ardiendo de entusiasmo. Giró a la derecha, por la primera bocacalle y regresó a donde se encontraba.

—Hola —le saludó desde el interior del coche.

El joven sonrió tímidamente.

—Hola.

El desconocido formuló al muchacho la misma pregunta de las otras veces:

—¿Qué te han dicho tus padres del cachorro?

—Nada... No lo saben —mintió el chaval—. Usted me dijo que era mejor.

El hombre sonrió hondamente complacido. Aquellos críos eran tan atrevidos e ingenuos…

—Ven detrás de mí —dijo, reiniciando la marcha muy despacio.

El chico pareció titubear un instante pero no dijo nada y le siguió por la acera unos metros. Era una calle bastante ancha y larga, sin edificios ni comercios, toda ella de casas mata, tranquila y mal iluminada. La humedad parecía condensarse sobre el débil alumbrado público. El hombre detuvo el coche como a unos cincuenta metros, estacionándolo al pie de la acera.

La oscuridad no asustaba al muchacho, pero fue consciente de lo solitario del lugar. Nadie transitaba a pie en esos instantes. Miró hacia atrás, como en un reflejo, y vio la claridad amarillenta de los focos, y los automóviles que circulaban en buen número en ambas direcciones. En la calle donde se había bajado del autobús, perpendicular a ésta, parecían estar concentradas toda la luz y la vida del barrio.

—Ahí está mi casa —dijo el desconocido, indicándole con el índice izquierdo una edificación chata, de fachada adornada con azulejos jaspeados —. Tú espérame aquí, si quieres. Volveré en unos diez minutos. Bueno… — hizo una pausa, mirando al chico a los ojos sólo un instante—. O acompáñame. Como mejor veas.

Como aquél se quedara callado, sin reaccionar, el hombre de aspecto insustancial continuó:

—Se me ha complicado la tarde y no me ha dado tiempo a recogerlos de mi *otra* casa, ¿sabes? Si me hubieses dado tu móvil, te habría llamado, para no hacerte venir hasta aquí…

Una nueva pausa. El muchacho dudaba. No había contado con que hubiese un cambio de planes. Pensaba que aquel hombre traería consigo el cachorro. Y ahora…

Podría haberle avisado, se dijo en silencio. Así habría buscado una excusa para llegar un poco más tarde.

Todo era tan confuso.

—Venga, sube —le animó con un gesto—, y le haces compañía a Bruno—. Esto está muy oscuro como para que te quedes a esperarme. Está muy cerca de aquí… No te preocupes, yo mismo te dejo después en la parada del autobús, o te acerco a casa si no te importa.

De repente, la voz del hombre sonaba cálida, acogedora, casi hipnótica, como la de esos desconocidos que, en los anuncios de televisión, susurran carnosamente «erase una vez una princesa...».

Le hizo sentir bien ahora que empezaba a inquietarse. Se le estaba haciendo tarde y sabía que se llevaría una buena bronca como llegase a casa después de las nueve y media. Eso podía dar al traste con todo. Con su padre enfadado por la tardanza, ¿cómo convencerle de quedarse al perrillo? Subió, pues, a la furgoneta, y se volvió hacia Bruno, que mostró su alegría con un ladrido de bienvenida. Durante el corto trayecto, el desconocido estuvo muy simpático: le dijo que era profesor en un colegio de una de las barriadas nuevas, por la zona del Puerto de la Torre, que le gustaban toda clase de animales y que hacía poco que había tenido una serpiente enorme en casa, una pitón asiática, que tenía que alimentar con ratones grandes, y que al final se había tenido que desprender de ella, porque le daba miedo de que escapase de su recipiente y atacase a alguien.

El móvil del muchacho sonó entonces. Los tonos reverberantes sobresaltaron al hombre, que puso sus cinco sentidos en él. Trató de pensar rápido. Se preguntó si no era mejor abortar el plan. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, el joven había pulsado «colgar».

—¿Tus padres?...

—Era un amigo —le rectificó, sin mirarle, el muchacho.

El hombre de pequeños ojos carentes de expresión, desplegó las antenas.

—¿Y por qué no le contestas?

—Me ha dado un toque.

—Claro. Hay que estirar las recargas.

El muchacho asintió con un gesto. El hombre comenzó a cavilar sobre aquel

móvil en general y sobre la llamada en particular. Le preocupaba. Los críos empleaban los toques en el móvil como un sistema de comunicación codificada. Tenía que averiguar si aquella llamada significaba algo concreto y si el colgar ocultaba también algún tipo de mensaje.

Se le ocurrió una idea. Redujo la velocidad.

—¿Me dejas que lo vea un momento?—dijo, señalando al teléfono con su dedo índice.

El muchacho se lo entregó.

—Se parece mucho al mío —dijo el hombre, examinándolo en busca del PIN. Era conocedor de que algunos críos llevaban una pegatina con el número, adherida en el dorso de la carcasa.

Pero éste no era el caso.

Presionó firmemente con disimulo el botón rojo. Y pisó el freno.

—Vaya, perdóname —el hombre se lo devolvió—. Lo he apagado sin querer.

—No importa—dijo el crío, y lo tomó entre sus manos. Inmediatamente se dispuso a conectarlo.

Con el rabillo de su ojo derecho, el hombre no perdía de vista sus movimientos. Memorizó las teclas: tercera fila, el primero por la derecha; primera fila, el del centro o primero por la izquierda; cuarta fila…; tercera fila, *casi* seguro el primero por la izquierda… El de la cuarta fila sólo podía ser el 0. Cuatro combinaciones posibles: 9207, 9107, 9108, 9208… ¡Casi lo tenía!

—¿Sabe tu amigo lo del cachorro?—preguntó como por rutina.

—No.

—Ah. Es que pensé que habríais quedado y que por eso te llamaba.

—No, qué va. No se lo he dicho a nadie —dijo cada vez más locuaz el muchacho—. Es mejor.

El cerebro vigilante que había a su lado procesó el tono de la respuesta, la inflexión de la voz… Juraría que le estaba diciendo la verdad. Sin embargo, tenía la intuición de que ocultaba algo que le había disgustado. No parecía el mismo de hacía unas horas.

Entonces supo que seguiría hasta el final, que lo haría a pesar del riesgo potencial que representaba ese cabo suelto. Y por primera vez tuvo miedo de sí mismo, de abandonarse a sus impulsos, de perder el control. Era un miedo nuevo y, quizá por su aparente insignificancia, mucho más perturbador y

peligroso.

Casi sin que se hubiera dado cuenta de las calles que habían atravesado y la barriada en la que estaban, el coche se detuvo de nuevo, esta vez en una callejuela estrecha, que moría unos metros más allá, en lo que parecía el muro de una fábrica. Sólo en un lado de la acera había casas; en el otro, se extendía a lo largo de un centenar de metros la fachada de una nave enorme, con aspecto de estar fuera de uso. Bajaron, y Bruno saltó al instante por la puerta del acompañante y se lanzó a festejar al chico. Pero ni un ladrido. El hombre hizo como que buscaba algo en el interior del maletero, entretanto.

—Bruno, entra —le ordenó, y el perro atravesó la verja de una casa que había frente al coche. El pequeño patio que la separaba de la vivienda tenía dos grandes tinajas, usadas como macetas, a ambos lados de las columnas del porche.

El muchacho se quedó parado, indeciso. Un ciclomotor atravesó la intersección más próxima, haciendo eses. Los jovenzuelos que viajaban en él, iban hablando y riéndose. Después de que lo oyeran alejarse, quedó un gran silencio.

—Ve con Bruno, si *quieres* —dijo el desconocido con voz atonal, todavía hundido en las entrañas del maletero. Simulando no encontrar lo que buscaba, miró alternativamente en todas direcciones. Sabía que Bruno mantenía distraído al chico. Pero era esencial cerciorarse de que no estaban siendo objeto de la atención de ningún transeúnte.

Nada estaba sucediendo como había prometido aquel hombre. Sin embargo, los pensamientos del joven se centraban en el cachorro y en lo que haría con él. Estaba loco por acariciarlo. Sería suyo. Nadie, ni su padre siquiera, podría arrebatárselo. Ya buscaría un sitio donde tenerlo. Daba igual. Lo importante era que estaba a punto de conseguirlo. Atravesó también la verja, mientras se oía caer la tapa del maletero.

El desconocido se apresuró a entrar. Al fin estaba seguro. Nadie en la calle. La luz que salía de algunas ventanas no constituía una amenaza. Muchas noches había estado paseando el perro en ambas direcciones para estudiar a sus vecinos. En una calle de casas mata, sin edificios altos, el alcance de la visión desde las ventanas se limitaba al espacio que ocupaban las tres casas de enfrente. Pero frente a la casa que guardaba el regalo del chico, lo que había era una edificación sin vestigios de vida. Había empleado varios meses de paciente búsqueda en encontrar un lugar así, con unas características tan

específicas. De hecho, no había existido otra razón para haberse mudado a esa calle, ocho años atrás.

—¿Sabes que al final no he podido llevarlos hoy al veterinario? Me ha surgido un problema con el coche —se excusó nervioso el desconocido, caminando hacia la casa; pero tenía ensayados diversos trucos para que aquella indescriptible emoción y excitación pasaran desapercibidas; los había ensayado ante el espejo durante horas y horas; cosas como atarse un zapato, estrujarse la nariz, hurgarse en los bolsillos interiores del chaquetón… Y siempre resultaban—. Te llevarás a Telmo, que es el más cariñoso de todos —dijo, empujándole de un modo suave y amistoso con su mano derecha. Detrás de la puerta de entrada, había un rellano de tres metros cuadrados a un escalón por debajo, y otra puerta que daba ya al interior de la casa. El rellano no tenía luz propia, pero desde las vidrieras centrales de la segunda puerta se filtraba algo de luz artificial del interior de la vivienda.

El hombre de aspecto insulso e inofensivo sentía como si su corazón hubiese emprendido un corto y caprichoso viaje y ahora se encontrase latiendo violentamente en el centro de su garganta, retumbándole en los oídos. Su corazón a punto de estallar no le asustaba, sino que le hacía sentirse más vivo de lo que se había sentido nunca; sólo tenía miedo a que le delatase, que el muchacho lo oyese latir. Pero consiguió dominar ese miedo (El Miedo otra vez), consiguió reconducir a un río común toda la adrenalina dispersa en su cuerpo. Era una sensación increíble. Y, entonces, le entregó una llave y le pidió un favor. Como su vista no era buena, le agradecería que abriera la segunda puerta por él. Bruno ladraba, inquieto. Cuando el muchacho se inclinó servicial sobre la cerradura, la primera puerta se cerró con un mínimo empujón y algo redondo, macizo y pesado, se estampó sobre su zona occipital con la fuerza justa para aturdirle. La sangre brotó indómita. Inmediatamente, sin dejarle caer, el brazo derecho de aquella especie de Papá Noel sin disfraz se le enroscó con celeridad y destreza sobre el cuello. Pese al dolor y la confusión que siguieron al golpe, pese a tener la sensación de que sus ojos habían sido arrancados de las órbitas y catapultados contra un pared de cemento, el chico intentó defenderse, revolviéndose y haciendo palanca con sus pies sobre la pared; incluso hizo trastabillar y golpearse en la cabeza al desconocido, pero éste había inmovilizado con su brazo izquierdo los del muchacho e iba aumentando poco a poco con el derecho la presión sobre el cuello, al estilo de una serpiente constrictora. La presión le hacía imposible

gritar al chico, aunque lo intentó con todas sus fuerzas. Bruno ladraba y ladraba, furioso; ladraba tanto que ahogaba con sus ladridos cualquier posible evidencia de la lucha que se estaba librando en aquella exigua trampa. Los vecinos estaban acostumbrados a esos ladridos. A veces le habían dado alguna queja; lo normal en esos casos.

Un minuto después, el hombre en el que nadie reparaba notó excitado que algo caliente mojaba su rodilla y muslo derecho a través de la loneta de su pantalón. Casi siempre ocurría. El chico había dejado de luchar pero él siguió cerrando, implacable, su anillo de muerte, hasta perder el aliento. Tuvo una erección instantánea. Resultaba sorprendente que cuanta más energía consumía en el abrazo, más calor se le agolpaba en el pene y en los testículos. Era como si un fuego maravilloso ardiese circularmente en sus entrañas sin quemarle.

Pero no era sólo el instinto de gozar de aquel calor sobrenatural lo que le hacía seguir apretando, más y más fuerte, hasta casi perder el sentido. Sabía que no podía confiarse. Una vez, uno de aquellos chicos había «resucitado» minutos más tarde, dándole un buen susto.

Cuando estuvo completamente seguro, aflojó la presa y se levantó vacilante y casi sin respiración. Notaba la sangre aún caliente adherida a su mentón, su vaho metálico elevándose desde el cabello rubio alborotado que tenía bajo él. El condenado crío era más fuerte de lo que parecía, o él había perdido facultades en el último año. Estaba exhausto. Cada vez le costaba más hacer aquello.

Abrió la segunda puerta. Bruno se había calmado y ahora gemía lastimero. Arrastró al muchacho hasta dentro, tirando de ambos pies, y se quedó más de cinco minutos mirando extasiado los ojos sin vida del crío, contemplando orgulloso su obra.

Nada en aquel rostro era capaz de turbarle ya.

12

El tic-tac del reloj de pie sobrenadaba su respiración y la del perro. Se dejaba oír por encima de ellas. Ambos ruidos tenían una pauta y eran los únicos que perturbaban el silencio reinante. Los latidos habían vuelto a enclaustrársele en la caja torácica. Bruno se había tendido, los ojos negros contemplando sin parpadeos la cara inerte, a verle hacer, sumiso y atento como siempre. Bruno se había acostumbrado al juego.

El cadáver del adolescente se encontraba en el centro de una habitación cuadrada, en la que los muebles parecían apretujarse contra las paredes, como si pretendiesen mantener despejado el lugar. El hombre insignificante en el que nadie reparaba los había dispuesto de esa forma con un único propósito.

Dio unas cuantas vueltas alrededor, despacio, observándolo desde todos los ángulos posibles. La idea de que el esfuerzo y el peligro habían merecido la pena era la más pujante de todas cuantas se entrecruzaban en ese instante por la red de galerías de su tejido cerebral. Se aferró a ella febrilmente.

Llevó al perro al patio posterior y corrió a buscar la Polaroid. El sudor le bañaba el rostro como si acabase de jugar un partido de fútbol, y una gota estuvo a punto de caérsele desde la nariz, pero se la restregó con el dorso de la manga. Luego sacó cinco fotos del cuerpo. En dos de ellas enfocó sólo el rostro, poniendo al máximo el zoom. Las descargas del flash se filtraron por los visillos de una de las ventanas hasta la calle vacía y silenciosa.

Luego, volvió a contemplarlo emocionado. El tiempo se diluyó del todo en un éxtasis inenarrable.

Los reproches se tornarían alabanzas si *entendiesen* lo que acababa de hacer. Aquel crío ya no tendría que enfrentarse a la dolorosa imagen de la vejez, como le ocurriría a él seguramente. Le había ahorrado esa indignidad. Si pudiese comprender cuán repugnante es ser todo uno pellejos malolientes, lo perdonaría e incluso lo admiraría por su coraje. Detener esa máquina de destrucción que es el tiempo, era el mayor regalo que podía hacerle. «Es fascinante morir hermoso, sin una arruga, que tu alma vea únicamente esa maravilla compacta, tersa, al desprenderse y volar libre. Sé que me lo agradeces. Cuando yo me vaya, no tendré más remedio que contemplar el despojo que dejo. Con todos sus pecados… ¿No te das cuenta del favor que te he hecho?»

El hombre acarició con la yema de sus dedos la frente del chico e introdujo su mano derecha abierta, por entre el cabello, hasta sentir el delicioso cosquilleo en sus dedos. Ahora le pertenecía. Era suyo para siempre. Era inenarrable lo que le otorgaba la muerte de aquellos muchachos, volvió a decirse a sí mismo. Como si el mundo en su totalidad se rindiese a sus pies. Allá fuera, en medio de la falsedad de las reglas impuestas por unos pocos, todo le estaba vedado. Y, sin embargo, había un lugar separado del resto, donde él era el dueño absoluto. Nadie podría invadirlo, a menos que lo permitiese. Sintió al pensar de nuevo en ello que era más importante y más grande que nadie que hubiera conocido. Quería gritarlo al mundo con todas sus fuerzas. A duras penas se contuvo. Le costaba controlar sus impulsos. Cogió el inalámbrico y lo depositó en el suelo, a un lado del cadáver. Estaba empapado en sudor, el calor que radiaba su sangre bullía benéficamente hasta su piel. Jadeó de placer durante un tiempo indeterminado. Luego se despojó de la parka marrón y se puso a desnudar el torso del chico. La cazadora y la sudadera se mancharon de la sangre a medio coagular que se había juntado entre su nuca y el terrazo barato de tonos grises. A continuación le quitó los tejanos y los boxer empapados de orines. Se vio arrastrado a mirar sus genitales, pero furtivamente, con un pudor extraño ahora que era todo de él. Apartó la vista y varias veces volvió a mirarlos, refrenando su apetito de la forma más sencilla que conocía: negándoselo a sí mismo.

Cerró los ojos. Y el sueño regresó vívido, emocionante:

Llega el día en que la ciudad amanece desierta. Algo hace que la gente no pueda despertar, y están a merced mía, las puertas de sus casas se quedaron abiertas para mí. El día que esperaba desde que era niño. Bajo a pisar mi nuevo reino. Cruzo las calles del centro tan silenciosas…todo está inmóvil. Subo por la Plaza del Teatro. La tienda de deportes… Cuánto lo ansiaba. Me digo: «no tienes que contenerte, no tienes que destrozar nada. Lo que hay detrás de ese escaparate es tuyo. Los cerrojos no existen; prueba a entrar. Puedes coger el juego de estilográficas, las Nike. Con tenerlas en mis manos, sin nadie vigilándome, me daría por satisfecho». Sí, es tan extraño poder pasear por las calles vacías…; pero no tengo miedo. Despacio…, no hay por qué tener prisas. Todo es mío, al menos por una mañana, así que… luego lo haré. Me gusta la idea de aplazar el momento, dejarlo para cuando me apetezca hacerlo. Están en sus casas, dormidos, y no hay nadie, nadie en kilómetros a la redonda. Sé que todos están en sus

casas, tienen los ojos cerrados, no sienten. Están a merced mía, todos ellos. La gente duerme y no les dejaré despertar, haré que duerman hasta que termine con ellos. Cogeré lo que me plazca, puedo hacer con ellos lo que quiera, follarme a mi antojo al que me apetezca. Pensar que sus carnes son mías. Corto el vientre, el brazo…, la garganta... La sangre salta sobre mi cara. ¡Qué cálida es la sangre al brotar y qué fría y viscosa se vuelve al instante!... No hay lucha, los párpados descansan quietos. La vida o la muerte se quedan varadas en habitaciones y lechos... Y ahora que lo pienso, sé dónde vive Sofía, qué cerca está de aquí, a dos calles... Me doy cuenta de que puedo subir las escaleras, las piernas me tiemblan cuando imagino las suyas desnudas; ella tendida en la cama, pero no despertará mientras la toco, mientras huelo su coño caliente, mientras lo saboreo. La muy puta me ignoraría si estuviese despierta, haría como si no me hubiese visto. No me importa. La polla me duele... Me gusta tanto.

Suspiró de placer. Dejó a continuación toda la ropa extendida a un lado y se sentó sobre el vientre flácido. Nunca había experimentado una sensación igual a aquella. Le fascinaba dejar caer su peso sobre aquel cuerpo y ver que todo seguía igual, que nada en él reaccionaba. Le fascinaba dictar sus propias normas sobre aquella pieza de orfebrería de la Naturaleza.

Acarició los pezones rosados, y más tarde los pellizcó y estrujó con todas sus fuerzas. Podía al fin hacer y deshacer lo que se le antojase. Se sofocó al percibir que aquello le inflamaba; eso hacía que se sintiese confundido acerca de la causa de su estado, no soportaba admitir para sí que pudiese excitarle aquel contacto carnal. «Nada de eso», farfulló furioso acariciando el pálpito de detrás de la cremallera de sus chinos negros. Siempre había un momento de duda. Pero ahora, no. Era él quien tenía el bastón de mando. El dolor había cambiado de bando para siempre, le pertenecía, era dueño del dolor que les corroería como un ácido. Había nacido para alterar vidas y muchos se empeñaban en ignorarlo. Desechos estúpidos. Eran carne que se corrompería, nombres que se esfumarían sin que nadie los recordase, que sólo durarían una generación. Sin embargo, a él lo recordarían las siguientes generaciones. Ahora, sin conocerle, mirarían para los restos hacia su obra perfecta y desconocida.

¡Imbéciles! No se daban cuenta de lo que él significaba para sus vidas.

Se desabrochó el pantalón. «Nada, cabronazo», repitió con creciente furia sin dejar de friccionarse el miembro. « No has conseguido nada».

La erección, bastante apreciable, era casi satisfactoria.

Aunque muchos lo habían pensado antes de él, Sade fue el primero en proclamarlo a los cuatro vientos: no había otro afrodisíaco igual a la fantasía, al poder del pensamiento...; la verdadera libertad residía dentro de uno, de su imaginación y lo que fuese capaz de construir… El resto…, toda esa pornografía estúpida, resultaba superfluo. Pero esta vez necesitaba oír la voz de una mujer. Marcó un ochocientos tres que había en la memoria del inalámbrico. Eyaculó rápidamente sobre la cara y el pecho del cadáver, apenas comenzada la conversación. Luego pulsó la tecla de colgar. Pero no estaba relajado. Muy al contrario, sentía erizársele el vello bajo la camiseta y una especie de vibración le agitaba todo el cuerpo.

Miró su reloj. Faltaba un minuto para las diez. El pánico a ser descubierto le infectó de repente el sistema nervioso. No podía evitarlo, aunque se consolaba pensando que era algo pasajero. Se levantó y comenzó a ir de un lado para otro por la habitación intentando ordenar sus ideas. Repasó con celeridad todo lo que había ocurrido desde las cuatro de la tarde: su conversación con el muchacho, su encuentro posterior en Carranque. Y la llamada del móvil. La posibilidad de que les hubieran grabado en la calle del comercio de compraventa con una cámara de video vigilancia era muy remota. Había hecho las comprobaciones necesarias un par de días antes, rastreando pacientemente las fachadas. Sabía cómo detectarlas. La oficina bancaria más cercana al lugar donde estacionó la Partner estaba en la dirección contraria a donde se habían dirigido tras salir de la tienda, a unos setenta metros, al otro lado de la calle. Calle arriba sólo había una tienda de ropa y tres pequeñas cafeterías, entre varios locales cerrados, sin alquilar. Le tranquilizaba el pensar que el ángulo de visión de aquella cámara no podía alcanzar la puerta de la tienda. Pero con el móvil tenía otra clase de sensación Eso era lo que más le inquietaba, y no sabía muy bien el porqué. Rebuscó en los bolsillos de la cazadora roja y tomó entre sus manos el Nokia; lo desbloqueó y examinó la lista de llamadas y las horas. Mientras miraba la agenda, le sorprendió la vibración y los tonos de una llamada que entraba. Casi se le cae de las manos del susto. En la pantalla apareció «Mamá». Colgó e intentó discurrir a toda prisa. La llamada se repitió. Volvió a colgar, después de tres tonos. Sintió la tentación de apagar el teléfono pero se contuvo. Tenía el presentimiento de que podía serle útil mantenerlo encendido, aunque en ese momento no adivinaba cómo. En cambio, si lo apagaba, podría perder cualquier posibilidad de usarlo

más tarde. Tenía que pensar rápido. No podía colgar una y otra vez sin estar seguro de que fuese la mejor solución.

Odiaba ferozmente la improvisación y, sin embargo, tuvo que reconocer con cierta repugnancia hacia sí mismo que no había sido capaz de prever lo del móvil.

En primer lugar valoró la posibilidad de dejarlo sonar toda la noche. Cuando los padres del chico se inquietasen aún más por su tardanza, no pararían de llamarle. ¿Qué pensarían si los tonos se agotaban sin obtener respuesta? Era muy difícil meterse en el pellejo de unos desconocidos. Después de reflexionarlo un poco, decidió que se alarmarían mucho pensando que algo grave le habría sucedido. Se comenzaría la búsqueda de inmediato, probablemente con gran despliegue de medios y de publicidad.

La idea le llegó de la nada como una inspiración. Fue al buzón de salida y envió un SMS al número de la llamada. «*m voy d casa no m busk k vi m vid*». E inmediatamente apagó el teléfono.

Tenía tres oportunidades y cuatro opciones posibles… Pulsó para encenderlo de nuevo. 9107. *Código erróneo*… Le sudaban las manos. El segundo en número de posibilidades: 9207. *Código erróneo*. Apareció un avisador en la pantalla. El teléfono se desconectaría si el nuevo código era incorrecto. Siguió el orden que él mismo había establecido. Si fallaba, tendría que llevarle el aparato a un *hacker*. No era una idea que le entusiasmase… 9108. *Código correcto*. Sus pequeños ojos marrones se iluminaron durante una fracción de segundo. Improvisando, también se podía sacar tajada de una situación crítica. Como por arte de magia las probabilidades de colar la versión de la fuga se habían multiplicado por cien.

Lo apagó, guardándoselo en uno de los bolsillos del pantalón. Tenía muy claro lo que hacer.

¿Cómo se lo tomarían los padres?

«Tengo que parar» —murmuró para sus adentros, con una náusea de miedo y alarma en el estómago. (Un miedo sudoroso y carnoso, palpitante, vivo. Lo conocía: era El Miedo, de nuevo) —. «No puedo seguir arriesgándome; he de parar de una vez por todas. Tengo que dejarlo, o me cogerán»

Poco a poco fue acallando la inquietud que sentía, imaginando el desconcierto que causaría el mensaje. Aunque la policía barajase todas las opciones, tendrían que poner sobre el tapete en primer lugar la de la fuga del chico. Confiaba en que nadie se acordase de haberlos visto juntos.

Le buscarían. Desde la mañana siguiente, no cesarían de buscarle: siempre ocurría lo mismo. Estaciones de autobuses y de trenes, gasolineras, refugios, centros de asistencia social…Lo removerían todo durante días y, quizá, semanas. Luego se cansarían… se irían olvidando poco a poco. Se sabía de memoria lo que debía hacer.

Tenía que seguir confiando en que, como siempre le sucedía, hubiese pasado desapercibido a ojos de la gente.

Estaba agotado y hambriento. Se acostó sobre el sofá, después de comer un sándwich mixto, dejando el cuerpo del muchacho allí mismo, desnudo. Se durmió enseguida.

Al día siguiente le esperaba un arduo trabajo.

13

Lo había olvidado completamente. El mejor momento para hacerlo había pasado, así que tenía que aprovechar una de las escasas e imprevisibles pausas generadas por las ausencias en la lista. Por fin, sobre las doce cuarenta, cerró el despacho y fue hacia el mostrador en busca de un impreso. Estaban perfectamente ordenados en unos clasificadores de plástico. Paula se lo proporcionó con su proverbial diligencia. Mientras lo cumplimentaba, él irrumpió. Era una de esas rondas de vigilancia encubierta, que llevaba a efecto a intervalos de una hora aproximadamente. Desde su nombramiento, habían aumentado sus visitas al aseo, y no sólo eran más frecuentes, sino que estaban revestidas, por así decirlo, de cierta vestimenta estratégica.

—Firma el papel de mis días, César —dijo un hombre vestido con ropa de calle y un fonendoscopio colgado al cuello a otro de pelo ensortijado y espaldas cargadas, que arrastraba los pies y una vieja bata, otrora también blanca, y que pasaba por delante del mostrador en ese momento.

El interpelado frenó en seco, y retrocedió sobre sus pasos, pasando al otro lado del mostrador por el rincón de la derecha. Tomó en sus manos el papel que le ofrecía su compañero y lo examinó un momento.

—¿Tantos días te quedan?—dijo con cierta sequedad el director del Centro de Salud.

—Hombre, tú veras. Todavía no he disfrutado de ninguno —le contestó el del fonendo al cuello.

El rostro del director, prematuramente envejecido, se crispó de contrariedad, y las sortijas capilares se le desordenaron en cuanto fue consciente del problema que se le venía encima. Tendría que reorganizar de nuevo las agendas, y éstas, tan subordinadas a los imprevistos, parecían siempre cogidas con alfileres.

Finalmente cedió sin rechistar y rubricó el documento, apoyándose sobre una de las mesas que utilizaba el personal administrativo.

—Gracias —dijo el médico, intentando salirse del mostrador.

—Espera, Ramón. No te vayas tan rápido.

—Me queda gente que ver todavía —se justificó aquél.

—A mí, también —dijo el director. Desde su nombramiento, mostraba una evidente obsesión por recalcar que él trabajaba tanto o más que el resto de

médicos, que no se estaba escudando en su cargo para aminorar sus propias «cargas asistenciales»—. Espera que lo encuentre —dijo, volviéndose hacia la mesa para rebuscar entre varias filas de documentos apilados—… Aquí está —y le entregó una hoja de reclamación que había sido arrancada del correspondiente talonario, con un texto a bolígrafo, de regular caligrafía.

Ramón Castillo la leyó todo lo rápido que pudo. Al concluir no cabía en sí de asombro.

—¿Cómo voy a contestar esta mierda? —rio, intentando devolvérsela.

El director no hizo nada por cogerla.

—Será una mierda y todo lo que tú quieras, pero hay que contestarla.

Paula Díaz dejó de teclear en el ordenador los nombres de la lista y se volvió a mirar a ambos.

—Pues contéstala tú —dijo Castillo.

—Sabes que hay un protocolo —dijo César, y se dio la vuelta zanjando de ese modo la discusión.

La auxiliar administrativa sonrió enarcando las cejas. Simpatizaba con Castillo, pero también era el ojito derecho del director, lo que la incitaba a mostrarse neutral cuando ambos discutían. En este caso, sin embargo, no podía inclinarse por ninguno porque los dos tenían razón. Paula Díaz ya conocía el contenido de la reclamación. Y claro que era indigno perder un minuto siquiera en dar respuesta a aquella sarta de tonterías.

Pero había que seguir el protocolo.

Castillo regresó a su despacho, pensando simultáneamente en el encargo de Sandra y en la estúpida cosa que la burocracia le obligaba a hacer. ¿En qué cabeza cabía semejante disparate?

La jovenzuela estaba junto a la puerta del despacho. Abrió tanto la boca que le enseñó el *piercing* de la lengua para espetarle insolentemente:

—Oye, que te has olvidado de darme el volante.

Castillo sintió un pellizco en el estómago. No pudo evitar pensar en cómo se habría dirigido al médico, de ser él aquella muchacha. Él hubiera dicho, sin duda, algo como: «Me da el volante, por favor»; o simplemente: «Me falta el volante»… Pero qué estupideces estaba pensando. Él era de otra generación, y sanseacabó.

Algo de nostalgia sí sentía del trato que le dispensaban en el pueblo.

—A ver, pasa un momento.

La joven puso su mejor cara de perdonavidas. Luego siguió al médico.

Castillo escribió el nombre del inyectable y la pauta en un P-10.

En cuanto hubo cerrado la puerta, releyó más atentamente el texto de la reclamación.

Le he dicho al médico que me dolía el hombro, yo creo que es reúma, el médico me ha mandado inyecciones, como puede ser todavía manden inyecciones. Yo pensaba que las inyecciones ya no se mandavan, que ahora hay pastillas o sovres para todo.

Yo he estado en Cataluña trabajando con mi marido veinte años y allí no me han mandado nunca inyecciones, hace mucho que no se las mandan a nadie que yo sepa.

Pienso que estamos muy atrasados aquí en Andalucía, los médicos deben estudiar más los tratamientos modernos, y no lo digo por uno, es por todos, para que lo tengan en cuenta, que los enfermos ya no queremos inyecciones.

Carmen Rovira Palacios

El médico apartó el papel, dejándolo en la esquina izquierda de la mesa. ¡Qué cojones podía contestar!

Una cosa era segura: no se lo pondría fácil a César, que era quien tenía que dar la cara.

Decidió centrarse en acabar la consulta.

La buena noticia era que ya tenía asegurado disfrutar de los días que había elegido.

Sandra tendría su edición en pasta dura de Crimen y Castigo. Aunque tuviese que recorrer todas las librerías de Málaga.

Alrededor de media hora más tarde, sintió la vibración del teléfono en el bolsillo del pantalón. El tono vino después. Recordó al instante que durante gran parte de la mañana había estado sin cobertura. La pantalla mostraba el número de la casa de su padre.

—Un momento —suplicó a la mujer de mediana edad con el cabello en inenarrables tonalidades violeta, que atendía en esos instantes—. Dígame, Leonor.

Leonor, con voz monocorde, tono dulzón y a volumen muy bajo, comenzó a explicar el parte del día:

—Todo bien, señor…

—¿Seguro? ¿Pasa algo?

—Es su padre, que ha tenido fiebre esta noche. Me ha vomitado el desayuno.

Castillo estaba acostumbrado a que el «todo bien, señor» precediese a buenas y malas noticias, y a la ausencia de ellas.

La mujer de mediana edad se ofreció a abandonar el despacho. Castillo negó con la cabeza.

—¿Tose o estornuda?

—Tiene tos, sí. Yo creo que está acatarrado, señor —dijo entrecortadamente Leonor y como susurrando.

Apenas había podido descifrar la mitad de las palabras. Pero, en esencia, Castillo había entendido que debía ir. Y no dejarlo para el día siguiente.

—Leonor, dele una pastilla de efferalgan. Las efervescentes... —precisó Castillo—. Después me acercaré. Y, mientras tanto, que beba. Intente darle agua.

—Bueno, señor. Gracias.

—Hasta luego.

Torremolinos quedaba demasiado lejos de Pedregalejo, como para regresar con tiempo antes de la hora del almuerzo. Hacia las dos, Castillo telefoneó a Sandra.

—Leonor me ha llamado hace un rato…

—¿Pasa algo?

—Mi padre tiene fiebre.

Sandra se quedó callada, pensando en que era martes. Precisamente en martes. De sobras sabía para qué llamaba Ramón.

—Lo más probable es que sea una tontería —añadió Castillo.

—Tienes que ir, ¿no?

—No quiero dejarlo para la tarde.

—¿Tan mal está?—dijo Sandra sin poder (ni, posiblemente, querer) esconder cierta decepción y disgusto.

—Hasta que no lo vea, no lo sabré. Puede no ser nada, pero ya sabes que tuvo una neumonía hace dos años. A lo mejor tengo que llevármelo al Clínico para que le hagan una placa.

Sandra entendió inmediatamente las prisas de su marido. Si finalmente decidía llevarse a su suegro al hospital, podrían pasar varias horas hasta que tuviese un diagnóstico.

Otro día que no comerían juntos.

Castillo podía percibir el secreto disgusto de Sandra, como una sombra silenciosa. Ella se esforzaba en disimular cuánto le contrariaban los cambios

de planes, a causa del estado de su suegro. Se esforzaba mucho, pero él podía detectar con nitidez la sinuosa línea de fractura en su voz, porque era la voz lo que traicionaba a Sandra, no sus gestos. Se delataba incluso a través del teléfono.

El problema lo constituía el trabajo de ambos. Mientras que su jornada era continuada y de mañana, a excepción de los miércoles, que debía presentarse a las tres de la tarde en el Centro de Salud, Sandra tenía jornada partida o, más exactamente, estaba desempeñando a tiempo parcial dos empleos. Por las mañanas, en una residencia de ancianos de las afueras de Churriana y, por las tardes, menos los martes, en un centro de reconocimiento de conductores, en la capital, al que dedicaba tres horas.

El único día laborable en que podían comer juntos era el martes.

Cuando colgó, Castillo se propuso prestar toda su atención al trabajo pendiente. Intentaría que los imprevistos no le demorasen ni un minuto. No podía permitir que se le fuese el santo al cielo pensando en la enfermedad que postraba a su padre ni en la carrera de obstáculos en que se había convertido la búsqueda de algo de normalidad, de un esbozo de mínima rutina, en su vida con Sandra. Sentía que las cosas no marchaban como debían, como en cierta ocasión, imaginando la vida familiar, supuso que serían al pasar el tiempo.

A las dos y diez estaba en carretera, camino de la casa de sus padres. Había grandes retenciones en algún tramo de las rondas de la capital. No estaba lloviendo ni se veían señales de que estuviesen realizando obras más adelante. Tampoco había signos de ningún accidente. Comenzó a ponerse de mal humor. En su frustración, golpeó en varias ocasiones el volante. Si había algo que no soportaba era que un embotellamiento absurdo le desbaratase lo que había planificado. Y las grandes ciudades estaban llenos de ellos. En ése y otros aspectos, echaba de menos al pueblo.

Llegó a la casa cerca de las tres: había perdido media hora sobre lo previsto. Encontró a su padre postrado en cama. En toda la mañana, Leonor había sido incapaz de incorporarle y sentarle en el sillón que había en el dormitorio. Su piel estaba caliente y seca y tenía la mirada perdida. Comprobó que su temperatura rozaba los treinta y nueve grados. La impresión que le dio al verle fue la misma que cuando la neumonía.

Le dijo a Leonor que se preparase para ir al hospital. Luego llamó a emergencias para que le enviasen una ambulancia.

Los «filtros» que hay que atravesar cuando se entra en el hospital ralentizan

hasta la desesperación cada uno de los pasos del «proceso», así que cuando Sandra le llamó la primera vez para saber cómo iba todo —exactamente a las cuatro y media—, era demasiado pronto: acababan de pasar a su padre a una de las consultas. Dos horas más tarde le llamó de nuevo, pero aún no le habían comunicado el resultado del TAC. Convinieron ambos que la siguiente llamada la efectuaría él, en cuanto estuviesen los resultados completos. Eso fue en torno a las diecinueve y cuarenta y cinco. Las imágenes de la tomografía confirmaban lo que había evidenciado la radiografía: una condensación en la base del pulmón izquierdo. El internista de guardia le propuso mantenerlo en la unidad de observación unas doce horas. Iniciarían inmediatamente el tratamiento con antibióticos por vía intravenosa. Si experimentaba cierta mejoría a lo largo de la noche, podría darle de alta por la mañana.

Castillo se preparó para pasar una parte de la noche en el hospital. Se turnaría con Leonor. Puso a Sandra al corriente y se dirigió a una de las cafeterías de la calle colindante. Cenó un par de raciones, compró un par de revistas en el exterior del recinto y fue a recoger a Jorge al pabellón de deportes; lo dejó en casa y volvió al hospital.

Se armó de paciencia.

Por lo menos, aquella noche tuvo tiempo de sobra para pensar. La estupidez que le exigía hacer César. Lo que le aburría el trabajo, en suma.

También en lo lejos que se veía por momentos de Sandra.

14

Amaneció nublado. Un vehículo de la empresa municipal de limpieza operaba a lo largo de la calle semivacía, justo en el instante en que Bernal apartaba la cortina con los dedos. El conductor gritaba a uno de los operarios que iba a pie. El tipo tenía un vozarrón enorme y tonante que recordaba a los viejos pregoneros municipales y que traspasaba con suma facilidad el grueso cristal de la habitación a la altura de la segunda planta.

Durante su precipitado viaje, Luis Bernal no había tenido tiempo de pensar en la Málaga que se encontraría. En los recuerdos que le traerían el olor y la brisa templada de la ciudad. Con todo eso se iba a dar de bruces el día veintiuno por la mañana, cuando pudiese desalojar de sus pensamientos siquiera una porción de Dora, de Natalia, de los porqués y de los sinsentido que lo copaban absolutamente todo (aunque tenía que reconocer, siendo sincero, que Adriana y Luz también nadaban ahora libremente en su interior, vinculadas con una sensación de peligro que era nueva para él)

Por razones que no estaban del todo claras en su cabeza, Málaga le recordaba muchísimo a Santander. Quizá al hecho de que ambas eran costeras y estaban empapadas del mismo olor salino; el clima; el bullicioso aspecto del centro… Era difícil decirlo. Hasta que abría el grifo de agua fría. La tibieza casi caldosa del agua de Málaga, hacía que la sensación al lavarse las manos fuese completamente distinta. En Santander el agua salía siempre helada.

Bernal no se encontraba bien aquella mañana y se preguntó cuál podría ser la razón. Se había levantado según su costumbre unos minutos antes de las ocho, con las piernas doloridas, como si tuviese unas décimas. Quizá fuese la resaca. Buscó la caja de paracetamol que llevaba en uno de los compartimentos de su maleta y se tragó un comprimido ayudándose con el caldo que expulsaba el grifo. Tuvo un primer acceso de tos en el baño. Se dio una ducha templada y se afeitó con parsimonia y, tras inundarse generosamente la mitad del rostro con su *afther save* favorito, el Allure de Chanel, perdió casi diez minutos retocándose las ondas de su cabello gris y blanco con un cepillo de cerdas duras que llevaba consigo a todas partes. También, como cada mañana, volvió a mirarse con desencanto y preocupación las bolsas de color macilento que ahora ocupaban sus párpados inferiores. Las contemplaba como un brujo examina el objeto de su próximo hechizo. Inconscientemente,

albergaba dentro de sí la absurda esperanza de levantarse una mañana y ver que ya no estaban allí.

Volvió a toser varias veces seguidas, sintiendo cómo se desprendían costosamente las flemas de su pecho. Pero no asoció el hecho con los veinte cigarrillos que fumaba a diario. Bernal creía honestamente que un fumador sólo ponía en peligro su salud cuando alcanzaba los dos paquetes al día. Su comentario cuando alguien le preguntaba al respecto era que su tos se debía a un resfriado «mal curado».

Le dolía ligeramente la cabeza. Había dado muchas vueltas en la cama y una pesadilla en la que veía a sus pequeñas a punto de caerse de un bote en medio de la mar agitada, le había hecho despertarse sobresaltado. La causa había sido el par de güisquis que se tomó sobre las once y media en el bar del hotel. El alcohol le alteraba el sueño, pero a veces no podía prescindir de él.

Necesitaba dar un paseo, incluso antes de tomar el primer café del día. Vagamente recordaba que una de las cafeterías de la cadena La Canasta se encontraba no lejos de allí, en dirección a la comisaría. Al salir a la calle le asaltó la idea de que quizá fuese vestido de un modo poco conveniente. El abrigo azul de cashmere parecía una prenda de alto ejecutivo, no de un policía que pretendía hablarles de tú a tú a otros policías. Por un momento había olvidado que ya no era un agente del orden. Se había convertido en un burócrata y llevaba años sin relacionarse con sus compañeros como durante su pertenencia a la Brigada de Homicidios en Sevilla. Tal vez había perdido práctica para las relaciones. Tuvo miedo de que un ridículo detalle, fruto de su descuido, frustrase la visita. Sabía por experiencia que la primera impresión podía abrirle las puertas o cerrárselas a cal y canto. Dependía esencialmente de él y de la suerte. La subordinación a la suerte de su éxito o fracaso, le hizo reflexionar: estaba totalmente en manos de ella. Sería muy difícil sacar algo en claro, si la persona encargada no tenía un buen día. No era una intuición; le bastaba con recordarse a sí mismo. De inspector, había sido desconfiado, y tuvo fama, quizá merecida, de hermético y antipático. Se comportaba de un modo especialmente borde con los curiosos profesionales, esa gente que tenía el vicio de hacer preguntas sólo para satisfacer una insana necesidad. Los olfateaba a una legua de distancia y se ponía en guardia. Ahora trataba de ponerse en el lugar del otro, del funcionario que le atendiese. Decidió que tenía que esforzarse por causarle buena impresión. No podía permitirse el lujo de volver a La Haya con los bolsillos vacíos, y mucho menos de no mantener

abierto un canal de comunicación para el futuro. Podría suceder que la investigación se estancase, y no soportaba la idea de quedarse al margen.

Cuando bajó por las escaleras exteriores del hotel, miró instintivamente al cielo. Las nubes eran altas y blancas. Corría un aire suave. No había indicios de que lloviese pronto.

Bernal se dijo que era un buen día para pasear, pero tuvo conciencia de que no se sentía con ánimos de disfrutar del paseo. Pese a ello, enfiló despacio hacia la avenida de los Nuevos Ministerios, intentando separar lo anímico de lo sensorial, siquiera por unos minutos. Siempre gustaba de empaparse del ambiente y de los olores de las ciudades que visitaba. El olor salino del mar impregnaba el corazón de la ciudad. Levantó la vista al cielo, sin dejar de caminar, y vio planear majestuosas las gigantescas gaviotas que habían colonizado en los últimos años las azoteas de los edificios. Bernal recordó que muy pocos en la costa oriental las llamaban «gaviotas»; sus habitantes las conocían como «pavanas» y reservaban el nombre de paínos para sus parientes menores, muy parecidos a aquellas, pero de un tamaño cuatro o cinco veces inferior. En poco más de cinco minutos divisó la cafetería. Había un kiosco de prensa enfrente. Cruzó la calle y pidió el diario Sur al quiosquero. El hombre, oculto tras unas gafas de opacos y gruesos cristales, le hizo un comentario rutinario sobre el tiempo mientras le devolvía el cambio del billete de cinco euros. Al entrar en la cafetería, la mezcla de olores agradables le causó un bienestar inesperado. El pan recién hecho, la bollería y el aroma del café lo inundaban todo. El tramo más largo de la barra estaba vacío. Un camarero le atendió de inmediato. En cuanto dio el primer sorbo del «crema» que le habían servido, encendió un camel y comenzó a hojear el periódico. Fue a la sección de opinión y leyó superficialmente los editoriales y artículos. Luego saltó a las páginas de sucesos, sin encontrar nada que le interesara, es decir, ningún comentario acerca del crimen. Un hombre se había arrojado al vacío desde el balcón de su casa; habían atropellado a una anciana en la calle Cristo de la Epidemia, hiriéndola de gravedad; una reyerta en un pub había concluido con un herido grave, y una banda de atracadores de chalet acababa de ser desarticulada. Pero ningún comentario sobre el crimen que había conmocionado a la ciudad cinco días atrás. Simplemente habría dejado de ser actualidad, se dijo. Pero al retroceder a las primeras páginas, dedicadas a la capital, se encontró con un amplio reportaje, en el que se volvían a analizar las circunstancias del suceso. Nadie era capaz de explicar

lo ocurrido. Una mujer atacada en pleno paseo marítimo, asesinada sin razón aparente, de un tajo limpio en el cuello. Involuntariamente, volvió a pensar en «sus niñas». De repente, se dio cuenta de que ya eran dos mujeres. Las fotos que había recibido vía SMS del último cumpleaños de Luz, desfilaron por su mente. «Veintiuno, ya», murmuró. Pensó que Adriana cumpliría veintitrés en poco más de dos meses, y sintió nostalgia de unos años en los que, curiosamente, se había lamentado con amargura por estar perdiéndose el crecimiento de sus hijas. Pero ahora, al recordarlo, tuvo la noción exacta de no haber temido por su seguridad durante aquella etapa, entendió que siempre había dado por descontado que se encontraban a resguardo de los peligros que acechan en la calle, la maldad que él conocía tan bien y que, trágicamente, había alcanzado de lleno a Natalia. Ese temor era ahora constante, denso, casi angustioso, porque sentía que no podía protegerlas, y que nadie les brindaría esa protección en su lugar. Eran mayores de edad, y ni siquiera su madre podría hacer nada al respecto. Esas reflexiones le trastornaron algo más de lo que ya estaba. Trató de quitárselas de la cabeza rescatando de su memoria los recuerdos de su último viaje de placer, que le había llevado a Estambul y a recorrer la península de Anatolia. Fugazmente recreó la imagen del Porsche Cayenne, con el que soñaba desde hacía un año. Lo vio surcar aquellos parajes. Pero Bernal no estaba de ánimo. Se dijo a sí mismo que los pensamientos hedonistas debían quedar relegados para otra ocasión. Pidió un desayuno completo y, mientras se lo servían, hizo varias llamadas hasta conseguir que le pusieran con un tal Muriel, un subinspector de Homicidios. Bernal dijo a aquel hombre con voz de jovenzuelo sabelotodo que quería «tratar con la policía información relacionada con Natalia Blanes». Evitó deliberadamente decir «sobre la muerte»… Su propósito era ver cuanto antes al responsable del caso. Fue parco en palabras pretendiendo darle un tono «oficial» al contacto. Le chocó mucho que no se le exigiese aclarar quién era en realidad él (y cuál era su relación con la víctima, si es que había alguna), y qué le impulsaba a contactar con la policía. Preguntas básicas, todas; preguntas que él hubiera formulado sin duda si hubiese estado en el lugar del agente. La respuesta de Muriel fue muy escueta. Sencillamente, le dijo: «de acuerdo». Muriel tampoco había puesto excesivo celo en identificarle. Se limitó a preguntarle los apellidos, y seguramente los anotó, a juzgar por la pequeña pausa que siguió a su pregunta, y a renglón seguido le ofreció ir a verle a su lugar de trabajo o donde le viniese bien, si le era imposible acudir a

la comisaría. Bernal supuso que el teléfono al que llamaba tenía sistema de registro e identificación de llamadas y que por eso Muriel no le pidió el número de móvil. Pero ¿qué sabía aquel agente acerca de la propiedad del teléfono? ¿Y si era prestado? Para salvaguardar su anonimato podía haber usado uno cualquiera con sistema de prepago. Si llegara a cambiar de idea, a Muriel le habría sido muy difícil localizarle.

Bernal decidió que el subinspector había obrado descuidadamente.

Sin embargo, algo que ocurriría más adelante le iba a hacer cambiar de opinión sobre la competencia profesional del agente.

Por fortuna, el paracetamol había actuado ya. Bebió pausadamente el zumo de naranja al tiempo que reflexionaba sobre su propia actitud. Descubrió con cierta sorpresa que seguía pensando como un policía. Todo el tiempo. Estaba juzgando el trabajo policial ajeno por una especie de automatismo. Cada pensamiento incluía una valoración y cada valoración, una o varias deducciones. Era una estructura lógica, desarrollada y pulida a base de intervenir en la investigación de muchos casos. El haberse convertido en un burócrata no le había cambiado sustancialmente. Había empleado una falsa excusa, que se le había ocurrido sobre la marcha mientras sonaban los tonos. De pronto presintió que yendo de frente podría fracasar en su empeño. Era arriesgado, claro. Podría pasarle factura luego, en cuanto se viese obligado a explicar los verdaderos motivos para haber concertado la cita.

Parte del pastel seguía en el plato cuando encendió el segundo cigarrillo. Era incapaz de terminarlo. Comprobó en su reloj que tenía más de una hora. «Puede venir a las doce», le había dicho el subinspector antes de colgar. Pidió la cuenta y salió a la calle sin tener decidido en qué ocupar el tiempo que restaba. Se había levantado bastante el día. Caminó parsimoniosamente mirando los escaparates. A unos pocos pasos de la cafetería se topó con una tienda de ropa. Una prenda de las expuestas en el escaparate le llamó la atención: era un chaquetón marinero. Se le ocurrió una idea. Entró, se lo probó y decidió quedárselo. Entonces le pidió al dependiente que le guardara el abrigo unas horas. Probablemente iría a recogerlo por la tarde.

Bernal abandonó la tienda vestido con la prenda recién comprada. En un cuarto de hora estaba en la puerta de entrada de la comisaría. Faltaban once minutos para las doce.

15

El gesto del agente con el que había contactado cambió al examinar someramente sus credenciales. Era evidente que estaba sorprendido y preocupado a la vez por la visita. Bernal pensó inmediatamente en el efecto que debía de causarle su presencia allí. La mera sospecha de que pudiese tratarse de una inspección encubierta del alto organismo policial europeo intimidaría a muchos funcionarios. Circulaba cierta leyenda al respecto por todas las comisarías del continente: se rumoreaba que Europol podía estar enviando a sus agentes con cualquier pretexto para realizar inspecciones sorpresa. Se jugaban mucho los mandamases con los contenidos de los informes que se elaborarían. Todos los comisarios jefe tenían la mosca detrás de la oreja con aquel rumor, fuera o no fuera un bulo. Se dijo a sí mismo, maliciosamente, que no haría nada en un buen rato por deshacer el equívoco. Podría incluso convenir a su propósito el dejar a Muriel preso de esa incertidumbre. Quizá le ablandara. Trató de ponerse en el lugar del superior de Muriel y vio que también con él podría tal vez serle útil la táctica de dejar en una confusa indefinición el porqué de encontrarse allí. A mayor rango, mayor cuota de responsabilidad.

Muriel era mucho más alto de lo que había imaginado al oír su voz a través del teléfono. Le calculaba unos veintiocho años y que excedía probablemente del metro noventa y cinco. Iba bien afeitado y, aunque no eral mal parecido, tenía un rostro «convencional»: ojos oscuros sin color definido, nariz poco desarrollada y boca pequeña, con labios finos. Algunas canas se le desparramaban por los márgenes del cabello, cortado y peinado sin mucho estilo. Era también muy delgado, tanto que daba cierta impresión de fragilidad a pesar de su estatura. Pero no era una delgadez homogénea. Había algo en él que distorsionaba al mirarle, como si a un muñeco le hubiesen ensamblado de forma incorrecta alguna de las piezas, intercambiándola por error con otra parecida. Bernal invirtió unos veinte segundos de disimulado escrutinio —el tiempo que tardó en caminar unos pasos el joven agente— en descubrir la causa: los brazos de Muriel eran proporcionalmente más robustos que sus piernas.

Bernal se quitó el chaquetón nada más entrar. Hacía bastante calor en el interior de la comisaría, pese a lo cual Muriel llevaba puesto un jersey de lana

de notable grosor. Lo encontró en la planta baja del edificio, en una enorme oficina en la que se hacinaban varias mesas de trabajo tras los mostradores. Muriel se comportó con amabilidad, aunque era incapaz de disimular la inquietud de estar pasando por un imprevisto examen. Bernal supuso que era tal vez por ese motivo, por el que no daba muestras de estar demasiado interesado en la información que antes le había prometido entregar. No hubo ninguna mención al asunto en los primeros momentos. Era como si temiese dar un traspié al abordarlo. Bernal decidió darle cuerda.

El subinspector Muriel le condujo a través de un largo pasillo a un ascensor reservado al personal y subieron a la planta superior. Allí le atendió en un pequeño despacho de corte moderno, en cuya mesa no había ningún papel; ni tan siquiera una carpeta. Sólo una obsoleta pantalla de ordenador, que parecía fuera de uso. Muriel le aseguró que el inspector que se había hecho cargo de la investigación llegaría en cualquier momento. Pero si se trataba sólo de ponerle al corriente de algún dato interesante acerca de Natalia Blanes, no había motivos para esperarle puesto que él también estaba trabajando en el caso. Podía confiárselo, naturalmente con plenas garantías de que trataba con la persona adecuada. A partir de ese momento algo cambió en su actitud: dio la impresión de que su cerebro comenzaba a asociar por primera vez ambas circunstancias porque se quedó como ausente de un modo particularmente abrupto. Seguramente se estaría preguntando qué tenía que ver Europol con la investigación de esa muerte.

Bernal le dio las gracias, diciéndole seguidamente que prefería esperar a hablar con su superior por motivos que no venían al caso. Tras ese comentario, el altísimo agente le miró dubitativo y extrajo un móvil extraplano del bolsillo derecho del pantalón. Pulsó uno de los botones y se lo puso al oído.

Aunque no lo había mencionado expresamente, Bernal supo que había llamado a su superior.

—¿Dónde estás?—preguntó Muriel a quien estuviese al otro lado de la línea.

—…

—Es que está conmigo… —hizo un gesto inquisitivo mirando a Bernal.

—Luis Bernal —la voz de Bernal rezumaba ahora seguridad, e incluso cierta autoridad.

—Luis Bernal —repitió Muriel—. Es de Europol… Dice que quiere hablar

del caso de Natalia Blanes… —hubo una pausa larga, en la que se percibió que el inspector estaba gritando—. Estoy en el veinticuatro —continuó con gesto ceñudo, y, plegando el teléfono, explicó a Bernal—: Está ya en el edificio. Sube ahora mismo.

Bernal asintió con la cabeza e hizo un breve comentario sobre el tiempo. Veía a Muriel cada vez más tenso.

Menos de un minuto después, cuando pensó que se le hacía ya insoportable la espera al muchacho, que no sabía donde dirigir la mirada para evitar la suya, Bernal oyó abrirse la puerta a su espalda. Giró la cabeza en un acto reflejo y siguió con la vista al hombre que había irrumpido en el despacho. Éste le ofreció cordialmente la mano al llegar a su lado derecho. Pero Bernal se percató de que un manto de recelo bien visible cubría sus formas educadas.

—Soy Gabriel Ramos. Usted es Luis Bernal, ¿no es eso?

Muriel se levantó y se hizo a un lado.

Bernal alargó incautamente la mano desde su asiento. El saludo era la forma en que Ramos se describía a sí mismo ante los demás, el botón que al ser pulsado proporcionaba las claves de su personalidad. Las personas que le conocían exclamaban en su interior: «¡Joder! Un tío sano». «Es una persona directa, que no se anda con rodeos». «Es sincero y sin dobleces». Todo eso lo pensaban entre la sorpresa y el dolor porque Ramos tenía la costumbre de usar ambas manos para el apretón, y las suyas eran unas manos descomunales y velludas que trituraban con involuntaria aunque sistemática crueldad las de la persona contraria. Hablaba con un pronunciado acento castellano que a Bernal le resultaba vagamente familiar; sabía que lo había escuchado antes en boca de un amigo o conocido, pero no era capaz de recordar de quién se trataba. Bernal cotejó que había una gran expectación en sus pequeños ojos claros.

El interminable armazón de Muriel buscó apuntalarse con el tablero saliente de la estantería vacía. Finalmente encontró el apoyo necesario en sus nalgas huesudas.

De pronto, Muriel recordaba la noche del crimen.

El inspector se acomodó en el sillón que antes había ocupado su subordinado. Tendría unos cuarenta años. La cara era alargada, con el mentón prominente y facciones agradables, aunque la nariz resultaba demasiado afilada dentro del conjunto. El pelo castaño, ondulado, peinado de forma que ocultase las entradas que iban ganando terreno inexorablemente. Todo en Ramos transmitía una sensación de inagotable energía.

—Usted dirá.

—¿Podría dedicarme unos minutos de su tiempo?

El inspector de Homicidios pensaba en sus sagradas cañas del mediodía.

—Hasta las doce y media no tengo problemas.

—Para mí es más cómodo que nos tuteemos. Si no te importa, claro.

Ramos pareció aliviado. Tenía la sensación de haber visto antes al hombre que estaba al otro lado de la mesa. Intentó pensar en ello, a la par que intentaba no perder el hilo.

—Perfecto —contestó distraído—. Me ha dicho mi compañero que eres de Europol.

Bernal sacó de la cartera su carné de funcionario y se lo entregó al inspector. Ramos lo examinó tímidamente, como si se avergonzase de tener que comprobar su autenticidad y se lo devolvió al instante.

—Sí —dijo Bernal. Trabajo en Delitos Financieros.

Ramos y Muriel cruzaron una mirada.

—Y que querías darnos información sobre Natalia Blanes —dijo en tono prudente el inspector.

—No es así exactamente. Digamos que quería *hablar* de Natalia.

—¿Pero qué tiene que ver Europol con este caso?

Bernal sonrió.

—Confío en que nada —dijo, alimentando deliberadamente las dudas que pudiesen albergar ambos.

Ramos se echó sobre el respaldo flexible del modesto sillón de oficina tapizado en calurosa tela azul y cruzó las piernas.

—Bueno… Estaremos encantados de escucharte.

—No quiero entrometerme. Os agradecería que sólo me digáis si tenéis algún indicio sobre quién puede ser el autor.

Inspector y subinspector volvieron a mirarse, perplejos.

—Antes de continuar, debo llamar al comisario —dijo con decisión Ramos —. Tengo que ponerle al corriente de esta conversación.

Bernal se encogió de hombros. Luego, agobiado por el calor de la estancia, se quitó del regazo el chaquetón y lo terció sobre el reposabrazos de su asiento.

—Como estimes conveniente. Pero mi visita no es oficial, si eso es lo que te preocupa.

—Entonces…

—Mi interés es exclusivamente personal. Te doy mi palabra de que esto es privado, y que a nadie más que a mí concierne.

Ramos volvió a adoptar una actitud más relajada. Aspiró profundamente el aire caliente de la habitación.

—¿Por qué motivo, si puede saberse?

—Soy amigo de la familia. He viajado desde Holanda, para estar en el funeral. Puedes llamar a la madre y confirmarlo.

Gabriel Ramos se rascó maquinalmente la coronilla. De pronto recordaba dónde había visto a Luis Bernal: en la iglesia, durante el entierro de Natalia.

—Podías haber empezado por ahí, hombre.

Bernal lo sabía. Sabía que lo lógico era haber empezado por ahí. Pero entonces, quizá Gabriel Ramos no estaría en tan buena disposición, pues no tendría la sensación de haberse quitado un gran peso de encima.

—Lo sé —dijo en un susurro.

—Nos has alarmado un poco.

Ramos notaba que la presión de imaginarse bajo el escrutinio implacable de Europol había desaparecido sólo a medias.

Bernal sonrió con una mueca de disculpa.

—Llama a Dora. Supongo que tendrás su teléfono. Dile que estoy aquí.

Ramos miró de nuevo a Muriel, que continuaba apoyado sobre el mueble, los brazos cruzados y la mirada baja. Parecía como si le disgustase que aquella conversación se estuviese produciendo.

—La madre es Dora —reflexionó—. No recordaba haberla oído nombrar de esa manera.

—Preferiría que la llamases —insistió con suavidad Bernal.

Ramos carraspeó nervioso, se levantó del sillón y se hurgó en silencio en el bolsillo derecho del pantalón de tergal de color tostado, que estaba pidiendo a gritos un día en la lavandería. Salió un instante de la habitación, tecleando en el móvil. Volvió en un minuto aproximadamente.

—No era necesario —dijo a modo de disculpa—. ¿Qué otra razón ibas a tener para venir aquí?

Bernal miró por toda la habitación en busca de un cenicero sin hallarlo. Notaba el deseo acuciante de fumarse un cigarrillo. Pero no tenía la sensación de hallarse frente a gente con el mismo hábito. Tendría que controlarse.

Al pensar en ello, recordó los tiempos en la Brigada. En aquel entonces todos sus compañeros fumaban como carreteros.

—Yo también estuve en Homicidios —dijo.

Ramos mostró un gran interés.

—¿Ah, sí? ¿En qué lugar?

—En Sevilla. Pero hace más de veinte años de eso.

—Razón de más…

—Para saber que la batuta es tuya —le interrumpió Bernal—. Mira, yo fui inspector jefe de la Brigada de Homicidios del Distrito Sur. Sé perfectamente cómo funciona esto. La responsabilidad que conlleva estar al mando. Nadie quiere interferencias ni que le fisgoneen la investigación.

Ramos experimentó una punzada agradable por toda aquella comprensión que le mostraba el recién llegado. Le caía simpático Bernal, de eso no tenía duda.

—Es una gran verdad —admitió—. Cuanta más repercusión tenga un crimen, más complicado se vuelve todo.

—Te seré sincero —dijo Bernal—. Natalia era mi ahijada. Y durante casi un año, hice las veces de padre. Digamos que represento a la familia. Comparte conmigo la información que quisiera tener su madre, la que tú le darías si estuviese capacitada para asimilarla. La única diferencia será que conmigo podrás usar todos los tecnicismos necesarios… —se detuvo un instante para darle un énfasis especial a sus siguientes palabras—. Piensa en lo que harías si llevaras la investigación de un crimen, siendo la víctima la hija de uno de tus compañeros ¿No le darías cuenta de todos tus pasos? Creo que puedo pedirte que me trates como a un antiguo compañero. Sólo eso.

Ramos volvió a sentir parecida incomodidad a la que le había hecho ponerse en guardia en un primer momento. Pero ahora había algo distinto en él, una fuerza que le impedía blindarse del todo frente a aquel ex inspector.

Cruzó los brazos, se echó hacia atrás y dijo con un leve aire de resignación:

—Veremos hasta dónde puedo llegar. Prueba.

—Gracias —dijo satisfecho Bernal—. Bueno, ambos sabemos que la mayoría de los homicidios se resuelve en las primeras cuarenta y ocho horas. Es uno de los axiomas de la investigación criminal. Cuando no es así, el crimen tiene muchas posibilidades de quedar impune.

—Eso no va a ocurrir en este caso.

Bernal absorbió como un sumidero tal declaración de buenas intenciones.

—He leído los periódicos locales esta mañana… Te preguntaba antes sobre pistas —le recordó muy serio.

Ramos negó con la cabeza tras una pausa en la que pareció cavilar la respuesta. Luego miró a Muriel un instante y dijo:

—Nada importante hasta ahora. A pesar del lugar y la hora no parece que haya habido testigos del crimen. Hicimos un llamamiento a través de la prensa y la televisión. Quizá alguien vio al asesino aunque no lo sepa… Sabes que resulta normal que algunos testigos tarden varios días en darse cuenta de que vieron algo o en decidirse a hablar. Por eso no hemos perdido la esperanza. Las llamadas que hemos recibido —unas diez, aproximadamente—, carecen de credibilidad. Hemos interrogado a un posible testigo… Claro que… es un niño de cinco años. Bueno —miró de nuevo a su compañero—… lo que le contó a su padre es que había visto «un hombre con una espada» moverse entre las palmeras. Y el padre nos llamó a nosotros. Creemos que pudo acecharla oculto entre las palmeras del borde de la vía. Hemos peinado a fondo la zona, incluyendo la franja de césped que hay al pie de las palmeras cercanas, para buscar algo que pudiera estar relacionado con el autor: envoltorios, colillas…, pero las huellas que hemos encontrado en una bolsa de frutos secos y en las colillas en donde era posible identificarlas, no estaban en el fichero de delincuentes. Todavía no tenemos a punto los resultados de las pruebas de ADN.

—Supongo que dais por hecho que es un hombre.

Sin quererlo (no de forma consciente, al menos) Bernal había deslizado un reproche casi imperceptible en su conjetura. ¿Habían pecado de ligereza por descartar a una mujer como posible autora? Sólo por el hecho de que el método y la fuerza empleada hablasen de un varón, no se podía dejar de considerar la *otra* hipótesis.

Ramos lo captó enseguida. Aparentemente no se molestó.

—No. Pero es lo más probable —dijo escuetamente.

—Claro… ¿Es fiable el testimonio de ese niño? —preguntó, ligeramente decepcionado, Bernal.

—El niño viajaba con su padre, en dirección al Rincón de la Victoria, así que no ha sido posible elaborar un retrato robot… —hizo una pausa como si esperase que Bernal le preguntase el porqué, pero Bernal seguía mirándole atentamente—. Por esa vía se circula a una velocidad media de setenta kilómetros por hora. Además, el lugar que nos señaló está en completa penumbra. Es prácticamente imposible que el niño haya visto algo más que una sombra.

—¿Y del arma? ¿Qué sabéis?

Ramos dudó un instante. Luego se acarició el mentón y mirando a Muriel dijo:

—Que no es un cuchillo cualquiera.

—Gabriel, no creo…

El inspector detuvo a Muriel con una señal de su mano.

—Natalia no murió degollada tal como dicen los periódicos.

Muriel frunció el ceño.

—¿Te parece que es conveniente hablar de esto ahora?—dijo con cara de no creerse del todo que su jefe estuviese vulnerando el pacto de silencio que habían sellado ambos.

—Da igual, Fernando. Antes o después se sabrá.

—No estoy de acuerdo contigo —replicó molesto el subinspector—. Se nos jodería toda una línea de investigación.

—¿Es que crees que los del juzgado no van a dar el cante? Como si no los conocieras, coño.

Gabriel Ramos zanjó la discusión con un ademán y volvió a dirigirse a Bernal.

—Perdona este pequeño rifirrafe entre compañeros. Fernando se fía demasiado de la gente, pero aquí la mayoría se van de la lengua, empezando por los forenses. No hay uno de ellos que no sirva de fuente a un periodista. Y pongámonos todos… Pero, bueno, ¿qué voy a decirte que ya no sepas?

El desacuerdo de Muriel con su jefe salió disparado a través de su nariz prepuberal, en forma de un corto resoplido. ¿Por qué cojones tenía Gaby que revelar ese detalle al de Europol con tal de agradarle?

Bernal asintió con la cabeza. La causa de la controversia no había hecho sino llenarle de expectación.

Lo descrito en El Sur, La Opinión y Málaga Hoy, variaba muy poco. En lo que todos coincidían era en que la muchacha había encontrado la muerte tras ser «degollada». Supuestamente, el asesino, apostado en la franja de oscuridad de debajo de los árboles, le habría rebanado el cuello con un cuchillo o navaja, sorprendiéndola por la espalda.

—La intención del asesino de Natalia era decapitarla, algo que consiguió sólo a medias —concretó Ramos. (El rostro de Bernal adquirió una cierta lividez al oír esta confidencia.) —No ha sido posible encontrar el arma y todavía no sabemos de qué arma se trata… Según el forense, el corte se

produjo por una hoja muy afilada, de borde recto y con un peso elevado. La hoja penetró hasta la cuarta vértebra cervical y dejó una muesca en ella. No es un hacha, desde luego. Es una clase de arma con la que no estamos familiarizados. Estamos examinando las que pudieran amoldarse al tipo de herida.

—Podría ser un machete —intervino, resuelto, Muriel, que parecía haber dominado su anterior resistencia a compartir la información con Bernal —. Aunque lo del peso es un problema. Desconocemos todavía si hay algunos tan pesados y, en tal caso, dónde se pueden adquirir.

—Tenemos a nuestra gente trabajando en ello —añadió Ramos—. Pronto cerraremos el abanico y nos habremos hecho una idea muy aproximada.

Las descripciones pusieron a Bernal ante la horrible mutilación que había sufrido Lita. Se le ensombreció el rostro.

—Hijo de puta —susurró para sí.

Luego tuvo conciencia de que también él había asumido que se trataba de un varón.

—Lo cogeremos —aseguró Fernando Muriel.

Bernal no dijo nada. Se limitó a cruzar las piernas. Estaba vacunado contra toda clase de voluntarismos.

—Por muchas bestialidades que veas, nunca llegas a acostumbrarte —comentó Ramos, echando el cuerpo hacia delante.

—Esto es especial —dijo a media voz Bernal.

La mirada azul de Ramos adquirió un brillo intenso aunque fugaz.

—¿En qué?

—En que es calculadamente salvaje y sádico.

—¿Calculadamente?... ¿Qué quieres decir?

Bernal aspiró aire como si la congoja y la rabia que sentía le estuviesen ahogando.

—Es la elección… ¿Por qué optar por un método que requiere tanta precisión para conseguir el mismo resultado?... No sé. Perdonadme pero ni siquiera sé lo que estoy diciendo —dijo con aire de disculpa.

Muriel sintió un ligero estremecimiento, aunque no era porque las palabras del inesperado visitante describiesen bien la monstruosa frialdad del asesino. El propósito en sí, agudamente expuesto por Bernal, era lo que de repente le turbaba.

—Me he preguntado cómo escapó el que lo hizo —dijo Bernal, cambiando

de asunto. Ya no tenía dudas de que el asesino era un hombre.

Gabriel Ramos se adelantó a responderle.

—Aún no lo sabemos —dijo negando con la cabeza.

—Conozco la zona. Sé que tuvo que cruzar la carretera por fuerza después de cometer el crimen.

—Eso es lo que haría yo, desde luego. Es la única salida. En la dirección contraria sólo está el mar… Aunque, para ser sinceros, aún no hemos descartado que saliese del paseo marítimo a la altura de los Baños del Carmen. ¿Los conoces?—Bernal asintió—… Pero, pensando con lógica, la mejor vía de escape sería atravesando la carretera, porque es la única forma de eludir el cerco policial. La verdad…, nos cuesta pensar que corriese a lo largo de la playa para alejarse de allí.

—Pero pudo haberse escondido —añadió Muriel.

—Eso es muy improbable —intervino el inspector—. La zona se batió casi inmediatamente.

Bernal captó en el acto la pequeña discrepancia en el enfoque que subyacía entre ellos. Tuvo la sensación de que lo habían discutido antes, sin llegar a ponerse de acuerdo.

—¿Esconderse? ¿Dónde?

—Fernando tiene una teoría —dijo Ramos dirigiéndose a Bernal en un remotísimo tono de sorna.

Bernal asintió.

Muriel, que no podía ni quería disimular que sus reparos a compartir toda aquella información permanecían aún vivos, concretó con semblante serio:

—En la misma playa.

—No, no. No hay donde ocultarse —repuso convencido Ramos.

—Hay un merendero cerrado…

—Eso no se me pasa por la cabeza —se irritó el inspector—. Permanecer agazapado allí unos minutos hubiese sido jugársela… Un comportamiento así sería completamente suicida. Y este sujeto, Fernando, no es un imbécil…

El móvil de Ramos sonó entonces, sobresaltándoles a todos un poco con su volumen tan elevado. Ramos miró la pantalla y, tras disculparse con Bernal, salió inmediatamente de la habitación.

La interrupción había dejado con la palabra en la boca a Fernando Muriel.

16

Muriel empleó el minuto que tardó en regresar Ramos en tratar de entablar una conversación sobre cosas banales con el agente de Europol. Intentó que no pareciese forzada. Sólo tuvieron tiempo para comentar la diferencia de inviernos entre La Haya y Málaga.

Tuvo tiempo, además, para pensar en la actitud de su jefe.

¿Por qué se mostraba Gabriel tan condescendiente y hasta claudicante con Bernal? ¿Qué clase de temor le inspiraba? ¿Y por qué ese empecinamiento en ignorar su explicación a la poco comprensible ausencia de testigos de la huida del asesino en un sitio tan concurrido?...

El razonamiento de Ramos era que sólo un chapucero hubiese permanecido en el lugar del crimen. A Muriel le parecía simplista en exceso. Algunos criminales tratan de confundirse entre la gente que acude a curiosear nada más cometer el asesinato. Gozan al contemplar la reacción del público; les hace sentirse importantes. No es sólo que les convierta en protagonistas, sino que también les resulta útil para escabullirse. El problema más relevante que encierra este tipo de conducta es que tienen que desprenderse del arma. Y estar plenamente seguros de que no se han manchado durante la agresión. La playa estaba muy oscura aquella noche. Y había suficientes sitios donde ocultarse. Claro que suponía un riesgo: no se había desprendido del arma. Pero ¿y si la hubiese enterrado en la arena, o arrojado al mar? ¡Coño! No habían dado orden de remover la arena; sólo se había rastreado en superficie. Ni se habían enviado los submarinistas. Y ya habían pasado cinco días. El arma era grande y difícil de esconder. ¿Y si hubiesen dado la orden de retener y registrar a los curiosos? Pero esa orden no llegó a emitirse, por desgracia. Se les había pasado por alto, seguros desde un primer momento de que el sujeto cruzó la carretera. Las patrullas que llegaron al lugar tomaron algunos nombres, aunque hubo quienes se acercaron y se les ordenó dispersarse.

Había que tener sangre fría para hacer aquello. ¿Pero es que acaso no la tuvo para asesinar a Natalia?

Fernando Muriel se abstuvo de compartir sus conjeturas y desistió además de seguir defendiendo su punto de vista sobre aquella cuestión aún no resuelta. En cuanto terminase la reunión, se ocuparía de tomar las medidas que debieron tomarse la misma noche del crimen.

Ramos regresó acalorado, como si acabase de tener una fuerte discusión. La frente le brillaba. Los dientes le rechinaron al masticar un inaudible: «¡Hija de puta!¡Me cago en sus muertos!». Suspiró una vez y la respiración se le entrecortó por la ira. Suspiró de nuevo, con una profundidad liberadora. «¿Dónde estábamos?», dijo maquinalmente, sin despegar la vista del suelo.

Entonces Bernal intervino para decir:

—Entiendo perfectamente que haya que barajar todas las opciones. Sin embargo, yéndonos a la más probable, pensemos que decidió cruzar. No pudo esperar a que se cerrara el semáforo. Tenía que irse de allí inmediatamente

—Sigue —le pidió Ramos.

—En ese caso, algún conductor debería haberlo visto atravesando la calzada.

Aunque Caldas le había jodido el día, la opresión que Ramos sentía en el pecho se debía a la marea de celos que lo había inundado. Al principio había sido algo casi imperceptible. Ahora, sin embargo, le costaba respirar. Lamentó haberse precipitado con Bernal. Por un lado, no le gustaba lo más mínimo que sus discrepancias con Muriel sobre aspectos de la investigación saliesen a relucir delante de extraños. De otra parte, se daba cuenta de que Bernal estaba yendo demasiado lejos: no se limitaba a hacer las preguntas rutinarias para estar al tanto de la investigación, estaba participando en ella con sus especulaciones. Y, pensando un poco más detenidamente en ello, le habían abierto las puertas a un desconocido a cambio de nada. ¿Por miedo? Le jodía tanto admitirlo. Ramos se había acostumbrado a asimilar con humildad cualquier aportación, pero aquello era diferente: la forma en que Bernal desgranaba sus opiniones, lo dejaba en mal lugar, pues era como si se esforzase por rellenar los huecos y las fisuras de un proceso que no había hecho sino dar sus primeros pasos. Sin embargo, Ramos trató de dominarse y sacar a relucir su perfil más «político». En el fondo, temía desairar a alguien con poder.

—Quizá tuvo suerte y cruzó en un momento en el que la carretera estaba vacía. Luego huiría en un coche o tal vez en una motocicleta que quizá tuviese aparcada en un lugar cercano, probablemente en la misma avenida del Pintor Sorolla. Hemos explorado esa hipótesis, pero ningún testigo ha podido confirmarla.

—El periódico dice que el cadáver lo descubrieron unos muchachos. ¿Es así?

—Sí. Así es. Una pareja de estudiantes. Casi al mismo tiempo llegó una mujer de mediana edad, que se desvaneció al ver el cuadro.

«Casi al mismo tiempo». Bernal tuvo inmediatamente la sensación que aquel modo de describir el acontecimiento encerraba en sí mismo una interesante peculiaridad. Pero lo archivó en su memoria sin comentar nada al respecto.

—¿Y ninguno de ellos vio nada? ¿No vieron a nadie alejarse de allí?

Ramos y Muriel negaron con la cabeza a la vez. El subinspector fue el primero en contestar

—Hemos insistido mucho durante el interrogatorio. A uno de ellos le pareció ver algo a lo lejos. Pero ni siquiera está seguro de que no fuese una sombra.

—A partir de las nueve y media de la noche, en invierno, esa zona del paseo está muy solitaria —dijo Ramos, recobrado del todo de su enfado—. Puede que transcurriera un par de minutos desde el instante del crimen hasta que vieron el cuerpo.

—La zona donde fue atacada está justo en una curva amplia —añadió el subinspector—. La referencia del piso se pierde por ambos lados y el muro obstaculiza bastante la visión de peatones o ciclistas, a partir de cincuenta o sesenta metros. La falta de luz difumina los contornos.

Se hizo una pausa larga. A Bernal se le habían acabado las preguntas. Por curioso que le resultase, durante el paso de los minutos las reticencias iniciales de los investigadores (particularmente de Fernando Muriel) parecían haberse vencido por obra de un competitivo afán común de búsqueda, que los liberaba de cualquier atadura previa. Una cosa así ocurría de vez en vez, pero Bernal había aprendido a detectar la aparición de esa magia especial que unía a los policías y revitalizaba de pronto la investigación de los casos. Era como si el puro instinto de cada uno de ellos hubiese actuado como una pócima milagrosa, capaz de borrar todo rastro de egoísmo. No había frenos entonces. Bernal sabía que tal hecho era producto de un instante concreto y que, más tarde, se esfumaría.

—Éste es un crimen muy poco usual, si no me equivoco —dijo pensativo el ex inspector.

—No te equivocas —admitió Ramos—. Y…

—Más allá de lo que se haya hecho publico... ¿cuál es vuestra opinión?

—Ahora mismo no descartamos nada.

—Ya. Pero yo te pedía una opinión sincera, no un comunicado a la prensa.

Ramos esbozó una sonrisa comprensiva. Cuando hacía algo así, el dibujo en cubeta de su boca se le quedaba grabado en la cara más de veinte segundos.

—Barajamos que pueda tratarse de una ejecución.

Muriel miró a su jefe con el rabillo del ojo. Ésa era una hipótesis de segundo orden. Significaba eso que estaba dispuesto a proteger de intromisiones la investigación.

Así que Gabriel iba a mostrarse menos complaciente de lo que había supuesto. Fernando Muriel se sintió aliviado.

—¿Una… ejecución?—balbució Bernal, sin reponerse de la sorpresa que le había causado lo que acababa de oír.

Por un instante pareció que iba a decir algo más. Sus anfitriones tuvieron esa misma sensación y permanecieron callados unos segundos. Pero Bernal se sumió en un estado catatónico que se prolongaba más allá de lo razonable.

—Un crimen por encargo —especificó al fin Muriel, haciendo reaccionar a Bernal—. Tenemos constancia de que algunos sicarios han usado a veces un hacha o una catana.

—Parece que éste ha disfrutado.

La sugerencia de Bernal no dejó indiferente a Muriel, que se apresuró a matizar:

—Algunos son auténticos psicópatas, que consiguen que les paguen por hacer lo que les gusta.

Bernal asintió después de suspirar.

—Centraremos la investigación en el entorno —dijo Ramos—. Tenemos que entrar a fondo en su círculo de amistades; saber con quién iba. La empresa en la que trabajaba, sus compañeros. Todas las posibilidades en ese terreno están abiertas. Ya hemos interrogado al hombre con el que convivía. Aunque no hemos descartado por completo que esté implicado, no es sospechoso. A la hora del crimen regresaba del Puerto de Santamaría. Fue de pesca con unos amigos.

Podían leérselo en los ojos: a Bernal le había molestado profundamente la insinuación de que «su» Lita pudiese estar metida en una red de delincuencia. Una parte de él rechazaba la idea, pero había otra parte, más emocionalmente neutra y metódica, que tenía que admitirla por mucho que le doliese.

—Llevé un caso parecido en Sevilla. Y luego resultó ser un crimen pasional —dijo con la débil esperanza de rescatar la reputación de Lita de ese fango de

dudas.

Ramos negó un par de veces con la cabeza.

—Los crímenes pasionales son audaces en muchas ocasiones. Pero la planificación suele ser muy deficiente. La improvisación deja muchas pistas y los errores nos conducen rápidamente al culpable… Además…, es bastante raro que en un crimen pasional se inflija una única herida. El criminal suele descargar sobre su víctima mucha de su rabia acumulada. No. Esto es diferente.

—¿Qué quieres decir con que es diferente?

—Tú mismo lo mencionaste antes. Que parece obra de un profesional. O de alguien muy inteligente y cuidadoso.

Bernal captó a la primera la intencionalidad del comentario.

—Organizado —dijo.

—Exacto… Verás —Ramos miró a Fernando Muriel con ojos titubeantes que pestañearon un par de veces, como si ya hubiese perdido del todo la confianza en estar haciendo lo correcto en cuanto a compartir tanta información con el recién llegado. Sin embargo, alguno de los argumentos a favor que sopesaba en ese instante de duda debió de pesar lo suyo, porque continuó diciendo casi de corrido—: Este crimen se parece bastante al de dos mujeres que murieron en 2004 y 2006, una en Benalmádena y otra aquí mismo, en la ciudad. Mujeres jóvenes, de entre veinticinco y treinta años, de aspecto físico parecido. Atacadas de una forma muy similar a Natalia. Demasiadas casualidades, quizá. Ambos casos siguen abiertos. Sin pistas ni sospechosos.

—Creemos que ambos crímenes son obra de un asesino en serie —explicitó Muriel —. Un psicópata que actúa en la costa porque probablemente es de por aquí. Aunque… —miró dubitativo al jefe— todavía no es una tesis oficial.

Bernal se quedó pensando unos segundos. Procesando la información que acababan de revelarle.

—¿Y qué pensáis vosotros?

Ramos volvió a rascarse la coronilla.

—Es difícil decirlo. El caso de Benalmádena se llevó por la comisaría de Torremolinos, pero estamos al tanto de los pormenores de la investigación. Lo suficiente para saber que hay diferencias, no sólo entre aquellos crímenes, sino también con éste. Sabemos que en los tres casos el asesino es diestro. Y que las sorprende por la espalda. Pero hay un hecho diferencial importante y es que la primera mujer fue acechada y atacada en el portal de su casa. La

segunda, en cambio, lo fue en una urbanización de las afueras, en mitad de una de las calles interiores… Supongamos que este sujeto es también el responsable de la muerte de Natalia. Parece… es decir, si es así, es como si con Natalia hubiese perdido toda la cautela que demostró en los anteriores crímenes. ¿Qué hacía arriesgándose tanto?... En fin… Además, no sabemos si el arma es la misma pese a que los cortes son muy similares. Es una cuestión que genera muchas dudas.

De todo cuanto acababa de oír, Bernal extrajo una conclusión propia de viejo policía.

—Tampoco se halló el arma —dijo.

Ramos negó con la cabeza.

—Son crímenes extraños —continuó Muriel—. No siguen el patrón propio de los psicópatas sexuales. El que lo ha hecho busca sorprender para matar con una única herida. No hay ensañamiento. No toca para nada el cadáver, ni se lleva ningún objeto de las víctimas, que nosotros sepamos. No hay interés sexual por ellas.

—Entonces eso también los relaciona. Aparte de las similitudes entre las víctimas —dijo Bernal.

Ramos le miró con viveza.

—Exacto. Exacto —repitió.

Muriel intervino:

—Pero carecemos de evidencias concretas y definitivas para decir que son obra de la misma persona.

—Lo que parece un nexo, podría ser fruto de la casualidad, ¿no es eso? —aventuró Bernal.

—Es una posibilidad, sin duda… Lo que más nos confunde son dos aspectos: las heridas (no del todo similares) y que en uno de los casos tuvo que acechar por fuerza a su víctima. El otro tiene toda la pinta de un fatal encuentro casual.

Un tono de impaciencia comenzaba a evidenciarse en las palabras y los gestos de Ramos. Bernal lo detectó y se dijo que era hora de dar por terminada la entrevista, antes de que la impaciencia fuese sustituida por hostilidad. Era esencial que aquel encuentro terminase de un modo amistoso.

—Os agradezco mucho vuestro tiempo —dijo al levantarse de la silla.

Ramos le ofreció proporcionarle su número de móvil.

—Gracias —dijo Bernal, y lo guardó en la agenda del suyo.

Muriel salió con ellos pero tomó la dirección contraria, después de despedirse con un apretón de manos. Bernal se dio cuenta de que estaba deseando marcharse quizá para completar algo que se había dejado a medias.

—No esperes resultados demasiado pronto —aconsejó el inspector mientras bajaban por las escaleras—. Estamos trabajando en otros casos.

Bernal asintió con la cabeza.

—Es lo que decimos siempre *los* de Homicidios —dijo con su sonrisa más amable.

Gabriel Ramos no dio la impresión de estar ofendido.

—En este caso es verdad. Pero lo de Natalia tiene prioridad absoluta.

—¿Dejando a un lado la media de los intervalos? —murmuró pensativamente Bernal.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes… Tener en cuenta el promedio de tiempo que transcurre entre un crimen y el siguiente. Así calculas con cuánto tiempo cuentas para cogerle antes de que vuelva a matar.

—Te garantizo que eso no va a ralentizar la investigación.

—Gracias —susurró Bernal

—Ya sabes cómo va esto —dijo Ramos—. Hay que entrevistar a mucha gente… Es un trabajo de chinos. Cuando haya algún avance, le diré a Dora que me llames. ¿Estarás en contacto con ella?

—Claro —dijo Bernal tendiéndole miedoso la mano. Ramos volvió a triturársela sin piedad. —La llamaré… a menudo —balbució condolido—. Además… ella sabrá cómo… localizarme si hay alguna novedad.

Se había levantado un viento molesto y frío, que desplazaba caprichosamente balanceantes envoltorios de chucherías y otras materias vegetales muertas.

Bernal se apresuró a subirse el cuello del chaquetón recién estrenado. Se metió las manos en los bolsillos laterales e hizo instintivamente ejercicios de estiramiento con la aún dolorida. Luego partió caminando hacia el centro, en busca de un buen restaurante.

En la primera esquina donde se encontró a resguardo del viento encendió un camel.

17

No había tiempo que perder ¿Cómo era posible que nadie hubiese tenido la idea de mandar los perros a la playa? Fernando Muriel llevó a toda prisa su espigada estructura hacia la cuarta mesa del fondo de la gran oficina. «Qué bien que la conservación de las playas sean competencia municipal», murmuró mentalmente mientras llegaba a su destino. Buscó en el ordenador el archivo que contenía el material de investigación del caso, lo repasó rápidamente e hizo una llamada con el móvil. Tenía que volver a hablar con Ramos, antes de que se diese a la fuga en dirección a uno de los bares que había frente a Barbarela para completar el cupo de Heineken diarias, dejándose el móvil convenientemente olvidado en la comisaría. Se sentía excitado por la idea que acababa de ocurrírsele. Gabriel Ramos se dio por enterado de lo que pretendía hacer sin mostrar ninguna clase de entusiasmo, pero tampoco dijo nada que le hiciese suponer que estaba dispuesto a boicotear su iniciativa. Para empezar, le autorizó a poner la playa bajo vigilancia inmediatamente. Bastaría con un agente, hasta que llegara el equipo. El jefe era todo menos un tipo autoritario; es más, primordialmente era un mero coordinador de equipos, por pura vocación. Le gustaba dar cancha a su gente para que pensaran por sí mismos. La única condición que ponía era estar informado de sus pasos. Ramos le sugirió que usase un detector de metales. En menos de veinticuatro horas podría encontrar a alguien en la Universidad o entre el registro oficial de equipos de particulares, dispuesto a hacer el trabajo. Era gente que colaboraba encantada en cualquier tarea de búsqueda, más si era para la policía. Estratégicamente, era muy conveniente para los buscadores de tesoros hacer favores a los cuerpos de seguridad del estado. Lo meditó unos instantes. No era una mala idea, pero contaba con dos inconvenientes: tener que posponer un día como mínimo la operación, y que la enorme cantidad de basura metálica enterrada (chapas de bebidas, fundamentalmente) ralentizase tanto el rastreo que tuviese que cerrar una amplia zona de la playa y montar un dispositivo de vigilancia con varios agentes para que nadie alterase el proceso. Nada más terminar de hablar con Ramos, agarró el teléfono de sobremesa marcando a continuación su número de contacto en el ayuntamiento, que conocía de memoria. Había mirado su reloj para establecer el siguiente cálculo: el tiempo que se tardaría en reunir una cuadrilla de cuatro o cinco

operarios, y hacer que los mandaran al paseo marítimo, restado de las horas de luz natural que le quedaba al día. En seguida supo que habría tiempo suficiente para llevar a cabo lo que había pensado, antes de que oscureciese. No se marcarían los metros mediante pasos. Llevarían una cinta de carrete para delimitar el área. Nada de chapuzas. Dio aviso por radio a una pareja de motoristas. Dirían a la cuadrilla la tarea exacta a realizar y se encargarían de vigilar el desarrollo de la operación, en cuanto se pusiesen manos a la obra. Si encontraban lo que debían buscar, los motoristas le avisarían inmediatamente.

Las órdenes eran claras: los operarios debían rastrillar un tramo de cien metros de playa, cuyo punto intermedio se calculase trazando una línea perpendicular desde el lugar exacto del crimen hasta la orilla: cincuenta metros a un lado y otro de esa línea imaginaria. El rastrillado no debía ser superficial; se les insistiría a todos que ahondasen unos veinte centímetros.

A eso de las tres y cuarto, los cinco operarios municipales comenzaron a tirar de los rastrillos en el extremo oeste del segmento, alineados en formación. Se trataba de «barrer», «tira a tira», toda la arena del segmento, siguiendo el plan de trabajo dictado a los motoristas por el subinspector Muriel. Y el plan era que la primera «tira» de playa a remover, sería la superior, esto es, la más cercana al muro, continuando con la inmediatamente inferior y así sucesivamente hasta llegar a la orilla.

¡Cómo no se le había ocurrido antes! Fernando Muriel estaba cabreado consigo mismo por no haber sido capaz de «ver» desde el principio aquella posibilidad. ¡Nada más fácil que enterrar un objeto en la arena sin que se note! Y además de fácil, rápido. Cuestión de dos o tres segundos, incluso para conseguir que el objeto quede a una profundidad razonable. En ningún otro lugar puede hacerse nada parecido sin exponerse al riesgo de que lo descubran inmediatamente. ¡En ningún otro lugar salvo en la arena! Tenía que agradecérselo en parte al tal Bernal, que había puesto en alerta todas sus neuronas. Si no hubiesen analizado juntos los pormenores y, sobre todo, si Bernal no hubiese insistido en la vía de escape del asesino, quizá nunca lo hubiese pensado. Sentía rabia, sin embargo, porque habían pasado cinco días. A nadie se le había ocurrido poner la playa bajo vigilancia. Y el asesino podía haber recuperado el arma.

El televisor había sido dejado encendido por la misma absurda inercia que lleva al ciudadano moderno a coger el coche siempre que sale de casa. Sólo que ahora estaba sin voz, o mejor dicho, con el volumen tan bajo que era poco

más que un zumbido, fagocitado por el ruido del tráfico que llegaba de la calle.

A las cinco de la tarde la luz menguaba vertiginosamente y el celeste del cielo, donde no le cubría el sudario de las nubes, se volvía de un tono mate, gélido. Muriel seguía sin noticias de la operación en la playa. Miró al atardecer del cielo a través del ventanal del pequeño comedor. Pensó que estaba estúpidamente sentado allí, en el estar de su pisito de Armengual de la Mota, sin concentrarse en nada que no fuese la pantalla de su móvil, que esperaba ver brillar en cualquier instante.

Carolina rezaba una «oración» en el dormitorio. Era una letanía hecha de palabrotas sobre algo que era incapaz de encontrar. Muriel no sabía si se trataba de un papel u otro objeto, pero sí sabía muy bien que era preferible no preguntarle. Que le preguntasen en plena expedición de búsqueda de cosas perdidas era lo que más irritaba a Carolina.

Fernando Muriel tomó una decisión. Se desplazaría inmediatamente al paseo marítimo. Con suerte llegaría en diez minutos, y todavía habría luz suficiente para supervisar lo hecho. El problema era decírselo a Carolina. Hubiese preferido no hablarle en esos momentos. A Carolina no le gustaba nada escuchar que debía marcharse, aunque eso no significase que si finalmente se quedaba, doblegándose frente a sus reproches, ella fuese a dedicarle una atención determinada. Sencillamente prefería tenerlo en casa, como una estatua de sal.

—Tengo que irme, Caro —avisó Muriel elevando la voz.

Carolina salió como una centella del dormitorio. Fernando Muriel, que ya estaba en pie, poniéndose la cazadora, supo al ver la expresión de su cara que no tenía uno de sus mejores días.

—¿Cómo que tienes que irte?—dijo furiosa—. ¿Y la compra?

—Antes de las ocho estaré de vuelta. Seguro.

El llanto entrecortado de Ale brotó del fondo del pasillo. Carolina giró la cabeza sin moverse. Por lo general, el sueño del niño volvía enseguida a la normalidad.

—Antes de las ocho… —farfulló Carolina—. Siempre pasa lo mismo, Fernando. ¿En qué mundo vives? ¡No te das cuenta de que pasado mañana es Nochebuena!

Fernando Muriel se preguntó por qué a Carolina no le servía el supermercado de El Corte Inglés, que estaba a dos pasos. Una pregunta que

sólo ella podía responder. Sin embargo, sí que había aprendido algo de su esposa en los casi dos años de convivencia: Carolina Granados era una *gran escaladora* a la que aburría mortalmente transitar terreno llano.

—Ya sé que está todo abarrotado de gente —se disculpó Muriel.

—¿Es que no te das cuenta de que a esas horas es imposible moverse?... Y eso si llegas… —dijo Carolina cada vez más furiosa, como si recordase en ese instante la infinidad de veces que la había dejado colgada.

Claro que, según la opinión de su marido, eran muchas menos, tan pocas que la mitad de los dedos de su mano derecha le habrían bastado para contarlas

Fernando Muriel comenzó a impacientarse. La noche se le echaba encima.

—Mira, no tengo tiempo para discutir. No me puedo entretener. En hora y media estoy de vuelta.

Carolina se dio la vuelta. De regreso al dormitorio principal, masculló:

—Haz lo que te salga de los huevos.

—Qué fina eres, Caro.

—El coño de tu hermana.

Fernando Muriel no se ofendió, dado que era hijo único.

Ella era tanto más guapa cuanto más enfadada estaba. Los labios desafiantes de Carolina eran como cerezas maduras y cuando sus ojos echaban chispas, se llenaban de un boscoso brillo de fruta recién llovida.

Pensó al salir del piso en la primera palabra que diría cuando regresase. Ojalá que Carolina no hubiese cambiado de opinión sobre la compra en el supermercado. Sería una señal funesta con vistas a ese instante en que Ale se entregaba a su largo sueño «ininterrumpido» de dos horas. Últimamente había mejorado mucho en ese aspecto. Claro que una renuncia de Carolina a sus planes de ir de compras, afectaría irreconciliablemente a su humor nocturno.

Sí, de una primera palabra bien elegida dependía que cabalgasen juntos aquella noche.

18

El taxi no podía parar en pleno paseo marítimo ni siquiera para que se apease un policía. Muriel había invitado al taxista a ir por la avenida de Pintor Sorolla. Pararía en Bellavista. Allí hay un paso de cebra y un semáforo por el que, con suerte, cruzaría inmediatamente.

Le dolía la pierna del accidente. Comenzó a notarlo en el interior del taxi: era el dolor profundo que parecía salir de debajo de la placa; el de las otras veces; el que predecía la lluvia en un plazo de cuarenta y ocho horas como máximo. Nunca le había fallado desde la operación.

Empezaba a estar oscuro de verdad. Menos mal que vivía en una calle donde pasan taxis sin cesar. «Lo habrán dejado ya»—se dijo Fernando Muriel, mientras se apostaba en el semáforo—. «No se puede seguir con esta luz».

Corrió hacia el lugar y desde la distancia vio a los operarios con sus monos de trabajo haciendo corro con los motoristas. Parecían mirar algo a sus pies. En la playa había una claridad fantasmagórica, como si una sucesión de antorchas blancas brotasen del espumoso filo del mar.

Desde el mismo muro, Fernando Muriel llamó la atención del motorista cuyo nombre conocía.

—¡Ortega!—gritó.

Uno de los motoristas giró la cabeza. Al ver que un hombre espigado se acercaba a paso ligero, fue a su encuentro. Ortega no conocía en persona a Muriel. Al menos no relacionaba su nombre con el joven que le había llamado y al que creía haber visto en alguna ocasión anteriormente.

Se encontraron en el acceso a la playa que había justo al lado del merendero, en la plataforma de cemento. El subinspector se presentó:

—Soy Fernando Muriel. Soy yo quien os ha llamado.

Ortega asintió con la cabeza. Luego hizo un gesto para que le acompañase.

—¿Habéis encontrado algo?

—Sí, hemos desenterrado un cuchillo —explicó mientras caminaban en dirección al grupo. Muriel aceleró el paso al escuchar la noticia; la arena le entró en los zapatos. —Hace diez minutos, o así.

—¿Y por qué no me habéis avisado?

—Cómo que no. Le he llamado al móvil pero no lo ha cogido.

La arena le daba dentera. Muriel se dijo que no era momento de

preocuparse por eso. Comprobó su móvil. Efectivamente tenía una llamada perdida. Con el fragor del tráfico se le había pasado por alto.

El corro se abrió y las miradas de aquellos hombres se clavaron en él, en su cuerpo. La sensación de que estaban calculando su tamaño, como si de una serpiente se tratase, se repitió. Ocurría constantemente.

—Que se alejen —dijo Fernando Muriel.

Los empleados municipales retrocedieron unos pasos sin que tuviesen que intervenir los policías.

Una violenta exaltación, debida al descubrimiento, se había apoderado de Muriel. Pero era una alegría avergonzada, como la sórdida felicidad que produce contemplar la derrota del rival cuando has quedado excluido de la lucha por la victoria.

Porque aunque todavía no lo había examinado, estaba seguro de haber dado con el arma usada en el asesinato de Natalia Blanes, y de que el hallazgo refrendaba exactamente lo que había predicho.

Al acuclillarse sintió un escalofrío. No era como se lo había imaginado: era aún peor. ¿Podía ser aquella la «espada» que había visto el crío? Se había hecho de noche y apenas se veía nada pero el acero del cuchillo de carnicero destacaba en la arena gris. Una pieza de un tamaño sorprendente, destinada seguramente a uso profesional. Fernando Muriel se lo imaginó empuñado por el asesino de Natalia. Se lo imaginó blandiéndolo mientras el coche trazaba la curva. El niño mirando a través de la ventanilla. Trató de verlo con los ojos de un niño. «Para un niño de esa edad sería una espada», concluyó después de meditarlo un poco. A una parte del borde y de la hoja propiamente dicha se adhería una costra negra con arena masificada, que cualquier persona cabal —no era necesario que fuese un investigador avezado— hubiese identificado como restos de sangre.

Sacó un guante de látex del bolsillo interior izquierdo de la cazadora junto con una bolsa de pruebas de buen tamaño. Los operarios murmuraban entre sí, mientras procedía a guardar el cuchillo en la bolsa. El desalmado que había tenido la ocurrencia de matar con un arma así ¿qué era sino un hijo de puta de la peor especie? Quería ser distinto al resto, dejar su propia impronta. Había que ser muy retorcido para… ¡Joder! ¡Era para segar la arteria!... En las decapitaciones, la sangre surge como de un surtidor. Ése era el estímulo supremo, no la muerte. Sí… el peso y la delgadez de la hoja… Un hacha no le hubiera servido para asestar ese golpe. Un hacha era demasiado gruesa; su

poder de penetración en la carne era inferior.

El subinspector sintió un pequeño estremecimiento. No lograba estructurar el boceto psíquico del vampiro. ¿Quién era, qué clase de vida llevaba? De repente, bajo el atento escrutinio de aquellos testigos circunstanciales, tuvo una inspiración. Debía tratar de imaginarse cuáles eran los más aterradores anhelos de la mente del asesino. Quizá eso le indicase una ruta concreta.

Sospechaba que debían esforzarse en saber más de él que de Natalia, para poder cogerle.

Muriel se entretuvo en sopesar el arma. Calculaba que pesaba casi un kilogramo. Aunque esa clase de arma no se la había imaginado antes entre las candidatas, ahora que la veía se explicaba su utilidad para un asesino que huía del contacto directo con sus víctimas, que se comportaba, salvando las distancias, como un francotirador. Con cierta práctica, se manejaría con la precisión de un machete.

—¿Quién de ustedes lo ha sacado?—preguntó Muriel recorriendo el grupo con la mirada.

El que contestó «yo», rondaba los cuarenta. Al fijarse en él, Muriel pensó de inmediato en su jefe. Gabriel Ramos hubiese dicho de él nada más verlo que parecía un «administrativo divorciado», algo que en su tipología particular, doctamente impartida en el largo aprendizaje al que sometía a los novatos, correspondía a un hombre menos alto que la media, calvo y barrigón, y, por supuesto, miope de gafas «culo de vaso». «¿Por qué divorciado?», le preguntaban candorosamente éstos. «Pues porque su mujer le pide el divorcio después de verlo dos días seguidos recién levantado». «O es que crees que va a aguantar un mes viéndole esa cara». Si alguno era lo suficientemente incauto para preguntarle que por qué «administrativo», o, aún peor, que cómo se casaban siempre tipos tan feos, Ramos sencillamente se las arreglaba para sacarlo de la unidad, a menos, claro, que fuese una hembra «mona de cara», a las que galantemente concedía una segunda oportunidad. Y, a veces, hasta una tercera.

Fernando Muriel le hizo una pregunta de valor esencial:

—¿Estaba muy hondo o casi en la superficie?

El operario buscó en las alturas el rostro de Muriel pero estaba demasiado oscuro.

—Jondo, jondo —dijo con aparente convencimiento, aunque un segundo después pareció dudar al añadir—: Yo creo que jondo.

Muriel giró la cabeza y dirigió la vista al muro, en donde algunos curiosos se habían congregado ya. Las motos y los uniformes habían captado su atención. Las luces del paseo habían sido encendidas, y ahora, por contraste, la playa estaba realmente a oscuras. A ojo, el subinspector calculó que estaban situados a unos ocho metros al este de la línea imaginaria, y a una distancia de quince del muro, y, por consiguiente, en una de las «tiras superiores». ¿Qué le decía aquello? Había varias conclusiones esperando que las ordenase pronto en su cabeza.

—¿En qué quedamos?

Aquella desmesurada y siniestra herramienta hubiese podido cortar también el silencio que vino después.

—A un palmo, por lo menos —dijo el calvo barrigón, y colocó su mano en vertical.

—Bueno… Vale.

Fernando Muriel les agradeció el trabajo que habían hecho y fue hasta el escalón de salida al paseo. Tenía que hacer varias cosas y hacerlas por orden: llevar el cuchillo al laboratorio, llamar a Gabriel y pensar en lo que significaba el hallazgo, formular las deducciones correctas. No esperaría a saber el resultado de los análisis para ponerse a meditar sobre las intenciones del monstruo. Tenía que averiguar por qué enterró el cuchillo.

Sí, sobre todo era esencial pensar.

Antes de llegar a la zona iluminada, se quitó la cazadora y ocultó la bolsa de pruebas en ella. Los curiosos no debían ver qué era lo que llevaba en la mano.

19

Dum, dum, dum…

Parecía como si estuviesen percutiendo un tambor dentro de su pecho. Dum, dum, dum…

La adrenalina, pensó. Era ésa la causa de su estado. Todo el mundo hablaba de ella, la hacía responsable de los estados de agitación como el suyo, aunque desconociesen del todo cuál era su papel. Se había convertido en una eficaz muletilla en la jerga de la calle.

El subinspector Muriel salió del laboratorio comprobando la hora en su reloj de muñeca. Eran las diecinueve y veintiocho. Sí, había mucha adrenalina en circulación, quizá demasiada para pensar con lógica. Tenía tiempo aún si lo dejaba todo arreglado. No se habían encontrado huellas ni en el mango ni en la hoja, pero un análisis preliminar confirmaba que la sangre del cuchillo y la de Natalia Blanes eran del mismo grupo. Para saber si era realmente su sangre, habría que esperar al análisis genético.

Llamó al jefe.

Gabriel Ramos se había mostrado sorprendido por la aparición del arma, aunque se esforzaba evidentemente en disimularlo. Debía de costarle reconocer que, en el punto en el que principalmente habían discrepado, el equivocado era él.

¿O no había deducido todavía que el resultado era ése? Muriel no estaba del todo seguro.

—¿Qué coño dices?—aulló Ramos—. No. ¡No puedo reunir al equipo a las diez de la noche en vísperas de Nochebuena!— ¿Estás de coña?

Fernando Muriel apartó el móvil de su oreja y redujo el volumen del auricular.

—Veámonos tú y yo…

—No.

—Podemos discutirlo entre ambos.

Ramos era inflexible en cuestiones de discusión de casos y trabajo en equipo. Tenía que avisarse a todos los miembros. Aunque ese requisito lo retrasase todo.

—No, Fernando. Mañana a las nueve. Los llamaré ahora para que sean puntuales.

Muriel detestaba la *dictadura* del equipo. Se daba cuenta de que las puestas en común hacían aflorar las antipatías y de que éstas absorbían demasiada energía positiva, consumían demasiada *inteligencia*. Un gran número de veces las rivalidades resultaban destructivas. Raramente servían para estimularles las neuronas, como defendía Ramos. Por lo general, la «cronología de los hechos» era la siguiente: Goyo permanecía en segundo plano hasta que Maribel formulaba su análisis del caso, y, a menos que coincidiese con el del jefe, hacía lo imposible por desmontárselo. Su habilidad para hacerle perder los estribos se convertía en motivo de diversión para el resto.

Cualquiera puede hacer cábalas sobre lo que sucedía a partir de entonces, pero, en esencia, la reunión concluía allí. Y algunos, en particular, se dedicaban a hacer apuestas. Lauri solía apostar con Lucía su desayuno; normalmente sobre el tiempo que tardaría Maribel en mandar a tomar por culo a Goyo.

Lo más increíble era que los burdos manejos de Goyo tuviesen en Ramos a su mejor aliado, dado que éste creía a pies juntillas que su obligación como jefe era mostrarse neutral en las disputas. Maribel, claro está, acababa desquiciada. Ése era el único interés que solía rendir la rígida postura de Ramos.

Pero Goyo no la menospreciaba en su *totalidad*; el trasero de Maribel le atraía como el color rojo atrae al toro de lidia. Según su criterio, una mujer que tuviese un buen culo no podía ser lista; decía que la fuerza se iba a un sitio o a otro, pero era incapaz de subsistir en los dos al mismo tiempo.

Sin embargo, los problemas del Grupo no se circunscribían a ese antagonismo. Muriel también sentía que Maribel le detestaba. Cuando se tratase lo del arma, ella haría lo posible por minimizar su importancia.

De suceder tal cosa, Goyo le echaría un cable.

Ése, y no otro, era el cálculo apriorístico que Fernando Muriel había formulado ya en su cabeza sobre la reunión del día siguiente.

Lo que no conseguía entender era que Ramos no lo viese de la misma manera.

Carolina se había tomado su tiempo antes de bajar para encontrarse a pie de calle con su marido. La distancia desde comisaría no era problema, sino el tráfico, muy trabado a esas horas de la tarde. Su marido insistía siempre en que estuviese abajo cuando él llegase porque no había manera de aparcar en doble fila en la calle Armengual de la Mota, ni siquiera durante unos pocos

segundos.

Muriel tenía la sensación de estar contemplando una ciudad casi irreal bajo el alumbrado navideño. El techo de las calles y avenidas del centro de la ciudad supuraba luz amarilla y la partitura abstracta de los cláxones y los villancicos tenía algo de la impiedad del hacendado rico que ignora la pobreza de su alrededor.

El subinspector se vio obligado a dar una vuelta a la manzana para volver sobre sus pasos. Estaba acostumbrado. El Smart era un buen aliado para moverse con destreza entremedias del tráfico atestado, aunque la gente que lo veía subir y bajar del coche quedase a veces boquiabierta, sin explicarse tal vez que una pieza de su tamaño cupiese dentro de semejante espacio, aunque fuese plegada.

Por fin, Carolina estaba en el borde de la acera oteando las luces de los vehículos que venían de la calle Mármoles. El pelo, atrapado entre el cuello subido de la cazadora, se le ahuecaba por los lados. Y esas cejas negras pobladas que cercaban sus ojos felinos, resaltaban entre la jauría de destellos multicolores como adornos de azabache… Fernando Muriel sintió un profundo orgullo al contemplarla con aquel aire confiado y sereno de las diosas inmortalizadas en mármol, y una vez más fue incapaz de concebir los motivos que habían llevado a aquella criatura hermosa, temperamental e inteligente a partes iguales, a sentirse atraída y decidir unirse más tarde a la desproporción personificada en su cuerpo. Su asombro venía a ser en cierto modo similar al que experimentaba frente al reciente éxito de los minúsculos mesones y bares de tapas que atestaban el centro histórico de la ciudad, y en donde la clientela, a menudo selecta y adinerada, peleaba con uñas y dientes los viernes y sábados noche por colonizar unos exiguos metros cuadrados sin mesas ni taburetes, para sostener luego con sus manos las raciones y las bebidas como si fuesen los camareros que el establecimiento se ahorraba. Él debía de ocultar en alguna parte de sí mismo, como esos mesones para su amplia clientela, un incomprensible atractivo para Caro que ojalá que nunca se extinguiese.

La suerte había comenzado a sonreírle una tarde calurosa de junio de 2002, en la terraza de La Fuente de Reding, una cafetería muy de moda entonces, en la que, de vuelta del gimnasio, solía hacer un alto las tardes de verano para disfrutar de un Häaggens-Dazs o de una cerveza helada; y más raramente (sólo cuando su organismo clamaba en silencio por una urgente y generosa

reposición de azúcares refinados) de una voluminosa pieza de repostería casera que llamaban «La pesadilla del cura».

La iniciativa partió de Carolina. Según ella, todo había sido fruto de una confusión. Supuso que el periódico que había en su mesa era para uso de los clientes. Inmediatamente ambos cayeron en la cuenta de que se habían conocido unos quince o veinte días atrás en la Delegación de Hacienda. En realidad, la coincidencia quizá no era tal. Fernando Muriel bromeaba de cuando en cuando sobre ciertas sospechas que siempre albergó desde entonces. Lo del periódico le parecía una de las típicas excusas para que una mujer interesada en un hombre vistiese con el disfraz de la casualidad un encuentro deliberado. ¿Se habría propuesto resarcirle del encontronazo?

Carolina era una abogada con un contrato de prácticas, cuyo cometido consistía en confeccionar las declaraciones de la renta para los ciudadanos que lo desearan. Fernando Muriel había utilizado el programa PADRE en ejercicios anteriores. Pero ahora era diferente. Con una modesta cartera de acciones y fondos de inversión heredados de un hermano de su madre en el 2001, había optado por buscar asesoramiento, al no entender cómo se aplicaban las correspondientes plusvalías. Carolina estaba enfadada aquel día. Más que enfadada, estaba hecha una furia. Y no hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. Muriel guardaba un recuerdo muy especial y contradictorio de aquellos diez minutos que estuvieron frente a frente. Se le encogió el corazón, mientras los ojos incandescentes de Carolina viajaban a los suyos —esquivos de pura timidez—, desde aquellos certificados bancarios que revisaba con rabia. Una placentera aprensión se le hizo presente. Nunca antes se había sentido de aquella manera en presencia de una desconocida. Si Muriel creía que su sola estatura impresionaba a la gente, con Carolina no surtió ningún efecto. De hecho, le lanzó con bastante puntería unas cuantas puyas. Le hizo sentirse como cuando era un niño y le regañaba la maestra. Muriel demostró buenos reflejos. «Perdóneme, pero yo no tengo la culpa si está usted enfadada. Yo no soy el motivo», llegó a replicarle —con miedo, eso sí, a estropearlo del todo—, cuando ella le dijo por tercera vez y con muy malos modos que «si no sabía qué documentación estaba obligado a traer». Fueron las palabras más afortunadas que había pronunciado en su vida, habida cuenta de sus milagrosos efectos: por lo visto, hicieron mella en aquel volcán con forma de mujer. Carolina le pidió disculpas y —lo mejor de todo— lo hizo sonriéndole de un modo que no olvidaría nunca. El corazón le latió con tanta fuerza que Carolina

tuvo que oírlo, aunque ella siempre lo negó. La chica le atraía muchísimo, así que no dejó pasar la ocasión. En adelante, ella bromearía a menudo con el incidente, confesándole que siempre le habían gustado los hombres altos, pero hasta aquel día había creído que todos eran indolentes o idiotas. Nunca pensó que «alguien así» pudiese callarle la boca, aunque reconoció que había sido «injusta y grosera» con él. La intemperante cabezonería de su predecesor en la cola, un hombrecillo de avanzada edad, que exigía que le aplicasen una desgravación sobre unos recibos que no venían avalados por la correspondiente certificación, había resultado providencial.

Muriel salió aturdido de aquel encuentro. Los ojos de la abogada permanecieron durante varias horas atornillados en sus pensamientos. Era la primera vez que deseaba volver a ver cabreado a alguien.

Carolina admitió finalmente casarse por lo civil y a regañadientes, después de diez meses saliendo juntos. Prefería una convivencia sin ataduras. Era paradójico que la propuesta partiese de Muriel porque lo habían educado para imaginar que la inclinación por las formalidades era un atributo femenino. Pero el fracasado matrimonio de su hermana Paloma había dejado en Carolina una marca indeleble. Es probable que antes de aquella experiencia ni siquiera tuviese una opinión formada sobre el matrimonio. Nunca hablaba de ello, pero no era Carolina el tipo de mujer que proyecta ilusiones hacia el futuro. Ella era la mujer más pragmática que Fernando Muriel había conocido. No había una escama de romanticismo o ensoñación en la corteza de su magnífico cerebro. Paloma, que era casi tan agraciada como Caro pero mucho más sosa, dio con sus huesos con uno de esos encantadores de serpientes de doble vida, a los que les salen gratis muchas de sus tropelías y engaños al amenizarlos con una sonrisa de dientes blancos y perfectos y una caída de ojos con las pestañas vueltas en tres cuartos de círculo. No había transcurrido una semana del regreso del viaje de bodas cuando Cristian reanudó sus escapadas a Puerto Marina, pero esta vez sin Paloma. Aquellas noches trepidantes, siempre aderezadas con un par de rayas, consumieron más o menos el setenta por ciento de las recaudaciones de la céntrica tiendecita de ropa interior femenina que regentaba Paloma, hasta que el suegro de Cristian tuvo en sus manos el informe del detective que había contratado, y que éste resumió en una frase lapidaria.

—Su yerno debe de tener el culo como un bebedero de patos —sentenció en su dictamen, mientras se metía en el bolsillo interior de la chaqueta los tres

mil seiscientos euros acordados.

Sin embargo, y por chocante que resulte, el suegro de Muriel tuvo más dificultades de las esperadas para sacar a Paloma de la inopia. No le quedó otro remedio que dar una simbólica patada en el suelo, cancelando la póliza de crédito que había contratado para el negocio, antes de que Cristian lo canjease definitivamente por coca y orgasmos mercenarios. Así consiguió que Paloma reaccionase.

—El hermafrodita de mi cuñado… —decía siempre Carolina al referirse a Cristian.

Era una especie de juego, al que jugaban ambos a menudo. Repetir algo que daban por sobrentendido. Fernando Muriel reía con la definición y a renglón seguido le explicaba a Carolina que pagar los servicios de un chapero un día y de una prostituta caribeña al siguiente hacía de Cristian un bisexual, no un hermafrodita.

—Qué más da, Fernando.

Muriel solía hacer entonces una reverencia.

—Lo que tú digas, Caro.

Sin previo aviso, el cuchillo se convirtió otra vez en la foto fija que dominaba su pensamiento. Accionó el intermitente derecho, para detenerse y recoger a Carolina. Volvía a ser subinspector de Homicidios, por un momento contra su voluntad. Hubiese preferido seguir recreándose en los buenos recuerdos.

—¿Lo ves?... Te dije que no me retrasaría.

Carolina ocupó su asiento en el coche sin dirigir la mirada a su marido.

—Hoy es la excepción —dijo ella, mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Fernando Muriel inició la maniobra de incorporarse a la vía.

—Estás guapísima.

A Carolina Granados le soliviantaban las continuas loas que dedicaba Fernando a su supuesta belleza. Siempre había visto graves desajustes en la imagen que devolvía el espejo. Era el típico dilema al que se enfrentan las mujeres inteligentes. En el fondo, lo que Carolina temía era que el atractivo ahogase el resto de ella, lo que había debajo. Que aquella armonía superficial obrase el efecto de una lujosa pero gruesa cáscara, tras la cual pereciesen de olvido e indiferencia sus ideas y pensamientos, cuya relevancia eran infinitamente mayores para Carolina que el propio envoltorio.

—Deja de mirarme —le conminó—. Miras a todos sitios menos donde tienes que mirar.

Muriel obedeció con una sonrisa y trató de avanzar por entre el atasco, pero la rotonda de El Corte Inglés estaba colapsada. Carolina resopló un par de veces, justo después de mirar su reloj. Luego comenzó a echar sapos y culebras por la boca. Si algo odiaba Caro eran los atascos causados por gente estúpida que va en busca de la compra navideña.

Unos treinta y cinco minutos después, en torno a las veinte y cuarenta, estaban en los pasillos interiores del supermercado. Gracias a que el Smart podía aparcarse perpendicular a la acera, donde sólo cabía una moto, pudo dejarlo en la calle Navas de Tolosa, a sesenta metros de la entrada al local. Durante el trayecto, los pómulos de Carolina se habían encendido y apagado varias veces como si en ellos se reflejase el destello rojo intenso de los semáforos que iban encontrándose. En opinión de su marido se había puesto más guapa que nunca. Aquellas dos chapetas le favorecían más que las turquesas con esmeraldas que colgaban de sus pluscuamperfectas orejas.

Llenaron el carro con latas de bebidas refrescantes, incluyendo ginger ale, una botella de Carlos V, dos de Vodka Smirnoff —que austeramente consumido adoraba Fernando, en combinación con naranja natural—, una caja de Freixenet «etiqueta negra», salmón ahumado, ternera de Ávila, piña natural y varias latas de conservas, incluyendo huevas de lumpo, paté a las finas hierbas, troncos de palmito y mazorcas para ensaladas. El pan tostado envasado para canapés lo eligió Carolina, segura de que si se lo encargaba a su marido, una parte del contenido de la bolsa estaría deshecho al llegar a casa, pues Fernando era en opinión de Carolina especialmente descuidado en lo concerniente a la integridad y consistencia del pan que compraban.

Volvieron a separarse con la idea de que Fernando buscase en los refrigerados unas anchoas de buen tamaño.

Carolina prestó entonces atención a la foto.

20

La fotografía del cartel estaba en blanco y negro, pero la cara le resultaba familiar a Carolina. Se parecía a alguien que ella conocía. Tuvo un presentimiento. Había más de una docena a lo largo de todo el local, colocadas sobre las columnas. Al pie de ellas, rezaba:

DESAPARECIDO

«Falta de casa desde el diecinueve de noviembre»

Se ruega a quien tenga noticias de su paradero o lo haya visto, que llame al 9…

Había dos teléfonos: el nacional para personas desaparecidas y un móvil, a todas luces, particular.

Carolina buscó a un empleado para informarse. A la vuelta del pasillo, en la sección de bebidas refrescantes, encontró a una joven de tez morena y pelo coloreado con el uniforme de la firma, etiquetando y reponiendo, desde un carro, en el estante. Los pasillos estaban atestados de gente y carros a rebosar de productos comestibles.

—Perdone. ¿Está por aquí Javier González, el encargado?

La empleada prosiguió reponiendo bebidas en los estantes y masticando chicle. Pero miró de soslayo un instante a Carolina y dijo:

—No está. ¿Para qué lo quiere?

—Sólo quería saludarlo.

—Está de baja… ¿no lo sabe?

Era de esa clase de preguntas cuya respuesta va implícita en el tono.

—No.

—Su hijo ha desaparecido —dijo con cara de circunstancias la empleada, indicando con un gesto el cartel más próximo.

Carolina Granados conocía a Javier González desde hacía nueve años. Una mañana de inicios de septiembre del año noventa y ocho, la había sacado de una situación apuradísima en la playa de La Cala del Moral. Un exceso de confianza había llevado a Carolina a dejarse envolver por la resaca del oleaje de poniente, que la arrastró mar adentro. Nada hubiera temido de no haber llevado en brazos a su hermano pequeño, porque ella era muy buena nadadora, pero con el niño agarrado a su cuello pronto supo que sería incapaz de salir del agua sin ayuda. Javier fue el primero de los bañistas en advertir el riesgo

que corrían ambos. Sin dudarlo un instante, se había lanzado a rescatarla. Llegaron exhaustos a la orilla; a Javier le faltó poco para ahogarse, y, como cosa confusa, Carolina guardaba la visión de una mujer joven de enormes y angustiados ojos verdes, temblando como un flan, con un niño poco mayor que Diego, asido fuertemente de la mano. Diego (al que en casa llamaban Pampi) tiritaba lloroso y tosía con violencia a causa del agua tragada. Tenía sólo cinco años y, desde entonces, no volvió a adentrarse más allá de donde el agua le cubriese la cintura. Carolina todavía recordaba el fenomenal susto que se habían llevado sus padres, que fueron alertados por el alboroto cuando el grupo de amigos de Javier se arremolinó en la orilla. Más tarde, supo por mediación de uno de ellos que Javier casi no sabía nadar y que le daban miedo las olas. Pero el grupo se había esfumado antes de que pudiese darle siquiera las gracias. Meses después volvieron a encontrarse en el mostrador de una sucursal bancaria. En todo ese tiempo, Carolina se lamentó a menudo de no haber tenido ocasión de mostrar a su salvador toda la gratitud que su valiente acción merecía. Por fin, charló un minuto con él. Pasado un par de años, volvió a verlo en el supermercado. Javier había dejado su empleo en una agencia de transportes por aquél, en busca de una mayor estabilidad y una expectativa sólida de promoción a medio plazo. Fue una casualidad que se encontrasen porque Carolina no había comprado nunca allí, pero aquel día, mientras tomaba un café en la Fuente de Reding con su mejor amiga, Leonor, y el novio de ésta, advirtió que necesitaba con urgencia unas compresas. Se alegró mucho de verle de nuevo. Javier era un hombre tímido, de pocas palabras, con el que todos simpatizaban al instante de conocerle pese a su retraimiento. Carolina se preguntaba si era la bondad que parecía traspirar por todos los poros de su cuerpo, lo que conmovía a las personas que se le acercaban. No había artificios en su forma de ser. A diferencia de otras personas bondadosas que había conocido, no era posible hallar en Javier la guía de una razón determinada. Era evidente que no se esforzaba en ser como era. A partir de entonces, Carolina adquirió la costumbre de acudir regularmente al supermercado. Era una excusa para saludar a Javier González, que dos años más tarde había ascendido al puesto de encargado. Carolina no había sido con su marido todo lo sincera que le hubiese gustado ser. Temía el efecto que pudiese causarle el saber que su joven esposa albergaba unos sentimientos determinados hacia otro hombre, fuesen cuales fuesen éstos. A Carolina, evidentemente, no le atraía Javier en el sentido que hubiese

traicionado la confianza que Fernando tenía en ella, pero era difícil de aceptar para éste que la única razón que empujase a su mujer a comprar en un lugar alejado de casa, fuese el volver a ver a un varón bastante bien parecido, al que dispensaba un afecto de naturaleza confusa.

—No… lo sabía —balbució sorprendida Carolina, buceando entremedias en las noticias que pudo haber filtrado su mente. Le sonaba haber oído o leído algo al respecto días atrás.

Dio las gracias a la empleada y giró el carro para buscar a su marido en el pasillo de al lado, pero la voz aguda y musical de éste le hizo volver la cabeza.

—¡Caro! ¡Caro!

—Vamos —indicó Carolina, observando las anchoas envasadas en la mano derecha de Muriel.

Las cajas tenían ante sí una cola de cuatro o cinco personas cada una. Pero lo peor era el aspecto de los carros, de los que rebosaban ingentes surtidos de chacinas, turrones, piezas de jamón, y bebidas variadas. Optaron por unirse a la cola de la segunda caja, comenzando por la entrada, en la que los carros, aunque atestados, porteaban artículos de mayor tamaño. Supusieron que acabarían antes.

Carolina vio la oportunidad de hablarle con franqueza a Fernando sobre Javier González. Comenzó por contarle el incidente en la playa, pues se sentía un poco avergonzada de no haber sabido hallar la forma de decírselo antes; supuso que anteponer la heroicidad de Javier era una buena fórmula para facilitarle a Fernando digerir el resto. Le alivió quitarse aquel peso de encima, tanto que supo comprender que había convivido durante demasiado tiempo con unos estúpidos remordimientos por su mutismo acerca de las visitas al supermercado. Ahora era inevitable que Muriel dedujese los motivos de la predilección de su mujer por comprar allí, pero ninguno de los dos mencionó el hecho.

—Pobres padres. A ver si te enteras de algo, Fernando.

Muriel asintió con la cabeza. Tenía un conocimiento superficial de lo sucedido puesto que se había alertado a la totalidad de agentes de la provincial. En una comisaría más pequeña seguramente hubiera sido de su competencia, dado que la investigación de las desapariciones era encomendada a las Brigadas de Homicidios en todo el país, pero algunas comisarías habían optado a lo largo del tiempo por reorganizar sus

actividades en pos de una mayor capacidad operativa, creándose unidades específicas de pocos agentes, dedicadas en exclusiva a los desaparecidos. En particular, en sitios donde el número de desapariciones superaba a la media nacional. Comandaba la de Málaga un inspector veterano, curtido en varios casos de gran relevancia e impacto en los medios de comunicación.

—Mañana hablaré con Julio Villalobos —dijo, pensativo.

Fernando había mencionado el nombre de Villalobos con cierta familiaridad, pero Carolina solía hacer oídos sordos a todos y cada uno de los nombres que se «traía» a casa su marido. En alguna parte de su cabeza existía un tamiz que filtraba aquella información. Ramos era el único nombre que le sonaba.

—Nadie merece pasar por esa experiencia. Y menos que nadie, Javier.

—No creo que pueda llegar a saber más de lo que ya sepan sus padres, salvo…

—¿Qué?

—Las teorías que manejen. Si las más fundadas son pesimistas, no las habrán compartido con ellos.

Carolina bajó la cabeza, sin decir nada. Una súbita aprensión le había quitado las ganas de hablar.

—A esa edad casi siempre terminan por aparecer —le animó su marido.

—Ojalá —dijo sin convicción Carolina.

La cajera comenzó a escanear a velocidad de vértigo los códigos de barra de los productos que iban depositando sobre la cinta. La imagen de Ale, a cuatro patas, en el interior del parque, se le apareció a Fernando.

—Te has puesto muy seria —dijo sin mirar a Carolina.

Pero era él quien sentía una gran tristeza de pensar en su niño.

21

A primera hora, había sido la consigna de Ramos. Y desde primera hora la navidad se había infiltrado en las calles. Coches y más coches que atestaban el centro y los accesos. La avenida de Andalucía, en dirección oeste, convertida en un desfiladero de almas embutidas en casas andantes. Paradas, casi varadas a lo largo de kilómetro y medio. A veces, reptando con extrema lentitud… Hubiese sido más práctico acudir caminando.

Pero hacía frío; más de lo que era habitual en Málaga durante esas fechas.

Se encontraron en las escaleras exteriores: el tráfico les había retrasado a todos.

Pepe Marcos no le había devuelto la llamada, cavilaba Muriel al llegar a la puerta circular de entrada. ¿Se trataba de una táctica o de simple indolencia? Marcos procedía del antiguo Cuerpo Superior de Policía, una élite a extinguir. Según Ramos, los que procedían del Cuerpo Superior, habían recibido una excelente formación y solían ser los mejores investigadores. La idea de salir escaldado de su cita con Marcos le causaba una preocupación que a él mismo le parecía exagerada. Pero no podía evitar pensarlo. Quizá porque ahora no podía fallar. No, esta vez debía impedir a toda costa que el caso se le fuese de las manos. Marcos podía ser un problema. Un veterano en la comisaría de la población con más homicidios por número de habitantes de toda la costa española. Curtido en el delito y, probablemente, en toda clase de artimañas. Un periodista, recordaba ahora Muriel, había escrito una vez que Torremolinos se parecía a las cafeteras de los bares. Lo que destaca al mirarlas es el brillo pulido de su armazón metálico. Pero cuando lo levantas suelen aparecer unas cuantas cucarachas que han prosperado en la calurosa oscuridad de su estructura. Circulaba por el Cuerpo el dicho —otros insistían en que se trataba de un mito— de que el trato continuado con indeseables le iba degradando a uno poco a poco, de manera que, después de muchos años de trabajo policial, algunos no se diferenciaban de los delincuentes que debían detener.

Marcos llevaba más de veinte años lidiando con toda clase de tipejos. Muy pronto averiguaría si la fama de hijo de puta que arrastraba estaba o no justificada.

Muriel era muy remiso a tratar con Marcos la información de que disponían.

¿Y si la utilizaba en su provecho? Quizá era demasiado retorcido al pensarlo pero había llegado a imaginarse que Marcos mantenía oculta alguna de sus pistas. Esperando el momento. Tal vez no hiciese otra cosa que dotarla de sentido. Y entonces *ellos* perderían.

A Gabriel esas «menudencias» se la sudaban completamente, pero él era de otra manera, era normal, tenía ambiciones. No podía regalarle el caso a Marcos. Le estresaba la idea de que pudiese apropiárselo. Sin embargo, Muriel confiaba en sí mismo. Presentía que si revisaba con detalle el material almacenado, podía llegar todo lo lejos que fuera posible, y eso era más lejos de lo que Marcos llegaría nunca. A condición, claro, de que no le hubiese hurtado información. Por esa razón tenía que saber más de la muchacha hallada muerta en el portal del edificio La Caracola, en noviembre de 2004. Más de las circunstancias, de lo pequeños detalles. Quizá en aquel examen apresurado de después de Vaguada Verde, se les pasó algo por alto. Las mujeres no se parecían mucho físicamente, excepto en la estatura y la edad. Pero la herida, la única herida… Tal vez encontraría algo ahora que fuese un inconfundible sello del estilo del autor. No convenía demorarse. Debía decidir pronto si el responsable del crimen podía ser la misma persona que había segado la vida de Blanes. Luego…

El Anencéfalo dejó atrás a Maribel, que apuraba ansiosamente su cigarrillo rubio, y alcanzó a Fernando Muriel a pocos metros del despacho. Le devoraba la curiosidad pero, por encargo expreso de Ramos, Muriel se negaba a darle más detalles del hallazgo. Se posponía cualquier análisis hasta la reunión de la mañana. Ramos no era partidario de que su equipo acudiese a la misma con demasiadas ideas preconcebidas. Les decía que podían verse luego bloqueados por ellas.

Goyo se planteó llevar a cabo un último intento.

—El cuchillo que encontraste es bestial —dijo tratando de espolearle.

Sonriendo, Muriel corrigió:

—Es un hacha.

—Igual que en Vaguada Verde, ¿no?

—Sí —dijo Muriel por pura rutina—. Se parecen bastante.

En realidad, no tenía la menor de idea de cuánto valor albergaban aquellas similitudes.

Pero esperaba saberlo pronto.

Maribel les había alcanzado en la misma puerta. Tenía clavado el que

Fernando Muriel hubiese descubierto el arma.

—¿Hacha…?— dijo, tratando de disimular sus celos—. Yo creía que era un cuchillo de carnicero.

—Se llama hacha de carnicero. O hachuela —precisó Muriel. Hasta hacía veinticuatro horas también él hubiese utilizado la palabra cuchillo. Lo que acababa de aprender acerca del arma homicida no podría olvidarlo nunca.

—Cortacuellos tiene una carnicería —tarareó alegremente Goyo, cogiéndoles la delantera.

Habían tomado en fila el corredor de la derecha. Maribel se volvió a rezagar. «Gilipollas» salió entonces de su boca como un sordo escupitajo.

Muriel hizo como si no la hubiera oído. Sin embargo, aquellas pequeñas circunstancias *accesorias* —el insulto de Maribel; la burlona actitud de Goyo —, se habían colado en su cabeza como si fuesen dos niños apaleando un tambor.

Trató de apartarlas en vano.

¿Qué sucedía para que Goyo fuese incapaz de tomarse nada en serio? Parecía no afectarle lo más mínimo el asesinato. A veces, se sentía desconcertado con aquella actitud suya. ¿Qué era en realidad? Sobrevolaba a menudo en su mente la noción, débil pero inquietante, de que Goyo pudiese albergar una personalidad asocial apenas disfrazada con cierta chispa ocurrente y simpática. Sí, podría ser así, cavilaba Muriel, resistiéndose a admitirlo del todo. Pero era un hecho conocido la atracción que ejercía el trabajo policial en individuos con personalidad psicopática. Algunos embarrancaban en los cuerpos de seguridad o en agencias de seguridad privada. Y por raro que pareciese —era más que alarmante aceptar que algo así pudiese suceder—, muchos de esos sujetos eran lo suficientemente hábiles para ocultar su condición a los test psicológicos.

En los últimos tiempos, a Goyo le picaba demasiado la nariz: siempre estaba frotándosela. Gabriel había tenido que darse cuenta, pero no decía nada.

Muriel tenía la sensación de estar entre dos fuegos. Sentía los disparos y el silbido de los proyectiles. Era cuestión de tiempo que cualquiera de aquellas balas le abatiese.

Encontraron la puerta cerrada. Fernando Muriel fue el primero en entrar. La luz del techo estaba apagada y la del proyector, enfocada sobre la pantalla desplegada ante la pared, mostrando la página del buscador Google. Todo era

silencio en la habitación de juntas. Todo a excepción del ventilador del Toshiba, que estaba girando en esos instantes a la máxima potencia. Lo primero que llamaba la atención eran los pequeños cristales de las gafas de Ramos reflejando los destellos cambiantes de la pantalla del ordenador. Casi no se veían sus ojos azules.

Los ojos de un hombre contrariado.

Eran las nueve y diez. A Ramos, como a todo buen castellano de pura cepa, le sacaba de quicio la impuntualidad.

—Venga, todos adentro —dijo—. El trabajo se nos va a acumular como no espabilemos.

Al poco, se habían acomodado de forma aleatoria en la mesa, cada uno de ellos probablemente en un sitio diferente al de la reunión anterior. Ramos prohibía que sus agentes adquiriesen la titularidad de las sillas.

—Bien, atended —Ramos señaló a la pantalla de la pared en donde fueron apareciendo diferentes imágenes en las que se veían varias clases de hachuelas, unas redondeadas por la punta y las otras cuadradas; algunas, de hoja estrecha y amenazadoramente anchas, otras—… Ahí tenéis el arma usada para matar a Blanes— la pieza, después de que Ramos picase el icono correspondiente, apareció ocupando la parte central de la imagen—. Como podéis ver es un hacha de carnicero IKEA serie Skärpt, de 32 cm, con hoja en acero inoxidable de molibdeno… La espiga atraviesa todo el mango —continuó Ramos, leyendo textualmente las características del arma, impresas al pie de la foto—… lo que la hace muy, muy sólida, prácticamente irrompible. Nuestro primer problema es que no es una pieza para profesionales, aunque no sea tampoco demasiado corriente.

—Es prácticamente imposible seguirle la pista —añadió, con aire de decepción, Muriel.

—Veamos —dijo Ramos—: El agresor sorprende a Blanes por detrás y la mata de un solo tajo. Sin forcejeos. ¿Después de haberla acechado? Es posible, pero no lo sabemos… Luego, se lanza hacia la playa a través del acceso al merendero. Escarba en la arena y entierra el arma inmediatamente. Después escapa… ¿A través de la playa? Durante cierto trecho, sin duda. Pero tiene que acceder al paseo marítimo nuevamente. No hay otra salida. ¿Hacia dónde? Probablemente hacia el este; es más seguro. Eso es lo que podemos deducir hasta ahora.

Muriel estaba en todo de acuerdo con el análisis de su jefe. Se había

deshecho ya de la idea de que el homicida podía haberse escondido en el interior del merendero.

—Pensaba recuperar el arma —dijo, en tono de suposición.

—Sí —convino Ramos—. Cuando hubiese pasado un tiempo, lo habría intentado. Es una magnífica ocurrencia —. Y dirigió una mirada de reconocimiento a Muriel, como si le estuviese homenajeando por su idea acerca del arma.

—No hay huellas —intervino Maribel—. Lo que quiere decir que tomó precauciones. Es decir, que no la enterró *sólo* para evitar ser relacionado con ella.

—Es muy interesante lo que dices —la felicitó Ramos—. ¿Estáis de acuerdo?

Muriel y Goyo asintieron.

—Parece que lo había previsto —dijo el primero.

—Pero puede ser un carnicero, ¿no?—dijo Goyo.

Ramos se encogió de hombros después de apagar el proyector.

—Un profesional no emplearía un arma profesional. Si es listo —dijo Maribel.

—Estupendo. Muy buena observación… ¿Es listo éste?

Aunque era una pregunta lanzada al aire, Maribel se sintió aludida.

—Hay que pensar que sí…—contestó sin una conciencia clara de por qué afirmaba aquello.

Ramos entrelazó los dedos, lanzando a continuación una mirada de halcón peregrino a los presentes.

—¿Por qué?... Podéis contestar cualquiera —se hizo un silencio breve—… ¿Qué dices tú, Fernando? Tú adivinaste que la había enterrado…

—Nadie le ha visto. En un sitio tan concurrido, eso resulta difícil de explicar. O es el tío con más suerte del mundo, o sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—Muy bien, es listo. ¿Y ahora qué?—preguntó secamente Maribel, a quien se le notaba enseguida el fastidio de ir a remolque de Muriel.

Ramos se quitó las gafas.

—Ahora, mucho. Es fundamental encontrar una línea de investigación cuanto antes. Tenemos que orientar correctamente nuestros pasos.

Había muy poca concreción en aquellas palabras, apenas eran una sugerencia genérica, pero sonaban cálidamente oportunas. Muriel meditaba

que así deberían ser siempre las palabras de quien, estando a ciegas, se siente obligado a no dar señales de debilidad; de quien, ostentando jefatura o teniendo responsabilidades de mando, sabe que lo único que no puede transmitir (ni siquiera por una milésima de segundo) a los que le escuchan, es la desalentadora sensación de soledad que va íntimamente ligada a la *exigencia* de resultados, cuando no existe materia prima alguna con que fabricarlos. Eran las palabras que a él le hubiese gustado pronunciar si dirigiese la Brigada, porque había una petición de auxilio implícita en ellas y, sin embargo, transmitían una confortable seguridad, bajo la que podían ampararse todos.

—Si tuviésemos un mínimo indicio de lo que se esconde detrás…

—Quizá lo tengamos ya y no hemos sabido verlo —dijo Ramos.

—¿Por dónde empezamos?—inquirió Maribel.

—¿Por dónde te parece a ti que empecemos?

—No lo sé… Tú eres el que manda —titubeó Maribel.

—Piensa. ¿Qué es lo que *no* tenemos?

Maribel se rehizo. No soportaba mostrarse desconcertada delante de los demás.

—Testigos…, móvil…, bueno, aún no sabemos…

—Es verdad —Ramos la interrumpió, con gesto impaciente—. No tenemos nada de eso. Sin embargo, sí tenemos…

—… Un arma que es imposible rastrear —dijo ella de corrido.

—No es imposible —le corrigió Muriel—: sólo muy difícil.

—Bueno; vamos a decirlo así —terció Ramos—: es muy difícil. Por lo tanto, no podemos confiar en seguirle la pista. Yo me refería a otra cosa. Quería decir que esa hachuela puede tener un significado en sí misma.

—¿Como qué?—intervino Goyo.

—El de una firma, tal vez.

—¿Estamos hablando de un homicida en serie? —Maribel frunció el ceño —. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No lo sé, sinceramente —declaró Ramos.

A Maribel le causaba desesperación el Ramos deliberadamente lacónico de las reuniones de equipo. Temía que, mientras ella se devanaba los sesos tratando de descifrar el significado de aquellas palabras, o más bien de lo que pretendía Ramos de ellos al pronunciarlas, Muriel le tomase la delantera.

—¿A qué te refieres entonces con lo de la firma?

En lugar de responder a Maribel, Ramos se dirigió a Muriel, mirándole directamente a los ojos.

—¿Qué tienes que decir tú a eso, Fernando?

—Pues que tendremos que comparar.

—Cierto.

Maribel supo inmediatamente por dónde iban los tiros.

—Se trata de buscar parecidos —dijo como para sí—. Vale. Pero eso no es nuevo, Gabriel. Todos conocemos las similitudes con los crímenes sin resolver de 2004 y 2006. Ya hemos hablado de ello.

—Más bien de confirmarlos —precisó Ramos—. El problema es que en ninguno de ellos apareció el arma. Y cuando digo comparar, no me refiero sólo a los crímenes sin resolver. No. No sabemos si hay un móvil definido para esta muerte, más allá del placer que le reporte a un psicópata. No lo sabemos —repitió, rodeando la mesa con la mirada—… Y, por lo tanto, nuestra obligación es intentar hallarlo. Imaginaos que no sabíais nada de los crímenes de Benalmádena y Vaguada Verde… ¿Qué haríais?—hizo una pausa rutinaria como si debiese esperar respuesta a su pregunta, pero inmediatamente continuó—: Investigaríais el entorno de la víctima, claro. Intentaríais averiguar, por ejemplo, si alguien tenía algo contra ella, si se movía en círculos en los que fuese factible disponer de información *peligrosa.* Natalia Blanes trabajaba en un negocio legal, pero ya sabemos que muchos de estos negocios son meras tapaderas de todo tipo de actividades ilícitas: blanqueos de capital, narcotráfico, tráfico de armas… la lista es larga. De modo que hay que mantener abiertas todas las opciones y hacernos todas las preguntas posibles al respecto.

—No creo que sea un ajuste de cuentas —apuntó El Anencéfalo, con su perenne sonrisa en los ojos —. Huele a otra cosa.

—En mi opinión, Gabriel, todas esas preguntas no nos sirven de mucho —intervino Muriel—. Antes de aparecer el arma podíamos habernos planteado estas mismas cuestiones. Tenemos que tener claro qué camino seguir, cuál de esas hipótesis… La realidad es que no tenemos una sola pista, aparte del arma.

—Pues centrémonos en el arma.

22

De algún modo, Muriel se sentía el protagonista de la función. ¿Quién si no había encontrado el hacha?

—Seguramente —volvió a terciar, contraviniendo una regla no escrita que establecía que las rondas de intervención debían respetar un orden y ser equitativas con todo el Grupo— no nos servirá de nada, pero le pediré a IKEA que coteje cuántas piezas han sido vendidas en Málaga en el último año.

Maribel hizo asomar en sus labios un mohín de desprecio.

—¿Y las cámaras de seguridad de IKEA…? —añadió Goyo.

Muriel ya se había ocupado del asunto. Había visitado los almacenes la mañana de Nochebuena.

—Hay dos enfocando las cajas —aclaró.

—Habrá que revisar las grabaciones…

Esta vez Maribel puso los ojos en blanco.

—¿Y de dónde vamos a sacar tiempo?—graznó.

—Tienes toda la razón —dijo Ramos, volviendo a ponerse las gafas—. Excede nuestras posibilidades. No podemos dedicarnos a analizar las grabaciones de todo un año, aunque sólo sean las de las cámaras situadas en las cajas.

—Pues empecemos por el último mes —insistió Goyo—. Quizá haya suerte.

Ramos negó con la cabeza.

—Puede que su sistema permita que quede registrado por el escáner de las cajas los días en que se vendió cada pieza —sugirió Muriel—. Simplificaría mucho la búsqueda… Me enteraré —prometió, esperanzado.

Una mezcla de interés y escepticismo arrugaba la frente de Ramos.

—Sabéis que la posibilidad de sacar algo en claro de las grabaciones de las cámaras es muy remota. En primer lugar, porque sería una estupidez haber comprado aquí el arma. Y aunque *nuestro hombre* hubiese cometido tal error, será muy difícil conseguir una descripción. Seguro que sabe cómo evitar que las cámaras le enfoquen el rostro…

Era imposible saber qué pensaban los demás, pero para Muriel aquellos argumentos no eran del todo consistentes.

—Supongamos —especuló—… que durante el visionado de las grabaciones ocurre lo que tú dices… Por lo menos, sabríamos que estuvo allí.

Y quizá alguno de los empleados lo recuerde por alguna razón que ahora no podamos ni imaginar, y pueda describirle.

—Estoy con Fernando —terció Goyo.

—¡No me obliguéis a tragarme las cintas!—advirtió Maribel, visiblemente irritada.

Ramos la miró como una hija a la que acabase de reprender.

—Tranquila.

—Tú harás lo que se te diga —señaló provocativamente Goyo—. Igual que yo.

Los ojos siempre un poco enrojecidos de Maribel despedían chispas.

—Vete a tomar por culo —susurró con una sonrisa.

—Eh, dejaos de discusiones —zanjó el asunto Ramos.

Estaba cansado de tener razón, se dijo Muriel: así eran siempre las reuniones del Grupo. O a Gabriel no le importaba aquel gasto energético inútil, o sencillamente es que no lo percibía.

—Decídete con lo de las grabaciones —le urgió Muriel—. ¿Qué hacemos?

—¿Y si es el mismo arma que se empleó en los crímenes anteriores?—contestó Ramos—. ¿Qué ganaríamos con visionar las grabaciones? Cuando tengamos un informe comparando los cortes de las tres víctimas, podré tomar una decisión.

¡Qué torpeza, la suya! ¿Cómo es que no se le había ocurrido?, se dijo Muriel, mientras la sangre se le agolpaba en las mejillas. No tuvo otro remedio que reprochárselo en silencio. Había quedado en evidencia. Aún tenía mucho que aprender de Ramos.

—Me enteraré de la fecha de fabricación —asintió avergonzado.

Ramos echó el cuerpo hacia atrás.

—Todos tenéis una parte de razón. Si tuviésemos una evidencia razonable de que el hacha no tiene que ver con los casos que conocemos, habría que dedicarle un tiempo puesto que sería nuestra mejor pista… No obstante, consumiría muchos de nuestros recursos. Quizá nos retrasara mucho concentrarnos en esa tarea… — hizo una pausa un poco teatral para mirarlos a los ojos, uno a uno—. Hay elementos en este caso que apuntan en una dirección que merece la pena seguir. Cuanto antes mejor. Por si acaso, veré si hay posibilidad de pasarle el encargo a otra gente. Es una labor puramente mecánica, que puede asumir otra unidad.

Maribel se tomó las palabras de Ramos como un triunfo personal. Asintió

en silencio, entornando los ojos.

—Jódete, Fernan. No te vas a salir con la tuya esta vez —dijo ladinamente.

Muriel sacudió la cabeza, tratando de contenerse.

—¿Y a ti qué coño te pasa?—le espetó.

—¡Que de vuestras geniales ideas siempre me «beneficio» yo!—aulló ella.

—¿Qué quieres?... ¿decidir siempre tú, para llevarte la parte que más te guste?

Ramos se metió por medio.

—Dejadlo ya, venga —dijo, más en tono de ruego que de orden.

Pero Maribel le ignoró por completo. En su lugar, miró desafiante a Muriel y respondió a su pregunta con otra:

—¿Qué pensabais hacer con las grabaciones? Venga, dime… —le retó —. ¿Ibas a dedicarte tú?... ¿O ibas a convencer al jefe de que era trabajo para mí?

Muriel no supo con qué replicar a Maribel. Se dio cuenta de que había algo de verdad en aquellos reproches.

—Yo me habría encargado —dijo sin convicción.

—Una mierda —musitó ella.

Goyo reía como si la cosa no fuera con él, lo que no era del todo cierto. Maribel se lo recordó estirando su dedo corazón.

—Ya está bien, coño —exigió Ramos, sintiéndose obligado a zanjar la absurda discusión—. Peleaos luego, en la calle.

Muriel tomó todo el aire que pudo en sus pulmones y luego lo expulsó muy despacio.

—¿Y ahora qué?—preguntó

—Hay que ganar tiempo. Tenemos que pensar otra manera.

Quedaron todos en silencio, expectantes y contrariados; todos menos Goyo, cuyo gesto era tan risueño y despreocupado como siempre.

«Otra manera. ¿Otra manera de qué?» Muriel les miraba de reojo; no podía evitarlo. Pensaba en lo que cada uno de ellos estaría preguntándose en la intimidad de aquel silencio. Era tan enigmático Gabriel a veces. Por lo menos sabían que aquellos no eran comentarios gratuitos, que significaban una ruta definida, fuese o no la acertada. Finalmente, Muriel optó por decir lo que a él mismo le parecía una obviedad:

—No cabe en cabeza humana usar un arma así. Aparte de eso…

—Tú lo has dicho —escupió Ramos como un resorte—. ¿Qué razón hay para ese *modus operandi*? ¿Qué nos dice del asesino?

—Bueno… —Muriel estaba sin respuestas que darle a Ramos y a los demás. No al menos de las que ellos aguardaban, respuestas que estuviesen a la altura del fogonazo súbito que le había conducido al hacha. ¿Se le había agotado la inspiración? La única y extraña sensación que le había transmitido aquella brutal hoja de acero manchada con la sangre de Blanes era que había sido destinada a un fin suplementario al de matar con rapidez: satisfacer al asesino como mero «espectador» de la muerte, aunque fuese un solo instante… Pero Muriel no terminaba de decidirse a compartir su sensación por considerarla contaminada quizá por su propia fantasía…; tan interdependiente de su fantasía que no estaba del todo seguro de que no fuese pura y llanamente eso en realidad: fantasía… Se sentía decepcionado por ello, decepcionado por no poder cumplir las expectativas que él mismo había creado. Era su oportunidad y, por el momento, no se veía capaz de aprovecharla…

—Sí, es un loco —terció Goyo—. Un hijo de puta que está como una cabra. ¿Pero… qué? ¿Cuántos habrá así? ¿Con qué empezamos?

—¡Cojones con Goyo! ¡Bravo! ¡Las cosas claras y el chocolate espeso!— gritó a voz en cuello Ramos.

Más o menos rieron todos, incluido el autor del dictamen, aunque la risa de Muriel había sido completamente mecánica. Ciertos pensamientos lo tenían absorbido.

—Un loco listo —añadió Maribel, con la risa humedeciéndole aún los ojos —. Es una combinación rara… y peligrosa.

—Hoy estáis sembrados —admitió Ramos.

Maribel únicamente entresacó de aquel comentario el resquicio de un Ramos más indulgente.

—¿Puedo fumarme uno?

—No.

—Sólo uno.

Ramos negó con autoridad.

—He dicho que no. Aprende a aguantar unas horas.

Después de mucho pensárselo, Muriel se atrevió a opinar:

—En un principio parece una estupidez valerse de algo tan pesado y poco manejable, algo tan difícil de ocultar, cuando con un cuchillo pequeño o incluso una navaja de barbero podría conseguirse el mismo resultado… Por lo tanto, la razón debe buscarse en la diferencia, en el tipo de herida que causa cada arma… Yo creo… —titubeó— que… que quería verla desangrarse,

disfrutar de ese espectáculo.

Maribel comenzó a reír, aunque sin poder expulsar de su boca la frustración de su fracasada tentativa.

—Si fuera como dices, habría permanecido allí más tiempo —observó Ramos —.Pero todo nos conduce a pensar que no se detuvo tras asestarle el golpe.

—Porque no le hacía falta.

—Muy lógico —apostilló irónicamente Maribel.

Muriel se propuso ignorarla.

—Para eso utilizó el hacha y no un cuchillo —dijo con la mirada fija exclusivamente en Ramos—. Para desangrarla en el acto.

—Desangrarla en el acto… Silencio todos —pidió Maribel—: habla el doctor Lecter.

—No te pases —siseó Ramos—. Vamos a ponernos serios de una vez, venga. Fernando, explica mejor eso que acabas de decir.

A Muriel se le habían subido los colores. Fantaseó un segundo con la idea de estrangular a Maribel.

—Pensadlo un poco. El corte fue para llevarse la carótida. Cuando se corta alguna de las yugulares, la sangre fluye como si se derramara: se ve a través de la ropa que va empapando. Pero la sección de una arteria produce un auténtico surtidor. Es un espectáculo macabro… y por eso tiene *su* público.

—Eso es verdad —apuntó Goyo—. Me acuerdo del torero aquél que fue corneado en la ingle mientras recibía al toro a puerta gayola. ¿Cómo se llamaba?—preguntó, buscando ayuda sin obtenerla— ¡Joder! Lo tengo en la punta de la lengua… ¿Os acordáis?

Nadie tenía afición por los toros.

—Da igual cómo se llame —intervino Ramos—. Yo recuerdo haberlo visto en la tele. Y reconozco que me impresionó…—enfocó primero a Maribel con sus ojos azules, enrojecidos de tanto haber mirado a la pantalla, y luego se los frotó suavemente con los dedos índice y anular de su mano — ¿Qué opinas tú?

—Que no me convence la teoría.

—Mejor —dijo Goyo con sorna.

—Estás mitificando al asesino, Fernando —explicó Maribel—… ¿no os dais cuenta?—miró de uno en uno a los reunidos—. Que si esto es por aquello y lo otro por lo demás… Tratáis de complicarlo todo. ¡Joder, parece como si prefirierais enfrentaros a alguien brillante, inteligente de verdad, antes que a

un asesino corriente, que hace las cosas porque sí, sin importarle el análisis que hagamos de sus actos!. Eso es por vanidad, Gabriel.

—Buscamos respuestas —se defendió Ramos, que había acusado la disquisición no demasiado descaminada de Maribel —. Es nuestra obligación, querida, aunque nos equivoquemos.

—A lo mejor todo es más sencillo de lo que os imagináis.

Muriel echó hacia atrás su larga espalda con aire contrariado.

—Y todo por joder —murmuró para sí.

Ramos había escuchado perfectamente el comentario.

—Es su punto de vista, Fernando. Y no está de más verlo así.

—Vale, vale.

—Siempre nos dices que no perdamos la perspectiva. ¿Y si se trata de algo más simple, como un ajuste de cuentas?—propuso Maribel, muy serena, a pesar de verse en medio de la refriega—. Antes insistías en que dejáramos abiertas todas las opciones y ahora parece que has cambiado de opinión —Naturalmente el reproche iba dirigido a Ramos, que en ese instante la miraba muy serio, por encima de las gafas—. No podemos dejarnos arrastrar por nuestras preferencias, siempre nos lo has dicho. ¿Y si el tío que lo ha hecho ha cogido lo primero que ha visto en su cocina, porque necesitaba matar a alguien en ese momento?

—Maribel tiene razón —dijo Ramos.

—De esta manera, no avanzamos. Es volver una y otra vez al punto de partida—dijo Muriel con voz cansada.

—Peor sería que nos precipitáramos.

—No es un ajuste de cuentas, coño —protestó Muriel.

Maribel pegó un respingo. Por primera vez parecía ofuscada, como si el empeño de Muriel en negar aquella posibilidad, fuese una manera de despreciarla y humillarla.

—No me escuchas, como siempre. ¿Por qué no, a ver? Yo no digo que sea lo más probable pero sí que es posible.

—Los sicarios no entierran el arma.

—Eso tú no lo sabes.

—Además, prefieren de largo otros métodos.

—Lo dices por el tipo de arma usada, pero sabes que del estudio que se hizo en Méjico se sacó la conclusión de que uno de cada siete disfrutaba de verdad con su trabajo, que se recreaba en él.

Ramos asintió.

—Auténticos *serial killer* que encuentran el medio ideal de ganarse la vida.

—Sería mucha casualidad, ¿no te parece?

—¿Y si no fuera un profesional…?—sugirió Goyo—. Puede ser también un amante despechado o alguien que se haya visto en peligro por algo que ella sabía.

Ramos frunció el ceño. Siempre hacía lo mismo antes de tomar una decisión.

—Escuchadme un momento —solicitó—. Lo primero que haremos es revisar esos casos sin resolver. Tú —señaló con la vista a Maribel —te encargarás junto a Goyo de indagar sobre la actividad del concesionario. Habla con los de la UDYCO; a lo mejor ya lo tienen enfilado. Tanto si es así, como si no, le pediré permiso al juez para echarle un ojo a los libros de contabilidad y a las transacciones y cuentas bancarias. Solicitaremos un informe económico para ver si pueden estar escondiendo algo. Y también os encargaréis del entorno familiar y personal de Blanes. Quiero que volváis a hablar con la familia y amigos. Con todos. Tú, Fernando, me ayudarás a examinar a fondo esos expedientes, para ver cuáles son las coincidencias o si hay conexiones entre las víctimas.

Había vuelto a suceder; habían caído en la trampa. La controversia señalizaba el itinerario a seguir, según el particular método de trabajo que Gabriel aplicaba al Grupo. Muriel miraba de reojo a Maribel y Goyo, comprendiendo que ambos estarían pensando en ese instante lo mismo que él: que les había tocado la peor parte. Pero no podrían reprocharle nada a Ramos porque le conocían. Sabían que habían influido sin querer en su decisión, al optar por hipótesis de trabajo diferentes.

—Marcos me exigirá compartir información —advirtió Muriel.

—Dásela.

Muriel no quiso contradecir a Ramos, pero ponerle en bandeja a Marcos el expediente suponía concederle mucha ventaja, demasiada si es que el autor de ambos crímenes era la misma persona. Marcos querría resolver a toda costa aquel caso. ¿Quién no en su lugar? ¡Joder! ¿Es que era imbécil? ¿Es que Ramos no se daba cuenta de la importancia que un éxito así tendría para el Grupo?

—¿Por qué nosotros?—volvió a protestar Maribel.

—Porque es en lo que creéis… Y porque Fernando y tú sois espíritus

antagónicos. No os puedo dejar trabajar juntos hasta que cambie vuestra relación, si es que alguna vez cambia.

Maribel no encontró palabras con las que replicar a Ramos, aunque la expresión de disgusto de su cara, lejos de habérsele borrado, era ahora más acentuada, pues no estaba enfadada sólo con él; también lo estaba consigo misma.

—Vaya puta mierda —masculló.

La habitación quedó un instante a oscuras cuando Ramos apagó el ordenador.

—Poneos a trabajar —dijo escuetamente al levantarse—. La semana que viene volveremos a reunirnos.

El día había mejorado mucho; el aire venía más suave y templado, una brisa procedente del sur que les alcanzó de costado al salir al exterior. Muriel, que se había subido preventivamente el cuello del chaquetón antes de aventurarse a salir, volvió a bajárselo, encaminándose a continuación hacia el aparcamiento, mientras veía a Maribel alejarse a paso ligero seguida de cerca por El Anencéfalo. Se le notaba, al caminar de aquella forma sincopada, que iba hecha una furia. Pero pronto se le pasaría.

Reflexionó durante un segundo sobre lo dicho en la reunión. Pudiera ser que, después de todo, Maribel, en ese eslalon desquiciado que por socavar su credibilidad ante los demás emprendía siempre que había reunión, no hubiese tomado un sendero tan equivocado esta vez. ¿Y si todo fuese más sencillo de lo que parecía? ¿Y si era verdad que estaban mitificando al asesino? Podía ser, sí; no tenía por qué descartarlo, muy a pesar de estar plenamente seguro de que lo que empujaba a Maribel a posicionarse en su contra era un encono personal que le resultaba imposible entender. «A no ser que le den alergia los largos», murmuró para sí con una media sonrisa.

Pero Muriel tenía un presentimiento, más allá de las pugnas que se habían desatado: quien hubiese acabado con la vida de Blanes quería que *contemplaran* su obra, que la propia policía se convirtiese forzosamente en *su* público. Debía de ser una sensación de poder inimaginable

Eran poco más de las once. Enfiló la rotonda para tomar la autovía hacia Torremolinos. Intentaría verse con Marcos en lo que restaba de mañana. Esperaría hasta la tarde si fuera necesario. Ya comería en cualquier sitio. Sólo tenía que llamar a Carolina y decirle que no le esperase, por si acaso. Lo que no soportaba ella era que llegase tarde; prefería saber cuanto antes que no le

iba a ser posible ir a comer.

Había algo que no iba bien, rumiaba Muriel de camino a Torremolinos. Al principio pensó que era por la perspectiva de enfrentarse al zorro de Marcos, pero a la altura del aeropuerto supo que no era él la razón. Marcos no tenía nada que ver con lo que le turbaba. Era por algo que no habían tenido en cuenta hasta ahora, algo que deberían haber analizado durante la reunión. ¿De qué cojones se trataba? Hizo lo imposible por revivir en su cabeza la noche del dieciocho… Poco a poco fue recordándolo todo: la llovizna, las vías cortadas por las vallas, los vehículos estacionados en torno a la escena del crimen, el cuerpo ensangrentado de la muchacha, el acceso a la playa a través del merendero cerrado… aquella pareja de jóvenes y aquella mujer que habían llegado en primer lugar… y que contaron más o menos lo mismo durante el interrogatorio de la mañana siguiente: que únicamente habían visto a Natalia, en medio de aquel charco indescriptible de sangre, a Natalia ya muerta, y nada más a su alrededor. Nada más.

Era como si faltasen piezas para encajarlo todo, piezas que tendrían que haber recogido en la escena misma, la noche del crimen. Claro que faltaban muchas piezas del puzzle: la principal, el homicida, su relación con la víctima. Pero Muriel se dijo que lo que le turbaba tanto tenía que ver con elementos que tuvieron delante de sus ojos aquella noche, cosas («¿cuáles eran, maldita sea?») de las que tenían que haber extraído deducciones importantes. Estaba seguro.

Mientras estacionaba el Smart, a dos calles en paralelo tras la comisaría de Torremolinos, decidió hacer lo único que podía en sus circunstancias: lo revisaría todo nuevamente, aunque le llevase una noche entera.

Una noche en vela.

23

Lo primero que Pepe Marcos había hecho al saludar a Muriel fue prohibirle que le hablase de usted.

—Conque Gabriel se ha vuelto señorito —dijo Marcos, con voz enronquecida, mientras resoplaba en lugar de respirar—. Te manda a ti a roer el hueso, ¿eh? Vaya, vaya —consideró, claramente admirado de la estatura del mensajero de Ramos.

Muriel se encogió de hombros, cauteloso. Estaba estudiándolo, igual que haría un boxeador con su contrincante antes de lanzarle los primeros golpes. Pero el par de cervezas que habían constituido su almuerzo, comenzaban a amodorrarle. Se lamentó de no haberse tomado unas coca-colas.

Hubiese podido ver a Marcos sobre las dos menos cuarto. Pero un encuentro precipitado de última hora podía haber hecho que todo se fuera al garete. Consiguió posponer la cita hasta la tarde

El despacho donde estaban sentados era ruidoso. Filtraba el alborotado tráfico de las calles cercanas.

Marcos no era como Muriel lo había imaginado. Respirando ruidosamente por la boca, rechoncho de cuerpo y cara, recortado de piernas, calvete, con voz nasalizada, ojos de besugo y rubicundas chapetas, buche de orangután y papada de pelícano saciado, más parecía un viejo canónigo disfrazado de civil que un investigador. Muriel, sin saber él mismo los motivos, se había hecho a la idea de encontrarse con un tío más alto, más corpulento y con la mirada cínica y gastada que dan una treintena de años persiguiendo delitos. Como le ocurría con los personajes de los libros que leía, Muriel solía prejuzgar el aspecto físico de las personas que aún no había tenido oportunidad de conocer. Siempre les ponía una cara determinada en sus pensamientos y, a veces, si había escuchado su voz, podía imaginarse incluso su complexión y hasta el atuendo que solían llevar. No podía evitar hacerlo aunque se equivocase las más de las veces. Cuando pensaba en esa costumbre tan suya, Muriel suponía que entresacaba aquellos rostros de ficción de los cientos de películas que, de niño, su padre le había obligado a ver en casa, con el ánimo de hacerle heredar su cinefilia

—Es su forma de llevar los casos —dijo al fin Muriel.

—Cada maestrillo tiene su librillo —sentenció Marcos, rascándose el

cogote—. Entonces, Ramos piensa que vuestro individuo es el mismo de La Caracola…

Lo que sabía Muriel de la mujer asesinada y de las circunstancias del crimen eran simples retazos; lo archivado en el programa: las diligencias abiertas, el informe forense y unas pocas pesquisas. Tenía veinticuatro años, era soltera, de nacionalidad española, y se la habían cargado una noche de noviembre de 2004, al pie del edificio en el que vivía, un bloque de viviendas con recinto exterior que hacía las veces de aparcamiento. No había huellas, ni arma, ni testigos, ni sospechosos, ni nada.

—Necesitamos comparar las pruebas para saberlo —se limitó a observar Muriel.

Marcos volvió a rascarse el cogote.

—Se lo dije a Ramos el miércoles, cuando hablamos. ¿Qué más os puedo contar?

—Lo que recuerde de aquel día en general… Los pequeños detalles…— Muriel dudó— inusuales… Qué opinión le merece lo que vio... si le recordaba a algo, aunque decidiese no incluirlo en las diligencias. Las fotos, en fin… Repasarlo todo. Es la única manera…

—¡Coño!—rugió fatigosamente Marcos—, te he dicho que no me hables de usted. Me haces viejo.

En realidad, era la típica excusa para no entrar en el fondo de una cuestión.

Muriel se disculpó con un gesto. De pronto había dejado de preocuparle que Marcos pudiese hacerles la competencia.

—Puedes contar con nosotros.

—Contar con vosotros, ¿eh?—dijo Marcos, poniendo cara de zorro viejo.

—Todo lo que hemos averiguado hasta ahora está a tu disposición.

—Que es nada.

Un orgulloso desprecio se había asomado a los ojos de besugo de Marcos. Muriel no supo qué responder al principio.

—Hombre, tenemos el arma.

—Ah, sí, es verdad —rezongó aquél.

Era imposible discernir con absoluta certeza si había una doble intención en las palabras de Marcos. Pero a Muriel le sonaron irónicas.

Y empezó a temer que Marcos estuviese jugando con él.

No lo permitiría.

—¿Qué propones tú, Pepe? Dime… ¿qué hacemos con todo esto?

—¿Yo?—dijo Marcos, cogido un poco a contrapié—. Vosotros habéis venido a mí.

Muriel tomó carrerilla.

—¿Prefieres empezar contándomelo? Venga —le animó.

Marcos estaba un poco confuso.

—En estas cosas lo que funciona son los tratos. Tu jefe lo sabe.

—Los tratos —repitió, resuelto aunque sosegado, Muriel—. Estupendo. Yo te digo todo lo que quieras saber. ¿Te parece, Pepe?

—Sin cachondeo.

—Estoy hablando en serio, hombre. Mira, tengo la información del arma, de la escena del crimen, de los interrogatorios… de todo absolutamente, en un archivo Word. Lo llevo aquí —le mostró un *pen drive* tipo llavero que se sacó del bolsillo—. Quédatelo si quieres.

Marcos alargó, desganado, la mano, como restando importancia al presente.

—Todo está a la vista —se encogió de hombros—. Te podías haber ahorrado el viaje.

—¿A la vista?

—No te hagas el loco. Todo está en el programa —dijo Marcos, receloso como un gato apaleado.

—Nunca está todo.

—Entonces te contradices.

Esta vez Pepe Marcos tenía razón, pensó Muriel.

—Bueno, hay cosas que no se pueden pasar al ordenador. Tú siempre sabrás más que yo del caso de La Caracola, aunque me aprendiese el expediente de memoria y pudiese recitártelo de pe a pa, porque yo *no* estuve allí. Viste el cuerpo, las circunstancias… Las sensaciones que te causó todo aquello. Es a eso a lo que me refiero, a las cosas subjetivas. Tu propia impresión de la escena del crimen, por ejemplo.

Marcos miraba despectivamente a Muriel, como si quisiese hacerle entender que esa clase de lecciones debía darlas él y no al revés.

—Si queréis sacar partido de lo subjetivo, estáis listos. Eso es como la hermosura, muchacho; no se puede transferir.

—Y qué vamos a hacer —fingió conformarse Muriel.

Marcos se dio por vencido. Salió del despacho bufando y volvió en seguida con una carpeta marrón en la mano. Se la entregó a Muriel con expresión de desagrado, como si acabasen de extraerle un diente.

—Que te las fotocopien ahí fuera —le indicó, desplomándose de nuevo en su sillón.

Muriel tomó la carpeta entre sus manos y la abrió al azar. Luego hizo como que la hojeaba y volvió a cerrarla.

—Gracias.

Acercándose a Muriel, Marcos, que parecía haberse apaciguado un tanto, le confió:

—Macho, mira que he visto mierda en mi vida, pero como aquello…

—¿Tuvisteis algún sospechoso?

—… No —negó tras una breve pausa, Marcos—. ¿Pero por qué preguntas cosas que ya sabes?

—Es que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Está en el expediente.

—Hombre, no todo lo que le viene a uno a la cabeza se transcribe —dijo Muriel, en tono de disculpa—. A veces nos da el viento de alguien y eso nos lo guardamos.

Marcos soltó un bufido.

—Ni arma, ni sospechosos, ni una puta mierda de nada. El mal nacido esperó a que la muchacha llamase al portero electrónico, y le dio el tajo. Limpiamente. La estaría acechando, escondido detrás de uno de los pilares del aparcamiento. Cuando bajó su compañera de piso, extrañada porque no subía, se la encontró agonizando.

—¿No estaba vallado el recinto exterior del edificio?

—Sí, tenía una verja pero la puerta estaba sin cerradura y no se habían preocupado de reponerla —explicó Marcos, que había adivinado la intención de la pregunta.

—Si vivía en el edificio, ¿por qué no usó su llave para entrar en el portal?

—Vete tú a saber. Salió a tirar la basura, como cada noche. La amiga que vivía con ella me dijo que era muy despistada y que casi siempre se le olvidaba llevársela.

—La amiga…

—Sí, ya sé lo que me vas a decir —se le adelantó Marcos—. Cada día bajaba la basura una de ellas; se alternaban. Pudo haberle tocado a la otra perfectamente.

Realmente lo que quería saber Muriel era otra cosa, pero estaba bien que se lo hubiese aclarado, pensó.

—Bueno, como no hay arma que comparar, tendremos que ver si las heridas de este crimen y el de Vaguada Verde pudieron haber sido inflingidas por el hacha que encontramos.

Marcos asintió.

—Si es el mismo en las tres, seguramente que tendrán algo en común.

—¿Aparte de lo que podemos ver, te refieres?

—Ajá. Tenemos que suponer —dijo Marcos, poniendo adrede una voz más grave— que el de La Caracola es el primero. Bueno, no sé vosotros, pero yo no tengo noticias de uno similar antes de éste.

—En la costa, desde luego que no.

—Gabriel ya os lo habrá dicho. Tenéis que buscar una *conexión*.

—Por supuesto. Un nexo genérico como la edad o aspecto físico no nos serviría de mucho.

Marcos se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón, y comenzó a masajearse el cuello con la mirada clavada en el techo.

—No hay que darse por vencido tan pronto —repuso—. Incluso si es como dices, tendría que haber tenido contacto con todas ellas, de un modo u otro. Puede que sólo visual, pero, con suerte, quizá averigüemos que las conocía en persona.

—Hasta lo que yo sé, ellas no se conocían entre sí… Pero tienes razón —admitió Muriel, pensativo—. No hay que descartar que hayan coincidido alguna vez en… no sé, un acto de algún tipo…

Muriel tenía en la cabeza esas fotos multitudinarias que se hacen a los participantes en congresos, galas o actos parecidos. Fotos en las que personas que no se han visto nunca, quedan enlazadas para siempre en una imagen. Si se encontrase una coincidencia de ese calibre, reflexionaba esperanzado…

—Ojalá que no sea como El Arropiero —dijo Marcos.

La observación hizo meditar a Muriel. El Arropiero era una leyenda, el mayor asesino múltiple conocido en la historia criminal de España. Era una referencia esencial para las Brigadas de Homicidios. Un asesino impulsivo, sin conexiones con sus víctimas, como había sido El Arropiero, era la peor de las hipótesis posibles.

—¿Le conociste?

—No. Pero también anduvo por aquí —señaló Marcos—. Un demonio… Ha sido el tío más cabrón que ha habido sobre la tierra. Cuando lo detuvieron, aparecieron más de una docena de cuerpos desperdigados por toda España.

—Leí su historial, pero no recordaba que hubiera matado por esta zona.

—Sí, sí: a una drogata que mendigaba en San Miguel y robaba bolsos a los extranjeros en la playa. Joder, la empaló con una espiga de hierro, hasta sacarle las tripas por el ombligo. Lo que ocurre es que se retractó, antes de llegar a decir dónde la había dejado. Pero como había largado bastante, el juzgado que instruía el proceso lo puso todo patas arriba, ordenando rastreos a diestro y siniestro. Estaba en un bidón viejo, en mitad de un zarzal.

—Creo que éste es diferente. Éste es metódico, y El Arropiero improvisaba siempre ¿Recuerdas en qué trabajaba o qué hacía? —Muriel blandió la carpeta.

—Era un trabajo que podía hacer desde casa, pero no lo recuerdo. Creo que estaba relacionado con la publicidad pero no me hagas mucho caso. Seguro que lo encuentras ahí dentro.

—¿Y sus amigos, la gente con la que iba? ¿Salía con algún tío, o había salido antes?

Una malévola sonrisa se dibujó bajo el bigote de Marcos.

—¿No te has enterado?—abrió las palmas de las manos hacia fuera, como si le causase estupor la ingenuidad de Muriel—. Sólo comía coños, hombre.

24

Era miércoles. El día después del día después.

El periódico estaba en el extremo del mostrador. Habían escrito a bolígrafo en la portada, «BAR». El hombre de los ojos sin expresión fue directamente por él, incluso antes de pedir con un leve movimiento hacia abajo de la cabeza su desayuno de lunes a viernes.

—¿Qué tal?—dijo como saludo.

—Aquí —contestó el empleado—. Como ziempre.

Luego, el empleado metió la cabeza por la ventanilla de acceso a la cocina, dijo «¡Ay, vieeena tostada!» como si estuviese anunciando el Apocalipsis, y se volvió hacia la cafetera.

El hombre miró en la portada sin ver nada de lo que estaba buscando y pasó directamente a las páginas de sucesos. Allí no lo encontró. Retrocedió entonces a las que se ocupaban de las noticias de la capital. En la segunda página de noticias locales vio la foto, encuadrada en el margen izquierdo del titular: «Desaparecido el lunes un joven de dieciséis años». Leyó ávidamente el texto. Un muchacho que no había vuelto a casa. Una familia angustiada. Un llamamiento a quien pudiese dar pistas sobre su paradero. Una policía que no descartaba ninguna hipótesis. Nada fuera de lo normal. Nada, en fin, de certidumbre. Y el hombre anodino en el que nadie solía fijarse necesitaba con urgencia de esas certidumbres. Precisaba liberar su espíritu. Incluso era preferible saber que estaba sujeto a amenaza específica, que ignorar qué le esperaba. Sin buenas o malas certidumbres, todo ser humano camina como un ciego por la vida, sólo es capaz de tantear entre la oscuridad, porque ambas dan sentido a los actos secundarios.

No se pueden grabar varios canales de modo simultáneo. Elegir uno era una cuestión ineludible, un juego de azar en el que apuestas con una pistola dentro de la boca. El hombre que no había elegido ser anónimo en el teatro de su mundo de calles cortas y silencios cortos y campanarios que envejecen y reclamos de vendedores ambulantes y timbres sin respuesta, había elegido, no obstante, el canal público. Necesitaba ver la entrevista, oírles a ambos, ver sus caras refiriéndose a *él*, al que ya no estaba ni volvería aunque no lo supiesen. Que hablasen *ellos*. De cada gesto e incluso de cada silencio, entresacaría las certidumbres que tanto necesitaba. Eso buscaba el hombre que

había muerto en la niñez para renacer en cada invierno, cuando las acacias entrecierran los ojos y los portales entornados velan el sueño de los vagabundos. No el relato del reportero con las imágenes de fondo de los padres, reunidos en torno a la mesa de camilla, contemplando mudos un álbum de fotos que también conserva los malos días que no pueden cambiarse y los reproches que no dio tiempo a perdonar. El magazín de tarde de La Primera no se había ocupado el día anterior del asunto. Había visionado pacientemente la grabación completa del video. Ni una mención siquiera. No le había extrañado: era algo que esperaba. Las desapariciones de adolescentes empiezan a ser noticia a partir del segundo día como pronto; a veces, varios días después. Todo dependía de cómo se lo tomaran sus padres.

—Zubimo a primera —el empleado puso el café y la viena tostada delante del cliente que leía ensimismado el periódico—. Ehte año zí.

—Ya veremos —respondió tardíamente el cliente, mientras volcaba el sobrecillo de azúcar en la taza—. El Málaga se suele desinflar en los últimos partidos.

El empleado movió el bigote —un bigote asilvestrado y arisco de fuertes cerdas rojizas— y dijo con total seguridad en sí mismo:

—Hay hente mu güena. Hidargo… Ezú Gáme… Zarva

El cliente del periódico asintió con la cabeza. Alguien, desde no se sabía qué parte del local, masculló algo parecido a una palabra.

—¡A primera!—bramó por sorpresa el camarero— ¿Verdá Pepe?

Una gutural e inconexa oración brotó desde el agujero sin dientes que hacía las veces de boca en la única persona que había en la barra, además del hombre del periódico. Lo único que entendió éste fue:

—Etá tú arreglao. E va a zubí a primera… ni zubí a primera.

—Lo que paza Pepe e que tú ere der Madrí.

—E via ze der Madrí, Migué —musitó Pepe tras chupar del cigarrillo que humeaba entre sus dedos.

El hombre de los ojos sin expresión dejó a un lado el periódico para concentrarse en terminar la tostada.

—Que te guhta er blanco… ¡No te conozco yo ni na!

—A mí me guhta er fúrgo. Y er que meó huega é er Madrí

—Raú —dijo el camarero—. Eze er que te guzta a ti ¡No gana billete el hioputa! ¿Y ezo un pelotero pa lo billete que gana?

Las manos y el rostro en proceso de consunción de Pepe teatralizaron con

una serie de gestos su desprecio a las consideraciones del camarero. Finalmente sentenció:

—Ze va comé una mierda er Málaga.

El cliente que leía el periódico acabó su desayuno y dejó dos euros encima de la barra.

Todavía discutían Pepe y el camarero cuando salió del local

Después caminó a buen paso hacia el colegio, que estaba a doscientos metros del bar.

Bruno se había pasado la noche estornudando y respirando de forma extraña. Tenía un catarro de los buenos. Probablemente con fiebre. La tristeza de sus grandes ojos marrones lo delataba.

Su dueño había vertido por la mañana un sobre de amoxicilina en el interior de una de las albóndigas de carne. Era lo que le había recetado el veterinario para el catarro de la primavera anterior: amoxicilina de uso humano cada ocho horas.

El hombre estaba preocupado: Bruno era todo lo que tenía. Si no mejoraba en las próximas veinticuatros horas, lo llevaría al veterinario para que le pinchase un antibiótico más potente. No se le olvidaba que Kora, la madre, había muerto de neumonía por un descuido suyo que aún no había sido capaz de perdonarse.

No se dio cuenta del hambre que tenía, hasta que los ladridos vivaces de su perro le tranquilizaron. Entonces reparó en que la gran bolsa que era su estómago reclamaba un almuerzo abundante.

En la casa de comidas de la plazoleta peatonal le sirvieron paella marinera, un solomillo de cerdo con una guarnición de ensalada de pimientos, que era más sabrosa incluso que la pieza de carne, y leche frita. El hombre del que nadie conocía nada de su otra vida comió con excelente apetito todas las piezas de pan de la cestilla; era un pan de barra, crujiente y esponjoso, que traía todas las mañanas un panadero de Almogía.

Con el optimismo de su saciedad y el optimismo de la mejoría de su perro («dos sensaciones positivas son mejor que una»—pensó al salir), regresó a casa en torno a las cuatro. Los paquetes estaban terminados desde la tarde anterior. Casi todo el trabajo hecho. Se sentía feliz, seguro de que todo iba a salirle a pedir de boca. Sacaría de paseo a Bruno, hasta las cinco. Dejó programado el video. Cuando viese la noticia, cuando se sintiese orientado, comenzaría con los viajes.

El hombre fue hasta Huelin, en coche. Había aparcamientos de sobra. Dejó al perro a sus anchas en el parque durante un buen rato. Luego cruzaron hasta el paseo marítimo de la Misericordia. Había grupos de críos por doquier. Unos golfeando, sobándose. Otros fumando cigarrillos o maría. Bruno sabía seleccionarlos, tenía un don, un instinto que le facultaba para comprender cuáles eran sus inclinaciones. Era una extraña sensibilidad la de Bruno, como si procediese de un cerebro racional.

No podía dejar de mirarlos a hurtadillas, mientras acariciaban a su perro. Estaba seguro de que tardaría en «contactar» con uno de ellos.

Tenía vida para un año como poco.

25

«Ahora vamos a hablarles de la desaparición de un joven estudiante en Málaga». La presentadora del magazín de tarde había hecho la introducción con voz pausada y un muy profesionalmente apropiado gesto de consternación.

En el rebobinado de la cinta de video, le pareció ver el titular: JOVEN DESAPARECIDO. Fue hacia delante calculando con el contador del video y encontró el reportaje. Por fin lo tenía. Su corazón se aceleró. Después de los comentarios habituales (nada se sabía desde el lunes por la noche del joven de quince años, Pablo González Denis, llevaba cazadora roja y pantalones vaqueros, su familia está muy preocupada, hace un llamamiento a quien pueda aportar algún dato sobre su paradero, bla, bla, bla), la madre contestaba a las preguntas del periodista. «Tuvimos una discusión el lunes» admitió la madre. Y apareció un luminoso sentimiento de culpa en sus ojos. El hombre de aspecto insignificante leyó la culpa en los ojos de la madre. Milimétricamente. Los latidos de su corazón se dispararon. El periodista insistió. «Quería tener un perro», concretó la madre. *Tener* un perro, repitió mentalmente el hombre, terriblemente excitado. ¿Conque Pablito le había mentido? ¿Qué les había contado *exactamente* a sus padres? ¿Qué quería decir *exactamente* su madre? El periodista pareció dar por finalizada la conversación pero la madre sollozó: «Está enfadado por lo del perro. Nos mandó un mensaje, diciéndonos que se marchaba. Su padre y yo le rogamos que vuelva, que nos diga dónde está, que se dé cuenta del daño que nos está haciendo…» «Pues eso esperamos y deseamos todos», sentenció la voz de la presentadora, a la que se había recuperado en pantalla.

El hombre se levantó del sillón mesándose nerviosamente el cabello, e intentó hacer las deducciones correctas mientras daba vueltas en círculo por la habitación. El sonido del televisor encendido se había achicado de pronto, como si llegase de una dimensión paralela a la suya.

Lo primero que vino a su cabeza fue que el mensaje del móvil había funcionado. Casi al mismo tiempo tuvo la evidencia de que el crío le había mentido, quizá solamente en parte, pero el hecho era que le había mentido. Ése era un detalle esencial. Si la discusión con su madre había sido genérica, del tipo de «¿por qué no me dejáis tener un perro?», todo resultaba perfecto. ¿Qué garantía podía tener de que no hubiese ido más allá? ¿Y si le hubiese dicho,

además, que *alguien* estaba dispuesto a regalarle uno? Esa declaración proporcionaría una pista a la policía, una pista ciertamente incómoda para él, no sólo porque de alguna manera podría conducirles hacia aquel precioso mastín con el que el crío y sus amigos se habían topado en los jardines de Picasso unos días antes (una pista muy débil, en todo caso, puesto que aquel hombre no había entablado conversación con ninguno de aquellos críos), sino porque alguien en la policía podría llegar a la conclusión de que detrás de aquella historia se escondía algo más. Tuvo una sensación súbita de vértigo al pasársele por la cabeza la idea de que alguno de los amigos de Pablo pudiese haber hecho una foto de Bruno con el móvil. Le atenazó El Miedo unos segundos. ¿Y si salía a relucir esa foto cuando hablasen con los chavales? ¿Cómo le afectaría?... Poco a poco se calmó. «Primero —se dijo—, es muy improbable que relacionen a Bruno con la desaparición» «En segundo lugar, se han tragado el mensaje en el móvil» Respiró pausadamente varias veces. No le importaba que la ciudad entera se llenase de carteles con la foto de Pablo. Le preocupaba que sospechasen de un secuestro. Alguien podía haberles visto charlando la noche del lunes en la calle Virgen del Rocío, e identificar el modelo de la furgoneta.

«¡Pero qué coño!» —estalló—. «Son gilipolleces mías. Nada me conecta con él, porque me mantuve dentro del coche. »

Haría lo que siempre había hecho y todo saldría perfectamente. Lo peor que podría ocurrir es que pasase en el plazo de dos años a la categoría de «Desapariciones Inquietantes».

Pero la mentira de Pablo, su imprevista *desobediencia* a las recomendaciones que le había dado a la salida de la tienda de artículos de segunda mano, quizá resultase más favorable de lo que suponía.

El viernes, en hora punta, llevaría el primer paquete.

Suspiró profundamente, mientras su mirada se desviaba hacia la cocina.

Los empleados de la tienda de electrodomésticos se extrañaron mucho de que hubiese comprado un congelador tan grande.

Les había contestado riendo que él era cazador y que cobraba a menudo piezas grandes.

En cierto modo lo que les había contado era la verdad.

26

Lorenzo Clotet Ferrys tuvo un pequeño sobresalto en el peor de los momentos posibles, a una hora en la que esa clase de emociones no podía sino estropear por completo su laboriosa y vulnerable digestión.

Estaba desmontando la carcasa de una grabadora de vídeo que acababan de traerle, para localizar la avería y confeccionar con urgencia el presupuesto del arreglo, cuando en el televisor que acababa de terminar de reparar y que mantenía encendido a modo de prueba, oyó decir a la madre del niño *desaparecido* en Málaga que su hijo les había pedido, la misma tarde de su desaparición, que le dejaran tener un perro. Aquello ya lo había oído antes, varios años atrás; le resultaba familiar.

Clotet tenía un vago conocimiento de la desaparición de Pablo González; le parecía recordar que durante el fin de semana anterior había leído algo al respecto en un titular de prensa de alguno de los diarios provinciales, pero no era capaz de decir con certeza dónde. Sin embargo, estaba bastante seguro de que no se había hecho mención alguna de las circunstancias del suceso, excepto que la policía «no descartaba ninguna hipótesis», a pesar de que considerase como más probable la de una «marcha voluntaria» del menor.

Turbado, Clotet se volvió para mirar el televisor. Amanda Denis estaba siendo entrevistada en el salón de su casa, en uno de los programas de tarde que se emitía en directo. En un recuadro, en el ángulo superior izquierdo de la pantalla, se veía una foto del niño desaparecido. Sus enormes ojos verdes destacaban poderosamente. La pobre mujer sollozaba, insistiendo en que Pablo estaba enfadado porque tanto ella como su marido se habían mostrado tajantes sobre el perro.

En cuanto despidieron la entrevista y se ocuparon del siguiente asunto, Clotet desconectó el aparato. Luego se llevó a los labios el cigarrillo negro que humeaba en el cenicero junto al material de trabajo, y, mientras aspiraba con fuerza de la boquilla, se puso a pensar. «¡Qué coincidencia tan extraña!», exclamó, al poco, en voz baja.

Además de un bigote canoso manchado de los alquitranes contenidos en los cigarrillos que fumaba desde los veintiún años, el viejo Clotet conservaba un refinado olfato, cuya ubicación exacta no era (como pudiera pensarse algo precipitadamente) las profundidades del voluminoso apéndice rugoso y

morado que había sobre el bigote, sino las cisuras de su córtex cerebral. Olfato llamaban sus antiguos compañeros a la intuición de Clotet, aunque Clotet rechazaba de plano que le considerasen poseedor de ningún don especial; si acaso era capaz de admitir, pero en lo más recóndito de su ser y nunca ante terceros, cierta sensibilidad para «interpretar» las coincidencias que guardaban hechos aparentemente remotos, y una muy odiosa (para él mismo) inclinación a experimentar malos pálpitos, a los que se refería usando comúnmente la muletilla «me da mala espina… esto o lo otro», pues su verbo, aunque correcto, no era tan cultivado como para incluir sofisticadas palabras como presagio, premonición u otras parecidas.

Fuese olfato, intuición o simplemente oficio, es decir, la experiencia de veintiséis años y medio como miembro de la guardia civil, lo que acababa de ver y oír Clotet, tuvo un efecto contundente en su cerebro, según su siguiente reacción, que fue la de venirle a la memoria una muy especial etapa de su vida, en tanto que su digestión se iba definitivamente al carajo, estancada en un océano de flatulencias que pugnaban por escapar, sin conseguirlo del todo, a través de la chimenea del esófago.

La involuntaria insalivación que inundó la boca de Clotet, era el primer síntoma de que aquello no tenía visos de arreglarse por las buenas. La frente se le cubrió enseguida de un sudor frío. Era evidente que gran parte de la culpa la tenía aquel cigarrillo encendido. Clotet no pudo evitar mirarlo con odio e, indignado por su humeante indiferencia, lo aplastó en el acto rabiosamente contra la base tiznada del cenicero. Luego alargó la mano hacia la esquina derecha de la mesa, donde ésta se unía con la pared desconchada, y alcanzó los envases de Aeroflat y Almax Forte. Masticar un par de pastillas y beber un sobre solía bastarle. En cuestión de minutos, podría concentrarse de nuevo en sus pensamientos.

Clotet se sentía un privilegiado cuando tomaba sus remedios, un privilegiado de los tiempos, por haber nacido en pleno siglo XX. No quería ni imaginarse qué hubiese sido de él, de sus digestiones, de sus ardores y jaquecas, de haber visto la luz un par de siglos antes. El alivio que sentía al recordar la neumonía que le tuvo dos días en la UCI, a la edad de 45 años, era difícil de explicar. Apenas cincuenta años atrás le hubiese supuesto una muerte segura.

Tales reflexiones levantaron su ánimo.

A la par de las primeras regurgitaciones aéreas, la memoria de Lorenzo

Clotet concluyó de hacer balance de aquellos meses.

Y es que a finales de 1998, justo veinte meses antes de pasar a la reserva activa, se había ocupado de investigar la desaparición en Torre del Mar de un niño llamado David. Clotet acababa ahora de cumplir sesenta y dos años, y aunque ya comenzaba a tener algunos problemas para recordar las instrucciones que le daba el médico acerca de las dosis de sus medicinas, ninguno de los hechos importantes que habían acontecido en su vida mientras mandaba la dotación de guardias del Cuartel de Vélez Málaga, se había borrado o siquiera difuminado en su mente.

El niño nunca había aparecido. La tesis oficial fue que se había ahogado en el mar, pues, alrededor de un mes después de vérsele por última vez al caer la tarde en un hosco y ventoso día de finales de noviembre, se encontró en la playa de Torre del Mar la sudadera y uno de los zapatos que llevaba el día de su desaparición. Tres años más tarde, cuando Clotet había pasado ya a la reserva, le dieron oficiosamente por muerto y archivaron de facto la investigación.

En su fuero interno, Clotet desaprobaba que se hubiese adoptado semejante decisión con indicios tan endebles, pero como lo que él opinase ya no pintaba nada, se lo guardó para sí. Ya alejado de la institución armada, ejerciendo como técnico en electrónica en su taller recién inaugurado de Torre del Mar, trató durante cierto tiempo de hacer lo único que podía: permanecer atento, observar, prestar oídos a los comentarios, a las posibles indiscreciones. Pasados unos meses se fue olvidando del asunto. Puede que en el fondo también él terminara por aceptar que el niño estaba muerto. Pero no aquella teoría. La hipótesis oficial de que el niño se había ahogado y de que su cuerpo podría haber sido devorado en alta mar por las pintarrojas, muy abundantes en la zona, no le convenció nunca. El mar estaba muy picado aquella tarde, y el agua muy fría. ¿Qué podía haber empujado a un muchacho de catorce años a zambullirse en una noche de otoño y con el mar en ese estado? La suposición fue que David se había aventurado por uno de los extremos del puerto deportivo La Caleta, había resbalado y caído al agua. Pero sus amigos negaron que alguna vez hubiese hecho algo parecido. Fuera de los meses de verano solían reunirse en el parque de Torre del Mar y si hacía mal día, iban a guarecerse al pabellón deportivo o a las cocheras de una fábrica que había sido cerrada unos años antes, donde a menudo organizaban botellones y podían fumarse unos cuantos canutos sin que nadie les molestase. A Clotet,

todos los críos le contaron la misma historia, sin contradicciones: al despedirse, la tarde anterior, David había quedado en volverse a encontrar con ellos en el parque sobre la misma hora de siempre —las cinco y media—, pero no había acudido, cosa que no extrañó a ninguno pues ocurría a menudo que faltase gente del grupo. Muchas veces debían echarles una mano a sus padres en diversas tareas.

Al quinto día de su desaparición, dos de los críos de la pandilla acudieron voluntariamente a declarar, acompañados de sus padres. Confesaron a Clotet que habían tenido «problemas» con un vagabundo, al que se conocía en las calles por El Lengua (por mostrar a todo el mundo una lengua gigantesca y sonrosada, que apenas le cabía en la boca), cuya costumbre por aquel entonces era la de ir de vez en cuando a la fábrica vieja a refugiarse para apurar el par de cartones de vino que se sacaba de andar mendigando de un lado para otro. El Lengua, a la sazón antiguo inquilino del hospital psiquiátrico de Málaga, parecía haberse establecido temporalmente en Torre del Mar. Aunque en esta localidad no se le consideraba conflictivo ni peligroso, los críos aseguraron que, a veces, se ponía como loco, que le salía espuma por la boca y ponía los ojos en blanco, y que les amenazaba con atravesarlos con una navaja que llevaba escondida en el pantalón. Llegado a ese punto, se palmeaba violentamente el bolsillo, pero sin llegar a esgrimirla. En realidad, reconocieron ambos, nunca les había mostrado el arma de la que presumía. Pese a negarlo en un principio, habían terminado por admitir, a preguntas de Clotet, que a la pandilla le gustaba incordiar un poco al vagabundo, y que era David quien capitaneaba habitualmente las burlas, motivo por el que El Lengua parecía sentir una mayor inquina hacia él que hacia el resto. Clotet mandó buscar al vagabundo y estuvo interrogándole durante un buen rato… Aún podía recordar que, cuando lo trajeron al cuartel, iba vestido con un grueso y sucísimo abrigo de lana en tonos grises, cuyo tejido hacía un dibujo de espiguilla; que unas apelmazadas greñas canosas le asomaban bajo una gorra azul con propaganda de una constructora, y que tenía restos no identificados en los colgajos de barba desparramados por su mandíbula. Por desgracia, Clotet también rememoraba contra su voluntad, con aquellos recuerdos, las oleadas nauseabundas que, a cada ínfimo movimiento de El Lengua, invadían su nariz.

La foto del niño no causó ningún efecto en el vagabundo, que se mostró tranquilo y lúcido. No sabía nada del menor, ni le había visto el día en que

desapareció..., aunque él no era capaz de decir en qué día vivía…; pero la última vez que había visto a la caterva de chavales indeseables que se metían en la fábrica vieja a reírse de su persona fue mucho tiempo atrás… No sabía bien cuánto… (El Lengua se encogía constantemente de hombros) ¿Un mes… veinte días? Los críos habían contado lo mismo a Clotet.

Éste exigió saber a continuación si era verdad que llevaba encima una navaja con la que había amenazado a los muchachos y, por toda respuesta, El Lengua se sacó de uno de los bolsillos del abrigo una pequeña navaja con mango nacarado. Clotet la examinó y se la devolvió, después de que el vagabundo le preguntase si es que él no tenía derecho a portar una «herramienta» destinada a trocear la comida que se llevaba a la boca.

De manera que, después de una hora de repetirle las mismas preguntas, El Lengua había resistido sin desmoronarse, a diferencia de los estómagos de Clotet y los dos guardias que estaban presentes, uno de los cuales tuvo que salir a vomitar al exterior antes de que se decidiese que no había motivo alguno para retenerle.

A David Vicente Cuesta, todo el mundo en su barrio le conocía por el apodo de Tete, y así se le llamaba también en casa. Vivía casi en las afueras, en uno de los últimos bloques de viviendas de protección oficial que se desperdigaban por la carretera de acceso a Vélez Málaga, un hogar problemático donde escaseaba a menudo el dinero. Su padre, pescador de profesión y empleado ocasional de una cofradía que se había ido a pique recientemente, llevaba más de un año en paro cuando ocurrió el suceso. Bebía y había peleas entre ellos, aunque la madre de Tete no quería admitir ni remotamente la posibilidad de que su hijo se hubiese marchado de casa harto de aquel ambiente. Ella relató a Clotet que el lunes veintiocho todo había sido como en otros días, la rutina de siempre, que no le había visto raro o preocupado; y que lo único diferente, si lo pensaba bien, fue que su hijo parecía haberse pasado la noche soñando con perros, porque aquella mañana el crío se había levantado diciéndoles que muchos de sus amigos tenían un perrito y que él no quería ser menos; que a lo mejor se traía uno a casa, si se lo regalaban. «Estaba como una moto»; de pronto, Clotet recordaba las palabras textuales que había empleado su madre. Se había puesto tan terco, le insistió ella, que la cosa acabó a gritos. Pensaron que se había encaprichado con el perro de algún amigo o conocido y que se le pasaría en unos días. Pero como ellos se opusieron con firmeza, entre otras razones porque en la vivienda

no cabía ya ni un alfiler, todo acabó en una violenta discusión. Sin embargo, David no mencionó ya el asunto al volver a mediodía del colegio; aunque le notaron disgustado, parecía que se había calmado, de modo que sus padres supusieron que podrían pasar página teniendo la precaución de no sacarlo a relucir de nuevo. Luego, al no regresar, se arrepintieron de habérselo callado. Se sentían responsables por ello. La madre temía haberlo enfadado tanto que hubiese podido hacer «una tontería» por su culpa. Pero no una locura. No, repetían sin descanso: su niño no era capaz de quitarse la vida. Los padres acabaron por resignarse a la idea de que Tete se había caído al mar.

Clotet volvió a hablar con todos sus amigos. Ninguno pudo asegurar de dónde le había venido la idea del perro; no les había hablado de ello. Lo único que se les ocurría era que quizá un cachorrillo de color canela, al que habían visto por el parque algunas veces, tuviese algo que ver con la repentina obcecación de Tete. Una de las crías del grupo, cuyo nombre hacía tiempo que había olvidado Clotet, le dijo entonces que vio varias veces cómo se separaba del resto para acariciarlo y que parecían congeniar; que el perro venía algunos días, que llevaba un collar y que no sabían quién era su dueño, pero que estaba segura de que no lo habían abandonado, porque obedecía a un silbato que escuchaban a intervalos.

Después de saberse aquello, se intentó localizar al cachorro y a su dueño pero nadie le volvió a ver. Durante semanas, Clotet dispuso que se hicieran rondas diarias; se habló con los quiosqueros, vendedores ambulantes y con toda la gente que solía frecuentar el parque, sin poder obtener una descripción. Según su criterio, la pista merecía ser investigada, aunque en su fuero interno considerase del todo improbable que hubiese un trasfondo crucial en ella; que, en definitiva, tuviese algo que ver con la desaparición de Tete.

Pasados unos meses, la investigación se fue desinflando ante el peso de la evidencia que supuso el hallazgo de los enseres del crío y la ausencia de nuevos indicios. Clotet iba convenciéndose de que estaban estancados y que a partir de entonces lo único que podían hacer era esperar a que apareciese… vivo o muerto. Su jubilación, además, era inminente. Tenía la cabeza puesta más en ella que en cualquier otra cosa.

27

Clotet terminó de desmontar la carcasa del vídeo, en cuanto hubo desalojado de su estómago buena parte de la bolsa de gas y percibido que la pesadez que embadurnaba de sudor su frente se diluía casi por completo. Siguiendo su particular protocolo, primero examinó los cabezales, que parecían en buen estado. Luego comprobó la fuente de alimentación. Después de asegurarse de que era su mal funcionamiento lo que hacía fallar al aparato, consultó en una carpeta de anillas con las hojas plastificadas el precio de la pieza, hizo unas anotaciones a bolígrafo en una hoja en blanco; las sumó y descolgó el teléfono, marcando el número que había en el papelito, pegado con cinta fixo a la carcasa.

—…

—Soy Lorenzo, el del taller de electrónica. Le llamo para darle el presupuesto del vídeo… —una pausa breve— El arreglo cuesta setenta euros.

—…

Clotet se entretuvo en explicar los detalles de la reparación, incluido el coste de la mano de obra. Finalmente propuso:

—Dígamelo pronto, si le interesa. Para meterme con él cuanto antes.

—…

—Vale. Adiós. Adiós—. Clotet se despidió. Y colgó el teléfono juzgando como poco probable que se autorizase la reparación. La costumbre le había proporcionado habilidades para predecir el comportamiento de los clientes. Pocas veces se equivocaba. La dueña del vídeo le parecía del tipo de personas que aparentan iniciativa y esconden indecisión. Se daría por satisfecho si pudiese cobrar los diez euros del presupuesto.

Se quedó mirando unos instantes el teléfono. Pensaba en Pablo González y en las casualidades. Clotet no creía en las casualidades; no como la mayoría de la gente, por lo menos: él no pensaba que fuesen todas hijas del azar.

Los años debían de haberle cambiado, porque ahora huía de cualquier cosa que fuese capaz de enturbiar su tranquilidad. Una vaga sensación de infortunio le daba vueltas sobre la boca del estómago, como si una voz interior se estuviese lamentando de haber prestado oídos a la noticia, y por más que hiciese esa voz por acallarle la conciencia, susurrándole que se olvidase de todo, que no se complicase la vida, otra voz, superpuesta con aquella, le

recordaba incesantemente su obligación de actuar.

Entonces se dio cuenta de que no podía ser sino el «azar» el responsable de que hubiese tenido conocimiento de las coincidencias que afectaban a ambas desapariciones, pues él, el escéptico Clotet, únicamente conectaba el televisor a esas horas para ver los documentales de vida salvaje de La Dos, y que sólo una pérdida de señal en la cadena le había conducido hasta la madre de Pablo. Sintió una extraña sacudida por dentro, como un brevísimo escalofrío. ¿Era o no era una casualidad?

Como aún estaba bastante enfadado con su paquete de tabaco y no se sentía con ánimos para hacer las paces, extrajo a tientas un cigarrillo, sin dignarse a mirarlo, y se lo llevó a los labios suponiendo que, igual que en tantas otras ocasiones, tarde o temprano volvería a perdonarlo. Qué estúpido era al concederle una nueva oportunidad, pensaba Clotet, con una bocanada de ácido en la boca y el humo de la calada sobrenadándolo. Pero… bueno, se clarificaban tantas cosas al aspirarlo… David buscando su perrito, Pablo en pos del suyo. Y ambos perdidos… ¿para siempre? Recordaba entretanto las imágenes de los gigantescos cocodrilos africanos acechando el paso de las manadas de ñus, emboscados en la turbiedad del río. Confundidos en el color verdoso del agua.

Como inmensas e inofensivas madejas de algas que caían de improviso sobre los confiados ñus.

Después de pensárselo durante un largo minuto, sin dejar de mirar mientras tanto, con ojos extraviados por las dudas, el deslustrado y sucio teléfono de primitivo color marfil, Clotet se decidió por fin a llamar a Manuel Soria.

28

—¿Quién eres tú, eres Concha?—preguntó de sopetón Clotet, al oír una voz femenina contestando la llamada.

Oriundo de Alicante, Clotet había conservado su acento intacto pese a los treinta y un años que llevaba residiendo en Andalucía. Un acento inconfundible que no olvidaban los que le habían conocido.

—Yo soy Celia, la hija.

En realidad, Clotet no sabía por qué había dicho eso. Evidentemente no podía ser la voz de Concha. Le había parecido la de una persona joven. Pero no se le había ocurrido pensar en Celia porque no se acordaba de ella... Era curioso y a la vez decepcionante que le fuese tan difícil retener ciertos detalles del pasado.

—¿Está tu padre?

—No está… ¿De parte de quién?

—De Lorenzo, un amigo suyo… A lo mejor ya no te acuerdas de mí —supuso Clotet.

Celia debía de tener unos veintiséis años. No la había visto desde hacía seis años, por lo menos, el tiempo que llevaba sin tener contactos de ningún tipo con su padre.

—Claro que me acuerdo —aseguró ella—. ¿Cómo está usted?

—Bien. No me puedo quejar. Dime: ¿a qué hora volverá tu padre?

Al otro lado de la línea se oían niños gritando.

—Mi padre está en el hospital. Lleva un mes ingresado.

—¡Vaya por Dios! —profirió Clotet. Luego, confundido y preocupado a la vez, balbució: — ¿Cómo… cómo está?

—Regularcillo —explicó Celia con voz lastimera.

Se hizo un silencio. Clotet no se atrevía a preguntar por la dolencia del enfermo. Después de unos pocos segundos de no saber qué decir, repitió con voz queda:

—Vaya por Dios, vaya por Dios… No tenía ni idea…

—Ahora está un poco mejor —aclaró Celia, para alivio de Clotet—. La cosa va muy lenta. Tuvieron que operarle hace dos semanas otra vez.

—Vaya; menos mal —dijo éste—. ¿En qué hospital está?

—En Carlos Haya.

—Pues tengo que ir a verle… Claro, claro —dijo como para sí, Clotet—. ¿Se le puede visitar, no?—preguntó precavidamente, con el súbito temor de que la enfermedad de Manolo le hubiese afectado el raciocinio o —peor aún —, de que le tuviese en la inconsciencia.

—Claro —dijo, resuelta, Celia—. Se pone muy contento cuando van a verle sus amigos.

Clotet se sentía avergonzado. Conseguir la información que pretendía, era más importante para él que la salud de su amigo.

Y eso era enormemente injusto, pues Manuel Soria, presidente de Atlántida, asociación fundada para ayudar en la búsqueda de personas desaparecidas, era una de las mejores personas que Clotet había conocido nunca: cordial sin ser obsequioso, servicial, que no servil, amabilísimo, bondadoso en suma; se le tomaba afecto nada más conocerle. Inmediatamente se fraguó una gran amistad entre ambos. Luego, a causa de la distancia, perdieron poco a poco el contacto.

Era imperdonable que llevasen cinco años sin verse, meditaba Clotet, dándose cuenta de que no había hecho una amistad realmente duradera en toda su vida.

La idea de la asociación había partido de uno de los compañeros de Soria en Intelhorce. Corría el año 1983. Una tarde de domingo de mediados de noviembre, María Victoria Ballesteros Rubio, la hija de diecisiete años de uno de los operarios de la fábrica textil, se había esfumado en el trayecto entre su casa, en la calle José Bisso, cerca de su desembocadura en la Avenida de Velázquez (a la que todos en Málaga conocen por Carretera de Cádiz), y la casa de una de sus mejores amigas, que vivía a unos dos kilómetros de allí, en las cercanías del cementerio de San Rafael, en la barriada del mismo nombre, frente a varias naves que albergaban concesionarios de marcas de automoción y carpinterías, principalmente.

La familia estaba desesperada. A la muchacha parecía habérsela tragado la tierra. Nadie la había visto aquella tarde de invierno: ni montada en uno de los autobuses que podían haberla dejado en las inmediaciones de su destino, ni caminando a través del acceso más corto entre ambos puntos, que suponía salvar las vías del tren por el puente, bordeando los enormes depósitos de CAMPSA.

Como había salido de casa sin dinero ni ninguna otra pertenencia, salvo una bolsa con discos, la hipótesis de una marcha voluntaria perdió fuerza

inmediatamente y quedó relegada a un segundo plano. El ambiente y las relaciones familiares, además, parecían normales y adecuados, aun con la existencia de ciertos apuros económicos, reconocidos por los padres de la muchacha, que negaron con rotundidad, sin embargo, que hubiesen podido alterar el ánimo de ésta. Nada en su conducta, aseguraron, hacía presagiar que podría irse de casa. Se pensó que podía haber sido secuestrada, pero era altamente improbable que el móvil fuese el dinero, a menos que el captor o captores se hubiesen confundido de víctima.

La plantilla de Intelhorce al completo se movilizó. Hicieron una colecta; sembraron la ciudad de carteles; organizaron concentraciones ante el ayuntamiento y convocaron una manifestación que recorrió las principales calles del centro y tuvo un seguimiento multitudinario.

La presión sobre los investigadores, tal y como se pretendía, se incrementó, pero ninguna de aquellas iniciativas sirvió para encontrarla. Pasó un año y seguían sin la menor pista de lo que hubiese podido ocurrirle.

Como era de esperar, la desaparición de Maria Victoria dejó de ser actualidad en un par de meses, aproximadamente el tiempo en el que los diarios dejaron de publicar reseñas, pese a que, intermitentemente, representantes de la plantilla de trabajadores de la fábrica, se unían a la familia y seguían protagonizando concentraciones ante al ayuntamiento. Por primera vez (ésa era la sensación que tenían todos en general), se palpaba una gran rebeldía frente al hecho de que el caso de María Victoria pudiese caer, como tantos otros, en un definitivo e injusto olvido.

Entonces, para evitar que esto sucediera, a uno de los miembros más activos del comité creado para canalizar el movimiento de ayuda, se le ocurrió aprovechar la experiencia reunida en los meses precedentes y propuso al resto fundar una asociación para apoyar a los familiares de personas desaparecidas y ayudarles en la búsqueda, especialmente cuando ésta hubiera de prolongarse más allá del tiempo en que la investigación se estancaba primero y paralizaba más tarde ante la ausencia de resultados. Les proporcionarían asesoramiento legal y publicidad gestionada por firmas y empresas comprometidas con la «causa», que prestarían su patrocinio para mantener «vivo» el caso, incluso indefinidamente, si ése era el deseo de la familia. La acogida fue entusiasta. Le pusieron el nombre de Atlántida y unos años después se transformó en una ONG, para aprovechar las ventajas fiscales que tal condición le proporcionaba.

Cuando en 1990 Manuel Soria se convirtió en el presidente de Atlántida, la asociación recibió un impulso de grandes proporciones. Existía en aquella etapa cierta desilusión y malestar entre algunos de sus miembros por los derroteros que había tomado en los últimos años. La rebelión del grupo capitaneado por Soria, obligó a la junta de gobierno a convocar elecciones, llegándose a éstas —tras un periodo ciertamente convulso, en el que ambas facciones amenazaron con acudir a los juzgados— con una candidatura de consenso en la que Soria consiguió imponer su criterio sobre el «cambio de dirección» que se necesitaba para salvar la asociación y entonces Atlántida pasó de ser meramente un local con teléfono donde solían reunirse a librar tertulias políticas y futbolísticas, a convertirse en un auténtico centro de información, con el más completo de los registros «no oficiales» de personas desaparecidas, a nivel nacional.

Clotet había conocido a Soria en el año 1999. Un periodista que cubría el caso de David Vicente, puso en contacto a los padres con Atlántida. Soria había viajado de Málaga a Torre del Mar en multitud de ocasiones, entre diciembre de 1998 y mayo de 1999. Por aquel entonces ya había obtenido la jubilación de su puesto administrativo en la fábrica.

—Ahora precisamente me iba al hospital —comentó Celia—. ¿Quiere que le dé el teléfono de la habitación?... Puede llamarle si quiere.

—Sí, mujer, dámelo.

Clotet anotó el teléfono e hizo inmediatamente planes, después de despedirse de Celia.

Cuando, minutos más tarde, recibió la llamada de la propietaria del grabador de video, autorizando el arreglo, su mente se encontraba en un lugar muy distante del taller, y apenas pudo prestar atención a lo que decía. Su brevísima conversación con Soria, cuya voz, quebrada y frágil, no invitaba demasiado al optimismo, había erosionado su ánimo. Tanto que el aire comenzó a acumulársele de nuevo en la barriga y el sudor a perlar otra vez su frente. Las palabras de aquella madre, además, se le habían clavado en el cerebro. «Quería tener un perro»—repitió Clotet varias veces seguidas, apenas despegando los labios. Aquellas palabras… No podía quitárselas de la cabeza, al igual que el recuerdo de los meses de investigación en Torre del Mar. Especialmente le venía al pensamiento la cara de David, con los rizos castaños desparramados por la frente, los ojos saltarines, y una sonrisa pícara en la que se insinuaban dos paletas blancas ligeramente separadas. Había

tenido en sus manos varias fotos, e incluso había podido visionar un par de videos caseros en los que aparecía, pero sólo aquella foto, hecha para el álbum de comunión, donde asomaban sobre los hombros las tiras negras y doradas del traje de oficial de marina, plasmaba la única imagen que había conservado de él. La de un niño de rostro agraciado, extrovertido aunque de difícil carácter, cuyo rastro se había perdido abrupta e inexplicablemente una tarde ventosa y gris, para ingresar al poco en una fría estadística. Tanto más injusta su pérdida, cuanta más alegría irradiaba la carita de la foto, cavilaba en aquel entonces. Era tan doloroso no haber podido hacer nada, le decía una voz interior a Clotet cada vez que se acordaba del hecho. Y eso que él no era capaz de entender en su verdadera dimensión la pérdida de un hijo. Pero, por intentarlo a menudo, tenía vívidas las arrugas de angustia que habían quedado en la frente de la madre de David, y aún más nítidos en su memoria los ojos hundidos en las cuencas de su padre, cuyas escuálidas piernas apenas llenaban una cuarta parte del pantalón del chándal que se ponía a diario.

Clotet tenía de repente la sensación de que todo aquel recuerdo no le había abandonado un solo instante desde entonces.

Trató de pensar qué tenían en común los dos niños, aparte del *incidente*… Diferente edad, probablemente distinta clase social, junto a una educación con toda probabilidad más esmerada en Pablo… Sin embargo, sí había similitudes en lo físico; no en los rasgos en sí mismos, sino en el atractivo de ambos rostros. ¡Eran niños guapos! En esencia, se parecían únicamente en eso.

Con la constatación de semejante evidencia, la turbación que le había causado ver y sobre todo oír a la madre de Pablo González, no hizo sino crecer y afianzársele dentro.

Pese a todo ello, media hora más tarde había concluido de reparar el aparato.

29

Olía a casa sin ventilar, a madera vieja y a fregona empapada en hiposulfito. También el olor algo acre de las colillas que atestaban los ceniceros se había posado en los tapizados y pinturas, y hasta en las maderas, pero las pituitarias de Bernal no podían percibirlo. El comedor estaba amueblado con una gran vitrina-librería de aspecto achocolatado, una mesa ovalada que parecía haber sido puesta con el único fin de decorar la habitación, y seis sillas con un vulgar tapizado en tejido sintético que brillaba en la penumbra. El sofá tenía cinco cojines de terciopelo en fondo morado y con dibujo geométrico. Dora estaba recostada en una de las esquinas.

Después de almorzar en un restaurante del centro de la capital, Bernal se había sentido por fin con valor suficiente para emprender el viaje a Coín. Salió a las cuatro y cuarto.

El taxista había tenido ciertos problemas para encontrar la dirección. Bernal no recordaba el nombre de la calle y muy vagamente la zona de acceso desde la Plaza del Ayuntamiento, que era a través de una calle estrecha, en cuesta y situada a la izquierda, según se llegaba. La casa de comidas que regentaba Dora debía de haber cesado en su actividad mucho tiempo atrás porque a dos viandantes a los que preguntó el taxista no les sonaba de nada el nombre de El Descanso.

—Habla con ella, Luis —le dijo Fuensanta a quemarropa antes de franquearle la entrada—. Le vendrá bien.

Bernal asintió levemente con la cabeza y la besó en las mejillas perfumadas de jabón Magno. Se sentía insignificante a su lado. La corpulencia de aquella mujer le había causado siempre una especie de admiración, que él mismo no acertaba a explicarse. Suponía que se debía a su complejo de bajito. En la siguiente fracción de segundo se preguntó por qué pensaba Fuensanta que iba a venirle bien a su hermana que él, precisamente él, la visitase. Bernal odiaba las frases hechas. ¿Qué sentido tenía que la visita de alguien vinculado a la niñez de Lita y a una frustrada relación amorosa con su madre viniese a poner bálsamo en aquella herida tan profunda? Quizá todo lo contrario. Él no tenía ningún remedio para el dolor de Dora, ni llevaba consigo ninguna esperanza concreta de hacer justicia. Lo único que podía ofrecerle eran promesas. Naturalmente que haría uso de toda su influencia para que no dejasen el caso

en un cajón. Con el tiempo, una cosa así podría ocurrir perfectamente. Cuando ya no fuese actualidad, las hojas del expediente comenzarían a acumular polvo. Era frustrante pensarlo pero él también había sentido alivio a veces manchándose los dedos de ese polvo menudo, casi imperceptible, que había convertido en pasado tantas muertes injustas para las que no se podían encontrar respuestas. La opinión pública no era consciente del número de crímenes que nunca se aclaraban. Había una creencia muy extendida de que al final siempre se atrapaba al culpable. Bueno…; estaban profundamente equivocados. Cuántos se escabullían. Cuántos. No porque fuesen demasiado inteligentes. Y eso era lo peor. Las Brigadas de Homicidios contaban con los mejores agentes, los más capaces, aunque fuese inevitable que se les colase de vez en cuando algún incompetente. La razón de tanta impunidad no era la negligencia de la policía, era el azar, esa suerte que suelen tener los hijos de puta. Claro que la tenían, sí, tanta o más que las personas decentes. Dios era quién fallaba. Bueno, tal vez no eran tantos los que escapaban, aunque a él siempre le habían parecido demasiados. Quizá porque era muy exigente. Le avergonzaba pensar que lo que ahora no estaba dispuesto a consentir, hubiese sido una válvula de escape en tiempos. Ahora se daba perfecta cuenta de lo egoísta que había podido llegar a ser. Era una sensación parecida a la que tuvo cuando advirtió que las barreras generacionales que le separaban de sus padres le habían impedido entender que, al tiempo que sus esperanzas en el futuro se multiplicaban, iban esfumándose las de ellos. Se avergonzó luego de haberles ignorado, de haber obviado esos temores que se callaban para seguir viviendo, como hacen los enfermos de cáncer. Sí que prometería a Dora tomarse lo sucedido igual que si hubiesen matado a una de sus hijas. Dora lo entendería: sabía lo que sienten un padre o una madre por sus hijos. Pero eran sólo promesas. ¿Cómo iban a aliviarla? Fuensanta hablaba por hablar, se dijo. Ningún augurio indicaba que su presencia allí pudiese arrancar otra cosa que dolorosos recuerdos a Dora. No había ningún augurio, sencillamente. Mal tenían que andar las cosas para que Fuensanta se agarrase a ese clavo ardiendo.

Con el rabillo del ojo escudriñó el interior de la vivienda y luego encaró un instante la imponente figura que tenía ante sí. Llevaba unos vaqueros que se ajustaban a sus muslos enormes sin producir una sola arruga. Era sólo doce años menor que Dora, aunque hubiese podido pasar por hija suya. Había cambiado, claro, pero infinitamente menos que su hermana mayor. Fuensanta

seguía derrochando la misma vitalidad de entonces en su corpachón, a medias masculino. Ya desde muy niña se había comportado como un varón, apartándose voluntariamente de las otras crías. Lo que a Fuensanta le apasionaba era el fútbol, no la comba y los estúpidos corros donde el único ejercicio que se practicaba era los cuchicheos y las risas. Fuensanta acabó por convertirse en la verdadera jefa de la banda de pequeños salvajes que más estragos habían causado en las cristaleras de las casas de la Parte Alta, aunque renunció a capitanear el equipo de fútbol cadete, dejándole los galones al Grillo, por lo que pudiesen decir. Pero todos los demás críos la habrían seguido sin rechistar si se lo hubiese propuesto. Se había ganado su respeto sobradamente, porque ella no se había echado a llorar como las otras niñas, cuando les tiraban del pelo. Ella les había hecho frente. Devolviendo cada patada y cada guantazo. A Omar le tuvieron que dar puntos en la frente. En poco tiempo dejaron de provocarla con las habituales burlas a las que sometían a las otras niñas de su edad. Nadie se atrevía. El Feli, llegó incluso a defenderla ante los demás. Ella hizo el resto: tenía madera de líder. Bernal tuvo la sensación de que aún conservaba toda la energía de la niñez; sus movimientos, nada pausados y carentes de medida, eran los de un jovenzuelo que quisiera impresionar a las niñas que le observaban. Sin embargo, cualquiera era capaz de detectar detrás de aquella máscara un corazón sensible. Fuensanta le había dispensado a Lita el cariño de una madre ansiosa por no dejar escapar la oportunidad de dar rienda suelta a sus instintos, sabedora de que el destino no le depararía jamás una maternidad natural. Lita había sido el ojito derecho de su tía. La predilección de aquella mujerona por la niña despierta y zalamera que era Lita entonces, había sido uno de los recuerdos que el paso del tiempo no le había robado a Bernal, que ahora miraba a Fuensanta, viéndose a sí mismo reflejado en aquellos ojos eternamente asombrados que tenían estampados un círculo de sufrimiento a su alrededor, como la quemadura que deja un hierro candente. Los ojos de Fuensanta debían de haber llegado a sangrar de tanto dolor como asomaba por entre los párpados hinchados.

Un suspiro entrecortado rebotó por las paredes del comedor.

30

La neblina, anillada sobre todo el valle del Guadalhorce, se había disipado casi por completo en las inmediaciones de Coín. El letrero que había sobre la puerta del local cerrado decía que el bar que conoció había sido sustituido por una tienda de material informático. Bernal dedujo que lo habían alquilado. No se imaginaba a Dora ni a su hermana llevando el nuevo negocio.

Bernal sintió que se le encogía el corazón y que casi no podía respirar. En los últimos trece años había afrontado las incesantes presiones de un puesto de responsabilidad; se había fajado a diario con individuos que eran expertos en examinar la capacidad y diligencia de funcionarios teóricamente muy cualificados, para detectar sus puntos débiles. Nada de aquellas exigencias le había amilanado tanto como ver, allí, derrotado para siempre, el espectro de una mujer que una vez le insufló una confusa mezcolanza de deseo y ternura, hasta entonces completamente desconocida para él.

Se quitó el abrigo. Fuensanta se lo arrebató de las manos y se fue con él hacia el interior de la casa.

—Hola, Luis —balbució Dora con los ojos entrecerrados.

Bernal se quedó parado frente a ella, luchando por desembarazarse del influjo de aquella atmósfera depresiva. Una indecisión que no sabía bien de dónde venía y que le mantenía inmovilizado, casi paralizado, le impidió responder durante unos segundos. Tampoco se atrevió a sentarse. ¿De qué tenía miedo?, se preguntó mientras susurraba casi sin aliento:

—Hola.

—Cuántos años… para volver a verte así —sollozó Dora.

Una minúscula lágrima humedeció la mejilla izquierda de Bernal. Instintivamente se la secó con uno de sus nudillos.

—Nunca pude imaginármelo…

—Me gustaría pensar que no tuvo tiempo de darse cuenta… —sollozó Dora — de que se moría.

Bernal balbució:

—…Oh, no, no… Fue muy rápido.

Ella dejó escapar una sonrisa sarcástica y amarga a la vez. La sonrisa más amarga que pueda imaginarse nadie.

Bernal quiso acudir en auxilio de Dora, quiso sentarse junto a ella y cogerle

las manos, confortarla. Todo en su interior estaba en estado de agitación, todo era confuso y, sin embargo, por extraño que le pareciese, sentía por encima de todas las demás cosas el profundo anhelo de conocer lo que había sido de Dora durante todos esos años, los años en los que se había olvidado completamente de ella y de Natalia. De no haber sido absolutamente impropio en tales circunstancias, le habría hecho algunas preguntas al respecto, rumió Bernal en sus adentros. Aunque con ello condenase al fracaso el verdadero propósito de su regreso. Tal era la voraz curiosidad que se había apoderado de él, una curiosidad del todo inesperada, que no lograba entender. Qué incómodo se sentía con todos aquellos pensamientos dando vueltas en su cabeza.

—¿Quién iba a esperar esto?—dijo Bernal en voz muy baja, sentándose por fin en el sofá, pero a cierta distancia de Dora, casi en la esquina opuesta.

Fuensanta reapareció en la habitación. Sin decir nada, cogió una de las feas sillas de comedor y se sentó frente a ambos.

Su mirada era severa y triste a un tiempo.

—Vino a Coín ese fin de semana… Estuvo con nosotras, Luis, hasta unas horas antes de…—se detuvo, con la voz ya quebrada y el rostro crispado por el dolor—. ¿Van a cogerle?—preguntó a continuación, con aquella voz tonante de estibador que Bernal llevaba sin escuchar veinticinco años.

Qué rápido, sin embargo, había pasado todo ese tiempo.

Luis Bernal asintió con la cabeza.

—Vienes a ayudar —auguró Fuensanta—. Te conozco, Luis.

—Ojalá pudiese —aseguró Bernal después de suspirar y como disculpándose—. De verdad.

Un pequeño hilo de voz se precipitó fuera de la garganta de Dora:

—¿Qué estás diciendo?

—Van a resolverlo rápidamente, ya veréis —dijo Bernal con mirada esquiva.

—¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Esperar?

—No depende de mí, Dora. Aquí no mando nada.

—¿Pero tú sabes lo que han hecho con mi niña?—exclamó, ahora con rabia, Dora, llorando a lágrima viva.

—Sí. Tranquilízate, por favor.

—Me voy a tranquilizar… —musitó ella, echando el cuerpo hacia delante.

—Dora… esto es muy duro…

—¿A qué vienes aquí? ¡Déjame!—le apartó Dora con un gesto.

Fuensanta no aprobaba que Dora se comportase de ese modo con Bernal, aunque en cierta medida comprendiese su resentimiento. Se leía en sus ojos.

—Yo no quiero molestarte —susurró Bernal buscando con la mirada la aprobación de la hermana de Dora.

Dora no respondió. Por cómo movía los labios, parecía estar rezando.

—Sabes lo que era Lita para mí —prosiguió tímidamente Bernal, bajando la cabeza.

—Claro —respondió Dora en tono de desprecio.

Los músculos faciales de Bernal se tensaron simultáneamente. De improviso una gran determinación fulgía en sus ojos azules

—Olvida un momento todo lo pasado —dijo—. Sí, Dora, ya sé lo que me vas a decir. Pero intenta pensar… centrarte en lo único verdaderamente importante, en lo que nos une; no en lo que nos separó. Hay que cogerle, ¿sabes?, y eso nos dará fuerza a ambos para dejar de lado los reproches—. Dora le clavó un instante la mirada—… Seamos completamente sinceros: porque no quiero que saques una idea equivocada de mi presencia aquí. Sé que no me van a dejar meter baza… Aunque yo te juro por la memoria de Lita que me voy a echar encima de la policía de Málaga…

—Calla, Luis, por favor —le interrumpió Dora.

—No, mujer, déjale que hable —intervino con voz firme Fuensanta.

Dora no replicó. Volvió a reclinar la cabeza en el sofá y sus ojos se hundieron en el vacío del techo manchado de nicotina. La pausa que vino a continuación se le hizo muy incómoda a Luis que, sin embargo, se sentía incapaz de articular palabra.

—Te voy a preparar un café —anunció Fuensanta. Y abandonó la habitación, con estrépito, con aquellos andares que hacían retemblar el suelo y desplazaban un inmenso volumen de aire, que levantaba las hojas de papel sin rozarlas.

De pronto le había venido a la memoria que Luis bebía café a todas horas.

El teléfono sonó fuerte, a espaldas de Bernal. Una vez, dos… hasta veintitrés tonos, hasta que se agotó la llamada. Se entretuvo en contarlos. Y volvió a sentir la tentación de contestar, aquella tentación que, a diferencia de la llamada, nunca acababa de agotarse del todo dentro de él. Le resultaba difícil de soportar aquel sonido perdiéndose entre la indiferencia. Se imaginaba que al otro lado de la línea podría haber alguien necesitado de

ayuda, alguien enfermo, como su madre el último año de tormento que le proporcionó la vida. Alguien a quien rescatar de la muerte.

—Dora… —balbució Bernal, con la mirada baja. Por primera vez desde que supo la noticia estaba a punto de echarse a llorar: la demolición irreversible que había sufrido el espíritu de Dora acababa de sacar a flote la ternura que le había inspirado la niña. Era como si la estuviese viendo en ese instante reencarnada en su madre—. Tienes… tienes que sobreponerte a cualquier sentimiento… Bueno, imagino que no soy el más indicado para pedirte eso—. Dora seguía con los ojos fijos en el techo, como si no le escuchase—. Pero tenía que venir —prosiguió Bernal—, tenía que estar aquí en estos momentos. Tienes que entenderlo. Por ella…

Bernal no se había atrevido a decir que era también por Dora, porque no le hubiese creído, y quizá su resquemor hubiese levantado un muro imposible de franquear. Pero era cierto. Tenía una deuda pendiente.

Dora sólo movía los labios. Había algo en ella, quizá en la forma de entrelazar los dedos, que daba pistas a Bernal de que su actitud comenzaba a cambiar. Tenía que aprovechar el momento.

—Escúchame —se inclinó ligeramente hacia ella—. Yo conozco los resortes. Eso quiere decir que a mí no pueden engañarme. No pueden darme largas… porque… porque sabré al instante si han abandonado, ¿te das cuenta? Eso es importante, Dora, es muy importante. Si la policía de aquí entiende que no voy a darles tregua, se esforzarán mucho más de lo que lo harían si únicamente fueses tú la persona a la que tuviesen que rendir cuentas… Es… es algo psicológico. Intentarán quitárselo de encima cuanto antes. Para estar tranquilos. Tengo un puesto con cierto peso en Europol y ellos lo saben. No les interesa tenerme descontento.

—No me queda nada, Luis. Nada —ahora Dora le miraba, las profundas y negruzcas ojeras clavándosele como púas de erizo —. Ni siquiera odio.

El teléfono sonó nuevamente, pero esta vez Bernal escuchó la voz de Fuensanta después de interrumpirse la llamada hacia el quinto tono.

—Me gustaría hacerte unas preguntas.

—¿Para qué?

—Tienes que hablarme de Lita. De sus amigos, de su relación, de su trabajo. Lo que sepas que me pueda ayudar.

Fuensanta regresó con una bandeja. El olor a café inundó la habitación.

—No me escuchas —dijo Dora con desmayo.

—Te he escuchado perfectamente. Esa sensación se te pasará.

—¡Qué sabes tú!

—Dorita, hija —dijo Fuensanta con cara compungida. Luego miró a Bernal sin cambiar un ápice el gesto y explicó: —Estamos cansadas, Luis. Los periodistas no dejan de molestar. Llaman a todas horas… quieren venir a la casa y… ¡no sabemos qué hacer! Ni Dora ni yo sabemos qué será mejor…

Bernal vertió el líquido oscuro de la jarra en la taza de porcelana, casi hasta el mismo borde. Posteriormente añadió dos cucharaditas de azúcar y removió con sumo cuidado el contenido, siguiendo la dirección de las agujas del reloj. Para él, edulcorar el café era parecido a cortar el jamón: sólo se podía apreciar el sabor si se procedía de la forma correcta al prepararlo.

Pero el café de Fuensanta era demasiado claro para su gusto.

—En eso no puedo aconsejaros —dijo después de dar un sorbo—. Pero si por mí fuera, les cerraríais las puertas a cal y canto. Entrar en esa rueda es peligroso.

Dora volvió a sollozar. Luego sacó un pañuelo del bolsillo de la rebeca y se sonó ruidosamente.

—Lita se fue a vivir a Málaga hace nueve años. La veía muy poco.

—Venía una vez al mes, más o menos —precisó Fuensanta.

—Miguel me ha dicho que vivía con su novio —comentó Bernal.

Dora cabeceó con disgusto.

—Es lo que se estila ahora.

Bernal titubeó: sabía por Miguel que estaba pisando terreno escabroso. ¿Y si lo estropeaba? ¿Y si mencionar a Álvaro hacía que Dora volviese a su anterior cerrazón? Decidió enfocar el asunto aproximándose lo más posible al punto de vista de ella, cuya naturaleza no le era difícil de adivinar.

—¿Les iba mal?

Ella dejó escapar una sonrisa que no era más que amargura contenida durante demasiado tiempo.

—No tenían futuro. Él es un vividor —dijo con desprecio.

Bernal se reclinó en el sofá. Por el tono de Dora, supo inmediatamente que madre e hija habían tenido grandes diferencias a cuenta de Álvaro.

—A lo mejor ella no pensaba lo mismo —sugirió quedamente Bernal.

—No estoy con ánimos para discutir. Lita… —se le quebró la voz— no quería verlo. Era como si tuviese una venda en los ojos. Yo no me fío de él.

Fuensanta torció el gesto.

—Ya está, Dora, ya está —dijo sublevada—. No empieces otra vez.

Dora se revolvió.

—¿De qué le conoces tú para defenderlo siempre como le defiendes?

—Álvaro no es tan malo, Dora. Es que te ciegas, y eso no puede ser.

—¿Tú crees que le importaba algo *mi* niña? Sólo le importa él. ¿O es que ya no te acuerdas de lo que le hizo en su cumpleaños?

—Haces que parezca que pudo ser él. No es justo, Dorita.

—Al parecer, ya lo han investigado para descartarlo —terció Bernal—. Creen que no tiene nada que ver.

—Es capaz, muy capaz —insistió Dora.

Fuensanta negó con la cabeza. Tenía las mejillas sofocadas de indignación.

—Me gustaría hablar un rato con tu hermana —dijo Bernal mirando a Fuensanta.

Aquella enormidad de mujer se dio la vuelta sin rechistar y desapareció por el corredor de la casa.

31

Lo que a trompicones pudo entresacar Bernal de los siguientes diez minutos que pasó a solas con Dora fue en esencia que Álvaro había constituido una completa decepción para ella. Las razones, las verdaderas razones, sólo las conocía Dora, puesto que el correlato de las conductas aparentemente inadecuadas o reprobables del novio de Lita, no era sino meras justificaciones a la inquina que Dora le profesaba. Bernal conocía muy bien esa clase de actitud y sabía, por consiguiente, que aquellas acusaciones —fuesen o no ciertas— no eran en sí mismas las responsables del mal concepto que tenía de Álvaro. Dora se sentía obligada a presentar a Álvaro como un monstruo, desde el mismo instante en que decidió que había sido una pésima elección de su hija. Lita y él se habían conocido en el concesionario y sólo un mes después de comenzar a salir decidieron irse a vivir juntos. De común acuerdo (Dora tenía sus dudas acerca de ello; sospechaba que la idea había sido de él y que había terminado por imponer su criterio con la excusa de favorecer a Natalia, que tenía un sueldo más alto), optaron por crear un fondo común, con el que pagaban no sólo el alquiler sino los gastos corrientes y la manutención de ambos. Pero en ese apartado llegaron los primeros problemas. Álvaro era poco amigo de comer en casa; le gustaban los buenos restaurantes, aunque otros días se conformaba con picotear en cualquier bar o tomarse un sándwich al salir del trabajo o del gimnasio, mientras que Lita, cada vez más obsesionada con su peso, odiaba la comida rápida y se las apañaba la mayoría de los días con un par de ensaladas y una docena de piquitos. Naturalmente, el fondo, de algo menos de mil trescientos euros, se evaporaba antes de llegar el veinte de cada mes. Álvaro, además, se resistía a dejar de frecuentar su círculo de amigos (lo que hacía demasiado a menudo, tres veces en semana como poco), todos ellos solteros, donde Lita no era bienvenida. En descargo de Álvaro, Dora admitía que su hija le había insistido más de una vez en que ésa fue una de las condiciones que le puso él desde el principio y que ella aceptó suponiendo que con el tiempo Álvaro se acostumbraría a la vida familiar e iría cambiando de costumbres, sin necesidad de darle a entender que debían ser restringidas sus antiguas libertades de hombre independiente. Ingenuamente, ella pensaba que al renunciar a su estilo de vida anterior convencería a Álvaro de que a él también le había llegado la hora de ir

desanudando los lazos con su propio mundo. Pero se equivocaba. Pasaban los meses y Álvaro no mostraba ninguna señal de entender el significado de la vida en común, de las mínimas renuncias que suponía el hecho de compartir la vida con otra persona.

En agosto de ese mismo año, durante la fiesta de cumpleaños de Lita, se había producido una discusión más grave de lo habitual. Álvaro la puso en evidencia delante del grupo de amigos que se habían unido a la celebración y ella salió disparada hacia Coín, prometiendo no volver a su lado. Una semana después, Álvaro fue a buscarla a casa de Dora y consiguió convencerla de que volviese. Esta vez fue Dora la que se interpuso y discutió a gritos con el novio de su hija, pero Lita, en lugar de apoyar a su madre, le dijo fríamente que no se metiese por medio, que era ella quien tenía que tomar las decisiones sobre sus propios asuntos y que su intromisión sólo tenía el efecto de avergonzarla. Dora sufrió la humillación más grande de toda su vida. Lita quizá no se había dado cuenta del desprecio que hacía a su madre con aquellas palabras, porque la antipatía que Dora sentía hacia Álvaro era correspondida por éste. Dora soñaba con que la relación se rompiese del todo en aquella oportunidad, había echado el resto por conseguirlo, y lo que encontraba a cambio era que, como pago, su hija se le ponía en contra ¡delante de Álvaro! El mes siguiente se sintió hundida por completo. Lita no la llamó ni una sola vez, aunque era tal su desengaño que había decidido no cogerle el teléfono. Como en ocasiones anteriores, fue Fuensanta quien medió entre ambas. Además de congeniar con Álvaro, Fuensanta era la confidente preferida de Lita en asuntos que nunca hubiese compartido con su madre. Cuando menos, Dora sospechaba que Fuensanta guardaba secretos de su hija. Aquello le causaba un gran resquemor y, al morir Lita, experimentó una terrible sensación de vacío, no sólo por su pérdida, sino también por no haber sido capaz de romper el muro de desconfianza que las había separado en vida de ella, por tener conciencia de que, a pesar de que era su madre, la conocía menos de lo que la conocía Fuensanta.

Bernal se despidió con la promesa de llamarla pronto. Haría cuanto estuviese en su mano por ayudarla.

Dora no tuvo nada que decir de aquella promesa de Bernal. Su mirada seguía perdida en la pared.

—¿Te vas ya?—le espetó Fuensanta en el recibidor de la casa.

Bernal asintió con una mueca de tristeza.

Ella se volvió por donde había venido y al instante apareció con el abrigo de él sobre su antebrazo izquierdo.

—¿Vendrás otro día?—le preguntó al dárselo.

—Puede —dijo, lacónico, Bernal.

Acercándole los labios al oído, Fuensanta le cuchicheó:

—No le hagas caso a Dora con Álvaro. —Y le hizo un gesto de que la siguiera hasta la calle.

Las sombras de la noche comenzaban a tapizar las casas. La acera, a ese lado de la calle, estaba muy mal iluminada.

En el exterior, Fuensanta comenzó a contarle una historia muy diferente a la de Dora. Álvaro tenía aristas en su carácter porque había sufrido mucho durante su infancia y adolescencia, pero era buena persona y además su cariño por Lita era sincero y no oportunista, como creía Dora. «¿A que no te ha contado Dorita que Álvaro perdió a su único hermano?», dijo Fuensanta, frunciendo el ceño. Bernal negó con la cabeza, haciéndole entender que estaba dispuesto a escucharla. «No le interesa hablar del tema, pero a mí, sí»… «Pues tienes que saberlo —prosiguió ella, brazos en jarra, después de una breve pausa, hecha probablemente para ordenar sus recuerdos—: Álvaro tenía un hermano esquizofrénico, tres años menor que él, al que cuidó durante siete años. Juanito tuvo los primeros síntomas con catorce años. Lo expulsaron del colegio cuando se empezó a poner violento. Tuvo que quedarse en casa a cargo de su familia. Y su familia era Álvaro, ¿sabes? No podía contar con nadie más ¿Te imaginas lo que eso supone para un niño de diecisiete años? Porque Álvaro era huérfano de padre cuando su hermano enfermó, y su madre no estaba hecha para aquella desgracia. Ella se encerraba con llave en una habitación cuando los platos y las sillas comenzaban a volar; se encerraba llorando, pidiéndole a Dios que se lo llevara con él si no estaba dispuesto a curarle. Siempre era Álvaro quien llamaba a emergencias y quien lo sujetaba mientras venían a ponerle los sedantes. A veces tenía que echar mano de la policía para reducirlo…»

Bernal la interrumpió en ese punto. Era demasiado melodramático y rocambolesco lo que estaba oyendo, como las autobiografías inventadas por los truhanes embaucadores.

—¿Ha sido Álvaro quien te lo ha contado?

—No —negó, molesta, Fuensanta—. Ya veo que no te fías… Pues no, hijo, todo eso lo sé por su madre. Nos hemos hecho amigas. Ella lo tiene en un

pedestal; dice que no hubiera podido tirar de la vida si no fuera por Álvaro.

Bernal se encogió de hombros, mientras extendía hacia afuera las palmas de sus manos, como disculpándose.

—Tengo que saberlo —dijo.

—No tiene importancia. No te preocupes. Es normal que no te fíes después de escuchar a Dora.

Fuensanta retomó entonces *su* versión (que no era sólo la versión de la madre de Álvaro, sino, en cierta forma, la imagen indulgente que, de él, se había esculpido ella misma), ahora con cierta vehemencia, como si quisiese rebatir con cada una de sus palabras las que, momentos antes, hubiese podido verter su hermana en su contra. De ese modo, Bernal pudo saber que cuando el hermano de Álvaro cumplió dieciocho años, viendo insostenible ya la situación en casa, decidieron probar con un programa de «readaptación social», puesto en marcha por las unidades de Salud Mental. Se trataba de realojar en pisos alquilados a los enfermos que tuviesen, a juicio de los psiquiatras, posibilidades de llevar una vida más o menos normal. Se les proporcionaba trabajo en talleres ocupacionales y se les hacía un seguimiento estrecho, con visitas de apoyo. Le llevaron al menos en cinco ocasiones (la madre ya no recordaba con exactitud cuántas fueron las veces), pero ninguno de aquellos intentos fructificó en nada positivo porque siempre volvía a casa peor de lo que se había ido. El pobre muchacho le contaba a su hermano, deshecho en lágrimas, que ni dormía ni descansaba un solo momento mientras sus compañeros de piso estaban con él. El menos grave de ellos, con el que compartía habitación, se levantaba de madrugada, se arrodillaba sobre el colchón y se ponía a hablarle a la pared con palabras ininteligibles. De los demás no se atrevía a hablar siquiera. Aunque nunca habían intentado agredirle, él les tenía auténtico pánico. Lo que más les apenaba a Álvaro y a su madre era que Juan, consciente de la naturaleza de su enfermedad, reflexionaba con amargura en los momentos de lucidez sobre el futuro que se abría ante él. Nunca se casaría, nunca tendría un trabajo estable, nunca, en fin, tendría control sobre su vida. Incluso al volver a casa, después de cada una de aquellas experiencias fallidas, Juan se daba cuenta de que los amigos con los que únicamente podía relacionarse eran jóvenes con déficit intelectual. En todos los lugares se sentía fuera de sitio. Comenzó a asegurarles que no soportaba vivir así y que se quitaría de en medio.

Hasta que un día, ya con veintiún años cumplidos y hasta las cejas de

pastillas, cumplió su amenaza y se arrojó por el balcón del piso que habitaban, situado en una quinta planta. Horas antes de hacerlo, les había dicho que se sentía como un mueble que cada uno pone en el sitio que quiere. Desde entonces, Álvaro no pudo quitarse de dentro un profundo sentimiento de culpa. Se reprochaba continuamente el no haber estado a su lado. Repetía que no debió haber salido aquella mañana, que tenía que haberse dado cuenta de lo que tramaba. Aunque aquella forma de ver lo sucedido resultaba absurda, entre otras razones porque él estaba junto a Juan siempre que podía y cuando no lo estaba era a causa de su trabajo, ni su madre, ni más tarde el médico, pudieron disuadirle. El duelo se prolongó durante dos años. No era la misma persona; se volvió taciturno y perdió el interés por relacionarse con los demás. No salía a la calle, se encerraba con el ordenador siempre que estaba en casa. Se quedó sin su empleo en la inmobiliaria. Y si pudo remontar fue gracias a que conoció a Natalia.

—Álvaro ha perdido tanto como nosotras —concluyó, a punto de llorar, Fuensanta.

Bernal la miraba, escéptico.

—Pero, ¿y las peleas que tuvieron? —preguntó, con voz suave—. Dora dice que discutían a menudo.

Fuensanta se había sonado la nariz, mirando de reojo hacia la ventana que filtraba la luz del comedor. Pensaba en Dora, en cómo se tomaría que estuviese allí, con Luisito, *defendiendo* a Álvaro de su odio absurdo. Dora lo sabía. Cobijada bajo toda aquella tristeza de la noche de invierno, de la soledad de la calle y de ellas mismas, del regreso de Luis y la ausencia de Lita, Fuensanta no dejaba de decirse que lo mínimo que podía hacer era devolverle a Álvaro lo que su hermana trataba de quitarle cada vez que se mencionaba su nombre. ¿Cómo iba a consentir que Luis se llevase una idea equivocada del muchacho? Al final, Dorita le perdonaría su tozudez. Las hermanas se lo perdonan todo.

—¿Crees que Lita no tenía también sus cosas?

—Supongo —admitió Bernal.

—No era perfecta. Ni Álvaro tampoco, claro.

—Ya. Pero tu hermana lo ve como un irresponsable, un egoísta, alguien a quien sólo le importa él mismo. Lita le abandonó durante un tiempo…

Fuensanta se sublevó ligeramente, apresurándose a puntualizar:

—Discutieron, sí. ¿Y qué? Lita tenía mucho temperamento. A veces, por

cualquier tontería se subía por las paredes.

—Las relaciones de pareja son diferentes a las familiares —repuso prudentemente Bernal—. Te lo digo por propia experiencia.

Por primera vez Fuensanta mostraba cierta impaciencia.

—Te lo repito, Luis: Álvaro es buena persona. Que no te confunda la obsesión que tiene Dorita con él… Y además, ¿de qué estamos hablando? El muchacho no tiene nada que ver; ni siquiera estaba en Málaga aquella noche. Está completamente hecho polvo, ¿lo entiendes? No me parece justo escarbar en su vida privada, sacar a relucir ahora que discutían. ¿Para qué?

Bernal se ajustó el cuello del abrigo. La noche era melancólicamente húmeda y fría. El rocío perlaba los techos de los automóviles bajo una luz artificial, blanca y tímida como el velo de las novias.

—Tienes razón.

Bernal la besó, estirándose con disimulo para alcanzar sus mejillas. Luego se dio la vuelta y caminó calle abajo.

32

Hacía unos tres meses que Luis Bernal pensaba constantemente en la muerte. Tres largos meses en los que no podía desprenderse ni por un instante de su angustiosa omnipresencia. Cualquier imagen o concepto o hecho con los que se diese de bruces, cualquier cosa, por banal y cotidiana que fuese, se veía involuntariamente relacionada con la cruda evidencia de su propia caducidad, como ser vivo que era. Si miraba una casa cuyo diseño le atraía, sólo era capaz de pensar en que él *moriría* antes que la casa, que, absurdamente, la casa que alguien con sus «mismas limitaciones» había levantado de la nada, le sobreviviría, un milenio quizá. Que él se convertiría en un montón de huesos deshilachados y en carne descompuesta oculta bajo tierra, sin ojos, sin oídos, sin respiración, mientras la casa seguía alta y magnífica, bañada por el cálido sol del verano y vestida en invierno con el ropaje blanco de la nieve. Con la *vida* que hubiese podido tener aún él, de no ser tan frágil y tan finito. Incluso la mayoría de las casas sombrías y tristes tendrían mejor destino que él, discurría desesperanzado y al tiempo con una pizca de asombro. Porque si algo asombraba a Bernal era la inconsciencia general que regía las vidas de quienes estaban llamados a desaparecer en apenas un suspiro de los tiempos, y que se afanaban, contra toda razón, en darle a sus proyectos y a las cosas la

eternidad que a ellos mismos les había sido negada.

Igual le ocurría al sostener en su mano el encendedor de gas Dunhill en oro de dieciocho quilates, que le habían regalado los compañeros en su despedida del Ministerio. A su muerte, incluso si estuviese perdido en el fondo de un río, aquel encendedor seguiría brillando dispuesto a recuperar cualquier día toda la vitalidad de antaño.

Tan intensa era la fijación que se había apoderado de su pensamiento que a veces se imaginaba estar muerto y que era su espíritu el que veía la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Entonces, elucubrando sobre tal suposición, se esforzaba en recordar el instante de su tránsito a la otra vida… ¿durante el sueño, al cruzar las vías del tren, embestido por un trailer? Quizá la gente viese en algunas ocasiones a Bernal palpándose su propio cuerpo para cerciorarse de que era aún de carne y hueso.

El cambio que se había operado en Bernal se inició durante el funeral de Moore, frente al céreo rostro de su amigo inmóvil. Moore se había ido sin avisar, a los treinta y cinco años, fulminado por un infarto mientras practicaba jogging. Era el hombre más saludable que había conocido nunca. El tipo de persona que aparece en los anuncios de venta de productos *sanos y naturales*. Jamás se le hubiese pasado por la imaginación que él, veinte años mayor, le sobreviviría, y mucho menos que la vida de Moore acabaría de aquella manera absurda. Cuando le dieron la noticia, se le descompuso el cuerpo y tuvo náuseas. No le había ocurrido nada parecido desde la investigación del caso de La Escombrera.

Nada tenía que ver, pues, el asesinato de Lita en su reciente obsesión.

Fuensanta se había ofrecido a llevarle hasta la parada de taxi de la plaza, pero él prefería darse un paseo. ¿Acaso le reclamaba con urgencia algún tipo de compromiso?

Se detuvo y encendió un cigarrillo. Le dolía la rodilla derecha de la maldita humedad de Málaga. De un tiempo a esa parte, era rara la articulación que no le había crujido o dolido, quizá para recordarle que se había iniciado la cuesta abajo.

La odiosa humedad del valle del Guadalhorce era lo único que realmente le disgustaba de la ciudad, convino para sí, mientras reemprendía el paso.

Sin darse cuenta miró hacia atrás, con un regusto desagradable en la boca, como si hubiese dejado algo a medias en aquella casa, como si no hubiese podido culminar un sencillo proyecto. Mientras se alejaba, se le hacía más

patente la inutilidad de su proceder. Ir de un lado a otro, tratando de buscar ubicación a su deseo. Pero no la encontraba. En ningún lugar: ni junto a Dora, ni en la Brigada, ni siquiera en el pensamiento de sus hijas. ¿Qué pintaba él en todo aquello? Se sentía como la pieza que un mecánico torpe o inexperto intentara encajar sin conseguirlo en el engranaje equivocado. Se sentía desvencijado por dentro, completamente roto.

Se consoló pensando que se trataba de una sensación pasajera. Pronto se esfumaría, barrida por nuevos alicientes. Estaba seguro de que aparecerían. Siempre lo hacían.

¿Con qué idea quedarse?, reflexionaba, pese a todo, Bernal ¿Con la del Álvaro, abnegado, modélico, del hogar materno, o con ese otro dibujado por Dora?

El alumbrado público mejoraba a medida que se acercaba a la zona comercial. De pronto sintió la necesidad de hablar con sus hijas. Extrajo el móvil del bolsillo y casi a tientas buscó el número de Adriana en la agenda. No contestaba. Bernal odiaba los teléfonos sin respuesta. Luz respondió a la primera.

—Papá, ¿desde dónde llamas?

Bernal volvió a caminar, ahora más despacio, como si pasease.

—Desde Málaga. ¿Cómo estáis, tú y Adriana?—dijo con toda intención, poniendo como siempre sumo cuidado en obviar a la madre de sus hijas—. ¿Y Curro?

Luz hablaba desde un lugar ruidoso, con voces y un runrún de fondo, que Bernal, en su hábito de analizar las cosas, imaginó que sería algún medio de transporte público: un tren de cercanías o un autobús de línea.

—Bien, papá, todos bien. ¿Y tú?—gritó Luz.

—Muy bien. Luz, escucha: quisiera que vosotras y Curro pasaseis un día de estas navidades conmigo.

—Yo no puedo ir a Málaga —se precipitó a decir con sequedad Luz—. Y seguro que Adri tampoco puede.

Bernal sintió una punzada en el pecho. Dejó de caminar y se puso a idear alternativas.

—Espera que te explique. Yo había pensado en ir a Madrid, recogeros a la hora de almorzar, llevaros a un buen restaurante y luego que fuésemos al cine o donde os apeteciese.

Luz dilató la respuesta unos segundos, como si estuviese considerando la

oferta. Luego dijo:

—Es que no sé, papá. ¿Qué día?... Es que a lo mejor a Adri no le va bien, y Curro está hecho un imbécil. ¡Oh, éste sí que está en la edad del pavo!—exclamó con súbito enfado.

—A mí me hubiera gustado que fuese en uno de los días señalados. Podría ser el de Año Nuevo, por ejemplo —dijo Bernal, con dulzura, tratando de ser persuasivo.

—En Año Nuevo es imposible. Ya he quedado. Vamos a ir a Segovia a comer.

El ruido que rodeaba a la voz de Luz había desaparecido. Ahora había otro ruido en la cabeza de Bernal.

—A mí me da igual, con tal de echar el día con vosotros. ¿Qué te parece el 29 que es sábado? Bueno, o el 28.

—Tienes que hablarlo con Adriana, papá. Llámala, a ver que te dice ella.

—Pero Luz, hija, poneos de acuerdo vosotras, y así será más fácil. Ya te he dicho que a mí me viene bien cualquier día. Luego os llamo, ¿vale?

—Papá, no me agobies.

Bernal estaba apenado, pero trató de no manifestarlo.

—Mujer, ¿eso es agobiarte…?

—Es que no te puedo dar seguridad y tú me insistes y me insistes. Estoy saliendo, papá; tengo que aprovechar las vacaciones.

—Me parece perfecto, hija. Comprende que no os veo desde hace un año. ¿Y recuerdas cómo fue?... Allí, en el aeropuerto, aprisa y corriendo, pendiente todo el rato del embarque…—dijo Bernal irritándose por momentos—. Me gustaría esta vez hacerlo de otra manera, poder disfrutar de verdad de estar con vosotros…

No hubo respuesta de Luz; a lo sumo, una respiración impaciente.

—Solamente para daros un beso no voy a ir a Madrid, hija —concluyó Bernal.

—Mira, haz lo que quieras, pero tú quieres que te dé seguridad y yo seguridad no pudo darte —declaró Luz.

Era la madre quien estaba detrás de la actitud de Luz; lo sabía tan cierto, como que iba a resultar inútil seguir «cortejando» el instinto paternal de su hija. A Bernal le hubiese gustado en ese instante explayarse con Aurora. Qué difícil era contener la indignación, pensaba. Podía percibir con nitidez la mala influencia que ejercía en Luz y Adriana. Aurora no era nada rígida con sus

hijos; más bien condescendiente. Y en aquel ambiente permisivo era más fácil colar de cuando en cuando una puya aquí, una insidia allá, sobre el padre ausente, el que les había «abandonado» por puro egoísmo. Sí, podía imaginarse los tejemanejes de Aurora. Pero hacía más de nueve años que se había impuesto a sí mismo hacer como si no existiese. Era la cosa que más le dolía a ella.

—No te preocupes —dijo con un nudo en la garganta—. No te preocupes.

—¿Hasta cuándo estás en España?...—preguntó Luz en tono de intentar arreglar las cosas—. ¿Cuándo vuelves a La Haya? Es que a lo mejor en vísperas de Reyes es menos complicado.

—Pensaba volverme el dos o el tres de enero. Pero ya te he dicho que no te preocupes, hija. Ya os llamaré más adelante. Un beso muy fuerte.

Y colgó.

Había varios taxis en la parada de la plaza. Escogió un Xantia y le dio la dirección del hotel.

Durante el viaje de regreso hizo un esfuerzo por dejar la mente en blanco, siquiera durante cinco minutos.

Era inútil.

Llegó al Tryp hacia las nueve menos cuarto. Cerca de la puerta de entrada al hotel había una mujer joven, de espaldas. Se fijó en ella: su cuerpo bien moldeado, con expresivas curvas, estaba embutido en una ropa ajustada. Tuvo un extraño pensamiento que le llevó a imaginar la figura de una estilizada ánfora fenicia.

Nada más entrar, Bernal tomó del mostrador de recepción el diario Sur y pidió un güisqui en la cafetería. Luego, desde la habitación, hizo varias llamadas a agencias de sexo, hasta dar con lo que deseaba. Mediante las fotos que fue recibiendo en la pantalla de su móvil, se decidió por dos jóvenes rubias, un poco entradas en carnes, que cumplían con los «requisitos» necesarios para lo que había estado pensando. Ninguna de las dos estaba en torno a la veintena de años, como prometían en la agencia; más bien les calculaba entre veinticinco y veintiocho, pero sus rostros no tenían el descaro de las profesionales baqueteadas que tan bien conocía. Eran dos rostros corrientes, agradables, incluso algo candorosos, de putas circunstanciales. Justo lo que él quería, aunque supiese que aquello probablemente no era más que un disfraz. Les pagó 300 euros, después de decirles lo que deseaba de ellas.

Consiguió una tercera erección cuando se hubieron marchado. Pero fue incapaz de eyacular una tercera vez; ni siquiera pudo alcanzar el orgasmo. Se aseguró de que intercambiasen fluidos, y ¡vaya si los intercambiaron! Ni en Ámsterdam había conseguido una clase de entusiasmo tan «realista». No toleraba que le tomasen el pelo. Para él, era esencial que la lengua de una mujer se empapase completamente del sabor de la otra, recorriéndolo todo. ¿Cómo iban a fingir una cosa así? Todavía tenía el rostro bañado del olor de ambas, y suponía que ellas se habían llevado también el olor suyo en sus bocas… Bueno, se había cerciorado bien de que así hubiese sido.

Mientras se acariciaba el pene, pensaba en su derrota y en su victoria. Como un hecho inexorable, su vida parecía deslizarse a veces hacia un abismo, igual que si fuera una bola en movimiento que pasase ante la jaula de cristal donde se hallaba. Pero otras veces, como ahora mismo, él lograba parar su endiablada inercia negativa, y entonces, en el remanso de una hora de ensoñación y poder, el orden volvía a ser restablecido.

33

A la mañana siguiente Bernal se levantó de la cama como si fuese un hombre nuevo. La hora de sexo había tenido el efecto de que todo él retornase a una especie de punto de partida, igual que un ordenador que hubiese sido reseteado.

Estaba listo para funcionar.

Antes de quedarse dormido la noche anterior, había sufrido una breve tiritona. Luego le había invadido una sensación de bienestar como no recordaba haber tenido desde que era un niño.

Nuevos proyectos se habían apoderado de su pensamiento nada más despertar. Hizo una llamada a recepción y, en diez minutos, tuvo un desayuno al estilo anglosajón encima de la mesita escritorio. Entre tanto, estuvo considerando los términos de su solicitud y, cuando se hubo hecho en la cabeza un boceto más o menos definido, abrió su portátil. En el *email*, le informaba a Peter Lundbeck, su superior en la División, de su intención de prorrogar hasta tres meses el permiso de diez días que le había sido concedido. Más de la mitad de esos noventa días debería disfrutarlos como permiso sin sueldo; el resto contabilizarían como vacaciones reglamentarias. Aunque Bernal sabía que su solicitud no respetaba los plazos establecidos y era, por tanto, irregular, le rogaba encarecidamente a Lundbeck que hiciese una excepción, por las graves razones familiares que le habían conducido hasta Málaga. La esperanza de Bernal en arreglarlo era grande; otras veces se habían concedido permisos que no se atenían a las normas, y además, su relación con Lundbeck era buena. Se trataba de una persona razonable.

Fue matando el tiempo fumándose un camel tras otro, y en poco más de una hora la respuesta de su jefe en la División estaba en su portátil.

Satisfecho, Bernal se deshizo del resto de preocupaciones que se habían alimentado de su anterior incertidumbre y enumeró mentalmente el orden de los pasos que iba a dar a partir de esa misma mañana: iría hasta el concesionario para conocer a Álvaro y tratar de hacerse una idea de la clase de persona que era en realidad; luego llamaría a Castillo. Tenía que hablar con él, verle a ser posible. A lo largo del día, trataría además de contactar con su vieja amiga, Esther Monroy… Sí, le dejaría un recado en la agencia.

Media hora más tarde, salió del hotel. Se sentía eufórico.

El taxi le dejó en la entrada de la gasolinera, a cincuenta metros del concesionario. Era un edificio descomunal, de una sola planta, con gigantescas cristaleras en la fachada. El rótulo luminoso que cubría con sus enormes caracteres la mitad central de la fachada superior, rezaba: «TESA MOTOR» Había al menos una docena de vehículos expuestos: BMW, Maserati, Jaguar… Bernal no se fijó en el resto de marcas representadas.

Cada una de las mesas destinadas a los comerciales tenía un pequeño letrero rectangular con su nombre grabado. A excepción de los dos vendedores, la exposición se encontraba desierta.

Tenía el pelo relativamente corto, con un peinado a la última, los cabellos de punta, abrillantados y fijados en pequeños haces. Álvaro Jiménez Cano conservaba los rasgos de una edad muy anterior a la que debía de ser la suya verdadera, y sus ademanes eran los de un relaciones públicas que no ha tenido otra escuela que la de la calle y que se ha visto urgido por la necesidad de despuntar en medio de la mediocridad.

Acababa de juzgarle, de hacerle la radiografía. Carecía de clase. Su refinamiento era como una máscara mal ajustada, como el tinte que se dan los maricones cuando envejecen. Chillón, hiriente, patético. Álvaro era un macarrilla que había tenido la vista de abandonar su estrato social, sin dejar de pertenecer a él. De repente, Bernal se sentía decepcionado con Lita.

Las credenciales de Bernal le habían puesto en alerta. Antes, se le había acercado como un cliente cualquiera, haciéndole creer que estaba interesado en un BMW deportivo.

—¿No me van a dejar tranquilo? ¡Ya he declarado cuatro veces!—exclamó Álvaro, con cierta pose de resignada desesperación. ¡Cuatro veces en siete días!—repitió como para sí.

Bernal le explicó quién era y la relación que le había unido a Natalia.

—¿Dora no te ha hablado de mí?—le dijo buscando su reacción.

Pero el muchacho no se inmutó. Ni el más mínimo gesto de desagrado, rechazo o antipatía hacia aquel nombre. Se limitó a negar con la cabeza.

Con la astucia de su veteranía, Bernal puso en práctica una de las argucias que mejores resultados le había proporcionado hasta la fecha en entrevistar a gente poco receptiva o con una actitud imprevisible: le avisó inmediatamente de que no estaba obligado a contarle nada, ni siquiera a hablar con él.

Por supuesto, Álvaro aceptó colaborar encantado, aunque a su manera.

—Vamos, ¡a quién se le cuente esto! Es una completa locura —dijo, con

cara de circunstancias —. Hace ocho días que han matado a Lita… Y… no tengo más remedio que estar aquí, ¿me ve?…como si mi vida siguiera siendo la misma. Pero ya no es la misma —se le desencajó el rostro—. Mire, yo podría…—hubo una pausa, en la que pareció dudar entre seguir hablando o callar—. Pero ¿para qué?

—Es injusto, ya lo sé —proclamó Bernal tratando de aparentar indignación —. ¿Qué me vas a decir a mí? La burocracia siempre es inoportuna y áspera; es cruel, carece de sentimientos; no entiende de compasión.

—¿No sería yo el que tendría que preguntarles a ustedes? Tendrían que mantenerme informado y no hacerme tantas preguntas, una y otra vez. Yo soy el principal perjudicado.

Una pareja joven entró en la exposición y comenzó a merodear los vehículos. Álvaro le pidió a su compañero que se ocupara de atenderles.

—Sería lo lógico —admitió Bernal, y sacó el paquete de tabaco, ofreciendo a Álvaro.

—No puede fumar aquí —señaló éste, amablemente.

—Perdón, no me había acordado —se disculpó Bernal guardándose al mismo tiempo la cajetilla—. Decía antes que sería lo lógico, pero por desgracia una investigación por homicidio tiene que ocuparse del entorno de la víctima.

Álvaro prosiguió examinando en voz alta *su* desgracia:

—Vuelvo de pasármelo bien durante un par de días, de intentar quitarme de la cabeza las preocupaciones del trabajo y lo que me encuentro es que mi vida ha dado un vuelco. Y no sé ni quién es el responsable ni por qué… ¡Es que no tengo ni idea!

—¿Tenía miedo de algo Lita? ¿La notabas cambiada últimamente, preocupada…, como si estuviese ausente?

Álvaro se encogió de hombros, negando fatigadamente con la cabeza. Resultaba evidente que aquella pregunta se la habían formulado antes, probablemente más de una vez.

Bernal insistió:

—¿Crees que podrían haberla amenazado sin que tú lo supieses?

—No, qué va. Seguro que me lo habría dicho.

—Entonces… tú dirías que iban bien las cosas —sugirió Bernal.

Casi imperceptiblemente, pareció que Álvaro se ponía en guardia.

—¿Con relación a qué?—preguntó con sequedad.

—Me refiero a su ánimo.

—Estaba contenta, aunque algunos días la presión del trabajo hacía que se irritase.

—Es decir, que tú dirías que era *feliz*.

—Sí. Bastante feliz. Bueno… como se puede ser de feliz en los tiempos que corren.

—Nadie está siempre contento. Por lo menos, nadie de la edad de Natalia.

—¿Ah no? ¿Por qué no…?—Álvaro aparentaba estar desorientado respecto de la verdadera intención de aquellas palabras—. ¿Por qué dice que no se puede estar contento a la edad de Natalia?

—Se puede a veces, pero no siempre. Es por la responsabilidad, ¿sabes? Si no puedes controlarla totalmente, a ratos la responsabilidad te destroza por dentro, no te deja disfrutar de las cosas buenas de la vida. ¿No lo has experimentado nunca?—la pregunta de Bernal era irónica, pero trató de que no sonase así—. La responsabilidad es el peor enemigo de ese bienestar que identificamos con la idea de la felicidad... ¿De verdad te crees ese cuento de la felicidad?

La incomodidad de Álvaro se reflejaba en su mirada esquiva. No tenía ni la más remota idea de adónde quería llegar aquel inesperado visitante.

—Yo… No, la verdad es que no lo creo —acertó a decir, creyendo que era la contestación que esperaba Bernal—. Yo soy la prueba, ¿no?

Bernal se mostró de acuerdo, después de mirar fijamente a Álvaro a los ojos.

—Claro —musitó—… Dime una cosa… ¿compartíais los mismos amigos?

—No. En general, no —precisó al instante Álvaro—. Yo tengo los míos, y ella tenía un par de amigas aquí en Málaga. Pero su grupo de amigas de siempre estaba en Coín.

—¿No salíais con otras parejas?

—Muy poco. Algún viernes o sábado, de vez en cuando. A ella le gustaba que saliésemos solos.

—¿Y a ti?... ¿Qué preferías tú?

—Bueno… yo me adaptaba a cualquier cosa. Por mí nos hubiésemos ido de marcha con más gente, si es lo que quiere saber.

Bernal asintió con la cabeza.

—Pero usted no quiere saber eso —dijo, receloso, Álvaro—. Me está haciendo las mismas preguntas que la policía de Málaga. Usted lo que quiere

es saber cuál era nuestra relación, si teníamos problemas.

Bernal parpadeó varias veces, molesto con la perspicacia del muchacho. Tenía que convencerle de que se equivocaba, ahora que había puesto al descubierto sus intenciones.

Se inventó una excusa sobre la marcha.

—Te equivocas. Lo que trato de averiguar es si alguien de vuestro círculo podría haber estado interesado en Lita… Puede que alguien la estuviese acosando —no sabía por qué se le había ocurrido decir aquello. De repente se dio cuenta de que era una suposición pertinente e insistió en ella—: Es una cuestión delicada para plantearla abiertamente. Tienes que entenderlo… Implica que alguien haya creído percibir un cierto interés en ella, como es natural, totalmente imaginario: es la típica justificación del acosador… Pero ya que has mencionado lo de los problemas… ¿Los teníais?

—¡Pues no!—bramó—. No. ¡Ninguno!. Ella se lo hubiese dicho igual. El único *problema,* ya que habla de ellos, es que no está Lita para confirmarlo. Y ustedes no se fían. No lo entiendo… Sería yo quien debería preguntarles a ustedes cómo va la investigación. Qué están haciendo para encontrar al culpable. Soy una víctima más…

—Yo no formo parte de la investigación —le recordó Bernal.

—Ya me lo han preguntado. Nadie la acosaba. ¿Piensa que algo así podría habérmelo ocultado?

—Las mujeres son muy hábiles en mantener determinados secretos.

Por un momento pareció que Álvaro se disponía a replicar a Bernal, pero todo quedó reducido a un amago.

—Secretos… —repitió enigmáticamente, y como si estuviese sopesando todos los significados posibles de la palabra. Luego se quedó mirando fijamente a la cristalera de la exposición.

—¿Dónde trabajaba Lita? ¿Aquí, en ventas?

Álvaro negó con la cabeza, tras salir de su ensimismamiento.

—Su puesto estaba en la recepción del taller.

—Me gustaría verlo.

La reacción del muchacho al oír aquello fue de un cierto hastío. Sin embargo, hizo un esfuerzo por sobreponerse. Se levantó sin comentar nada y con un gesto le indicó a Bernal que le siguiera. Caminaron hacia uno de los laterales del enorme local y se internaron en un corto pasillo que llevaba hasta la zona de taller, a espaldas de la exposición. Un pequeño mostrador en forma

de media luna, con un atril adosado, sobre el que se alzaba un micro de megafonía, precedía a una puerta ancha que se abría y cerraba mediante el ascenso y descenso de un telón automatizado, activado mediante una célula fotoeléctrica.

Álvaro señaló el mostrador a Bernal.

—Ahí —se limitó a decir.

El mostrador estaba vacío (era sábado, día en el que sólo se entregaban vehículos ya reparados), pese a lo cual Bernal pudo hacerse una idea bastante aproximada, a expensas de las explicaciones de Álvaro. Los vehículos que entraban en el taller debían hacer cola ante el mostrador, hasta que se registraba su llegada. Entonces, un mecánico los retiraba de allí, llevándolos hasta la parte de taller propiamente dicha. Había unos veinte metros desde el portalón de acceso exterior hasta el mostrador, de manera que, en muchos momentos, hasta cuatro vehículos podrían estar haciendo cola frente a él. Bernal se imaginó la escena de un día de actividad. Durante la espera, Natalia podía ser observada tranquila e impunemente por los propietarios de aquellos vehículos. ¿Sería el asesino uno de los clientes del taller? ¿Por qué no?, se dijo Bernal, que había descartado ya cualquier implicación de Álvaro. El novio de Natalia sólo era un narcisista, al que su egolatría delataba cada vez que abría la boca. Incapaz de ceder los focos de la función a nadie, la verdadera tragedia para él había sido el trastorno que Lita le había causado al dejarse asesinar. Toda esa policía a su alrededor, tantos interrogatorios… También era una pose, claro. En realidad, a Álvaro le encantaba.

—Bueno, gracias por todo —dijo Bernal, ofreciendo la mano a Álvaro—. Te dejaré que sigas trabajando.

Álvaro se la estrechó.

—No las merece. Le acompaño —propuso.

Mientras caminaban por el pasillo de salida, Bernal le preguntó:

—Perdona si soy indiscreto pero ¿tenías pensado casaros algún día?... No me contestes si no quieres.

¿Qué razón podría invocar Álvaro para no seguir hablando de sí mismo? Por supuesto que sí quería.

Se detuvo.

—Yo le dije a Lita que ya era hora de comprobar si merecía la pena lo nuestro. Partió de mí, eso que quede claro. La convivencia era el único medio. Pero no nos pusimos plazos ni condiciones. Si la cosa fallaba, lo sabríamos.

—Y os fue bien.

La pesadumbre inicial de Álvaro se había disipado: estaba en su salsa.

—De maravilla. Si no nos planteamos casarnos luego fue por otros motivos.

—Ah —musitó Bernal.

—La empresa no ve con buenos ojos el matrimonio entre sus empleados.

Bernal sonrió.

—Pero le trae sin cuidado que vivan juntos —susurró como para sí—. Vaya gilipollez.

Álvaro se encogió de hombros.

Esta vez le había fallado la intuición, pensó Bernal, mientras dejaba tras de sí el inmenso escaparate. De dos visiones tan contradictorias como eran las de Dora y Fuensanta, había optado por dar credibilidad a la de la segunda. Pero era Dora la que tenía razón: ahora lo veía. Álvaro había conseguido engatusar a Fuensanta pero no le había sido posible con su hermana. Los narcisistas son unos embusteros redomados, que inventan de continuo cosas para adornarse y darse brillo, gente que deforma el mundo en el que viven hasta convertirlo en un envoltorio de su propia persona, destruyendo o arrojando fuera de él cualquier elemento poco maleable. Un narcisista olvidadizo se desenmascara a sí mismo a las primeras de cambio, pero, si goza de buena memoria, muchas de sus mentiras pueden sostenerse por tiempo indefinido. Fuensanta se había tragado de un solo bocado la «sobrecogedora» biografía personal de Álvaro, que le había servido en bandeja mediante el cebo de su propia madre. ¿Le habría creído también Natalia? Vivir a su lado no debió de ser fácil para ella. Los narcisistas suelen ponerse irascibles cuando se les contraría o no se les presta la atención que requieren. Seguramente que Natalia tenía un carácter fuerte pero Dora no desvariaba, como le había hecho creer Fuensanta, cuando insistía en los desplantes de Álvaro. Y, como suele suceder con relación a esta clase de personajes, ambas expresaban sentimientos antagónicos por él: admiración la una, y desprecio la otra. La típica dualidad estaba representada en las dos hermanas.

Cuadraba a la perfección, se decía Bernal, mientras esperaba parar un taxi.

Antipatizaba con aquel mequetrefe sin sustancia y le dolía admitirlo, porque era como si le estuviese haciendo un feo a Natalia, como si la estuviese ofendiendo de algún modo. Ofendiendo a su memoria.

Pero había cerrado uno de los caminos del laberinto. Y eso le daba nuevos ánimos.

Tenía tantas ganas de hablar con Esther.

34

Un rumor bronco que provenía de la parte trasera del Nissan Patrol Corto, alertó a Clotet cuando había sobrepasado el túnel y se encontraba cerca de la rotonda de acceso a la urbanización El Limonar. Redujo la velocidad pero el ruido no sufrió variaciones sustanciales; el tono y la intensidad continuaban siendo muy similares. Decidió salirse de la autovía y tratar de averiguar qué era lo que le ocurría al coche. Por fortuna, el motor no había dado muestras de desfallecer en ningún momento.

A punto de expirar 2007, El Patrol con motor de gasolina de Clotet se había convertido en una reliquia andante, de la que se burlaban constantemente en su círculo de amistades por su glotonería. Apenas se habían vendido un centenar en toda España entre el ochenta y siete y el ochenta y nueve, y probablemente no quedasen ni la mitad en circulación, veinte años después de que dejaran de comercializarlos, dada la escasez de demanda que hubo siempre de ellos. Pero Clotet, lejos de dejarse amilanar por aquellas chanzas, había hecho en secreto un juramento de fidelidad a su todo terreno. Y eso, a pesar de los problemas que le daba el sistema de carburación de cuando en cuando, a pesar también de que se le encogía el corazón cada vez que aceleraba y de que, conduciéndolo, solía prestar más atención a la aguja del nivel de combustible que a la carretera. A pesar de que, en definitiva, disfrutaba más cuando lo contemplaba recién lavado aparcado en el garaje, que al conducirlo propiamente. Pero, total, para mil o dos mil kilómetros que hacía al año, se decía Clotet, sería una completa estupidez cambiarlo por otro vehículo, cuyo coste nunca podría amortizarse con la diferencia de consumos entre ambos.

Mientras paraba el coche en los aparcamientos de la estación de servicio que hay en la misma rotonda, pensaba en lo cambiada que había encontrado la voz de Manolo por teléfono. Tan quebrada y débil que no parecía la suya, sino la de un anciano.

El pequeño y difuso sol de la tarde invernal era tibio aún. Clotet dejó el motor en marcha y salió del vehículo. Al ralentí, el rumor del escape también era diferente. Se agachó para inspeccionar los bajos y al instante dio con el origen del ruido: una de las soldaduras mostraba una fisura oxidada bastante grande. Volvió a subir haciendo cábalas sobre el coste de la avería, aliviado y fastidiado a la vez: si bien simplemente se trataba de la sustitución de una

pieza sometida a desgaste, también era cierto que el escape tenía menos de año y medio de vida.

Un par de kilómetros más adelante le pareció que el ruido se había hecho más intenso, pero lo único que le preocupaba ya era llegar al hospital sin que el escándalo hiciese que le parasen los de tráfico y le obligasen a llamar a asistencia en viaje.

Finalmente, accedió a la ciudad sin mayores contratiempos, saliéndose de la autovía por la desviación que conducía a la carretera de Puerto de la Torre, a menos de un kilómetro del Carlos Haya.

En la entrada del hospital, una celadora que controlaba las visitas le puso toda clase de trabas para dejarle subir a la planta. Era una mujer voluminosa, con ademanes pausados. Clotet dedujo a la primera que era de la clase de persona que no se deja conmover por historias personales. Y, en efecto, la excusa de que había venido de lejos no la hizo cambiar de opinión. A la 232, argumentó la celadora, ya había subido demasiada gente aquella tarde. Tendría que esperar a que bajara alguien. Clotet se propuso evitar discutir con ella y decidió sentarse en una de las butacas de la entrada. Allí esperó pacientemente alrededor de veinte minutos. Cuando estaba a punto de levantarse e insistir, vio a Celia saliendo a través del control. La reconoció en el acto. Prácticamente no había cambiado, salvo en el pelo que llevaba ahora peinado de distinta manera y algo más corto.

—¡Celia!—Clotet se levantó como un resorte y se le acercó.

Celia iba acompañada de un joven con barba cuidadosamente recortada. Clotet la besó en ambas mejillas y saludó al joven, que le fue presentado sólo con su nombre de pila, sin hacérsele mención al parentesco o relación con la familia.

—No me han dejado subir —explicó Clotet, con una sonrisa de circunstancias—. ¿Cómo va la cosa?

—Venga conmigo —se limitó a contestar ella.

El joven de la barba se metió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear despreocupadamente por la antesala, como para matar el tiempo.

Clotet la siguió y ambos atravesaron el control en dirección a los ascensores. El celo con que la vigilante se había empleado con él minutos antes, se disipó al verle junto a Celia. Sonrió a la hija de Manolo igual que si fuesen amigas y luego hizo como que se inclinaba a coger un folio situado al otro extremo de la mesa que había en el control, dándoles de ese modo la

espalda mientras lo franqueaban. Celia ya era considerada como de la casa, después de un mes de bajar y subir a diario.

En la habitación, de dos camas, había un anciano bastante obeso, tendido boca arriba en la suya, al que la irrupción de ambos apenas hizo girar levemente los ojos, antes muy abiertos y fijos en el techo. Una mujer leía una revista a su lado.

Soria estaba sentado a uno de los lados de su cama; tenía extraviada la mirada en alguna parte del suelo. Había adelgazado más de lo que cualquiera que le conociese fuera capaz de imaginarse. Antes de enfermar, la presencia de Soria no pasaba inadvertida allí donde fuese. Aunque no demasiado alto (debía de andar sobre el metro setenta y ocho), sus aproximadamente cien kilos, su cara redondeada y simpática, adornada por unas enormes gafas de aviador, y una voz pequeñita, casi infantil, reclamaban instantáneamente la atención de la gente. Clotet lo vio demacrado y sin ánimo. Debido a la consunción del rostro, las eternas gafas de aviador parecían todavía más grandes.

Pese a su mal aspecto, se esforzó en ser el de siempre.

—¡Lorenzo, hombre!—se quitó las gafas en cuanto le reconoció—, ¡cuánto tiempo sin verte!—Y abrió los brazos.

Clotet no le dejó incorporarse. Amagando con abrazarle, le palmeó los hombros, mientras le sujetaba suavemente. Soria, aún demasiado débil, desistió de luchar contra la presión de aquellas manos y se abandonó a su postura con un profundo suspiro.

—No te muevas —le suplicó Clotet.

—Papá… Me voy con Raúl a la tienda, ¿vale? Volveré de aquí a una hora.

—Vale

Celia se dio la vuelta.

—Adiós —dijo desde la puerta, mirando a Clotet.

—Qué poco ha cambiado tu hija —comentó Clotet, después de devolver el saludo de despedida— ¿Y Concha?

Soria fijó la vista en sus rodillas durante un instante. Luego indicó a Clotet con la mirada que salieran al pasillo.

—Vamos a estirar las piernas —le comunicó a la esposa de su compañero de habitación.

—Váyase tranquilo, Manolo. Yo cogeré el teléfono.

Soria se cogió del brazo de Lorenzo Clotet. Caminaba todo lo erguido que

podía, pero sus pasos eran vacilantes.

—Nos hemos separado —dijo escuetamente, al llegar al pasillo.

—Vaya…—Clotet se quedó sin saber qué opinar al respecto.

—En febrero hará dos años… Sí, Lorenzo… ¿quién lo iba a decir, eh?

Clotet enarcó las cejas, bajando a continuación la mirada. Echó poderosamente de menos en ese instante el no poder llevarse un cigarrillo a los labios, encenderlo y darle aunque fuese una sola calada.

—¿Cómo estás?

—¿De qué?—preguntó Soria—. ¿De la separación?— y sin esperar a que Clotet le confirmase que no le estaba preguntando por su actual enfermedad, dijo—: Bueno, voy tirando gracias a Celia.

El sargento retirado suspiró hondo.

«Supongo que daba por hecho que alguien de tu bondad no puede pasar por ese trance…»

—Ya estás un poco mejor de lo de la operación —aventuró esperanzado, esquivando de paso el otro asunto.

—Sí. Muy poquito a poco. El médico que me lleva dice que a lo mejor me dan el alta la semana que viene. Pero, bueno, ¿qué ha sido de ti en todo este tiempo?... ¿Cuánto hace que no nos vemos? Venga, dime…

El pasillo estaba vacío y silencioso, a excepción de algún ruido aislado procedente de las habitaciones. Caminaban en dirección a los ascensores.

—Me entretengo con el taller.

—Ah, ya —dijo Soria, como si lo hubiese olvidado.

—El día tiene muchas horas, Manolo.

—Muchas —convino Soria.

—Nos quitan de en medio muy pronto. Con cincuenta y cinco años está uno en la flor de la vida. Todos los compañeros que conozco, que están como yo, se han dedicado a otra cosa.

Soria asintió con la cabeza.

—¿Y te compensa?

—Hombre, algo le saco. ¿Y qué hago todo el día parado?... Todavía… —Clotet sonrió— hay gente que prefiere arreglar el televisor y el vídeo antes que tirarlo y comprarse otro nuevo. Por lo menos tengo una obligación. Así no le doy tantas vueltas a la cabeza.

—Eso está bien —murmuró Soria—, eso está bien.

—Está mal que yo lo diga, pero me traen aparatos de Vélez Málaga, de

Nerja, y todos los pueblos de alrededor. No sólo de Torre del Mar. A veces me veo agobiado, ¿sabes?

Manolo seguía cogido de su brazo. Habían llegado al final y dado la vuelta.

—Porque, además de saber el oficio, eres un tío formal.

Clotet estaba íntimamente de acuerdo con Manolo, pero quiso restarse importancia.

—Hay gente que no tiene ni puta idea. Se montan en un local, ponen un cartel en la puerta y ¡ya está! Se creen que, con un curso a distancia y un juego de destornilladores, se pueden poner a arreglar cualquier cosa.

Los teléfonos sonaban en el interior de las habitaciones de vez en cuando.

—Lo que me han quitado de la barriga no es bueno, Lorenzo.

Clotet quiso decir algo pero optó por callárselo.

—Vaya por Dios —dijo muy bajito varios segundos más tarde—. Han podido quitártelo, que es lo que importa —fue lo mejor que se le ocurrió añadir.

—Sí —Soria sonrió con tristeza—. A ver si hay suerte.

—¿Por qué no va a haberla? Mira, lo que tienes que hacer es no darle vueltas, tener la mente ocupada. ¡Y pensar en que te vas a poner bien!

Los ojos de Soria se humedecieron pero Clotet no pudo advertirlo porque no estaban en su campo de visión.

—Se dice muy fácil —balbució.

—Perdona, Manolo —dijo Clotet, un poco avergonzado—. Claro que tiene que ser difícil.

Soria le apretó el codo.

—Perdón, por qué. Tienes toda la razón.

—Si me tocara a mí no sabría qué hacer, Manolo —prosiguió ahora más enérgico Clotet —pero es que sentarte a pensar en lo que tienes no te hace ningún bien. No puede ayudarte a salir adelante… Tienes la asociación. Cuando estés recuperado, vuélcate en la asociación.

Soria empujó a su amigo hacia la habitación.

—¿Atlántida? Ya la dejé.

—No tenía ni idea…Me cago en la puta, Manolo, no soy capaz de imaginarme a Atlántida sin ti. —Iban a entrar en la 232, pero Soria le detuvo en ese instante con un gesto—. ¿Qué pasó? ¿Por qué la dejaste?—dijo Clotet, con súbito interés—. Bueno, no me hagas caso. ¡A mí qué me importa!

—Es largo de contar —susurró Soria con voz débil, fatigada por el corto

paseo, aunque también bajándola adrede para que no le escuchasen desde dentro—. Fueron varios factores, Lorenzo —se apoyó en la pared mediante su hombro derecho—. Las cosas habían cambiado bastante en los últimos años; no era como cuando te conocí. Con el tiempo, se le va pasando a uno la ilusión del principio, y los problemas del día a día se convierten en una pequeña tortura. Todo te fastidia. Entonces es cuando te das cuenta de que tienes que dejarle paso a otra gente… Pero si quieres saber por qué me fui… bueno… principalmente porque no tenía ánimos después de marcharse Concha…— Soria se quedó pensativo un instante—. A lo mejor no la habría perdido de no haberme dedicado en cuerpo y alma a la asociación —dijo apesadumbrado y bajando aún más la voz—. Pero ¿qué digo? La culpa no la tuvo Atlántida; la tuve yo enteramente. Pero hay una cosa segura, ¿sabes, Lorenzo?: mi matrimonio empezó a irse a pique desde que me metí a presidirla. Dejé a mi mujer a un lado, como si fuera un mueble. Lo que me extraña es que aguantara doce años.

35

Soria se sentía agotado. Entraron en la habitación.

El televisor estaba encendido, con el volumen bastante alto. Patricia Gaztañaga aparecía en ese instante en la pantalla.

—Han llamado dos personas —dijo a Soria la mujer de su compañero de habitación—. Vaya trajín que se trae con el teléfono, Manolo —. Y mirando a Lorenzo Clotet, declaró con una mezcla de admiración y reproche—: Toda Málaga le conoce, chiquillo. ¡Toda Málaga entera! Le llaman más que al Papa.

El comentario arrancó una sonrisa a ambos.

—Cuánta lata les estoy dando —reconoció Soria.

—¡Anda ya!—protestó la mujer—. Lata, ninguna.

Soria se dejó caer en la cama y pulsó el botón para elevarla.

—Quédate un rato más, Lorenzo…—suplicó—. Venga, siéntate a mi lado.

Clotet obedeció arrastrando la única silla libre lo más cerca que pudo del cabecero. Necesitaba tanto un cigarrillo que se le atravesó por un instante la idea de dar una excusa a Manolo para salir durante diez minutos, pero la vergüenza de considerarla sólo, le hizo suspirar irritado consigo mismo.

A poniente, el sol comenzaba a hundirse en las entrañas del horizonte. Dirigió una mirada absorta a la naciente oscuridad.

—Manolo, estaba pensando en cuando nos conocimos tú y yo… ¿Te acuerdas de aquel chaval de Torre del Mar que desapareció en el noventa y ocho?

Soria tardó un par de segundos en reaccionar pero, cuando lo hizo, dijo con viveza:

—¿Tete? Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

Clotet se inclinó un poco y dijo como si cuchichease:

—Aquella historia del perro…

La memoria de Soria permanecía intacta.

—Sí, claro —le interrumpió, también en voz baja—, lo recuerdo como si fuera ayer… La discusión con sus padres que precedió a su desaparición. Quería a toda costa que le compraran un cachorro. Tú lo estuviste indagando… Hasta que apareció la sudadera y la zapatilla deportiva.

A Clotet le entraron ganas de corregir a Soria. «Hasta que apareció su ropa, no; seguí aquella pista durante varios meses», murmuró para sus adentros…

Decidió pasarlo por alto.

—Ya sabes que poco después de aquello me jubilé. Así que se convirtió en mi último caso; por lo menos, en el último importante. Será por eso por lo que me acuerdo a menudo —chasqueó la lengua contra el paladar—. Me chocó mucho que, justo el día antes de desaparecer, liase aquella zapatiesta con lo del perro. Algo tuvo que ver aquella historia en lo que pasó, estoy seguro, aunque no conseguí ninguna prueba… Ninguna —repitió, pensativo—. Según parece, se encandiló con un cachorrillo que vio en el parque, pero no pudimos dar con él.

Desde el fondo de las ojeras de Soria apareció un repentino fulgor.

—Claramente parecía el desencadenante —repuso—. Su madre estaba convencida de que fue por aquel arrebato por lo que se marchó…

—¿Pero de qué manera influiría?—susurró, como para sí, Clotet.

—Quizá hubo más follón del que nos contaron. Es probable que, en sus declaraciones, suavizaran lo ocurrido en casa

—Sí, puede que fuera así. Desde luego que lo tuvimos en cuenta… pero, no sé, no me daba el viento de que los padres fuesen los responsables. En aquel entonces, desde luego que no… Claro que… —se interrumpió unos segundos, como si nunca antes lo hubiese considerado— hoy ya no sabría qué decirte. Se ven hoy en día cosas verdaderamente horrorosas.

—Las peleas en casa son una constante en las desapariciones de adolescentes, Lorenzo. Mi experiencia en Atlántida me lo ha enseñado.

—Ya. Algunos hogares son como la pólvora…—asintió reflexivamente Clotet.

—Sí, es verdad —dijo Soria—. Y un día, algo prende la mecha… Cuando nos ocupábamos de *fugas* de adolescentes, los padres venían casi siempre a lamentarse de que habían discutido con sus hijos. Se echaban la culpa…—se le quedó vacía la mirada—. Todos queremos echar marcha atrás algunas veces.

Clotet asintió.

—Los caprichos… Los chavales han cogido demasiada fuerza.

—Es lo que hay —convino Soria.

—Y esos hogares que están rotos…

—Aunque siempre hay algunos que te lo pintan como si fuera un paraíso —Soria cabeceó con una sonrisa escéptica—. Todo cariño, amor y comprensión. Pero es la ilusión que se han hecho. Puedo imaginármelo… El niño se dijo a sí

mismo: «¡hasta aquí hemos llegado!». Lo de exigir que le compraran un perrito le sirvió de excusa. Sencillamente, Lorenzo; no le des más vueltas.

—Hasta cierto punto —admitió a medias Clotet.

—¿Qué quieres decir?... No entiendo…

—No sé —Clotet meneó la cabeza—, sinceramente no sé de qué estoy hablando, pero ¿tiene algún sentido que el muchacho acabara ahogándose? ¿Que hubo una pelea? ¡Pues vale! ¿En qué casa no la hay?... ¿Tú crees que tiene lógica que se tirara al mar por culpa de una discusión… simplemente porque no quisieron comprarle un perro?

Entornando los ojos, Soria se paró a pensar un instante en lo que sugería la pregunta de su amigo Lorenzo.

—Nunca sabremos si se cayó o se tiró. Quién sabe si lo maltrataban o incluso si recibió una buena paliza la misma tarde de su desaparición.

Clotet recordó que todos sus indicios de entonces señalaban que el padre de David Vicente tenía la mano muy larga, en efecto. Aunque nunca llegase a admitir algo más que un coscorrón esporádicamente y sólo como correctivo.

—Es posible —dijo Clotet.

—Por desgracia, el suicidio no es tan raro a esas edades.

—No dejó ninguna nota —observó Clotet.

—¿Qué quieres que te diga? Fueron los padres del chaval quienes antes lo aceptaron. Por algo sería. La madre me comentó que cuando se le cruzaban los cables hacía bastantes disparates. Era problemático.

Clotet pensó en ese instante que toda la inquietud y el inconformismo que Soria mostraba el año en que lo conoció, habían sido borrados de su espíritu. ¿Qué sería lo que le había cambiado?, discurría lleno de curiosidad: ¿la separación y la enfermedad, o el estar tantos años al frente de Atlántida?

—Sí, eso me dijeron también a mí. Pero me cuesta un mundo imaginarme que se encaminase al espigón del puerto. ¡Coño, no lo entiendo! En una tarde tan desapacible ¿A hacer qué?... Yo me entrevisté con su pandilla y ninguno admitió que antes de aquel día hubiese hecho algo parecido.

—No conoces cómo son los adolescentes, Lorenzo. Tú no has tenido hijos. Si les da por hacer tonterías…

El teléfono volvió a sonar. La mujer lo cogió pero, de nuevo, era para Soria. Un matrimonio le llamaba desde Llanes, un pueblo asturiano.

Cuando éste colgó, le hizo a Clotet la pregunta que la llamada telefónica le había obligado a posponer.

—Dime, por curiosidad, Lorenzo, ¿por qué sacas ahora eso? Después de tantos años… ¿Es que se tiene alguna noticia de él?

—No, ninguna que yo sepa. Pero el martes pasado, Manolo, me quedé de piedra cuando le oí decir a la madre del chaval que desapareció hace unos quince días, que la tarde en que se le perdió la pista se había marchado de casa muy enfadado porque no le dejaban tener un perro.

Soria no tenía noticias del suceso. Había coincidido en el tiempo con su intervención quirúrgica y su posterior estancia en la UCI. Clotet le puso en antecedentes.

—Desde luego que es una casualidad muy curiosa —convino Soria—. Y bastante inquietante —añadió.

—Yo no creo en las casualidades, Manolo. Reconozco que es una pequeña manía que tengo, porque quizá esto sí lo sea.

—Entonces piensas que hay algo más detrás —insinuó Soria.

—Han pasado nueve años. El chaval de Torre del Mar parece que pudo ahogarse. No sé, de verdad, no sé.

—La policía de Málaga también debe de estar enterada de esa coincidencia.

Al jubilarse, Clotet, se había hecho un juramento en conciencia y, por tanto, secreto: jamás se convertiría en un «ciudadano de a pie», es decir, mientras que pudiese evitarlo por todos los medios razonables posibles, jamás iría vestido de paisano a una comisaría de policía. Puesto que se había pasado la práctica totalidad de su vida de uniforme, detestaba la idea de verse al otro lado de la mesa; temía «descubrir» otro punto de vista. Sospechaba que si ocurría tal cosa, si se daba cuenta de que, como funcionario, había ignorado de hecho toda la zozobra y la indefensión que podrían estar palpitando en el interior de las personas que acuden a ser escuchadas y atendidas, se juzgaría con bastante más severidad de la que acaso merecía, y que no podría evitar hacerlo, con lo que sentiría un absurdo e injusto resquemor en adelante. Había hecho su trabajo de buena fe todos aquellos años; no deseaba sentir que le había fallado a la gente. Sin embargo, desde que vio a la madre de Pablo González en el televisor del taller y se personó en la comisaría provincial, donde fue atendido por un inspector asignado a la unidad de Personas Desaparecidas, sólo trascurrieron dos días.

—Ahora sí —dijo—. Pero porque yo se lo he contado. Desconocían por completo las circunstancias de lo de Torre del Mar.

Soria entornó los ojos, entendiendo en el acto.

—La maldita descoordinación de siempre entre los diferentes cuerpos —señaló.

—Exacto. Imagino que cuando archivaron el caso, dándole por muerto, fue borrado del Registro Nacional.

—¿Y qué dicen los de la Brigada?

Encogiéndose de hombros, Clotet contestó con desencanto en la voz:

—Me han dado las gracias pero me han asegurado que lo del chaval éste, Pablo, tiene todos los ingredientes de una fuga. Por esa razón quería contactar con *vosotros* —continuó, ahora más animado—. A ver qué se podía hacer… Atlántida tiene su propio registro y…

—Te recuerdo, Lorenzo, que ya no tengo nada ver —dijo Soria con un hilo de voz. Luego suspiró entrecortadamente, como para tomar fuerzas…

—No puedo pedirle a la policía que me deje consultar sus listados de desaparecidos, y mucho menos que me abran sus archivos. Ni por cortesía profesional me permitirían acceder, ¿lo entiendes?

—En comparación, lo que se almacena en Atlántida es una minucia.

Clotet parecía ajeno a la observación que acababa de formular Soria. Por el contrario, se había sumido en sus reflexiones y, como si un imán atrajese su pensamiento una y otra vez hasta el inexplicable desenlace de aquella vieja trifulca de noviembre del noventa y ocho en Torre del Mar, en la casa del niño desaparecido, achicó la mirada para susurrar:

—¿Por qué cojones fugarse o… suicidarse por un perro?

—No es fácil tragárselo, lo sé.

—Esto me da mala espina, Manolo —musitó Clotet—. Algo no encaja. Por más vueltas que le di, la explicación oficial sobre lo que le ocurrió a aquel chaval no consiguió convencerme entonces. ¡Y mira que lo intenté! Pero, por decirlo de un modo que te permita entender mis sensaciones de aquellos momentos, era… era como *demasiado oportuno*, como si alguien nos hubiese dado de pronto lo que esperábamos, la excusa que necesitábamos para cerrar el caso…—se echó hacia atrás, se frotó la nariz unos segundos y, a continuación, volvió a vencerse sobre si mismo, los codos clavados sobre las rodillas—. Ojalá que lo del chaval éste no sea más que una puta casualidad…, que sea una de esas paranoias mías lo que me trae a mal traer, y toda esta bulla que tengo dentro —se dio dos golpecitos con el dedo índice en la cabeza—, se quede luego en nada. Pero me conozco, Manolo, y, como no me convenza por mí mismo, nunca se me va a ir de la cabeza.

Soria le miró lleno de preocupación, consciente de que, si había un atisbo de *razón* en lo que intuía Clotet, un secuestrador y seguramente asesino de niños podía andar suelto. Fiel a su costumbre frente a los malos augurios que solía traerle la vida de vez en cuando, imploró calladamente al cielo que Lorenzo estuviese equivocado de raíz, que todo aquello no constituyese otra cosa que un colosal espejismo, una falsa montaña levantada con apenas dos granos de arena.

Su oración, deslavazada, precipitada e inconexa, fue sepultada por el siguiente pensamiento.

—Ve a verles —propuso—. Ahora hay una mujer al frente; está muy preparada y se lo ha tomado muy en serio. Es extraordinaria. Se llama Lola Tortosa. Dile que vas de mi parte.

—¡Ya estoy aquí! —Celia irrumpió en la habitación. Llevaba una bolsa grande de un conocido comercio de la ciudad, especializado en ropa femenina. La dejó apoyada en la pared y, al darse cuenta de que su padre y Clotet cuchicheaban, cogió una revista del poyete de la ventana y se puso a hojearla.

Clotet sonrió distraídamente a Celia. Luego, mirando de nuevo a su padre, dijo casi susurrando, como si le estuviese haciendo una confidencia:

—Atlántida está bien vista en la policía. Siempre ha colaborado en lo que se le ha pedido.

—Procurando no interferir —precisó Soria—. Nunca nos metimos donde no nos llamaban.

Aunque el volumen del televisor probablemente impedía a los demás conocer el contenido de la conversación que estaban manteniendo, el estado de Soria aconsejó a Clotet aproximarse un poco más, con la idea de evitarle esfuerzos innecesarios.

—¿Podré acceder al registro de la asociación?—preguntó a dos palmos de su oreja izquierda—. Tengo curiosidad por saber si hay más coincidencias.

—¿Con otros casos, te refieres?

—De los que siguen sin aparecer, sí.

—Bueno, los que aparecen se eliminan del fichero —precisó Soria.

—¿También si han tenido una muerte violenta?

—Depende de qué tipo de muerte violenta. ¿Un asesinato?

Clotet asintió con un gruñido.

—No, hasta que no se da con el culpable. Cuando existe una condena, se eliminan. Mientras tanto, se separan y pasan a otro registro, por si aparecen

pistas y alguien se decide a comunicar información… Ocurre a veces que hay quien no se atreve a ir a la policía con lo que sabe. El anonimato que les ofrece la asociación es un buen estímulo.

—La policía también admite información anónima —objetó Clotet, con repentino celo profesional.

—Muchos no se fían, Lorenzo… La gente… la gente no quiere complicarse la vida —Soria se encogió de hombros—. Bueno, a lo que iba: inmediatamente que se recibe cualquier información, se le pasa a la policía.

Clotet dejó escapar un profundo suspiro. Luego musitó:

—Tengo que ver cuántos hay de la misma edad, de dónde son, etcétera…

Soria asintió con la cabeza.

—La lista puede ser larga.

—Hay que restringir la búsqueda a un grupo concreto de edad y una zona no muy amplia. Empezaría por Málaga y las provincias limítrofes… Claro que el periodo de tiempo tendría que abarcar una quincena de años, por lo menos.

—Eso lo facilitará… Como tú bien sabes, adoptamos desde el principio la costumbre de abrir ficha a todos los casos de los que teníamos constancia, aunque la familia no recurriese a nosotros. A ver… —se puso a pensar un instante— llevan informatizados desde el dos mil uno. No están abiertos a cualquiera, desde luego, pero eso no será problema para ti. Tienen una clave de acceso, para que se pueda identificar quién entra, cuándo y qué clase de información consulta. Por seguridad, ¿entiendes?

Clotet no tenía ni ordenador ni unas nociones mínimas de informática. Todo aquello le sonaba a chino. Pero decidió soslayar el asunto por el momento. Ya le haría mención a la tal Lola Tortosa de sus dificultades. Suponía que alguien le ayudaría a consultar el programa.

—¿Qué clase de datos se almacenan en el programa?

Soria estaba totalmente extenuado. Miró de reojo a Celia para asegurarse de que no tenía la oreja puesta en la conversación. Después de comprobar que estaba enfrascada en las páginas de la revista, dijo:

—No muchos, aparte de la filiación… Es un esquema muy simple: descripción de las circunstancias de su desaparición, de la ropa que llevaban, aficiones, rasgos de su personalidad… Y una foto lo más «actual» posible… Luego, si hay testimonios más o menos fiables de gente que dice haberles visto… y los lugares. Con un pequeño comentario final sobre la hipótesis más probable según la investigación… Pero tienes que andarte con pies de plomo,

Lorenzo…

—¿Por qué lo dices?

—Por los padres de Pablo.

Clotet entendió instantáneamente la insinuación encerrada en aquel comentario y se sorprendió de que la reconocida agilidad mental de Soria se conservase intacta, a resguardo de su devastador deterioro físico. Evidentemente, los padres de Pablo no debían saber que su hijo podía estar muerto.

—¿Habrán entrado en contacto con Atlántida?

—Es probable.

—Lo tendré muy en cuenta —dijo Clotet, en tono sombrío—. Haré las cosas con mucho tacto.

La conversación derivó a partir de entonces hacia una pasión que habían compartido años atrás: la pesca del róbalo. Prácticamente ya no era posible capturar ninguno en 1998, cuando se conocieron. La expresión de Soria se dulcificó al recordar las largas tardes de verano en las playas del litoral este.

—Tienes que ponerte bueno pronto —dijo Clotet al despedirse con un apretón de manos—. Vendré a verte otro día.

Soria sonrió con tristeza al asentir.

Clotet bajó por las escaleras para desentumecer las piernas, pensando en dos cosas simultáneamente: el cigarrillo que iba a fumarse nada más salir y la actitud de la policía. Hasta que no contasen con pruebas razonablemente consistentes que apuntaran en la dirección contraria, la policía jamás le diría a los padres de Pablo que perdiesen la esperanza de encontrarlo vivo.

Tenía que andar con pies de plomo, como había sugerido Manolo.

36

—¿Qué haces? ¿Te metes en formol por las noches?

Luis Bernal estaba realmente asombrado del aspecto que presentaba Ramón, de lo poco que había cambiado en los últimos veintitrés años. Ni una sola arruga, y apenas unas canas en las patillas. Debía de tener el mismo peso más o menos que cuando era un estudiante de sexto de carrera.

Pero Castillo ya había oído cosas parecidas en otros reencuentros, así que no le cogió por sorpresa. Simplemente intentó recordar quiénes y dónde. Fue algo maquinal. Pero únicamente pudo revivir una situación concreta, en Madrid, durante un curso de Hepatología. Luego abrazó a Bernal y su vanidad sonrió por él.

Horas antes, había vuelto a aparecérsele Joaquín Ferrándiz, el asesino en serie de Castellón, el anodino e insignificante administrativo de Winthertur, con esa cara de no haber roto un plato en su vida. Bernal se lo había traído a la cabeza.

La mañana era fría y oscura. Sandra le había dejado en la parada de autobús del antiguo Hotel Miramar, a las nueve y veinte, cuarenta minutos antes de la cita. Castillo prefirió adelantarse; odiaba coger su propio coche para moverse por la ciudad. Y Sandra tenía que estar en Fuengirola antes de las diez, si quería retirar del taller la vieja Olympus heredada de su padre. La rotura de una minúscula pieza la traía de cabeza.

Castillo se encaminó al bar Flor, a escasos cien metros de allí, para hacer tiempo. Desayunó churros mientras devoraba el periódico de la mañana.

A Sandra sólo le había dicho que un antiguo compañero, un amigo al que no veía desde hacía muchos años, le había telefoneado. Evitó mencionar que se trataba de Bernal. No le parecía oportuno inquietar a su mujer, que, según su opinión particular, parecía asociar aquel nombre con la presencia de una amenaza invisible cerniéndose sobre ambos, una especie de conjuro erróneamente formulado, que se volvería contra ellos, que les traería irremediablemente un cúmulo de desgracias. Lo notaba en su cara: siempre que lo mencionaba, la negrura del iris de Sandra se velaba de alarma. Sandra no le conocía en persona, aunque quizá le conociese mejor de lo que ella misma suponía, porque había sido un tema de conversación recurrente. Bernal reapareció en la vida de Castillo al mismo tiempo que llegó Sandra, en medio

de aquel luctuoso torbellino que nadie borraría jamás de sus cabezas. Cuando esto ocurrió, llevaba quince años sin tener noticias suyas. Pero el contacto, entonces, se había limitado a un par de llamadas telefónicas.

Unos años después, a partir de que se descubriera la identidad del asesino de cinco mujeres en Castellón, salió a relucir de nuevo la curiosa relación que habían mantenido y la amistad forjada a partir de ella. Sandra no lo entendía; se empeñaba en hacerle ver que había sido un juguete en manos de Bernal… El caso de Ferrándiz, que violaba y mataba por puro placer, fue como una cuchara removiendo el magma de sus recuerdos. Aunque ambos casos no guardaban similitud ni en la elección de las víctimas ni en el carácter del depredador, había algo que los acercaba, algo que Castillo, de haber tenido la oportunidad de opinar al respecto, hubiese bautizado como el «arte de la emboscada». Castillo tuvo conciencia entonces de la relevancia que había tenido Bernal en su vida, y tal vez también de lo que él había supuesto en la de éste. Pero a Sandra parecía disgustarle el afecto que percibía en su marido. Bernal siempre llevaba aparejada a su persona una rara mezcla de recuerdos terribles y entrañables.

Castillo sentía cierta curiosidad asociada a la emoción de volver a verle, pues no le resultaba difícil intuir que Bernal deseaba algo de él. Bernal no era de la clase de personas que se deja arrastrar por la nostalgia hacia las viejas amistades. Si tanto interés había mostrado en que se reuniesen, era porque se estaba enfrentando a algún problema y buscaba su ayuda. Castillo albergaba fundadas sospechas sobre el género en el que podía encasillarse el problema de Bernal. Había tratado de no pensar en ello: ciertamente le atemorizaba la idea de que Luis viniese a complicarle la vida.

—Tú también estás bien.

Bernal se había bajado del taxi unos metros después de la parada del autobús, al pie de una farmacia. Lo había reconocido en el acto. Pesaría unos quince o veinte kilos más, calculó Castillo, pero sus andares eran los de siempre. El joven Travolta se había transfigurado en un maduro y elegante ejecutivo.

—Joder, ¿no me ves? Hecho una mierda.

A Castillo le había llamado la atención la vestimenta que llevaba su antiguo mentor en la Brigada de Homicidios: blazer con botones dorados, pantalón gris marengo de pura lana y camisa listada de cuello blanco. La corbata de seda tenía un perfecto doble nudo, como si el que lo hubiese hecho se hubiera

dedicado toda su vida a anudar corbatas de otras personas. Llevaba también un abrigo gris oscuro echado sobre los hombros.

—Qué coño. No has cambiado nada.

—Es que acaban de jiñarme —dijo riendo, con aquella dentadura que las manchas de nicotina habían terminado por convertir en una moteada cinta marrón.

Castillo se contagió un instante de aquella risa marchita, preguntándose de repente y, para su propia sorpresa, cuántas habrían sido las mujeres que dejaron huella en Bernal. Ni siquiera sabía por qué le había asaltado tal pensamiento.

Bernal le cogió del brazo. Luego tiró suavemente de él, haciéndole caminar en la dirección del centro de la ciudad.

—¿Tienes mucha prisa?—le preguntó.

—Relativamente —dijo Castillo.

—Vamos a tomar algo. Con que me dediques un par de horas me conformo.

Castillo cabeceó mientras miraba su reloj, que marcaba las diez y seis minutos. Sentía que sus temores tomaban forma. Era tan revelador eso de «que me dediques un par de horas»

—Quizá…—titubeó —hasta la una.

—Fenomenal. Oye, por cierto, ¿cómo se llama tu mujer?

—Sandra —dijo Castillo con gesto intrigado— ¿Pero tú sabías que me había casado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé desde hace medio minuto.

Castillo pensó en los guantes de piel de vaca marrón que llevaba puestos. Era imposible que Bernal hubiese visto la alianza a través de ellos.

—Ya estás con tus suposiciones detectivescas. A ver, dime cómo.

—Por quién sino por una esposa ibas a regatearme tu tiempo libre.

—Por la música, por ejemplo —sonrió Castillo.

—¿Después de lo que vivimos juntos y del tiempo que hace que no nos vemos?

—Sigues sin tener ni puta idea de lo que es la música. No distingues el piano de la trompeta.

—Lo poco que sé de la música es que adormece a las fieras… pero…— Bernal adoptó una pose teatral que no le pegaba nada— nunca he oído que pueda separar a los amigos.

Entraron en la cafetería que había servido de refugio a Castillo minutos

antes. Más de la mitad de las mesas estaban libres. Acabaron por acomodarse en una de las tres que había en el lateral que daba a la plaza de toros.

Bernal puso una condición: el café debía estar muy, muy caliente.

—¿Y qué haces tú por aquí?—dijo Castillo, inmediatamente después de que el camarero anotase las consumiciones.

—Estoy de vacaciones. Me iré en una semana.

—¿Has venido solo?

—¿Quieres?—Bernal miró directamente a los ojos a Castillo, mientras le ofrecía un camel.

Castillo negó con la cabeza.

Entonces ocurrió algo inesperado, una cosa que le desconcertó, aunque más tarde supo que no había sido precisamente «espontáneo»: Bernal le soltó de corrido el catálogo de todas sus miserias familiares de los últimos trece años, como si fuesen un conglomerado de gases que estuviesen torturándole todo ese tiempo y del que no había logrado librarse hasta ese preciso instante: se había divorciado en el noventa y cinco, cuando se fue a Holanda; había tardado mucho en acostumbrarse a vivir solo. En realidad, le confesó, lo que le había costado más fue hacerse a la idea de perder a sus hijos, de no verlos crecer, pues ya vivía solo en La Haya. Después de preguntarle si él y Sandra habían tenido hijos, se lamentó de cómo el divorcio hurta a los padres del primer deber consagrado durante la procreación.

—…Es una mierda, ¿sabes?—prosiguió—. Y es por ellos, casi siempre, no por lo que tienes que cederle a tu mujer: el piso, la pensión, la alfombra persa que te trajiste en aquel viaje… Eso no es nada. Eso no es lo que te deja vacío. Te acostumbras a vivir sin cualquiera de las cosas que pensabas que te hacían falta. Menos sin tus hijos. Ni la custodia compartida arregla el problema, porque el mayor tiempo viven con *ella*. Y ella se los *queda*. ¡Hija de puta!—masculló entre dientes—. Al final, te tienes que joder y tirar hacia delante… Pero ahora —mintió— estoy de putísima madre. Hasta me da pereza pensar en una relación fija.

Castillo bajó la mirada. Jamás se habría imaginado que iba a encontrarse a Bernal en tal estado. La imagen que se había forjado de él era la del éxito. ¿Quién tendería a esperar que las personas que han alcanzado lo que tanto ansiaban, la auténtica *cúspide*, lleven prendidas donde todos puedan verlas las pequeñas mezquindades que habitan sus vidas? «No, cierto automatismo mental nos lleva a creer ingenuamente que detrás todo funciona como un

reloj», se dijo. «Qué estereotipos más estúpidos se construye uno», concluyó Castillo para sí mismo, sin aún levantar la vista. Le pesaba el ánimo tras escucharle: determinadas confidencias le violentaban. Nunca se había sentido cómodo prestando oídos a los fracasos de otros, quizá porque acumulaba demasiados en carne propia. Quizá era que no se sentía con derecho a dar un solo consejo. ¿No era eso lo que buscaba realmente la gente cuando se diseccionaban a sí mismos en voz alta y sin ninguna clase de anestesia? Al oír a Bernal, Castillo tuvo la sensación de estar pasando también revista a todas las cosas que lamentaba no haber hecho, aquello de lo estaba arrepentido, las muchas oportunidades perdidas.

El camarero, de acento argentino, les sirvió las bebidas. Hacía mucho tiempo que Castillo no veía a alguien pedir café y brandy para ir mezclándolos poco a poco. Bernal encendió otro cigarrillo en cuanto percibió el aroma del brandy.

—¿Cuántos hijos tienes?—le preguntó Castillo, mientras se sumergía nostálgicamente en la deliciosa asociación de olores.

A Bernal se le había avinagrado el gesto.

—Tres… ¿Qué edad tiene el tuyo?

—Nueve.

Bernal tuvo un recuerdo de sus pequeñas, cuando Adriana, la mayor, tendría aproximadamente esa edad, con sus pijamitas de franela, tiradas sobre la moqueta del salón. Recordaba una fuente de pasta ámbar llena de palomitas dulces, de la que cogían a manos llenas las dos. Curro berreaba en algún lugar del piso.

Le vino de pronto el olor de las palomitas y un picor extraño se le concentró en el fondo de la nariz. Pero se sobrepuso rápidamente.

—Te cansaste del pueblo, ¿eh?

—No fue por cansancio por lo que me vine a Málaga. —Castillo sonrió.

—La familia.

—Una de las razones…—dijo, lacónicamente. Era obvio que deseaba acabar con aquel interrogatorio.

Bernal lo captó en el acto.

—Estás mejor en Málaga, hombre —dijo, animosamente —. En Portas todo el mundo te llevaba la vida. ¡Eso pasa en los pueblos!—bramó—. Es peor que estar preso.

Tenía razón, toda la razón, pero ése no era el asunto. «No, de ninguna

manera lo era». Los recuerdos de diez años atrás le impidieron sonreír otra vez, aquellos recuerdos que solían causarle más congoja que otra cosa. Ninguna otra persona necesitaba comprender sus motivos para regresar.

Su padre, sin embargo, era el presente. Debía estar en Málaga por él. En las actuales circunstancias no hubiese concebido vivir lejos.

Castillo le habló a Bernal del estado de su padre. Había visto cómo la demencia hacía añicos en cuestión de meses su cuerpo y su mente. Todavía estaba conmocionado por el «espectáculo».

Bernal le miraba en silencio, sin ocurrírsele nada que decir al respecto: el padre de Bernal, en cambio, había muerto súbitamente siendo éste muy joven y, además, su muerte le había cogido a dos mil kilómetros de distancia. Le era imposible entender plenamente la situación por la que estaba pasando el médico.

—Me tomé la molestia de informarme de toda aquella historia —dijo cambiando de tema—. Me alegro de haberte servido de algo.

—Fue una tragedia…—el recuerdo hizo a Castillo extraviar un segundo la mirada.

—Dejaste al sargento con la boca abierta—. La palma de la mano derecha de Bernal sujetaba su mentón y el cigarrillo humeaba por encima de su cabeza —. Me imagino que le pasó lo mismo que a mí en Sevilla. Se te cambian los esquemas.

Castillo hizo el gesto de quitarse importancia.

—Ojalá que no me hubiese pillado el toro.

—Veo que no se te mete en la cabeza… A otros les pasa desapercibido, pero tú lo *ves*. ¿No entiendes que eres un privilegiado?

—¿Un privilegiado?—dijo despectivamente Castillo—. Pues preferiría estar ciego.

Bernal suspiró como si se dispusiera a decir algo. Luego desvió la vista hacia el ventanal.

—Tienes que hacerme un favor —murmuró al cabo de unos segundos.

Castillo desplegó las antenas. «Aquí está lo que me temía», se dijo una fracción de segundo antes de responder a Bernal.

—Si está en mi mano…

—¿Lees los periódicos?

—Sí. Casi todos los días.

—¿Qué sabes del crimen del paseo marítimo? ¿Has visto las noticias?

Castillo contuvo la respiración un instante y, antes de responder, se puso a considerar lo rápidamente que se había esfumado la primera emoción de su reencuentro con Luis. ¡Después de veinticinco años!… Pero ¿por qué le causaba tristeza descubrir que no se había equivocado, que Luis seguía siendo el de siempre? A sus años tenía que haber aprendido ya a dominar aquellos sentimientos. Le irritaba que la actitud de Luis, ese pragmatismo sin apegos ni afectos, viniese a amargarle la mañana. Suponía que, de modo inconsciente, todavía albergaba la esperanza de encontrarse con un Bernal distinto, un Bernal que fuese capaz de mostrarle una quinta parte al menos del altruismo que él estaba dispuesto a dispensar a los lazos que aún les unían. Pero ése ya no hubiese sido Bernal. La intuición de Sandra con relación a Luis no era gratuita del todo, entendía ahora. Cuando, aún sin conocerle en persona, desconfiaba de él y de sus intenciones, lo estaba retratando tal como era, sólo por lo que había escuchado de su boca. Y eso que él siempre lo había justificado, siempre había hallado una razón honesta a su conducta.

Sí, Luis le había vuelto a decepcionar. Lo curioso era que, desde el mismo núcleo de aquella decepción, surgía una estúpida complacencia consigo mismo. Se felicitaba por haber vaticinado al milímetro las verdaderas intenciones de Bernal. Y aquella manera de Luis de dirigírsele, la que le hacía sentirse como si estuviese siendo sometido a un interrogatorio… Bajo la ropa cara y los nuevos modales de burócrata de élite, la vieja concha del policía no se había desprendido aún.

—¿Te refieres al de hace unos días? ¿El de esa mujer?

—Natalia…—Bernal se apresuró a ponerle nombre: le horrorizaba la despersonalización de las víctimas, y ese horror se le hacía insoportable en el caso de Lita porque, además, una vez, había sido parte importante de su vida —. Esa mujer era la hija de Dora. Ya no te acuerdas de Dora, pero seguro que te hablé de ella en Sevilla.

Los ojos de Castillo giraron media vuelta en las órbitas.

—Ahora que lo dices…

—Tuve en mis brazos a aquella niña infinidad de veces —explicó, nostálgico y triste, Bernal.

Se hizo un silencio. A Castillo no se le ocurría nada que decir. Por fin, incómodo ante un Bernal ensimismado, echó mano de una frase hecha, de la que se avergonzó enseguida. Era una estupidez; tenía que habérsela ahorrado.

—La verdad, nunca me lo hubiera imaginado… La vida está hecha de

casualidades.

Bernal asintió mientras encendía otro cigarrillo con el anterior a medio extinguir. Luego volcó nuevamente una pequeña cantidad de brandy en la taza de café casi vacía y se lo llevó a los labios.

Las volutas de humo azulado, indecisas al principio, enseguida se lanzaron en pos de la nariz de Castillo.

—No me has contestado a lo que te preguntaba antes.

—¿Si sabía lo del crimen? Bueno, un poco por encima —dijo tras una breve pausa—. Lo que dijeron en los telediarios. También estuve leyendo la noticia en El Sur. Es inconcebible.

—¿Inconcebible?... ¿Hoy en día? Ya nada nos sorprende, Ramón.

—Se asumen muchos riesgos matando en una zona tan concurrida, delante de tantos posibles testigos —dijo Castillo, pensativo.

—¿Y…?

—Que no importan las motivaciones, ya sea interés, instinto de supervivencia… No sé. La necesidad de matar ha de ser muy acuciante. Completamente inaplazable.

Bernal le miró interesado. Sentía que la máquina de precisión que se escondía dentro del cráneo de Ramón Castillo acababa de ponerse a carburar.

—Nunca se me meterá en la cabeza por qué no te hiciste investigador en vez de dedicarte a curar catarros y diarreas.

—Ser médico es más que curar catarros.

—Cierto: es que te den por el culo a cualquier hora.

Castillo sonrió irónicamente.

—Bien mirado…

—Has desperdiciado tu talento rellenando recetas, mamonazo.

El tono de Bernal hizo que Castillo se pusiese automáticamente en guardia.

—No me dores la píldora, cabrón.

—Ya… Dame tu opinión —dijo de sopetón Bernal.

—¿Sobre qué?

—Sobre el caso, joder. ¿Qué te sugiere?

—No… Espera.

—Sólo tu opinión —insistió Bernal.

—¿Pero qué dices, Luis? ¿Qué opinión voy a darte?

—Escucha, Ramón. Tienes que ayudarme.

—No. Escúchame tú. Si esa es la clase de favor que pensabas pedirme…

—meneó la cabeza—. Lo siento, tío.

La mirada de Bernal se endureció de pronto.

—¿Por qué no?

El médico vaciló un instante. No fue capaz de sostener la mirada a su amigo más allá de un segundo.

—Por muchas razones —dijo al cabo.

Bernal no parecía dispuesto a darse por vencido a las primeras de cambio. Sorbió de la copa hasta casi vaciarla.

—Dame una —exigió, mientras se mesaba el cabello con cierto nerviosismo.

Una absurda sensación de deuda pendiente atenazaba a Castillo. Era Luis quien debía mostrarle gratitud y no al contrario.

—Primero: yo no me dedico a esto, aunque a ti te parezca otra cosa. Luego…

Bernal no le dejó seguir.

—En el ochenta y dos tampoco te dedicabas, pero lo hiciste.

—Te lo he dicho muchas veces: fue un golpe de suerte.

—¿Suerte? ¡Una mierda, suerte! Nos condujiste hasta el taxista, mediante una pista que nadie de nosotros, ¡absolutamente nadie!, fue capaz de interpretar. ¿Es eso suerte?

Castillo bajó la cabeza. Empezaba a sentirse acorralado.

—…Luego, no tengo tiempo. Ni ganas… Además, a mi mujer le afecta mucho. Tú no la conoces. Ella no soportaría verme ni un solo día metido en la investigación de un asesinato.

—En Sevilla…

—Luis, en Sevilla las circunstancias eran muy diferentes. ¡Me cago en la puta, no me manipules! Allí me cogisteis por banda... Allí estaba en prácticas de una asignatura. ¿Qué cojones iba a hacer?

—Podemos verlo hoy. Esta misma mañana. Esta mañana, y te dejo tranquilo —prometió Bernal.

—Venga, coño. Sabes que no funciona así. ¿Qué voy a sacar en claro en tan poco tiempo?... Si empiezo, si me subo a ese tren, ya no me podré bajar hasta que se pare.

Bernal miró su reloj. Marcaba las diez y treinta y cinco.

—Hasta la una —propuso.

Castillo titubeó.

—No cuentes conmigo después —dijo a regañadientes.

—De acuerdo —Bernal sonrió—. Te daré toda la información. Luego iremos al lugar del crimen.

—De acuerdo, no. No vengas a buscarme luego, ni me llames. Te lo pido por favor.

37

Al acelerar con fuerza, instantes después de verse obligado a dejar cruzar a unos viandantes en el último paso de cebra sito frente a la plaza de toros, el autobús de la línea número 11 dejó una densa estela de humo negruzco, de unos veinte metros de longitud, desde la esquina del quiosco de prensa y revistas. El humo se filtró hasta los árboles del Paseo de Reding, justo en el momento en que abandonaban la cafetería. Curiosamente aquel olor desagradable traía a Castillo buenos recuerdos de su infancia.

Ahora lo entendía. Bernal necesitaba ablandarle y qué mejor estrategia que empezar por contarle lo desgraciado que era.

—Lo que ha hecho Fernando Muriel —dijo Bernal mientras bajaban por la calle Santa Cristina—, es bastante impresionante. Joder, me recuerda a ti. Haré lo posible por que se reúna con nosotros en el paseo marítimo.

Castillo asintió sin decir nada, pero sentía curiosidad.

La escena del crimen era lo único que tenían para empezar. Bernal estaba seguro de que, llevando hasta allí a su antiguo «colaborador» y amigo, encontrarían alguna pista. Su esperanza era que algo debía de habérseles pasado por alto a Muriel y los suyos, porque siempre sucedía. Y, sin duda, Castillo sabría verlo. La confianza de Bernal a ese respecto era absoluta. Sin embargo, Castillo no era de la misma opinión. Pero conocía a Bernal y lo obstinado que podía llegar a ser. ¿Y si le defraudaba? ¿Acabaría por resignarse y le dejaría en paz? ¿Y si aquel lugar no «le decía» nada que ya no se supiese? Bernal había empleado diez minutos en relatarle los pormenores de su visita a la comisaría: su entrevista con Ramos y Muriel, los detalles que conocía del curso de la investigación y las hipótesis que comenzaban a esbozarse. Luego le contó las circunstancias del hallazgo del cuchillo. Aunque la noticia se había filtrado a los periódicos, los responsables del Grupo de Homicidios habían decidido no confirmarla ni desmentirla, suponiendo que, con ello, dispondrían de cierta ventaja para usarla más tarde a conveniencia. Ramos le había llamado para explicárselo. La idea de Muriel había sido brillante, sin duda.

Castillo le había prestado toda su atención. Al concluir, no daba crédito a lo oído. ¿Esto era lo que tenía Bernal? ¿Su conocimiento se limitaba a lo que en una charla informal habían compartido con él dos miembros de la Brigada de

Homicidios encargada del caso? Ni siquiera tenía en su poder copias de las fotos hechas para la investigación. Debería imaginárselo todo. ¿Pero qué broma era ésa? ¿Es que pensaba Luis en serio que, con esos retazos sueltos y en menos de dos horas, iba a ser capaz de sacar petróleo?

En parte, Castillo se sentía aliviado. Era evidente que no podría hacer nada con un material tan escaso. Todo concluiría esa misma mañana, cuando le convenciese de que estaba tan en blanco como al principio, porque algo le decía que no podría zafarse de Bernal pese a todas sus promesas, a menos que éste tuviese una completa certeza respecto de lo inútil de su participación.

Al llegar al paseo marítimo, giraron a la derecha, retrocediendo sobre sus pasos. Bernal había recordado que se habían dejado atrás el edificio donde vivía Natalia. Anduvieron por la acera que linda con el muro del antiguo Hotel Miramar y llegaron hasta el comienzo de la calle Cervantes. Bernal se detuvo frente a la entrada de acceso al garaje de uno de los edificios, señalada con un disco de «vado permanente». Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y levantó la vista, como escudriñando el edificio en toda su altura. Castillo le vio abatido por primera vez, como si estuviese reprochándose el no haber estado allí para seguirla aquella noche. Quizá se estuviese diciendo a sí mismo que él habría podido salvarla, que no debió alejarse de su lado cuando era tan pequeña, que él hubiese sido capaz de guiarla y protegerla o, al menos, de enseñarle cómo protegerse a sí misma. Pensamientos más absurdos son comunes cuando una gran tragedia se ha cernido sobre uno, meditó Castillo.

—Por aquí entró Lita, sobre las nueve de la noche —explicó Bernal mientras procedía a cambiarse las gafas por otras de cristales tintados—. Aparcó el coche y subió al piso. Un cuarto de hora después, aproximadamente, salió a la calle vestida con ropa deportiva.

A Castillo no se le ocurrió nada que decir.

Pero el ensimismamiento de Bernal duró apenas treinta segundos. Debió de recordar que se les echaba el tiempo encima, porque miró nuevamente el reloj y salió caminando a buen paso en dirección al paseo marítimo, tan repentina y rápidamente que dejó atrás a Castillo.

Se volvieron a reunir al pie del semáforo. Al cruzar al lado del mar, la caminata comenzó a convertirse en una especie de carrera contra reloj.

—Vamos —le animó Bernal—, que ya son las once y cuarto. No nos queda mucho tiempo.

Antes de llegar a la mitad del recorrido, Bernal se había visto obligado a

quitarse el abrigo. Era un día idóneo para pasear: una brisa apenas perceptible les acariciaba el rostro, y el sol se había librado de las madejas de nubes altas que agrisaban el cielo. El paseo marítimo estaba bastante transitado: jubilados, individuos sudorosos en plena carrera, parejas, grupos de adolescentes, gentes con perro, ciclistas… Un cuarto de hora después estaban en el lugar fatídico, el pavimento donde Natalia había exhalado su último suspiro, a escasos metros de donde su asesino la había estado acechando probablemente, antes de arrebatarle la vida. Apenas habían intercambiado unas palabras durante el recorrido.

Bernal tenía dificultades para hablar después de la caminata: le faltaba el aliento. Entrecortadamente suplicó a Castillo que esperase un segundo y, después de respirar un par de veces todo lo hondo que pudo, sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta, mientras se hacía a un lado. Gabriel Ramos contestó en seguida la llamada.

Había sido Ramos quien, ansioso, le había llamado menos de veinticuatro horas antes para contarle la ocurrencia de Muriel que les permitió dar con el arma. Por fin tenían algo. «Una pista a seguir». Le había puesto al corriente además de todas las vías que seguían en direcciones muy diferentes y de lo infructuosas que hasta el momento estaban siendo las pesquisas del Grupo, a excepción de aquel inesperado hallazgo.

—¿Lo sabe Dora?

—No. No la he llamado aún —declaró Ramos.

—Yo se lo diré.

La charla continuó durante un par de minutos más.

Entretanto, Castillo volvió la vista a la playa vacía. Vinieron a sus pensamientos los recuerdos de las moragas nocturnas de fin de curso, treinta años atrás. Le resultaba un poco extraño, porque no era ni mucho menos la primera vez que se asomaba a la playa desde su vuelta a Málaga y nunca antes había tenido esos recuerdos. Creyó incluso sentir la cálida salinidad de la brisa del verano nuevamente. Ahora, la brisa fresca de poniente mantenía ligeramente encrespado el mar, de color verde intenso aquella mañana espléndida de sábado. Entremedias de sus recuerdos, se preguntaba qué tipo de impulso habría movido al asesino. ¿Rencor? ¿Placer? ¿Venganza? Era un gran misterio para él que la fuerza capaz de pulsar ese resorte oculto diese resultado en unos y fallase en los demás. Era uno de los pensamientos que le visitaba a menudo desde lo de Sevilla. ¿Por qué?, se decía a veces,

esforzándose sin éxito por distinguir algo de sentido en el crimen, de entender cómo era posible que no se desmoronase por completo el mundo interior del que mataba. Por desentrañar un misterio así, hubiese aceptado entregar a cambio un año de su vida.

Bernal le había dicho que antes debía estar seguro del punto exacto.

La presencia del funcionario de Europol en el lugar del crimen no pareció alterar a Ramos, que se desentendió rápidamente del asunto. De algún modo, daba la impresión de esperar que tal cosa sucediera tarde o temprano. Era lógico. Ramos sabía que el instinto del investigador no desaparece nunca, ni siquiera cuando uno lleva apartado del trabajo de campo más de media vida. Era inevitable que Bernal se sintiese atraído por seguir los pasos de Natalia Blanes durante aquella fatídica noche de diciembre, que siguiese aquel itinerario macabro y que ello le condujese inexorablemente a pensar por sí mismo, a ver si se le ocurría algo que a ellos se les hubiera pasado por alto. Él hubiese hecho lo mismo. La localización exacta no la recordaba, dijo; no, al menos, con las referencias que deseaba Bernal. Era cosa de Fernando Muriel, que había vuelto al lugar en varias ocasiones y que, por lo tanto, estaba muy familiarizado con los detalles. Bernal le llamó inmediatamente. Muriel era un auténtico portento para memorizar los escenarios de un crimen. Le causó asombro la minuciosidad de sus descripciones. Debía de tener una memoria fotográfica. Le describió sin vacilaciones la configuración de las palmeras del borde del paseo, que había numerado a partir de un punto concreto (un paso de cebra), la distancia entre la número 7 y el cuerpo, su posición exacta y, en fin, otros detalles, como el acceso a la playa a través del merendero. Bernal le insistió desde el principio en que no era necesario que se desplazase hasta allí, pero le dejó caer que había acudido al paseo marítimo con un amigo del que esperaba recibir «opinión» sobre determinados aspectos del crimen. «Es alguien ajeno a la policía, un médico que me ayudó en un caso, hace muchos años», le dijo. Sabía que eso excitaría su curiosidad, aunque era incapaz de prever cómo reaccionaría ante esta nueva «intromisión». Percibió que estuvo menos cordial que su superior. No parecía impresionarle como a Ramos su cargo en Europol. Ya en la reunión en comisaría había observado que no se encontraba cómodo. En el fondo, seguramente desaprobaba que Ramos le hubiese puesto al corriente del curso de la investigación como si fuese un miembro más del equipo. No compartía las razones del jefe que en gran medida eran «políticas», quizá porque, por su posición en la Brigada, se

consideraba al margen de ellas.

Desde que Muriel se despidió con un lacónico «adiós», intuía que haría lo imposible por ir. Bernal prefería que así fuese. En su cabeza burbujeaba la idea, todavía sin estructurar, de un experimento: forzarlo a enfrentarse a Castillo. Quizá el cóctel funcionase.

—Éste es el sitio —dijo Bernal nada más colgar, señalando una borrosa mancha en las baldosas grises, a medio camino entre el césped y el muro.

Castillo intentó imaginarse el cuerpo agonizante de la muchacha.

—¿Dices que regresaba cuando ocurrió?—susurró

Bernal asintió con la cabeza.

—Quizá llegó corriendo hasta el tranvía. Al parecer, le gustaba volver andando a paso ligero. Los de Homicidios creen que el que la mató, la estaba esperando entre esas palmeras —señaló con la mano derecha uno de los grupos de tres que había en el césped, a unos ocho o nueve metros de la mancha—. Es un lugar bastante seguro para pasar desapercibido, ya que la acera al otro lado del asfalto es muy estrecha y apenas pasa nadie por ahí—. Debió de sorprenderla por la espalda, saliendo de ahí. Sabiendo como *sabemos* que es diestro, es lo más probable, dada la localización de la herida… —se puso como a cavilar unos segundos—. Luego bajaría por esas escaleras —señaló de nuevo, aunque ahora con su otra mano—, enterrando inmediatamente el arma a unos metros del merendero… Quizá todo eso no le llevara más de veinte o veinticinco segundos. A partir de ahí, es lógico pensar que se alejara por la playa, casi seguro en dirección este, y que saltase de nuevo al paseo a un centenar de metros de aquí, quizá antes… Hasta que se descubrió el cuchillo, se pensaba que cruzó inmediatamente la carretera, pero después… esa teoría se ha desmoronado.

Castillo no dejó escapar una sola palabra de sus labios cuando Bernal hubo concluido y siguió sumido en un mutismo absoluto durante al menos un minuto. En ese intervalo de tiempo, bajó por las escaleras del merendero hasta un costado del mismo, e incluso pisó la arena, ahora apelmazada por el rocío. Miró a su izquierda y se internó más en la playa. «Te estás desviando del arma», oyó decir a Bernal mientras caminaba hacia el este. Recorrió unos sesenta o setenta metros ante la mirada curiosa y algo perpleja de Bernal y se volvió bruscamente. A continuación regresó adonde estaba el resto de la mancha de sangre.

—Fernando Muriel tiene una teoría distinta —prosiguió Bernal—. Él cree

que pudo esconderse en el merendero y esperar a que se arremolinara la gente alrededor del cadáver. Quizá aprovechara la confusión para unirse a los curiosos.

—Tal vez —murmuro, pensativo, Castillo—. Espérame aquí, ¿quieres? —Y se alejó a paso ligero hacia El Morlaco antes de que Bernal pudiese objetar nada.

—¡Mierda! ¿Pero adónde vas?—le gritó éste cuando consiguió reaccionar.

Castillo se volvió sin dejar de caminar y le hizo un gesto con la mano, dándole a entender que regresaría de inmediato.

En un par de minutos había vuelto.

—¿Qué haces?—inquirió, completamente en ascuas, Bernal.

Castillo estaba tan ensimismado que pasó por alto la pregunta.

—Da igual el porqué, Luis. El lugar es lo que tenemos. Y él sabía cómo y dónde…

—No te pongas críptico, mamón —le interrumpió Bernal—. Habla claro.

—… ¿Pero cómo supo el momento exacto?

Bernal tuvo una extraña, confusa y al mismo tiempo emocionante sensación de que, por primera vez, se empezaban a formular las preguntas correctas.

—Dímelo tú —exigió.

—Tiene que haber una manera. — Castillo parecía reflexionar en voz alta.

—Buscaba el lugar más oscuro.

Castillo bajó la cabeza.

—El lugar más oscuro. Para ocultar el arma —musitó.

—¿Cómo dices?

—¿Te has preguntado por qué la enterraría?

—Es evidente que para escapar. Es instintivo en el criminal el impulso de deshacerse del arma, de evitar que lo relacionen con el crimen si lo detienen.

—Sí, pero… ¿enterrarla? Como es lógico, Luis, los investigadores habrán sacado conclusiones.

—¡Conclusiones! Te gusta hacerme sufrir, ¿eh? ¿Qué conclusiones, pedazo de cabrón?

Castillo sonrió.

—No quería que la encontrasen, eso está claro. Tampoco que pudiesen seguirle la pista. Le preocupaba que hubiese alguna forma de relacionarle con ella, aunque había tomado muchas precauciones para que esto no ocurriese… Usando guantes, por supuesto… Eligiendo un cuchillo accesible a todos los

bolsillos, del que se han fabricado y puesto a la venta muchas unidades, que se vende en unos grandes almacenes especializados en bricolaje y que además puede adquirirse a través de tiendas *online*, ¿no es así?

Bernal asintió varias veces.

—Correcto.

—Lógicamente, tenía que deshacerse de ella. Pero no se quedaba completamente tranquilo arrojándola lejos de sí, sobre la misma arena. Tenía que enterrarla. Y eso lo cambiaba todo porque, de ese modo, no se resistiría a la tentación de recuperarla. Dejaría pasar un tiempo, hasta estar seguro de que no había vigilancia en la playa.

—Hasta que ese hijo de puta del motorista nos jodió el invento —observó Luis, apretando de rabia las mandíbulas. (No se había probado que fuese Ortega el de la filtración al Málaga Hoy, pero las sospechas de Ramos recaían sobre él)

—Y crees que una decisión así se toma sobre la marcha.

—No entiendo lo que quieres decirme, Ramón.

—Lo que hay que saber es lo que hizo después de matar a Natalia. Si llegamos a saberlo, podremos deducir qué hizo antes.

—Sigo sin entenderte.

—Es muy sencillo. ¿Qué sabemos con seguridad, Luis? Que el arma es enterrada a cierta profundidad en la arena, después de cometerse el crimen, ¿no? No se arroja al mar (donde la encontrarían pronto, muy probablemente) ni, pongamos por caso, en una de las papeleras de la playa. ¿Tú crees que algo así se improvisa?—meneó la cabeza—. Yo creo que no. Es un acto minuciosamente planificado.

—Es lo mismo que piensa el Grupo de Homicidios. Y yo estoy de acuerdo. Eso no es novedoso, Ramón —observó ligeramente decepcionado Bernal.

Castillo no se dio por aludido. Echó el cuerpo hacia atrás hasta apoyarse en el muro.

—Todo el crimen lo estaba. Desde el principio.

—Te repito que eso no cambia nuestra percepción. Seguimos sin saber nada del asesino. Si Natalia ha sido o no una víctima al azar, y si la eligió, desde cuándo la seguía y por qué.

—Cómo puede ser que no lo veas, Luis. Tenía preparado el hoyo… —dijo ensimismado.

Bernal dejó escapar un gruñido, pero su amigo no le prestaba atención en

esos momentos.

—Cada tarde escarbaba en la arena, en el mismo lugar, por si acaso. Cada vez que venía repetía la misma operación. Puede que las primeras veces formase parte del ensayo para controlar los tiempos y medir la reacción de la gente que hubiese podido observarle. Más adelante, cuando llevaba el arma consigo, vuelve a hacerlo por si se le presenta la oportunidad…

Bernal sintió palpitar fuertemente su corazón.

—Nunca se me hubiera ocurrido pensarlo.

—Forma parte del plan —precisó Castillo—. ¿O es que piensas que se le ocurrió sobre la marcha? Y, para escapar, tiene que moverse rápido. Así que cava un hoyo, prepara el escondite del arma. Nadie le ve hacerlo y si le ven, no le prestan atención, no imaginan nada *peligroso* detrás de esa conducta. Es difícil que le recuerden, que recuerden siquiera qué hacía allí, postrado sobre la arena, dándoles la espalda… —se detuvo. Luego, al pasar unos segundos, preguntó a Bernal, sin mirarle—: ¿Te has parado a pensar en cómo se pueden seguir los pasos de una mujer que sale a correr en un lugar público, en un lugar por donde no pueden transitar automóviles?

—Perdona, no te sigo —dijo confundido Bernal, aunque lleno de excitación.

—Andas tras ella —especificó Castillo, ahora sí, mirando a Bernal—. Tienes que seguirla durante un trecho al menos. Y no es el primer día, lo has hecho otras veces, lo has ensayado para conocer los riesgos. Pero *no vas tras ella*, sino que lo haces de manera que te tome por uno más entre esa variada fauna con la que se mezcla cada noche. ¿No los ves?—dijo señalando con la vista a los transeúntes—. Piensa, Luis. En el marítimo hay zonas oscuras, otras no tanto. Gente que va y viene, aunque no demasiada a esa hora. Eres consciente de que a ratos puede estar sola y de que esa ventaja no durará mucho tiempo… Realmente no sabes el instante en que podrás hacer lo que has planeado. ¿Cuándo?, te dices. Tienes que buscar la oportunidad, quizá una única oportunidad…

Bernal sintió un escalofrío.

—Yendo más rápido que ella y en ambas direcciones —musitó.

Un ciclista, cubierto con un chubasquero amarillo, pasó a unos centímetros de Bernal. Ambos le siguieron con la mirada.

38

—Buenos días.

La voz le resultó familiar a Bernal. Venía por su derecha. Giró un cuarto de vuelta la cabeza y allí, a un metro, estaba Muriel. Le acompañaba una mujer joven, de cejas pobladas y ojos felinos, vestida toda ella con ropa vaquera. La clase de mujer que los ojos de un hombre examinarían con interés, nada más verla. Ninguno les mostró un mínimo atisbo de sonrisa.

—Buenos días —respondió Bernal.

Castillo se incorporó.

—Bernal —Muriel se fue hasta él y se estrecharon la mano—. Es Carolina, mi mujer.

—Encantado —ahora Carolina sí sonrió al alargar la mano. Bernal se la tomó ceremonioso, de la manera que se había acostumbrado a hacer en las recepciones oficiales. —Ramón es amigo mío.

Se saludaron con un apretón de manos, pero Castillo percibió frialdad y hasta desdén en la mano de Muriel.

—Nos cogía de paso —se justificó Muriel—… ¿Qué tal? ¿Habéis adelantado algo?

Bernal y Castillo se miraron: una ligerísima sorna envolvía la voz de Muriel.

—Lo del cuchillo ha sido extraordinario —dijo Bernal—. Se lo venía diciendo a Ramón. Te felicito.

—Gracias. Pero extraordinario no es —sonrió con modestia

Carolina miraba a su marido sin poder ocultar su orgullo.

—Créeme que a muy poca gente se le hubiese ocurrido algo así —insistió Bernal.

—A *él* se le ocurrió —observó Muriel.

El sol se había colado bajo la ropa de invierno. Bernal sentía el peso de su abrigo, ya demasiado tiempo terciado sobre el brazo.

Asintió con la cabeza.

—Algunos poseen cualidades increíbles…, cualidades mentales —precisó Bernal—. Y no me refiero a los asesinos, que a veces son también endemoniadamente listos. Me refiero a gente que parece normal, pero no lo es. *Ordinary people* —dijo como para sí—. Sólo he conocido a cinco personas

que tenían ese, digamos…, don, y tres de ellas no eran criminalistas… —sonrió ampliamente, enseñando su fea dentadura.

Castillo miró para otro lado. Odiaba que le alabaran en su presencia. Le hacía sentirse estúpido.

—Cualquier aportación es bien recibida —dijo Muriel cruzándose de brazos.

—Hace bastantes años, Ramón nos ayudó a resolver un caso en Sevilla…

Muriel le dedicó una breve mirada a Castillo, entre curiosa y escéptica.

—Vaya. Qué bien.

—Deja eso, Luis, por favor —le pidió Castillo.

Bernal ni siquiera le miró.

—Mira, Muriel, yo nunca he tenido prejuicios en el trabajo. Me da igual de dónde vengan las ideas.

—Ya sé que tienes experiencia en Homicidios —admitió Muriel.

—Las ideas, Muriel —repitió Bernal.

—Es una buena filosofía.

—Te sorprenderías al saber de lo que son capaces estas personas. De lo que *tú* mismo quizás seas capaz.

Muriel no encontró ninguna palabra con la que contestar a Bernal. Simplemente enarcó las cejas.

—En Dinamarca están llevando a efecto un programa para reclutarlos —dijo Bernal después de sonarse delicadamente la nariz—. También el FBI ha puesto en marcha una iniciativa similar. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—No tengo ni idea —respondió, burlón, Muriel.

—En el programa se les ha bautizado como «Los Clarividentes» —prosiguió explicando de corrido Bernal, como si no le hubiese escuchado o no le importase el tono de aquél—. Aunque hace años que en el argot de la División de Homicidios son los Poirots. Y no estoy hablando de videntes, ¿eh? No, los videntes tienen otra función y a veces resultan útiles, como tú sabes. Pero esta gente es otra cosa. No son capaces de adivinar nada. La mayoría de ellos desconoce sus habilidades y muy pocos tienen una formación a la altura de lo que cabía esperar… Dependientes, oficinistas, amas de casa... No sé cómo explicártelo… En los casos que investigamos, normalmente tiramos de la madeja para juntar las piezas. Pero ellos no. Ellos se dirigen al *principio*. Es como andar hacia atrás para ver desde el punto de partida dónde está la meta. Stromberg, en su Tratado de Psicología Criminal, lo ha bautizado como

el «proceso de inversión deductiva».

Muriel parecía comenzar a interesarse pero sin mostrarse impresionado.

—Me informaré.

—Hay un dossier en Europol a disposición de los cuerpos de policía de cada país miembro. Con el diseño del programa y algunos resultados preliminares.

Muriel dejó escapar un suspiro.

—Se trata de una experiencia piloto, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—No. Dímelo por favor —suplicó Bernal.

—No hay resultados concluyentes. Si los hubiese, lo sabríamos.

—¿Piensas que me lo estoy inventando?

—Para nada —negó Muriel—. Me estás hablando de un experimento. Cuando se demuestre su utilidad, cambiaremos el método.

—El método, claro —dijo Bernal mirando con impaciencia y preocupación su reloj.

—Tenemos procedimientos que seguir. Es algo básico en nuestro trabajo —dijo con suficiencia Muriel.

Luego pensó en si era ético hablar así, pues detrás de la excusa se escondía nada más y nada menos que su propio egoísmo. Y se trataba de un asesinato… ¿Ética? La ética había que aplicarla a los fines, no a los medios. Otra cosa muy distinta era la legalidad. «Dentro de la legalidad, siempre», le había aconsejado una vez en voz baja uno de sus instructores, guiñándole un ojo. La ética era para los profesores, no para los que trataban con toda clase de escoria, como él. Sin embargo, desde que había nacido Ale, se miraba a sí mismo constantemente. A veces le angustiaba pensar que no estaría nunca a la altura de lo que Ale esperase de él. Que, cuando el niño creciese, tendría que mantener entre bambalinas esa parte sucia de él mismo. Y le avergonzaría hacerlo.

Realmente, ya sentía esa vergüenza al contemplar su rostro dormido.

Por supuesto que se daba cuenta de que no estaba siendo honrado al plantear a Bernal aquellas objeciones, pero no le importaba. No era el momento de ser escrupuloso. ¡Conque exigiendo ortodoxia! Profesionalmente no era, lo que se decía, un ejemplo de ortodoxia. Siempre había ido un poco por libre. De hecho, la reputación que se había granjeado con su conducta no

era desde luego la más idónea para que, en un futuro, le encomendasen la gestión de grupos. Muriel lo sabía. Pero no podía franquearle gratis la entrada a Bernal y su amigo, y dejarles a ambos que lo pusiesen todo patas arriba. ¿Eso era lo que temía, que supusiesen un estorbo? ¿O se trataba de una excusa que se estaba dando a sí mismo para frenarles porque, en el fondo, lo que le preocupaba realmente era que viniesen a restarle brillo? Para ser honrado al menos en una cosa, caviló, tenía que reconocer que la segunda alternativa era mucho más consistente. Ambicionaba salir airoso del caso, sí; era lo que más le ilusionaba. Se veía capaz de dar con el culpable, pero necesitaba tener las manos libres y apartarse de la «política» del cuerpo. Y sobre todo necesitaba buenos colaboradores. En efecto, no quería fisgones ni videntes. Sabía que le entorpecerían el trabajo. No estaba dispuesto a perder la oportunidad: el hallazgo del arma le había colocado un peldaño más arriba, y ahora era su instinto de conservación el que hablaba por él.

—Lo importante son los resultados. ¿Para qué crees que nos quiere la gente? ¿Para vernos con el uniforme puesto por las calles? Lo que espera la sociedad de nosotros es que resolvamos los delitos, y si nos empeñamos en sacarle brillo a nuestro *status quo*… o anteponer los formalismos…

Muriel se llenó de pronto de impaciencia. El aire comprimido que salía por su nariz le delataba.

—Una cosa es estar abiertos a ciertas ideas y otra muy diferente dejar que cualquiera opine. Eso sería de locos. Pero antes te he dicho que me parecía bien que tengas tu propia fórmula de hacer las cosas.

—… Perderemos muchas oportunidades, ¿entiendes? —concluyó Bernal, ajeno por completo a la interrupción de Muriel, y se cambió el abrigo de brazo.

—Joder, que me parece muy bien —volvió a repetir Muriel, sin perder la compostura—. Es tu punto de vista. No sé cómo decírtelo ya para que me creas.

—Te parece bien, pero no te gusta.

—No es que no me guste —dijo con cierto hastío Muriel—. Es que, sinceramente, no le veo la utilidad.

Bernal miró de reojo a Castillo, que había vuelto a apoyarse en el muro. Con los brazos cruzados y la mirada baja, no dejaba traslucir su estado de ánimo. Bernal supuso que era su manera de mantenerse al margen de la discusión, y que la hostilidad de Muriel no iba a ser estímulo suficiente para

hacerle cambiar de idea. Por ese particular podía estar tranquilo. Lo que más le preocupaba a Bernal era que aquella resistencia estaba retrasándolo todo. Era consciente de que Castillo hablaba completamente en serio en cuanto a dos cosas: que tenía que marcharse a la una, a lo más tardar, y que la de esa mañana era la única ayuda que podía esperar de él.

—¿Nos cierras las puertas?

Carolina escrutaba en esos instantes la silueta de los barcos fondeados en la bahía. No podía apartar de su cabeza la situación de la familia González. Se imaginaba continuamente a Javier, abatido en algún rincón de una modesta vivienda que ella no conocía por dentro, con la cabeza entre las manos, preguntándose dónde estaría Pablito, diciéndose a sí mismo que ese tipo de cosas no podían sucederle a él, y sin embargo era algo real y no la pesadilla que por momentos hubiese anhelado que fuese. Carolina no podía apartar de su cabeza la angustia de aquella madre, a la que el llanto y el miedo no permitirían un solo pensamiento coherente. Lo intuía por ella misma, por Ale, que un día tendría la misma edad que ese otro niño. Entonces, le asaltaba una imagen extraña: veía a su hijo ya crecido sentado sobre la hierba de un parque que no podía identificar, pero su rostro era el de los carteles del supermercado, el rostro del pequeño Pablo, del que se había borrado la sonrisa y en el que ahora había una expresión ausente y preocupada, la expresión «adulta» que nunca tendría la cara de un niño. Sentía que no estaba haciendo nada por ayudar a Javier como él la había ayudado una vez, y que no tenía excusas para su inactividad, porque por mediación de Fernando podía llegar todo lo lejos que le fuese posible a una persona ajena a la familia y quizá más lejos… Estaba segura de que se le ocurriría algo para dar con el paradero de Pablo. Por lo menos, trataría de serles útil. Fernando no debía saber sus verdaderas intenciones porque se opondría rotundamente. No se lo reprochaba; ése era su deber. Aunque sí le reprochaba que hasta ahora no se hubiese tomado excesivo interés en satisfacer su curiosidad y en aliviarla con ello de su preocupación. Apenas había conseguido que volviese a preguntarle a Villalobos, después de mucho insistirle en ello. Como si fuera cosa suya y no de ella, aunque era una distinción estúpida, puesto que Villalobos era consciente de dónde partía aquel repentino interés. «Tómatelo con paciencia, Caro», le había aconsejado tras mantener una pequeña charla con el responsable en Desapariciones. «Todo indica que se trata de una fuga. Pronto aparecerá». Y cuando ella le había contestado, furiosa, que la policía no se

ponía nunca en el lugar de la familia, él había replicado que en las desapariciones de adolescentes no había lugar a «acciones policiales rápidas», que el trabajo se basaba esencialmente en difundir el hecho, alertando a las comisarías y cuarteles de la Guardia Civil del resto del país. Que no había recursos para poner bajo vigilancia a las estaciones de autobuses y de ferrocarril, pero que se «procuraba» empapelar con su foto la mayoría de ellas. Un chico de esa edad, argumentaba él, procuraba viajar a pie o haciendo auto stop, haciendo creer a quien lo recogiese que era mayor de edad, por lo que se trataba de poner sobre aviso a las asociaciones de transportistas, enviándoles la fotografía para que la repartiesen a todos los camioneros. Se hacía todo lo posible, según Fernando, pero a Carolina no le parecía bastante, quizá porque la óptica profesional que su marido aplicaba al asunto exigía apartarse emocionalmente, y, además, porque no iba con su carácter lo de sentarse a esperar acontecimientos.

Quizá su mente volaba con tanta insistencia hacia otro lugar, meditaba Carolina, en un intento de quedar al margen de aquella estupidez, de aquella conversación sin sentido. Estaba empezando a cansarse de ver enzarzado a Fernando en una disputa estéril con una persona cuyo propósito al venir a la ciudad era entrometerse en su trabajo. Era la primera vez que «participaba» en un caso de su marido. Nunca antes Fernando había mostrado esa clase de predisposición pero, a raíz de que ella le hablase de la desaparición de Pablo González, pidiéndole indagar sobre qué podía haberle sucedido, él comenzó a ponerla al corriente de las peculiaridades del caso más importante que se traía entre manos. Fernando le había contado lo de Bernal, lo del interés personal de éste en la investigación y lo que él mismo pensaba respecto de la actitud de Gabriel. La posición de Fernando en la Brigada se había afianzado a partir del hallazgo del arma. En cierta manera, Gabriel se había hecho a un lado, pero sin nombrarle oficialmente responsable. Seguía filtrando las incidencias, aunque desviaba hacia Fernando la parte puramente operativa. Los demás agentes habían asumido su nuevo rol, no sin reticencias, según la percepción de Fernando. A Carolina le había parecido un poco extraño que su marido hubiese cambiado de parecer, abandonando su habitual mutismo, aunque había optado por no preguntarle los motivos. Le disgustaba que Fernando la hubiese hecho venir, sabiendo que una cosa así podía ocurrir. Debía haberlo intuido; debía haber sabido que el carácter de su marido le obligaría a acudir a la cita para deshacer cualquier equívoco. Fernando era de esa manera: tenía que

hacerle ver a Bernal que no era un clon de Ramos y que, por supuesto, no era tan permisivo como él en lo concerniente al acceso al material de los casos. Quería que Bernal lo supiese, para marcar claramente las distancias. Le había notado contrariado al terminar de hablar por teléfono con él, aunque se guardase sus pensamientos. La fricción era inevitable. Por lo que parecía, Bernal no cejaría hasta obligar a Fernando a admitir sus métodos. La experiencia le había hecho ver que su posición era de fuerza, y estaba decidido a aprovecharla. Bernal había comprendido muy pronto que Ramos no le dejaría en la estacada, que temía afrentarle porque sin duda le veía muy por encima de él. Para ella, la reacción de su marido ante el envite de Bernal era un misterio todavía por revelar. Quizá terminase por ceder, aunque lo dudaba. Todo sería más fácil de predecir, si dependiese de él, si no tuviese que acatar el criterio del jefe. Entonces, hubiese apostado sin dudar por que Fernando le habría parado los pies en seco a Bernal. Lo habría despachado en un santiamén.

Para abstraerse en la medida de lo posible, Carolina fijó la mirada en un trasatlántico de casco blanco, que tenía media proa oculta tras el espigón del morro. Venía observándolo desde hacía un minuto, tratando de dilucidar si se movía en dirección a la ensenada del puerto. No estaba segura del todo, aunque parecía estar quieto. De cuando en cuando sus ojos felinos se posaban en la gente que caminaba aparentemente despreocupada hacia La Malagueta. Furtivamente, observaba a Castillo, que tenía un lejano parecido con uno de sus profesores de la facultad de Derecho. Era fácil leer en su cara que, al igual que ella, se sentía violento y como fuera de lugar ante la discusión. Pero el médico que «había ayudado una vez a Bernal a resolver un caso», experimentaba además una viva impaciencia. Carolina estaba segura de eso. Ella sabía que cuando a un hombre le aleteaba la nariz, era que estaba como loco por decir algo para darse importancia ante los demás. Los hombres se parecían unos a otros en que no resistían la tentación de pavonearse. Ese pensamiento avivó la curiosidad de Carolina y, además, le trajo a la cabeza otro que estaba estrechamente relacionado con aquél: la reacción de su marido cuando el médico tuviese la oportunidad de hablar. Bajo los lógicos remilgos que sentía Fernando ante la posibilidad de tratar de tú a tú con él, Carolina sabía que latía una enorme curiosidad por descubrir de lo que era capaz. En el fondo, cavilaba ella, Fernando quizá deseaba que fuese un impostor. Conociéndole, suponía que su ego no sería capaz de soportar que una especie

de chamán a los que tan acostumbrados estaban a recurrir en otras unidades policiales, finalmente se le colase en el caso gracias a una feliz ocurrencia que no tuviese más remedio que pararse a analizar.

Carolina no quería mirar a Bernal. Dirigía la mirada a cualquier objeto, persona o incidencia, tratando de no fijarse en aquel hombre de modales exquisitos y fea dentadura, de quien Fernando recelaba desde el principio. Era lo que más le incomodaba, porque tenía la sensación de que aquellos ojos cuyo color, brillo y tamaño aún no había podido examinar, la estaban examinando continuamente tras el muro de las caras gafas de sol que les servían de escondite perfecto.

—Te equivocas: yo respeto todas las posturas —Muriel se encogió ligeramente de hombros.

—Hombre, llevo muchos años en el cuerpo para no darme cuenta de que esto… que estemos aquí revisando los hechos, te lo tomas como si te estuviésemos fiscalizando la investigación…

Muriel sonrió levemente.

—Yo no tengo esa sensación.

—¿Y qué sensación te produce, entonces?

—Sólo de que nos distrae.

—Te repito que todas las buenas ideas deben ser bienvenidas —afirmó, visiblemente enfadado, Bernal, pero sin elevar la voz—. Nunca se pierde el tiempo examinándolas. Si no aprendes eso, sólo le sacarás un veinte por ciento a tu esfuerzo.

—A Gabriel le gusta contentar a todo el mundo. Y él es el que manda, así que da igual lo que yo piense.

—Lamento que estés a la defensiva, de verdad. Si fueses capaz de escuchar… En fin, Ramón acaba de *descubrir* algo que puede interesarte.

—Estupendo —dijo Muriel con displicencia.

Bernal se puso muy serio y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿No vas a escucharle?

—¿He dicho acaso que no vaya a hacerlo? —respondió con gesto alterado Muriel.

—Díselo Ramón.

39

Castillo sacó las manos de los bolsillos del pantalón y entrecruzó los brazos. Cómo cambiaba el tiempo y las responsabilidades el carácter de la gente. Pensaba en lo poco que quedaba, dentro de aquel traje de ejecutivo, del Travolta franco, brusco, y a menudo maleducado, del que decían entonces que habría que haberle lavado la boca con lejía cada vez que se ponía a largar lindezas. Dudó unos instantes.

—Según Luis, todavía no están seguros de cómo se fue de aquí.

—¿Perdón…?

La ironía de Muriel hizo mella en Castillo. Todo aquello le resultaba absurdo. Él, allí, siendo testigo de una pugna estúpida por su causa, reeditando el antiguo dilema al que la inclinación obsesiva de Bernal le había abocado veinticinco años atrás. ¿Quién le mandaba meterse en camisa de once varas?

De repente, había perdido toda la seguridad en sí mismo. Tenía tanto miedo al ridículo que ni siquiera la tentación de marcharse de allí en el acto era mejor que seguirles el juego a Luis y Muriel. Una y otra alternativa le hacía sentirse como un imbécil. Pero, viéndole tan desesperado como para rebajarse a implorarle, no había sido capaz de decirle que no a Luis, y, ahora, por mucho que le fastidiase la injusta actitud de Muriel (aunque podía explicársela en parte), por mucho que le pareciese arbitraria e inmerecida, e incluso contraproducente para poder colmar una ambición que llevaba escrita en la mirada, haría lo acordado. Después, que Bernal se olvidase de él.

«Bueno, tengo razón y eso es lo único que debe importarme», murmuró en sus adentros. «La cuestión es largarlo cuanto antes y salir pitando».

—Me refiero al que lo hizo.

Muriel negó de mala gana con la cabeza.

—Aún no.

—Voy a pedirle un favor —dijo Castillo.

Se hizo un silencio. Muriel, con aire receloso, parecía ya dispuesto a escuchar la ocurrencia de Castillo, y éste parecía estar a la espera de permiso para continuar.

—… ¿Quiere mirar a derecha e izquierda? —pidió Castillo algo sofocado, al ver que Muriel no reaccionaba, que sólo le miraba fija y severamente, en medio del alboroto causado por una docena de adolescentes que pasaban en

ese instante por allí.

Muriel no desvió la vista de Castillo. Únicamente movió los labios para preguntarle:

—¿Pero para qué?

—Para decirme lo que ve.

—¿Es un acertijo?… ¿Estamos jugando a algo?—inquirió con aspereza.

—Perdone. Creo que es importante que haga lo que le digo. Lo entenderá con rapidez.

Bernal hizo lo posible por disimular la sonrisa vengativa que se marcaba en sus labios, mientras Muriel ejecutaba torpemente lo que le había pedido Castillo.

—¿Y qué? —Muriel dejó entrever en su expresión desconcertada e irritada la comisión de una estupidez de la que se había arrepentido de inmediato.

—La gente… ¿qué hace?

—Bien. Vamos a dejarlo aquí. Encantado de verte de nuevo, Bernal —dijo Muriel volviéndose con un ademán enérgico hacia Carolina.

Bernal se le plantó delante.

—Espera un segundo. No malinterpretes a Ramón.

—Mira, yo no tengo tiempo para adivinanzas —dijo Muriel apretando el brazo de Carolina y empujándola hacia la derecha para salvar el pequeño obstáculo que se interponía entre ellos y el ancho paseo embaldosado que llegaba hasta el puerto.

—La gente va y viene… Igual que hacía la víctima —dijo Castillo a espaldas de Muriel.

Éste no se inmutó y comenzó a caminar hacia la Malagueta.

—Pero no todos van a pie.

Muriel se detuvo y volvió la cabeza. Como olvidándose de que era Castillo el que había dicho aquello, se dirigió a Bernal para preguntarle:

—A ver, ¿qué es lo que trata de decirme?

Castillo anduvo los diez metros que le separaban de la pareja.

—Que el asesino se movía en bicicleta —concretó—. Estoy convencido de que usó una bicicleta para llegar hasta aquí y marcharse…. He estado considerándolo despacio y creo que sé cómo *pudo* escapar —prosiguió. (Ahora le miraba directamente a los ojos como si el examinando fuese Muriel y él el examinador)—. Dejaría la bicicleta, ahí, detrás del muro —se dio la vuelta y bajó hasta la plataforma de acceso al chiringuito. Muriel le siguió de

mala gana. —Hay una especie de carril, allí —indicó con el dedo índice en mitad de la arena —, que usan los corredores. Siguiéndolo, se puede salir en pocos segundos al paseo, a través de aquel ensanche.

Muriel estaba sorprendido, pero se esforzó en disimularlo y seguir pareciendo solamente escéptico. Todo encajaba. La sensación que le producía lo que acababa de escuchar, era la de que por fin se ensamblaban varias piezas sueltas, cuyo sentido, vistas aisladamente, se le había escapado hasta ahora. El ensanche al que se refería Castillo estaba a unos ciento cincuenta metros, en dirección a los Baños del Carmen. El ayuntamiento había montado hacía poco tiempo unas barras y tubos y otros aparatos para los gimnastas, y un pequeño tobogán para los niños.

Unas diminutas gotas de sudor brotaban de la frente de Bernal. La refriega con Muriel y el peso del abrigo habían hecho que le sobrase la mitad de la ropa.

—La noche era oscura —recordó.

Muriel hizo vibrar su paladar con una especie de «sí».

—El cielo estaba cubierto —dijo al poco—. Llegó a chispear durante un rato.

—La playa era más segura para alejarse —apuntó Castillo.

—Una bicicleta —susurró, pensativo, Muriel—. Es posible.

Castillo se frotó la nariz.

—Creo que la usó para seguirla.

Bernal mostraba más inquietud que el propio Castillo por lo avanzado de la hora. Miraba muy a menudo su reloj de pulsera. Pensó por un momento en cómo hacer para demorar la marcha de Castillo y se dio cuenta de que todo cuanto decía desde hacía dos horas había estado inconscientemente dirigido a despertar el máximo de interés en su amigo. Sabía que era una cuestión de tiempo que se marcase a sí mismo el *reto* de descubrir *causas*. Era algo irresistible para él.

Intervino entonces para añadir:

—Llevaba días *ensayándolo*. Semanas tal vez.

Muriel volvió la cabeza y le miró perplejo.

—Tenía que ocultarla —terció Castillo—. No podía dejarla en medio de la arena, a la vista… Entonces, la apoya ahí, detrás del muro, a escasa distancia de donde se halló el arma… —hizo una pausa de unos pocos segundos, durante los cuales pareció calcular el tiempo necesario para ejecutar ambas

acciones. Luego, señalando con su mano derecha hacia el muro, propuso—: Enterraría el cuchillo y volvería por la bicicleta. Así se zafó de muchos testigos potenciales. En el ensanche hay una rampa que conduce a la playa. No es necesario saltar el muro.

Bernal se les había acercado poco a poco.

—Haciéndose pasar por un ciclista podía vigilar los movimientos de Natalia y del resto de la gente —añadió—. *Todo* cuanto pudiese obstaculizar su propósito.

El sol cegaba a Muriel cada vez que intentaba poner sus ojos en la senda de corredores. Se sentía tan incapaz de contradecir al médico como de darle la razón. La cabeza parecía bullirle con toda una serie de nuevas perspectivas, pero al mismo tiempo sentía que se le escapaban, que se difuminaban en cuanto intentaba enfocarlas un poco.

—No sé… —murmuró.

—¿De qué otra manera podría hacerse?—preguntó, lleno de prudencia, Castillo.

Muriel le miró un instante.

—Sería precipitado darlo por seguro.

—Pero encaja con las circunstancias del ataque —replicó Bernal.

Muriel no tuvo más remedio que mover la cabeza de arriba abajo, asintiendo varias veces.

—Sí, es así —admitió a regañadientes, volviéndose hacia Castillo.

Carolina descansaba, apoyándose sobre el corte del muro. Castillo la había dejado con la boca abierta. Se preguntó si esa clase de gente a los que Bernal llamaba Los Clarividentes existiría de verdad y si el médico sería uno de ellos. En un principio le había sonado a rollo, la clase de rollos técnicos que largan algunos con el propósito de impresionar a la gente. Pero ella acababa de ser testigo. ¿Cómo demonios había deducido lo de la bicicleta?

—¿Qué piensas?—la mirada de Bernal era impenetrable tras los grises cristales tintados de sus gafas.

—¿Tú que crees? Lo investigaremos. Si ha estado siguiéndola cierto tiempo, con un poco de suerte podríamos conseguir una descripción.

—Os deseo *mucha* suerte —dijo Castillo, batiéndose bruscamente en retirada.

Bernal quiso detenerlo, pero Castillo hizo oscilar en el aire el dedo índice de su mano izquierda en señal de advertencia. Luego miró a la pareja y

pronunció un apresurado «encantado», antes de volver sobre los pasos que le habían conducido allí.

Era la una en punto.

40

El sol de mediodía había traído de improviso un adelanto de la primavera. El aire salado venía tibio y perezoso. Los viandantes parecían resistirse todo cuanto era posible en dar por finalizado el paseo.

Bernal era testigo de la impresión que había causado en Muriel lo que acababa de presenciar. Su asombro con lo sucedido se reflejaba nítidamente en su rostro. Era obvio que necesitaba *comprenderlo*. También su esposa parecía aturdida y como ausente. Dado que Bernal no tenía hecho planes para el resto del día, caminaron sin rumbo definido durante un buen rato mientras hablaban sobre ello. La suposición de Castillo acerca de la minuciosa planificación del asesinato, urdido durante meses para evitar testigos, era tan interesante y original, que Muriel, al exponérsela Bernal, se delató sin poderlo evitar. Le fue imposible ocultar su estupor. Nunca había sido testigo de esa clase de razonamiento. En esencia, porque no era nada descabellado si lo pensaba detenidamente. La fórmula exacta empleada por el médico para llegar a tal deducción —desandar el camino, ir hacia atrás, partiendo de los hechos conocidos— parecía sencilla pero, siendo sincero consigo mismo, tenía que reconocer que él no hubiese sido capaz de hacerlo. Pese a que le había sonado a pura patraña, inventada para justificar aquel desvarío de traerse «un colaborador», tendría que averiguar qué había de verdad en lo dicho por Bernal acerca de Los Clarividentes. Al igual que Carolina, cuya fascinación por los sorprendentes resultados que había deparado un encuentro «casi fortuito» estaba impresa en su mirada, Muriel se sentía como descolocado y desconcertado después de marcharse el médico, como si todos los conceptos que había aprendido en los últimos años, fuesen insuficientes o completamente inútiles.

La decepción de Muriel con sus propias capacidades duró apenas unos instantes. Enseguida se puso a la tarea de ordenar sus ideas para tratar de sacarle partido a la situación vivida. Se dio cuenta inmediatamente de que tenía que presuponer que la conducta del asesino habría sido igual en los meses que precedieron a las muertes de La Caracola y Vaguada Verde… Si se trataba del mismo autor, lo que aún no era del todo seguro. Aunque él, íntimamente, estaba convencido de que era así. Pero, dadas las características de ambos crímenes, el acecho al que habría sometido a sus anteriores

víctimas, debía de ser de una naturaleza distinta al usado con Blanes. Por exigencia de Gabriel, había repasado los expedientes con detenimiento, sin hallar una sola mención en los interrogatorios efectuados a «extrañas presencias» cercanas a las víctimas, en las semanas anteriores a los crímenes. Nada sobre ciclistas, que él recordase.

En los minutos siguientes, Bernal y él recompusieron su relación. Fue más fácil de lo que hubiese podido imaginar. Expulsó de dentro de sí la idea de que Bernal podía estar ocultando otros intereses. Por fin estaba convencido de que no había venido a quitarle nada En una cervecería de Pintor Sorolla, no lejos de donde se encontraban, mientras apuraban tres rondas y unas raciones que Bernal insistió luego en abonar, consiguieron ponerse más o menos de acuerdo en una única teoría:

Sin descartar definitivamente que Natalia hubiese sido una víctima sin nombre para el asesino, una mujer que simplemente encajase en «su categoría» de objetivo, y que lo que hubiese decidido su destino fuera sólo el resultado de una suerte trágica, ambos se inclinaban a pensar (quizá era que lo deseaban) que debía de haberla elegido mucho tiempo atrás, quizá varios meses. Durante un tiempo indeterminado, la vigiló para conocer cuanto pudiese de ella y aprender sus rutinas: la hora a la que salía y volvía a casa, si solía acompañarla alguien, qué recorrido seguía habitualmente y si algunas de sus actividades tenía cierto carácter fijo y el lugar donde se desarrollaban resultaba propicio para sus fines. Así, el desconocido supo que Natalia practicaba jogging de un modo regular, durante prácticamente todo el año, siempre a la vuelta del concesionario, habitualmente entre las nueve y las diez de la noche. Y detectó lo que la hacía más vulnerable: tenía por costumbre volverse caminando desde los Baños del Carmen. Ese recorrido le ofrecía alguna oportunidad, pero nunca avanzada la primavera o durante el verano. Tenía que estar oscuro y tenía que ser en la curva de Bellavista. Alguna vez se daría la coincidencia de que atravesase sola la zona de la curva. Pero no podía esperarla en ese lugar todos los días: su actitud hubiese levantado sospechas y alguien se habría fijado en él. Además, aunque hubiese podido hacerlo, supo enseguida que no podría controlar una «zona de seguridad» por delante y por detrás de su víctima, manteniéndose «estático» Descubrió la fórmula que le permitía evitar tales riesgos y, de paso, incrementar las posibilidades de poder sorprenderla: convertirse en ciclista.

¡Maldita sea! Ahora lo comprendía Muriel. Con razón le había parecido inexplicable en un principio que el autor del crimen hubiese tenido tanta suerte. Ningún testigo directo. Qué jodida casualidad. Ni aunque se tratase de una presa elegida al acecho, podía el depredador saber lo que se avecinaba por ambos lados.

Sin mucha fortuna, Muriel trató de disimular su sorpresa cuando Bernal le dijo que, según la opinión de Castillo, el asesino debía de haber cavado un hoyo *antes* y no después de cometer el crimen, y que probablemente lo había hecho varias veces en días diferentes. Al principio, Muriel se propuso refutarlo, aunque fue bastante torpe al argumentar. Bernal no quiso discutir esta vez. Más que por verdadero convencimiento, Muriel se veía guiado por su instinto de conservación. La convicción de que Castillo y la gente como él constituían una amenaza para los auténticos profesionales, flotaba de alguna manera en su subconsciente. Pero terminó por rendirse, admitiendo que era bastante posible que hubiese sucedido lo que había imaginado aquel médico medio brujo. ¡Tenía tanto sentido!

Ahora sabían mucho más del asesino, pero aún estaban bastante a oscuras. Tenían que tratar de pensar como él. Castillo sabía hacerlo pero ya no podrían contar con su ayuda. Muriel lo había hecho una vez en lo del arma, de modo que Bernal le propuso que tratase de imaginarse sus siguientes pasos «lógicos», tras alejarse del lugar del crimen. Lo primero que él hubiese hecho, meditó Muriel, es volver al coche. «Habría venido en coche, lo habría aparcado en una calle cercana al paseo marítimo, una calle oscura, de escaso tránsito, donde pudiese sacar y meter de nuevo en el maletero la bicicleta sin que nadie me viese» ¿Pero dónde? La más apropiada de las que conocía era el paseo Miramar, por el que se podía acceder rápidamente a las rondas de circunvalación de la ciudad. Antes de poder montar controles, el individuo se habría evaporado.

Bernal estuvo de acuerdo en los aspectos esenciales de la hipótesis. Desde este momento, Muriel y su gente tenían un trabajo que hacer, un trabajo ordenado y con objetivos claros, no el dar palos de ciegos o sentarse a esperar a que sonase la flauta. Por lo pronto, podrían ponerse a buscar una descripción del individuo. Alguien tenía que haberlo visto, alguna de las veces, cavando el hoyo.

Cuando se despidieron, al filo de las tres menos cuarto, Carolina Granados había cambiado de opinión respecto de Bernal. Le parecía una persona digna

de respeto, un hombre que no podía permitirse la pasividad de ser un mero espectador ante el innombrable acto que se había cobrado la vida de alguien a quien había querido y protegido una vez. Además, ya no se sentía arrepentida de haber acompañado a Fernando. El «trabajo» llevado a efecto por el médico delante mismo de sus ojos, le había causado escalofríos, al igual que el posterior de su marido. Siempre había pensado que Fernando debía de ser muy capaz como investigador, pero lo que había presenciado era diferente… Se sentía tan orgullosa…

—¿En qué estás pensando?—dijo Muriel al verla tan callada.

Carolina sonrió, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Cosas mías.

Lo sucedido había amasado una esperanza nueva en su interior. Quizá pudiese aplicar la experiencia que acababa de vivir en ayudar a Javier y a Amanda.

41

Carolina Granados desvió la mirada hacia el pequeño charco de agua limpia de la acera. Al alzar la vista vio una cascada en miniatura que caía desde la tercera planta del edificio, justo a mitad del paso, donde estaba la vertical exacta de una jardinera colgante con macizos de geranios blancos y rosas. Disgustada, la rodeó mascullando un par de tacos y se arrimó todo lo que pudo a las cristaleras del portal, para evitar que la cascada le salpicase los bajos del vaquero. Carolina odiaba que la gente regase las macetas de los balcones a plena luz del día, haciendo caso omiso de las ordenanzas municipales.

Había una pegatina con los nombres rotulados de Javier y Amanda. Era casi lo único que Villalobos había hecho por ella, y no de muy buen grado, por cierto: darle la dirección de los padres de Pablo y, muy a regañadientes, su teléfono.

Durante su breve encuentro con Villalobos, había llegado a sentirse como una perfecta imbécil. Fernando la había enviado a mantener aquella entrevista suponiendo cubrir con ello el expediente de su compromiso conyugal, cuando sabía a la perfección que, a lo sumo, saldría de allí con cuatro palabras convencionales y sin ninguna noción concreta de nada que no se supiese ya por los periódicos. Tampoco era culpa de Villalobos que la cita no hubiese deparado los resultados que Carolina esperaba: ella, ingenuamente, había supuesto un imposible. ¿Era razonable esperar que un agente de la policía le proporcionase datos de obligada confidencialidad acerca de una investigación en marcha? «No, Fernando hubiera hecho lo mismo que Villalobos», se decía a sí misma, nada más abandonar la comisaría.

En parte, era culpa suya por mostrarse tan impulsiva ante Fernando. Sí, siempre que podía, Fernando evitaba contrariarla; no era la primera vez que se daba cuenta de eso. Una mezcla de rabia y de tristeza se apoderaba de ella al pensarlo, al entender que, en su fuero interno, su marido la debía de considerar excesivamente proclive a «ocurrencias» que no conducían a nada.

Cuando pulsó el portero electrónico, aún no había sido capaz de quitarse de encima aquel ligero nerviosismo. Se sentía estúpida haciendo todo aquello.

—¿Quién es?—preguntó una voz de mujer, segundos después de pulsarlo por tercera vez.

—Carolina Granados.

—No la conozco. ¿Qué quiere?

—Hablé por teléfono hace dos días con Jorge Denís… ¿Es su hermano?

—Sí… pero…

—¿Está él en casa?... O Javier, su marido… ¿Está su marido?

—¿Qué es lo que quiere? ¿Es de algún periódico?

—No, no —negó con vehemencia Carolina—. Conozco a su marido desde hace años; él se lo dirá… ¿Me abre, por favor?

La señal electrónica desencajó levemente el cierre. Carolina apenas hubo de empujar el batiente de madera.

El ascensor estaba inmaculadamente limpio, sin una sola huella empañando el espejo, pero había olor a pescado en el interior.

Amanda Denís no tenía el aspecto desaliñado que Carolina se había imaginado considerando su tragedia. Iba sin ninguna joya visible pero había pasado recientemente por la peluquería o alguien la había peinado en casa; un discreto maquillaje y un esbozo de carmín conferían un aspecto aseado a su rostro, resaltando aquellos labios exactos a los del Pablo que se había mostrado en las fotos de prensa y televisiones. Llevaba una rebeca verdosa gruesa, bastante nueva, unos pantalones de pana y zapatos de ante, en vez de zapatillas. Era como si estuviese ya totalmente adaptada a la nueva realidad y, con toda la naturalidad del mundo, hubiese asumido ser el centro permanente de los focos.

—Entre.

Amanda Denís condujo a Carolina hasta el salón de la casa. Unas gruesas cortinas protegían los cristales del cierre de aluminio. Había diversas fotos con estampas familiares dispuestas a lo largo de un mueble aparador. Era fácil reconocer a Pablo en varias de ellas, aunque representaban muy diferentes etapas de su crecimiento. También había otras tantas de su hermana Valeria, algo menor que Pablo.

Dos mujeres de mediana edad se levantaron del sofá.

—Ya nos vamos, Amanda.

Javier González se levantó como un resorte.

—Quedaos un poco más, ¿no?—propuso Amanda.

—Mañana vendremos otra vez —dijo, por toda contestación, la más bajita de las dos—. Deja, no nos acompañes.

Carolina miró fugazmente a Javier. Sentía seca la boca

—Hola.

Javier le ofreció la mano.

La puerta de entrada chirrió levemente antes de cerrarse, con ese eco funcional que producen los pasillos vacíos de los edificios.

—Amanda, tú si te acuerdas de Carolina… seguro —balbució temiendo mostrarse demasiado familiar con la recién llegada—. La conocimos en la playa de la Araña hace unos años… ¿No te acuerdas?

Amanda no conseguía recordar qué incidente les relacionaba con aquella cara que, de todos modos, le resultaba familiar.

—Su marido me ayudó a sacar a mi hermano del agua —se apresuró a aclarar Carolina—. No nos ahogamos gracias a él.

—Sí, ya me acuerdo… —los ojos de Amanda brillaron fugazmente y de inmediato volvieron a velarse de tristeza—. Bueno, ¿quiere sentarse?

—Gracias…—la recién llegada se dejó caer en el sofá y durante unos segundos se quedó callada, como si no supiese por dónde empezar. Luego dijo —: He venido para que sepan que pueden contar conmigo en lo que les haga falta. En lo que necesiten —repitió—. Me hago idea de lo difícil que es… de lo que están pasando —los ojos de Amanda Denís se humedecieron en ese punto—. Cualquier cosa que yo pueda hacer…

—Se lo agradecemos —Amanda sonrió forzadamente.

Carolina se mordió los labios. Hacía días que en sus sentimientos se mezclaban la frustración y la curiosidad. Hacía días que planeaba una fórmula para disponer de *toda* la información posible sin causar daños colaterales. Miró a ambos con el corazón encogido. En ese instante hubiese dado lo que fuera por entregarles una brizna de esperanza a aquellos padres, por poder decirles: «yo sé cómo encontrar a Pablo»; por poder vaciar sus corazones de la angustia y del miedo que los corroía poco a poco. Tales reflexiones, completamente infantiles —se daba perfecta cuenta de ello—, sólo reflejaban la impotencia que experimentaba al verse incapaz de devolver a Javier el favor de aquella tarde en la playa. Era extraño: la volatilización de Pablo había obrado el curioso efecto de que en su cabeza pululasen todas las ideas utópicas que nada más se dan en los niños y en los revolucionarios, ilusiones irreales como la de creer a pies juntillas que ella *sí* podría dar con nuevas pistas sobre su paradero, que, con aplicación y algo de suerte, proporcionaría a la familia de Pablo y a los investigadores una «nueva hipótesis». Se le ocurriría el modo, se decía constantemente. Haría como Castillo.

Nunca se había estrujado tanto las neuronas. Después de considerar lo sucedido desde todos los ángulos posibles, había llegado a formularse una pregunta que le pareció un interesante punto de partida: ¿Qué era lo que no hacía nunca la policía en esos casos? «… Pues ponerse en el lugar de ellos»… Fernando le había explicado en esencia los métodos. Y sí, se consultaba con expertos…, psicólogos criminalistas…, se seguían protocolos elaborados por las unidades especializadas en la búsqueda de desaparecidos… Pero, ¿qué investigador se metía en su pellejo? Ningún investigador tenía dieciséis años… Había que entender el porqué de la fuga de un adolescente para poder seguir sus pasos. Pensar como ellos, impregnarse de sus expectativas y sus fobias. ¡La policía no hacía nada de eso! La policía se limitaba a buscar pistas y a seguirlas. A intentar confirmar una hipótesis tras otra. O a descartar las que pudiese. Desde que Carolina vio las fotos en el supermercado, no hacía más que darle vueltas al asunto.

¿Quién estaba en condiciones de asegurar que lo de Pablo fuese una fuga? Había como algo forzado en todo aquel episodio, algo inquietante. Presentía que el *deseo* de los padres (consecuencia lógica del intento de ahogar sus peores temores) había pesado demasiado en Villalobos y su gente.

Por un momento sintió rubor. ¿En qué lío iba a meterse? Tuvo conciencia de que había permitido que le dominase una pretensión disparatada e ilusoria. Si Pablo no hubiese sido quien era, ninguna de aquellas fantasías hubiera llegado a florecer.

—Me vais a permitir hablaros de tú…

—Claro —dijo Javier, y Amanda asintió.

—Mi marido es policía —explicó Carolina Granados—. Trabaja en la Brigada… aquí, en la Comisaría Provincial…

Los padres de Pablo no reaccionaron ante la revelación de Carolina.

—Se llama Fernando Muriel —prosiguió Carolina—. Si necesitáis cualquier cosa… Podéis llamarlo a la comisaría.... Él estará encantado de ayudaros en lo que pueda. De verdad.

En él último instante, Carolina había evitado decir Grupo de Homicidios, para impedir que se produjese en Javier y Amanda una inoportuna y dolorosa asociación de ideas.

—Gracias —susurró Amanda Denís.

Javier apenas entreabrió levemente los labios. Se le notaba incómodo; de hecho, parecía mucho más tenso que Amanda. Carolina supuso que era también

un susurro de gratitud lo que había tratado de expresar.

—Pablo…—titubeó un instante Carolina— volverá pronto con vosotros. Ya lo veréis.

Amanda suspiró entrecortadamente y a continuación asintió con la cabeza. Al instante, sus enormes ojos verdes se habían humedecido.

Carolina volvió a morderse los labios. Pero esta vez porque había estado a punto de meter la pata. Le había faltado muy poco para decir: «pronto aparecerá». ¡Maldita sea!, ahora entendía lo difícil que era expresarse en tales circunstancias, del cuidado que tenía que poner en escoger las palabras. «Aparecerá». ¿Y si apareciese muerto?

Al menos, reflexionó, tenía que dar ánimos a Javier y a Amanda. Y, sobre la marcha, tuvo la ocurrencia de inventarse una historia

—Bueno… seguramente que estaréis pensando que… en fin… que quién soy yo para deciros que entiendo vuestra preocupación… Pero veréis…, es que yo viví una situación así en mi familia. Hace unos años un primo mío —Carolina eligió cuidadosamente las palabras— *se fue de casa* sin decir nada. Y tenía la edad de Pablo… bueno, un año más para ser exactos. Por una cosa sin importancia, por… una pequeñez… como Pablo… Estuvimos más de un mes sin noticias suyas… un mes que se hizo muy largo, pero igual que se fue, una tarde se presentó en casa. Así, por las buenas, llamó al timbre y subió —esbozó una sonrisa— como si viniera de comprarse un helado. La angustia de todo aquel mes no hay quien te la quite, claro, pero todo se da por bueno…

Los semblantes de Javier y Amanda se habían iluminado, como si hubiesen vertido un bálsamo en sus afligidos corazones. Carolina sintió que no le avergonzaba lo que acababa de hacer, sino más bien todo lo contrario. Nunca sabrían que les había mentido. ¿Iban a perder el tiempo comprobando si la historia era cierta? Incluso podía decir que estaba orgullosa de su elocuencia. Carolina tenía fe en el valor de la esperanza; la esperanza, cuanta más mejor, ayudaba a soportar la incertidumbre y, hasta que se produjese el desenlace, fuese cual fuese, la maldita incertidumbre era lo único que podía destruirles de verdad.

Entonces ocurrió: Amanda necesitaba desahogarse y con quien mejor que con alguien que había pasado por igual trance.

—Pablo es muy decidido. Con la gente de fuera —miró un instante a Javier —parece reservado, callado… pero él es de otra manera. Tiene carácter: es muy independiente. Y no se asusta por pasar la noche en la calle. Yo sé que se

ha buscado cualquier cosa para ir tirando. La policía cree que puede estar mendigando por cualquiera de las zonas turísticas…, que incluso puede estar en Mallorca o Ibiza en alguna comuna hippie...

«Una madre que se aferra a un clavo ardiendo», murmuró para sí Carolina.

—Hay unas cuantas en Las Alpujarras.

—Sí, lo sabemos —dijo Javier—. La guardia civil de allí las ha rastreado todas. Y nada.

—Se fue dando un portazo… No tenía que haberme puesto como me puse. Me pesa muchísimo… Pero ya no tiene remedio —sollozó la madre de Pablo. Se detuvo unos segundos como para tomar aliento; los suspiros le impedían seguir hablando—. Podría estar ya en Portugal… o en… Francia. ¡Dios mío, qué cuesta arriba se nos hace pensar eso! Ahora…—balbució— ahora se está probando a sí mismo. ¡Dios quiera que esté sano y bien!... No quiere que demos con él, eso está claro.

—Bastantes veces los subestimamos, por nuestro afán de protegerlos —repuso Carolina.

Amanda estuvo de acuerdo, sólo que esta vez un nudo en la garganta le impidió vocalizar una sola sílaba.

—¿Tienes hijos?—suspiró de nuevo.

—Uno pequeñito. Tiene diez meses. Se llama Alejandro.

Ambas sonrieron.

—Toca muy bien la guitarra. Pablo tiene mucho oído, ¿sabes?—Amanda volvió a mirar a Javier—. Podría ganarse la vida tocando en la calle.

—Dice la policía que muchos encuentran ocupación temporal en la economía sumergida —intervino Javier—. Y luego van de un lado para otro. Puede estar en cualquier parte de España: en la zona de Levante…

—La industria del zapato tiene mucha gente empleada sin darlos de alta —aseguró Carolina.

—Hace dos años estuvo un fin de semana entero ayudándole a la familia de un compañero de clase a recoger la aceituna —dijo Amanda—. Sabe cómo es ese trabajo.

Era el miedo, el miedo a lo verdaderamente irreparable lo que les forzaba a ser optimistas. Era tan evidente, pensó Carolina.

Javier parecía cada vez menos inhibido.

—Lo que no sabemos es la dirección que ha podido tomar —dijo—. Eso lo hace todo más difícil. Un pasajero que iba en el autobús de la línea catorce,

cree haberlo reconocido por las fotos. Pero si es verdad que era él, nadie lo vio bajarse. A lo mejor lo que quería era llegar a las rotondas para hacer autostop.

—El inspector Villalobos piensa que puede haberse subido a un trailer u otro vehículo en una gasolinera —comentó Carolina, que no dejaba de hacer anotaciones en su cabeza.

—Sí, eso nos dijo.

Javier se calló que las pesquisas que se habían llevado a cabo en todas las gasolineras de la ciudad y alrededores no habían dado fruto alguno. Tampoco mencionó que en esa noche las grabaciones de sus cámaras de seguridad no habían recogido la imagen de ningún chico que se pareciese a Pablo.

Era una buena suposición, la mejor posible para los padres. No la estropearían por un detalle de segundo orden. De todos modos, Villalobos seguía pensando que era muy fácil pasar desapercibido en una gasolinera de autoservicio.

—Es una buena vía de escape —asintió Carolina.

—No llevaba casi nada de dinero encima —observó Amanda.

—Se cansará de estar lejos de casa, ya lo veréis.

—Dios te oiga.

Carolina abandonó su asiento no sin antes decir:

—Bueno…, no os molesto más.

—No, por favor —dijo Amanda, poniéndose en pie como un resorte. Javier se levantó también y carraspeó un par de veces. — No nos molestas. Visitas como la tuya es lo que necesitamos.

—Me están esperando abajo —mintió Carolina, tratando de disculparse, y extrajo del bolsillo de su cazadora dos tarjetas. Una estaba a su nombre y la otra era la tarjeta profesional de su marido.

—No dudéis en llamarnos para lo que sea. Cualquier cosa.

La acompañaron ambos hasta la puerta de salida. Javier se mantuvo unos pasos por detrás de Amanda. En el mismo rellano, Javier sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y rebuscó en el tarjetero hasta dar con una tarjeta de colores sepia y rojo, y tacto rugoso, a nombre de Atlántida.

—Esta asociación ayuda en la búsqueda de personas desaparecidas — explicó al entregársela.

Carolina la examinó con interés. La dirección era Calderón de la Barca, 7, 1ª planta. Conocía la calle.

—Reúnen información —añadió Amanda—. Mantener publicidad de lo de Pablo y repartirla por toda España es muy costoso. Atlántida corre con los gastos… Estamos muy agradecidos con ellos.

—No sabía que existiera —dijo Carolina.

Carolina besó a Amanda para despedirse. Javier sólo le ofreció su mano.

42

La edificación aparentaba un siglo de edad como mínimo. La puerta de entrada, altísima y gruesa, era de dos batientes y estaba abierta de par en par. Una de las cuatro placas que había en uno de los laterales tenía tanta suciedad y moho que apenas se podía leer la inscripción. Pero el resto estaban moderadamente relucientes; alguien se ocupaba regularmente de limpiarlas y abrillantarlas. En el lateral izquierdo estaba la placa que buscaba.

El portal tenía los techos muy altos y estaba oscuro. Clotet entró en el ascensor y pulsó el botón del 1º piso. El ascensor no se movió. Probó entonces a mantener el dedo pulsado sobre el botón unos segundos, pero siguió sin obedecer a su orden. Una repetición de su maniobra sobre el resto de botones, lo convenció de que estaba averiado. No le hacía maldita la gracia tener que subir las escaleras. Subir escaleras era mucho más cansado que caminar. El esfuerzo lo ahogaba.

Refunfuñando, salió del ascensor y se encaminó a las viejas escaleras de mármol gris. Eran amplias. Ascendió prácticamente a oscuras los treinta peldaños del tramo único que llevaba hasta el primer piso y buscó casi a tientas el pulsador del timbre de la puerta de la derecha, que carecía de señal iluminada. Al instante se oyeron pasos y la cristalera rectangular que había encima de la puerta se iluminó. Todavía respiraba ruidosamente.

Sólo al abrirse la puerta, pudo verse la placa dorada de la pared con una inscripción en mayúsculas de fondo rojo. Una flecha, también roja, sobre otra placa rectangular más pequeña, indicaba la dirección del piso.

—Hola. Dígame.

Por su aspecto, el hombre que abrió la puerta no parecía ser de la asociación. Daba la sensación de estar de paso, como el mismo Clotet. Vestía un jersey grueso de color marrón.

Se quedó mirando fijamente al recién llegado, con una sonrisa de bienvenida.

—Buenas tardes —respondió Clotet casi sin aliento y con la frente perlada de sudor —. Vengo a ver a la señora Tortosa. He quedado con ella.

El hombre contuvo la risa. «Señora Tortosa… ¡Qué ceremonioso!»

—Lola no ha venido esta tarde. Pero pase. Puede esperarla dentro si quiere.

—Me dijo que me pasase sobre las seis —Clotet miró disgustado su reloj

de pulsera, comprobando que eran las seis y veinte—. Pensaba que llegaba tarde.

—A veces se retrasa. Pero si se ha citado con usted, es porque va a venir.

Clotet se adentró en el recibidor. Olía a humedad. Dirigió la vista al techo: había manchas grisáceas, con cercos concéntricos, en las esquinas del techo del pasillo pero no en el recibidor. A la izquierda, había una habitación grande sin puerta de separación, con aspecto de oficina: dos mesas de despacho con ordenadores y varias estanterías modulares metálicas con carpetas clasificadoras. Una de las mesas estaba ocupada por un hombre vestido con una chaqueta de pana fina, que masticaba chicle mientras ordenaba unos papeles que llevaban adheridos un carné con foto. Por su manera entusiasta de triturar el chicle, Clotet supuso que estaba intentando dejar el tabaco o que hacía poco tiempo que lo había dejado por completo. Delante, tenía sentada a una mujer de unos veinticinco años, en cuyo rostro, muy atractivo, destacaban unos ojos marrón claro, hermosamente felinos. Las cejas, negras y espesas, les daban un aspecto falsamente desafiante. Clotet les dio las buenas tardes. El hombre del chicle únicamente le devolvió un confuso gruñido de bienvenida.

—Buenas tardes —dijo la joven, cuyo aspecto era a todas luces el de alguien que, como Clotet, se encontraba de visita.

—Óyeme, Emilio… ¿te ha dicho Lola si se iba a retrasar?

Emilio sacudió la cabeza de derecha a izquierda sin dar un solo respiro a sus mandíbulas.

En ese instante, se oyó girar la cerradura.

—Ya está aquí —anunció el hombre que había abierto la puerta a Clotet.

La recién llegada dio las buenas tardes, mientras se despojaba del chaquetón de tres cuarto, de vivo color rojo. Luego miró al extraño con expresión de comprender.

Lola Tortosa tenía treinta y ocho años y una voz encantadoramente cristalina, con un acento malagueño muy acusado. Llevaba el pelo tintado en color teja, recogido en una coleta. Clotet, al que aún costaba respirar con normalidad, se la había imaginado algo más joven, con unos transparentes ojos azules y con el cabello ondulado y rubio.

Le fastidió un poco ver que había errado en sus cálculos. Estaba en la cuesta abajo, de eso no le cabía la menor duda.

—Soy Lorenzo, el que habló con usted anteayer. ¿Me recuerda? El amigo de Manolo Soria.

—Claro que me acuerdo —le ofreció la mano. Clotet se la estrechó con energía.

—Ya me marcho —dijo la mujer atractiva y desconocida, levantándose.

—Vuelva cualquier martes con el impreso y las fotos —propuso el hombre del jersey marrón—. Ah, se me había olvidado: nos están diseñando una página Web. Mientras llega, tiene la dirección de correo electrónico para cualquier cosa que necesite —se incorporó, con ademán de despedirla—… Recuerde que sea martes, que es cuando estoy yo… Así se lleva firmado el carné.

La mujer recogió unos papeles de la mesa, asintiendo con la cabeza.

—Adiós.

Unos antes y otros después, cada uno de los presentes le devolvió el saludo de despedida.

—Alonso... —se presentó el que había abierto la puerta a Clotet—. El del chicle es Emilio —prosiguió explicando Alonso, y el hombre de la chaqueta de pana rio y tuvo un golpe de tos que esparció una docena de gotas de saliva sobre la mesa, salpicando también a los papeles que había en ella.

—Ten cuidado, que vas a ponerlo todo perdido —le amonestó Lola con voz indiferente.

Emilio dejó de masticar un momento y se puso a restregar circularmente el codo sobre la superficie de su mesa. Luego puso los folios al trasluz, localizó las manchas y repitió la operación. Todos le miraban, aunque sólo Clotet lo hacía con incomodidad.

—¡Otra vez estamos sin ascensor!—refunfuñó Lola Tortosa.

—¿Me lo va a decir a mí?—protestó, retóricamente, Clotet.

—¿Cómo está Manolo?—intervino Alonso.

Lola fue quien respondió:

—Regular. Si lo vieras… Está muy desmejorado.

Clotet meneó la cabeza, asintiendo a continuación.

—Tiene mala pinta la cosa —musitó Alonso.

—Ya lleva dos operaciones —Lola suspiró—.Y no se ve ninguna mejoría.

Clotet quería aportar su granito de arena. Se sentía igual de afectado que ellos.

—Pues sí —dijo, consternado.

—Siéntese un poco —propuso Lola—. Bueno, si me da medio minuto…

Clotet dejó caer su pesado cuerpo en una de las sillas que parecían

reservadas al público. Lola Tortosa desapareció por el pasillo, volviendo inmediatamente a la habitación que hacía las veces de oficina. Se había despojado también de una fina rebeca negra que llevaba encima del suéter de lana.

—Quería usted mirar en nuestra base de datos, ¿verdad?

—Sí.

—No hay ningún problema… Alonso es el secretario. Entre Emilio y él llevan el tema de archivo y registro de casos. Así que cualquiera de los dos podría echarle una mano… —Lola miró a Alonso— ¿Podrías ayudarle tú?

Alonso se dio la vuelta y ocupó la mesa que estaba vacía.

—Si me explicas lo que es…

—Bueno, se trata de revisar las desapariciones de jóvenes. ¿Es eso?—. Lola invitó a Clotet a continuar.

—No estoy muy seguro del periodo de tiempo. Podría ser de los últimos quince años —Clotet se frotó la nariz—. Jóvenes entre diez y dieciséis.

—Vamos a ver… ¿En toda España?

—No, no —se apresuró a negar Clotet—… ¿Les importa que fume?

—Normalmente no permitimos fumar aquí —observó Lola —, pero si no puede aguantarse las ganas…

Clotet se sacó la mano del bolsillo en el que guardaba el paquete de cigarrillos.

—Nada, mujer. Me las aguanto perfectamente —mintió.

—A ver que me aclare. Entonces lo que quiere es mirar los casos de menores… ¿En qué lugar?

Sonó el teléfono y Emilio contestó inmediatamente. Dijo al autor de la llamada que esperase un momento sin colgar y la pasó a un despacho contiguo para atenderla desde allí sin interrumpir la conversación. Lo vieron marcharse moviendo la barbilla en círculos.

—Perdone… se me había ido el santo al cielo con el dichoso vicio… Sí, primero me gustaría ver las de Málaga y provincia.

Alonso cruzó una mirada con Lola. No parecía estar demasiado convencido.

—Lola, sabes que el archivo está sujeto a la Ley de Protección de Datos. No sé si podemos sin permiso de las familias…

—Claro que lo sé. El señor Clotet investigaba antes estos casos. ¿No es así?

Clotet asintió con la cabeza.

El secretario de la asociación lo miró interesado.

—¿Cómo que investigaba? ¿Era detective?

Emilio, que volvía del segundo despacho, se quedó parado un instante, prestando oídos a la conversación.

—Yo estaba en la guardia civil —aclaró Clotet—. Me ocupé de un caso, sí, de un niño de Torre del Mar, en el 98.

Alonso frunció el ceño.

—Me suena… ¿Cómo se llamaba?

—Era David Vicente Cuesta —dijo Lola—. ¿No te acuerdas?

Alonso tecleó, por toda respuesta, su ordenador.

—No lo busques —sugirió la presidenta de Atlántida—. No lo vas a encontrar.

—No está en la base de datos —Alonso le dio al ENTER y giró la silla con un golpe de riñón—. Pero sí, me acuerdo de algo. ¿Por qué no aparece?

—Lo dieron por muerto —comentó Clotet—. Manolo ya me advirtió que no estaba en la lista de desaparecidos, que había pasado a otro registro.

—Creen que pudo ahogarse —añadió Lola—. ¿Y tú, Emilio, no te acuerdas del caso?

—¿En el noventa y ocho?... —Emilio se había desprendido del chicle—. Yo entré en la asociación un poco después, creo.

—No me digas… Para mí que ya estabas en aquellas fechas —dijo Lola con aire pensativo.

Emilio negó con la cabeza.

—¿Y qué ocurre con él ahora?—terció Alonso

Clotet les contó todo cuanto le angustiaba y confundía desde que vio aparecer a la madre de Pablo González en televisión. La coincidencia entre ambos casos.

—¿Han oído alguna vez algo parecido?—inquirió al concluir.

—Yo no —dijo el secretario—. ¿Y vosotros?

Lola Tortosa meneó la cabeza, pensativa.

—¿Qué nos quiere decir?

—Nada. Lo más probable es que sea una casualidad.

Alonso arrugó la frente.

—¿Y si no lo fuera?

—Sería porque ambas desapariciones tienen un *mismo* responsable —terció Lola, con gesto grave.

Clotet ya había recuperado la respiración normal. Asintió pausadamente.

—Bueno… la policía piensa que no tienen nada que ver —dijo—. Para ellos, lo de Pablo es una fuga.

—Sí, ésa es la idea que tienen —admitió Lola—. Me lo han comentado. A sus padres les han dicho lo mismo. Ojalá que estén en lo cierto.

—Bueno, vamos a mirar lo que usted busca —propuso Alonso. Y tecleó unos segundos mirando fijamente a la pantalla—. Venga por aquí. Acérquese.

Clotet se fue hasta donde indicaba el secretario.

—Siéntese a mi lado… Emilio, déjale tu silla, por favor.

—Ah, no. No se moleste.

El gesto de Emilio no fue precisamente de complacencia. Pero al instante la desplazó hasta donde estaba Clotet.

—Empecemos por años… Vamos a ver. ¿1992?

Clotet asintió.

—… Entre diez y dieciséis —Alonso siguió tecleando—. Tres desapariciones en todo el territorio nacional. Vamos a ver… vamos a ver —pulsó ENTER—: ninguna de ellas se produjo en la provincia de Málaga.

—¿Alguna fue cerca de Málaga?

—La más cercana fue en Huelva, en Ayamonte concretamente. Una chica de quince años, Yolanda Berruezo Tirado. A ver… desapareció el cinco de julio… sin pistas sobre su paradero… nada después de eso. ¿Le interesa el expediente completo? Se lo puedo leer o examinarlo usted en la pantalla.

—No. No es lo que busco.

—Vamos a ver… Año 93…

Clotet le cortó.

—¿No sería posible sacar una copia de los expedientes, sólo de los que cumplan los requisitos?

Lola negó con la cabeza.

—Alonso tiene razón. Nos jugamos mucho. Nos puede caer una sanción de campeonato. Y lo que es peor: se quebraría la confianza que las familias han depositado en nosotros. Tiene que conformarse con verlos en pantalla.

Alonso hizo además de habérsele ocurrido una idea satisfactoria para todos.

—Lola, podemos sacar una copia a papel, dejar que las examine aquí y luego las destruimos… ¿Qué te parece?—dijo pausadamente.

—¿Y no queda registrado? Mira, no quiero jaleos si hay una auditoría.

—No, tranquila. Se puede eliminar, siempre que se haga en el día. Como

con cualquier archivo.

—Está bien. Tendrá que conformarse con ver aquí la documentación —dijo Lola dirigiéndose a Clotet.

—De acuerdo.

43

Lola Tortosa salió de la habitación, desapareciendo en el interior del piso. Los finos tacones de sus zapatos repiquetearon en el suelo de madera hasta que el sonido se desvaneció.

Clotet tomó entre sus manos el puñado de folios que acababa de expulsar la impresora láser y se acomodó en la parte contraria de la mesa que ocupaba el secretario. El deseo de fumar distraía ligeramente su atención. Trató de concentrarse rememorando la carita traviesa de Tete en su foto de comunión.

Funcionaba.

Luego se puso las gafas de cerca.

José Antonio Sarria Benech

Dirección:(...)

Familiares y amigos: (...)

Hechos relevantes conocidos: Diecisiete años, desaparecido en Málaga el once de noviembre del 93. Vestía suéter blanco, cazadora marrón y vaqueros. Se le vio por última vez en la barriada de la Luz, a primera hora de la tarde del día once. No volvió esa noche a casa. Estaba sin trabajo cuando se produjo la desaparición. Consumidor habitual de cannabis. Una llamada anónima afirmó haberle reconocido en la cola de un comedor de caridad de Badajoz, en mayo del 94. Los trabajadores del comedor no pudieron confirmar que hubiese estado allí. Sin noticias desde entonces.

Anotaciones:

Iniciativas llevadas a cabo por la asociación y las fechas…Publicidad impresa(...), carteles(...). Entrevistas con medios de comunicación. Apariciones en radio.

Testimonios de sus conocidos y amigos(...). Uno de ellos refería haberle oído decir en varias ocasiones que «estaba hasta los cojones de su puta vida, y que un día se tiraría desde la azotea de su casa»

Apartado de comunicaciones e incidencias: vacío

Isidoro Artacho Ginés.

Dirección: (...)

Familiares y amigos: (...)

Hechos relevantes conocidos: Catorce años. Desaparecido el cuatro de abril de 1995 en Antequera, cuando se dirigía al polideportivo. Huérfano.

Vivía con su abuela, empleada de limpieza en una oficina bancaria. Problemas de conducta en casa. Los servicios sociales habían iniciado un expediente por posible desamparo, que continuaba sin resolverse en el momento de su desaparición. Había causado daños de escasa cuantía en un supermercado, en compañía de unos amigos de su edad. El grupo también había sido sospechoso de los estragos causados en el instituto de enseñanzas medias de Antequera.

Dos meses después se organizó una concentración y marcha por la ciudad en su nombre, para llamar la atención de las autoridades.

Anotaciones:

Iniciativas: Distribución de propaganda con foto para colocación en establecimientos y comercios de las ocho capitales de provincia de Andalucía (diez mil carteles). Llamadas y notas varias (...) a la asociación, que decían haberle visto en Málaga, Marbella, Sevilla (en la feria, que se celebraba en las fechas en las que desapareció)

Apartado de comunicaciones e incidencias: vacío

Rosa Torreblanca García.

Dirección: (...)

Familiares y amigos (...)

Hechos relevantes conocidos: Quince años. Desaparecida en Málaga el veintidós de octubre de 1996. No regresó a casa después de salir para encontrarse con unas amigas en un local de ocio de la barriada del Palo. No llegó a reunirse con ellas. Estudiaba en un instituto de la capital, pero faltaba a menudo a clase. Vivía en una VPO del barrio del Perchel, con sus padres y cinco hermanos más. Ambos padres en paro. Hogar con escasos recursos. Peleas constantes. Se había escapado de casa siete meses antes, regresando al día siguiente. Su familia no avisó a la policía hasta el día veintitrés. Dos de sus hermanos con antecedentes penales por diversos delitos.

Anotaciones:

Iniciativas de la asociación y particulares. Confección y distribución de 10.000 carteles publicitarios con foto, por comercios y entidades de todo tipo en Andalucía, en colaboración con las sucursales de la asociación en las provincias de Sevilla y Córdoba.

Comunicación a otras ONGs del resto del país, para distribución de pasquines.

Apartado de comunicaciones e incidencias: tres avisos (11/3/1999, 26/9/1999 y 13/5/2002)

Clotet leyó el contenido de los «avisos», cada uno de los cuales hacía referencia a un *avistamiento* sin confirmar: el primero, en el Metro de Madrid; el segundo, en una discoteca de Casteldefels; y el tercero, en la vía pública, en pleno centro de Ronda. Luego se quitó las gafas y se frotó los ojos. Cada una de las cuatro hojas restantes recogía la desaparición de un menor. Dos de ellos en la capital y los tres restantes en pueblos: Alhaurín El Grande, Estepona y Campillos. Volvió a colocarse las gafas, leyendo atentamente su contenido, y luego lo repasó todo desde el principio. No había nada de lo que andaba buscando. En cierto modo se sintió aliviado.

—¿Qué es exactamente el «apartado de comunicaciones e incidencias»?— Clotet lanzó la pregunta al aire.

—Cualquier novedad que se produce a partir de un año de la desaparición —explicó Alonso—. Desde una llamada anónima sobre el paradero posible, a… otra clase de pistas.

—Al año —dijo Clotet, comprendiendo.

—Diseñamos el programa de esa manera. Para sistematizar mejor el seguimiento.

Emilio manipulaba en esos instantes el archivador metálico. Uno de los cajones chirrió por el roce de metal contra metal. Clotet se distrajo un momento mirándole. Ya no movía las mandíbulas.

—Ya, claro —dijo, poniendo de nuevo los ojos en el secretario—, lo que ocurre en el primer año de la desaparición queda reflejado en «hechos conocidos relevantes».

—Efectivamente. Toda la propaganda inicial cumple su ciclo en un año, aproximadamente. La gente puede visualizarla como máximo durante ese tiempo. Los carteles van siendo retirados o tapados y, pasado un año, es muy raro que quede algo… Por supuesto que se puede refrescar después de esa fecha. Se ha hecho con Teresa Jiménez, la muchacha desaparecida en Motril en el 2000. No una, sino varias veces. Sí…—Alonso parecía pensativo, como si tratara de recordar qué casos habían merecido ese tratamiento especial—. Y con otros… los casos que la policía llama «desapariciones inquietantes». Bueno, —sonrió— ¿qué voy a decirle yo que usted no sepa?... Lo normal es que, una vez pasado el año, las «nuevas pistas» sean más fiables…

—No están contaminadas por la tormenta publicitaria —dictaminó Clotet.

—Son los mismos términos que utiliza la policía. Es lógico.

—¿Qué es lógico? ¿Lo de que no estén contaminadas?... ¿O mi forma de hablar?

—Las dos cosas, ahora que lo dice —Alonso rio con ganas—. Pero yo pensaba en lo primero. Por cierto, ¿ha visto algo en los expedientes?

—No, nada.

Clotet se levantó, recogió las copias, las juntó y se las entregó al secretario.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo Alonso, rasgándolas por la mitad—. Si necesita mirar cualquier otra cosa, dígamelo.

—Una última pregunta —Clotet se detuvo antes de traspasar el umbral de la oficina y giró la cabeza— ¿Atlántida registra todas las desapariciones que se producen?

—Casi todas. Es verdad que algunas no las hemos podido incluir en nuestro programa porque las familias no nos las han confiado. Así de sencillo. Aunque es muy raro.

—Ya. ¿De… de cuántas podíamos estar hablando?

—¿En todas las edades o sólo de menores?

Clotet se encogió de hombros.

—Quizá cuatro o cinco desde que yo estoy en la asociación —explicó Alonso—. ¿Qué dices tú, Emilio? —se volvió hacia él.

Pero Emilio no contestó. Se limitó a mover la cabeza de un lado para otro.

—Sí, andará por ahí la cosa.

—Imagino que no se han anotado nombres ni fechas. ¿No guardan nada?

El secretario negó con la cabeza.

—Tendrá que acudir a la policía para informarse —sugirió.

¿Acudir a la policía? Si hubiese podido disponer de esa fuente de información, no estaría en esos momentos en Atlántida. Pero a Clotet se le había ocurrido otra interesante idea: de repente le había venido a la memoria el manual elaborado por Martell. Si las desapariciones de Pablo y Tete tenían que ver entre sí, quizá diera resultado el método que se empleó en Nancy para descubrir al responsable.

—Bueno, gracias otra vez. Ah, despídame de Lola. Dígale que quizá me pase otra tarde.

—Claro. Cuando quiera.

Clotet bajó las escaleras con una sensación muy diferente a la que tenía al

subirlas. Si bien seguía preocupándole la extraordinaria coincidencia que relacionaba a las desapariciones de Pablo y David, también era cierto que no había hallado en el archivo de la asociación ninguna cosa que pudiese alarmarle. Eso le aliviaba mucho. Bien, todo aquello había sido una mera casualidad, ¡tenía que serlo! Pero… ¿qué esperaba encontrar en realidad en la información que obraba en poder de Atlántida? Estaba disparando a ciegas desde el principio y no se había percatado de ello. Claro que no podía encontrar nada. Cualquier circunstancia similar en alguno de los otros casos, hubiese levantado las sospechas de la policía. ¡Cómo iba a pasárseles por alto!

Al doblar la esquina de la siguiente calle, la que le conduciría al parking, pensó que su conducta estaba siendo impropia de su prudencia y veteranía. Pronto Pablo regresaría a casa. Y su obsesión se desvanecería para siempre.

En ese preciso instante una insólita inquietud volvió a acuciarle. ¿Qué pensamiento la había despertado? ¿Era por algo de lo que acababa de ver u oír? Lo más probable. ¡Pero si no había visto ni oído nada inquietante! Mientras caminaba se esforzó en averiguarlo. Rebobinando, se dio cuenta de que tenía que ser algo relacionado con Pablo González. No podía ser otra la causa; había surgido inmediatamente después de pensar en él. Pero… ¿qué era? ¿Por qué precisamente ahora le trastornaba?

Pagó el ticket en ventanilla y subió hasta la 2ª planta. El ascensor funcionaba esta vez. Abrió la puerta y se puso al volante, pero antes de arrancar reclinó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos, tratando de captarlo… Algo se le escapaba. Al instante, despertó, frustrado ante la inoperancia de su cerebro envejecido: únicamente contaba con diez minutos para sacar el coche del aparcamiento. Si se despistaba tendría que volver a pagarlo. Hizo girar la llave. Segundos después estaba en la calle, diciéndose a sí mismo que tenía que apartar cuanto antes aquel fantasma que le incomodaba inútilmente.

Cuando menos se lo esperase, cuando se hubiese olvidado del todo, lo *sabría*.

44

Lo había estado meditando todo el fin de semana, dándole vueltas una y otra vez. Hasta el punto de no haber podido conciliar el sueño. Cuando pudo dormirse por fin, bien entrada la madrugada del domingo, el sueño apenas le duró un par de horas. El cansancio causado por aquel insomnio no le había restado determinación a su mente, sólo algo de claridad. Y todo el domingo continuó ensimismado, empeorando con su actitud ausente el terrorífico levantar que había tenido Carolina. Sin saberse muy bien el porqué, Carolina había echado los pies al suelo disparando sin balas contra todo lo que se movía. Cuando esto ocurría, a Muriel no le quedaba otro remedio que quedarse lo más «quieto» posible hasta que las prácticas de tiro concluyesen.

A eso de las seis de la tarde del domingo, aprovechando que sus suegros habían arrastrado por la fuerza a Carolina y a Ale a una cafetería de La Malagueta, para obligarla a salir y conseguir de ese modo que se «aireara un poco» y mejorara su humor de perros, cogió el Smart y se fue directo a Torremolinos. Después de hacerse con un mapa de la ciudad en una de las oficinas que la delegación de turismo del ayuntamiento mantenía abiertas en el centro urbano, se dirigió a La Caracola.

Con las indicaciones de Pepe Marcos y un policía municipal, y la ayuda del mapa, no le costó demasiado encontrar el edificio, anclado en una de las calles pendientes de la parte vieja que une Torremolinos con Benalmádena, sombreadas por acacias, pinos y enormes ficus, y parcheadas de solares sin construir en los que hasta la vegetación se ha hecho vieja.

Durante media hora examinó la escena del crimen: la valla hecha de obra y rematada por malla de alambre galvanizado pintado de verde; la puerta metálica sin cerradura; el portal de entrada al edificio unido al aparcamiento al aire libre con sus pilares cuadrados de sesenta centímetros de ancho.

La edificación era estéticamente desafortunada, por no utilizar un calificativo demasiado severo. Todo resultaba como desangelado y de estilo «colectivista». El techado del aparcamiento era el suelo de una pista de tenis, a la que se accedía desde la primera planta en el interior del edificio. La iluminación era tan raquítica que todo el entramado resultaba oscuro y hasta tétrico.

Intentó imaginarse cómo podía haber sucedido todo. Incluso trató de

calcular el tiempo que hubiese necesitado el asesino para alcanzar a Cecilia antes de que abriese la cerradura del portal. Entonces adquirió la certeza de que el asesino se ocultó en los pilares, aguardando a que volviera desde los contenedores. Aquel cerdo tenía una gran confianza en sí mismo: el escenario del crimen era todo menos una buena escapatoria. Parecía más bien una ratonera.

El lunes, al amanecer, Muriel se despertó y se sintió iluminado por el descubrimiento casual de un «hecho antecedente», o, dicho de otro modo, del resultado de una deducción al revés, al estilo de lo que había hecho Castillo. Se dio cuenta de que el asesinato de la infeliz Cristina, en contra de lo que habían pensado hasta la fecha, había sido planeado de la misma manera que los otros. Debido a que la zona de la urbanización donde fue sorprendida era prácticamente un descampado, y a que todo ocurrió a plena luz del día, siempre pensaron que la muchacha había tenido el infortunio de toparse casualmente con el asesino. Ahora sabía que no; había entendido de golpe un montón de cosas, en especial por qué parecía tan inconsistente aquella suposición. De un individuo ocioso que merodea, es fácil sospechar, pero ¿quién recela de un ciclista, vestido con «ropa deportiva» que recorre en uno y otro sentido las calles de una urbanización apartada? ¡Eso era!... ¡Así pudo sorprenderla por la espalda, igual que a Blanes!

También entendía ahora que habían tenido un error de cálculo al suponer que, en comparación con las muertes de Cecilia y Cristina, el asesino había tomado demasiados riesgos con Natalia. Que parecía llevado por un desesperado y repentino impulso, totalmente nuevo en él. Se equivocaban de plano. Todo había partido de un análisis precipitado. Los riesgos habían sido mínimos con aquel plan de seguimiento que añadía un estimulante nivel de excitación a la ejecución final.

«Sí»—sacudió la cabeza al saltar de la cama.

Entonces se vistió a toda prisa, se encaminó a la comisaría y, al encontrarse con Ramos, en la primera planta del edificio, le soltó de sopetón:

—El asesino de Blanes era un ciclista. Uno de los ciclistas que usa la zona peatonal.

La afirmación de Muriel tuvo un curioso efecto: le hizo caer a él mismo en la cuenta de algo que, luego, le pareció importante: Blanes probablemente no conocía a su asesino en persona. Es posible que supiese quién era, que conociese su nombre y ocupación, pero no su aspecto físico. En caso

contrario, podía habérselo mencionado a Álvaro como un hecho anecdótico: llevaba semanas, tal vez meses, viéndole a diario montado en aquella bicicleta. Es del tipo de cosas banales que se suelen comentar para llenar una charla. Era demasiado arriesgado.

Ramos puso cara de no entender nada, lo que en realidad significaba que había logrado despertar su curiosidad. Luego, ambos quedaron en silencio, como si cada uno de ellos esperase del otro una nueva idea al respecto.

Pero no sucedió nada, porque Ramos recibió una llamada en su móvil y, al colgar, hizo un par de llamadas más, una de las cuales le entretuvo unos veinte minutos. Durante la misma, le hizo reiterados gestos a Muriel para que se ocupase de tomar nuevamente declaración a los testigos del crimen de Natalia. Se les había pedido que estuviesen localizables durante toda la mañana.

Interrumpió posteriormente su conversación telefónica para exhortarle a buscar a Goyo.

—Llévate a ese hijoputa contigo. Mañana por la mañana hablaremos.

45

Al día siguiente, Muriel ya había elaborado un plan para no ser interrumpido por nadie del Grupo: se le había ocurrido proponer a su jefe una caminata hasta la cafetería donde servían los mejores churros de Málaga, a poco más de medio kilómetro de la comisaría provincial. Los nuevos interrogatorios habían arrojado un resultado decepcionante.

Gabriel Ramos acogió con agrado la idea, pues el día era excelente para pasear y, francamente, si algo le apetecía comer aquella mañana era un buen plato de churros mojados en chocolate caliente.

A mitad del paseo, Ramos buscó asiento para descalzarse el pie izquierdo. No hallando otra superficie más adecuada en la recta extensión de la acera, se vio obligado a apoyar las nalgas en el capó de un utilitario.

El inspector llevaba puestos unos botines de agua que hacía tres o cuatro años que no usaba. Una irregularidad en la plantilla de uno de ellos, que hacía el efecto de una chinita, le dificultaba mantener puesta toda su atención en lo que Muriel le estaba refiriendo desde hacía diez minutos.

—¿Un ciclista?—farfulló, rojo por el esfuerzo de sacarse el botín en postura tan inapropiada.

Muriel asintió. Tras acariciar la idea de haber presentado lo del ciclista ante el equipo como si fuese de su propia cosecha, había decidido a la postre decirle la verdad a Ramos, relatándole el resultado de su encuentro del sábado por la mañana. Temía que Bernal pudiese descubrirle el pastel a Gabriel cuando volviesen a hablar. Le avergonzaba pensarlo. Le había rogado al jefe, eso sí, que no les contase a los demás el origen de aquella teoría.

El inspector cortó el pellejillo sobrante de la plantilla de «material» con el filo de una de sus uñas, después de arrancar de un tirón el grueso de la parte desprendida.

—¿Y quién dices que es…?—preguntó distraído, mientras oteaba el interior del botín, antes de volver a ponérselo—. ¿Un médico de aquí?

—Según parece, Bernal y él son amigos desde hace muchos años —Muriel se encogió de hombros—. Eso fue lo que me dijo. Asegura que le ayudó a resolver un caso en Sevilla en el ochenta y dos —añadió.

Continuaron caminando. Ramos, además de gozar de una excelente memoria, era buen conocedor, a grandes rasgos, de la historia criminal más

reciente. Los Crímenes de la Escombrera ocupaban un lugar de relumbrón en la lista de episodios famosos de los últimos cincuenta años. Aquella mención de Muriel al caso, pareció despertar un vivo interés en su jefe.

No obstante, Ramos no podía evitar juzgar a las personas por sus modales y por la propia apariencia física, y dado que Bernal tenía aires de político o de alto ejecutivo, mentalmente le costaba un mundo encajarlo en la cúspide de aquella maquinaria de caza organizada en Sevilla.

—Cualquiera lo diría al verlo… —musitó.

Muriel le contó a continuación lo que Bernal les había dicho de Castillo a él y a Carolina, unos minutos después de marcharse éste.

—A ver si lo que quiere el hijo de puta es quedarse con nosotros —concluyó.

Una mueca escéptica distorsionó por un segundo el rostro de Ramos.

—¿Y con qué propósito?

—Joder, que le hagamos una reverencia cada vez que abra la boca. Que nos bajemos los pantalones hasta las rodillas del gusto.

—Conozco el caso de La Escombrera por distintas fuentes. Leí bastante sobre él, pero hace ya mucho tiempo. La verdad es que no recuerdo los nombres —admitió Ramos.

—Quizá no te das cuenta de que no es mal pretexto para abrirse camino. Vienes aquí con la intención de ponerte al corriente en una investigación ajena y ¿qué mejor que aparecer con las medallas en la solapa? —repuso Muriel. Entretanto, Ramos asentía con la cabeza. — Hombre, yo no digo que Bernal no fuese del grupo…

—Aquella fue una operación de las que dan brillo.

—Pero no me toques los huevos. Joder…, meter a un estudiante de medicina…

—Hazme el favor de lavarte la boca con lejía.

—En cuanto acabe el desayuno —prometió Muriel.

—El caso es que me sonaba Bernal y no sabía de qué —comentó Ramos—. Sin embargo, el otro nombre no me suena de nada.

—Tenías que haberle visto.

Ramos se paró un instante para introducir el dedo entre el contrafuerte del zapato y el pie.

—¿Sí? ¿Qué hizo?

—Bernal le dio los cuatro detalles que sabía, lo llevó al sitio y el muy

cabrón se sacó de la chistera lo de la bicicleta…

—Hay que huir de los adivinos como de la peste, Fernando.

Muriel chasqueó la lengua contra el paladar.

—De adivino, nada —negó con la cabeza— No nos lo planteó como una adivinanza…, en ningún momento presentó la idea como si fuese el producto de una inspiración… Fue muy deductivo.

Muriel expuso todos los aspectos del proceso. Cómo Castillo había llegado a *la conclusión*. Paso a paso. Ramos quedó pensativo un momento.

—Muchas cosas que se nos escapaban..., que no entendíamos —prosiguió Muriel—, de pronto tenían sentido.

—Oye, ¿es que me estás proponiendo algo?... ¿Quieres que le pidamos consejo… o colaboración?

Muriel se alarmó. Temía haber llegado demasiado lejos. Gabriel era muy capaz de alterar la dinámica y el método permitiendo que se les colase un intruso, y eso tenía que evitarlo a toda costa.

—Estás de cachondeo, ¿no?

—En absoluto —dijo Ramos, muy serio.

—¡Qué coño dices! ¿Cómo vamos a hacer eso, hombre?

—¿Por qué no?—preguntó retóricamente Ramos—. Si tiene el olfato que parece…

La actitud de Ramos, su evidente curiosidad hacia las habilidades del amigo de Bernal, comenzaban a preocupar seriamente a Muriel, temeroso de que su apresuramiento en resaltar con letras de oro el providencial hallazgo de Castillo, le relegase a él a un escalón secundario. Incorporar a un colaborador *externo*, sólo necesitaba del visto bueno del inspector jefe de servicios, cuya predisposición a aceptar esa clase de propuestas de los jefes de grupo, estaba fuera de toda duda, de modo que poco podía hacer él salvo intentar quitarle la idea de la cabeza con otros razonamientos distintos, intentando que no se le notase demasiado el peso de su orgullo herido, pese a que Ramos adivinase fácilmente sus verdaderos motivos. Estaba el arma, y el arma era suya enteramente, la única pista material del crimen porque la idea del ciclista, aun siendo sorprendente en su síntesis, era una mera conjetura. Pero Muriel estaba ante una disyuntiva: si conseguía que Ramos desestimase «invitar» a Castillo, adquiriría *de facto* una mayor cuota de responsabilidad a cambio de nada, pues cargaría sobre sus hombros con un más que probable estancamiento en la investigación. Si tal cosa ocurría, no deseaba verse con el rabo entre las

piernas, yendo tras Castillo, rogándole que les sacara del apuro. Sería la constatación de un humillante fracaso. Para librarse de la amenaza de Castillo, Muriel optó por una estrategia distinta.

—Ten claro que fue allí a la fuerza…—dijo—. Porque Bernal se lo pidió como favor personal. No podrías convencerle.

—El tiempo corre. Y estamos en blanco.

Muriel bajó la cabeza. Optó por callar y ver por dónde respiraba su jefe.

—El concesionario está limpio —prosiguió Ramos—. Maribel y Goyo no han encontrado nada raro en el negocio. Y, luego, que las relaciones entre los empleados de la firma son de lo más normales.

—No te fíes de los de la UDYCO…

—Ya. La información no nos viene directamente de ellos —declaró Ramos —. La gestión se la encargué a Fernández… A él seguro que no se atreven a ocultarle una operación en marcha.

Fernández, el inspector jefe de servicios, gozaba de una excelente reputación. Era más respetado en las distintas unidades que el propio comisario provincial.

Muriel resopló con fuerza.

—Un cabrón que no está tan loco como pensábamos.

—¿A qué viene eso?

—Tiene un plan, aunque parezca que improvisa. Siempre ha tenido un plan.

—No te vayas de ligero.

—Vamos a repasarlo, Gabriel: Natalia pasa el fin de semana en Coín. A las cinco y media de la tarde del domingo sale hacia Málaga y se para en el Corte Inglés. Hace unas compras, llega a casa a las nueve y se pone ropa deportiva... El asesino tiene que saber dónde vive.

—Probablemente —admitió Ramos.

—No creo que la siguiera hasta Coín; no le hacía ninguna falta. Lo que sabe mejor de ella es que tiene una rutina: casi a diario emplea una hora en hacer ejercicio. Siempre sale de casa entre las nueve y las diez. El tío tiene aparcado el coche donde pueda vigilar el portal… Es posible incluso que estuviese estacionado en doble fila; en la calle Cervantes puede hacerse perfectamente. Cuando la ve salir, sabe que tiene el tiempo justo de llevar el coche hasta la zona de Bellavista y dejarlo en una calle mal iluminada, seguramente el Paseo de Miramar. Saca la bicicleta del maletero y salta al marítimo por Bellavista. Todavía es posible que se encuentre con Natalia

haciendo la primera parte del recorrido. Sólo tiene que rondarla y esperar su oportunidad, que, de presentarse, sería durante el regreso, pero antes… baja a la playa, escarba el agujero en la arena y vuelve a coger la bicicleta. Cambiando de dirección cuando le parece, como hacen los ciclistas, puede pasar a su lado varias veces sin despertar sospechas… Nadie se fija en él. En todo caso, es difícil que alguien que le conozca, pueda reconocerle con las gafas. Se trata de elegir el mejor momento. Luego, sólo tiene que adelantarse, esconder la bicicleta y esperarla oculto entre las palmeras.

Esta vez Ramos volvió la cabeza completamente.

—Suena bien.

—¿Quién puede pensar que esto es obra de un sicario?—Muriel hizo un gesto despectivo—. ¿El Anencéfalo de los cojones?

Ramos le miró un instante sin dejar de caminar ni decir nada.

—No se puede descartar del todo que se trate de una venganza… Alguien cercano o que lo fue durante el pasado. Imagínate a un antiguo novio o a *un hombre* que sintió una vez una gran humillación, de la que culpaba a Natalia… Que no tengamos constancia de que fue amenazada, no significa que no tuviese enemigos. Es posible que alguien se la tuviese jurada y no lo supiese ni su madre. Mucho menos el gilipollas de Álvaro.

—Puede —admitió Muriel—. Pero ¿por qué no sacaste eso en la reunión?

—Lo he pensado después.

—¿Realmente tú lo crees probable?

—Digamos, Fernando, que la probabilidad es muy pequeña.

La cafetería apareció al atravesar el siguiente paso de cebra. Muriel esperó a que entrasen para decir:

—Tengo que encontrar a la compañera de piso de Cecilia.

—¿Cuánto hace que se mudó?

—Aguantó sólo cinco meses.

Se dirigieron a la barra. El camarero tardó unos segundos en atenderles.

—Dos años y medio es mucho tiempo.

—No sé lo que pensarás tú, pero yo no he visto una investigación por homicidio más raquítica que la de La Caracola —opinó Muriel—. Esta mujer, Lourdes, podría ser clave… o no servir de nada. Pero da lo mismo, porque Pepe Marcos la trató como si fuese un adorno.

Los pensamientos de Ramos le mantenían ligeramente ensimismado: se habían posado en la cara sin vida de la joven Cristina, bañada por la tibia luz

del crepúsculo, en aquella calurosa tarde de mayo. Los pájaros alborotaban alegres, a punto de recogerse en los árboles, como si el reguero de sangre fuese sólo pintura roja derramada, como si en realidad nada terrible acabase de suceder.

—Pepe desecha cosas que nosotros reflejamos —despertó de pronto.

—Lo que hace Pepe es tocarse los huevos.

—Pues suele ir bien encaminado…

—¡Pero coño, Gabriel…, que era la compañera de piso… la que mejor la conocía! No hay una mierda de información en el archivo del caso sobre ella —dijo en tono de crítica Muriel—. No siquiera aparece qué era lo que hacía para ganarse la vida. No sabemos todavía a qué se dedicaba… ¿Tú lo entiendes?

Ramos recordó de repente el texto de la declaración de Lourdes Belmonte, transcrita en el expediente. Apenas eran una veintena las preguntas que le habían sido formuladas y todas ellas relacionadas con el «momento del crimen». Quién era y lo que era el resto de su vida y su relación con Cecilia, permanecían en completa oscuridad. Seguro que su piel era demasiado blanca, apostó para sus adentros.

Aprovechó para poner a Muriel en antecedentes sobre los entresijos de la vida de Marcos: sus trapicheos con los casinos de la costa y su gusto por las negras, bien entradas en carnes. Era un secreto a voces que daba protección a varios garitos, a cambio de favores sexuales. La condición era que fuesen negras, cuanto más negras mejor. Sentía especial predilección por las de Costa de Marfil, aunque no le hacía ascos a ninguna que procediese del África Central. Las mulatas le parecían demasiado pálidas. Asuntos Internos lo tenía bien enfilado. Se rumoreaba que iba a ser suspendido muy pronto.

—Nuestra ventaja —prosiguió Ramos, refiriéndose a Lourdes Belmonte— es que no está quemada. Si le sacas algo, será la «versión buena» —dejó escapar una sonrisa irónica—. ¿Preguntaste por ella en el edificio?

Muriel asintió con la cabeza antes de decir:

—En esas urbanizaciones los vecinos no se conocen entre sí. Encima, en la planta en que vivían, los otros cinco pisos son para alquilar en verano y estaban desocupados cuando el crimen.

Ramos volvió a advertirle de algo que no era bueno que Muriel olvidase del todo:

—No hay garantías de que *tu* arma fuese la que matase a las otras dos.

—Ya.

—Yo llamaré a Pepe. Tiene que saber dónde ha ido o, por lo menos, tendrá su teléfono.

—Deja a Pepe tranquilo, coño. ¿Es que vamos a ponerle una alfombra para que nos siga los pasos? Hay veces que no te entiendo.

Ramos fue incapaz de evitar una sonrisa condescendiente.

—Lo más rápido es buscarla a través de Hacienda —dijo, aún sonriente—. Tengo a un amigo en la delegación. Le dices que te mando yo y verás cómo se las apaña para dar con ella.

Los churros humeaban en la bandeja.

—Quiero que me digas si tienes otra idea de lo que hacer —pidió Muriel —. Me jodería mucho estar perdiendo el tiempo.

Ramos puso las palmas hacia fuera.

—No. Está bien. Seguiremos por ahí.

Muriel se llevó una de las piezas a la boca pero apenas la mordisqueó. En su lugar, la introdujo en el vaso dejándola que se empapase unos segundos.

—Nos la estamos jugando. Si lo de Blanes no es obra del mismo tío —dijo, mirando abstraído la operación que ejecutaba su mano—, la hemos cagado.

—No tanto —rechazó Ramos con un ademán—. Haremos lo que haría cualquiera en nuestro lugar. No hay una varita mágica.

—Fenómeno.

—Sin otra pista que la del hacha, no nos queda otra opción. Tres mujeres muertas… ¿qué tienen en común…? Dejemos aparte el resto de posibilidades.

Cuando se lo proponía, Ramos podía conseguir una perfecta síntesis de lo inconcreto, que hasta parecía clarificar las cosas.

—Tú verás: la responsabilidad es tuya.

La pesada carga de la responsabilidad no parecía poder dejar sin respiración a Ramos.

Enarcó las cejas por toda respuesta.

—Bernal me ha llamado —dijo, cambiando de tema.

Una brusca sospecha iluminó el rostro de Muriel.

—¡No me jodas! ¿Es él el que te ha propuesto lo del médico?—dijo cabreado.

—De ese tío no me ha dicho ni mú —negó Ramos—. Sólo quería saber cómo vamos. Le he explicado lo del arma… bueno… que no estamos seguros al cien por cien de que fuera la misma en los tres asesinatos. Pero también le

he dicho que lo damos por hecho.

Muriel sintió un gran alivio. Se daba cuenta de que Ramos acababa de darle vía libre.

—¿Por qué ellas? Tenía que conocerlas de algo.

Ramos apuró el café y, para secarse completamente los dedos grasientos, arrancó varias servilletas de papel del servilletero con publicidad de una marca de cerveza.

—Pero quizá ellas no le conociesen. Puede que el contacto haya sido fugaz…, en el supermercado, en el parque o en cualquier lugar público. Hasta es posible que se haya comportado como un merodeador, observándolas desde la distancia.

—Espero que te equivoques en eso.

La única esperanza de avanzar en la resolución del caso consistía en hallar una relación entre las víctimas, por extravagante que pareciese.

—No hay ni una prueba física —dijo Ramos, pensativo—. Si hay algo que relaciona a las víctimas —miró a Muriel—, *tienes* que encontrarlo cuanto antes.

—Cristina y Natalia no se conocían. Eso lo doy por seguro. Si se hubiesen conocido *físicamente*, Natalia lo habría mencionado a alguien de su entorno, cuando se tuvo noticia del asesinato. Todos aquellos con los que se relacionaba más estrechamente, es decir, Álvaro, sus mejores amigas y su madre y tía, recuerdan haberla oído comentar el crimen… como cosa de actualidad… Si la hubiese conocido personalmente, lo habría dicho… Esas cosas no se las calla la gente… Y parece ser que tampoco conocía a Cecilia, aunque en ese particular la cosa no está del todo clara. Por varias razones, pero la principal sería que, a diferencia de la muerte de Cristina, no hay constancia de que cuando fue asesinada, ella supiese *quién* era, porque no se publicó ninguna foto… La duda está en si han podido coincidir en determinado lugar…

—Socias de un mismo club —dijo Ramos, desestimando inmediatamente en su pensamiento la idea.

—Quizá en un acto público programado o…formando parte… no sé… de alguna concentración a favor de algo o como protesta por algún hecho. En tal caso podrían no haberse conocido personalmente, pero…

—Es una lotería —atajó Ramos—. Casi nunca toca.

Muriel abonó el importe del desayuno con el suelto que llevaba en el

pantalón y abandonó el taburete.

—Álvaro no nos dejará revolver sin una orden judicial.

—Cursaré la petición hoy… —se levantó del asiento—. Llévate a Goyo o a Lauri contigo, me da lo mismo, pero en esta semana tienes que dar con esa tía… A ver si de verdad te traes algo.

Muriel expelió un chorro de aire por la nariz, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

—En cuanto a eso que contaste antes de la bicicleta… —prosiguió Ramos, nada más salir al exterior— ¿Qué te parece?... ¿Crees que fue así?

—Es la explicación más convincente al hecho de que nadie le viese.

—Se puede hacer también a pie —objetó Ramos.

—Pero no seguirla. No se puede seguir a pie a alguien que corre.

—Vale, vale. Entonces lo largaremos a la prensa. Quizá puedan describirle.

—Hay que intentarlo.

De regreso a la comisaría, la conversación se desvió a otras cuestiones que en nada tenían que ver ni con Blanes, ni con Cristina Lozano o Cecilia Abreu. Pero en la cabeza de Muriel no cesaban de dar vueltas las cuestiones principales a resolver: ¿Conocía personalmente el asesino a cada una de sus víctimas? ¿Se conocían entre ellas? ¿Qué perseguía el asesino, qué tenían de especial aquellas mujeres? Las esperanzas de Muriel no se habían incrementado significativamente con la teoría del ciclista. Se barruntaba que no sacarían nada de aquello, salvo una enorme pérdida de tiempo y muchos dolores de cabeza.

Pero se impuso la tarea de indagar a fondo en la idea del itinerario marcado junto a Bernal.

Quizá porque no se le ocurría otra cosa mejor que hacer por el momento.

46

Recorrió un corto pasillo. Al fondo, a la derecha, encontró una puerta de madera de pino, de tonos claros. La oscuridad velaba los contornos del dibujo de la chapa que tenía adherida, pero pudo distinguir un mostacho bajo un sombrero de copa.

El halógeno de luz amarillenta se disparó con su irrupción en el aseo. En el interior, la puerta tenía algunos garabatos: palabras malsonantes, notas estúpidas, recordatorios procaces, mensajes provocativos, abyectas inscripciones, números de teléfono…

Lo preparó todo en cinco o seis segundos, sacándose un papel con un número anotado del bolsillo posterior del pantalón y depositándolo sobre el lavabo; abriendo hasta el tope los dos grifos de éste y tirando de la cisterna; tomando por el mango el útil y cerciorándose de que el rumor del agua del grifo y de la cisterna llenándose de nuevo, ocultarían el ruido de rascar la madera. El trabajo tenía que ser concienzudo. Formaba parte de su forma de ser evitar toda clase de chapuzas. Era un perfeccionista enfermizo… ¡Enfermizo!, le decían sonriendo… La gente que creía conocerle, así se lo había hecho saber alguna vez que otra. Pero… ¿alguien le conocía realmente?

El hombre en el que la gente no solía fijarse opinaba que, en la existencia, todo sucedía porque sí, espontáneamente, no había nada planificado. Porque tenía que suceder para que el *ciclo* se completase. Igual que los terremotos que derriban ciudades que más tarde se reconstruyen. Igual que los ciclones que borran del mapa costas y puertos que luego se regeneran. Igual que las tormentas que arrasan campos que florecen al poco. Y que, en los actos humanos, únicamente se planeaban los detalles, los procedimientos, la «logística» —como proclaman los cursis que leen suplementos dominicales de economía creyendo pertenecer por ello a una élite—, la fórmula exacta para alcanzar la felicidad que la vida traía consigo y que mostraba a sus ojos constantemente, como una tentadora ofrenda de Dios. Los actos eran consecuencia de un instinto o un deseo, ¿qué más da cómo quiera llamársele? Cualquiera podía hacer lo mismo que él. « ¿Por qué razón no lo hacían?»—se preguntaba a menudo, sin llegar a entender ese afán de la gente corriente por delimitar los conceptos. «Lo desean igual que yo, lo necesitan… Entonces, ¿por qué?» La felicidad estaba al alcance de cualquiera; no había distinciones

ni elegidos. Sólo había que tomarla, traerla hasta sí, sin que el pulso le temblase a uno un solo instante. Ése era el secreto para vivir en paz con uno mismo, para no transitar siempre preso de los propios anhelos que parecen invencibles. En eso se diferenciaba él de los demás, en que no estaba confundido por consignas estúpidas y absurdas prohibiciones, en que él había dado el paso para coger lo que le *pertenecía*.

Absolutamente todo.

Quería que las marcas fuesen indelebles; y por esa razón había desechado el bolígrafo. La tinta podía borrarse o cubrirse con barniz o pintura. Usaba un punzón con punta de titanio. Luego rellenaba los surcos con rotulador de tinta indeleble negra.

Se le había ocurrido mientras buscaba un destornillador pequeño en unos almacenes de ferretería. El punzón era un instrumento que gozaba de unas ventajas muy apreciables con vistas al trabajo al que pensaba destinarlo. Entre las herramientas de la marca Palmera, descubrió uno corto, con mango en material antideslizante. Era perfecto. Procuraba llevarlo siempre consigo, puesto que la oportunidad podía presentarse en cualquier momento. Hasta entonces lo había venido haciendo con la navaja Opinel, a la que tenía un gran aprecio. La primera que tuvo se la trajo de Francia la madre de una alumna. No tardó mucho tiempo en perderla. Luego adquirió otra del mismo modelo, ligeramente más grande. Ya no podía prescindir de ella. Era muy resistente y no había que afilarla a menudo. Pero con la navaja era difícil seguir el trazo; la punta tendía a desviarse. Sabía que tendría que emplear otra cosa. Con el punzón había desaparecido el problema.

Pero el problema reaparecía en otro sitio, con destinatarios diferentes, porque era como la energía, que se transformaba en algo distinto cada vez, sin desvanecerse nunca.

Bueno, él sólo les daba a aquellas putas lo que se merecían: el ultraje de los proscritos que merodean los urinarios públicos y se empalman susurrando obscenidades tras el anonimato de una llamada telefónica. Adoraba entregarles a las putas, ponérselas en bandeja; era el juego más entretenido que había practicado nunca. Y el más seguro. ¿Quién podría descubrirle, quién sería capaz de relacionarle con los mensajes? Él únicamente hacía de enlace, de intermediario sin invitación en la fiesta; sin nombre; sin cara; sin edad. Las víctimas y los verdugos eran luego los verdaderos..., los únicos protagonistas.

Le aliviaba grabar sus nombres y sus teléfonos; de todas las putas, de *todas*.

No había mejor lugar: aquel punto de reunión anónimo donde recalaban alguna vez todos los degenerados ávidos de nuevas experiencias. ¿Quién no visitaba con cierta asiduidad los aseos de las cafeterías y las áreas de servicio de las carreteras y autovías? Todo el mundo lo hacía. Pero era la peor de las escorias la que acudía a mirar tras las puertas para excitarse. De existir la manera de poder demostrarlo y de haber podido también compartir su teoría con alguien, se hubiese apostado la mano derecha a que tenía razón, pues no sólo era que lo intuyese, sino que estaba completamente seguro. Hubiese dejado que le cortaran la mano. Ningún reclamo mejor para los pervertidos que los garabatos en la madera. Internet no era seguro para ir tras ellas: siempre dejaba rastro. Qué sensación tan dulce era herirlas, desde la distancia, sin perturbaciones ni riesgos. Nadie lo sospecharía nunca. Tendrían que haberlo previsto las muy imbéciles… Parecía como si lo hiciesen a propósito…, sí, eso era… ellas se lo buscaban. ¿Para qué si no dejaban expuestos públicamente sus números de móvil? Aquellas llamadas les cambiaban la vida; daba igual que cambiasen de número: no volvían a ser las mismas, era como si a partir de ese instante se sintiesen perennemente vigiladas, amenazadas y sucias por la lascivia de sus acosadores. Bastaba mirarlas a los ojos para saber cuándo se les habían abalanzado aquellas fieras. Aunque una de las putas, Rosa, había hablado abiertamente del incidente, aparentando indiferencia, como si no le importase, él sabía a ciencia cierta que todo era fachada. Tenía la mirada manchada de alarma y asco, igual que las otras. ¿Qué clase de mierda habrían derramado en sus oídos?

Gozaba hallando nuevos escondrijos, nuevas madrigueras de depravación. A menudo caminaba al azar por cualquiera de las populosas barriadas del oeste de la ciudad, para descubrir bares, cafeterías donde toda clase de parias, enronquecidos por su fracaso, dilapidaban la limosna del Estado en pequeños sorbos de anís seco y brandy peleón. Les daba una oportunidad de divertirse de verdad. Cuando leyesen aquellas palabras incitantes, junto a un nombre de mujer, no podrían resistirse a llamar. Aquello se había convertido en una droga de la que no podría prescindir jamás. Todo le excitaba, la totalidad del «proceso»: hacerse con los números de teléfono, buscar los lugares donde grabar los mensajes, pensar en las palabras que pudiesen hacerles más daño… Se empalmaba siempre que usaba el punzón…, era como si ya estuviese acechándolas desde las sombras… Podía casi adivinar lo que vendría después:

La mirada grasienta de aquellos locos penetrando a través de la línea telefónica.

47

Unas nubes sucias y amenazadoras se habían aposentado sobre La Alcazaba y todo el monte Gibralfaro. El viento venía arisco desde levante. Centenares de gaviotas planeaban suspendidas a gran altura sobre el Parque y La Malagueta, como si fuesen un ejército en formación.

Pensaba en todo cuanto podía alterar su tranquilidad, ahora que las aguas comenzaban a calmarse. Siempre surgían pequeños inconvenientes, imprevistos. Bueno, no era eso exactamente. Imprevistos, no. Años atrás quizá los hubiera denominado de ese modo, pero se equivocaba al hacerlo. Ahora lo sabía. Se trataba de «desajustes» absolutamente predecibles. El problema de un cabo suelto, del que alguien podía tirar. En parte, tenía que reconocer que estaba sorprendido. No había contado con que lo averiguasen. Qué extraño. Aquél no era el estilo de la policía, su forma de hacer las cosas exigía elementos de los que él sabía privarles: no había desparramadas migas de pan, igual que en el cuento de Hansel y Grettel. No las había pues todo era perfecto o *no era*. Aunque siempre había gente a la que gustaba entrometerse. Sí, eso era cierto. Creían poder salvar el mundo ellos solos. Curiosos que escarbaban en cualquier rendija, hurgando, despedazándose las manos como si buscasen un tesoro. Pero el tiempo corría a su favor. Ansiaba que pasaran los meses cuanto antes. Seis… ocho meses y nadie se acordaría ya de lo ocurrido. El polvo se amontonaría sobre la tapa plastificada y los nombres se emborronarían. Nadie jamás podría imaginarse el significado de *su obra*. Tenían el privilegio de contemplarla y con eso bastaba.

Miró hacia atrás. Toda la ropa había sido embalada con esmero en la caja de cartón. Recordaba haber colocado el chubasquero gris antracita en segundo lugar, sobre un pantalón vaquero que hacía un año que no se ponía. Las zapatillas deportivas estaban separadas del resto de la ropa por su propio embalaje, preparado con mimo utilizando un recio papel de empaquetar. Sentía tener que deshacerse de ellas. Eran unas caras zapatillas de marca con muy poco uso. Pero era mejor para *todos* que «desaparecieran» para siempre.

Estaba asombrado y feliz con su astucia y su sangre fría. En un par de días viajaría con destino a Asia. Para vestir a los más pobres entre los pobres. En esas latitudes, las lluvias eran abundantes. Un buen chubasquero como el suyo remediaría parte de los males que acuciaban a alguna de aquellas personas. ¿Y

qué decir de las zapatillas? Si no caían en manos de alguno de los muchos desaprensivos que parasitaban las organizaciones humanitarias, y que luego las vendían en los mercadillos, alegraría los ojos y los pies de un desgraciado. Incluso era de prever que se las disputasen entre varios y que hasta se *matasen* por ellas.

La sonrisa del hombre se abrió de repente como el vientre despanzurrado de un animal. Le gustaba la idea. Ayudando a los necesitados, se ayudaba a sí mismo. Era perfecto. Le daban ganas de reír cada vez que lo pensaba.

Respiró hondo, sintiendo que se liberaba de un peso. Aquel «problema» no iba a cambiar nada. El Miedo no se cebaría nunca más con sus pensamientos.

Desde el interior del coche, estacionado delante del Hospital Noble, el hombre de pestañas espesas y ojos sin expresión miraba a los transeúntes cruzar los pasos de cebra, situados a una veintena de metros. También le interesaban los automóviles que llegaban desde el paseo marítimo Pablo Ruiz Picasso y el Parque, enfilando el Paseo de Reding, apelotonándose intermitentemente en el comienzo del mismo, donde habían de girar a la derecha. Tenía una vista excelente Le entretenía observarlos y le resultaba útil hacerlo; terminaba por conocer a la gente mejor de lo que se conocían a sí mismos. A veces se quedaba varias horas estacionado allí, o en cualquier otro lugar concurrido de la ciudad, con la radio puesta, y perdía la noción del tiempo. Se fijaba especialmente en si aquellos peatones y conductores movían los labios. Tal como había predicho, muchos de ellos iban hablando solos; tal vez tarareando una canción.

Ya había pasado por esa etapa y, sí, ése era el síntoma. La señal de que todo puede cambiar en cualquier instante. Sin la indeseada compañía de otros, sin testigos, aquellas gentes perdían toda inhibición; por eso hablaban de los planes que habían trazado. Cuidándose de que nadie les escuchase, se daban ánimos pensando en las cuentas que debían ser saldadas y en quiénes las pagarían. Se daban ánimos porque no habían reunido aún el coraje necesario para actuar. El jefe que les tenía enfilados, el vecino que no les dejaba dormir armando escándalo todas las noches, la esposa que controlaba hasta su respiración, el amigo que les había traicionado, el que les había engañado y robado cuando más confiados estaban en su lealtad; el hermano que había conspirado para arrebatarles su parte de la herencia; la muchacha que una vez les había humillado, riéndose de sus sentimientos… Estaban tan cerca… A punto de saltar la línea divisoria que él cruzó mucho tiempo atrás… Pronto,

algunos de ellos darían el paso y acallarían las voces de la discordia y el rencor, que no les dejaban respirar hondo. Pronto, las páginas de sucesos de los periódicos dejarían constancia de la transformación. Y serían iguales a él, los dueños de un orden nuevo resucitado desde la tumba de la falsa compasión y la injusticia… Porque, cuando tal cosa sucedía, ya no era posible una vuelta atrás, sólo se podía caminar en una misma dirección, y con pasos que cada vez eran más vigorosos y decididos; las dudas se disipaban sin dejar otro poso que el del reproche para con la anterior cobardía.

El sonido intermitente de un claxon le despertó de golpe de sus reflexiones. Giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía, a su izquierda. Desde el interior de un Audi, detenido en mitad de la calzada, una joven le hacía señales.

El hombre negó con la cabeza y, como pidiendo perdón, le ofreció su más humilde sonrisa. ¿Acaso no se había percatado? A continuación, le señaló el disco de zona reservada a minusválidos, con aquella dulzura en el gesto tantas veces ensayada, tan convincentemente sincera: la del hombre en el que podía convertirse sólo con pretender parecerlo... Otro de sus juegos.

Por mucho asco que sintiese de esa Humanidad hipócrita y egoísta que no había dudado en arrancarle toda clase de lágrimas de dolor y soledad, la idea de «hacer lo necesario» para labrarse una buena reputación le había fascinado siempre. Instalar en el cerebro de la gente la imagen modelada a su antojo. Sería lo que decidiese ser, no por sus actos verdaderos, sino por su capacidad como actor. Era tan excitante hacerles creer «cosas» que habían sido sólo imaginadas, y más tarde estudiadas y elaboradas con precisión. Presentarse ante los demás como el hombre paciente, respetuoso, atento, bondadoso, considerado... Como en aquella ocasión en que a Gloria le expiraba el plazo para entregar la memoria anual, y se encontró abandonada de improviso por los que se habían comprometido a echarle una mano. Estaba sola, quizá porque no atraía a los hombres ni resultaba simpática a las mujeres. Porque el egoísmo es el verdadero cimiento de la condición humana, y Gloria no tenía nada que *ofrecer* a cambio de lo que pedía. Porque la esperanza de placer y excitación secretas que buscaban compulsivamente los hombres en su contacto con las mujeres, carecía de sentido en Gloria, en aquel cuerpo y rostro mal aliñados por Dios. ¿Para qué generar una deuda que no se va a cobrar?... Tampoco podía esperar nada de sus *amigas*. Nada. ¿Iban a sacrificar su tiempo libre a una desgraciada de la que nada podían aprender?... O es que

Gloria no se había dado cuenta ya de que el género femenino siente una mezcla de envidia, odio y fascinación hacia la mujer que atrae a los hombres, y es a esa clase de mujer a la única que prestaría auxilio y luego traicionaría, con tal de *entender*, con tal de hallar el modo (vanamente) de arrancarle el valioso secreto de su éxito…

Sola de pronto. Le recordó a él mismo. Sola y sin nadie a quien acudir, igual que él había estado durante gran parte de su vida. Ahora Gloria sabía cómo era el mundo en realidad, lo que podía esperar de La Humanidad en su conjunto. Las excusas eran ridículas, claro, y también, por ello, suficientemente reveladoras de la catadura de quienes había tomado por buenas compañeras. Raquel y, sobre todo, Isa (¡la falsa de Isa!), la habían dejado tirada. Pero él la había sacado del apuro, dedicándole tres tardes completas. Al principio Gloria no podía creérselo, pensaba seguramente que le estaba tomando el pelo, que en cualquier instante la haría objeto de sus burlas o le presentaría también una excusa para escabullirse. Como las otras. En la última de aquellas tres tardes, Gloria se había puesto un perfume caro y se había acicalado como si se fuese de fiesta. Incluso había dejado sus hombros rechonchos al aire, como una buscona en plena operación de caza. Aquella falda negra de raso era incapaz de albergar con un mínimo de decoro su ridículo culo aplastado. Se esforzaba en sonreír, pero Gloria no había aprendido a sonreír con naturalidad, no había tenido motivos suficientes para ello a lo largo de toda su vida. Y lo que se dibujaba en su cara no eran más que muecas. Tenían que haberle ahorrado el esfuerzo de nacer, la vida no era para ella, no la entendía. No entendía siquiera qué estaba haciendo con un hombre que se le había ofrecido para sacarla de un apuro. ¡Creía que la estaba ayudando porque le gustaba, porque quería sacar algo de ella! Menuda puta imbécil. Todas las mujeres escondían una puta en alguna parte de su ser. Ésa había sido la cosecha de su amabilidad y dedicación: sacar la puta que había dentro de Gloria.

El mundo no tenía remedio ninguno.

Y Gloria le tenía ahora en un pedestal.

El Audi prosiguió su camino. Pronto oscurecería. Pero no tenía deseos de marcharse aún.

Deseaba seguir aprendiendo de la gente.

Segunda Parte

1

A mediados de febrero, Muriel empezó a sentirse mucho mejor. La tirantez de su vientre y la debilidad de sus piernas comenzaban a convertirse en un mal recuerdo. Pronto estaría totalmente restablecido de la operación. Volvería a ser el antes; por fin estaba seguro.

Al comprender que había despertado de aquella pesadilla, pudo echar la vista atrás con un juicio más distante y objetivo, percatándose de que, en ciertos momentos de su calvario, se había llegado a sentir tan débil que se fraguaron en su cabeza ideas fatídicas, unas ideas que le hubiesen parecido estúpidas en otras circunstancias diferentes. Eran del tipo de ideas que pululan por la mente de los niños enfermos, cuando les baja la fiebre y despabilan: emotivas y trágicas a la vez.

Se sentía avergonzado por su conducta, porque hacía una quincena de años que había reclamado por primera vez que le tratasen como a un adulto. Más que ideas, para Muriel habían sido como presentimientos tenebrosos y depresivos que le susurraban que podía morir o, en el mejor de los casos, quedar postrado para siempre en una cama.

Carolina no le había ayudado a enfrentarse a aquel abismo. Le irritaba verlo convertido en un hipocondríaco. No soportaba oírle quejarse y no se lo ocultaba: más bien todo lo contrario. Salían a bronca diaria. Carolina había conseguido deprimirle un poco más de lo que ya estaba a causa de la enfermedad. Muriel comprendió que no tenía otro remedio que sufrir en silencio sus dudas y sus miedos.

Ahora, sin embargo, notaba que sus piernas habían recuperado la fortaleza perdida. Ya no andaba como si levitase. Además de las fuerzas, empezaba a recuperar también el optimismo.

Había tomado la decisión de pedir el alta, en lugar de recoger el siguiente parte. No soportaba la inacción en la que le había sumido aquella inoportuna apendicitis. La casa se le caía literalmente encima.

Todo había sucedido vertiginosamente, poco más de dos semanas atrás. Al principio pensó que se trataba de una mala digestión. La pesadez en la boca del estomago se tradujo horas después en una molestia muy incómoda en la parte baja del vientre, sin llegar a ser dolor. Pero a la una de la madrugada comenzó a sentirse tan mal que Caro tuvo que llamar a su madre —dándoles a

ella y a su padre un susto de muerte— para que se quedase con Ale. En el servicio de urgencias de la clínica El Ángel, le habían administrado un calmante, después de diagnosticarle una «dispepsia». «Con esto se le irá seguro, ya verá», había dicho, en tono circunspecto, el médico de guardia.

Cuando regresó a la clínica, en torno a las tres de la tarde del día siguiente, la fiebre alcanzaba los 39 º centígrados, un dolor sordo y a la vez intensísimo se le había fijado al lado derecho de la cintura, tenía muchas nauseas y, según Caro, estaba tan pálido que daba miedo mirarle. Mientras despertaba de la anestesia, recordaba haber escuchado: «ha habido suerte, ha habido suerte».

Su «enorme suerte» estribaba, según le explicó el cirujano, después de que se hubiese desecho de los efectos de la anestesia, en que todo se había reducido a una pequeña peritonitis. Cosa rara, cuando «se tiene un apéndice retrocecal como el suyo» ¿Retro qué?»… El cirujano se tomó un par de minutos para describirle con todo lujo de detalles qué clase de apéndice era ése: situado detrás del ciego; cuando se inflamaba no daba los síntomas normales, lo que hacía muy difícil diagnosticarlo antes que se rompiese y vertiese el pus en su cavidad abdominal… Muriel quedó muy consolado, en particular cuando vio asomar el tubo de drenaje a través del agujero que tenía en la barriga.

El diecisiete volvió a la comisaría. Ramos había ido a los juzgados y hasta las doce y media no regresó. Lauri y Goyo pasaron por allí temprano, pero inmediatamente después se marcharon: tenían varios encargos del jefe a cuenta de dos de los casos abiertos, el de Blanes entre ellos. Bromearon con su vuelta, aunque se les notaba de regular humor. Al parecer, estaban como al principio y, además, hartos de ir de un lado para otro, con las pesquisas diseñadas por Ramos en el zurrón. Entrevistas, la mayoría. Habían tomado declaración a no sabían ya cuántas personas, pero Ramos nunca estaba satisfecho, no les dejaba parar. Maribel, por su parte, se encontraba en Granada, gestionando una documentación. Mejor, pensó, Muriel; no tenía demasiadas ganas de cruzársela.

Durante dos horas y media se entretuvo revisando en el ordenador los archivos de los casos. Y se sorprendió de la cantidad de información recopilada en poco más de tres semanas. ¡Sí que se habían movido!... Sentía un cosquilleo molesto. Aceptar la evidencia de que el Grupo podía funcionar sin él, le desagradaba. Eso era en realidad lo que le ocurría.

A ratos, la imaginación de Muriel volaba hacia la noche del dieciocho de

diciembre. El cuerpo de Blanes… el hacha, allí, a dos pasos, oculta en la arena…

…Toda la esperanza que había puesto en verificar la hipótesis elaborada a medias con Bernal…, truncada… por el momento. Les había sido imposible encontrar a nadie que hubiese visto a un individuo metiendo una bicicleta en un vehículo aparcado en el paseo de Miramar. Y, sin embargo, ¡estaba seguro de que era lo que había hecho exactamente el asesino! Era frustrante no poder demostrar que tenía razón. Cuando menos, tenían una posible descripción. El anuncio en la prensa escrita de que «la policía que investiga el caso cree que el asesino podría ser un ciclista, *habitual* en el paseo marítimo», había sido el origen de un cúmulo de llamadas a la comisaría. No menos de cincuenta personas habían prestado declaración en relación a aquel anuncio, de las que unas doce —incluida la pareja que halló el cuerpo— habían coincidido en describir a un varón con un chubasquero oscuro (el color variaba, según los testimonios, desde un gris antracita a azul marino—negro) y capucha, que llevaba unas «gafas protectoras» (dos de los testigos aseguraban que se trataba de unas gafas de esquiador, aunque ninguno había practicado el esquí; los demás decían que eran de «ésas que llevan los ciclistas cuando llueve») y unos guantes finos, también de color oscuro. Según lo que dedujeron de los testimonios, el ciclista iba a menudo a esa zona del paseo y en torno a las mismas horas. Ninguno de los testigos dijo conocerle y ni tan siquiera fue posible que proporcionaran un distintivo, alguna peculiaridad de su físico, más allá de que no era ni muy joven ni superaba los cincuenta años, que lucía una pequeña barba oscura y de que al parecer tenía unos labios finos (en ese aspecto coincidían la mayoría, aunque lo que habían manifestado exactamente los *posibles* testigos era que no los tenía *gruesos*) y el cabello *probablemente* corto (lo que era casi imposible precisar, pues lo llevaba oculto bajo la capucha).Tampoco nadie fue capaz de aportar demasiados detalles acerca de la bicicleta, salvo que se trataba de un modelo corriente, sin marca visible, con todo el cuadro pintado en gris oscuro y manillar tradicional. Estas descripciones o, para ser exactos, la ausencia de ellas, les hizo entender dos cosas: en primer lugar, que la vestimenta del individuo en cuestión parecía escogida a propósito para servirle de disfraz, impedir que nadie le reconociese o pudiese dar una descripción de su aspecto físico, y ayudarle luego a evadirse, a través de la playa, confundido entre las sombras de la noche. Y, en segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, que había una

altísima probabilidad de que aquel ciclista desconocido fuese el autor de la muerte de Natalia, tal y como había supuesto el médico, debido principalmente a que no se le había vuelto a ver más desde el día del asesinato.

La perspectiva del registro parecía ser la gota que colmaba el vaso pero, fuese ésa la razón o no, lo cierto era que por primera vez Álvaro se había comportado ante la policía de un modo desagradable y hostil, contestando con sarcasmos y evasivas a cada una de las preguntas que se le habían formulado. Con o sin fundamento (la fiabilidad del testimonio de Álvaro era —utilizando una palabra muy querida del argot de Ramos—, «cuestionable»; se habían dado perfecta cuenta de que todo lo que decía era inconsistente y, a veces, nítidamente fantasioso), lo que en resumen pudieron deducir de su declaración era que no tenía constancia de que Natalia se hubiese relacionado directa o indirectamente con ninguna de las mujeres asesinadas antes.

Los últimos dos años de la vida de Cristina Lozano, desde que se había afincado en Málaga, eran como un libro abierto: había trabajado como asistenta de hogar, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, para un matrimonio anciano de Vaguada Verde. Además, tres tardes a la semana se ocupaba de limpiar unas oficinas en el casco antiguo de Málaga. Vivía sola en un piso alquilado en la calle La Unión y recibía de cuando en cuando la visita de su madre y su hermana pequeña, que solían permanecer junto a ella menos de una semana de promedio antes de regresar a la casa familiar en Istán. Cristina pasaba la mayor parte de su tiempo libre en casa viendo la televisión, con la excepción de los sábados, en los que Rosi, una de las empleadas de la peluquería Cosmos, de la que Cristina era clienta, se presentaba en el piso y la arrancaba de él, para ir juntas a alguna de las discotecas de moda de Málaga o Torremolinos. En ocasiones, en temporada alta, también acudían a la costa oriental, a algún local de Torre del Mar o Torrox Costa.

Volvieron a interrogar a Rosi, que les aseguró que Cristina no había tenido relaciones con hombres, más allá de las que se podían establecer fugazmente durante las salidas nocturnas. Que ella supiese, no había quedado después para salir con ninguno. Ramos encargó a Maribel que contactase por teléfono con la madre. Tenían su declaración tras el asesinato, pero querían estar seguros de que se ratificaba en lo que les había dicho entonces. Fue una entrevista dificultosa, pues aún se le notaba muy afectada. Tampoco ella tenía constancia de que Cristina hubiese mantenido ninguna relación en los años que vivió en Málaga. Nunca le habló de que saliese con hombres.

También repasaron los números de teléfono de la agenda de su móvil y las últimas llamadas grabadas en él, pero no había ninguna coincidencia con los números del móvil de Natalia.

Estaban igual que al principio.

El registro en el piso de Blanes había resultado completamente infructuoso. Ninguno de los recibos y contratos hallados en su archivador personal ni la información contenida en su ordenador conectaba a Natalia con las otras mujeres. Las actividades privadas de Natalia durante los años de los asesinatos de las dos primeras mujeres la relacionaban con un gimnasio de la calle Tomás de Heredia, con una franquicia de establecimientos de medicina estética y otra de estomatología y estética dental, a las que se había abonado. Además, había contratado los servicios de una empresa de seguridad privada, que le había instalado una alarma en el piso. Álvaro confirmó que un fontanero y un electricista, enviados por una empresa de reparaciones, habían llevado a cabo diversos trabajos a comienzos de 2006, y que un tapicero también había estado en el piso para darles presupuesto, pero que al final no se le había hecho ningún encargo. Ramos se había puesto a la tarea de investigarlos, uno por uno, comenzando por el instalador de la alarma. Se habló con todos ellos. P. R. A., el fontanero, tenía antecedentes por robo, pero ni a él ni a los otros se les pudo relacionar con Cecilia Abreu y Cristina Lozano, a quienes habían negado conocer personalmente. Y ninguna de las personas cercanas a las mujeres asesinadas, o los datos recopilados durante la investigación inicial de sus muertes, podían desmentir ese hecho. Pero, durante aquellas pesquisas, El Grupo advirtió que la firma de venta de material de oficina, donde Cecilia Abreu había trabajado entre marzo de dos mil uno y agosto de dos mil dos, diseñando y poniendo en marcha un nuevo proyecto de publicidad para la misma, tenía su sede a escasos metros de la peluquería a la que era asidua Cristina, la peluquería Cosmos, y que el taller del tapicero, situado en una calle adyacente al paseo de Los Tilos, distaba menos de un centenar de metros de ambos enclaves. Era el primer indicio que conectaba vaga e indirectamente a las tres mujeres entre sí, y, aunque fuese únicamente por residir en el mismo barrio, La Cruz de Humilladero, también con un hombre que había tratado directamente con Natalia Blanes y que además había estado en su piso. Pero había un pequeño problema: cuando Cristina Lozano había llegado a Málaga, para trabajar y establecerse, en septiembre de dos mil tres, el taller de tapicería que J. L. B. compartía con un socio, no había sido trasladado aún al

barrio (lo que ocurriría a finales de ese mismo año, al romperse la sociedad por graves desavenencias entre ambos); permanecía en el lugar donde había sido instalado por primera vez, en la parte alta de la barriada de Ciudad Jardín. Dicho de otro modo, las dos mujeres y el tapicero no habían coincidido en el tiempo en La Cruz de Humilladero, puesto que Cecilia Abreu había dado por concluida su relación con la firma Nivel 5 antes de que finalizase dos mil dos, para trasladarse a Torremolinos, donde había montado, junto con varios socios más, su propia empresa de publicidad. Sin embargo, no podía descartarse que el tapicero hubiese podido entrar en contacto con Cecilia en otro lugar y circunstancias. Ramos decidió centrarse en él y procedió discretamente a investigarlo a fondo. Encargó a Maribel y a Lauri que indagasen sobre sus costumbres y carácter en Ciudad Jardín, donde había vivido y trabajado durante una decena de años, y entre el vecindario de su actual lugar de residencia, en el Camino de San Rafael. Inmediatamente corroboraron que lo que había declarado el tapicero en relación a su afición por el fútbol, parecía ser milimétricamente exacto: en su tiempo libre acudía a ver todos los partidos de juveniles y aficionados que podía. Y que también era probable que hubiese dicho la verdad cuando negaba disponer de bicicleta. Pese al empeño que habían puesto sus compañeros en averiguar si el tapicero era aficionado a montar en bicicleta, nadie de los que mejor le conocían fue capaz de afirmar que poseyese una ni por supuesto haberle visto usándola. Con algo de frustración, Ramos lo dejó «aparcado» como sospechoso «débil», sin descartarlo del todo. Su estatura y complexión parecían encajar. Y, además, era diestro, como el asesino. Como el más que probable asesino de Natalia sólo había sido visto en bicicleta y cubierto por un chubasquero, Ramos había tenido que recurrir al niño que había declarado haber visto a un «hombre con una espada». Con la ayuda de Carlos Bosch, el psicólogo forense adscrito a la Unidad, y mediante una estimación antropométrica por método comparativo, se había podido determinar que la figura vista por el niño rondaba el uno setenta y cinco de estatura y su complexión oscilaba entre delgada y media. El tapicero acababa de cumplir cuarenta y un años, medía ciento setenta y ocho centímetros, pesaba ochenta y cuatro kilos y tenía una aceptable musculatura. En otras palabras, poseía las condiciones físicas propicias para asestar aquellos golpes. Pero sin poder conectarle directamente con Cecilia Abreu no podían presionarle ni siquiera un poco.

Llegados a ese punto, comprendieron que, por doloroso que fuese para

ambas, no tenían otra alternativa que volver a hablar detenidamente con la madre y la tía de Natalia Blanes, para preguntarles por una posible relación de ésta con Cristina Lozano. Si se habían conocido en vida, era algo de lo que nunca les había hablado, aseguraron las dos.

Durante aquella charla, Ramos y Muriel tuvieron conocimiento de la reciente presencia de Luis Bernal en la casa.

Por supuesto, no les extrañó lo más mínimo.

2

Desde que Ramos había deslizado la teoría del ciclista en una de las reuniones de trabajo (atribuyéndola a una charla privada mantenida por Muriel con otra persona de la que no dio más detalles), en el Grupo de Homicidios habían empezado a referirse coloquialmente al asesino de Blanes como «El Ciclista», aunque Goyo, fascinado desde el primer instante por el arma homicida, solía llamarle «El Carnicero de la Bicicleta». No se trataba de una ocurrencia, pues era bastante común idear apodos para los asesinos, sobre todo para los desconocidos. Resultaba útil cuando no se tenía ningún nombre propio con el que denominarle.

En términos prácticos, semejante circunstancia había colocado a Muriel con cierta ventaja respecto al resto del equipo, particularmente a partir de su difusión en las páginas de sucesos de los periódicos locales. El Ciclista, al igual que el hallazgo del arma, le había otorgado una «autoridad» en su propio escalafón, que no estaba dispuesto a tirar por la borda.

Debido a la buena acogida que la idea del ciclista había tenido en el Grupo, entendió que podría seguir encabezando iniciativas sin encontrar demasiada resistencia en sus compañeros. En último extremo, Ramos le apoyaría.

Muriel repasó nuevamente todo lo relativo a la investigación de la muerte de Abreu, percatándose de que sabían mucho menos de su vida privada que de la de las otras. «También Gabriel tiene que haberse dado cuenta»—meditaba.

—El día que no falte nadie, me voy a correr del gusto —siseó en castellano cerrado una voz conocida, a espaldas de Muriel.

Volvió la cabeza. Con sus sempiternos pantalones tostados de tergal, Ramos no parecía precisamente radiante de felicidad. Y Muriel sabía que una parte de sus motivos para no estar contento era Lucía y su temeraria afición por el esquí. Ahora que se había recuperado él, Lucía volvía a meterse en el quirófano para que le quitaran una callosidad en el hueso fracturado en enero. Total, entre la intervención y la rehabilitación, cinco semanas más de baja como mínimo.

—Entonces no te vas a correr nunca.

El superior de Muriel se sentó informalmente en una esquina de la mesa.

—Hemos localizado a Lourdes Belmonte en Motril.

Los ojos de Muriel se abrieron unos milímetros más. Denotaban

expectación.

—¿Habéis hablado con ella?

Ramos negó con la cabeza.

—La he llamado. Para avisarla de que tenemos que ir a verla.

—¿Cuándo… cuándo vamos?—preguntó con ansiedad Muriel.

—No había pensado en ti. Maribel…

—¡No me jodas!—le interrumpió Muriel

—…Maribel ha cargado con el muerto —dijo Ramos, señalando con su dedo índice la pantalla—. No puedo quitarla de en medio ahora.

—Vale.

—No.

—No… ¿qué?

—Que con ella no vas a ir.

—¿Por qué no?

—Porque os dedicáis a joderos… Lo jodéis todo con vuestras gilipolleces —dijo Ramos con cierta hartura en el tono.

A Muriel le ofendía que Ramos hiciese tabla rasa al referirse a ambos de ese modo. Como si olvidase de pronto que era la animadversión infundada de Maribel hacia él, y no una rivalidad alimentada por ambas partes, lo que había traído ese conflicto en la relación. Pero le hacía gracia el doble sentido que podía albergar el motivo que alegaba Ramos.

—A jodernos, seguro que no.

Ramos sonrió. Luego miró de forma maquinal la hora en su reloj de muñeca.

—Acabas de incorporarte. Estás un poco desconectado. Y el caso no se acaba con esta entrevista. Seguro que nos van a quedar por hacer muchas más cosas.

—¡Pero me lo he currado yo! ¡Era mi parte del trabajo!... —gruñó Muriel —. Fue una decisión tuya.

—¿Y qué? ¿Qué culpa tengo yo de tu apendicitis? No podíamos parar esperando a que te recuperases.

—Se lo das a ella… Podías…

—Yo no te he quitado nada —le atajó Ramos.

—… ¿Porqué no me preguntaste?

Ramos podía ser cruel en ciertos momentos; momentos muy concretos y aislados, pensó Muriel. Pero podía serlo de verdad.

Se levantó de la silla giratoria.

—Esta parte de la investigación es consecuencia de mi cita con Marcos y de las horas que le dediqué… ¿Es que eso no vale nada?

Ramos expulsó con fuerza el aire retenido en sus pulmones y descolgó el teléfono que había sobre su mesa. Muriel le observaba en silencio, aunque profundamente ofuscado. El desprecio de verse relegado en beneficio de Maribel, era una humillación que no se merecía. Ni siquiera podía pensar con un mínimo de claridad. Enseguida supo que llamaba a Lourdes Belmonte para preguntarle si estaría en casa durante el resto del día. Cuando Lourdes le confirmó que así sería, en efecto, Ramos extrajo su móvil y marcó el número de Maribel.

—¿Cuánto te queda?—preguntó escuetamente.

No era posible deducir la respuesta de Maribel de las siguientes palabras de Ramos, pues lo que a continuación dijo éste, tras la pausa de rigor, fue que irían ambos hasta Motril y que saldrían inmediatamente para estar en torno a las cuatro y media en el portal de entrada al edificio. Luego Ramos escuchó en silencio a Maribel durante más de un minuto, aparentemente tranquilo, como si lo que estuviese escuchando fuera la música religiosa que emitían en una cadena de radio. Pero Muriel estaba completamente seguro de que Maribel se había enfadado al saber que acompañaría a Ramos, seguro de que le había reprochado que hubiese cambiado de planes, seguro también de que le había exigido hacer ella primero las preguntas…

Todo eso lo hubiese pensado él de estar en el lugar de Maribel.

Antes de colgar, Ramos le dijo:

—Allí nos vemos. En el portal del edificio. A las cuatro y media, más o menos.

Luego, sin mover un músculo de su rostro, con aquella mirada perezosa que empañaba el azul profundo de sus ojos, aseguró:

—A Carolina se le agotará la paciencia cualquier día.

Muriel sonrió. Gabriel tenía toda la razón en eso: Carolina le mandaría a la mierda a no mucho tardar. Y se llevaría a Ale con ella.

Los policías deberían ser solteros durante toda su vida, como Gabriel. Era una temeridad por su parte «tentar» a Carolina de aquel modo. Si decidiese dejarle…, bueno, si decidiese dejarle, él dejaría de respirar.

—Sí —admitió Muriel, con un repentino ataque de vértigo ante tal perspectiva.

—Llámala —sugirió Ramos—. Con suerte, estaremos de vuelta en Málaga a

las ocho.

Muriel envió un SMS a Carolina, que, a esa hora, debía de estar en la facultad de Derecho, en uno de los cursos de doctorado en los que se había inscrito para el ejercicio, e inmediatamente apagó su móvil.

Resultaba infinitamente más práctico con Carolina no entretenerse en ofrecerle explicaciones previas.

Tardaron alrededor de ocho minutos en recoger un coche del aparcamiento subterráneo y enfilar la circunvalación. Ramos se puso al volante y le pidió a Muriel que le guiase hasta La Caracola. Tenía que ver con sus propios ojos la escena del crimen antes de proceder a interrogar a la amante de la muerta. Invirtieron una hora en ir a Torremolinos y volver. Ramos examinó el lugar pertrechado con uno de esos silencios impenetrables en los que se sumía para no perder la concentración. El aparcamiento estaba prácticamente vacío. Paseó por él, sin dejar de mirar la puerta de la valla exterior. Eran las dos y media cuando llegaron a la bifurcación de la autovía.

Contaban con tiempo de sobra para pararse a comer algo sin prisas a lo largo del camino y estar en Motril a la hora prevista.

3

En cuatro años, Lourdes Belmonte había tenido tiempo suficiente para fabricarse su propia teoría sobre el autor del crimen, una teoría simple, creíble y, sobre todo, coherente, que, sin embargo, jamás había comentado con nadie. Sí, de acuerdo, los investigadores, con aquel machista repulsivo de Marcos a la cabeza, le hubiesen dicho que su teoría no tenía ni pies ni cabeza, pero eso era porque *ellos* no tenían ni pajolera idea de lo que le había ocurrido realmente a Cecilia. ¿Cómo iban a aceptar el recibir lecciones de una aficionada? Lourdes decidió guardárselo para sí con la esperanza de que el tiempo le diera la razón y el responsable terminase confesando algún día su delito cuando le cogiesen por otra fechoría menor. La teoría de Lourdes era que al salir del edificio, probablemente fuera del recinto vallado, Cecilia había sido abordada por un drogata enloquecido por el mono, que le había exigido el dinero de una dosis. Ella se lo había negado y, segundos después, de vuelta hacia el portal, la rabia reconcentrada del desconocido y su desesperación se le habían clavado en el cuello. Cecilia no se habría arriesgado a desafiar las exigencias de un individuo en tal estado, de eso estaba completamente segura Lourdes, pero el hecho cierto es que no llevaba encima una sola moneda al salir, de modo que le hubiese sido imposible complacer a su atacante. Lourdes había conocido a muchos drogadictos violentos y sabía que la saña necesaria para causar la herida que acabó con la vida de Cecilia sólo podía esconderse en la desquiciada naturaleza de un hombre con una grave dependencia.

Tanto arraigo llegó a tener en su pensamiento aquella explicación de los hechos que, para Lourdes Belmonte, fue como una especie de choque el saber que Cecilia Abreu, su compañera y amante, era la primera de una serie de víctimas. En realidad, a Lourdes se la había llegado a considerar sospechosa durante el curso de la investigación, pero ella lo ignoraba del todo. Tras estudiarse su declaración y las circunstancias que rodearon el asesinato, la policía barajó la posibilidad de que estuviese implicada como instigadora o cómplice, sin descartar del todo que hubiese sido la autora material. Aunque se la mantenía oficialmente como testigo y afectada, el juez que instruía el caso había autorizado la intervención de su teléfono y, por espacio de unos meses, se la había mantenido bajo vigilancia. Al cabo, se llegó a la conclusión

de que no tenía relación alguna con la muerte de Cecilia, y dejó de ser considerada sospechosa. Sin indicios de ningún tipo, había sido la testarudez de Marcos la verdadera responsable de que se la pusiese en el punto de mira de la investigación. Ramos estaba enterado de aquella incidencia gracias al soplo de uno de sus contactos en los juzgados, pero, siguiendo su costumbre, había preferido no comentárselo a su equipo para que no prejuzgasen nada. Algo así podría hacer que desviasen la atención de lo que importaba.

Era verdad que, en una muerte con las características de la de Cecilia, el entorno más próximo debía ser investigado concienzudamente y que la ausencia de testigos y el que no se hubiese hallado en el lugar de los hechos ninguna prueba física, reforzaba indirectamente aquella línea de investigación. No perdiendo de vista nada de eso, lo cierto era que Gabriel Ramos estaba convencido de que el giro dado a la investigación por Marcos, tratando de empitonar a la amiga de la muerta, derivaba en parte del desprecio que profesaba a las «tortilleras». Marcos nunca se había fiado de las tortilleras y los maricones.

Durante un tiempo, Lourdes se sintió molesta porque la policía no la tratase como víctima del crimen. Luego, le extrañó aún más que se olvidasen de ella. Desde la comisaría de Torremolinos no se habían tomado la molestia de llamarla cuando surgió la hipótesis de que los crímenes cometidos en Málaga en los dos últimos años podían estar relacionados con el de Cecilia Abreu. Ramos, que conocía lo absurdo de la situación, había asumido que serían ellos quienes cargarían con el marrón de dar las correspondientes explicaciones. Aun así, el responsable del Grupo de Homicidios había preferido ocultárselo en su primera llamada, suponiendo que semejante revelación podía turbarla innecesariamente en las vísperas de un encuentro que se produciría a no tardar mucho. ¿Para qué inquietarla? Ningún beneficio se iba a sacar de ello. Ramos creyó tan prudente como sensato ahorrarle aquella zozobra, de manera que, ahora, la mala nueva la había pillado por sorpresa, completamente ignorante y desarmada porque los periódicos habían dejado de existir para Lourdes en noviembre de dos mil cuatro. No había vuelto a abrir uno, y ni tan siquiera se había parado a leer por encima los titulares de portada. Bastaba que en la televisión apareciese la noticia de un suceso con víctimas, para que Lourdes cambiara automáticamente de emisora o apagase el receptor. Por tanto, era natural que los nombres de Cristina Lozano y Natalia Blanes no significasen nada para ella.

El inspector le mostró su identificación y le presentó a sus acompañantes, al ser la primera vez que se veían en persona. Faltaba poco para las cinco.

La razón de tener que someterla a un nuevo «interrogatorio» y volver a preguntarle acerca de todo cuanto sabía, era porque llevaban la investigación de los otros casos, le explicaron mientras trataban de tranquilizarla.

Lourdes entreabrió los labios y pareció musitar unas sílabas. Muriel elucubró sobre su estado mental, intuyendo en el acto que el más profundo de los hastíos se había cebado con ella. Quizá, siguió discurriendo Muriel, en esos precisos momentos se estaría preguntando por qué no podía dar carpetazo ya a aquel episodio trágico. La más pesada de las losas para una víctima como Lourdes Belmonte no es tanto el no poder olvidar lo que se sabe y lo que se ha vivido, como el no poder desprenderse de lo que se ignora. Lo que no se ha llegado a saber se convierte fácilmente en una obsesión. Después, Muriel consideró estúpidas sus suposiciones. ¿Qué podía saber él de los sentimientos ocultos de la gente?

La amiga de Cecilia Abreu no era como Muriel se la había imaginado y tampoco se parecía demasiado a la foto tamaño carné que había visto en el expediente. Fue la primera idea que eclosionó en su cabeza al verla aparecer en el quicio de la puerta, luciendo aquella bata de casa estampada con animalitos sin identificar. Por cierto que era una bata horrible.

En la foto aparecía sonriente y despreocupada, y llevaba el pelo largo. Ahora lo tenía muy corto y de un color rubio muy diferente al de la instantánea, mucho más subido de tono. Y, aunque les sonrió, desde luego no era la misma sonrisa de la foto. Aparentaba más edad de los treinta y cuatro que estaba a punto de cumplir. El cálculo era simple, y Muriel lo ejecutó automáticamente, con la naturalidad de quien considera cuál de los dos aparcamientos libres se ajusta mejor al tamaño de su coche. Muriel no necesitaba preguntarle la edad, puesto que se conocía de memoria el informe de Pepe Marcos. Aun así, le costaba creer que aquella mujer, cuyo rostro ya mostraba signos de flacidez en la piel, y que fumaba como un carretero, a juzgar por el número de colillas depositadas en el cenicero, tuviese mucho menos de cuarenta años.

Muriel se había hecho la idea de mirarla a los ojos. Era un extraño interés el suyo, porque no sabía si podría encontrar en ellos algo que no fuese tristeza, miedo o desesperación, las emociones lógicas en un caso así. Tal vez intuía que podría hallar alguna respuesta. Pero Lourdes llevaba gafas con cristales ligeramente oscurecidos. Hasta que no se las quitó para secarse las lágrimas

que atrajeron a ellos los terribles recuerdos que se veía obligada a evocar con la visita, Muriel no entendió el porqué. Aquellos ojos estaban férreamente circundados por unas ojeras cenicientas que los cristales oscurecidos disimulaban parcialmente.

Quizá el viaje, que habían cubierto sin contratiempos y con muy buen tiempo, se le había hecho corto a Ramos, pero la ansiedad por conocer y entrevistar a la amiga de Cecilia, devoraba a Muriel desde antes de enfermar. Todo el trayecto había estado como ausente. Por sugerencia suya, pararon a comer algo a la salida de Nerja. Caldas había ocupado el grueso de la conversación durante el viaje. Caldas y su inútil reconstrucción de los hechos tras el asesinato de Natalia, que Ramos paladeaba con deleite, en busca del sabor agridulce de la venganza. Con el tiempo, hallaría la manera de dejarla en cueros por su precipitación. Cuando le pudiese restregar por la cara lo de la bicicleta. El asesino no había cruzado la carretera inmediatamente después del crimen, como Caldas se empeñó en imponer en la versión final, usurpándoles una función que era estrictamente policial. Caldas era así, tan fantasiosa como ridículamente plenipotenciaria.

Pero el ballenato de Caldas había sido premeditadamente utilizado como monotema para que su «problema» con Maribel quedase relegado a un segundo plano. Era como si Ramos no quisiese afrontarlo, como si ya hubiese comprendido que cuanto más lo removiese, peor sería el resultado, que era imposible cambiar la estúpida obcecación que les empujaba a ambos a la disputa por la disputa. Pero Muriel sabía que acabaría por salir a relucir. Y ocurrió de la manera que lo había pensado: Maribel les hizo esperar un par de minutos en la puerta del edificio de ocho plantas, el tiempo suficiente para que Ramos volviese a recordarle que él llevaría la voz cantante durante la visita y que no se le ocurriese ir a la gresca con su compañera, porque entonces le ordenaría salir del piso, sin importarle un pimiento la humillación que eso pudiese suponerle.

Maribel no lo puso difícil: hasta se interesó por su salud.

Lourdes les invitó a pasar y a sentarse. El saloncito del piso estaba pintado en un color ocre vivo y alegre. Tanto Ramos como Muriel prefirieron las sillas en lugar del mullido tresillo. También Maribel rechazó acomodarse en el sofá, como propuso la inquilina de la vivienda. Dio la vuelta a una de las sillas y se sentó justo delante de ella, para que pudiese verla de frente. Era necesario que Lourdes se topase de lleno con sus ojos cuando le formulase las preguntas. Si

es que Gabriel la dejaba hacer.

Sin embargo, Gabriel Ramos hizo lo que se había propuesto antes de emprender el viaje, tomando esta vez la iniciativa. Y como creyó ver en la *primitiva* Lourdes, la de antes del asesinato de su amiga, a una persona extrovertida, alegre y muy comunicativa, pensó que todo sería más fácil si comenzase pidiéndole que les hablase de sí misma, de quién *era* y, especialmente, de quién *había sido*.

—Empiece, si quiere, por lo que hacía antes de conocer a Cecilia. ¿Cómo era su vida?

Ella aceptó, no sin antes encender otro cigarrillo, e, inmediatamente, Ramos puso la grabadora de bolsillo en marcha.

4

Nunca había sabido identificar las auténticas razones de ese fracaso, pero lo cierto era que la diseñadora de joyas que realmente habitaba el cuerpo de Lourdes Belmonte, no había tenido la ocasión de explotar y mostrarse ante los demás. Y quizá ya nunca sabría si podría obtener alguna vez un reconocimiento. Tal vez, quería recordar, la vocación se le había despertado a los ocho años, mientras contemplaba extasiada una gargantilla con esmeraldas incrustadas que acababa de regalar su padre a su madre. Entonces imaginó cómo sería la joya si al adorno central se le hubiera añadido un círculo de brillantes. ¡Era mucho más hermosa!: allí estaba, deslumbradora y magnífica, justo en el atrio de sus pensamientos. A partir de ese momento, siguió elucubrando febrilmente nuevas formas para los anillos y broches de su madre, como si estuviese dotada con el mágico poder de convertir en orfebrería muchas de las figuras vivas que atraían su atención.

Ése había sido uno de sus sueños rotos, igual que el de comprarse una autocaravana, con la que había fantaseado desde los quince años, imaginándose que recorrería el corazón de Europa y se detendría cada día al pie de un lago o de un río de aguas transparentes.

Hasta darse de bruces con la realidad, Lourdes había hecho todo lo posible para no despertar. Pero la realidad era que no podía vivir del aire.

Sin embargo, de cuando en cuando, cogía unos folios y dibujaba collares, brazaletes, pulseras y, especialmente, sortijas de pedrería, y luego guardaba o destruía sus dibujos, dependiendo de su estado de ánimo. Pero, con el paréntesis de los cinco meses en que había estado bajo tratamiento psiquiátrico tras la muerte de Cecilia, en los últimos diez años Lourdes Belmonte se había dedicado en cuerpo y alma a la enfermería en varios centros de salud y hospitales de la provincia de Málaga, aceptando cualquier oferta que le hiciesen de doblar turnos o apuntarse las guardias sobrantes. Incluso tras conocer a Cecilia y comprender que el impacto que le había causado era recíproco, continuó con similar ritmo de trabajo, y ello a pesar de confesarle que había sido la primera vez que se había enamorado de verdad, tanto que no concebía ya la vida sin poder estar a su lado. Lourdes, un año mayor que ella, quedó abducida desde el primer instante por la fuerte personalidad (arrolladora, según la describían sus compañeros) de Cecilia.

Sólo al decidir irse a vivir juntas en 2002, un año y medio después del primer encuentro, la enfermera aflojó un tanto su frenética actividad, con la idea de conciliar en lo posible el horario laboral de ambas y disponer de más tiempo libre. Cecilia se mostraba cada vez más disgustada porque pasase tantas noches fuera, aunque fuese en el trabajo. Sin embargo, las cosas cambiaron a mejor en cuanto Cecilia instaló su negocio en Torremolinos. Lourdes aceptó entonces un contrato de larga duración en el centro de salud de Fuengirola y alquilaron el piso de La Caracola. La felicidad de aquella unión, con las escasas sombras esparcidas por el carácter excesivamente posesivo de Cecilia, les había durado menos de dos años.

La brutal e incomprensible muerte de Cecilia hizo que Lourdes se sintiese incapaz de volver al trabajo en los mismos destinos en los que había prestado sus servicios en vida de su amante. Todos aquellos lugares le recordaban de un modo u otro su relación con ella: las compañeras de las que habían hablado tantas veces, los celos que la torturaban… Las ocasiones en que Lourdes mencionaba alguno de aquellos nombres y Cecilia, siempre en guardia, creía detectar una atracción oculta por la forma en que «le brillaban los ojos». No…, se dijo a sí misma que tenía que cambiar, que tenía que romper con esa etapa de su vida si quería sobrevivir a la terrible experiencia. Era una de las ideas que le atormentaban durante el periodo en el que estuvo de baja; lo que retrasó por un tiempo su reincorporación al trabajo. En los días que siguieron al crimen había tomado la decisión de mudarse a otra parte, lejos de Benalmádena, pero como por fuerza tenía que <<vivir junto al mar>>, tuvo la idea de darse de baja en la bolsa de trabajo de Málaga e inscribirse en la de Granada, suponiendo que las oportunidades que le brindarían los múltiples centros sanitarios del litoral granadino, serían más que suficientes para que, con un currículum notable como era el suyo, tuviese la posibilidad real de escoger un contrato que se ajustase a sus necesidades. Y la principal necesidad de Lourdes Belmonte era la de trabajar en turno de noche, sentir que la vida era un hervidero durante la oscuridad, que la oscuridad no podía envolverla con un manto de soledad y silencio donde los fantasmas pudiesen reaparecer y engullirla.

En el hospital de Motril, encontró lo que andaba buscando: fue asignada al servicio de urgencias con un contrato de un año, renovable. Gracias en gran medida a la falta de personal, Lourdes consiguió trabajar una media de cinco noches a la semana, que era el doble de lo que estaba obligada por convenio,

pero, lejos de causarle trastorno alguno el dedicar tantas horas al hospital, constató cómo su ánimo mejoraba drásticamente con el transcurso de los meses. De hecho, cuantas más noches trabajaba, mayor número de horas «reales» dormía, ya que, a la luz del día, era capaz de conciliar el sueño sin muchas dificultades y, aunque entrecortadamente, su descanso podía prolongarse por espacio de seis a siete horas. Por el contrario, cuando libraba se pasaba toda la noche delante del televisor, con todas las luces de la casa encendidas, y, luego, al amanecer, era incapaz de dormirse. Los hipnóticos no le servían de nada.

Habían tenido suerte al elegir aquel día por azar, pues la anterior había sido una de las noches en las que Lourdes había *descansado*. En realidad, se había despertado con la llamada de Ramos. Ella refirió encontrarse bien, insistiéndoles en que era un buen día para recibirles, aunque admitió estar desconcertada por la visita: hacía un año que no tenía noticias de la policía y desde el juzgado que llevaba el caso le habían hecho saber oficiosamente que, como no se habían practicado diligencias en los últimos dos años y medio, pronto podrían verse obligados a archivarlo a todos los efectos, a pesar de seguir legalmente abierto.

—No creemos que eso ocurra —dijo Maribel.

Lourdes se echó hacia atrás y volvió a encender un cigarrillo. Daba la impresión de estar derrotada por la vida. Muriel no quería ni pensar en el aspecto que tendría vencida por el cansancio de una noche en vela.

—Díganos ahora qué pasó el día que mataron a Cecilia —propuso Ramos —. ¿Cómo lo vivió usted? Empiece por lo que hizo aquella tarde. Cuéntenos todo lo que recuerde, hasta los detalles que le parezcan menos interesantes.

Lourdes se tomó unos segundos para reunir y ordenar los recuerdos. Probablemente había llegado a aprenderse de memoria el relato de los hechos, pero no había vuelto a contárselo a nadie en el último año.

—Estuve fuera toda la tarde —comenzó diciendo—. Tenía horario de mañana aquel mes. No me quedé en casa como otras veces, sino que salí a resolver algunas cosas que tenía pendientes de hacer. Fui dando un paseo; anduve bastante. No me acuerdo de todos los sitios donde estuve, porque parte de la tarde me la pasé dando vueltas por el centro de Torremolinos, mirando escaparates de tiendas de ropa… Y entré en un par de cafeterías… Nunca hago listas de cosas y de compras por hacer… soy muy desordenada y eso me lleva a perder el tiempo intentando recordar, y a dar más vueltas de las que debiera.

Estaría… no sé… tres horas y media fuera, más o menos. Cecilia trabajaba hasta las ocho y media, aunque no era raro que se le hicieran las nueve o más en la empresa. Me acuerdo de que a media tarde pensé en pasarme por su oficina, que no me pillaba lejos, pero al final decidí que era mejor no molestarla. Ella me llamó al móvil un poco después, creo, y me preguntó dónde estaba y qué estaba haciendo… Siempre con sus celos —suspiró—. Quería saber si estaba con alguien… siempre quería saber con quién estaba. Me cogió en mitad de la calle… recuerdo que casi no la oía del ruido que había a mí alrededor y que ella me preguntó si me iba a entretener mucho o iba a llegar a casa antes de que volviese… Era su forma de controlarme. Se ponía de mal humor cuando le decía que no sabía cuánto iba a tardar en volver. Le dije que me volvía ya para casa. Entonces, recuerdo que miré mi reloj: era poco más de las ocho. Caminé a toda prisa en busca de una mercería para comprar unos botones y me volví a paso ligero. Me dejé para otra ocasión una crema de belleza que Cecilia me había encargado buscar… Yo le decía luego… ¿ves?... como me has dado prisa, se me ha olvidado tu encargo. Era mi forma…—sonrió con amargura— de vengarme de ella por atosigarme tanto.

Apuró el cigarrillo con un par de profundas caladas. Luego pidió que la excusaran y desapareció por el pasillo. Regresó un minuto después. Se había arreglado el pelo. Sólo Maribel se percató de que también se había empolvado las mejillas.

»Precisamente aquella noche Cecilia llegó temprano —continuó relatando Lourdes—. Iba siempre en coche al trabajo y por poco no se me adelanta. Me acuerdo de que, nada más llegar, tuvimos unas palabras a cuenta del tabaco. Cecilia no fumaba y, aunque toleraba bien mi hábito, a veces, si no venía de muy buen humor, encontraba en el tabaco una buena excusa para liarse a discutir. Que si había mucho olor, que si no me preocupaba de ventilar, que si había ceniza por todas partes… Yo no le daba cuerda y se le pasaba corriendo. Dijo que tenía hambre, que a mediodía no había comido… que se había tomado un café y un dulce para aguantar toda la tarde. Y que le apetecía comer una pizza, pero que no tenía ganas de salir. A dos pasos del edificio hay una pizzería donde comíamos muchas veces. A mí no me apetecía comer fuerte, pero Cecilia siempre se salía con la suya… No sé cómo se las apañaba. Qué tonta era yo —musitó melancólicamente—; me trajinaba como quería…

Lourdes se tomó un breve respiro para encenderse otro cigarrillo.

»Claro, ella…—aspiró el humo y luego dejó el cigarrillo en el cenicero— ella no quería bajar, quería que fuese yo. El dueño del negocio es muy suyo. No servía pedidos a domicilio, pero es que tampoco admitía que se le encargaran por teléfono para recogerlos luego. Decía que ya le habían dejado colgado muchas veces y que había tenido que tirar las pizzas a la basura. Así que había que ir allí y esperar a pie firme quince o veinte minutos a que las prepararan. Pero la verdad es que las hacía muy buenas… Fui de mala gana, pero fui… Como siempre. Cecilia se comprometió a preparar unos aperitivos para cuando volviese…—volvió a chupar con ansia de la boquilla—. Tenía dos cervezas sobre la mesa y unos platitos con frutos secos y mejillones en conserva. Me acuerdo de los mejillones —sonrió— porque a mí no me gustan en escabeche… Y, claro, Cecilia lo sabía.

Un acceso de tos borró de repente el rictus de amargura de Lourdes.

»…No me acuerdo bien qué hicimos exactamente después de comer— prosiguió diciendo—. Me parece que ella quitó la mesa, mientras yo me dejaba caer en el sofá. Cuando terminó de recoger y vino a sentarse, yo estaría dormida. Creo que puso una película en el DVD. Al despertarme, vi que eran casi las once y le dije que se quedase viendo la película, que yo estaba rendida y me iba a la cama (Cecilia no se levantaba de la cama antes de las ocho y media, pero yo tenía que estar en pie a las siete). Entonces ella se levantó, paró la película y dijo que iba a tirar la basura al contenedor, que si lo dejaba para más tarde le daría más pereza. Y que seguramente se acostaría luego, porque también estaba muy cansada. Y… —se quedó callada un instante —ya está todo… ya saben lo que pasó luego.

Ramos detuvo con un gesto a sus subordinados, mientras comenzaba a repasar su bloc. Suponía que ambos querrían «tomar posiciones».

Estaba decidido a acabar con las disputas de una vez por todas. No toleraría que aquellas estupideces empañasen la imagen de la Unidad.

Muriel se sentó entonces en el sillón de la derecha de Lourdes, el más alejado de su compañera y antagonista.

Maribel, por su parte, se rebulló en la silla sin estar segura aún de qué actitud adoptar. Todo aquel imprevisto la había sacado de quicio. Estaba enfadadísima y no lo disimulaba en absoluto. Encendió con rabia contenida un cigarrillo. Había tenido que venir el gilipollas de Fernando a joderle el interrogatorio. Y Gabriel era tan débil que ni siquiera podía comportarse

como el rey Salomón.

5

La tarde caía con tanta rapidez que la luz de bajo consumo de la lámpara del velador reveló por fin su condición de mero adorno. Lourdes fue hacia el interruptor que activaba las dos lámparas de mesa que había a ambos lados del sofá.

—Sé que las preguntas que vamos a hacerle no son nuevas —dijo Ramos abandonando también su incomoda silla y ocupando el sillón vacío—, pero haga el favor de contestarnos como si lo fueran, como si fuese la primera vez que se las formulan… —se detuvo un instante y Lourdes asintió— ¿Se cruzó con algún desconocido en el portal o en el aparcamiento aquella noche?

—Sí, me crucé con una pareja dentro del recinto, cuando volvía con las pizzas…

—¿Una pareja? ¿Eran hombre y mujer?

Lourdes asintió.

—¿Los conocía?

—No. No eran vecinos del edificio. Parecían extranjeros, pero no lo sé seguro porque no llegamos a saludarnos.

—¿De qué edad? ¿Eran jóvenes, entre veinte y treinta…? O de más edad.

—Treinta y tantos.

—¿Salían o entraban?

—Estaban en el aparcamiento.

—¿Qué hacían?

—No me fijé… Como si esperaran a alguien.

—¿A qué hora fue?... Más o menos.

—A las diez menos cuarto —dijo Lourdes con rotundidad.

—¿Se lo dijo a la policía de Torremolinos?

—Sí.

Muriel y Ramos se miraron. No había mención alguna en el expediente.

—¿A nadie más?

Lourdes negó con la cabeza y sacó otro cigarrillo del paquete.

—¿Tampoco antes, cuando llegó al edificio después de sus compras?

—No —dijo con el pitillo temblando en sus labios.

—Haga memoria, por favor. Intente recordar si en los días o… semanas anteriores vio a algún extraño en los aparcamientos o fuera del recinto. A

alguien que pareciese esperar… Puede que estuviese allí a cualquier hora: a mediodía, por la mañana incluso. Y a horas distintas en días diferentes.

La cabeza de Lourdes se movió a derecha e izquierda varias veces.

—Aparte de la familia o amigos, ¿llamó por teléfono alguien durante aquel día?... ¿O quizá al portero electrónico?

—No.

—¿Está segura de que no llamó nadie por la noche…? Pudo ser mientras usted recogía las pizzas.

—No… que yo sepa. A no ser que Cecilia hubiese cogido la llamada sin decirme nada.

—¿Y un día o dos antes?... —Ramos abrió el bloc y volvió a repasarlo. —¿Llamó alguien en nombre… no sé, de alguna compañía o empresa dedicada a encuestar, o de telefonía, seguros, etcétera, para saber si Cecilia o usted estarían en casa el día de los hechos?

Lourdes se quedó pensando un instante, tratando de recordar.

—No lo recuerdo pero creo que no —dijo al cabo.

—¿A qué hora sacaban la basura? ¿Era siempre sobre la misma hora? ¿Siempre de noche?

—Sí, siempre la bajábamos de noche —dijo Lourdes, respondiendo primero a la última de las preguntas—. Cuando terminábamos de cenar.

—¿La bajaban a diario?

—Cuatro… —Lourdes se quedó pensando un instante— o cinco veces en semana.

—Entonces no era a diario… ¿Era a días fijos?

—No. Variaba.

—Bien… ¿También variaba mucho la hora de un día para otro?—insistió Ramos.

—Dependía de la hora de la cena, claro. Pero… entre las diez y las once de la noche. Era muy raro que fuese antes o después de esas horas.

—¿Y se la repartían?

—¿Cómo…?

—Que si se turnaban… ¿Cómo lo hacían?

—Bueno sí, nos turnábamos. Pero no lo llevábamos a rajatabla. Una noche cada una, pero Cecilia la bajaba menos que yo.

—Ya.

—Se hacía la remolona. Yo prefería bajarla antes que discutir.

—Pero usted hacía guardias de noche.

—Cecilia nunca bajaba la basura si estaba sola. Ella estaba muy cabreada con mis guardias. Siempre se estaba quejando de que hiciese tantas, pero tampoco se atrevía a pedirme que las dejara.

—¿Le daba miedo a Cecilia quedarse sola?

—El edificio se quedaba casi vacío en invierno. A ella no le gustaba nada quedarse sola —proclamó Lourdes.

—¿Y a usted?

—Yo nunca me quedé sola una noche mientras vivimos juntas. Alguna vez lo pensé y… no, no me hubiera gustado.

Ramos asintió.

—¿Recuerda si aquella noche había muchos coches en el aparcamiento?

—Bastantes. Más de la mitad de las plazas estaban ocupadas.

—¿Y cómo es eso posible si el edificio estaba casi vacío?

—Algunos propietarios les dejaban ocupar sus plazas a amigos suyos y a vecinos de la zona. Siempre había más coches de los que correspondían. La calle de la izquierda es muy estrecha y no tiene salida. Y en la otra está prohibido aparcar en un tramo.

—¿Cómo se accedía al aparcamiento? ¿Era necesario un mando a distancia?

—No. El edificio es antiguo: era manual

—Usted atravesó tres veces el aparcamiento. Cuando llegó a casa. Al ir por las pizzas y unos minutos después. ¿Había algún coche que no estuviese la primera o la segunda vez?

—No me fijé, la verdad.

—Claro… Ahora vayamos a otra cosa —dijo Ramos, dulcificando la voz —. Sentimos que tenga que revivirlo otra vez, pero tengo que hacerle unas preguntas sobre el crimen…, sobre cómo sucedió exactamente.

Lourdes suspiró, asintiendo con la cabeza varias veces.

—Bien… —prosiguió Ramos— Cecilia dijo de bajar la basura a eso de las once… ¿Es así?

—Sí.

—Y usted se acostó.

—Me quedé esperando a que subiera —corrigió Lourdes.

—¿Por alguna razón?

—Porque se me ocurrió mirar en la entrada y vi que no se había llevado la llave del portal. Era muy olvidadiza. Esperé a que llamara al portero

electrónico.

—¿Los contenedores estaban dentro o fuera del recinto?

—Fuera, pero justo al lado de la puerta.

—¿Cuánto se tardaba en bajar y volver a subir?

—No sé. Unos tres minutos… cuatro como mucho.

—Y usted bajó al ver que Cecilia no subía. Se preocupó porque tardaba más de lo habitual, ¿no? ¿Cuánto esperó usted antes de decidirse a bajar?

—Me preocupé cuando pasaron diez minutos y… no había… llamado todavía… —se le atragantaron las palabras— al timbre… Al principio me imaginaba que se había entretenido hablando con alguien. Recuerdo que estaba preocupada y cabreada, cabreada de verdad, porque estaba muy cansada.

—Entonces, tardó usted más de diez minutos en bajar —aventuró Ramos—. ¿Cuánto había transcurrido cuando decidió bajar? ¿Un cuarto de hora o más?

—No estoy segura. La primera vez que me lo preguntaron pensaba que unos quince o dieciséis minutos… Pero puede que tardase veinte minutos. Sí… —reflexionó un instante— quizá fueron veinte minutos.

—¿Qué hizo usted al encontrarla?

Lourdes sacó un klinex arrugado del bolsillo de la bata y desplazó hacia arriba ligeramente sus gafas, enjugándose una lágrima que resbalaba por su mejilla izquierda.

—Grité. No sé muy bien si pedí socorro, pero grité. Y me puse a temblar. Cuando salí del ascensor y encendí la luz del vestíbulo de entrada, vi a través del cristal de la puerta una parte del bulto que… ella… hacía sobre el escalón. La sangre se había filtrado por debajo de la puerta… Había un pequeño charco dentro… Me acuerdo de que no podía saber que era Cecilia porque prácticamente no veía nada… Pero al mismo tiempo supe que era ella. Fue una cosa extraña. Ese pensamiento que tuve en aquel momento me viene a la cabeza constantemente.

—En el atestado dice que… que —Ramos carraspeó, tratando de suavizar el tono de su voz —usted comprobó que había expirado…

—La sangre se había extendido por el escalón…—a Lourdes comenzó a temblarle la barbilla— de entrada. Era mucha… mucha sangre. Yo, que estoy acostumbrada a ver sangre…, no sé… supe que estaba muerta… lo supe sin necesidad de tocarla…

—¿Vio algo más?

Lourdes negó con la cabeza.

—Tuve miedo —sollozó—. No había un alma, ni en los aparcamientos ni en la calle. Dejé de pensar en que Cecilia estaba allí, muerta, y sentí pánico.

—Es muy natural —la consoló Maribel.

—¿Qué hizo luego?—dijo Ramos.

—Creo que estuve un minuto o dos gritando y temblando de miedo. Nadie acudía. Estaba paralizada, no me atrevía a subir otra vez y llamar desde la casa, ni me sentía capaz de *abandonarla*. Entonces, sin pensarlo, salí corriendo hacia la calle. La pizzería estaba abierta todavía. Allí dieron la alerta al 112.

—Bien, pasemos a otra cosa —propuso Ramos—… Háble me de los compañeros y amigos de Cecilia. ¿Los conocía usted a todos?

—Amigos, lo que se dice amigos, tenía pocos. Quizá pueda considerársele amistad a verse de vez en cuando con una persona y tomar algo. Así…—se quedó como cavilando unos segundos—, pues dos o tres: Pilar Cervera… a ver… Conchi… no sé si su apellido es Ruiz o algo parecido, y un informático llamado Carlos López, con el que hizo varios proyectos. Ya no sé de nadie más… Pero todo eso se lo conté a la policía de Torremolinos —dijo Lourdes volviéndose del todo hacia Ramos. Éste asintió despaciosamente con la cabeza.

—¿Qué tal era la relación con sus socios?

—Muy buena. Se llevaban estupendamente.

—¿Venía… venía ella de alguna ruptura sentimental cuando se conocieron ustedes dos?—preguntó el inspector.

—No.

Ramos carraspeó un par de veces antes de preguntarle:

—¿No había tenido ninguna relación anterior?

—Cecilia no hablaba de ese tema —dijo Lourdes, esquiva y, por vez primera, en tono disgustado.

—Entonces… ¿usted no sabía si había salido antes con alguien?

—Le he dicho que no.

—Acláreme eso, por favor. ¿No había tenido ninguna relación amorosa, o que usted no lo sabía?

Lourdes suspiró entrecortadamente.

—Contestándole a lo que me preguntó antes —dijo, algo alterada—, Cecilia no había roto con nadie antes de conocernos.

—¿Vivía sola o…?

—Vivía con sus padres —le cortó Lourdes.

—¿Se había enemistado con alguien en concreto, con alguien de quien le hubiese hablado…, algún conocido?

Lourdes negó esta vez con la cabeza.

—Háble me de lo que hacía Cecilia en su tiempo libre. ¿Qué clase de aficiones tenía?

—¿Aficiones?—Se encogió de hombros—. Trabajaba mañana y tarde. Si se quedaba en casa, siempre estaba metida en el ordenador, haciendo proyectos. Se pasaba mucho tiempo en el ordenador, navegando.

—Ya… ¿Participaba en foros?... ¿Se relacionaba con otros internautas?

—Es posible. Yo no le pregunté nunca… tengo alergia a la informática. Sé que utilizaba el Messenger alguna que otra vez, pero yo creo que era más por cuestiones de trabajo. Estuvieron revisando su ordenador.

Todo el Grupo sabía que no habían sacado nada interesante de su ordenador. El correo electrónico había sido examinado en profundidad, al igual que los discos duros. No había relaciones que no fuesen de intercambio de ideas y proyectos. No había relaciones ni contactos personales, salvo con las amistades mencionadas por Lourdes. Nada con extraños.

—¿Y qué más hacía, aparte de eso?

—Le encantaba salir al campo, visitar lugares *típicos* sobre todo. Hacer senderismo. Algún domingo íbamos de excursión: se cargaba la mochila al hombro y tiraba de mí… Aunque todo eso era en teoría: ya les he dicho que se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando… Fuimos de más a menos.

—¿Le gustaba correr?—dijo Muriel de improviso. Maribel dio un respingo y sus ojos se achinaron.

—Antes, sí. Tampoco en eso nos poníamos de acuerdo. Yo era de andar, pero ella tenía que correr; así que raras veces salíamos juntas… Aunque Cecilia llevaba un tiempo sin correr —precisó Lourdes.

Ramos censuró con la mirada a Muriel.

—¿Cuánto tiempo?—Retomó el inspector el interrogatorio—. ¿Cuanto tiempo… hasta…—consultó la libreta— el 29 de noviembre de 2004?

—Ya no me acuerdo…—Lourdes suspiró casi sin fuerzas—. Por lo menos cinco o seis meses.

—Cuando salía a correr… ¿por dónde solía hacerlo?

—Casi siempre por la playa o el paseo marítimo.

6

El paquete, que era propiamente hablando un sobre plastificado bastante rígido, entregado por la empresa de mensajería MRW, simulaba ser uno de esos envíos que hacen las compañías farmacéuticas. Cuestionarios, cedés, o simplemente propaganda de un producto, ingeniosamente envuelta en cualquier útil electrónico.

Antonio, el administrativo, llevaba el sobre cogido bajo el brazo junto con uno de los archivadores usados para las analíticas. Casi se le olvida entregárselo.

—Ah, acaban de traer esto —le dijo, cuando volvía de la consulta de Ruth Valdecasas. La puerta de la suya estaba abierta.

—Gracias —Castillo cogió con aire distraído el sobre, dejándolo a continuación en una esquina de la mesa, y prosiguió rellenando las casillas reservadas a los diagnósticos del informe de «dependencia» que tenía ante sí.

Cuando hubo concluido, tomó el sobre en sus manos. Pesaba un poco. Buscó el remitente. La leve punzada que sintió en el pecho se debía al rotulado negro del recuadro:

Luis Bernal Sarabia

Hotel Tryp Alameda; Málaga.

«Me cago en la puta»—rezó entre dientes—… «Me cago en su puta madre».

El sobre en cuestión no contenía ningún regalo. De eso estaba absolutamente seguro Castillo.

Sandra ocupó acto seguido sus pensamientos. Veía avecinarse una tormenta; conocía demasiado bien a Luis para no darse cuenta de que no cejaría hasta conseguir lo que se había propuesto. Bernal era de esa manera; nunca le había importado lo más mínimo a quien pudiese joder. ¿Qué cojones pretendía? ¿Que tuviese que divorciarse?... ¡Mira que se lo había advertido!

Arrancó la solapa entre curioso e irritado. En el interior, envuelto en plástico de burbuja, había una grabadora de bolsillo. La tomó entre sus manos para examinarla. Era de marca Panasonic y tenía una cinta de casette tamaño micro dentro. No había nada más en el interior del sobre, ni una pequeña nota siquiera que explicase el motivo de aquel *presente* ¿Qué coño quería ahora Bernal?

Hubiese sido pretencioso y del todo inexacto no reconocerse a sí mismo que

sentía curiosidad. Pero antes que nada, quiso asegurarse de que no le molestarían. Salió del despacho; la sala de espera, de forma trapezoidal, estaba completamente vacía. En los mostradores de la unidad administrativa, la tranquilidad también era total. Paula estaba fija en la pantalla de su ordenador.

—¿Tengo algo pendiente?—la espetó—… ¿Algún aviso?

Paula Díaz sacó sus ojos de la pantalla y recorrió la mesa, en busca de alguna anotación hecha a mano.

—No —dijo, tras unos breves segundos de exploración—. Lo que hubiese lo tienes en tu agenda.

Castillo se miró la palma de la muñeca derecha: su reloj señalaba la una y veinte, es decir, que en realidad eran las una y doce. La manía de llevar el reloj con ocho minutos de adelanto la había adquirido durante su época como médico penitenciario. Le servía para no llegar tarde y, al mismo tiempo, para alimentar la ilusión de escapar cuanto antes de aquel antro.

—Vale. Gracias. Por cierto, ¿César está por ahí arriba? —miró las ventanas interiores del pasillo del piso superior.

—Sí, creo que sí. Me parece que está en la sala de juntas revisando no se qué de los procesos.

El jefe no se molestaría; nunca ponía reparos para «cubrirles». Lo que menos le gustaba a César Álvarez era «rellenar papeles», así que todo aquello no sería más que un pequeño intercambio. Por cada paciente suyo que viese fuera de hora, él le redactaría un escrito. Había que dar respuesta a todos esos documentos que recalaban en manos del director a diario. Era tan molesto y complicado. César ya se encargaría de recordárselo.

—Bueno… Mira, voy a encerrarme en mi consulta a hacer unas cosas. A ver si es posible que no me molesten, ¿vale? Si hubiera algo para mí antes de las dos, avisa al jefe… Hoy le toca a él quedarse… Dile que haga el favor de atenderlo, ¿quieres?

Paula asintió.

De regreso al despacho, se topó con Ruth, su compañera, en el pasillo de acceso al área de consultas. Se había despojado de la bata.

—¿Ya te vas? —preguntó Castillo, distraídamente.

—Tengo un aviso —le dijo Ruth sin detenerse.

Entró en su consulta sin haber escuchado siquiera la respuesta de Ruth. Se sentó y puso la grabadora en marcha. Se escuchaba una voz femenina:

…Tampoco creo que se lo hayan tomado muy en serio. Les conozco…

La voz que se oía unos segundos más tarde era la de Bernal.

Pulsó el stop y rebobinó. El contenido de la cinta parecía ser una conversación, sólo una charla entre dos personas que daban la impresión de conocerse desde muchos años atrás. Se hablaban con la confianza de los viejos amigos. El nombre de ella era Esther Monroy. La conversación giraba en torno a Natalia Blanes y otras dos muertes de las que Bernal no le había hablado cuando se vieron. La tal Esther hablaba en un tono profesional; parecía ser una especie de criminóloga a la que Bernal hubiese acudido para aconsejarse. Pero entonces ¿para qué leche le mandaba Luis aquello? ¿Por qué querría que lo tuviese? A los dos minutos apagó la grabadora. No deseaba oír más.

Ya se imaginaba lo que ocurriría a partir de ese instante. Pasados dos o tres días a lo sumo, Bernal le llamaría. Intentaría convencerle de que se viesen otra vez; insistiría en pedirle opinión. «Tengo que saber lo que te sugiere»… Todo volvería a ser como veinticinco años atrás, en Sevilla, sólo que ahora ninguno de los dos tenía ataduras ni deberes, ninguno se jugaba nada. Para convencerle, usaría cualquier estratagema. Podría plantearle, por ejemplo, que se lo tomase como un pasatiempo, como un deporte para su cerebro, tan exigente y exclusivo que muy pocos en el mundo estaban en condiciones de practicarlo. Una de las tantas paparruchadas que había tenido que oírle.

Sí, era de prever que le hiciese sentir vergüenza ajena diciéndole algo parecido. Aunque Luis no sentiría nada, pues esa experiencia (el miedo al ridículo), común a las personas *normales*, estaba fuera de su alcance.

Y, luego, Bernal probablemente concluiría el lance con una de esas preguntas que le causaban sonrojo «¿Por qué no, Ramón?... A ver… dime por qué no.»

Por Sandra, le diría él. Pero sería del todo inútil repetírselo. A Luis le traía sin cuidado Sandra. Él mismo, su amigo de la juventud, le traía completamente al pairo. En su escala de valores no existían tales condicionamientos. Luis Bernal perseguía un objetivo «noble» y, cuando se persiguen esa clase de objetivos, todo lo demás (cosas tan banales como la armonía conyugal de otros, más si cabe) puede ser sacrificado.

¿Qué daño podía hacerle reunirse con un viejo amigo unas cuantas tardes?, volvería a insistirle… Irían de un lado a otro, tomarían café… Pero Bernal llevaría una cartera de mano o quizá una carpeta, y, cuando estuviesen en una

mesa apartada de las demás o sentados en un banco del parque bañado por el tibio sol del ocaso, entresacaría de ella unos papeles y, seguramente, unas fotos, fotos terribles de mujeres muertas como las que había tenido que ver en Sevilla. Bernal podía hacerse con el material de investigación de cualquier caso, poseía la influencia necesaria gracias a su puesto…

El corazón se le encogió de pensarlo. Su reloj ya marcaba las dos y diez. Recogió los papeles sueltos de la mesa y los talonarios de recetas, y los guardó en el primer cajón de su mesa, el único que poseía cerradura. Luego, se echó la grabadora al bolsillo interior de la cazadora y fue en busca de Sandra. Era martes, el único día de la semana en que podían almorzar juntos.

No. Luis no lograría envolverle de nuevo.

7

Comenzó a oscurecer al pasar por Almuñécar. Ramos se había puesto al volante del Peugeot 409. Parecía pensativo, más callado que de costumbre. Seguramente estaría dándole vueltas a lo mismo que él.

Por lo menos era un alivio que Maribel no tuviese que regresar en el mismo vehículo que ellos, decidió Muriel. Podrían aprovechar el viaje. Con ella hubiese sido imposible permanecer centrado en la conversación.

Se le había grabado en el cerebro la última imagen de la enfermera acompañándoles a la puerta del piso.

—Si supiera por qué… no tendría…

Lourdes fue incapaz de terminar la frase. Se había echado a llorar: su barbilla arrugada temblaba como el cuerpo de un recién nacido aterido de frío. El llanto de Lourdes Belmonte explicaba sin necesidad de usar las palabras que, cuatro años atrás, le habían extirpado de cuajo un órgano sin el que la vida podía proseguir, aunque tan mermada por el dolor, que en nada se parecía a la que llevaban ellos. Ese órgano se llamaba Cecilia Abreu y no venía descrito en ningún libro de anatomía.

—A veces nos quedamos sin saber el porqué, pero podemos dar con los culpables, que es lo que importa —susurró Ramos al darle la mano.

El llanto de la mujer les acompañaría durante la vuelta.

—¿Qué te ha parecido?—dijo de improviso Ramos, poco después de salir del casco urbano.

—Que está bastante jodida. No me extrañaría nada que acabe por hacer una gilipollez.

—Eres el tío más positivo que he conocido —dijo Ramos.

Muriel estalló a reír y se le unió Ramos inmediatamente, pero una sacudida en el muslo frenó la risa de Muriel. Llevó su mano derecha al «hoyo» de la pierna herida, buscando alivio a su dolor. Sabía que se le pasaría pronto. Era el mismo de cuando tenía los clavos. Instintivamente miró hacia el cielo. Nada de lo que vio hacía suponer que llovería pronto, pero lo cierto era que su pierna no le había engañado nunca.

Ramos le miró de reojo.

—Yo me refería a lo que ha contado de la noche del crimen.

—Pues que el hijo de puta la estuvo acechando durante bastante tiempo. La

siguió; conocía perfectamente los hábitos de su víctima.

—No sé qué decirte. Hay algo raro, algo… específico en este caso.

Muriel le miró esperando a que continuara. Treinta segundos después, Ramos continuaba sin explicar qué era lo que había querido decir. Sólo conducía, abstraído.

—Seguro que usó la bicicleta para seguirla cuando salía a correr.

—Puede ser.

—Estos tíos se excitan así.

—Pero la mató en el aparcamiento, Fernando. No fue como a Blanes. Ni se parece tampoco a lo de la otra pobre muchacha.

—¿Piensas que no es el mismo…?

—No. Es otra cosa.

—¡Coño! A ver si eres un poco más claro. Me desesperas, tío.

Ramos esbozó una sonrisa.

—¿Por qué esperarla allí, en el aparcamiento?... ¿Cómo sabía que bajaría?

—Lo sabía porque llevaba tiempo siguiéndole los pasos. Se conocía sus rutinas… la hora a la que más o menos bajaba la basura. Sólo tenía que apostarse y esperar…

—Preparó el crimen con mucha antelación…—Ramos desvió un instante la mirada hacia Muriel.

—¿Y…?

—Que por lógica tuvo que hacer guardia en el aparcamiento durante varias noches. Le hubieran visto merodear.

—El edificio estaba casi vacío, ¿no?

—No sé lo que entiendes tú por «casi vacío». Seis pisos por planta. Cinco plantas. Son treinta pisos y había doce habitados, contando el de ellas dos. Eso es gente que entraba y salía.

Muriel insistió en su suposición.

—Tuvo suerte. Los pilares le sirvieron de escondite. Son cuadrados y bastante anchos. Si entraba un vehículo en el aparcamiento, podía evitar que le viesen cambiándose de lado. Igual que si salía alguien del portal o entraba al recinto. No es tan difícil.

Ramos meneó la cabeza en un gesto de escepticismo.

—Esas esperas son largas. No olvidemos que es el primer asesinato. Puede que arriesgara demasiado. Luego cambia de método… ¿Por qué?

—Quizá la vigilase desde fuera del recinto —sugirió Muriel.

—No lo creo. Hay más iluminación en el exterior. Se hubiese expuesto mucho más a que lo viesen.… Además, no me lo imagino siguiéndola desde la puerta de la valla hasta la de entrada al edificio y matándola allí. A esas horas y con el silencio que debía de haber, ella se habría dado cuenta. Y la herida nos dice que la sorprendió completamente. No pudo defenderse.

—¿Es que no arriesgó al matar a Blanes?

—Sí y no. Con Natalia eligió muy bien el lugar. Iba bien camuflado. Sólo tuvo que asegurarse de que estaba sola.

Muriel tenía otra opinión. Sin embargo, no encontraba suficientes argumentos para refutar aquella hipótesis.

Se mantuvo callado.

Un par de minutos después, tras darle las largas a un vehículo que les deslumbró, Ramos dijo:

—Esto nos viene grande, Fernando. Necesitamos ayuda.

Era la primera vez que Muriel le oía decir una cosa semejante. Se quedó sorprendido.

—¿Qué clase de ayuda?

—Nunca nos hemos enfrentado a algo igual a esto. Un asesino múltiple que mata tres veces en un intervalo de tres años. A víctima por año de promedio. Y no nos deja ni una sola prueba física. ¡Ni una sola! Es increíble —apostilló Ramos.

—El arma…

—El arma no nos conduce a ninguna parte —saltó Ramos.

Muriel sabía que tenía razón. No obstante, le sonaba a menosprecio, como si acabase de dictaminar que lo que hizo al hallarla carecía de todo valor.

—Contéstame… ¿Qué clase de ayuda?

—De gente con experiencia.

Todo lo que había soñado Muriel, se vino debajo de repente. Absolutamente todas sus expectativas se habían esfumado como por ensalmo.

—No será lo que estoy pensando, Gaby. Dime que no.

—Estamos completamente bloqueados. Hay que admitirlo. No tenemos por dónde empezar. Más allá del arma, no hemos avanzado un paso en tres meses.

¿Podía ser que todo lo desarrollado hasta ese momento, todo su esfuerzo, todo lo que se había estrujado el cerebro, tantas horas, se fuesen a la puta mierda? Muriel sentía rabia e impotencia.

—¿Lo has propuesto tú?—dijo lleno de furia contenida.

—Sabes que siempre viene de arriba —declaró Ramos, con evidente cansancio en la voz.

—Si tú lo dices.

—No me toques los cojones. Ya se ha hecho otras veces y lo sabes muy bien.

—En un caso como éste, no.

—¿Ah, no? ¿Cómo coño sabes tú eso?

—Este caso está sin definir. No hemos juntado las piezas todavía. Llevamos semanas discutiendo sobre la posible relación de los tres crímenes, sobre si son obra o no de un mismo asesino. Hace dos días no estabas seguro de nada; no me niegues eso, por favor… Las operaciones de caza se montan cuando están atribuidas las víctimas. Y aquí, no es así ¿Quieres convencerme de que es como en Castellón… o en Santander en el 91?

Ramos recordó de inmediato la imagen de la detención de Rodríguez Vega, el Mataviejas de Santander. La podía ver como si la estuviesen proyectando en ese mismo instante. Nunca había conocido a alguien tan desafiante.

—¡Joder, espabila! Esta gente mata mientras pueda. Si paran, es porque se han muerto, han tenido un accidente, o los han metido en la cárcel…

Las mandíbulas de Muriel se tensaron silenciosamente hasta lo imposible. Sentía deseos de darle una patada simbólica a todo. Absolutamente a todo. Tuvo que contenerse para no darle una patada de verdad a los bajos del salpicadero.

—Me dan ganas de mandarlo todo a tomar por culo.

—Aprovecha y aprende —propuso Ramos, sin deje alguno de ironía—. Es una buena ocasión.

—La motivación para todo este esfuerzo —gritó Muriel— es que puedas controlarlo, que te responsabilices…

—Totalmente de acuerdo.

—Esto es política. Bernal ha removido por encima de nosotros. —La presión que Muriel sentía en el pecho le entrecortaba la respiración.

—Deja a Bernal ya, coño. Él no tiene nada que ver. Es necesario que el Grupo sea operativo; tenemos nuestras prioridades —Ramos levantó la voz—. No podemos estar con el fango hasta las rodillas y sin movernos un milímetro. ¡Que es como estamos ahora!—bramó—. Tenemos otras obligaciones y las estamos dejando de lado. La UCO tiene unidades dispuestas para esta labor… ¿Crees que se les ha pasado por alto que los crímenes corresponden a una

serie? Hacen un análisis sistemático de los registros de homicidios…

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Están estudiándolo —prosiguió Ramos, como si no hubiese escuchado a Muriel—, cotejando los datos. Dentro de unos días mandarán el equipo.

—¿Cuándo se decidió, joder, no puedes decírmelo? Quiero saber cuánto tiempo he estado haciendo el gilipollas.

—Hace dos semanas, cuando estabas en el hospital.

Muriel dejó escapar una risilla, al mismo tiempo, amarga y sardónica.

—¿Y qué explicación tiene esto? ¿Qué es lo que hemos venido a hacer en Motril?

—¿Qué te parece que hagamos? Por el momento, el caso sigue siendo nuestro. Tenemos que seguir…

—Hasta que nos lo quiten —le cortó Muriel.

Evidentemente, la rabieta de su subordinado le irritaba. Sin embargo, Ramos trató de mostrarse conciliador.

—Reconozco que hasta esta misma mañana tenía dudas, pero al hablar con Lourdes he comprendido por fin —su voz se tornó suave— que no tenemos nada que hacer solos.

—Pues yo no estoy de acuerdo. ¡Pero qué coño te pasa!—aulló Muriel—. Todavía nos quedan aspectos que comprobar… Puede que la *conexión* esté ante nuestras narices. Además, sabemos que necesita meses para prepararse; vigiló a sus víctimas metódicamente. Y hará lo mismo con la próxima; no tiene por qué cambiar. No matará hasta no estar seguro. Tenemos tiempo de sobra

—Déjate de fantasías… ¿Sabes lo que yo pienso de verdad? Todo ha estado gobernado por el azar.

Muriel sacudió la cabeza.

—Es una puta gilipollez dejarlo escapar —sentenció—. Es nuestro, coño… Tenías que haberlo parado. Estoy seguro de que ha metido la pata hasta la ingle y está a nuestro alcance.

Los hombros de Ramos se encogieron como si tuviesen vida propia.

—No te puedes tomar así las cosas, Fernando. Esto no funciona como tú creías —siseó las palabras—. Si quieres estar en Homicidios, tienes que apechugar con este tipo de arreglos. La presión es infinitamente mayor que en las otras brigadas.

—Ya me doy cuenta —dijo Muriel, irónicamente—. ¿Y qué va a pasar entonces? ¿En qué situación quedamos?

—Colaboraremos en lo que nos pidan.

—Quedan al mando.

—Técnicamente, sí. Pero no van a avasallarnos ni a ignorarnos, tenlo por seguro. Pactaremos un reparto de tareas.

—Nos mandarán a hacer los recados —aventuró Muriel.

Ramos soltó la mano derecha del volante y se frotó enérgicamente la nariz. Muriel comenzaba a cabrearle con esa estúpida rabieta de crío.

—Atiende una cosa, Fernando. Esto puede durar… no sé… seis, ocho, quizá hasta diez meses. Cuando pase ese tiempo, si no hay nuevas pistas, lo desmontarán todo, se marcharán y volveremos a estar como al principio. Pero habrá una diferencia: ya no seremos responsables de que no avance la investigación. ¿Entiendes lo que te digo? Todo esto que te parece tan humillante, *te* librará de toda responsabilidad futura. Si ocurre como te digo, si no descubren en poco tiempo algo que les conduzca hasta ese hijo de puta, el caso se nos quedará luego en el congelador. Podremos abrir el congelador cuando nos parezca, pero ya nunca se nos pudrirá ni echará mal olor.

¿No sería a *su* responsabilidad, a lo que se refería Gabriel? ¿O es que a las duras olvidaba que era él y sólo él quien mandaba el Grupo?

Para Muriel, toda aquella perorata era sólo política. Le repugnaba la política tratándose de crímenes. Los cadáveres de los inocentes… las personas a las que alguien había arrebatado la vida por puro capricho, no llegaban a enfriarse nunca; siempre se mantenían calientes en su conciencia.

Al menos quería creer eso. Es lo que pensaba mientras se divisaban las luces de Nerja, mal encapsuladas por una niebla anárquica.

¿Qué importancia podía tener ya lo que pensase acerca de ello?

8

Tal vez por ser indulgente consigo mismo, Ramón Castillo opinaba que cada ser humano intenta ocultar, mientras puede, sus fobias más estúpidas. Y ésta era una de las que más le hubiese costado reconocer. Ni soportaba esa pequeña debilidad suya, ni la idea de que los demás lo supiesen. Pero se veía incapaz de evitarlo. Y volvió a suceder: dio un respingo al oír su sonido. En ese instante ordenaba apresuradamente la mesa y guardaba los documentos y recetas en uno de los cajones. El teléfono le causaba una desazón irritante, por absurda. Lo asociaba a malas noticias, noticias de muerte de una persona querida. Había tratado por todos los medios de «mentalizarse». Poco a poco, había conseguido reducir aquel impacto en su ánimo, aunque una llamada a aquellas horas de la mañana le ponía invariablemente nervioso. Algún incordio, imaginaba. Seguro que se le trastocarían los planes, que le harían llegar tarde al taller. Y se había propuesto estar a las cuatro, puntual, para ser el primero.

Pero no se trataba de la llamada de un paciente.

Cuando ya se le había olvidado la absurda e incómoda pretensión de Bernal en aquella mañana de sábado; cuando casi se había olvidado de haberle visto, volvió a oír su nombre. Alguien lo pronunció al otro lado del hilo telefónico. Y lo hizo con una evidente inquietud en la voz.

Castillo recordó entonces el «presente» que le había enviado veinte días atrás a su lugar de trabajo. La grabadora y la cinta, sin notas ni explicaciones. La típica artimaña de Luis para tentarle.

Miguel, el locutor del que, en los tiempos de Sevilla tanto había oído hablar a Luis, le había localizado llamando pacientemente a cada una de las unidades de personal de los distritos sanitarios. Tras explicarle quién era, se lo dijo. Miguel suponía que si había una persona en Málaga que pudiese conocer su paradero, ésta era él.

Suponía mal.

Eran casi las dos de la tarde cuando colgó el teléfono. Se sentía aturdido. Durante los cinco segundos siguientes, mantuvo la mirada perdida en el teclado, intentando descifrar el significado de lo que acababa de saber por boca de Miguel Gaona, que se resumía en tres palabras: Luis estaba *ilocalizable*.

Al estar de paso en la ciudad y libre de compromisos, a Castillo no le pareció nada fuera de lo común que Miguel fuese incapaz de dar con Luis. Había algo ligeramente inquietante, no obstante, en lo que le había contado el locutor de radio Coín: harto de no recibir contestación a sus llamadas, había intentado verse con Bernal en el Tryp, pero en la recepción le habían dicho que llevaba varios días sin aparecer por su habitación. Amparándose en la confidencialidad debida a sus clientes, los recepcionistas se habían negado a proporcionarle otros detalles. «No podemos decirle nada más», insistieron varias veces.

Miguel albergaba otras razones para estar preocupado. El desánimo que había creído percibir en las maneras de Bernal le perturbaba bastante. Miguel tenía cierta experiencia con suicidas. Algún oyente había llamado a su programa antes de intentar suicidarse y un par de ellos lo habían conseguido. Podía reconocer la desesperación y el hastío en la voz de una persona, aunque se esforzase en ocultarla.

Nunca, en el año y medio en el que fueron uña y carne, había roto Bernal su palabra. De haberle surgido cualquier imprevisto, el locutor estaba convencido de que le habría avisado del cambio de planes. La extrañeza de Miguel Gaona se debía, según le dijo a Castillo, no al hecho en sí de que Bernal no respondiese a sus llamadas ni apareciese por el hotel, sino a que el 22 de enero había hablado con él por última vez, habiendo quedado entonces en verse a la semana siguiente. La cita sería probablemente para almorzar, aunque lo cierto era que no habían concretado nada durante aquella conversación. Bernal le había dicho que tenía que viajar a Madrid unos días más tarde, y también que se quedaría en Málaga bastante más tiempo del que inicialmente había previsto. Le hizo hincapié en que estaba deseando poder disponer de un día para charlar con tranquilidad, pero que las cosas se le habían complicado un poco: quería ayudar en lo que pudiese a la policía de Málaga con lo de Natalia. Quizá supiese el modo de conseguirlo, le confió al despedirse.

Se negó a especificar el significado de aquellas palabras, prometiéndole que ya se lo explicaría con detenimiento en cuanto se viesen.

Castillo abandonó el Centro de Salud dándole vueltas al mensaje de Miguel. «¿Desaparición? ¡Qué fantasioso era!». Cuadraba con su forma de ser: Luis era la imprevisión hecha persona. En realidad, más chocante aún que el propio *suceso,* le parecía la alarma que había causado en el locutor. Puesto que

habían sido inseparables compañeros de juergas, debía saber mejor que nadie cómo se las gastaba.

Antes de entrar en el coche, llamó al móvil de Bernal, que tenía guardado en su agenda desde la tarde del cuatro de enero. Quería cerciorarse por sí mismo. Pero lo único que oyó fue la típica voz femenina impersonal, desgranando un mensaje grabado: «el móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». Volvió a intentarlo un par de veces más con igual resultado.

El asfalto se había oscurecido por una fina lluvia caída una hora antes. En algunos tramos de la carretera, las gomas del coche hacían un ruido peculiar, que se parecía bastante al de unos huevos friéndose en la sartén. Puso la radio. Trataba de no pensar en la llamada de Miguel pero era inútil ¿Por qué habría cambiado de opinión Bernal, decidiendo permanecer tanto tiempo en Málaga? En su encuentro de primeros de enero le había asegurado que estaba de vacaciones y se iría en pocos días. Era evidente que pretendía mantenerse informado acerca del desarrollo de la investigación, pero ese propósito no explicaba del todo el hecho de que se hubiese pedido un permiso adicional de tres meses. En tres meses podía no haber avances de ningún tipo. A menos… a menos que pretendiese involucrarse. Conociéndole, hubiese apostado lo que hiciese falta a que su intención era la de llevar a efecto una investigación paralela a la oficial.

Luis era un solitario. Y tenía una de las cabezas más duras que había conocido. Cualquier cursi hubiese definido su conducta como obstinada, pero la obstinación requiere de método, y Luis no era metódico. Pedirse un permiso de aquella duración escondía un propósito muy diferente al de hacer turismo. De manera que no era difícil deducir que los tres meses no iba a dedicarlos únicamente a pasear por Málaga, visitar museos y comer en buenos restaurantes mientras aguardaba noticias de la policía.

Esa tarde, Castillo volvió a casa después de comer, en lugar de llevar el Passat al taller para cambiarle los neumáticos, como tenía previsto en principio. Su curiosidad hacia la cinta que le había enviado Luis, se había desatado repentinamente.

Pero estando Sandra de por medio, todo lo relacionado con Luis era como la arena movediza. Tenía que quedarse en el borde si no quería ser tragado.

Sandra tardaría por lo menos dos horas en volver del trabajo. Sacó la grabadora del cajón donde la había tenido guardada, se dejó caer en el sofá y pulsó el play.

9

BERNAL: Es nueve de enero de 2008… Mi buena amiga Esther Monroy ha tenido la amabilidad, no sólo de recibirme, sino de permitirme grabar esta conversación. Por cierto…, antes de que empecemos, Esther, tengo curiosidad… Corre el rumor en Europol de que Ressler te ha vetado.

MONROY: Lo había oído. ¿Es tal vez por no haber acudido a su seminario en Berlín? Es por eso, ¿no?

BERNAL: Bueno, es la primera vez que faltas a uno de los muchos que ha organizado en Europa. Y, además, salió en la prensa diciendo que sobraban advenedizos entre los criminólogos. Justo después de que se publicara tu libro… ¿Qué pensarías tú?

MONROY: Que pierden el tiempo en buscarle tres pies al gato.

BERNAL: Se comenta incluso que te ha demandado.

MONROY: Tuvimos alguna discrepancia por culpa del uso de información en mi libro. Pero ya se aclaró todo.

BERNAL: Lo leí; todos lo leímos. Lo de Ressler son celos. Se da cuenta de que puedes hacerle sombra.

MONROY: Está muy bien por tu parte como halago, pero es una gilipollez que ni siquiera has pensado.

BERNAL: Únicamente tú has sido capaz de elaborar nuevas teorías sobre la conducta criminal.

MONROY: Muy controvertidas en opinión de tus colegas.

BERNAL: Antes de tus trabajos, había que remontarse a la década de los setenta para encontrar algo interesante.

MONROY: Dejemos eso.

LUIS: Estoy encantado de volver a verte.

MONROY: Yo también. Siento mucho lo de Natalia. ¡Es increíble! Cuando lo supe, lo menos que podía imaginarme era que estuviese relacionada contigo.

BERNAL: Gracias. No sabes cómo te agradezco que me dediques esta porción de tu precioso tiempo. No sé qué haría sin ti

Una risa femenina con un timbre algo grave.

MONROY: Quién te ha visto y quién te ve… La Haya te ha convertido en un gentleman.

BERNAL: Cómo no voy a estar agradecido. Soy consciente de que haces una excepción conmigo.

MONROY: Los formulismos déjalos para tus reuniones sociales.

BERNAL: Sí, es verdad. Empecemos… ¿Has analizado el caso?

MONROY: Si quieres llamarlo así... Vale. Sólo me mantengo informada.

BERNAL: Sigue siendo tu hobby favorito.

MONROY: ¿Qué tiene de malo? Otros se entretienen coleccionando mariposas muertas y pasan por ser personas respetables.

La risa es ahora masculina. Luego hay tos y un carraspeo breve.

BERNAL: No sé qué pensar de la investigación. Hace mucho tiempo que no estoy en esa área. Estoy desengrasado. Pero Homicidios estima que las tres muertes tienen la misma firma.

MONROY: Van bien encaminados… Tienen un problema serio en Málaga.

BERNAL: ¿Qué clase de problema?

MONROY: Un tío muy escurridizo, que además está empezando.

BERNAL: ¿Empezando?... Ha matado a tres mujeres.

MONROY: En realidad, es el comienzo de una carrera muy larga. Y espero que se interrumpa pronto. Hay algo singular en él, sin embargo, algo que me desconcierta: se comporta como un experto. Lo que me has contado de la bicicleta es interesantísimo. No me había topado con alguien así en años. Enterrar el arma de ese modo… Tiene todo el sentido. Revela mucho acerca de su carácter.

BERNAL: ¿Y cuál es su carácter?

MONROY: Perverso y controlado. Una mezcla muy nociva.

BERNAL: ¿Qué piensas de sus motivaciones? ¿Puedes descifrarlas?

Un silencio de ocho segundos

MONROY: Odio. No puedo concretar más.

BERNAL: Odio es un concepto abstracto y universal. Así no nos sirve. Hay que definir su naturaleza en particular.

MONROY: Yo no he dicho que pueda servir. Sólo he contestado a tu pregunta.

BERNAL: No estoy para juegos de palabras. Si… digamos que si podemos descubrir el objeto de su odio… el germen… ¿no nos ayudaría eso a encontrarle?

MONROY: Es poco probable. A menos que supiéramos de *dónde* parte todo.

BERNAL: Mi creencia era que dar con los motivos constituía el pilar básico de toda investigación de esta naturaleza.

MONROY: Es un error muy frecuente que lleva a muchas de ellas a un callejón sin salida. Puede que el motivo originario, en cada acto subsiguiente, se envuelva con un disfraz que lo convierta en irreconocible. O, sencillamente, que sufra una metamorfosis completa, una especie de mutación lógica pero imprevisible, a causa del devenir de ciertos acontecimientos

BERNAL: Perdona… no entiendo bien lo que dices.

MONROY: Es bastante simple. ¿De qué equipo de fútbol eres?

BERNAL: ¿De qué equipo…? ¿Qué dices? ¿A qué viene eso?

MONROY: Serás el primer policía que no tiene afición al fútbol.

BERNAL: Siempre me ha gustado el Madrid, pero no soy un aficionado de los que se llaman fanáticos.

MONROY: Pero conoces a muchos fanáticos, ¿no es verdad?

BERNAL: Sí, como todo el mundo.

MONROY: Entonces sabes que muchos de ellos, por encima del amor a sus colores, se sienten movidos por el odio a los del gran rival, el club que representa el antagonismo «perfecto» en sus conciencias.

BERNAL: Es muy cierto.

MONROY: Cuando tu equipo pierde y el gran rival gana ¿no adivinas en esos fanáticos una irrefrenable envidia hacia los hinchas del contrario? ¡Qué suerte tienen esos cabrones!... El odio, que alimentaba su fanatismo, da paso a la envidia. Las consecuencias de este último sentimiento —si las hubiere— son las que deben importarnos. En términos prácticos, no nos interesa nada el odio anterior si no fue capaz de motivar un acto violento o lesivo para otra persona. Pero si no llegamos hasta él, si no somos capaces de tirar de la madeja, puede que no comprendamos lo que ha sucedido *después*. Hasta el punto de confundirnos. Ahora, si te alejas de este terreno y fijas tu pensamiento en la vida cotidiana, con su mezcolanza de intereses, engaños y atracciones, te darás cuenta de que el resentimiento, por ejemplo, el resentimiento ante una humillación, se transforma fácilmente en ira. Haciendo abstracción de todo lo demás, esa ira puede que nos resulte incomprensible. Estamos, pues, desconcertados. Nos preguntamos que cómo ha podido pasar esto y cosas así, porque no lo entendemos… Desde ese estupor es frecuente incurrir en un enfoque equivocado. Pero si llegáramos al punto de partida…

BERNAL: Bueno, estás diciendo que hay que saber interpretar las posibles

derivaciones de cada emoción del asesino. No parece fácil.

MONROY: ¿Quién ha dicho que lo sea?

BERNAL: Crees que seguirá matando.

MONROY: Es lo que va a ocurrir. No es que se vea obligado por las voces que escucha en su cabeza: estoy convencida de que siente pasión por lo que hace. Este sujeto es uno de los mejor organizados que he conocido. Es un fanático del método. Obsesivo patológico. Va a seguir matando. Seguro. A menos que tenga un accidente, se muera o le detengan por otro delito, como a Bundy. O que cometa un descuido, como El Mataviejas.

BERNAL: Kemper se entregó.

MONROY: Eso no sucederá en este caso.

BERNAL: ¿Por qué?

MONROY: Porque a diferencia de Edmun Kemper, él no está confundido por lo que hace. No le atormenta. A Kemper le desquiciaba perder el control. Cuando se dio cuenta de que era incapaz de parar y de que sus fantasías le dominaban hasta el punto de esclavizarle completamente, todo lo que hacía dejó de gratificarle.

BERNAL: No ha dejado pistas, excepto el arma.

MONROY: Siempre dejan pistas. Tú te refieres a pruebas físicas.

BERNAL: Como quieras llamarlas… Pero ¿qué pistas?

MONROY: Es varón, por supuesto. Tiene entre treinta y ocho y cuarenta cinco años. Formación de grado superior, probablemente. Un trabajo estable. Y es impotente o tiene una incapacidad manifiesta para mantener relaciones con mujeres, que se remonta al desarrollo de su sexualidad.

BERNAL: ¿Homosexual…?

MONROY: No necesariamente. Pero huye del contacto con el sexo opuesto. La forma de matarlas es muy reveladora. Para humillarlas, le basta con quitarles la vida. No tiene dudas pero tampoco se ensaña con ellas. Y quiere que todo el mundo admire su destreza. Dejarlas expuestas es un ingrediente más para su excitación. Es un narcisista redomado. No las oculta ni quiere recrearse con el cadáver durante un cierto tiempo o llevarse partes del él, como hacía Bundy.

BERNAL: ¿Por qué siempre pones a Bundy como ejemplo?

MONROY: Porque a Bundy le apasionaba el crimen, como a éste, nuestro desconocido amigo.

BERNAL: No es amigo nuestro.

MONROY: Claro que no. Perdona.

BERNAL: Estás perdonada.

MONROY: Bundy hizo todo lo posible para que no le cogieran. Ocultó o enterró los cuerpos de sus víctimas.

BERNAL: ¿Qué quieres decir?

MONROY: Que era tan narcisista como este sujeto. Y no quería que le atraparan. Hay un falso mito en eso de que muchos hacen todo lo posible para que los cojan.

BERNAL: Entiendo. Eso no es mucho para encontrarle…

MONROY: De momento es lo que hay. Las conocía. No son mujeres escogidas al azar. Hay que saber cómo se relacionó con ellas. Y especialmente, qué es lo que *veía* en ellas

BERNAL: Hasta donde yo sé, la investigación no ha dado frutos. Se sabe que estuvo siguiéndolas o… quizá vigilándolas un tiempo.

MONROY: Estoy de acuerdo: eso fue lo que hizo.

BERNAL: Dame algo más.

MONROY: Vive en la zona donde comete sus crímenes. No es itinerante.

BERNAL: Sigue a sus víctimas. Por lo tanto tiene que vivir relativamente cerca.

MONROY: A treinta kilómetros como máximo.

BERNAL: ¿Eso le sitúa cerca de su primera víctima? ¿En Benalmádena o Torremolinos?

MONROY: Si es que Cecilia Abreu fue la primera.

BERNAL: No me confundas… Ya sé, ya sé. Tiene que ver con tu hipótesis de la Metamorfosis Primaria.

MONROY: Es la clave, según creo yo. Te haré un resumen para que entiendas cuál es mi punto de vista al respecto… Verás, aproximadamente un cuarenta por ciento de los crímenes que se cometen a diario en cualquier lugar del mundo con un nivel de seguridad ciudadana razonable tienen un móvil sexual más o menos evidente a simple vista. Hay casos en los que el móvil sexual puede no ser tan aparente, pero subyace bajo el *modus operandi*. La excitación recrea las fantasías del asesino y, más tarde, las fantasías se alimentan de ella. Es un proceso simple, que goza, digamos, de… cierto automatismo. Es el motor principal del crimen: lo que yo he denominado la doble dependencia o *dependencia recíproca*… Incluso algunos de los llamados crímenes pasionales no se etiquetan correctamente pues esconden un

móvil sexual. En la inmensa mayoría de ellos, se atrapa al asesino y se cierra el caso. ¿Qué nos dice eso? Dos cosas: la primera y más elemental es que el asesino es descuidado y deja pruebas que le incriminen. La segunda, y más importante, es que víctima y asesino *se conocen*. Los psicópatas sexuales buscan constantemente una gratificación a su impulso. De manera compulsiva. No pueden ni a veces quieren dominarse. Si traspasan la línea entre agresión y crimen, la gratificación es infinitamente mayor y se verán obligados a intentar repetirla. Hazte la siguiente pregunta. ¿Qué ocurriría si el violador y asesino no dejase su huella genética en la víctima, esa misma huella que sirve para detenerle al poco de cometer su crimen? ¿Pararía?... No tiene por qué. Le ha salido bien; todo le anima a probar de nuevo. ¿Quizá le frenarían los remordimientos? No, no se detendría tras su primer crimen, sino que lo intentaría otra vez. Y luego otra más, y así sucesivamente hasta cometer un error fatal. Pero, por fortuna, en muchos casos su carrera criminal se acaba con el primer asesinato. Van a la cárcel… ¿Cómo sobrevive el resto?

BERNAL: Unas veces con astucia y, en otras, gracias a una investigación negligente. En la División de Homicidios diste lugar a un gran debate. Algunos te apoyaron a muerte. Se quedaron impresionados.

MONROY: Impresionados… ¡Qué generoso eres! Tampoco creo que se lo hayan tomado muy en serio. Les conozco. Ni siquiera Ressler les merece respeto.

BERNAL: Esto es como todo. Son nuevas ideas… nuevas perspectivas. Siempre hay gente reticente a los cambios.

MONROY: Christie es el ejemplo. Es el modelo principal en mi análisis, aunque no se ajusta estrictamente al patrón, porque la transformación se produce bastante después de matar y enterrar en su pequeño jardín a sus dos primeras víctimas.

BERNAL: John Reginald Cristhie, el…

MONROY:… estrangulador de Rillington Place. Quizás conozcas la historia pero quiero contarte una cosa. El de Christie es un caso verdaderamente fascinante. Un tipo gris, anodino, de carácter autoritario pero insignificante en todos los aspectos. Enclaustrado en un mundo minúsculo y cerrado, que odia con todo su ser. En ese mundo tan estrecho, la pequeña vivienda de dos plantas, en donde ya ha matado a dos mujeres, aprovechando los viajes que hacía su esposa, y cuyo piso superior alquila a los Evans —un matrimonio con una hija de catorce años—, sus fantasías de poder llegan a

dominarle hasta el punto de planear la violación y asesinato de Beryl Evans. En este punto hay mucha controversia, pues hay quien defiende que el asesinato de la señora Evans no fue premeditado, que únicamente pensaba drogarla y violarla, aprovechando su inconsciencia. Quizá estén en lo cierto y lo que ocurrió en realidad fue que al verla desnuda no pudo controlar su impulso pero, en mi opinión, esa conducta mostraba su metamorfosis después de dos crímenes impunes. El caso es que un día, mientras que el padre de familia se encuentra trabajando, mata a Beryl Evans, tras convencerla de que se pusiese en sus manos para abortar. Luego se deshace de su hija, que ha sido testigo del crimen. Él sabe perfectamente, cuando lo hace, que las sospechas irían dirigidas a su persona. Abrumado por el miedo a que lo detengan, tiene la sangre fría de esperar la llegada del marido y persuadirle. Lo sorprendente es que Christie se libra consiguiendo convencer al marido de su víctima, un hombre de bajo cociente intelectual al que más tarde ajustician, de que ha sido él realmente el autor de los asesinatos. Incluso testifica en el juicio y es considerado como un testigo «competente y sincero». Por cierto que éste es uno de los enigmas más increíbles de la historia criminal. Colin Wilson lo estudió a fondo pero no pudo desentrañarlo. Christie es el modelo esencial, perfecto, de la Metamorfosis Primaria. Curiosamente, en el caso de Cristhie, la metamorfosis podemos decir que se demora hasta que no mata por tercera vez. A partir de ese tercer y cuarto asesinatos que no le son imputados, la carrera criminal de Christie se consolida y agranda, se abre al mundo exterior. La paradoja es que toma menos precauciones. Se siente cada vez más seguro asesinando. Incluso acaba matando a su propia esposa. Es como si le mandase al mundo un mensaje subliminal: «Ya nadie puede conmigo. Soy más inteligente que cualquiera»

BERNAL: Pero al final se desmorona.

MONROY: Cierto. Ya veo que conoces la historia.

BERNAL: Se desliza por una pendiente. Descuida su aseo, vagabundea… La policía ya le está buscando…

MONROY: … Y él, aun en esas circunstancias desesperadas, continúa pensando en matar. Lo intenta una vez más. En esencia le ocurre lo mismo que a Kemper. Hay en cierto modo un impulso suicida aparejado a esa conducta. Son etapas. Al cabo de varios asesinatos, éstos se convierten en el centro de su vida, en su única razón para existir, desplazando a todo lo demás… Entonces es consciente de que ha perdido el control…

BERNAL: A ver si lo he entendido. El primer crimen es una prueba…

MONROY: El caso de Andréi Chikatilo es muy parecido, sólo que el encuentro con su primera víctima fue casual: se tropieza con ella en una parada de autobús. Es una presa fácil. Y tal vez su primer propósito no es matarla, aunque se le va de las manos y termina estrangulándola cuando ve brotar la sangre. Se desata en él un furor desconocido e incontrolable que le transforma en una fiera. Pero a Chikatilo lo consideran sospechoso y luego lo descartan a pesar de las pruebas que había en su contra. La investigación, chapucera e impropia de un delito de esa naturaleza —recuerda que fue la violación y asesinato de una niña de nueve años— conduce hasta un inocente al que más tarde ejecutan… Sí, el primer crimen es una prueba. Imagínate que es como un muro que no todos pueden franquear. No el asesinato en sí, sino el salir airoso de él, por supuesto. El que pasa al otro lado encuentra una especie de nueva y excitante libertad.

BERNAL: No tienes a ningún criminólogo de tu parte. Están que trinan contigo. Lo sabes.

MONROY: Sí, lo sé… Ejem… Creo que a ninguno de ellos se le ha ocurrido la idea. En serio: ninguno me avala, especialmente en el concepto del «asesino en serie embrionario». En general, no les culpo: entiendo que haya otros puntos de vista. El principal problema es que no se puede explicar solamente con datos estadísticos. El patrón de conducta en sí mismo es lo que explica el acto.

BERNAL: Acto suena demasiado aséptico.

La misma risa femenina de antes, pero más breve

MONROY: Siempre he dicho que eres un moralista.

BERNAL: Es un concepto arriesgado. Reconócelo.

MONROY: Es lógico. Y estoy segura de que puede aplicarse a la investigación de cualquier asesinato con motivaciones sexuales. Aunque eso no garantice, por supuesto, que sirva para detener al autor. Mira, Luis, es muy simple. Hay que partir de este análisis: Uno: *generalmente* el asesino mata por primera vez a alguien cercano, a alguien que le turba, sobre el que proyecta sus fantasías, que se van haciendo insoportables con el paso del tiempo. Dos: si consigue que las sospechas no recaigan en él, en el futuro continuará matando con toda probabilidad, pero ahora procurará que sean personas con las que no se le pueda relacionar fácilmente. Es parte del aprendizaje. Paradójicamente, es posible que se confíe y se vuelva más

descuidado con cada nuevo crimen. Tres: básicamente tiene dos formas de evitar que le vinculen con el primer asesinato: hacer desaparecer a su primera víctima o conseguir que culpen a otro.

BERNAL: Parece muy sencillo. Y es brillante, no te lo discuto. Pero en esta cuestión no se puede sistematizar como tú lo haces, Esther. No puedo estar de acuerdo contigo en eso. No… Una parte de los *serial killers* escogen a todas sus víctimas al azar. El impulso de matar es incontrolado… brota de la nada, sin razones específicas.

MONROY: Sí, es así en efecto. El impulso siempre es incontrolado por definición, pero algunos lo dominan perfectamente según su conveniencia. En cuanto a la elección al azar de las víctimas, ocurre en los sicóticos y en los asesinos desorganizados, pero no es válido para individuos con este grado de organización. ¿No te das cuenta? La planificación, el método… nos hablan de una persona controlada y muy astuta. En ciertos aspectos, es tan controlado o incluso más que Norman Collins, aunque su sadismo es mucho más sofisticado e impersonal. Él ha elegido a sus víctimas porque las conoce. Y muy bien, por cierto.

BERNAL: ¿Hablarías con la policía de Málaga?

MONROY: Las Brigadas de Homicidios son muy capaces.

BERNAL: ¿Eso es un sí o un no?

MONROY: No. Te he dicho muchas veces que no trabajo con la policía. No es aconsejable ni apropiado que colaboremos.

BERNAL: No te pido que colabores. Hablar con ellos no te compromete de igual manera. Descuelgas el teléfono y les llamas. Yo lo prepararé. ¿Qué te parece?

MONROY: Es una vieja quimera, que resurge cada cierto tiempo. La policía y yo seguimos distintos caminos.

BERNAL: Déjame mediar. Te garantizo un trato considerado, a la altura de tu reputación, si contactas con ellos.

MONROY: Es inútil que insistas, Luis. Sabes perfectamente que ésa es una de mis normas sagradas.

BERNAL: Pero es…

MONROY: Hay tiempo. No volverá a matar tan pronto… Acuérdate de lo de Ferrándiz: esta investigación terminará en la UCO. Da igual que hable o no con ellos. ¿Qué podrías ganar? Mis teorías son accesibles a cualquiera. No obstante, ellos no suelen desviarse de sus propios métodos. Pero, bueno,…

tienes esta grabación: úsala si quieres.

Un silencio de más de diez segundos.

BERNAL: Tienes razón. Te lo agradezco sinceramente… Gracias.

MONROY: Suerte.

10

El lunes siguiente a última hora de la mañana, tres días después de escuchar la cinta, Castillo llamó a la comisaría y preguntó por Muriel. Éste se puso inmediatamente al teléfono.

—¡Cómo no voy a acordarme! Dígame… ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Podríamos hablar? —le dijo Castillo sin andarse con rodeos.

—¿Hoy mismo?

—Cuanto antes, mejor

—Vale. ¿De qué, si puede saberse?

—De Bernal.

—¿Qué pasa con él?

—¿Le importa que nos veamos y lo hablemos?

Las esperanzas de Castillo estaban puestas en Muriel, en poder convencerle de que lo de Luis merecía ser indagado. Era extraño que su intuición le dijese que podría interesar a Muriel, vista su actitud el día en que se conocieron en el paseo marítimo. Pero había algo en él que delataba cierta curiosidad voraz que costaba, no obstante, entrever bajo aquel manto de soberbia.

Quedaron en una cafetería de la calle Granada, bastante amplia. Era perfecta. La mayoría de las mesas estaban vacías. A las cinco.

Fernando Muriel se retrasó siete minutos. Mintió excusándose con el tráfico. En realidad, había venido caminando desde Armengual de la Mota. Pero le costaba ser puntual según para qué cosas. Con instinto práctico, Muriel había evaluado la situación que planteaba aquel encuentro. Y la primera conclusión a la que había llegado era que no se trataba de un encuentro entre *iguales*. Castillo no era investigador y, en consecuencia, no podía discutir con él en pie de igualdad. Eso le había obligado a marcarse límites: no hablaría del caso de Natalia Blanes y no toleraría preguntas que versaran sobre el mismo, ni siquiera tangencialmente. Si algo tenía claro era que no había aceptado reunirse con Castillo sólo para saciar la curiosidad de éste.

No es que Muriel hubiese planeado exactamente llegar tarde, pero de algún modo tenía que demostrarle a aquel médico que jugaba a ser detective dónde residía la jerarquía.

Castillo paladeaba un café irlandés.

—Una manzanilla, por favor —Muriel hizo señas al camarero. Luego tomó

asiento y dijo con gesto de curiosidad —: Bueno, cuénteme.

—Sería mejor que nos tuteáramos… ¿Te parece bien?

Le sorprendió la proposición, y más en aquella coyuntura. No le hacía excesiva gracia y ni siquiera la veía oportuna. No había afinidades entre ellos. Muriel se sentía mucho más cómodo con la distancia implícita en tratarse de usted. Era idónea para aquella desconfianza suya que le obligaba a estar permanentemente en guardia. Sin embargo, no podía decirle que no. Sólo un borde lo hubiese hecho.

—Cómo no —asintió con sequedad.

—¿Has visto a Bernal en estos últimos días?

Muriel tensó los hombros, parpadeando con impaciencia.

—Pues no. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Tampoco has hablado con él?... ¿No se ha puesto en contacto con ninguno de vosotros?

—Llamó a mi jefe, hará dos o tres semanas… —dijo claramente a regañadientes, después de una breve pausa—. No sé muy bien cuándo. ¿Qué es lo que pasa?

—Seguramente nada. Pero ha ocurrido algo raro, que tiene preocupado a uno de sus mejores amigos.

—Se trata de ti, entonces.

Castillo sonrió con despego.

—No, te has equivocado. Aunque yo tampoco estoy lo que se dice tranquilo.

—Vale… has conseguido picarme. ¿Qué es eso tan raro que ha ocurrido?

—Pues que hace días que no aparece por el hotel. Que se ha dejado allí el equipaje, la ropa, todo. Y no contesta el teléfono.

Muriel frunció el ceño. Acto seguido intentó recostarse sobre el respaldo de la silla pero fue inútil: como siempre, era demasiado pequeña, y lo único que consiguió fue quedar por un instante en una posición antinatural, casi grotesca. Así que decidió recobrar su pose inicial.

—Sigue.

Castillo empezó por la llamada de Miguel Gaona. El desconcierto de éste ante un comportamiento que consideraba del todo impropio en Bernal. Luego continuó con su propia impresión de lo sucedido. Conocía a Luis Bernal tanto o más que el locutor. Siempre le había visto como alguien propenso a las ocurrencias. Él opinaba que una persona así podía mostrar a veces una conducta nada previsible. En fin, que no le inquietaba demasiado que se

hubiese ausentado del hotel, sin comunicar cuánto tiempo estaría fuera.

Cuando Castillo terminó de hablar, se produjo un tenso silencio de cinco segundos de duración. Muriel estaba desconcertado. No entendía qué pintaba él allí y, sobre todo, le costaba trabajo centrar su atención en un asunto tan banal en apariencia. ¿Acaso Castillo había pensado que iba a escandalizarse por la «desaparición» de Bernal? Además, las razones que esgrimía el locutor para sentirse alarmado no habían impresionado en absoluto a Muriel. Toda aquella maraña de presunciones pesimistas le parecía completamente exagerada y un tanto histérica. Podía haber sufrido un accidente, es verdad. Podía ser que estuviese en la UCI de un hospital en cualquier provincia de España, o incluso muerto, en el interior de un coche, despeñado por un barranco. Sí, todo eso era posible. Como también lo era que hubiese volado de vuelta a La Haya, por cualquier asunto urgente, que ahora le estuviese reteniendo más tiempo del previsto. Quizá por ese motivo no había avisado a la recepción del hotel de su marcha. Porque pensaba que volvería de inmediato. Luego, los acontecimientos habían hecho que se olvidase por completo. Poniéndose en lo peor, una parte de todo aquello podía haber sucedido evidentemente. Pero no cuadraba en su cabeza la hipótesis de que Bernal pudiese haberse suicidado.

Estaba a punto de compartir sus reflexiones con Castillo, a decirle algo así como «gracias por contármelo, pero no nos concierne a ninguno de los dos lo que haga tu amigo», cuando éste le soltó de sopetón:

—Hace un mes y medio, más o menos, me envió una cinta.

A grandes trazos, Castillo le explicó el contenido.

Esta vez Muriel parecía muy interesado.

Muriel conocía a Esther Monroy. No en persona, pero sabía perfectamente quién era y a lo que se dedicaba. A finales de los ochenta, Monroy había creado CELMOS junto a varios socios más, una agencia de seguridad que daba asesoramiento y servicio a grandes compañías y empresas. Cinco años después de su creación, Monroy se había hecho con el control de la agencia, consiguiendo encaramarse a la cúspide del consejo de administración. CELMOS diseñaba planes de seguridad para las sedes y los directivos y altos ejecutivos, y formaba agentes altamente especializados. Los mejores guardaespaldas del país provenían de su escuela de entrenamiento. La verdadera vocación de Monroy, sin embargo, era la criminología. Se había formado en la Autónoma de Barcelona y luego había completado estudios en

varias universidades estadounidenses, llegando a codearse con los más reputados criminólogos del mundo. Su fascinación por los asesinos en serie y su empeño por intentar descifrar las motivaciones de éstos, la había convertido, pocos años después de doctorarse, en una autoridad en la materia. Sus artículos se habían publicado en las revistas especializadas más importantes. Con gran polémica posterior, en el año 2001 Monroy había publicado El Itinerario del Crimen. El libro se había convertido en un *best seller* instantáneo. En él se formulaban diversas teorías sobre la conducta de tales asesinos. La que más atención suscitó fue la de la Metamorfosis Primaria. Con ella, Monroy, en opinión de algunos y probablemente sin proponérselo, había conseguido poner patas arriba toda la metodología empleada por las Brigadas de Homicidios.

La figura de Monroy se había agigantado en el extranjero, pero en su propio país tenía escaso reconocimiento y en los círculos policiales causaba no pocos recelos. Muchos agentes de Homicidios no querían ni oír hablar de ella. El desprecio era manifiesto dentro de la UCO. Algunos comisarios provinciales incluso habían prohibido que se citaran sus trabajos. En cambio, era una referencia para la mayoría de los investigadores privados del país, pese a que Monroy no había desempeñado jamás ningún «trabajo de campo».

Era bastante lógico pensar que si había un agente de policía dentro (o, en éste caso, fuera) del país que venerase a Monroy, éste no podía ser otro que Bernal. Su encuentro con él la mañana de aquel sábado de enero, había hecho entender a Muriel que se trataba de un personaje nada convencional. Lo que más le sorprendía era lo arriba que había conseguido trepar. Llegado el momento, sabría ser todo lo diplomático que fuese necesario. Le parecía, sin duda, un tío muy listo y con muy pocos remilgos.

Cuando Castillo terminó de explicarse, Muriel trataba por todos los medios de no exteriorizar el enorme interés que le había causado todo aquel episodio. ¿Qué juego era el de la cinta? ¿Qué pintaba Monroy en la abrupta marcha de Bernal?

—¿Y qué quieres que haga yo?—dijo secamente.

—No es mi intención pedirte que hagas nada. Quería que lo supieras. Me interesa saber qué opinas.

—Es un asunto privado. No puedo meterme por medio.

Castillo asintió.

—Luis no tiene que darme explicaciones de adónde va. Pero somos amigos

desde hace muchos años. Comprende que quiera estar seguro de que no le ha ocurrido nada malo.

Muriel pareció titubear. Aún se debía esforzar en mantenerse distante.

—Oficialmente no se puede hacer nada.

—Eso lo entiendo.

—Lo único que se me ocurre es ir al Tryp, a ver lo que averiguo.

—Es más de lo que me esperaba —reconoció Castillo.

—Te lo aviso porque no quiero malentendidos: puede ser que te quedes igual que estás ahora.

—Lo sé…

—¿Y entonces qué harás?

—Irme a casa tranquilamente. ¿Qué otro remedio tengo?

Las pupilas de Muriel taladraron un instante a Castillo. No le parecía el tipo de persona que, con todos sus prejuicios, se había fabricado en la cabeza. Ni una sola pregunta le había formulado hasta el momento sobre la investigación en la que Bernal le había pedido inmiscuirse. Ni un mínimo comentario al respecto. Era realmente sorprendente que no le interesase seguir el caso: estaba desechando la oportunidad de tener información de primera mano. Y ni siquiera había mostrado curiosidad por saber si lo del ciclista había servido a la policía para avanzar un palmo. Además, por lo que él sabía, hasta la fecha había sido un modelo de discreción, dado que su nombre no había aparecido en ningún medio de comunicación ni se tenía el menor indicio de que hubiese filtrado uno solo de los datos a los que tuvo acceso por mediación del agente de Europol.

Parecía de fiar, sí, pero no podía descuidarse.

—Entonces, de acuerdo

—Déjame acompañarte.

Muriel se levantó sin decir nada, fue hacia la barra y pagó las consumiciones. Luego volvió a la mesa.

—Con una condición —dijo, mientras se ponía la cazadora.

Castillo también se levantó.

—¿Cuál?

—Quiero esa cinta—. Muriel alargó la mano, con la palma extendida hacia arriba.

Castillo hurgó en el bolsillo interior de su chaquetón y sacó una de las dos copias que había hecho.

—Por supuesto.

Muriel se la guardó sin justificar con una sola palabra su interés por el contenido. Castillo tampoco le pidió que lo hiciese.

11

En cuanto salieron a la calle, Muriel sorprendió a Castillo proponiéndole dirigirse inmediatamente al hotel. Si tenían que salir de dudas, cuanto antes mejor, arguyó aquél. Castillo casi no podía creerlo. Considerando la hostilidad del subinspector cuando se conocieron, no había sido capaz de prever en ningún momento que reaccionase de aquel modo. Tenía que reconocer que el cambio de actitud de Muriel le había cogido con el paso cambiado. Pero ahora, después de contárselo y hablarle de la cinta, Muriel parecía ser otra persona.

Aunque no había nadie más interesado que él en saber que Luis estaba sano y salvo, por un instante sopesó rechazar el ofrecimiento y tratar de posponer la visita a un día o dos después, alegando que tenía cosas que hacer el resto de la tarde, lo que sin duda era cierto. Sólo gozaba de total libertad hasta las ocho; después de esa hora tendría que inventarse una excusa, debido a la necesidad de ocultarle a Sandra que era Bernal la causa de su tardanza.

Muriel disipó sus dudas. Había calculado sobre la marcha el tiempo que invertiría en dar por zanjada aquella cuestión. Una hora. Tal vez, dos.

Dos horas a lo sumo, y Muriel creía ser capaz de comprobar que no había motivos para la alarma o, en el peor de los casos, podría corroborar las inquietantes sospechas del locutor de Radio Coín. El problema era que, en este segundo supuesto, no contaba con un plan de acción. El asunto se tornaría tan delicado y estresante como colocar en una delgada estantería toda una vajilla de cristal de Bohemia.

Una norma de trabajo de Muriel era tener previsto un plan para cada supuesto al que pudiera enfrentarse.

Pero si existían sólidos indicios de que a Bernal le había sucedido algo —un percance o algo aún más terrible—, no estaba seguro de qué hacer a partir de entonces. Cualquier comunicado o mero contacto con Europol para informarles acerca de uno de sus agentes, podría malinterpretarse. Era probable que la agencia se tomase el asunto como un caso de espionaje. Que, por encima de lo evidente, prevaleciese la enojosa sensación de que uno de sus miembros estaba siendo sometido a vigilancia. Exigirían garantías de que el conocimiento de lo ocurrido había sido fortuito. ¿Qué significaba eso?: investigación interna, informes y, más adelante, nuevos informes. Lo de

siempre: papeleo.

Muriel imaginó por un momento la cara que pondría el comisario al explicarle el asunto. Parece que lo estaba viendo, masajeándose el estómago mientras su rostro se descomponía como si estuviese masticando un tallo de retama. Luego le echaría una de sus famosas broncas, recordándole que ya tenían suficientes problemas que atender como para andar buscándoselos fuera.

De modo que, para salvar el culo, Muriel quizá debiese recurrir a una denuncia anónima.

En la primera parada de taxi que encontraron, Castillo sugirió tomar uno para ganar tiempo. Él no estaba tan seguro de que las averiguaciones de Muriel hubiesen concluido antes de las ocho.

Durante el corto trayecto, permanecieron en silencio. Muriel le daba vueltas en su cabeza a la conducta de Bernal. ¿Qué perseguía entrevistándose con Esther Monroy y dándole a Castillo aquella cinta?

Al bajar del coche, pactaron que Castillo esperaría en el hall de recepción.

Dentro del hotel, Muriel no perdió el tiempo con circunloquios. Fue directamente al grano. Pidió hablar con el gerente y se identificó como agente de policía y *amigo* de Luis Bernal. En el Tryp desconocían absolutamente la situación profesional de Bernal, que había entregado, como era la norma habitual, su DNI al registrarse. Muriel le dijo al gerente que había sabido que hacía días que Bernal no aparecía por el hotel. Como es natural, el gerente preguntó si era un síntoma de que «podía haber ocurrido una desgracia» el hecho de que un policía se personase allí para preguntar por su cliente. Muriel lo negó, recordándole que estaba allí por razón de amistad, y se justificó insistiendo en que hacía días que no le localizaba, que estaba un poco preocupado y que se le había ocurrido que tal vez entre sus cosas podía haber dejado alguna pista de donde se encontraba. Pero que lo más probable era que le hubiese surgido cualquier contratiempo inesperado, obligándole a marchar. «Gajes del oficio», filosofó. Si era capaz de aclararlo subiendo a su habitación, sería bueno para todos, empezando por el hotel, cuya gerencia debería ser la más interesada en despejar cualquier incertidumbre.

Todo fueron facilidades a partir de ese momento. Le dejaron entrar en la habitación en la que Bernal llevaba tres semanas sin dormir y echarle un vistazo a sus pertenencias, acompañado de uno de los recepcionistas. El gerente no creía que hubiese vuelto por el hotel en ese tiempo pero nadie

podía asegurarlo a ciencia cierta. De lo único que estaba seguro era que no había vuelto a deshacer la cama. La habitación no había sido desalojada porque su ocupante había dicho en recepción que se quedaría dos o tres meses más de lo previsto, sin concretar la fecha de su marcha. Ese tiempo todavía no se había cumplido.

En el armario no había más que unas cuantas mudas de ropa interior, cuatro camisas, cuatro trajes y dos cinturones; periódicos de primeros de febrero, un par de revistas y un ordenador portátil. Muriel lo encendió pero, como era de esperar, su contenido estaba protegido por una contraseña.

No encontró anotaciones ni nada escrito a mano.

Desde el sofá estampado en el que se había acomodado, Castillo observó cómo Muriel salía del ascensor y se dirigía a un extremo del mostrador de recepción. Segundos después volvía a hablar con la misma persona que le había acompañado hasta la puerta del ascensor antes de que subiese.

La charla duró un par de minutos.

El subinspector de Homicidios agradeció el trato dispensado y se despidió del gerente sin haberse podido formar una opinión al respecto. Desde luego, aquello no olía nada bien, pero era imposible descartar del todo que Bernal se hubiese esfumado por voluntad propia.

—Vamos. —Hizo un gesto a Castillo.

Muriel salió al exterior seguido del médico. Eran las siete menos cinco.

—Bueno… cuéntame.

—Es difícil de decir. Tiene ahí la ropa y el ordenador… ¿Te dejarías el ordenador en la habitación del hotel si decides marcharte por cierto tiempo?— dijo retóricamente Muriel

—Yo no, desde luego.

—Pues eso.

Comenzaron a caminar despaciosamente, sin rumbo definido.

—A menos que mi primera intención fuese pasar un día o dos fuera — sugirió Castillo.

Muriel asintió, pensativo.

—Tuvo que marcharse a primera hora de la mañana. Según el gerente, hay constancia de que desayunó en el comedor del hotel ese mismo día. La camarera que atendía el buffet recordaba que fue el primero en llegar, justo al abrir el comedor a las ocho menos cuarto. La habitación está completamente ordenada. Si hubiese vuelto después de que las empleadas la hiciesen, no sería

difícil advertirlo.

Castillo dirigió la vista hacia la rotonda que enlazaba la calle con la avenida de Andalucía.

—¿Qué te parece? ¿Es para preocuparse de verdad?

—No tiene muy buena pinta, si quieres que te sea sincero.

Castillo aspiró aire hasta llenarse los pulmones. Luego resopló.

—Cuando escuché esa cinta supe que Bernal iba a volver a las andadas.

Había evitado decir que lo intuía desde el mismo instante en que había abierto el paquete que contenía la cinta. Hubiese parecido demasiado presuntuoso.

Muriel meditó inmediatamente que debería haber analizado la grabación antes de dirigirse al hotel. Sin esa información, no era posible formarse un criterio al respecto.

Pero lo que exteriorizó fue un gesto despectivo.

—Es absurdo. Solo no puede hacer absolutamente nada.

—Quizá tenga acceso a otras fuentes. Esa es la impresión que tengo después de haberla oído.

Muriel no se atrevió a contradecir a Castillo. «Tendría que haber escuchado la puta cinta».

—Tu amigo sabe perfectamente cómo es este trabajo.

—Él no cree en el equipo. Sólo coge lo que le interesa de cada uno, pero siempre va por libre.

De repente, una idea comenzó a planear por la cabeza de Muriel. Era aterradoramente tentadora y excitante. Sin embargo, le asustaba el dejarse dominar por ella… ¿Y si Bernal, ayudado por Monroy, hubiese dado con El Ciclista? La única manera de ir tras El Ciclista era seguir los pasos de Bernal. Pero, dadas las circunstancias, lo que eso significaba era que Bernal estaba muerto. Tuvo miedo de sí mismo cuando detectó en su interior el deseo de que aquella monstruosidad hubiese sucedido realmente. Por un instante se sintió como la mala persona que a veces intuía ser. «¡A la mierda, coño!» No podía permitir que le distrajese esa clase de pensamientos. La idea merecía la pena. Había funcionado como un flash. Una potentísima luz había iluminado una fracción de segundo la mesa donde se desparramaban todas las incógnitas. Tenía que sostenerla y volverla a enfocar. Eso es exactamente lo que haría… seguir el itinerario de Bernal, tratar de hacer las mismas deducciones… Si estuviese en lo cierto, lo tendría tan cerca... Al alcance de la mano. Tenía *una*

oportunidad, rumió Muriel. ¡Era el momento justo! Que la UCO siguiera con su puesta en escena todo el tiempo que le apeteciese. ¿Qué debía hacer él?..., ¿guardar la idea en un cajón, por inmoral, como se hace con los mensajes obscenos? Era la temeraria y estúpida forma de hacer las cosas de Bernal, la única responsable de su desgracia. ¡A la mierda con sus escrúpulos! Él no tenía la culpa de que Bernal se hubiese metido en la boca del lobo.

Sí, Bernal estaba muerto. Tenía que metérselo en la cabeza y mantenerla fría. Tenía que pensar cómo actuar.

Se abstuvo de compartir sus reflexiones con Castillo, aunque, bien pensado, era obvio que Castillo tenía que haber considerado ya esa misma posibilidad.

—Eso pasó a la historia.

—Tú no lo conoces.

—Además, lleva muchos años lejos de Homicidios. Francamente, no creo que sea tan gilipollas —declaró, hipócritamente, Muriel.

Cruzaron al otro lado de la calle por uno de los pasos de cebra que hay en la rotonda.

—¿Qué coño le habrá pasado?

—Ni idea. Puedo enterarme fácilmente si ha salido de Málaga en algún vuelo. Tampoco será un problema saber si ha alquilado un coche. Pero poco más.

—¿Me avisarás si sabes algo?—Castillo ofreció su mano a Muriel en señal de despedida.

—Claro.

Luego Muriel grabó en la agenda de su móvil el número de Castillo y se despidieron.

12

Esa misma noche, Muriel le dedicó un buen rato a la grabación. La idea, forjada a la salida del Tryp, se había asentado completamente en su mente, hasta el punto de haber hecho sobre la marcha toda clase de planes para despejar de «piedras» el camino que se disponía a transitar.

Había adquirido una grabadora en un comercio de la avenida de Andalucía. Estaba ansioso por analizar la conversación y seguro de encontrar en ella una pista sobre el paradero de Bernal. Si Bernal había caído en una trampa, tenía que ser en una tendida por *él* mismo. De modo que la clave estaba en acertar con la *información,* razonó Muriel. Sin embargo, le molestaba que Monroy formase parte de la ecuación. Ella era simplemente una aspirante a estrella que no tenía por qué marcar las pautas a los funcionarios bien entrenados.

Se preparó un vodka con naranja y se encerró en la habitación del ordenador. Hasta dos veces seguidas hizo pasar la cinta, prestando toda la atención de la que fue capaz a su contenido. Su instinto le decía que Castillo se había esmerado ya en hacer lo propio y que ahora se hallaba aguardando que él efectuase un primer movimiento, como si aquello fuese una simbólica y, por lo demás, absurda partida de ajedrez.

Comenzó a imaginar que Castillo tenía lista una primera jugada. Si así era, pronto iba a brindársele la oportunidad para comprobar sus verdaderas habilidades.

Muriel reflexionó un instante. La línea de investigación que había trazado la criminóloga al agente de Europol estaba clarísima: un crimen sin resolver, una o varias desapariciones, un falso culpable… Muriel era uno de los que juzgaba disparatadas todas aquellas teorías de Monroy. Sin embargo, ésa debía de ser la clave para saber qué camino había tomado Bernal y si era en ese trayecto donde se había «perdido». Pero a partir de ahí, ¿qué? Las posibilidades eran infinitas.

Puso un cedé en la bandeja del ordenador. Las expectativas que se había creado un par de horas antes, comenzaban a diluirse del todo.

Se sentía decepcionado, entre otras razones porque la coyuntura era especialmente buena para dedicarle tiempo a asuntos extraoficiales Desde que la UCO había aterrizado en Málaga, todos en el Grupo se sentían parcialmente liberados de obligaciones. Toda la actividad anterior había decrecido, ahora

que no debían ocuparse de los asesinatos de El Ciclista. La racha no había sido mala en las últimas semanas: apenas un par de crímenes rápidamente resueltos.

Se quedó hasta tarde viendo la tele. Sentía la cabeza demasiado despejada y demasiado atiborrada, a la vez, de pensamientos, como para tener sueño. Ale, por el contrario, con el sopor de las medicinas se durmió antes de lo que acostumbraba. Carolina no estaba de humor. En realidad, llevaba tiempo distraída y arisca. Muriel prestó un poco de atención a sus ojos felinos y se dio cuenta de que estaban velados por una preocupación de mayor calado que la fiebre que acababa de tener Ale aquella mañana. Aunque hacía tiempo que no decía nada, Muriel supuso que seguiría afectada por la desaparición de Pablo González, del que aún no se tenía ninguna noticia. Tan a pecho se había tomado el asunto, que había hecho de detective durante unos días. Como es lógico, ella ignoraba que estaba al corriente de su visita a los padres de Pablo. Carolina sólo le había hablado de su ofrecimiento como voluntaria a Atlántida, la asociación que ayudaba en la búsqueda de personas desaparecidas. Había solicitado hacerse socia. Quería echar una mano de la manera que fuese para encontrar al chico. En parte, su marido se sentía aliviado por la oportunidad que le había surgido de estar activa y sentirse útil. El embarazo había llegado muy pronto y, aunque Carolina odiase emplear esa palabra, sin duda había «truncado» algunos de los proyectos profesionales que rondaban por su cabeza antes de la boda. Las oposiciones habían quedado aplazadas, quién sabe si para siempre.

Muriel sintió compasión al contemplarla. Estaba tan guapa como si acabase de arreglarse para salir. La bata de casa de Carolina era de estreno. Fabricada en tejido de raso suavemente brillante, se asemejaba a un kimono por su hechura y su estampado con motivos japoneses. Lástima que el estado de ánimo de Carolina no hiciese demasiado juego con el alegre colorido de la prenda.

Se había hecho a la idea de llevar a efecto de manera inmediata las averiguaciones pertinentes con relación a Bernal, pero un nuevo homicidio centró la atención de la Brigada en los dos días posteriores. Esta vez no se trataba de otra víctima más de El Ciclista. Era un vagabundo, muy conocido en la barriada de Huelin, al que habían encontrado unos transportistas junto a uno de los muros del mercado de abastos, con la cabeza abierta como una sandía y parte de la masa encefálica desparramada por el suelo. Uno de los posibles

autores del crimen se entregó pocas horas después, autoinculpándose, pero el examen del cadáver determinó que se habían usado dos armas de diferente grosor y consistencia. Una de ellas debía de ser un martillo o mazo de hierro y la otra parecía un palo o estaca. Tanto Maribel como Lauri estuvieron buscando posibles testigos del crimen entre los vecinos del lugar, pero nadie había visto ni oído nada fuera de lo común. La mayoría de los habitantes de las casas colindantes a la escena del crimen mencionaron el vocerío habitual con que el muerto, al que apodaban El Colilla, les obsequiaba intermitentemente hasta la una o dos de la madrugada. El escándalo había cesado abruptamente en torno a la una y media. Nadie le concedió al hecho la más mínima importancia.

Ramos, muy ocupado con sus idas y venidas al juzgado en relación al crimen de la viuda de Capuchinos, encargó a Muriel y Goyo el interrogatorio del sospechoso, un albañil en paro de 41 años, que vivía a veinticinco metros del lugar donde se halló el cuerpo. En el interior de la casa, la policía científica había encontrado un jersey con manchas de sangre en uno de los puños y minúsculas salpicaduras de la misma sangre en la puntera de una zapatilla deportiva. La sangre resultó ser del vagabundo. Durante el interrogatorio, Muriel se esforzó en hacer hincapié en las lagunas existentes en la confesión de B. B. M. Según la declaración hecha ante el oficial de guardia en comisaría, la pelea había comenzado tras recriminarle al vagabundo que no dejaba dormir al vecindario con sus gritos. El sospechoso volvía a casa sobre la una, después de haber estado en uno de los bares cercanos. Cuando la víctima «se cagó en sus muertos», B. B. M. entró en casa y salió armado con un bastón grueso, que anteriormente había servido como mango de un azadón. Dijo haberle golpeado hasta que cayó al suelo. No recordaba cuántas veces. Sin saber si lo «había dejado vivo o muerto», volvió a casa, envolvió el bastón en una bolsa de plástico, lo echó en el maletero de su coche y fue hasta un descampado donde lo quemó todo para borrar las huellas. Luego volvió a casa y se acostó, sin que su familia advirtiese lo que había hecho.

En esta ocasión, Muriel tuvo vía libre para dirigir el interrogatorio, sin que tener que soportar la presión de su compañera. Ramos la había designado como responsable en otro homicidio anterior.

—¿Y el martillo?

—¿Qué martillo?

—Usaste también un martillo, ¿no? ¿Dónde lo tiraste?

—Yo no. Le di con el bastón.

—¿Entonces cómo explicas que tenga heridas producidas por un martillo de hierro? La que lo mató, la causó un martillo.

—No sé.

—¿Quién te acompañaba? Alguien estuvo contigo.

El sospechoso titubeó y entrecerró los labios, tratando de esquivar la mirada de Muriel. Hasta para el menos dotado de los investigadores hubiese resultado evidente que luchaba por inventar una excusa.

—Un hombre. Pero yo no lo conozco. No sé quién es.

—¡Venga ya! Cuéntame una de indios. ¡Cómo no vas a saber quién es! ¡Le disteis los dos a la vez y no sabes nada! Apareció el tío por casualidad para echarte una mano, a la una y media de la madrugada.

—Sí. Estaba en el bar con otra gente. Salimos juntos del bar. Él tenía un coche en la puerta. Sacó un martillo o algo parecido del maletero y le dio cuando ya estaba en el suelo. Iría bien cargado. Yo me fui corriendo luego y ya no sé más.

—Comprobaré que fue así. Digo yo que alguien en el bar se acordará de él. Pero tú aclárame una cosa. ¿Y por qué se metió por medio ese tío? ¿Por solidaridad contigo? ¿O es que también le insultó a él?

—Yo no lo sé. Le cabrearía como a mí. Pregúnteselo cuando lo encuentre.

—Vamos a repasarlo todo: salisteis juntos del bar y no le conoces. Eso es perfecto; lo más normal del mundo. Y por eso lo encubres, por eso cargas tú con el marrón. Tú cargas solo con el muerto y a lo mejor ese tío es el único culpable. No me entra en la cabeza. ¿Y a ti?

—Yo me arrepiento de lo que hice. Allá cada cual con lo suyo.

—Tienes cuatro hijos.

Las facciones del sospechoso se crisparon.

—Sí..., ¿qué pasa?

—Viki, la niña, es la más pequeña, con cinco años. Luego está Sergio, con doce. Raúl y Borja tienen dieciséis y diecisiete. Le llevas cuatro años a tu mujer —Muriel terminó de describir el cuadro familiar—. Ninguno se dio cuenta de lo que hiciste, ni siquiera tu mujer. ¿No se despertó con el jaleo que formaste? Entrar y salir… el ruido en la calle.

—No, tiene un sueño muy profundo. No se despierta ni así que haya un terremoto.

—Tus hijos tampoco… ¿Estaban en la casa en ese momento?

—Estaban todos acostados.

—¿Qué número de zapato tienes?

—No sé. El cuarenta o cuarenta y uno. Depende.

—Entonces ¿por qué te pusiste un cuarenta y tres?

—Yo no uso ese número.

—Pues sólo hay dos explicaciones posibles al hecho de que haya sangre del muerto en uno de los zapatos del cuarenta y tres que encontramos en tu casa. O te lo pusiste tú, o tu hijo Borja también participó. Pero si dices que no te lo pusiste, ya sabemos cuál es la respuesta.

B. B. M. se echó a llorar.

Muriel recibió sin demasiado entusiasmo la felicitación de Ramos. Cualquiera hubiera podido llegar hasta donde él, porque el desenlace estaba cantado. Demasiado evidente todo: la sangre de la zapatilla deportiva situaba al hijo mayor del sospechoso en la escena del crimen. No obstante, Ramos estaba muy satisfecho por cómo había enfocado el interrogatorio.

Más tarde se sabría que el sospechoso no había participado en la agresión y que los autores materiales del asesinato habían sido sus dos hijos mayores, que volvían un poco bebidos de una fiesta y se toparon con el vagabundo justo antes de entrar en casa. «Queremos dormir, hijo de puta. Como no te la hayas pirado de aquí en dos segundos, te matamos»—le espetó el mayor de los dos, al ver que estaba hablando solo en voz alta. El Colilla no les hizo caso. Entraron en casa, se armaron con el bastón y el martillo y se abalanzaron sobre él. Su padre se despertó con el jaleo que organizaron dentro de la casa y salió a la calle tras ellos, pero llegó tarde. El vagabundo yacía en el suelo con la cabeza destrozada. Entonces, tras empujar a sus hijos a la casa, se deshizo de ambas armas y de la ropa que llevaban. Pero su conciencia no podía soportar la carga. Su única salida era confesarse culpable.

El jersey manchado de sangre era suyo. La transferencia de la sangre del vagabundo al puño de una de las mangas se había producido al tocar el cadáver para tratar de comprobar si aún vivía.

Una vez concluidas las diligencias policiales, Muriel se dedicó un poco más en serio a indagar la aparente desaparición de Bernal y cotejó las listas de pasajeros de los vuelos que habían salido de Málaga entre el nueve y el diez de febrero. En ninguna figuraba el nombre de Luis Bernal Sarabia. Tampoco encontró su nombre en las reservas hechas para el AVE, aunque no se podía descartar del todo que hubiese comprado el billete en la misma estación

o en otro lugar autorizado para la venta directa.

Igual resultado obtuvo en las casas de alquiler de coches.

¿Quería eso decir que Bernal no había salido de Málaga o de sus cercanías?

Durante toda la tarde del jueves estuvo pensando en ello. Y el viernes, sin haber podido llegar a ninguna conclusión esperanzadora, se tuvo noticia del mensaje. Uno de los agentes de la Unidad de Personas Desaparecidas se lo había trascrito en papel junto al expediente del caso. Le advertían también con una nota escrita en mayúsculas y enmarcada con doble signo de admiración que, desde el juzgado que llevaba el caso, se había decretado el secreto de las actuaciones.

El resto de la mañana, Muriel meditó sobre lo que se disponía a hacer. Una filtración a la prensa, o incluso un simple desliz, podría dar lugar a una investigación interna y una sanción, o —lo que era todavía peor— a una denuncia en los juzgados. Era lo único que le hacía falta en esos momentos. Pero Carolina sabía de las consecuencias: conocía el Derecho; era abogada.

Si no fuese tan testaruda… Tenía que haberse olvidado ya de todo aquel asunto y estar centrada en las oposiciones.

Muriel se lamentó de su debilidad: Carolina se lo había hecho prometer. No podía darle excusas. Sólo le quedaba el recurso de advertirle que el material que le entregaba era altamente explosivo. Tal vez se asustase, discurrió esperanzado. Y eso le hiciese cambiar de opinión. Pero lo dudaba. Especialmente ahora que había surgido una pista que podía cambiarlo todo.

A mediodía, Muriel se lo contó a su mujer.

13

Carolina Granados tenía muy poco que perder llevando a cabo aquel *trabajo*. Fernando no iba a inmiscuirse, siempre que no hiciese demasiadas tonterías; Javier y Amanda sólo podrían sentir gratitud si la suerte decidía acompañarla (quería pensar que así eran las cosas, realmente); y al estirado de Villalobos, que la había tratado con el desprecio a veces sutil de la soberbia, ella estaba segura de que le importaba un bledo lo que pudiese remover, con tal de no dejarlo en ridículo. (A Villalobos nunca se le pasaría por la imaginación la idea de que ella fuese a resolver alguno de los enigmas que rodeaban la desaparición de Pablo, y ni tan solo que se le ocurriese intentarlo.) Y si fracasaba, no tendría que rendir cuentas a nadie, porque *pasaría* por sus vidas y acontecimientos como un fantasma, al que no podrían *ver* ni juzgar.

Lo más importante era que estaba dispuesta a intentarlo. Lo deseaba de todo corazón.

Eran unos argumentos lo suficientemente sólidos, discurría ella, como para animarla a dar el siguiente paso. Pero Carolina no sabía muy bien cuál podría ser ése. Sólo una cosa era cierta: cada minuto que pensaba en ello servía para acrecentar en su interior la sospecha de que Pablo podía haber sido víctima de una emboscada. De quién y por qué, no tenía, claro estaba, ni la más remota idea.

Cada mañana, tras dejar a Ale en la guardería, revisaba los hechos y meditaba sobre lo ocurrido. La única pista medianamente interesante era el trayecto recorrido por Pablo en el autobús de la línea catorce. La testigo que lo había reconocido declaró que lo vio subirse en el trayecto de ida, lo que significaba que había tomado el autobús en la Alameda Principal. Para qué y por qué, era un enigma. Sus padres no tenían ni la más remota idea de adónde pensaba ir en aquella dirección. La policía seguía creyendo que lo había tomado al azar, con la ofuscación del momento, que se había bajado en una de las últimas paradas y que probablemente se había dirigido a una gasolinera para intentar subirse a un trailer. Pero, por más esfuerzos que habían puesto en encontrar a quien pudiese haberlo dejado subir a su vehículo, los llamamientos al respecto habían resultado infructuosos por completo. En opinión de Villalobos, esa circunstancia no invalidaba en absoluto la hipótesis, pues

Pablo podía haber contado con la complicidad de su colaborador en la fuga inventándose una historia de infelicidad, maltrato, e incluso abusos sexuales en el hogar. Otros adolescentes habían hecho lo mismo, en general con bastante éxito.

Para los investigadores de la Unidad, el SMS enviado por Pablo la misma noche de su desaparición era otra evidencia clara de que quería hallar «nuevos horizontes». Había sido analizado y su estilo coincidía con el usado por el chico al comunicarse con sus amigos.

Que el SMS reforzaba la idea de Villalobos era algo bastante irrefutable, tenía que admitirlo. Porque con relación al escueto mensaje a Punto Radio, una comunicación de ocho palabras, efectuada «con voz masculina» desde una cabina de teléfonos de Miraflores de Los Ángeles, una barriada del nordeste de Málaga, Carolina no sabía bien qué pensar. Carecía de una formación específica al respecto, aun cuando se había preocupado de consultar un par de textos de criminología.

Aquella llamada a la emisora de radio había puesto nerviosos a los miembros de la Unidad de Personas Desaparecidas. Mucho más aún a Amanda y Javier. Ellos estaban desolados. Villalobos les había asegurado, no obstante, que ese tipo de llamadas resultaban falsas en un 99,99%. Que se trataba de sádicos y perturbados que no tenían nada que ver con lo sucedido. Pero el comisario tuvo que ordenar una batida para descartar que el cadáver de Pablo se hallase en las inmediaciones de la desembocadura del Guadalhorce, oculto en uno de los muchos cañaverales que había en el tramo final del río. Para alivio de todos, la operación había obtenido un resultado negativo.

Hacía mucho tiempo que Carolina no había estado sola un sábado. Tanto, que no recordaba cuándo fue la última vez. Pero su madre había insistido en que le dejase al niño el viernes y Fernando había tomado el AVE a última hora de la tarde para ir a Madrid. A la mañana siguiente tenía que asistir a un curso en la Universidad Complutense. A ello se unía que el preparador les había dado descanso todo el fin de semana y que no había prevista ninguna reunión familiar.

Como otras mañanas, alrededor de las nueve y media, se puso al volante del Smart y comenzó a conducir sin rumbo, con la esperanza de que se le ocurriera una idea. Pero enseguida supo que era incapaz de concentrarse. Y Ale volvió a aparecer.

El pensamiento de Carolina rara vez se desviaba de su pequeño.

Evidentemente no sólo pensaba en él: estaban su marido, las oposiciones al cuerpo de subinspectores de Hacienda, las manías de su madre, su padre empeñándose en conducir con la media ceguera que le había dejado la diabetes. Sus hermanos Diego y Paloma viviendo sus respectivas tragicomedias (Paloma salía ahora con un tío trajeado que le llevaba catorce años, y Diego estaba a punto de abandonar medicina en el segundo curso y ponerse a trabajar para una ONG que operaba en el Extremo Oriente). También, por supuesto, Pablito ausente, y Javier González y Amanda mirando hacia la calle por la cristalera del ventanal de su piso, con la (¿vana?) esperanza de verlo aparecer en cualquier instante. Pero en la batidora que era su cabeza, el único pensamiento omnipresente era Alejandro, que rebotaba contra todos los demás, saltando de lado a lado como una bola de billar. Alejandro era tan vulnerable que su madre no podía quitarse de la cabeza la idea de que alguna vez estaría en peligro, pues un día no podría protegerlo, como Amanda y Javier no pudieron proteger a Pablo. Después de todo, un chico de dieciséis años se había esfumado dos meses atrás y la sociedad no parecía estremecerse de pavor.

Por la cabeza de Carolina también planeaba a menudo la idea de volver a visitar a aquellos padres. Aunque fuese sólo para confortarlos con su presencia. Pero… ¿qué decirles acerca de su hijo? Se vería obligada a permanecer muda todo el rato que estuviese a su lado, pues se sentía incapaz de volver a mentirles con tal de darles ánimo. Cuanto más tiempo transcurría sin noticias del joven Pablo, más cundía el pesimismo en su razón. Carolina tenía que ser objetiva, no podía dejarse llevar por los mismos impulsos que Javier y Amanda. Y, en aras de la objetividad, la razón le dictaba luctuosos mensajes en contra del ansiado final feliz que todos esperaban, incluida la policía.

¿Qué podía estar haciendo Pablo, sin ropa ni recursos, tanto tiempo lejos del hogar? ¿Por qué habría roto del todo con sus amigos y conocidos? ¿Por qué no les había llamado, al menos una vez desde aquel día? ¿Por qué ni siquiera se había puesto en contacto con Sonia Román, la chica que tanto le gustaba? Eran demasiadas preguntas con una inquietante falta de respuestas. Nada de aquello tenía lógica. Dijeran lo que dijeran sus padres, no era fácil admitir que un crío que goza de todas las comodidades que puede ofrecerle una familia de clase media se *pierda* durante dos meses por una discusión tonta.

Ella les comprendía. Intentaba ponerse en su pellejo y se hacía perfectamente cargo de que se aferrasen a un clavo ardiendo antes que aceptar que…

A diferencia de ellos, Carolina barajaba todas las opciones y, desde esa óptica, había hecho durante los últimos veintidós días todos los esfuerzos posibles para dar con una pista. Y no sólo eran esfuerzos mentales. Había tomado el autobús de la línea catorce y se había detenido en cada una de sus paradas. Le había mostrado la foto de Pablo a los quiosqueros cuyos negocios bordeaban las paradas. Las tiendas más cercanas a las mismas habían sido visitadas una a una. Lo propietarios de la mayoría de ellas ya habían recibido la visita de la policía para preguntarles acerca de Pablo. En ninguna recordaban haber visto en la tarde noche del diecinueve de noviembre a un chico de unos dieciséis años vestido con una cazadora roja. Si lo que había relatado aquella viajera era verdad, Pablo González había tomado el autobús, pero al bajarse debía de haber continuado a pie sin detenerse.

Cansada de dar vueltas, Carolina detuvo el coche en una de las anchas calles de la barriada Parque Mediterráneo y decidió dar un paseo. La mañana era espléndida. Al poco, casi sin darse cuenta, accedió al paseo marítimo. Mientras caminaba sin separar la vista del liso mar azul, lo comprendió, y la vergüenza le hizo ruborizarse: nunca se le ocurriría nada que sirviese para dar con Pablo. Nunca. No tenía ningún sentido seguir perdiendo miserablemente el tiempo.

¿Cómo había podido ser tan ilusa?

Se apoyó sobre el muro, sin sentarse del todo. El mar, la mañana luminosa y calma de sábado, toda aquella gente paseando…

Carolina recordó. Y entonces tuvo una idea.

¿Qué podía perder poniéndola en práctica?

14

La punta del bolígrafo Sheaffer dejó un trazo pringoso por el borde y, a intervalos, pálido por el centro. Un desagradable cosquilleo se le instaló en el estómago. Gabriel Ramos sabía bien qué significaba eso: alguien había cogido sin permiso su precioso bolígrafo con baño de oro blanco y se le había caído al suelo. ¡Y sólo lo había dejado diez minutos en la mesa! ¡Maldita sea! Estaba visto que no podía dejar nada al alcance de aquellos inútiles irresponsables. ¡Nada!

Y eso que, al acabar el día, invariable y metódicamente, volvía a introducirlo en el estuche que guardaba en el primer cajón de su escritorio, cerrándolo a continuación con una llave que iba a parar al diminuto bolsillo monedero de su pantalón.

Apretó los dientes con rabia. Tendría que cambiar la carga y costearla de su bolsillo, claro, puesto que El Anencéfalo, el primero en la lista de sospechosos, se declararía inocente.

Tras examinar minuciosamente el «cuerpo» del instrumento en busca de abolladuras, fantaseó con la idea de dos cables pelados unidos a los testículos de Goyo, que sostenía *su* bolígrafo en la mano. El enchufe… ¡Zas!... Ummm. *Su* bolígrafo rodaba por el suelo con la descarga.

La sonrisa tardó en desvanecerse de los labios de Ramos.

—Quiero hablar contigo.

El inspector volvió la cabeza al oír la voz de Muriel y miró muy hacia arriba.

Había bastante jaleo en el pasillo exterior, aunque en la sala se respiraba una relativa tranquilidad aquella mañana.

—¿Has sido tú, el que ha cogido mi bolígrafo?—dijo tras girar del todo la silla con un golpe de riñón.

—¿Yo?—Muriel parecía estar de veras sorprendido—¿Cómo cojones voy a habértelo cogido yo? ¡Si llevo cuatro días sin aparecer por aquí!

—Bueno, da lo mismo —Ramos comenzó a voltear el bolígrafo entre los dedos, como si fuese un naipe—. Ya lo cogeré…

—¿Tienes un momento?

—Claro. Dime.

Muriel cogió una silla del escritorio más cercano, se dejó caer y empleó el

codo derecho para apuntalar su interminable tronco contra la mesa. Luego le dijo a Ramos que existía la posibilidad cierta de que Bernal hubiese desaparecido. Le puso al corriente del papel que Castillo había jugado en «su» descubrimiento, y lo concerniente a la cinta. Ramos le escuchó con interés, sin interrumpirle.

—¿Has llamado a la madre de Natalia? Quizá ella sepa algo.

—¿Por quién me tomas? Claro que la he llamado. Dos veces. Me ha asegurado que no sabe nada de Bernal desde últimos de enero. Dice que la llamó para explicarle lo del ciclista. Que le dijo que un buen amigo suyo estaba metido en la investigación y que *pronto* podía haber resultados.

Ramos sonrió.

—A ver, suéltalo ya.

—Quiero que me dejes investigarlo —declaró tranquila y resueltamente Muriel, sujetándose la barbilla con la mano izquierda.

—¿Cómo dices?—Ramos echó el cuerpo hacia delante.

—Lo que has oído —Muriel enderezó el cuerpo y entrelazó los dedos de ambas manos.

Esta vez Ramos se puso serio.

—¿Oficialmente? Tú estás mal de la cabeza, coño.

Muriel sacudió la cabeza que Ramos había vituperado, la suya.

—Déjame explicártelo. Yo había pensado…

—¿Es que no sabes cuál es tu Brigada?—le interrumpió Ramos elevando la voz.

—Óyeme por una vez en tu vida.

—Habla con Villalobos.

Muriel se incorporó de un salto, visiblemente enfadado.

—¿Te das cuenta —comenzó a gritar— de que podía haber hecho las cosas sin pedirte permiso?—Luego se contuvo un instante, al percatarse de que había gente en la oficina con la oreja puesta—… Atiéndeme, Gaby, joder —bajó la voz—. Atiende lo que voy a decirte y luego tomas la decisión que quieras.

Ramos se echó hacia atrás, resignado.

—Habla.

—Primero hablemos de Bernal… Supongo que eres consciente de que ha podido jodernos a base de bien. Desde que vino a Málaga, no ha hecho otra cosa que indagar por su cuenta. Sería un milagro que no haya levantado la liebre. ¡Joder, se veía venir desde el primer día! Lo sabes tan bien como yo. Y

has hecho la vista gorda. Tú estabas al tanto… sabías que había estado acosando a Álvaro… y puede que a más gente. Ha entrado en nuestras bases de datos; aunque tal vez no él directamente. El caso es que ha conseguido que le autoricen una búsqueda. No me lo niegues, ¿quieres? ¡Coño, el tío conoce el sistema a la perfección!—los dientes de Muriel rechinaron—. Nos ha puenteado con toda la cara. No quería exponerse a que le boicoteáramos el invento. Y tú no has sido capaz de decir una sola palabra; te lo has callado incluso cuando hemos estado los dos hablando de él. Por lo menos, haz el favor de reconocérmelo: Bernal podía perfectamente meter la pata, y has vuelto la cara para mirar a otro lado. Óyeme, yo lo entiendo, sé que tú no estás por encima de la política como lo estoy yo, que tienes otras responsabilidades y… —aceleró las palabras— que a veces tienes que ser diplomático aunque no te guste. Pero ahora la situación ha cambiado. La UCO nos ha desplazado del caso. Ahora es suyo y nosotros sólo estamos en la intendencia. En parte, hemos recobrado cierta libertad de acción. ¡Saquémosle partido, joder!—bramó entre dientes—. Puede que ahora tengamos una oportunidad, —se frotó la nariz y una repentina cautela se hizo presente en la entonación de sus siguientes palabras—, aunque mínima, eso es verdad. Plantéate esto un momento: ¿Y si Bernal hubiese dado con El Ciclista? No paro de pensar que ésa sea la razón de que haya desaparecido. Sí, ríete si quieres —Ramos le miraba muy serio, en lugar de reírse—. Le he dado mil vueltas al asunto. Poco menos de un mes después de visitar a Monroy, fue cuando estuvo por última vez en su habitación. Eso es mucho tiempo para un tío que tiene todo el día libre. Ha podido rastrear en nuestro programa a través de Europol. Todos los registros de casos sin resolver están en él. Quizá ha tenido suerte —Muriel dejó escapar una sonrisa irónica considerando cuál era, en tal caso, la «suerte» de Bernal— y ha acertado a la primera… Me digo a mí mismo desde hace unos días que, para él, empezar por un sitio u otro ha sido como elegir una carta de la baraja. Sólo quiero hacer lo mismo. Intentarlo por lo menos. Por supuesto, extraoficialmente. Pero no me gustaba la idea de hacerlo a tus espaldas…

El Sheaffer rodó tímidamente sobre la mesa.

—Vaya con Fernandito. Me cago en la puta, te has quedado a gusto poniéndome de ropa pascua. ¡Pues claro que lo he dejado que meta las narices!—Ramos siseó aposta; los ojos le echaban chispas—. Bernal es policía y sabe cuál es su sitio y cuál el nuestro. ¿Por qué tendría que perder el

tiempo controlando sus movimientos?... Tienes muchísima imaginación, Fernando —admitió, rascándose las entradas con ambas manos—. Y a mí me gusta que mi gente tenga imaginación—. Luego, se le quedó mirando con sus ojos azules durante unos segundos y se puso en pie—. Pero lo que te has montado en la cabeza no es más que una película. Primera cosa: aún no se tiene certeza de que Bernal haya desaparecido. Segunda cosa: de haberle sucedido algo, nunca se me ocurriría pensar que Monroy ha tenido la culpa. Las teorías de Monroy no tienen ni pies ni cabeza. Son modelos experimentales de conducta, ideados sin base ni proyección.

—No te lo discuto en absoluto. Esto es como aquel tío al que dieron un palo de golf y una pelota, y de tan mal que le dio hizo un *eagle*.

La boca de Ramos volvió a formar una cubeta.

—Un acierto que se da una vez entre un millón…Tercera cosa, Fernando: tú obligación es compartir con la UCO esa preocupación…

Muriel hizo un gesto despectivo.

—Una de dos —extendió el índice y el corazón de su mano derecha—, y ninguna es buena…: me tomarían por idiota o pensarían que estoy buscando un poco de protagonismo. Además, sabes de sobra que no podemos dar oficialmente por desaparecido a un agente de otro cuerpo sin que nos pongan bajo sospecha de espionaje. Eso sí que podría costarnos caro a todos. Tendríamos que esperar a que Europol se dirigiera a nosotros para comunicarnos que no son capaces de localizarle —concluyó. Muriel estaba íntimamente encantado con aquella afortunada circunstancia. Era más elocuente que cualquier palabra que pudiese pronunciar. Y Gabriel lo sabía.

—Cuarta cosa —prosiguió Ramos, como si no le hubiese escuchado—: es peligroso montar una investigación paralela a la de la UCO. Si esto sale a la luz, me pondrías en un aprieto.

—Perdona que no esté de acuerdo. Piénsalo bien: esto no sería una *investigación paralela*. No tiene nada que ver a los efectos de coincidencia o incompatibilidad. Simplemente serían unas pesquisas para averiguar el paradero de alguien que «no está relacionado» con los asesinatos. Dame dos semanas y lo comprobarás.

—Estás loco por resolver el caso. Desde que encontraste el hacha, tu cabeza no ha parado ni un instante.

Muriel admitió para sí que Ramos tenía toda la razón a ese respecto. Le delataba la pasión que había puesto desde un principio.

—Creo que merece la pena intentarlo.

—De acuerdo. Adelante. Tienes dos semanas. Pero no podrás llevarte a nadie contigo. Y si metes la pata, yo no sé nada. ¿Lo entiendes?

—No quiero llevarme a nadie —dijo con aire despectivo Muriel.

—Te he preguntado si lo entiendes.

—Perfectamente… Por cierto… ¿cómo te va con Caldas?

Ramos se trituró los dientes del apretón.

—Perfectamente, hijo de puta.

15

Como Fernando Muriel suponía, las dos semanas «libres» que le había dado Ramos de plazo estaban sujetas a ciertas condiciones. El trabajo burocrático se llevaría a cabo con normalidad y sin retrasos. Eso le obligaba a ir todos los días a comisaría. Por lo común, con dedicarle una hora bastaba. Madrugando un poco, podía estar libre a eso de las nueve de la mañana. El mayor inconveniente era que algunas tardes se veía obligado a volver a su mesa de trabajo para pasar cosas al programa.

Pero contaba con siete horas diarias de media. Y el instinto le decía a Muriel que no tendría que buscar muy lejos, que ese radio imaginario en el que podía vivir el asesino, y que Monroy había sugerido, era el típico recurso de «la apuesta segura». Las circunstancias específicas de los dos últimos casos significaban para él que la solución al enigma tenía que estar muy cerca, probablemente en el mismo corazón de la ciudad.

Ramos se fabricó una historia en la que encajar el alejamiento temporal de Muriel. Para el resto del Grupo, Muriel estaba llevando a cabo un trabajo de documentación del crimen de Torremolinos, por si la UCO soltaba el testigo en menos tiempo del previsto. Tendrían que unirlo a los otros, puesto que la comisaría de Torremolinos había renunciado a ir más allá de lo que ya se había hecho en su momento. Ramos les dijo que se fiaba más de sus propios recursos y que ya habría tiempo de comparar los resultados. Se trataba de hacer fotos y tomar nuevas declaraciones. Muriel elaboraría nuevos informes con todo ese material. Si se descubría finalmente el pastel, por la vuelta del caso al Grupo (alguien preguntaría por aquellos informes y fotos), Ramos tenía pensado justificarse diciéndoles que no tuvo otro remedio que transigir con la propuesta de su subordinado de indagar la sugerencia que Monroy había deslizado en la cinta, mientras la UCO hacía el trabajo que había venido a hacer.

No sin esfuerzo, Muriel había conseguido arrancar a su jefe un compromiso: si encontraba una pista fiable, le daría carta libre para mantener su status otras dos semanas como mínimo. Y no pondrían al corriente a Villalobos ni a nadie del equipo de lo que había estado haciendo, en el hipotético caso de que, por una iniciativa de la misma Europol, la desaparición de Bernal saltase a los medios de comunicación. Ramos no las tenía todas consigo, temía que la

maniobra acabase por salir a la luz y que unos posibles malentendidos deteriorasen su relación con Villalobos. Y, sobre todo, que el comisario provincial les utilizase como chivos expiatorios ante la Dirección General, si le exigían «cobrar pieza» para contentar a Europol.

Pero, a medida que meditaba sobre aquel propósito, en el interior de Muriel comenzaba a solidificarse una consideración que hubiese rechazado de plano meses atrás: un único punto de vista limitaba las posibilidades de acertar en el análisis. Un único punto de vista proyectaría los prejuicios y ansiedades de esa persona. Muriel no podría apartar de sí sus prejuicios porque no sabía cuáles eran. Fracasaría. Le entró vértigo y sintió que no era capaz ni de establecer un programa de trabajo sin la ayuda de quien le había tutelado durante cinco años.

El peor de sus insomnios había reaparecido y desbaratado su descanso las dos primeras noches. A eso de las dos y media, se levantaba sin despertar a Caro y se quedaba en el comedor una o dos horas, con las luces apagadas. Entre los haces blancos y rayados que liftaban muebles y paredes a través de las persianas entreabiertas, se producía un pequeño milagro: una extraña lucidez invadía su cabeza. Las ideas aparecían y luego se esfumaban. Algunas conseguían que se sintiese orgulloso y animado, pero más tarde se abandonaba a su pesimismo anterior: era como si nunca consiguiese definirlas por completo para que pudiesen guiarle. Así, finalmente agotado, el cansancio le llevaba de vuelta a la cama.

El lunes trataría de empezar, pero no sabía por dónde. ¡Joder, qué fácil parecía al principio y qué complicado era cuando se trataba de tomar las decisiones *correctas*!

Hizo muy buen tiempo durante el fin de semana. Para variar su costumbre, el mes de abril se había presentado esta vez con unas credenciales de días rasos y serenos. El sábado por la mañana, Carolina, que mostraba una especial inclinación por hacer las cosas fuera de su tiempo lógico, le arrastró hasta la playa de La Cala del Moral. Ahora que Ale estaba dando sus primeros pasos necesitaba, le dijo, que el niño campase a sus anchas por donde no pudiese hacerse daño. Estaba contenta, como si todas las preocupaciones que la habían acuciado los cuatro últimos meses se hubiesen disipado totalemente, como si todos los problemas se hubiesen resuelto de golpe. Hacía tiempo que no la veía así. Estuvieron riendo a cuenta de alguna de las anécdotas que había vivido cuando trabajaba en la Agencia Tributaria. Carolina tenía una risa

pequeña, irónica e increíblemente contagiosa, que estalló definitivamente al rememorar lo que le había contado Antonio, uno de los conserjes del edificio, que tenía todo el desparpajo del barrio del Perchel: el parto que le trajo al mundo había sido tan difícil que el médico se había tenido que emplear a fondo con el fórceps. Con tan mala suerte que, al tirar, se le había hecho la cabeza un ocho. La carita se le había quedado como si se la hubiese pisado una vaca. «Esto no tiene arreglo. Pídanle a Dios que se muera», había sentenciado el médico al ver el estropicio. Pero, mira por dónde que la abuela de Antonio, una mujer de mucho espíritu que estaba harta de amasar pan y modelar tortas, apiadada de la criatura, se arremanga el vestido y se pone inmediatamente a la tarea de enderezársela, y allí mismo comienza a darle vueltas como si la cara fuese la masa de una de las galletas que hacía por navidad.

El cambio de humor de Carolina contagió a Muriel. Suponía un inesperado y agradable contrapeso a su propia situación anímica. Pero el agua estaba demasiado fría y no llegaron a bañarse.

Al fin, el lunes, con el calor en la garganta del segundo café consecutivo, puso la mente en blanco para tratar de clarificar las cosas.

Lo primero que entendió fue que sus prejuicios con respecto a Monroy deberían ser aparcados. Tenía que esforzarse en ello. Si pensaba como Ramos, no avanzaría. Estaba obligado a creer a pies juntillas que, aunque fuese casualmente, Monroy le había señalado el camino correcto a Bernal y que, sin experimentar ninguna clase de dudas, éste lo había tomado. ¿Qué camino era ése? Evidentemente tenía que ser antes de 2004. Un año antes, dos a lo sumo. Un sujeto con esa clase de compulsión no está demasiado tiempo inactivo. El asesino podía haberse instalado por esas fechas en la ciudad, después de cometer sus crímenes en otros lugares. Su forma de actuar sugería cierta práctica. Ahora se daba cuenta de que había una *exactitud* en los crímenes, impropia de un individuo que acaba de «iniciarse» en matar. Era por esa curiosa homogeneidad presente en los asesinatos, por lo que había sentido tanta inquietud. Sí. Eran lineales, perfectos. Como si el tipo que los cometió no hubiese hecho otra cosa en la vida. Y eso era muy extraño. La emboscada, por ejemplo, que le había tendido a su *segunda* víctima denotaba una *confianza* ciega en sí mismo. Sin titubeos. Resultaba monstruoso siquiera imaginar que un ser humano aunase esa clase de frialdad y precisión sin necesidad de pasar por un «aprendizaje». Monstruoso, caviló Muriel.

Muchos de los peores asesinos en serie son nómadas o cambian frecuentemente de domicilio para dificultar la labor de los investigadores. Pero este individuo debía de tener cierto arraigo. Su forma de hacer las cosas no era la de un tío que conduce un camión o una autocaravana a lo largo del país, eso estaba claro.

La lista con los nombres de las personas desaparecidas y los asesinatos entre 2002 y 2004 en la ciudad y sus alrededores no era muy larga. «Un falso culpable»… La idea le parecía un eco que no cesaba de escucharse en lo más profundo de su cerebro. Tony King, evidentemente no lo era. Había confesado los crímenes de Sonia Carabantes y Rocío Wanninkoff. Los falsos culpables dan muy bien en el cine y en la literatura pero son muy raros en la vida real, al menos en esta clase de delitos, murmuró para sí Muriel. Si admitiese lo contrario, estaría diciendo que la policía era incompetente. Y no era verdad. Muriel repasó los nombres uno a uno. Tenía que mentalizarse y tomar decisiones sin respetar los procedimientos: tenía que arriesgar eligiendo; no contaba con tiempo ni medios para hacer «bien» las cosas. Un hombre de sesenta y tres años y una mujer de cincuenta y siete, desaparecidos en ese intervalo de tiempo, fueron automáticamente descartados. Encontró mucho más interesante el expediente de una mujer de treinta y dos, L. Hatcher, de nacionalidad británica, que había desaparecido en Fuengirola en septiembre de 2002. Se centró en él. Recordaba por encima el hecho: una mañana de mediados de octubre, se había formado cierto revuelo en comisaría debido a una llamada de la policía londinense. Nadie de los que estaban allí hablaba inglés con soltura. Finalmente, tuvo que avisarse a un agente que trabajaba en Delitos Informáticos, que estaba en la segunda planta. La llamada fue retenida entretanto gracias a la «intervención» de Goyo, que despachó el encargo, entre el jolgorio general, con los *sorry*, *please* y *i don't know* aprendidos en las contraportadas y créditos de sus discos de rap.

El caso había tenido una repercusión mínima en los medios de comunicación, pues no estaba nada claro que escondiese un hecho delictivo. Más bien tenía algunos de los ingredientes que hacían pensar en una desaparición voluntaria. Puesto que carecía de familia en España, se le había dado por desaparecida por una denuncia en Scotland Yard de sus parientes en Gran Bretaña, que llevaban un mes sin saber nada de su paradero. No contestaba al teléfono. Los agentes británicos habían alertado a la policía española, que había llevado a cabo una investigación rutinaria. Se forzó la

entrada de su apartamento. No había rastros de violencia en el interior del mismo. Aunque tampoco fue posible hallar ningún indicio que permitiese concluir que la prolongada ausencia de L. Hatcher de su vivienda se hubiese producido por propia decisión: demasiadas cosas no encajaban. Sus cuentas (una en Barclays y otra en el Santander) no habían registrado movimientos «especiales» en los días previos y no se había extraído cantidad alguna desde cajeros automáticos en los días posteriores. Tampoco se habían efectuado pagos con sus tarjetas de crédito desde el último día en que se tenían noticias de ella. Y ninguna de las cuentas había sido cancelada un año después, lo que constituía una señal de lo más preocupante (si bien era cierto que las cantidades de dinero depositadas en ambas en el momento de la desaparición eran muy pequeñas, pues no alcanzaban en conjunto los trescientos euros). Además, los armarios estaban repletos de su ropa. Sin embargo, no había una sola maleta en el piso, así que era imposible saber si había cogido unas cuantas prendas para marcharse, dejando allí el resto. Por lo demás, todo estaba en orden.

Se buscó su coche —un Ford Fiesta azul marino con matrícula de Málaga— por todas las calles y urbanizaciones de la ciudad y se indagó en los parking de pago pero no había rastro de él. Algunos de sus vecinos aseguraron que solía dejarlo estacionado en las inmediaciones del edificio.

Todo fue en vano. Cinco años después, su paradero seguía siendo un misterio.

Muriel buscó su foto entre los folios de la carpeta. A continuación se introdujo en el programa. Había más fotos. Le dio al zoom pero la imagen se emborronó un poco y perdió detalle. En estas cosas, los detalles importaban mucho. Redujo el tamaño y la contempló con detenimiento. Físicamente, no se parecía en nada a las otras. Ésta tenía la cara redonda y ancha, la cara de una mujer obesa. Pero era bastante guapa: sus labios eran carnosos y bien proporcionados, las mejillas y la nariz estaban salpicadas de pecas, y tenía unos ojos de regular tamaño aunque atractivos. Repasó la documentación: medía uno sesenta y tres y pesaba alrededor de ochenta y cinco kilos. A su llegada a España, había desempeñado un puesto de comercial en una de las muchas empresas especializadas en el negocio de multipropiedad que habían surgido como setas a lo largo de la costa a partir de la segunda mitad de los noventa. Pero, en agosto del año 2000, la empresa se había visto envuelta en un escándalo de varias demandas por estafa. El negocio había cesado debido a

la intervención judicial y todos los empleados se habían quedado en la calle, sin tan siquiera haber sido despedidos. L. Hatcher se había dedicado a partir de entonces a la venta ambulante de bisutería y adornos. Las declaraciones tomadas a los familiares y vecinos de piso hablaban de una persona alegre y comunicativa aunque de hábitos solitarios. Muriel no encontró ninguna otra información relevante en el expediente. Un hermano había viajado a España para tratar de dar con ella y estar al corriente de la investigación en marcha. Cuatro meses más tarde, había vuelto a Inglaterra. En 2004, el juez había autorizado el desalojo del piso; la ropa y el resto de enseres de L. Hatcher permanecían desde entonces en un guardamuebles del polígono industrial del Guadalhorce, en cajas precintadas. La familia consintió correr con los gastos de almacenaje en la creencia de que acabaría por aparecer. Se aferraron a la idea de que L. había conocido a un hombre y se habían marchado juntos a otro país. Encajaba con su manera de ser, que siempre había tenido en vilo a sus hermanos. L. era enamoradiza, confiada en exceso y muy ingenua. Había tenido varias relaciones que apenas habían durado unas semanas. Para colmo, el trabajo de la venta ambulante facilitaba conocer a toda clase de gente, en especial a bohemios trashumantes.

Cerró la carpeta y se masajeó las sienes con los dedos. Le ayudaba a concentrarse.

Las palabras de Monroy revolotearon en la cabeza de Muriel. ¿Sería ésta la pista que había seguido Bernal?... Apostó a que, como poco, le había dispensado una considerable atención. Las circunstancias que rodeaban el caso eran muy interesantes, especialmente el hecho de que no se hubiese encontrado el coche. Una de las hipótesis que se barajaron fue que el vehículo había traspasado la frontera hacia Portugal o Francia con su propietaria dentro. Todas las circunstancias posibles habían sido contempladas: bajo amenaza, por propia iniciativa o muerta. Era arriesgado transportar un cadáver en el maletero de un coche a tan larga distancia, pero no hubiese sido la primera vez. Otis Toole y Henry Lee Lucas recorrían a veces varios Estados de Norteamérica con partes o la totalidad del cuerpo de alguna víctima, oculto en la caja de su camioneta. También podía ser que el Ford Fiesta hubiese sido ocultado en un garaje o en cualquier cobertizo o nave apartada de Fuengirola para entorpecer la investigación. Muriel discurrió que era muy raro que una cosa así la hiciese la propietaria del vehículo a menos que pretendiese borrar toda pista sobre sí misma para encubrir un delito. No obstante, la

investigación oficial no había arrojado la más mínima sospecha de que L. estuviese relacionada con un hecho delictivo ocurrido en los días o semanas anteriores a su desaparición. Tampoco constaba en los archivos policiales indicio alguno de que el nombre de L. Hatcher formase parte o tuviese relación con una de las muchas organizaciones mafiosas que operaban en la costa. Su nivel de vida se ajustaba a sus modestos ingresos y no se encontraron en sus cuentas movimientos sospechosos. De todos modos, la hipótesis de que su desaparición fuese obra de una organización de delincuentes estaba casi descartada pues éstas castigaban a los «traidores» con una muerte «ejemplar» y era raro que se molestaran en ocultar el cuerpo. Los muertos no delatan. Más verosímil era el supuesto de que L. hubiese participado por *primera vez* como autora, coautora o cómplice en un robo o una estafa de cierta entidad. De hecho, tras considerar esta posibilidad, se habían analizado los cuatro robos más importantes perpetrados en Fuengirola en los nueve meses previos a la desaparición. Las víctimas habían sido una agencia de seguros, una joyería, una estación de servicio y la oficina de una empresa de mensajería. Todos habían sido robos limpios, con poca o nula violencia, perpetrados, según las cámaras de seguridad, por dos hombres con el rostro cubierto. Pero se sospechaba que un vehículo con otra persona o personas les aguardaba en las cercanías. Fue del todo imposible relacionar a la desaparecida con ninguno de ellos, aunque Muriel era consciente de que eso no servía para probar nada.

Por varias razones, sentía que Bernal era un enigma aún más inextricable. Bernal significaba un reto en sí mismo. Muriel cerró los ojos durante unos segundos «¿Dónde has ido a parar, hijo de puta?». Se repitió mentalmente la pregunta, silbándola como si se tratase de una melodía. Pero había demasiado desorden en su cabeza, demasiadas cuestiones dispersas al azar, que no cesaban de volar de un lado a otro de su cerebro. Caprichosamente. La cosa empeoró mientras salía de comisaría para dirigirse a Fuengirola con la idea de tratar de averiguar si Bernal podía haber estado merodeando por el edificio Tahití. Preguntas, todo eran preguntas: *qué había encontrado rastreando los expedientes; por qué había decidido seguir solo*, *si realmente tenía un sospechoso; qué clase de cebo le había preparado; qué había sucedido para que las cosas se le torcieran*... Paró en seco: eran tantas que, al poco de salir, estaba como aturdido.

Quizá Ramos tenía razón, puesto que él sí era capaz de mirar las cosas con objetividad: quizá se estaba volviendo paranoico. Quizá no había ocurrido

nada de lo que se imaginaba. Quizá Bernal se había quitado de en medio y su cadáver estaba en el fondo del mar, aguardando a que se lo comieran los peces. O había decidido irse de crucero al Caribe, a tratar de olvidarse de lo miserable que estaba siendo su vida. ¿Cómo saberlo? Aquella ansiedad suya, tan descontrolada últimamente, podía jugarle una mala pasada.

Golpeó el volante con la palma de su mano derecha.

¡Por el amor de Dios que tenía que dejar de pensar así!

En contra de su costumbre, durante el viaje apagó la radio. Necesitaba sentir la monotonía de la carretera. Pronto llegó a la conclusión de que era más importante centrar sus esfuerzos en Bernal que en la mujer desaparecida. Entenderle. Eso le llevaba hasta Monroy. Quién sabe si podía conducirle, de vuelta, hasta algo que todavía no había podido ver.

La verdad era que, a efectos de orientar sus pasos, también podía ser *trascendental* lo del vehículo. Éste era un hecho diferencial con otras desapariciones. Hacía más factible la intervención de otra persona o personas. Y reforzaba, por tanto, la teoría del asesinato. Por lo demás, no era improbable que un asesino en serie «organizado», como se daba por hecho que era El Ciclista, dispusiese de un lugar donde esconder indefinidamente uno o *varios* coches. Tras la detención de muchos de ellos, habían sido hallados a veces vehículos enteros o desguazados que pertenecieron a algunas de sus víctimas.

Muriel se dijo que si Bernal había indagado el caso, tenía que haberse dejado ver en el edificio donde vivía L. Intentó reproducir mentalmente su itinerario. Como estaba bastante claro que no había alquilado un coche, primero se habría trasladado a Fuengirola, tal vez tomando un taxi o tal vez utilizando el tren de cercanías. Habría ido directamente al edificio, llamando a las puertas de sus vecinos. Luego, quizá, habría estado en la parte del paseo marítimo donde montaba su puesto L, preguntado a los tenderos y vendedores ambulantes. Alguien le recordaría porque su indumentaria no pasaba desapercibida.

Una enorme nube gris ceniza tapó el sol justo al divisarse el mosaico de edificios y casas de la ciudad.

16

El Tahití era el tercero de una serie de seis bloques de pisos, simétricos, que compartían la misma urbanización. Todos estaban revestidos de un intenso color teja, con las molduras de las ventanas, las bases de los balcones y los voladizos, en ocre.

Muriel aparcó sin dificultades en una calle sin salida que bordeaba uno de los laterales del recinto y llamó al botón tapado con un rotulado a mano que dejaba leer un borroso 2º B (L. Hatcher vivía en el C). Nadie contestó. Probó a continuación con la letra D y, esta vez, una voz de mujer, distorsionada por el «eco electrónico», apareció por el pequeño altavoz. Muriel se identificó como policía y, tras algunos titubeos de ésta y unas cuantas explicaciones adicionales, la mullida señal de apertura desencajó el cierre.

Antes de subir, Muriel buscó en los buzones de la portería hasta dar con el del piso. Los nombres que aparecían en la tarjeta le parecieron «alemanes», aunque bien podían ser austriacos, o tal vez suizos, reflexionó inmediatamente.

El timbre del piso no funcionaba, y si lo hacía, su sonido no se transmitía hacia el exterior. Muriel golpeó la puerta acorazada con los nudillos

El eco de otra voz, ahora ronca y grave, se coló hasta el pasillo a través del grueso blindaje de acero.

—Ponga su identificación en la mirilla —ordenó con bastante buena dicción y fuerte acento alemán—. Y no la retire hasta que yo le diga.

Muriel obedeció.

Transcurrieron cinco o seis segundos. La voz ronca permitió entonces a Muriel bajar el carné. La puerta no se abrió inmediatamente.

Finalmente, un hombre alto, entrado en carnes, con el cabello largo y horriblemente cortado, y vestido únicamente con un pantalón corto, sobre cuya cintura se descolgaba un enorme faldón de grasa, descorrió ruidosamente un par de cerrojos, abrió a medias la puerta y se quedó plantado en la misma entrada.

Tenía los ojos saltones y extrañamente vidriosos para la edad que aparentaba. «Tiene los ojos de un viejo», se dijo Muriel.

Una figura menuda se desvaneció detrás del hombre. Sólo le dio tiempo a ver que tenía el cabello de color malva. Supuso que era quien había contestado por el portero electrónico

Al hombre, Muriel le calculó entre cuarenta y cuarenta y tres. Olía a cebada fermentada. Para él, todos los *alemanes* olían de aquel modo «Cada sábado te ventilas una bañera de cerveza negra. Y así seguirás hasta que revientes»

El extranjero semidesnudo miró a Muriel como si le sorprendiese su estatura, como si no contemplara la posibilidad de que un español pudiese ser tan alto como un germano.

—Dígame.

—¿Puedo pasar para hablar con ustedes un momento?

—Depende… ¿Sobre qué?—dijo con sequedad.

—Sobre miss Hatcher.

—¿Cómo dice?

—Su vecina de piso, la mujer que vivía aquí hace cinco años —aclaró Muriel, señalando con un gesto hacia el número B, que estaba situado a su derecha.

El extranjero se mantuvo quieto.

—Ya… respondimos a… todas las preguntas —musitó entrecortadamente, con voz irritada y rebosante de cansancio.

—Me hago cargo de lo hartos que tienen que estar de todo esto —expuso Muriel, tratando de transmitir confianza.

El extranjero se mordió los labios como si estuviese arrepentido de lo que había pensado decir.

A la velocidad de la luz, Muriel se hizo todas las preguntas que importaban:

«¿Es que te preocupa algo?... ¿Qué es lo que escondes, qué hay en tu pasado que te avergüence? ¿Eres un camello… trabajas para una mafia? ¿Qué haces aquí, de qué vives? Me gustaría saber qué es eso que no quieres que sepa nadie, eso que te guardas para ti solo. ¿Tiene que ver con toda esta mierda?... Ojalá que fuera así. No sabes lo que daría por que fuera la última vuelta de la carrera…»

Ramos se equivocaba al juzgarle: Muriel no confiaba en la gente. A veces se sentía como un bicho raro.

Con un gesto, el extranjero le indicó que entrara, mientras se dirigía en su idioma a la mujer de dentro. Muriel no volvió a verla.

Pasaron a una salita bien iluminada. Los vasos que había en la mesita cuadrada del centro tenían un poso oscuro. Había ropa por todas partes y algunos pares de zapatos dispersos por el suelo. Un olor ingrato e indescifrable se imantó en su nariz. Muriel sabía que ya no se libraría de él en

lo que restaba de día.

—¿Qué pasa con *Lina*?—le espetó el hombre sin invitarle a sentarse—. ¿Es que ha aparecido?

Muriel negó con la cabeza mientras agradecía en silencio la falta de modales del sujeto. Le cosquilleaba la piel de pensar en pegar la ropa a una tapicería que desprendiese tal olor.

Luego le mostró la grabadora y la puso en marcha, colocándola sobre una mesa cercana.

—¿Hace mucho que viven aquí?

Al principio, el hombre con acento alemán pareció no entender bien la pregunta. Quizá creyó que se refería a la mujer desaparecida.

—¿Nosotros?... —Muriel asintió—. Va para diez años.

—¿Conocían a la señorita Hatcher?

—De verla en el edificio.

—¿Nunca se visitaban?

El hombre se cruzó de brazos, con gesto disgustado.

—Mire, ya hemos contestado a todas esas preguntas.

—¿Cuándo?

—¡Cuándo va a ser!

—¿Ha venido recientemente alguien a preguntarles sobre la desaparición de su vecina?

—No.

—Hace cosa de un mes —insistió Muriel.

—Le he dicho que no. La última vez fue hace unos dos o tres años.

—¿A qué se dedica usted?

—Cobro una pensión de invalidez de mi país —resopló impaciente el hombre—. ¿Qué más quiere saber?

—Seguro que se acordaría si hubiesen tenido visita —comentó distraídamente Muriel— ¿Y ella?

El extranjero soltó una carcajada forzada.

—Mi mujer no le abre a nadie si no estoy yo.

Muriel recogió la grabadora y la paró. Luego se la introdujo en el bolsillo del pantalón.

—Perdonen las molestias. Gracias por atenderme.

Había comenzado a llover débilmente cuando abandonó el edificio, frustrado por su *primer* fracaso.

17

Al volver a casa, comenzó a sentirse mal. Para ser exactos, ya al levantarse de la cama no se encontraba del todo bien. Intuía que estaba incubando un catarro o cosa parecida. Ahora tenía escalofríos, se notaba débil y ligeramente febril. Los ojos le escocían. Sólo con el roce del pantalón, el muslo del accidente volvía a molestarle.

Carolina no había regresado aún de la academia. Muriel se miró al espejo, nada más entrar en el piso, y se vio la inconfundible «tristeza» de la fiebre marcada en los ojos. Trataría de evitar que ella le viese con esa «cara».

Se preparó un tazón de leche hirviendo y se tomó dos aspirinas. Luego «eliminó» las pruebas. El efecto no tardó ni veinte minutos en producirse. Una agradable sensación de bienestar le invadió lentamente. Los dolores desaparecieron. Al poco, la «tristeza» se había esfumado de sus ojos.

Muriel se inventó una excusa para explicar a su mujer el hecho de no haber probado bocado: de regreso a casa, había coincidido con un compañero en la entrada de la oficina del Santander que hay frente al Corte Inglés. Se había empeñado en que tomaran unas cervezas, allí mismo, en un mesón de la calle Hilera. Las tapas que le habían servido en El Trivium, habían bastado para saciar su hambre. Carolina pareció habérselo tragado y no dijo nada más. A excepción de lo preocupada que la tenía su padre con su obstinación en seguir cogiendo el coche, no abordó ningún otro tema de conversación en el rato que estuvieron juntos. Un par de días antes, había vuelto a mencionar el asunto del niño desaparecido, comentándole que «se temía lo peor» y que, dijese lo que dijese Villalobos, ella tenía la sensación de que la llamada a Punto Radio era obra de quien se lo había llevado. Podía indicar, quizá, que sentía remordimientos.

—Es una posibilidad, desde luego —había comentado él.

Carolina cambió de tono.

—No te tomas en serio nada de lo que te digo.

—¿Qué dices, Caro? ¡Cómo no voy a tomarte en serio…!

Las discusiones solían empezar así.

—Piensas que me estoy metiendo donde no me llaman y que estoy haciendo el ridículo… ¿A que sí?—. Carolina bramó entonces: — ¡Dilo de una vez!

—Hazme un favor: no te subas por las paredes…

—Siempre te sales por la tangente. ¿Tanto te cuesta decirlo?

—Te equivocas de plano. Y a ti sí que te cuesta reconocer que te equivocas.

—Eres como tu amigo Villalobos.

—Ya salió. ¿No tienes otra cantinela?

—¿Lo piensas o no?

Muriel intentó ser persuasivo

—Es que eso no funciona así, Caro. Haces un razonamiento… y si lo haces mal, con cada razonamiento siguiente no consigues sino desviarte más y más de la verdad…, de lo real. Por eso en este trabajo es tan importante no dejarse tentar por juicios apriorísticos. Cuantas más hipótesis, mejor. Hay que considerarlas todas. Es muy fácil ofuscarse con la más «atractiva»…

Carolina se dio la vuelta.

—¿Entonces por qué me das la razón como a los locos?—dijo, y le dejó con la palabra en la boca, marchándose del piso con un portazo.

Muriel supuso que no tendrían sexo aquella noche, porque era lo que siempre solía ocurrir cuando Carolina se enfadaba. Así que fue en eso en lo primero que pensó al verla marcharse. ¡Qué jarro de agua fría era para él verla apretar los labios con aquel mohín de rabia! La deseaba constantemente; era curioso que ni siquiera los problemas más acuciantes distrajesen aquellas ansias de apretarse contra sus muslos y aspirar el perfume que ascendía desde su vulva. Pero, para su sorpresa, cuando durmieron al niño, a medio desnudar, ella le atrajo hacia sí y, bajándole la cremallera de los vaqueros, le tomó el pene con ambas manos y lo restregó contra su coño por encima de las bragas, provocándole una erección inmediata. Luego se «sentó» sobre su pene, de espaldas a él, como si quisiese evitarlo. Cuando se corrió, Muriel tuvo la sensación de que Carolina le había usado para masturbarse.

Aquella misma tarde Muriel regresó a Fuengirola. No se resignaba a la idea de que Bernal no hubiese tomado en consideración empezar por el caso de L., que a él le parecía la pista más sólida de todas las *posibles*. Tenía que comprobar si el alemán le había dicho la verdad. Seguían sin contestar en el B, pero en el A respondió una mujer. Era una profesora de matemáticas, de cincuenta y dos años, que trabajaba en el instituto de enseñanzas medias de Alhaurín de la Torre. Su marido, policía local en Fuengirola, había participado en la búsqueda del vehículo de la desaparecida. Por ambas razones —profesional y de vecindad—, se había sentido muy implicado en la investigación.

Muriel sintió un cosquilleo en el estómago y recuperó de golpe el ánimo en cuanto los hechos confirmaron que había sabido adivinar las intenciones de Bernal. Margarita Rejano, que así se llamaba la profesora de matemáticas, no se encontraba en casa el día en que un hombre elegantemente vestido, que dijo ser un policía adscrito a un organismo europeo (a ella le sonaba INTERPOL), les había visitado y charlado durante un buen rato con su marido. La fecha, no la recordaba con exactitud, pero debía de hacer más de un mes, tal vez un mes y medio. Una conversación agradable aunque extraña, le había comentado Carlos Vera a su esposa. El hombre en cuestión se había interesado mucho por conocer la relación que L. tenía con los vecinos del edificio. Casi podía decirse que era lo único de lo que habían hablado. En un ambiente distendido, propiciado por los exquisitos modales del visitante, el marido de Margarita había respondido a todas sus preguntas lo mejor que supo, sin poder obtener a cambio una explicación coherente del porqué volvía a removerse el caso cinco años después, ni de si aquella gestión tenía o no carácter oficial y estaba respaldada por los responsables de la investigación.

Margarita se prestó a telefonear a Carlos. Dos visitas tan seguidas y ambas tan inesperadas, habían despertado su curiosidad.

Carlos Vera estaba de ronda con el vehículo oficial; se presentó en menos de cinco minutos en la casa. Lucía una perilla blanca cuidadosamente recortada. Por sus modales, Muriel tuvo la impresión de que se encontraba ante una persona inteligente y culta, con toda probabilidad uno de tantos universitarios que no había hallado una salida acorde con su formación. Margarita se acomodó a su lado.

Antes de responder a las preguntas de Muriel, Carlos Vera exigió saber qué estaba pasando.

—El nombre de su vecina ha aparecido en una investigación que tenemos abierta… ¿Puedo?—Muriel mostró la grabadora.

—Por supuesto. Pero no entiendo por qué vienen a preguntarme dos veces por la misma cosa.

—¿No se lo dijo el señor Bernal? Europol lleva su propia investigación del caso. Es por la nacionalidad de la desaparecida —mintió Muriel.

—No me dijo nada de eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué *excusa* le dio?

—Que estaban confeccionando un censo de personas desaparecidas fuera de su país de origen. Una especie de estudio estadístico. Y que, por ser español, a

él le habían encomendado el de España.

Muriel sonrió. No era mal embustero Bernal. Tenía tablas, las que quizá aún le faltaban a él.

Después se dio cuenta de que debió decirse a sí mismo que Bernal «había tenido» tablas, en lugar de «tenía». Bernal estaba muerto y él no se hallaba muy lejos del que había acabado con su vida.

—Para confeccionar un censo sólo hay que acudir a los registros. Pero es natural que el agente que le visitó trate de ser discreto y le ahorre los detalles —Muriel carraspeó antes de cambiar de asunto—. Bueno, dígame… ¿qué es lo que quería saber?

—Quiénes eran los vecinos. Me preguntó por la gente que vivía en esta planta y si alguien se mudó poco después de la desaparición de *Lina*… Ahora que lo dice, no sé cómo no me di cuenta de que todas aquellas preguntas tenían poco que ver con la confección de un censo.

Muriel volvió a sonreír. Sentía que se le estaba pasando el efecto de las aspirinas.

—¿Y qué le contestó?

Carlos Vera se puso serio.

—Antes quiero que me aclare qué es todo esto.

El cielo gris se veía a través del ventanal. Muriel desvió la mirada un par de segundos, mientras se pensaba la respuesta.

—Vuelvo a repetirle que el nombre de Hatcher se ha mencionado en un caso que tenemos abierto. No podemos permitir que Europol nos tome la delantera.

Vera sacudió la cabeza.

—Están buscando un sospechoso aquí, en el edificio —apuntó Margarita.

—Es posible. ¿Ustedes qué piensan?—Muriel miró a ambos—. ¿Creen que alguien del edificio puede estar relacionado con su desaparición?

Margarita y Carlos se miraron un instante.

—Le digo lo mismo que le dije a ese agente: estoy convencido de que nadie de aquí tuvo nada que ver.

—¿Sabe si el señor Bernal visitó al resto de vecinos de esta planta?

—Supongo. A Juana, la vecina del B, seguro. Lo comentamos un par de días después.

—¿Y a los alemanes?

—¿Alemanes? Se referirá a la pareja de austriacos del D…

Muriel asintió.

—No tengo ni idea —declaró el policía local—. ¿Les ha preguntado usted?

—Sí. Él dice que no. Con ella no pude hablar, la verdad…

—No se relacionan con nadie del edificio. A él le veo a veces en la puerta del Koeller, un pub austriaco que no está lejos de aquí.

—¿Qué opina de él?

—Psss… Es buena persona…, servicial. Pero hay que reconocer que, a veces, cuando bebe, se pone un poco borde.

—¿Está metido en algo raro?... ¿Drogas?

—¿Quién lo sabe?—Carlos Vera se encogió de hombros—. Pero no creo, no. No se comenta nada de eso en ninguna parte, ni tampoco se le ve con gente rara. Me extrañaría que fuese un camello porque prácticamente los tenemos a todos localizados. Aquí, desde luego, no vende, eso se lo puedo asegurar yo.

Muriel comenzaba a sentirse flojo y un poco mareado, lo que no hacía sino contribuir a desanimarle. Iba comprendiendo que se iría con las manos vacías. Daba igual que no le hubiese dicho la verdad: el austriaco no podía ser El Ciclista (su físico lo descartaba). Entendió, además, que no podría «peinar» el edificio al completo, porque carecía de tiempo y medios para hacerlo. Ni siquiera se veía capaz de juzgar al policía local. ¿Cómo descartarle del todo también a él?

—¿De qué más hablaron?

—De bastantes cosas. De la investigación en general. Lo del coche parecía interesarle mucho. Cuando supo que yo había participado en la búsqueda, insistió en que le diera detalles: los días que estuvimos rastreando Fuengirola, cuándo abandonamos y cosas por el estilo. Pero, entiéndame… aquello era ya una charla informal. Yo tuve la impresión de que no le interesaba demasiado lo que hablábamos, que era por pura cortesía. De hecho, había dejado de tomar notas y…

—¿Tomó notas?—Muriel frunció el ceño—. ¿No utilizó una grabadora?

—No, nada de grabadora. Tenía una agenda pequeña…

«¡Qué zorro! Pero El Ciclista ha sido más listo»

—¿En esa «charla informal» hablaron de la última ocupación conocida de Lina, su trabajo de vendedora ambulante?

—Sí, lo comentamos.

—¿Le dijo dónde ejercía?

—Quizá le dije que era por la zona del paseo marítimo. De eso no estoy seguro.

—Por curiosidad… ¿recuerda qué día le visitó este agente de Europol?

—A ver, déjeme pensarlo…—Vera puso los ojos en blanco— fue… fue un martes, que es cuando tengo turno de noche —sacó un teléfono móvil del bolsillo y tecleó durante unos segundos sin perder la vista de la pantalla—. Creo que el veintidós de enero.

—¿Está seguro? —dijo Muriel, sorprendido.

—Más o menos… ¿por qué lo pregunta?

La fiebre comenzaba a embotar la mente de Muriel.

—Por nada… Pensaba, pensaba —balbució— que… había sido más recientemente.

—Quizá fuese el martes siguiente, el veintinueve.

—Fue el veintidós, Carlos —terció Margarita—. Estoy segura. El fin de semana siguiente, el del veintiséis y veintisiete —se dirigió a Muriel—, estuve en Ciudad Real, visitando a mis padres, y recuerdo que lo comenté con una hermana mía que vive con ellos. Mi hermana hizo amistad con *Lina* uno de los veranos que pasó aquí y siempre me preguntaba por ella. Le impresionó mucho su desaparición, así que se lo comenté como novedad.

—Sí, ahora que lo dices… Fue el veintidós, tienes razón.

«Son demasiados días. ¿Qué hiciste hasta el cinco de febrero?» Muriel dejó volar la imaginación. Tenía que averiguar si trabó relación con alguien y volvió más veces. En caso contrario, no tendría sentido.

—¿Le dejó algún mensaje o le llamó más tarde?

Carlos Vera negó con la cabeza.

—Imagino que podrá indicarme dónde ponía Lina Hatcher su tenderete —Muriel se incorporó acosado por un fino temblor. Tenía la frente mojada —. Me gustaría visitar la zona. Aunque será otro día.

—Yo le llevaré —se ofreció Carlos Vera—. ¿Tiene el coche abajo?

—Sí, está ahí mismo.

Muriel se despidió de Margarita Rejano. Luego miró su reloj: eran las dieciocho cuarenta. Ya tenía escalofríos. Necesitaba cuanto antes otro par de aspirinas y un vaso de leche caliente.

Empezaba a oscurecer y el cielo volvía a amenazar lluvia. La templanza de la brisa, sin embargo, desdecía esa primera impresión. Muriel solía observar los cambios atmosféricos e intentaba predecirlos: apostó que mucho tendría que cambiar la densidad y dirección del aire para que el cielo descargase un poco de agua. Durante un par de minutos siguió al vehículo de la policía

municipal de Fuengirola. Tras recorrer medio paseo marítimo, Carlos Vera redujo bruscamente la velocidad y se detuvo en doble fila. Muriel hizo la misma operación, colocándose inmediatamente por detrás, y giró la llave para apagar el motor.

Carlos se bajó y se acercó a la ventanilla del Smart. Hizo un gesto con la mano, señalando hacia su espalda.

—Ésta es la zona. Ella se ponía en esa parte de la acera.

Había varios puestos —unos quince, calculó Muriel a simple vista—, con toda clase de baratijas y adornos de cuero. Al otro lado de la acera, la fila se alargaba. La concurrencia de clientes era mínima en esos instantes.

Gente con pantalones de malla practicaban jogging entre los paseantes. También circulaban algunos ciclistas.

Muriel asintió. Se propuso volver al día siguiente, si tenía mejor cuerpo. Ahora sólo necesitaba meterse en la cama. «Estuviste aquí, lo sé»— murmuró en su pensamiento.

—Perdone las molestias. Muy agradecido —dijo Muriel—. Llámeme si Bernal se vuelve a poner en contacto con usted —le entregó una tarjeta— o… recuerda alguna cosa interesante que no me haya dicho.

Carlos Vera se la echó al bolsillo de la chaqueta del uniforme.

—Puede contar con ello —sonrió afablemente.

—Ah, una última cosa.

—¿Sí?

—Es imposible que no se haya dado cuenta.

—Darme cuenta… ¿de qué?

—Usted también le interesaba a Bernal.

—¿A qué se refiere?

—A que es un vecino más del edificio.

El policía local se le quedó mirando fijamente sin decir una sola palabra, como si no hubiese entendido la intención de aquellas palabras o, tal vez, como si las hubiese comprendido demasiado bien.

Muriel arrancó el vehículo, se despidió de Carlos Vera e inició el regreso a Málaga. Los dientes le castañeteaban de frío.

La noche fue un calvario. Tuvo que levantarse a vomitar varias veces y una pertinaz tiritona le sacudía constantemente de los pies a la cabeza. Carolina tampoco fue capaz de pegar ojo. A diferencia de lo ocurrido durante la convalecencia de su apendicitis, la actitud de Carolina fue en esta ocasión muy

otra, aun teniendo que ocuparse al mismo tiempo de Ale, que se despertó varias veces llorando. Con todo, no perdió la oportunidad de deslizar algún reproche. Esa estúpida manera de comer tan suya, engullendo en lugar de masticar, era, le dijo, lo que tenía la culpa.

Carlos Vera protagonizó una de las pesadillas que tuvo. Llevaba un chubasquero gris antracita y una capucha le cubría la cabeza tapándole los ojos. Pero podía reconocerle por su inconfundible perilla blanca moldeada con esmero. Se quedaba plantado frente a él, sonriendo. Todo estaba oscuro alrededor y se oía un rumor de olas. «¿Ves lo fácil que era? Tranquilo: ahora sólo tienes que mantener el secreto. Y eso es lo que más cuesta. Pero puede hacerse, te lo digo yo». El cuerpo de una mujer yacía, sangrante, a los pies de Muriel.

Había vivido el sueño de una manera un tanto extraña. Estar en el pellejo de un asesino le resultaba interesante y angustioso a Muriel. Si por un lado se lamentaba de lo que había hecho y deseaba poder dar marcha atrás, por el otro le fascinaba maquinar cómo ocultarlo y desviar la atención de su persona. Eso le subía la adrenalina.

Hasta que no despertó, Muriel estaba plenamente convencido de que era él quien había matado a la mujer desconocida.

18

Los accesos de fiebre y especialmente un cansancio total, devastador, confinaron a Muriel en casa todo un día, deshaciendo sus planes. Por fortuna, pudo emplear el tiempo en pensar, al menos durante los periodos de tiempo en que el paracetamol conseguía bajarle la temperatura. La soledad le ayudaba; Carolina había dejado a Ale con sus padres antes de irse a la academia.

Las dos semanas que mediaban entre la visita de Bernal al Tahití y su desaparición era lo que más le desconcertaba. Era mucho tiempo. Demasiado para establecer una relación entre esa ¿única? visita y su misteriosa y brusca ausencia del hotel. Una de dos: o el policía local le había mentido o Bernal había dejado aquella pista en «vía muerta», decidiéndose por otra. ¿Pero cuál? A menos que El Ciclista fuese uno de los vendedores ambulantes con los que había coincidido a diario L. o quizá alguien que trabajase en la misma zona, no había una explicación coherente al hecho de que a Bernal «se le hubiese perdido de vista» durante dos semanas, después de haber aparecido por el Tahití. No tenía sentido. No le quedaba otro remedio que intentar averiguar si había deambulado por el mercadillo hippie.

En un momento dado, algo hizo retornar a Muriel a la persona de Carlos Vera. Estaba tomándose un té caliente cuando recordó que, al pasar desde el recibidor al salón de aquel piso, había visto al trasluz de una ventana de cristal esmerilado que probablemente daba a una galería, la silueta de un manillar de bicicleta. Hizo memoria. No había conseguido ver una sola foto de un niño en el salón de la vivienda. Ni una. Parecía el típico matrimonio sin hijos. «A treinta kilómetros como máximo» Las palabras de Monroy resonaron en su cabeza. Fuengirola cumplía los requisitos «Entre treinta y ocho y cuarenta y cinco» El policía local debía de tener aproximadamente la misma edad que su esposa, entre cincuenta y dos y cincuenta y cinco años. Muriel recordó que los asesinos en serie sentían especial predilección por los uniformes. Algunos llegaban a convertirse en agentes del orden, lo que incluso les permitía seguir de cerca las investigaciones de sus crímenes. Vera aparentaba estar en buena forma. Muriel hubiese asegurado que acudía con regularidad a un gimnasio. Y se adaptaba al perfil que se había obtenido del retrato robot, con la salvedad de la barba (que muy bien podía ser postiza para ocultar la suya propia) y de la edad… ¡Joder, no lo habían tenido en cuenta!: si

los testigos habían coincidido en que no sobrepasaba los cincuenta, tal vez era precisamente por eso: la barba oscura le hacía parecer más joven de lo que en realidad era… ¿Por qué no? Quizá Monroy estaba equivocada, y todo su cálculo se basaba en la «fuerza probable» en relación a la edad. Frialdad y destreza: ésa era la combinación letal que había demostrado saber emplear El Ciclista en sus asesinatos. Una cosa era segura: se necesitaban años para acumular la experiencia que dejaba traslucir en sus actos.

Muriel trató de que no le dominase la excitación. Revisó las cosas que había en contra de que Vera fuese El Ciclista: si Margarita no se hallaba en casa el día en que le visitó Bernal, ¿por qué decírselo?, ¿por qué no ocultárselo, evitando de ese modo que pudiesen relacionarlo con él, cuando se investigase su desaparición? Contándoselo a Margarita, lo hacía público. Era una conducta impropia de alguien tan inteligente. A menos, claro, que alguno de los vecinos le hubiese visto llamar a su puerta, o entrar o salir de casa. Sí; tal vez por eso se había visto obligado a contarlo. Juana, la vecina del B debía de haber visto a Bernal hablando con Vera… Ni siquiera era imprescindible que se diese esa circunstancia, discurrió Muriel. Bastaba que Vera supiese que Bernal había visitado a su vecina para que dedujese que podía haberle hablado de él.

La excitación de Muriel se disparó: por más que se esforzaba, no hallaba nada que pudiese desbaratar la idea que había traído a su cabeza la silueta de aquel manillar de bicicleta.

A media mañana del día siguiente, prácticamente recuperado de su proceso febril, regresó a Fuengirola. La mujer que habitaba el 2º B, Juana Glaser, una viuda anciana y desaliñada, canadiense de madre española, que vivía sola, le atendió con amabilidad, pero el desagradable olor a espacio mal ventilado incomodó hasta tal punto su estómago (muy debilitado por la enfermedad), que estuvo muy cerca de perder la concentración. Debió fingir encontrarse bien en tanto las nauseas perlaban de sudor su frente. La anciana tenía serios problemas de memoria, de modo que nada de lo que consiguió sacarle acerca de la visita de Bernal resultaba muy fiable. Sí: recordaba haberle abierto la puerta a un hombre bien vestido, muy educado, y que estuvo hablando con ella en inglés y español. Y sí: aquel hombre, que dijo ser policía, le preguntó por su vecina desaparecida, pero ya no recordaba nada de la conversación. Por tanto, a Muriel le fue imposible determinar si la señora Glaser podía haber visto a Bernal entrando o saliendo de la casa de Vera o simplemente hablando

con él. De otra parte, la senilidad de la anciana era tan evidente para cualquiera que todos sus razonamientos previos sobre la conducta de Carlos Vera dejaban de ser válidos: ¿para qué urdir una mentira con la intención de protegerse de una persona cuyo testimonio no podría inculparle, dada su manifiesta incapacidad mental?

—¿Sabe si…, algunos días más tarde, volvió por aquí ese hombre?— insistió en preguntar Muriel antes de marcharse.

—Pues no.

—¿Está segura?

—No me pregunte. Yo lo único que sé —dijo la mujer como aturdida— es que no lo he visto más.

Muriel se marchó del Tahití, sin tratar de ver de nuevo a Carlos Vera. Su conversación con la vecina del 2º B le había enfriado algo los ánimos, aunque no del todo. Se dio rápidamente cuenta de que Bernal podía haber vuelto en otra ocasión por el edificio. Tal vez regresó convencido de que el policía local tenía algo que ver en el suceso y éste se las arregló para llevarle a otro lugar. O pudo telefonearle para quedar en otro sitio. Con tiempo suficiente, Vera podría haberle preparado una emboscada. En ambos supuestos, era mejor no negar el primer encuentro para evitar que los investigadores pensasen que ocultaba algo.

Antes de salir al exterior, anotó los nombres y apellidos de las tarjetas de los buzones.

De camino al mercadillo hippie, reparó en que las sospechas de Bernal sobre Vera, si las hubo, quizá habían sido transcritas. Golpeó con rabia el volante, después de evaluar sus opciones de hallar algo. Daba igual, maldita sea: no tenía acceso al ordenador, no tenía cuaderno o nota alguna; no tenía nada.

Por más que insistió, en el mercadillo nadie recordaba a Bernal… ¿Qué esperaba? Había pasado casi un mes y medio. Y ahora que había conocido a Carlos Vera, no era seguro que hubiese andado preguntando por allí.

Volvió a Málaga pensando en el hacha de carnicero. Hacía cierto tiempo que había dejado de obsesionarle. Extrañamente, ahora que había conocido a Vera, la imagen regresaba una vez y otra a su cerebro y se alternaba con la del policía local. Llegó a imaginárselo sosteniéndola y luego blandiéndola sobre el cuello de Natalia, mientras enarcaba las cejas de aquella manera que tanto le recordaba a un político embaucador y embustero

Ramos se echó a reír cuando le llamó al móvil para decirle que tenía un sospechoso. Para Muriel era cada vez más evidente que se lo «había quitado de encima» para que no estorbara. Ramos tenía miedo de que el rechazo que sentía por la intrusión de la UCO, se pusiera de manifiesto en su actitud. No quería tensiones innecesarias. Temía que aquella animadversión llegase quizá al extremo de boicotear la buena relación de la unidad con la UCO, que tanto le importaba mantener. Cuando Muriel le comunicó que pensaba ponerse inmediatamente a la tarea de comprobar las llamadas de «su sospechoso», lo único que se le ocurrió contestarle fue que le quedaba sólo una semana de margen, y le advirtió de que a partir de entonces debería olvidarse del asunto.

—Tenemos mucho trabajo pendiente.

Muriel no se dejó agobiar por la amenaza. Conocía las tácticas de Gaby y estaba convencido de que le mantendría fuera el tiempo que hiciese falta. De hecho, Muriel habría apostado cien euros con quien fuera a que Ramos estaba esperando como agua de mayo que le pusiese sobre la mesa cualquier cosa con la que justificar una ampliación del permiso que le había concedido.

En menos de veinticuatro horas obtuvo el listado de llamadas del fijo de Vera, que en la guía venía a nombre de Margarita Rejano López. Ni en éste, ni en la factura del móvil cuya titularidad señalaba a Carlos Vera, halló el número de Bernal. No tenía nada con qué presentarse ante Gabriel. Nada. Pero si Carlos Vera era El Ciclista, tenían que haber contactado más de una vez. Lo único que se le ocurría era que las llamadas las hubiese efectuado Bernal desde su teléfono, un teléfono que no podía rastrear si no quería dar lugar a un incidente serio. Vera se habría limitado a ser el receptor de las mismas. Muy inteligente por parte del policía local; era la mejor manera de neutralizar uno de los posibles rastros de su relación posterior. Decepcionado, Muriel estrujó las copias de las facturas y las arrojó a la papelera. Todo cuanto creía poder demostrar, se esfumaba ante sus mismas narices. La cruda realidad no venía sino a contradecir sus sospechas. Entonces, con cierto bochorno, recordó que hacía menos de tres días que había discutido con Carolina por querer darle una «lección profesional». «Cuantas más hipótesis, mejor. Hay que considerarlas todas»

¿Se habría equivocado de hombre?

19

Celia estaba en el primer banco reservado a los deudos, la segunda empezando por la derecha. Pudo distinguirla desde la entrada por el color anaranjado de su cabello, que llevaba recogido en una coleta. Clotet pudo ver también a Concha, que conservaba el porte refinado y decadente de aristócrata venida a menos. Sin embargo, ella no se había situado junto al resto de la familia; estaba algo más rezagada, en una de las esquinas del tercer banco. Pero, como Celia, llevaba luto.

La fila se nutría de un remolino de gente congregada en torno a la puerta de la capilla. Clotet esperó hasta ver que la turba se disipaba, pues no sentía el menor deseo de verse apretujado entre personas desconocidas y mucho menos de que le achuchasen. Desde que era un niño, nunca había soportado ser empujado, y solía evitar, siempre que podía, los espectáculos públicos y cualquier concentración de gente.

Algunas de aquellas caras le resultaban familiares. Vio pasar a Lola y un minuto después también reconoció en la fila a los otros miembros de la asociación, el administrativo y el secretario. No conseguía recordar sus nombres. Cuando dejaron de entrar en el templo y el tumulto de la puerta se fue lentamente deshaciendo, Clotet se integró en la cola.

Aún le costaba creerlo. Cerró un instante los ojos y pudo oír dentro de su cabeza la vocecita infantil de Manolo, esa voz tan ridículamente andrógina en un hombre de su complexión y estatura. Le parecía mentira la idea de que entonces le quedasen apenas cuatro días y medio de vida.

Tardó unos diez o doce minutos en llegar hasta donde estaban situados los familiares. Finalmente pasó ante Celia, se detuvo un instante y la besó en ambas mejillas. Celia no pudo reprimir un suspiro ahogado. Los ojos, llenos de lágrimas, se le enrojecieron un poco más de lo que ya estaban. Los suyos también debían de estar rojos, supuso, porque se le había hecho un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. Sólo habían pasado noventa y seis horas desde la llamada de Manolo y ahora su voz, silenciada para siempre, descansaba en un brillante féretro de madera de nogal.

Fuera del templo corría un aire suave y el cielo estaba cubierto de unas nubes deshilachadas que impedían ver el sol. Clotet caminaba con aire ausente en dirección a los aparcamientos, recordando su última charla con Soria.

Aquella llamada le había quitado completamente el sueño las dos últimas noches.

—¿Lorenzo?

La voz de Soria, distorsionada por una severa afonía, era, sin embargo, inconfundible.

—Hombre, Manolo, ¿cómo estás?

—Un poco flojo.

—¿Te han dado ya el alta?

—Qué va. Aquí me tienen todavía con el suero. Me dan ideas de irme a casa. Total…—Había una amarga resignación en aquella voz desgastada por la enfermedad.

—Te irás cuando lo diga el médico.

—Cállate, te lo ruego, que te pareces a Celia. Te llamo por otra cosa. Qué… ¿cómo te fue en la asociación?... ¿Encontraste algo en las fichas?

—La verdad es que no —respondió Clotet, y en ese instante volvió a notar la misma inexplicable sensación que tuvo al bajar las escaleras del portal aquella tarde. No había vuelto a pensar en ella ni a preguntarse los motivos.

—Menos mal. Me alivia oírtelo decir… Oye, Lorenzo… ¿sabes que después de tu visita me acordé de una cosa? Sí, sería por el 94 o 95. ¿Quieres creerte que ya no me acuerdo del año con exactitud? ¡Con la memoria que yo tenía! Pero bueno, a lo que iba: un día vino a verme un matrimonio que había perdido a su hijo de quince años. Se había ahogado en el Guadalhorce, muy cerca de Cártama. El caso es que ellos… bueno, ellos no estaban de acuerdo con la versión del juzgado que abrió diligencias sobre su muerte.

Clotet se había quedado callado. No entendía a dónde quería llegar Soria.

—¿Y qué querían que hicieras tú? Atlántida se ocupa de desapariciones de personas…

—Ése es el caso. La ropa del niño fue encontrada en una de las orillas del río. Vinieron los submarinistas, dragaron el fondo del cauce, la desembocadura. Y nada. Estuvieron unos días buscándole y al no encontrar el cuerpo, pasados dos meses, el juez dictaminó que el niño se había ahogado. Abandonaron la búsqueda y lo dieron por muerto.

—Igual que a Tete.

—No exactamente. Por lo visto, la ropa de este niño se encontró el mismo día en que se le echó en falta. No era la primera vez que se bañaba en el río.

—¿Y qué era lo que pensaban los padres?

—Espera un momento. Tengo la garganta seca.

Hubo una larga pausa, de al menos diez segundos. Clotet fue consciente del esfuerzo titánico que era para Soria la charla. «Vamos a dejarlo ya, Manolo», estuvo a punto de decirle.

Soria se le adelantó.

—…Pensaban que alguien se lo había llevado. Tenían metido en la cabeza que había sido secuestrado. Que debían de haberle confundido con otro, porque ellos no tenían dinero con qué pagar un rescate. Pero era lo que pensaban Es más, estaban seguros de que en cualquier momento el secuestrador o secuestradores se pondrían en contacto con ellos.

—Eso es muy típico.

—Te entiendo.

—La familia siempre se aferra a un clavo ardiendo. Prefieren pensar cualquier cosa antes de imaginarse que esté muerto.

—Pero, aunque fuera así, los padres de aquel chaval tenían razones para desconfiar. Horas antes de perdérsele la pista, dos de sus amigos le vieron hablando con un desconocido. Todo eso estaba en las diligencias, ¿sabes?... —Soria se detuvo, como para tomar aliento—. Se pararon a preguntarle qué hacía y él les dijo que iba a bañarse en el río…, que se verían allí una hora después. Sus amigos no pensaban bañarse esa tarde. «Pues yo sí voy», cuentan que les dijo.

—No sé qué decirte, Manolo.

Hubo una pausa. Clotet le oyó carraspear.

—Déjalo ya, Manolo… Estás cansado…

—No, no… No te preocupes —dijo Soria con un hilo de voz—. El día que viniste a verme, le estuve dando vueltas, intentando recordar algo más, porque sé que hay detalles que se me escapan...

—¿A qué te refieres?

—Bueno… me vi varias veces con los padres de… ¿era Alberto?… ¡coño, vaya memoria que tengo!...bueno, estoy casi seguro de que así se llamaba… no te puedes hacer una idea de lo que me insistieron. Claro, Atlántida no podía ayudarles porque, como tú bien sabes, la política de la asociación es respetar las resoluciones judiciales. Pero me comprometí con ellos a hablar con el juez encargado del caso. Viajé a Cártama y le trasladé los temores de aquellos padres. En fin... el juez me dijo que no había ni un solo indicio que apuntara en otra dirección. Que lo sentía mucho y que si aparecía alguna prueba de que el

niño no se hubiese ahogado, él la tomaría en consideración.

—Todo eso es muy interesante, pero no entiendo qué quieres decir con que «hay detalles que se te escapan…»

—Es que sé que me contaron cosas… cosas que no recuerdo pero que creo… estoy casi seguro, vamos, de que quizá podrían establecer una relación entre la desaparición de este chico con las de David Vicente y Pablo. Y no me había dado cuenta hasta ahora. Pero ¡me cago en la leche, no las recuerdo! Por más que lo intento, no me acuerdo.

Clotet recordaba haber sentido un escalofrío.

—Tranquilízate, Manolo.

—Estoy tranquilo, sólo que…—Soria se sulfuró dentro de su debilidad—: ¡me da coraje no recordar las cosas!

—¡No pasa nada!

—Te llamo en cinco minutos —dijo Soria, con voz cascada, y colgó.

Clotet no tuvo tiempo de hacerle desistir, como quería. Supuso que Soria querría reponer fuerzas, y que por eso había colgado.

Encendió un cigarrillo y se puso a cavilar. Presentía que pronto iba a averiguar algo terrible.

El teléfono de Clotet sonó a los cinco minutos exactos.

—¿Por qué no lo dejamos…?—dijo Clotet nada más descolgar.

—Estoy bien… De verdad, Lorenzo… estoy bien.

Clotet se tomó un respiro para no agobiar a su amigo.

—Vale —dijo al poco—. ¿Abristeis alguna ficha?… ¿No conservas nada de aquello en la asociación?

—Ficha, no. Yo tomé notas a lápiz, como hacía siempre que venían a pedirme ayuda, y deben de estar en uno de los libros de tapa negra que utilizaba como diario… Debería estar archivado. Vete tú a saber. Puedes intentarlo, aunque no… no será fácil que des con esas anotaciones.

—Quiero que me escuches un momento, Manolo… Llevo mucho tiempo pensando en una cosa…—Clotet se detuvo.

—¿Qué es? Dime.

—El Topo… Creo…

Soria comenzó a protestar afablemente y, por increíble que pareciese, también a reírse.

—No te rías.

—Por favor, Lorenzo —suplicó Soria—. No existe eso que tú llamas El

Topo.

—Yo no me lo he inventado. Lo acuñaron en la Gendarmería de Nancy.

—Lo sé.

—Es una teoría muy sólida.

—¿Crees que no he hablado de ello con la policía? Y lo tomaron en cuenta pero…

—Escúchame, Manolo. No quiero cansarte más. Un secuestrador «fortuito» se mantiene al margen. En Nancy resolvieron el caso porque Claude Martell fue más listo que el secuestrador, que era muy inteligente, por cierto. Comprendió que se enfrentaba a un «proyecto», y no a un hecho aislado.

—No tengo ni idea de cuántas fichas de socios habrá ahora…—dijo Soria — pero no bajará de quinientas.

—Quisiera revisarlas. Tal vez me dé alguna pista.

—Como gustes, aunque estoy seguro de que no.

—Tu amiga Lola no me lo puso fácil.

—Vaya. Pues yo pensaba que sería al revés… Sinceramente, me cuesta entenderlo. ¿Qué motivos te dio?

—La Ley de Protección de Datos.

—Es verdad. La Agencia es muy estricta. No se puede jugar con ellos.

—Por lo menos, me dejaron ver las fichas. Pero tuvo que convencerla el secretario. No sé qué pasará si vuelvo a pedirle lo que dices.

—Yo lo arreglaré, no te preocupes.

20

Esta vez, no.

Por una vez no escondería la cabeza debajo del ala ni huiría de la realidad cerrando los ojos ante lo evidente. Si era incapaz de conciliar el sueño, no lo solucionaría aumentando la dosis de Orfidal. En cuanto subió a su Patrol, Clotet se prometió a sí mismo que llegaría hasta donde le permitiesen sus fuerzas y su inteligencia. O no podría dormir tranquilo nunca más.

Y su primera decisión ya estaba tomada. Iría a Cártama. Tenía que encontrar a los padres de Alberto Núñez.

Aun siendo agnóstico, a menudo Clotet dirigía plegarias a un cielo que era supremo en sí mismo. Por la edad de Alberto al ocurrir los hechos, imaginaba que sus padres tendrían entre sesenta y sesenta cinco años. Clotet rezaba para que se le concediese el favor de encontrarlos. Había implorado que al menos uno de los dos no hubiera muerto y que siguiese viviendo en Cártama. Era vital poder entrevistarlo. Tenía que saber qué era lo que había ocurrido exactamente en aquella tarde de verano de 1995.

Si conseguía encontrar indicios que conectaran las *desapariciones* de los tres niños, tendría que tomar rápidamente una decisión.

Soria, aun exhausto por la enfermedad, había tenido arrestos para hacerle un último favor. Al día siguiente de hablar con él, le había llamado Lola Tortosa. Lo primero que había hecho Lola después de saludarle había sido pedirle perdón por la brusquedad de su comportamiento en la sede de la asociación. Los buenos oficios de Manolo habían obrado aquel agradable cambio de actitud.

Quedaron para la mañana siguiente, a la una. La presidenta de la asociación contaba con una sola hora para dedicársela ese día. Teniendo en cuenta que la sede se abría únicamente tres tardes a la semana, Clotet no podía sino estar agradecido. No se atrevió a ponerle pegas a Lola pero, siendo sincero, la hora le venía fatal. Tenía el taller patas arriba, llevaba demasiado retraso en la entrega de los aparatos pendientes, cosa del todo inhabitual en él, que si de algo tenía fama, era precisamente de cumplir con total escrupulosidad los plazos establecidos de antemano para las reparaciones. Clotet criticaba a menudo la informalidad de los andaluces. Pero desde que apareció la imagen de Pablo en el televisor que acababa de reparar, se había vuelto un desastre. Y

lo peor era que seguía aceptando aparatos averiados como si nada hubiese sucedido en su vida.

Cuando regresó a la sede de la asociación para la cita, habían arreglado el ascensor. Clotet se sintió aliviado: le desesperaba tener que mantener una conversación faltándole el aire.

Lola le estaba esperando en su despacho. Manolo la había puesto en antecedentes, de manera que pudo ahorrar tiempo en explicaciones e ir directamente al grano.

—Vamos a ver si encontramos esas notas —dijo resuelta ella, levantándose como un resorte.

La presidenta le llevó hasta la oficina, cogió una media escalera y alcanzó cuatro libros de tapa dura. Tres eran de color negro y uno rojo burdeos. No tenían anotaciones en la tapa. Luego los colocó en una de las mesa y les dio la vuelta.

—Buscaremos los dos al mismo tiempo, para agilizar la cosa… ¿Qué le parece?

Clotet asintió.

El primero de los libros que había abierto Lola Tortosa iba del 5 de agosto del noventa al 22 de septiembre del noventa y cuatro. Lo cerró, lo puso a un lado de la mesa y fue a coger otro. En ese instante oyó un susurro de aprobación. Clotet tenía en sus manos el que parecía el bueno. Aunque las primeras hojas no estaban fechadas, hacia la página quince apareció la primera data: 14 de mayo de 1995. Clotet pasó con cuidado las páginas: había bastantes anotaciones sin fechar y en ninguna de ellas se mencionaba nada que cuadrase con lo que le había contado Soria. Muchas de las anotaciones no tenían que ver con desapariciones de personas, sino con la gestión de la asociación en sí y con los problemas del día a día. Clotet se sintió decepcionado cuando había llegado a mediados de septiembre sin encontrar nada. Pese a ello, volvió a repasarlo: en una página sin fechar, de la parte final, observó la anotación siguiente:

«Cita con el juez, martes ocho, a las doce y media. El padre volvió a llamar esta tarde. Cree que a su hijo pudieron llevárselo en un coche de color crema o gris. El juzgado tiene constancia de lo del vehículo».

Justo debajo había una línea de separación y ninguna referencia más en las siguientes páginas.

Clotet mostró su hallazgo a Lola, que lo leyó con sumo interés.

—¿Era eso lo que estaba buscando?

—Por las trazas, parece ser que corresponde a ese crío. Pero esto es una parte sólo. Tendría que haber más. Manolo me dijo que se había entrevistado con los padres y había tomado notas de lo que le contaron.

Lola meneó la cabeza.

—A Manolo le falla bastante la memoria —dijo, devolviéndole el libro.

—Ya lo sé. Pero estaba muy seguro de que lo anotó en el libro.

—Era muy desordenado —los ojos de la presidenta recorrieron las estanterías, como diciendo: «si supieras cómo estaba todo esto cuando yo me hice cargo»—. Apuntaba las cosas en cualquier papel. Seguramente se olvidó de pasar las anotaciones al libro.

Clotet no dijo nada al respecto.

—Creo que es mejor repasar los otros libros, por si acaso. Puede que se haya confundido con las fechas.

Lola deslizó la vista con disimulo hacia su reloj.

—Le dejo llevárselos. Tómese el tiempo que necesite y, luego, los devuelve. ¿Le parece bien?

—Por mí, encantado. Pero no quiero crearle problemas con Protección de Datos.

Lola sonrió.

—Estos libros no están sujetos a la norma. Tienen el tratamiento de una agenda particular. En cuanto a lo del fichero, tendrá que ser otro día. Ya se lo he dicho al secretario y me ha prometido que se ocupará él. Llámele mañana a la tarde —deslizó una tarjeta en la cubierta del primero de los libros—. Le atenderá el tiempo que le haga falta.

—Fenomenal —Clotet se levantó fatigosamente—. Bueno, no quiero entretenerla más. Si pudiera… —continuó, como si reflexionase— si pudiera dar con las señas de la familia del niño… Me facilitaría mucho las cosas.

—En eso no creo que pueda ayudarle. De todas maneras, siempre tiene la posibilidad de acudir al juzgado de Cártama. O sencillamente preguntar a la gente del pueblo. Un suceso así tiene que recordarlo mucha gente.

Clotet hizo el gesto de rechazar amablemente el consejo.

—Es mejor no levantar la liebre.

Lola se encogió de hombros y, acto seguido, hurgó en los delgados cajones de una mesa auxiliar, dando a la tercera con una bolsa de plástico bastante robusta. Clotet introdujo los libros y dio las gracias a la presidenta.

—No se olvide de devolverlos, ¿vale?

—¿Por quién me toma?—Clotet sonrió jovialmente—. No se preocupe. Se los traeré esta misma semana o, a más tardar, la próxima.

21

El teléfono, a última hora de la mañana. ¡Cómo lo odiaba!

Castillo lo miró un instante sin decidirse a cogerlo. La llamada venía de la unidad administrativa. Siempre temía que fuese algo relacionado con su padre. En tal caso, no traería precisamente buenas noticias. Sin embargo, se tranquilizó algo al considerar que la cuidadora tenía la costumbre de llamarle al móvil. Y el icono de cobertura de red de su móvil estaba en el máximo nivel.

Descolgó, tenso. Podía ser un aviso urgente. Peor aún.

—¿Has terminado?... Es que una mujer te está esperando desde hace un rato.

Era obvio que el tono de la administrativa insinuaba algo así como «qué callado te lo tenías, sinvergonzón»

A Castillo no le gustaban esa clase de insinuaciones. Paula le caía bien, aunque era un poco cotilla.

—¿Una visitadora?

—No sé. No creo.

—Ahora mismo voy.

Salió en dirección al mostrador. Allí reconoció inmediatamente a Carolina, la mujer de Fernando Muriel, pese a que iba peinada de muy distinta manera a la de aquel día en la playa y a que tenía el pelo de otro color, más claro sin llegar a rubio.

—Hola.

—Hola. ¡Lo que me ha costado encontrarle!

Se estrecharon la mano. La administrativa trataba disimuladamente de no perder hilo.

—Hace poco vi a su marido. Estuvimos hablando un rato.

—¿Ah, sí? No me ha comentado nada. ¿Podría hablar con usted un momento?

«¿Hablar? ¿De qué?». Castillo sentía una mezcla de curiosidad y recelo.

—Claro. Vamos a mi despacho —propuso quitándose simultáneamente la bata.

Ella cogió la bolsa de papel con publicidad de una tienda de ropa, que había depositado en el suelo, y le siguió; y la sonrisa malévola de Paula Díaz siguió a ambos mientras desaparecían por el pasillo del área de consultas.

—Me ha cogido en mal momento. Tengo un poco de prisa —dijo Castillo en tono de disculpa en cuanto se sentaron.

—Voy a entretenerle muy poco —prometió Carolina—. Yendo al grano es más sencillo para mí. Y para usted, estoy segura que también…

—Tuteémonos, si te parece —propuso Castillo, interrumpiéndola—. Es lo que ya hemos hecho Fernando y yo.

Carolina asintió sonriendo.

—Necesito que me orientes —dijo con desparpajo—. ¿Podrías?

—Depende de lo que sea —respondió Castillo con una sonrisa amable.

—Claro —Carolina sonrió también—… Un adolescente desapareció en noviembre del año pasado; seguramente habrás oído o leído algo. Se llama Pablo González y es el hijo de un amigo mío.

—Lo dieron en las noticias unas cuantas veces —añadió Castillo—. Desde entonces, no he vuelto a oír nada.

—Lo que pasa en estos casos… deja de ser actualidad demasiado pronto —opinó Carolina—. Pablo tiene dieciséis años. En todo momento, tanto sus padres como la Unidad de Personas Desaparecidas han pensado que se trataba de una fuga… Pero yo no. Tengo miedo de que haya sido secuestrado. Estoy preocupadísima…

—¿Y Fernando? ¿También él se inclina por la hipótesis de la fuga?

—Fernando no ve indicios para pensar en otro motivo —explicó Carolina sin disimular cierto reproche en el tono.

—Ya… ¿Y qué puedo hacer yo?

—Si te leyeses los informes, estoy convencida de que sabrías decirme si es una fuga o no. Y si tú lo crees, yo también.

—Lo tomaré como un halago, pero, mujer, eso es un disparate.

—¡De ninguna manera! —Carolina volvió a sonreír—. Yo fui testigo, ¿recuerdas? El Ciclista fue idea tuya.

—No fuiste testigo de nada —rechazó Castillo—. Sobrevaloras lo que viste.

—Déjame que yo decida eso. Decide tú respecto a lo otro y no te robaré ni un minuto más—. Carolina sacó una carpeta de la bolsa y la depositó sobre la mesa.

—Vale. Leo esos informes —dijo Castillo mirando de soslayo la carpeta pero sin hacer ademán de cogerla—. ¿Y luego…?

—Me llamas. O yo te llamo, lo que quieras.

Castillo resopló y a continuación se entretuvo en hojear por encima el contenido de la carpeta, unos treinta o cuarenta folios con fotos intercaladas y sujetos por un clip. Después de estar así medio minuto aproximadamente, volvió a depositarlo sobre la mesa.

—Perdona mi torpeza… ¿Qué hace esta información en tus manos?—dijo el médico, más en tono de curiosidad que de reproche.

Sin embargo, Carolina se sonrojó. Y su anterior desenvoltura pareció haber desaparecido.

—Bueno… —titubeó— La he conseguido a través de Fernando. Él sabe que es muy importante para mí que se solucione esto.

—¿Y crees que es prudente que me la quede yo?

—¿Por qué no? No me hubieras hecho esa pregunta si pensaras darle un mal uso.

Castillo se sorprendió con la respuesta. Demostraba reflejos e inteligencia.

—Eso es cierto —convino.

—Fernando ha alabado varias veces tu discreción con lo de El Ciclista. Perdona que te lo diga de esta manera pero él pensaba al principio que ibas a irte de la lengua con la prensa.

—Me consuela mucho saberlo —ironizó amablemente Castillo—. Pero piensa un momento… —cogió la carpeta y la sostuvo unos segundos con su mano izquierda—. ¿De verdad crees que voy a poder despejar todas tus dudas leyéndome esto?

—Sí

—Esas expectativas no son nada realistas.

—¿Qué decides?

—Mejor te llamaré yo.

Carolina estaba radiante. Sacó una tarjeta del bolso y se la entregó a Castillo con una sonrisa de gratitud.

—Te agradezco el favor —le ofreció la mano. Luego cogió la bolsa vacía y se dispuso a marcharse.

La voz de Castillo la detuvo cuando tenía el pomo de la puerta en la mano.

—Por curiosidad… ¿sabe tu marido que has venido?

Ella se volvió.

—Claro que no —dijo sonriendo—. Si vuelves a hablar con él, te agradecería que no le dijeses nada.

El saludo de Paula al marcharse, aún conservaba esa indulgente

complicidad que había derrochado al avisarle de la presencia de Carolina, como si quisiese expresar con él que, desde ese momento, ya tenían ambos un pequeño secreto que compartir. Castillo se dijo que no merecía la pena dedicarle ni un segundo en su pensamiento. Hiciese lo que hiciese y dijese lo que dijese, estaba en el carácter de Paula el no poder dejar de albergar esa maliciosa percepción de ciertas cosas. De modo que se propuso pensar en el «asunto» que le había colado de rondón la atractiva e inteligente Carolina y, cosa curiosa, lo primero que le vino a la cabeza fue Bernal. Había pasado casi un mes desde que se vio con Muriel y todavía no había recibido ni una sola llamada de éste. La realidad era que no esperaba mucho de Muriel (menos que mucho: nada), por lo que, entre el temor y la esperanza, leía todos los días la prensa con detenimiento, tratando de hallar una respuesta al enigma de la desaparición de Luis. En este particular, la balanza estaba muy desequilibrada pues los temores ocupaban el noventa y nueve por ciento, y la esperanza apenas llegaba al uno, dado que la prensa en un asunto así solía recoger únicamente las malas noticias (las buenas, simplemente no eran noticias).

Además de en Bernal, durante el trayecto de vuelta a casa, Castillo tuvo la mente ocupada en su desesperante debilidad de carácter. Estaba claro que no sabía decir que no y que no aprendería nunca a hacerlo.

No era una buena señal que el televisor estuviese encendido a mediodía. Solía indicar que Sandra estaba de mal humor. Y así era: Sandra tenía la mirada huidiza y estaba seria y callada. Algún problema con los dueños del centro de reconocimientos médicos; probablemente que habían vuelto a insistirle en que tenía que trabajar los sábados, dedujo. Castillo había aprendido mucho tiempo atrás que era mejor no preguntarle el motivo. Evitaría una discusión. Ella, de todos modos, acabaría por decírselo y no tardaría mucho en hacerlo.

Después de calentar los espaguetis en el microondas, repentinamente Sandra le miró furiosa.

—¿Es que no pensabas contármelo?

Castillo hizo un rápido repaso mental para tratar de descubrir en qué había podido contrariarla. Pero no se le ocurrió nada.

—Contarte…

—No te hagas el loco. Sabes que no te pega.

—De verdad…

—Nunca más voy a creerme nada de lo que me digas —advirtió Sandra.

Castillo apartó a un lado su plato.

—Haz el favor de decir ya de qué se trata.

Sandra se puso roja de pronto. «Mal asunto»

—Lo que más me fastidia es que te creas que soy imbécil. Me lo prometiste. Pero, claro, ¡tu amiguito ha venido en busca tuya y tú te derrites de vanidad!—bramó Sandra, sarcásticamente.

Castillo procesó las palabras de su esposa. «¿Cómo había podido enterarse?». Fue más lejos. Ya habría tiempo de conformarla.

—¿Luis? ¿Le has visto?

—Vete a la mierda, Ramón.

Furiosa, Sandra hizo varios ovillos seguidos de espaguetis y se los tragó casi sin masticarlos. Terminó el plato rápidamente y se comió unas piezas de fruta sin levantar la vista del plato. En ningún momento volvió a dirigir la palabra a su marido.

—Si no me dejas hablar… bueno, si no me escuchas un momento —Castillo apagó el televisor y luego la cogió suavemente del brazo. Ella lo apartó de un tirón, le arrebató el mando y volvió a conectarlo—, no sé cómo vamos a aclararlo…

—¿Qué vamos a aclarar?—preguntó Sandra, completamente ofuscada—. ¿Cuántas veces me has mentido? ¿Eso es lo que quieres que aclaremos?

—Sandra… Por favor, contéstame: ¿has visto a Luis o has hablado con él por teléfono?

—No me hace falta verle para saber que ha vuelto a liarte.

—Luis lleva desaparecido un mes. Se fue del hotel sin avisar, pero se dejó sus cosas. La policía de Málaga no da con él.

Sandra hizo un gran esfuerzo para disimular su sorpresa mostrando indiferencia. Pero era evidente que estaba sorprendida.

—Ha llamado Miguel Gaona —dijo Sandra algo más calmada—... Me ha dicho que ha perdido el número de tu móvil y que lo llames, que quiere saber cuándo viste a Luis por última vez, porque cree que estuvo con un tal Álvaro unos días después… Dime, Ramón ¿por qué no me lo contaste?

Castillo suspiró con fuerza buscando tiempo para hallar las palabras adecuadas. El locutor había metido la pata hasta la ingle. Sentía rabia por no haber previsto que Miguel Gaona podía llamarle a casa y por no haberle advertido que no lo hiciera. También estaba decepcionado porque había creído de veras al escuchar a Sandra que Bernal al fin había aparecido.

Ahora tocaba arreglar el desaguisado.

—Porque te enfadarías —Castillo intentó tocar de nuevo el brazo de Sandra y ésta lo apartó de golpe— ¡Qué culpa tengo yo de que viniese a buscarme!... Yo lo…

—Venga ya —le cortó Sandra. ¡Resulta que tú eres la víctima!—clamó, airada.

—Yo lo único que hice —prosiguió Castillo con la frase que se dejó a medias — fue encontrarme con él un día para tomar un café. Me aseguró que estaba de paso, que había venido de vacaciones y que quería saludarme.

—Ya. Y te lo guardaste. ¿Qué soy para ti? Un cero a la izquierda —se contestó a sí misma, Sandra.

—Si no te lo tomaras tan mal… ¿Qué iba a hacer yo?—levantó ligeramente la voz— ¿Cómo iba a decirle que no a tomar un café? Entiéndelo, Sandra. Nos conocemos desde hace veinticinco años…

—Seguro que sólo quería saludarte —dijo ella con una sonrisa agria.

—No —admitió muy serio, Castillo—. Luis conocía a Natalia Blanes, la mujer que asesinaron en el paseo marítimo, desde que era pequeña…

Sandra estalló:

—¿Lo ves? ¿Es que no te das cuenta de que lo único que le interesa de ti es lo que te pueda sacar? Ésa es la amistad que te ofrece Luis.

—Yo también le he pedido favores. Recuerda que me ayudó en Portas.

—Eres un vanidoso —afirmó ella—. Haces lo que cualquiera te pida con tal de demostrar que eres el más listo. Y poder pavonearte luego.

Las palabras de su mujer golpearon con violencia a Castillo. En Portas, cuando el azar le condujo a investigar las muertes de aquellos hombres, Sandra había estado a su lado. Incondicionalmente. Claro que entonces acababa de echarle el ojo y hubiese hecho cualquier cosa por él. «Pero el tiempo lo cambia todo, ¿no es verdad?»

—Estás siendo un poco injusta —dijo con tristeza.

Sin embargo, Sandra tenía parte de razón en lo que decía. Naturalmente que buscaba gratificación a su vanidad. Quizá había confundido hasta ese momento debilidad de carácter con vanidad, y era esta última la que le arrastraba en sus decisiones. Aunque de ahí a pavonearse… Al contrario. Con la única persona que se había pavoneado era consigo mismo. Siempre en secreto, por supuesto.

—Ése eres tú, Ramón. Lo quieras o no. Siempre antepondrás tu vanidad.

—Escúchame…

—¿Para qué?

Castillo la atrajo hacia sí. Ella se dejó a medias aunque apartó la cara. «Déjame, por favor; tengo prisa» Pero él no la soltó, sino que se esforzó en rodearla con sus brazos y la besó en el cuello «Mentira; no me des esa excusa». Castillo hizo todo lo posible por besarla en la boca; necesitaba el «beso del perdón», pero no fue capaz de obtenerlo. A lo más que llegó fue a juntar sus labios con los de Sandra un instante. Los labios de Sandra permanecieron apretados, fríos y duros, hasta que consiguió zafarse del abrazo.

—Quita —dijo sin mirarle.

Se sintió extraño ante aquella respuesta. Era como si Sandra de pronto hubiese descubierto que era otra persona y, horrorizada y asqueada, se lo hubiese restregado por la cara con una sola palabra. Como si se hubiese quebrado toda confianza entre ambos. Se sentía sucio.

Apagó el televisor y se dejó caer, cansado y roto, en la silla de la cocina.

En cuanto Sandra se marchase al trabajo, caviló Castillo, haría lo que otras veces. Le dejaría una explicación completa de lo ocurrido. Por escrito. Ella apreciaba ese proceder; Sandra apreciaba cualquier cosa que se saliese de lo corriente. Empezaría por el principio, por el día en que Luis le llamó, engañándole, aunque admitiría que él sospechaba de sus verdaderas intenciones. Luego, lo que le «obligó» a hacer, empujándole hasta el paseo marítimo. Y que le había advertido a Luis que no debía llamarle nunca más, que debía olvidarse de él. No mencionaría, claro, que la excusa que le había dado era ella, el daño que a ella le infligía todo aquello que Luis le pedía hacer siempre. Le contaría lo de la cinta y lo que había hecho después a sus espaldas.

Pero omitiría lo que estaba dispuesto a hacer. Y lo primero que tenía que hacer era quitar de en medio la carpeta que le había entregado Carolina. Sandra no debía verla.

Acababa de comprender que había estado engañándose a sí mismo todos esos años. No había *ninguna* razón para negar que le gustara participar en la investigación de un crimen. Y que los verdaderos profesionales tuviesen confianza en su capacidad para analizar los casos difíciles. Sí, era verdad: le halagaba.

22

Castillo escribió su nota y la dejó en el tocador. Sandra la vería en cuanto volviese a casa. Calculó lo que sucedería al leerla: primero la sostendría con desdén e incluso puede que la arrojase de mala manera sobre el mismo lugar de donde la había cogido (nunca al suelo; Sandra jamás tiraba conscientemente nada al suelo), pero un rato después la habría leído un par de veces y, para entonces, se habrían desalojado de su cabeza el cúmulo de reproches que todavía le tenía preparados. La situación volvería a la normalidad de modo natural, sin más explicaciones. Era curioso, pensó más tarde, que cada vez que rellenaba una de aquellas «confesiones», surtiese un efecto parecido al de tomar un baño de burbujas. Para ambos.

Luego, Castillo salió a pasear y estuvo fuera durante una media hora. Echó la mente a volar. Bernal, el origen aparente de la zapatiesta con Sandra, se llevó la parte del león en sus pensamientos. «¿Dónde te has metido?» Aquella maldita cinta le daba muy mala espina. Resultaba más que evidente que, con las sugerencias que había deslizado Monroy durante la conversación, Luis debía de haber estado investigando, y todo hacía temer que había dado con la identidad del asesino. Debió de darse cuenta cuando era demasiado tarde para reaccionar. Quizá *sólo* lo supo cuando ya estaba muerto.

Bernal había decidido maniobrar sin ayudas externas y sin conocimiento del Grupo de Homicidios. Una insensatez que era muy probable que le hubiese costado la vida. Los otros crímenes con los que relacionaba la prensa la muerte de Natalia no habían merecido comentario alguno por parte de Luis cuando le citó a primeros de enero. Pero por entonces acababa de aterrizar en Málaga. Puede que en aquellos momentos no contase con suficiente información. Que ni siquiera supiese la identidad de las otras víctimas. Con cada nueva escucha de la cinta (e iban cinco), más se aposentaba en su cabeza la idea de que Bernal estaba muerto. Y de que nunca sabrían lo que le había ocurrido si no eran capaces de dar con el autor de los asesinatos de las tres desdichadas. Sentía a menudo la tentación de llamar a Muriel y decirle lo que pensaba; incluso había llegado a tener su número en la pantalla, listo para hacer la llamada. Le había faltado decisión para hacerlo. ¿Valor? Sencillamente se hubiese sentido estúpido diciéndole cuáles eran sus sospechas.

Cuando regresó a casa, a eso de las seis menos cuarto, se puso a clasificar la correspondencia de los dos últimos días, la mayoría recibos bancarios y movimientos en cuenta, y estuvo revisando las nóminas de diciembre y enero, antes de unirlas al resto. En veinte minutos había terminado. Hasta las ocho y media o las nueve, dependiendo del tráfico, Sandra no volvería de la residencia de ancianos. Pensó en qué ocupar el tiempo.

El «encargo» de Carolina reposaba en aquella carpeta de cartón marrón sin elásticos, que había ocultado al celo de Sandra en el penúltimo cajón del *shiffonier* de la salita, donde guardaba sus viejas cintas de audio, lugar en el que ella no revolvía nunca. Se había olvidado de él hasta ese instante. Fue por la carpeta, se preparó un güisqui con soda y puso un disco de jazz en el lector del equipo. Era una grabación técnica y musicalmente estupenda, titulada Moodsville, a cargo de Bennie Wallace, un saxofonista contemporáneo por el que sentía especial devoción. Comenzó a leer en orden los folios del expediente. Datos personales, sociofamiliares y de entorno, historial médico, circunstancias de la desaparición, declaraciones de padres y amigos. Asimismo, se había incluido un informe separado con las opiniones de algunos profesores del instituto acerca del carácter de Pablo, su conducta y rendimiento académico. Los cinco folios siguientes detallaban el trabajo de la Unidad, iniciado el día siguiente a la desaparición. No todas las fotos que acompañaban los informes eran recientes. Castillo las miró con atento interés. Tenía la sensación de estar contemplando la imagen de un joven tímido, introvertido, y no sabía muy bien el porqué. El último folio no era exactamente un informe. Estaba escrito por una sola cara y venía firmado por Carolina Granados. Castillo lo leyó detenidamente. Ahí estaban todos los motivos, enumerados y separados, por los que Carolina no creía que Pablo se hubiese ido voluntariamente de casa. Incluían una interesante digresión sobre los factores que, en su opinión, habían contribuido a «contaminar» el punto de vista de los investigadores y los padres, haciendo que se reforzase artificialmente la hipótesis de la fuga. Las conclusiones de Carolina estaban guiadas por el sentido común. Tras sopesarlas, releyó lo relativo a las circunstancias de la desaparición y al trabajo de la Unidad. No podía inclinarse a favor de las tesis oficiales ni tampoco por las de la mujer de Muriel. Ambas eran igual de plausibles. Entendió en ese momento que los informes no eran suficientes para extraer sus propias conclusiones, que le faltaba «conocimiento de la situación». Sacó la tarjeta, que se había guardado

en el bolsillo trasero del pantalón, y llamó a Carolina. Tras el segundo tono, apareció en pantalla el aviso de que había colgado y, unos segundos, después recibió la llamada de ella. Era una imprudencia gratuita que contravenía lo acordado por ambos. ¿Qué hubiese sucedido de estar cerca Sandra, y más después de la reciente discusión y el enfado de ella? Educadamente se lo hizo saber sin detallarle los motivos. Simplemente, no era conveniente por su situación personal, añadió.

Carolina se disculpó. Estaba ansiosa por saber qué opinión se había formado después de leerlo *todo*. Evitó mencionar la hoja que había colado en la carpeta. Tenía puestas sus esperanzas en haberle impresionado con ella y lo dejaba traslucir su tono de voz.

—Tus consideraciones están muy bien fundamentadas —comenzó diciendo elogiosamente el médico—. Es un trabajo interesante el que has hecho.

—Lo he estado meditando mucho. Le he echado un montón de horas —explicó ella, halagadísima.

—Puede que estés equivocada, ¿eh? Hay muchas posibilidades de que se haya fugado. Quiero que lo sepas.

Carolina recibió aquellas palabras tan tibias como un jarro de agua fría.

—Eso espero yo también —acertó a decir.

Castillo no pudo ser más explícito en cuanto a la demanda inicial de Carolina. Lo sentía pero carecía de suficientes elementos de juicio. Sí, había algunas cosas que no tenían demasiada lógica, cosas inquietantes, como que Pablo hubiese dejado de utilizar el móvil, que no hubiese tenido contacto alguno con la chica con la que estaba saliendo, que se hubiese marchado sin cogerles dinero a sus padres; y sobre todo, que fuese capaz de resistir varios meses sin recursos de ninguna clase. Sin embargo, el trabajo policial parecía bueno y hasta concienzudo en algunos aspectos, y sus padres, que lo conocían mejor que nadie, no dudaban de que se había marchado de casa: la fuerte discusión sobre el perro que terminó con un portazo, sus malos resultados en los últimos exámenes… Además, la personalidad independiente y tozuda de Pablo les animaba a pensar que estaba sobreviviendo sin muchos problemas. Sus peores temores eran que hubiera caído en manos de gente desaprensiva; Amanda mencionaba varias veces la palabra secta.

—Hay algo muy raro en todo esto —insistió Carolina.

—Te dije que no confiases demasiado. Me gustaría darte la razón, pero no sería honrado por mi parte.

—No te preocupes.

Castillo quedó en devolverle la carpeta al día siguiente, por la tarde. Se verían en el centro, concretamente en la esquina de Larios con La Plaza de La Constitución, a la puerta de una tienda de calzados.

A las ocho y media, Sandra le llamó al móvil. Estaba en el aparcamiento de la residencia de ancianos. No había conseguido arrancar el coche, había llamado a asistencia en viaje y estaba esperando a que llegase la grúa. La operadora de su compañía de seguros le había ofrecido un taxi para volverse a casa, pero ella prefería que fuese él a recogerla al aparcamiento.

Le agradaba que Sandra hubiese pensado en esa solución. Era buena señal. El único inconveniente era que Jorge terminaba a las nueve el entrenamiento en Ciudad Jardín. Sandra había pensado que llamase a los padres de uno de sus amigos y compañero de equipo, Jesús Dorado, que vivía muy cerca de ellos, para que lo recogiesen y trajesen a casa. Para cuando hubiesen vuelto de Churriana, todavía andarían ellos de camino a casa. Castillo optó por no llevarle la contraria; personalmente hubiese preferido ser él quien recogiese al niño; era reacio a pedir esa clase de pequeños favores. Y para colmo, el padre de Jesús le parecía un auténtico pelmazo, que tarde o temprano se lo cobraría con creces.

—Voy para allá. Si no hay mucho tráfico, estoy en veinte minutos —prometió. Y llamó a Oscar Dorado, que le entretuvo cinco minutos, repitiéndole cinco veces cada frase.

No llegó hasta pasadas las nueve al aparcamiento de la residencia. Sandra no estaba. Atravesó la verja y llamó al timbre. Desde la puerta acristalada pudo verla volverse; estaba en el mostrador de recepción. Ella le hizo una señal con la mano de que esperase fuera.

Sandra apenas le miró al saludarle. Únicamente le preguntó si había llamado a los padres de Jesús.

A mitad de camino, Castillo entendió la razón que inspiraba su idea. Sandra había elegido el coche porque necesitaba estar a solas con él para decírselo pero no quería mirarle a la cara mientras lo hacía. Le hubiese resultado muy difícil.

—Tenemos que dejarlo, Ramón. Ya no aguanto más.

Castillo tragó saliva, incrédulo. Al momento, se le secó la boca.

—Dejarlo…—repitió como sonámbulo—. ¿Es por lo de hoy?—dijo, tratando de encontrarse con la mirada de ella. Pero Sandra no desviaba sus

ojos del parabrisas—. Si es…

—Mira la carretera, por favor —le interrumpió ella.

—¿Esto te… ha venido de pronto?—balbució Castillo.

Sandra negó con la cabeza. Luego bajó la vista.

—No quiero obligarte a que te marches. Tú tienes la casa de tu padre…

Castillo se quedó paralizado. Durante unos segundos no supo qué decir.

—Veo que lo tienes todo pensado.

Ella suspiró entrecortadamente, como si fuese a llorar. Luego, dijo con voz firme:

—He perdido la ilusión que tenía al principio. ¿Cómo te lo explico…? Creo… de verdad, creo que no te conozco.

—Yo sí te conozco a ti. Por lo menos hasta hace un momento, sabía cómo eras. ¿Qué es lo que ha cambiado, dime? ¿Qué se ha roto…? No lo entiendo, Sandra. Y… no sé…—se le fue alterando la voz— hace un rato parecía que me conocías muy bien. Me has hecho una radiografía perfecta —ironizó lleno de amargura y estupor.

Sandra se mantuvo callada unos segundos. Luego dijo:

—Tengo la sensación de no saber con quién me levanto cada mañana, Ramón. Eres otra persona distinta… Ya no me siento bien a tu lado.

No era un pronto, desde luego. Sandra había estado cociendo a fuego lento su decisión. ¿Cuánto tiempo? A Castillo le dolía eso tanto o más que el hecho de que le hubiese exigido terminar. Durante semanas, meses tal vez, ella había estado interpretando un papel. Ahora entendía muchas cosas. Por ejemplo, aquel enfado… Sandra estaba sobreactuando; inconscientemente quizá, pero sobreactuaba. De ese modo se allanaba el camino con vistas al paso que se disponía a dar. Se sintió completamente ridículo al recordar la nota que le había dejado en el tocador. La suya era una tristeza avergonzada. Había estado ciego y, sobre todo, había sido increíblemente ingenuo.

Todo eran excusas. Su mujer le conocía perfectamente: era su vanidad la que se sentía ultrajada por no haber sido capaz de sospechar lo que estaba ocurriendo.

Ambos estuvieron callados unos minutos. Era inevitable pensarlo. Sandra se relacionaba con mucha gente que él desconocía. A la altura del parque, Castillo le preguntó a su mujer:

—¿Has conocido a alguien?

Ella se echó a llorar. Y no volvió a despegar los labios hasta que llegó

Jorge a casa.

¿Era eso un sí? La cabeza comenzó a darle vueltas. Tenía que conseguir que despejase sus dudas.

O se volvería loco.

23

Sonó la alarma del móvil y el sueño de Lorenzo Clotet se desvaneció de golpe. En el momento de despertar se encontraba caminando, con toda la ropa mojada, junto a unas vías de tren, en un paraje que le resultaba conocido. Había algo que le desconcertaba en el transcurso del sueño —ahora lo sabía al despertarse—, y era que jamás había pasado el tren por aquel lugar. De pronto recordó que el sueño había comenzado en un viaje hacia no sabía dónde. Sólo sabía que circulaba en dirección al Puerto de Las Pedrizas, cuando se encontró con una masa de agua empantanada que alcanzaba la carretera. Se dio el consiguiente susto pero pudo sortearla saliéndose de la calzada. Sin embargo, al volver de su viaje, probablemente a causa de una distracción, se vio atrapado por aquella incomprensible presencia líquida. El Patrol comenzó a hundirse lentamente y Clotet observaba angustiado «en el interior de su sueño» que era incapaz de salir por ninguna de las puertas. Estaban atascadas. Finalmente, con el vehículo cubierto por entero, Clotet «se vio a sí mismo» escapando a través del techo, lo que era muy raro porque su coche no disponía de ventanilla en el techo. Consiguió ascender hasta la superficie, tomar aire y nadar en medio del agua calma hasta la orilla.

Le irritaba desconocer lo que significaba, si es que aquella maraña de imágenes inconexas tenía algún significado concreto o simbólico. Sabía que también había soñado con Pablo González, aunque esa parte estaba borrosa.

Se frotó los ojos y luego se dirigió mecánicamente a la ventana para mirar hacia la calle. Las hojas de los tilos y las acacias tiritaban a intervalos breves. Aún no había amanecido. Entreabrió la ventana y una brisa fresca le golpeó en la nariz. Dedujo inmediatamente que tendría que abrigarse un poco. Tenía pánico a los catarros, y, muy particularmente, a los causados por enfriamientos que podían y debían haber sido evitados. Con un poco de sentido común, él podía ahorrarse unos tres catarros de media cada año, se jactaba Clotet entre sus amistades.

Repasó mientras se duchaba lo que había previsto hacer a lo largo de la mañana: eran demasiadas cosas. Suerte que estaba citado para la revisión a las ocho y media. Era probable que a las nueve ya estuviese desayunando fuera del hospital. Sí, calculaba al reflexionar, podría estar en Cártama alrededor de las diez. Si era necesario, comería en el pueblo.

Con las luces encendidas salió de Torre del Mar, y en cinco minutos había estacionado su coche en el aparcamiento del Hospital de Vélez Málaga.

La sala de espera estaba prácticamente a oscuras. La única persona que había visto Clotet en los diez minutos que llevaba allí era una trabajadora del hospital. La mujer entró con una carpeta en la consulta y no volvió a salir.

Poco a poco, fue entrando gente: seis personas en apenas dos minutos. Un anciano mal trajeado se sentó a su lado. Olía a orines retestinados.

Hasta las nueve menos cuarto no llegó el médico. Les dio los buenos días distraídamente. Cinco minutos después, le invitaron a pasar.

El urólogo le había anticipado en la última visita que era probable que le tuviese que operar. Clotet recordaba dos de las condiciones que harían necesaria la intervención: tener una retención completa y haber sangrado. Ésta última acababa de cumplirse: la semana anterior había tenido dos hemorragias y, en la segunda de ellas, le había costado dos días enteros expulsar todos los coágulos.

Estaba nervioso. Era algo tan contradictorio… El quirófano le daba pánico, aunque, por otra parte, le hacía feliz saber que la medicina hubiese avanzado tanto en las últimas décadas, y que todo aquel progreso pudiese materializarse beneficiosamente en su maltrecho cuerpo.

—¿Ha traído la analítica?—. El urólogo le miraba por encima de las modernas lentes rectangulares.

Clotet le entregó un papel que llevaba dentro de una carpeta azul tamaño cuartilla. El médico la miró por encima, la apartó a un lado y escribió durante cuatro o cinco minutos en una hoja tamaño folio.

—¿Cómo se encuentra?—le dijo al concluir.

—No estoy mal. ¡Hombre!..., me cuesta orinar a veces.

La enfermera abandonó el despacho.

—Lleva con las pastillas dos años y medio… ¿le siguen funcionando igual que al principio?

—Algo menos. Pero me hacen bastante efecto. El día que se me olvida tomarlas —Clotet resopló—, nada de nada.

El urólogo volvió a escribir en la hoja.

—La analítica y la eco están bien —declaró—. Podemos seguir igual. Le daré cita para dentro de un año.

—Quería decirle que he sangrado.

—¡Ah, vaya!...—el urólogo levantó la vista del papel—. ¿Cuándo?

—La semana pasada.

—Dígame una cosa…La sangre… ¿cómo era? ¿Formaba coágulos o sólo teñía la orina?

—Sí que tenía algunos coágulos —admitió el paciente.

—Pues tendremos que operarle —el urólogo hablaba y escribía al mismo tiempo—. Ya sabe que se lo dije.

Clotet puso ojos de resignación. Empezaba a imaginarse recibiendo la anestesia mediante una mascarilla. Lo había visto en la televisión, y no sólo en series americanas y españolas; también en un programa divulgativo que transmitían en horario de mañana. Era un reportaje exhaustivo sobre las enfermedades de la próstata, en el que se mostraba, íntegramente, el proceso quirúrgico. Clotet había aprendido muchas cosas nuevas en esos programas que sintonizaba en los televisores que había reparado, con objeto de probarlos. Desde que se aficionó a seguirlos, se sentía mejor preparado para discutir con los médicos los tratamientos que le proponían. Incluso había enriquecido notablemente su vocabulario, en el que ya manejaba con soltura numerosas palabras técnicas, únicamente al alcance de los profesionales en la materia.

A los médicos les molestaba que sus pacientes les pidiesen explicaciones y les discutiesen, pero Clotet no tenía previsto renunciar a ese derecho. ¿Qué se habían creído ellos?

—Me gustaría que me explicara en qué consiste esa operación… ¿Es para extirpar la próstata?

El urólogo alzó la vista y examinó al propietario del bigote manchado de alquitrán como si inspeccionase una fea herida. Conocía bien a esa clase de pacientes que leían revistas y enciclopedias de salud. Tendían a ser irritantemente impertinentes.

—Si lo que quiere saber es si previene el cáncer de próstata, ya le digo que no. No sirve para eso. Es una intervención muy sencilla, pero gran parte de la glándula se queda donde está.

—Usted es el que manda —concedió Clotet con cuidado acento alicantino —.Yo sólo quiero que me diga si me quedaré bien.

Mientras le servían el desayuno en una moderna cafetería de los alrededores que olía intensamente a churros tostados, Clotet se dio cuenta de que le había sido imposible obtener del urólogo una respuesta concreta. «La mayoría de las veces no da problemas. Raramente deja un mínimo goteo

después de orinar»

«¿Quiere decir *incontinencia*?»

El médico le había respondido con una sonrisa levemente malévola.

Los médicos eran incapaces de hablar con claridad. Clotet no había conocido uno solo que no se saliese por las ramas cuando se trataba de dar explicaciones.

El aroma del cigarrillo condujo su pensamiento en otra dirección. Dio dos profundas caladas y a continuación sacó del bolsillo interior de su chaqueta la libreta con el cuestionario que había preparado. Lo leyó y releyó cinco o seis veces seguidas hasta que creyó habérselo aprendido de memoria.

Era como si el tiempo hubiese retrocedido de golpe nueve años. Ya no era el mismo, claro. Tenía un cuerpo más pesado, unos pulmones más sucios y un cerebro más lento. Había envejecido pero su instinto permanecía intacto. Lleno de polvo, sí, pero listo para funcionar a pleno rendimiento. Pensó un instante en el problema que se le avecinaba: todavía no había decidido qué haría *exactamente* en caso de que se confirmaran sus sospechas. La perspectiva de estar a las puertas de descubrir la conexión entre las desapariciones de los tres críos, se le había encasquillado en la misma boca del estómago, y ahora funcionaba como un gusano hambriento al que nunca fuese capaz de saciar. Para ser franco, no se había parado ni un instante a pensar qué hacer, pero pronto podría verse obligado a tomar una decisión. Era como si no quisiese afrontarlo porque una parte de él temiese las consecuencias. Sí, tenía miedo a muchas de las cosas que podían suceder a partir de esa misma mañana, miedo a no saber cómo manejarlas. Era tanta la responsabilidad. Clotet suspiró y sus ojos se achinaron. Cualquier cosa menos quedarse de brazos cruzados. ¿Ir a la policía y contárselo *todo*, absolutamente todo desde el principio? No le entusiasmaba demasiado la idea; no se veía con energía para *luchar* con ellos. Una cosa era que la policía admitiese información de un civil y otra muy diferente que investigase su hipótesis. Por propia experiencia, Clotet sabía cómo reaccionaban en un asunto de esa naturaleza. El escepticismo quedaba enmascarado a veces por las palabras amables. Podía resultar que saliese con la falsa impresión de que le habían tomado en serio.

Ya se le ocurriría el mejor medio.

Empleó varias servilletas de papel para retirar la grasa de los churros de sus manos y labios, y trató de que no le dominaran por completo los

pensamientos referidos a los niños desaparecidos. Se conocía bien cuando algo le obsesionaba. Lo último que necesitaba Clotet aquel día era que se le estropease la digestión a las primeras de cambio. Todo cuanto había planeado se iría al traste.

El viento del sur hacía llegar el olor del mar hasta los aparcamientos.

Con instintivo temor, Clotet se subió el cuello de la cazadora.

Una hora y cincuenta minutos después, aparcaba el coche en la misma entrada del pueblo. Cártama había crecido mucho desde la última vez que lo había visitado. Casi no podía reconocer la fisonomía de sus calles, urbanizadas con esmero.

El día se había vuelto desagradablemente ventoso. Clotet vio con disgusto cómo volaban y rodaban sobre el asfalto de la calzada algunos envoltorios de plástico. Odiaba el viento y siempre había tenido la sensación de que el odio era mutuo. Arrugó la frente. Antes de bajarse, se caló hasta las cejas la gorra marinera que llevaba siempre sobre el asiento del copiloto. A escasos veinticinco metros, en la acera contraria, había una tienda de fachada estrecha y escaparate lleno de libros con un expositor de periódicos a pie de puerta. Le pareció un buen sitio para preguntar. Hizo el gesto de palparse el bolsillo de la camisa, pero desechó inmediatamente la idea. No le apetecía permanecer en la calle hasta apurar el cigarrillo. Cruzó por el primer paso de cebra que vio y entretanto hurgó en sus bolsillos tanteando las monedas sueltas. Sacó lo que al tacto le pareció una moneda de dos euros. La miró con la complacencia de haber acertado la apuesta. Necesitaba comprar un periódico.

La tienda de periódicos, que no tenía clientes en ese momento, era también una papelería. Y como casi todas las que llevan ese tipo de negocio, tenía varios stands con golosinas.

—El Abc, por favor —Clotet puso la moneda sobre el mostrador.

La mujer que estaba tras el mostrador tipo vitrina, con un cristal a medias opaco a causa de los rayones y picotazos, tenía toda la pinta de ser la dueña del negocio. Cincuenta y pocos años, bien vestida, con un dedo de maquillaje y el pelo perfectamente fijado con laca.

Se estiró el jersey mientras sonreía con ensayada disciplina, cuidando de no marcar las patas de gallo.

—Cójalo de ahí afuera, si no le importa.

Clotet salió por el periódico. Cuando volvió con él, la mujer de la cara de máscara había depositado la vuelta en el mostrador.

—¿Es usted de aquí? —la mujer asintió—… A ver si puede usted darme una razón… ¿Sabría usted, por casualidad, dónde vive la familia del niño que se ahogó en el río hace unos años? Creo que el niño se llamaba Alberto Núñez.

—Hace bastante de eso —comentó la mujer, dando la impresión a continuación de tratar de organizar sus recuerdos. Se detuvo unos segundos— … Por lo menos diez años.

—Creo que doce.

—Puede que haga ese tiempo, sí —admitió ella—. ¿Los conoce usted?

Clotet negó pausadamente con la cabeza.

—Voy de parte de una asociación —mostró la tarjeta que le habían dado en Atlántida— a la que acudieron cuando pasó aquello. Y resulta que hemos perdido su dirección y teléfono durante el traslado de la sede. Se han perdido unas cuantas, ¿sabe?... Tenemos que rehacer los ficheros.

La mujer se paró a pensar un instante, como si estuviese buscando la fórmula para hacer más simple su explicación.

—Le coge un poco lejos de aquí —dijo finalmente—. No sé cómo explicárselo… Lo mejor será… ¡Ah, espere!—se volvió y se puso a revolver en una estantería con un sinfín de coleccionables, suplementos de periódicos y vídeos apilados de cualquier manera. Después de levantar y volver a colocar unas cuantas de aquellas cosas, dio con un folio—: Aquí está —murmuró, mientras ponía una fotocopia del callejero de Cártama sobre el mostrador—. ¿Ve dónde estamos? Pues la familia de Alberto vive más o menos por aquí —hizo un círculo imaginario con el dedo, que englobaba tres calles en paralelo de lo que parecía una barriada en el otro extremo del pueblo—. Lo que ya no sé es decirle con exactitud la calle. Pero usted pregunte a cualquiera en esa zona por Los Viruta y verá como no tiene problemas para dar con ellos.

—Muchas gracias —dijo Clotet y sacó un bolígrafo y un diminuto bloc del bolsillo de su chaqueta, anotando a continuación los nombres de la barriada y las calles por las que se accedía, éstas en riguroso orden empezando por las más cercanas a la papelería.

—No hay de qué.

24

Mientras bajaba caminando a paso de carro por la Plaza del Carbón, se preguntaba qué hacía con aquella carpeta bajo el brazo, ahora que su vida se había ido a pique. Sandra le había dejado sin darle explicaciones; pronto, a Jorge, ya no podría verle salvo los fines de semana y los periodos de vacaciones que acordasen los abogados; su padre estaba en las últimas, olvidado por sus otros dos hermanos y necesitado de cuidados permanentes… Eran demasiados frentes abiertos. Y a él no se le ocurría otra cosa que ponerse a jugar a los detectives con la desocupada esposa de un policía, que creía poder darle lecciones a los compañeros de su marido de cómo se debía investigar una desaparición. Visto así, era una de las cosas más absurdas que podía uno imaginarse. Y más si sucedía justo en el preciso instante en que tenía que pensar en el reparto de bienes, en encauzar su vida antes de que se desmoronase y en aprender a controlar la nostalgia y acostumbrarse a la soledad, cuando tuviese definitivamente conciencia de que no habría marcha atrás. Pero la realidad era que, en circunstancias personales tan desafortunadas, le había venido varias veces a la cabeza una escena de la película de James Cameron, *True Lies*, en la que el actor Tom Arnold le decía a Arnold Schwarzeneger algo así como: «Haz como yo: concéntrate en el trabajo. Cuando mi vida se convierte en una mierda, me concentro en el trabajo…»

La idea resultaba estimulante. El problema era que no podía aplicarla literalmente a su situación: su trabajo carecía de reguladores de intensidad, no era como un equipo de sonido al que puedes bajarle y subirle el volumen cuando quieres. Su trabajo exigía una concentración constante, así que no le valdría de nada hacer como que ningún otro pensamiento conseguiría distraerle de él. Por lo tanto, la interpretación suya a la idea expresada por el actor, la aplicación concreta en su caso, era que debía ocupar el tiempo en otros menesteres para olvidar sus muchas miserias.

Era la única explicación que se le ocurría a su comportamiento aparentemente caprichoso y absurdo, al hecho de llevar la carpeta de marras, con el expediente de la desaparición de un crío que no conocía, bajo su brazo. Y no precisamente con el ánimo de olvidarse para siempre del asunto, una vez devuelta a la persona que se la había entregado.

En cuanto a Sandra… ahora se daba cuenta de que le llevaba demasiados años. Trece son muchos años a partir de cierta edad… Al principio, daba la sensación de carecer de importancia… Otra de las cosas que uno no sabe calcular, porque no mira hacia el futuro con la necesaria perspectiva.

La tarde era templada, pero corría un ligero aire de levante. La esposa del policía llevaba unos minutos esperándole. En el centro de La Plaza de la Constitución estaban procediendo a montar un equipo de sonido sobre un escenario de madera de regular tamaño. Los ruidos que provocaban las pruebas, eran de lo más estridente. Carolina, al igual que el resto de transeúntes, se había distraído mirando hacer a los operarios.

Ella se volvió con una sonrisa en los labios, al oírle.

—Ah, hola.

—Venga, tomemos algo… si es que no tienes nada que hacer.

—Con la condición de que yo invite —convino Carolina.

Castillo no replicó; simplemente enarcó las cejas para expresar su desacuerdo. La carpeta continuaba bajo su brazo.

A veinticinco metros, en dirección a calle Cisneros, había una cafetería.

—Estoy bastante avergonzada —dijo Carolina, tras marcharse el camarero —. Pensarás de mí que soy una tonta, una engreída… no sé —se sonrojó—. Ponme tú la etiqueta.

El médico había dejado la carpeta con el expediente sobre el asiento de una silla vacía que había a su lado, sin hacer por devolvérsela. Era como si aún no hubiese dicho la última palabra sobre su contenido.

«Qué raro que no me la dé». Carolina deslizó una mirada furtiva hacia la carpeta marrón.

—Ya te dije que habías hecho un trabajo muy bueno.

Ella rechazó rápidamente el elogio con un gesto.

—Es una imbecilidad por mi parte creer que podía… No tengo ninguna preparación…

—Tienes sentido común, que es lo que se debe aplicar a un caso como este —la atajó Castillo—. Así que deja de reprochártelo ya y cuéntame lo que sepas sobre esa asociación… Atlántida. No había oído hablar de ella.

—Ah. Yo tampoco sabía que existía, hasta que los padres de Pablo me hablaron de ella. Quizá sea lo único positivo que saque de esto —dijo Carolina, con repentina melancolía—. La labor que hacen es muy buena. Imagínate lo que debe ser para su familia la desaparición de alguien como

Pablo. Esa incertidumbre. Tener a gente que se preocupe por ellos, que les dé apoyo, puede impedir que se derrumben del todo.

Castillo asintió con la cabeza.

—Sí… he estado informándome: hay unas ocho más en todo el territorio nacional. Gente muy altruista. Es interesante. Y no sólo desde ese punto de vista.

Carolina no entendía el fondo de la disquisición. ¿Pretendía decirle algo…? Y en tal caso, ¿qué era lo que insinuaba?

Frunció el ceño.

—¿Otro punto de vista, dices?

Castillo había hecho lo que Tom Arnold decía en *True Lies*: se había concentrado en aquella tarea durante toda la tarde anterior. Y el resultado había logrado sorprenderle.

—He reconsiderado lo que te dije de Pablo —dijo Castillo, tras apurar el último sorbo de café.

—¡Cómo!… ¿Has cambiado de opinión?

—Tengo dudas. Estuve releyéndolo…—señaló la carpeta—. Todo: el relato de los hechos y los datos de que dispone la Unidad, y, por supuesto, tu aportación. Después me acordé de una cosa que me dijiste antes de ayer, cuando hablamos por teléfono. Dijiste: «hay algo muy raro en todo esto». Tenías razón, ¿sabes? Prescindamos de la opinión de sus padres, porque tiene un importante sesgo. Centrémonos en lo que sucedió. Sólo los hechos y sus posibles interpretaciones. Me entretuve en mirar un mapa de la ciudad. El domicilio de Pablo, las líneas de autobuses con su recorrido completo… —Carolina le miraba cada vez más interesada—. Bien… se sabe que el dieciséis de noviembre discute con su madre a eso de las siete o siete y cuarto. Cuando esto ocurre, ya está vestido para salir a la calle. De manera que parece que tenía pensado ir a algún sitio. Esto es importante. Hay una diferencia con vestirse para salir una vez que la discusión se ha producido. Hacer esto último se puede considerar una reacción normal. Eso nos permite preguntarnos si había quedado con alguien… Ni su novia, ni ninguno de sus amigos han podido confirmar que se hubiese citado con él, después de las siete. ¿Adónde pensaba ir? Amanda Denís asegura que a veces salía a dar una vuelta, a ver si veía a algún amigo. Bueno… no digo que no tenga razón. Lo chocante es que, luego de la trifulca, coja el 14. No tiene ningún sentido. Claro que… es posible, muy posible que esté ofuscado, que quiera alejarse de casa y eso le

empuje a tomar el primer medio de transporte público que pase cerca. ¡En ningún caso ese autobús puede ser el 14! Cuando le ven subirse a él, son las ocho y media aproximadamente. Para llegar a la parada más próxima a esa línea, tenía que coger antes el de la línea 16. Si, en su ofuscación, decidió escapar de casa, lo más lógico era que después de bajarse del primer autobús, cogiese… no sé… el 11 o el 4, que le alejarían de ella, o que se hubiese dirigido andando hasta la estación de autobuses. Allí, hubiese tomado uno que le llevase fuera de la provincia, pasando inadvertido, probablemente… —Carolina intentó hablar en ese punto, pero Castillo le rogó mediante señas que esperase —. Sí, ya sé que me vas a decir que no había cogido dinero, ¿pero qué chaval de su edad no tiene escondidos diez, veinte, treinta euros? No, subirse en el 14 no es llevar un recorrido «de huida». Villalobos cree que pudo encaminarse a una gasolinera, una vez que se hubiese apeado del 14, ¡pero es que ese autobús le acercaba de nuevo a casa! Es la trayectoria de un bumerán.

Carolina estaba fascinada. Aun así, mantendría los pies en el suelo. Era preciso que hiciese algunas puntualizaciones.

—Esa trayectoria extraña, quizá se deba a los remordimientos de Pablo. Ya sabes, primero piensa en irse, luego se arrepiente, toma otro autobús que le acerca a casa, y finalmente decide que no va a volver.

—Es posible.

—¿Por qué dijiste lo de la asociación? Eso que has dicho de *otro* punto de vista.

—¿Quieres tomar algo más?

Carolina se pidió una tónica. Fue Castillo quién pagó las consumiciones cuando le pusieron el segundo café, ignorando las protestas de ella.

—¿Y si la discusión no hubiese sido el detonante de la marcha de Pablo, como creen sus padres, sino el *efecto* de haber probado el cebo que alguien le había puesto?—Carolina puso cara de no comprender. Sin embargo, sus ojos verdosos brillaban como nunca—. Supongamos que Pablo no se ha marchado de casa voluntariamente —propuso el médico—. Que ese día cayó en la trampa que le habían tendido. Lo primero que se me ocurre pensar es que ya se había citado con su secuestrador o secuestradores cuando discutió con su madre. Eso explica que, a hora tan temprana, estuviera vestido para salir. Tal vez le habían prometido regalarle un cachorro… Pablo se lo dice a su madre, le dice que quiere un perro, sin revelarle que alguien se ha comprometido a

regalárselo. El que le ha hecho esa promesa, ha logrado convencerle de que le convenía guardar el secreto y presentarse en casa con el cachorro, sin decirles nada a sus padres, porque de esa forma era más fácil obtener su aprobación. Pero Pablo no se atreve, tiene dudas de las consecuencias, prefiere tantearles y entonces se lo suelta a su madre, que es quien está en casa. No le dice nada de la promesa ni de la persona o personas que se la han hecho. Después, al no regresar, su madre cree que Pablo ha huido decepcionado con su negativa…

Carolina tuvo un escalofrío. «Pobre Javier»

—Debo reconocer que estoy impresionada. Pero está el SMS…

—El SMS es un problema relativo. Puede haberlo puesto el mismo secuestrador.

—El estilo es de un crío…—observó Carolina

—El secuestrador quizá está familiarizado con ese lenguaje. Lo más probable es que tenga hijos. Los adultos con hijos lo conocen bien; se sienten obligados a vigilar lo que entra y sale de sus móviles. Pero también es posible que haya sido escrito por Pablo, bajo coacción.

Carolina entendió al instante el sentido perverso de todo aquello: no se había pedido rescate, se había simulado una fuga. Quien o quienes hubiesen urdido aquel plan, no pensaban devolver a Pablo. El fin del plan era hacerle «desaparecer» para siempre.

—Javier y Amanda se volverán locos.

—No se volverán locos porque nadie va a decirles nada de esto.

—Es sólo una teoría.

—Exactamente.

El rostro de Carolina quedó crispado un instante. Si no se hubiese implicado tan a fondo, no se vería obligada a llevar ese peso; ella también confiaría en el regreso a casa de Pablo.

—Es horrible pensar en que Javier y Amanda siguen esperando…

—¿A quién conoces en Atlántida?—le cortó Castillo.

—Pues… —Carolina pareció despertar de pronto de un mal sueño— a Lola, la presidenta..., a Alonso, el secretario, también. Y a Emilio, el administrativo. A todos… ¿Por qué lo preguntas?

—¿Conoces a alguno de los socios o… colaboradores?

—Personalmente, no. Me he cruzado con algunos de ellos en las oficinas. Me tienes en ascuas.

—Te voy a decir lo que yo haría si fuese el secuestrador… Trataría por

todos los medios de estar informado del curso de la investigación. Trataría incluso de acercarme a los padres de Pablo, sin levantar sospechas. Así tendría noticias de primera mano sobre cómo va todo. Y, a menos que estuviese en la policía, el mejor medio sería presentarme en Atlántida como un ciudadano anónimo, que quiere aportar su granito de arena. Es la única asociación de este tipo que opera en la provincia. Pediría hacerme socio, me ofrecería a pegar carteles con su foto y me pondría detrás de una de las pancartas cuando se convocase una manifestación o concentración para reclamar su vuelta… Por tanto, creo que es probable que haya tenido contacto con la asociación después del dieciséis de noviembre, pero, por supuesto, no al día siguiente. Existe también la posibilidad, claro, de que no haya hecho nada de eso…

—Es frustrante… —Carolina se interrumpió bruscamente.

—¿En qué piensas?

—Saber esto y no poder hacer nada.

—Creo que el ejecutor es un varón adulto, digamos que de entre treinta y cincuenta años. Debe ser alguien capaz de transmitir confianza a un chico de esa edad. A alguien más joven le resultaría difícil. Podría ser mayor de cincuenta, pero no creo que sea un anciano. Los chicos tienden a desconfiar de la gente de edad algo avanzada, porque se crea en ellos una asociación de ideas con ciertas perversiones. No se puede descartar que haya más de uno o que una mujer esté implicada. Puedes intentar enterarte de las últimas altas en la asociación. De la gente nueva que ha ido por allí, aunque no haya pedido el alta, gente que ha ido a curiosear, no sé… gente que dice querer echar una mano, porque le ha afectado mucho lo de *este* chaval. Luego, si la lista es corta, habla con tu marido. Él te escuchará. Él lo pondrá en conocimiento de Villalobos, estoy convencido.

—Pero…

—Pero nada. Puedes decirle que todo ha sido idea tuya.

25

Atlántida no abrió sus puertas durante dos días, pero Carolina conservaba el teléfono personal de su presidenta.

Lola Tortosa llevaba varios días sin aparecer por la sede de la asociación. Personalmente, atravesaba una etapa difícil: un cúmulo de problemas con el negocio que estaba montando —una óptica— la mantenían ocupada las veinticuatro horas, siendo el más acuciante el de la financiación, derivado de un muy mal cálculo de los costes presupuestados, que se habían disparado por encima de los sesenta y cinco mil euros, veinte mil más de los previstos. Se había visto obligada a negociar con el banco una ampliación del crédito, a un interés muy elevado, después de que la firma de carpintería se negase a aceptar pagarés con diferentes vencimientos para satisfacer la deuda. Pese a todo, atendió amablemente la llamada de Carolina y escuchó con suma atención lo que ésta tenía que decirle acerca de Pablo y la *nueva* teoría sobre su desaparición. Las posibilidades de que el secuestrador —si es que se trataba de un secuestro, lo que no era del todo probable— hubiera ido por la asociación, eran remotas aunque reales. Además, Lola aceptó de buen grado mantener la discreción necesaria, comprometiéndose a que nada de aquello trascendiese hasta que no se hubiese investigado, por la Unidad de Personas Desaparecidas, una lista con nombres y apellidos. Y hasta que no se tuviesen datos más sólidos sobre su verosimilitud, aquella teoría debía considerarla como una estricta confidencia cuya publicidad podía tener efectos devastadores en Amanda y Javier. Lola mencionó inmediatamente a Lorenzo Clotet y la historia con la que se había presentado en la asociación. Clotet podía ser el primer sospechoso de esa lista. ¿Qué importaba que fuese amigo de Manolo Soria? Lo que había contado Clotet, era una historia muy extraña, aunque sonaba sincera. ¿Quién podía descartar del todo que fuese una invención? Lola se lamentó en silencio de que Alonso la hubiese convencido para mostrarle a Clotet los archivos informatizados, pero se guardó de decirle nada a Carolina. Le prometió ayudarle a confeccionar a la mayor brevedad posible la lista de las personas que cumplían los requisitos; sin embargo, no podía garantizarle que obtendría los nombres de todas aquellas personas; algunas, simplemente se personaban en la sede, se interesaban por la situación del desaparecido y se mostraban dispuestas a colaborar. Pero no todas se

afiliaban o dejaban sus datos personales. La buena noticia era que la desaparición de Pablo, al ser considerada una fuga, había movilizado mucha menos gente que en otras ocasiones. Lo más probable era que se pudiesen contar con los dedos de una mano. Lola le concertó una cita con Alonso.

Carolina confiaba ciegamente en el criterio de Castillo. Las consideraciones que había formulado le parecían consistentes y pensaba, como él, que la investigación oficial se había visto lastrada por el enorme peso que ejercía la «creencia favorable» de los padres de Pablo. Estaba convencida de que todo cuanto el médico había dicho que pudo haber sucedido era real o bien había una altísima probabilidad de que lo fuese. Aunque no le había sorprendido en absoluto que Castillo hubiese llegado a la misma conclusión que ella acerca del verdadero motivo por el que Pablo había desaparecido, la constatación de que el chaval difícilmente podía seguir vivo había alterado muchísimo su ánimo.

A la tarde siguiente, Carolina dejó a Alejandro al cuidado de su hermana Paloma y se dirigió a Atlántida con varias decisiones tomadas de antemano: la primera era que, en cuanto tuviese la lista y hubiese convencido a Fernando de su posible valor, trataría de olvidarse del asunto; no volvería a visitar a los padres de Pablo. La carga que llevaba sobre sus hombros, sabiéndose incapaz de enterrar bajo la evidencia de sus sospechas las (posiblemente falsas) esperanzas de Amanda y Javier, era demasiado pesada. Había decidido también centrarse de una vez por todas en las oposiciones. Ya no podía soportar su situación de dependencia económica; necesitaba trabajar. Por último, de una forma u otra, en cuanto aquello acabase, había pensado contarle a su marido la verdad.

En realidad, cavilaba, no debía haberse inmiscuido nunca en aquel asunto. Su intención había sido ayudar a Javier, ayudarlo a encontrar sano y salvo a su hijo, y se había topado con un escenario imprevisto e inimaginablemente doloroso. En el fondo, hubiese sido mejor no haber conocido a Castillo.

Alonso tenía instrucciones de Lola, de limitarse a reunir nombres y apellidos. Quizá no estuviesen todos registrados, pero en líneas generales los recordaba, pues debían tratar con él, una vez se ponían en contacto con Atlántida.

—Que conste que Pablo se ha fugado. Hay que ser realistas. Tengo alguna experiencia en esto, ¿sabes? Es un caso parecido al de Amy Fitzpatrick, la adolescente británica que desapareció en Mijas el día de nochevieja. Ellos

son reacios a reconocerlo en público, pero hubo una pelea familiar en la víspera. Cualquier día aparecerán los dos…—aventuró el secretario— ¿Clotet, dices?... Ah, sí. Hará un mes y medio que vino por primera vez.

—Lola me contó lo del perro. Al parecer, un niño en Torre del Mar… hace varios años.

—Sí, eso nos dijo. Pero yo no lo incluiría en esa lista que quieres que hagamos. Seguramente que está equivocado aunque va de buena fe.

—¿Ha venido más veces?

—Felizmente, sólo una vez más. Es un tío pesadísimo… —Alonso frunció el ceño— Si me parece que lo conoces… Vamos a ver… —se acarició la zona de la barba— ahora que lo pienso, creo que vinisteis los dos el mismo día la primera vez. Sí, ¿no te acuerdas? Estabas a punto de despedirte, cuando él llamó a la puerta.

Carolina recordaba perfectamente el hecho, pero sin poder rescatar de su memoria las facciones del hombre.

—Sí, claro… Entró un hombre de cierta edad, cuando me iba. Me acuerdo de que respiraba con dificultad…

—Ése… Pero dejémonos de tonterías, Carolina. Es un sargento de la guardia civil, retirado. El hombre lo que quería era mirar en el archivo para quedarse tranquilo. —Alonso señaló un mueble a su espalda. Luego se acercó, bajando la voz para que Emilio, que se encontraba en el otro despacho, no le escuchase: — Haz el favor de no comentarle nada de esto a Lola. Siempre está con el tema de Protección De Datos. ¡Vaya por Dios! ¡Figúrate el daño que puede hacer enseñar el archivo!

—Entiendo.

—Bueno, vamos a lo que vamos… Espera —el secretario se puso en pie, se dio la vuelta y abrió uno de los cajones del archivador. Revolvió un poco, sacó dos fichas con foto, una tarjeta de visita, y fue por un folio en blanco que había en una repisa junto a un centenar más. A continuación volvió a sentarse, extendió las fichas sobre la mesa, anotó los nombres que aparecían en ambas y, por último, el nombre que figuraba en la tarjeta de visita, de un extraño color cobrizo—. Aquí tienes. Éstas son las únicas personas que se han dado de alta, después de la desaparición de Pablo González, si te quitamos a ti.

—Gracias —Carolina leyó en voz alta los nombres de dos varones y una mujer—. ¿Y otra gente nueva que haya pasado por aquí, sin pedir el alta? En plan «voluntarios»…

—Algunos… La cuota echa para atrás a muchos —sonrió Alonso—. Pero que yo recuerde, con Pablo, sólo ha habido uno o dos… Espera —trató de recordar— vino un hombre a ofrecerse… un hombre de unos cuarenta más o menos. Dijo que se ponía a nuestra disposición, pero se marchó sin dejarnos un teléfono.

Carolina desplegó las antenas.

«Vas a tener razón, al final», murmuró para sí.

—¿Fuiste tú quien habló con él?

—Sí. Creo que no había nadie más aquel día en la oficina. Recuerdo que dijo que uno de sus hijos se había fugado y que lo pasaron muy mal.

—Ya —Carolina meneó la cabeza—. ¿Te acuerdas de cómo era?

—Vamos a ver… Alto y delgado. Sobre metro ochenta. Vestía bastante descuidadamente pero hablaba con educación.

—¿Nada más?

—Nada.

—Si volviese, ya sabes.

El secretario prometió a Carolina que no le dejaría marchar sin obtener un nombre o una dirección.

La luz se fugaba a pasos agigantados por el ventanal de la secretaría. La mesa vacía de Emilio llamó la atención de Alonso. Llevaba un tiempo sin venir con la regularidad de antes. Era algo extraño en él, teniendo en cuenta sus antecedentes, pero quizá arrastrase algún problema personal. Para eso, era muy reservado. Emilio también había visto a aquel tío, aunque probablemente no lo recordase; no prestaba atención a casi nada. Alonso dio al interruptor del flexo mientras hacía acopio en su memoria de los rasgos del hombre que había descrito a Carolina Granados. Los anotó en una cuartilla y, debajo de los mismos, se entretuvo en esbozar, mediante unos trazos elementales, lo más significativo de aquel rostro. Mientras, se preguntaba de qué modo podría ser utilizada aquella información. Lola parecía dispuesta a dar crédito a la hipótesis. ¿Por qué había de mencionar a Martell, si no fuera así? La búsqueda del sospechoso no era un asunto baladí; se hacía preciso atar todos los cabos antes de dar un solo paso.

Sonó el teléfono un par de veces en la media hora siguiente. Ambas llamadas tenían relación con un hombre joven, un programador informático cuya desaparición se había denunciado el veintiuno de febrero en Valencia. Y

ambas pretendían que Atlántida diese la máxima publicidad al asunto en el área de Málaga y alrededores, adonde se pensaba que podía haberse dirigido la persona desaparecida. El secretario prometió hacer cuanto estuviese en su mano para complacerles, pero dijo que todo dependía de las ayudas que recibieran. Informaría a los socios. Aunque siempre había unas cuantas empresas de Málaga dispuestas a servir de sponsor.

Hubo una tercera llamada que Alonso no contestó. Estaba a punto de marcharse y el número no le sonaba; de hecho, había cogido la llave de la entrada.

Se dirigió a la puerta. El rellano estaba completamente a oscuras. Apagó la luz del recibidor, después de meter la llave en la cerradura, y se la metió a tientas en el bolsillo de la chaqueta. Al hacerlo, tanteó sin quererlo con los dedos la cuartilla que se había guardado, el esbozo de retrato y la descripción a grandes rasgos de aquel rostro. Luego, bajó con lentitud el tramo de escaleras, agarrado a la barandilla. El portalón de la entrada tenía un cierre viejo, del que había que tirar con fuerza.

Alonso salió a la calle. Bajo el alumbrado amarillento, extrajo de su bolsillo la cuartilla y volvió a echarle un vistazo.

El sujeto que, tanto él como Emilio, habían visto, podía encajar perfectamente con lo que andaban buscando.

26

Fue más fácil de lo que había imaginado. Las indicaciones de la dueña de la papelería condujeron en un santiamén a Clotet hasta el barrio. Allí todos conocían a Los Viruta.

Cuando llegó al número ocho de la calle San Cosme, encontró a Magdalena de espaldas, inclinada sobre las macetas que se apretujaban en el minúsculo porche de la casa, una de las muchas casas que habían sido clonadas para construir el gueto de los que nunca prosperarían. El viento, incansablemente obstinado, separaba en dos haces su frágil cabello canoso.

Clotet sentía curiosidad por confirmar su teoría acerca del «dolor de las madres». Era una de esas teorías estúpidas que se fabrica uno cuando no tiene otra cosa en qué pensar y que, curiosamente, más tarde parecen factibles. Se fijaría en sus ojos.

Y, en efecto, como pudo comprobar después, los ojos de las madres afectadas por la trágica pérdida de un hijo se parecían tanto, que nadie habría notado la diferencia de haberlos intercambiado unas con otras. Magdalena tenía los mismos ojos que Carmen, la madre de Tete. Pequeños y oscuros como manchas simétricas de alquitrán. Era como si el dolor imantase los párpados, que iban juntándose muy despacio. El blanco de los ojos desaparecía con el tiempo.

—Perdone, señora.

La mujer, de unos sesenta y cinco años, se incorporó volviéndose. Se oía el sonido de una emisora de radio a gran volumen en el interior de la casa.

—Perdone que le haga esta pregunta… ¿usted tenía un hijo que se llamaba Alberto?

—Sí… Alberto… *era* mi hijo —balbució ella, un poco sorprendida—. Dígame.

Clotet volvió a mostrar la tarjeta de Atlántida. El viento arreciaba.

—Mi nombre es Lorenzo Clotet y vengo de parte de esta asociación ¿Se acuerda de cuando fueron a pedirles ayuda?

La mujer trató de sujetarse el pelo con la mano derecha y con la izquierda cogió la tarjeta. El colgante que llevaba sobre el pecho se balanceó de delante hacia atrás un par de veces. Clotet se fijó en lo que parecía la foto de un niño.

—Claro —dijo devolviéndosela.

Para acabar con cualquier posible recelo de la madre de Alberto Núñez, Clotet le explicó que era sargento de la guardia civil, que estaba retirado del cuerpo y que «colaboraba» con Atlántida. Le mostró su identificación.

—Me han encargado que hable con ustedes. ¿Le importaría que pasáramos dentro un momento?—propuso Clotet.

—Mi marido está fuera.

—¿Volverá pronto?

—Cuando le parezca a él —explicó, desdeñosa.

Miguel Núñez llevaba nueve años en el paro. En el año noventa y nueve le habían despedido de la carpintería en la que trabajaba desde que era un crío. El patrón no soportaba verle llegar tarde y en estado de embriaguez, uno de cada tres días. Él no se quejó porque hacía años que nada le importaba.

—Bueno. Puedo arreglarlo con usted. Serán diez minutos.

Magdalena aceptó con un gesto e hizo pasar a Clotet a una salita cuyos muebles, de color miel, estaban tatuados con múltiples arañazos. Apagó la radio y le ofreció sentarse mientras ella se desplomaba sobre una de las sillas con respaldo alto que rodeaban la mesa.

El viento zarandeaba la persiana de la salita.

—Esa asociación no hizo nada por nosotros.

—Sí, estoy al tanto. El presidente…

—El hombre con el que hablamos —prosiguió Magdalena, cortándole— nos trató muy bien y parecía que iba a hacernos caso. Pero luego, nada.

—Les hizo caso, créame. Manolo me lo contó todo. Les vio muy convencidos y creyó lo que ustedes le dijeron. Sabe usted que habló con el juez para que no archivara el caso.

La frente de la mujer se arrugó de golpe.

—Le digo yo que no. Pero parecía buena persona.

«Lo era», pensó Clotet, evitando desviar la conversación hacia la persona de Soria.

La madre de Alberto cogió de la mesa de comedor un marco de porcelana mediano con la foto del rostro de un niño. Ojos grandes y claros, carita redonda y simpática, como Tete y Pablo. Era la misma del colgante.

Los churros comenzaron a removerse en el tracto digestivo de Clotet.

—Tuvimos que guardar la foto de la comunión. No soportaba verla… Mi Alberto era el mejor de todos, el más cariñoso.

Clotet se estrujó la nariz. «Suele ocurrir cuando un hijo muere»

—¿Tienen más hijos?

La mujer asintió.

—Tenemos otros tres —sus ojos se desviaron hacia la pared en la que estaban las fotos familiares. Una de las fotos era de una pareja de recién casados

—Son mayores que…

Magdalena volvió a sacudir la cabeza de arriba abajo.

—Están casados los tres.

—Hay nietos que cuidar —aventuró Clotet, tratando de mostrarse amable.

—Los vemos poco. Viven en la costa.

—Quiero que me repita lo que pasó aquel día —Clotet sacó su libreta—. Lo que contaron en Atlántida.

—Ya es un poco tarde —la mujer dejó escapar un suspiro.

—Déjeme que le diga una cosa: en la guardia civil yo investigaba casos como el de Alberto.

Hacía años que Magdalena era como un limón al que hubiesen extraído el jugo. No pareció impresionada.

—Nuestro Alberto no volverá.

—Eso no lo diga nunca. Hay quien aparece a los treinta años —susurró Clotet, bastante avergonzado de su ocurrencia. Se sentía como el peor de los miserables por jugar con los sentimientos de aquella pobre mujer. Claro que Alberto no volvería.

Las «manchas de alquitrán simétricas» de Magdalena comenzaron a brillar.

—Desde el principio —le rogó Clotet.

A su manera, la madre de Alberto hizo un mapa del veinte de junio de 1995. Clotet sabía que llevaba trece años almacenado en su cabeza, lo que conllevaba un problema: durante esos trece años, todo lo ocurrido aquel día habría sido desmontado y recolocado mil veces, movido inexorablemente de sitio. Nada estaría en su lugar de origen.

«Pero eso es inevitable cuando se hurga en la memoria», decidió Clotet.

Alberto, que tenía quince años recién cumplidos en junio del noventa y cinco, estaba en la última semana de curso. Las clases lectivas habían finalizado, pero los alumnos debían acudir una o dos horas de promedio. El resto de la mañana se lo pasaban jugando en las pistas del recinto deportivo y yendo de un lado para otro. La dirección del instituto era flexible a ese respecto. El problema era que los chavales aprovechaban la ocasión para

hacer todo tipo de diabluras. Alberto, que era de naturaleza tímida y pacífica, estaba pasando por una época difícil: montaba en las motos de sus amigos sin decírselo a sus padres y se estaba acostumbrando a llegar tarde a casa. A Magdalena le habían advertido que el grupo de amigos que frecuentaba se dedicaba a entrar en casas y cortijos abandonados. A veces atravesaban las vallas de alambre de las fincas de naranjos, para buscar nidos de verderones y chamarices. Le gustaban los pájaros, tanto como a su padre. Como hacía bastante calor, algunos solían ir al río a bañarse. Alberto había sido buen nadador desde que era un renacuajo, por lo que su madre no se preocupaba demasiado. Ese día vino a almorzar inusualmente temprano, a eso de las dos de la tarde, diciéndoles que tenía que comer pronto porque había quedado con su gente para ir al río. Su madre le puso la comida y le pidió que tuviese cuidado. Le recordó que estuviese a las seis en casa. Tenía que echarle una mano a su padre con una chapuza de albañilería que hacía a ratos sueltos, a la vuelta del taller. Cuando llegaron las ocho y el niño no había regresado, su madre, además de estar enfadada, comenzó a preocuparse. Le dijo a Miguel que tenían que ir al río a buscarle. Se montaron en el Seat Marbella de Miguel y en tres minutos estaban en la zona donde se bañaba habitualmente Alberto con su pandilla, un pequeño remanso a menos de cien metros de la playa artificial. Pero allí no estaba el chico, ni ninguno de sus amigos. Le llamaron a gritos y nadie respondió. Fueron a la playa artificial con el mismo resultado. Nadie de allí dijo haberle visto. De vuelta al pueblo, se encontraron con Daniel El Gusanillo y Antonio Haro, los críos de los que no se separaba Alberto prácticamente nunca. Les aseguraron que no había quedado con ellos para ir al río y que no lo habían visto desde por la mañana, a eso de la una y media. Estaba en la antigua carretera de Málaga, en la acera contraria por donde ellos andaban dando una vuelta. Le llamaron y él se volvió. Entonces vieron que estaba hablando con alguien que había dentro de un coche aparcado allí. A gritos le preguntaron qué hacía y si no se iban a ver por la tarde en el polideportivo, para jugar al fútbol sala. Él les dijo que no, que iba a ir al río a bañarse. Y volvió la cabeza para seguir hablando con el ocupante del coche. Ellos continuaron caminando en dirección al centro del pueblo. No pudieron ver quién era el del coche porque les quedaba de espaldas pero, al volverse un momento, Antonio Haro vio que era la cabeza de un hombre, aunque sin poder precisar nada más. Al oír aquello, Magdalena y Miguel se

dirigieron al cuartel. Ya no estaban tan seguros de que su hijo hubiese ido al río. Temían que el conductor de aquel coche tuviese algo que ver con su desaparición. El guardia que había en la puerta llamó al sargento, que en ese momento se encontraba en el coche patrulla, de ronda por el pueblo, y éste tomó la decisión de ir al río. Magdalena y Miguel se les unieron inmediatamente. Rastrearon la orilla, por las proximidades de la playa artificial y, sobre una piedra, a unos doscientos metros del remanso donde se bañaba la pandilla, encontraron su ropa. Excepto los calzoncillos, estaba todo: las zapatillas deportivas, la camiseta y los bermudas. Gritaron su nombre y nadie contestó. Magdalena siguió llamándolo hasta que perdió la voz. Los guardias, apiadados y nerviosos a la vez, le pidieron finalmente que se callara. Era alrededor de las nueve. Todavía quedaba casi una hora de luz, por lo que el sargento pidió refuerzos para recorrer la orilla, río abajo. Magdalena no se apartó ni un instante del lado de los guardias civiles. Estaba asustadísima pero tenía la esperanza de que apareciese en cualquier momento: no en vano, su niño era el mejor nadador del colegio; incluso había conquistado una medalla en los campeonatos escolares provinciales, en la categoría de alevines. Ella estaba muy orgullosa porque el profesor de educación física le había dicho que era todo un fenómeno y que, si quería, podía labrarse un futuro en la natación deportiva; nunca había visto otro crío con sus cualidades. Magdalena se quedó, intentando convencerse a sí misma de que se había dejado arrastrar por la corriente y que habría salido del río mucho más abajo. Descalzo, le habría sido imposible regresar por la ropa. Estaría avergonzado, deambulando en calzoncillos por algún carril, a la espera de que, ya de noche, apareciese el coche de alguien que conociese. Ella estaba segura de encontrarlo con vida. En cambio, Miguel, desesperado y hecho un manojo de nervios, fue también en busca de algunos familiares conduciendo su propio coche, para que se unieran a la búsqueda. Dos docenas de voluntarios acudieron con linternas en cuanto se enteraron de la noticia. A las once y media de la noche suspendieron la operación de búsqueda, después de rastrear, ayudados de focos y linternas, más de ochocientos metros de orilla del margen izquierdo, el mismo en el que había aparecido la ropa. Una patrulla, perteneciente al cuartel de Pizarra, fue enviada a explorar la orilla contraria, sin resultado alguno. Se avisó al equipo de submarinistas de la guardia civil para que estuviesen dispuestos en cuanto amaneciese. Magdalena y Miguel rompieron entonces a llorar,

desconsolados. Al principio se negaban a abandonar el lugar donde estaba la ropa. Pero luego, Magdalena pidió a su marido dirigirse a los carriles de acceso al pueblo desde aquella parte, por si Alberto estaba perdido en la oscuridad de la noche y, agotado y desorientado, se había echado a dormir en cualquier parte. Durante toda la noche, estuvieron recorriéndolos. Algunos vehículos más se les unieron, haciendo sonar los cláxones y llamándole a gritos incansablemente. A las seis de la madrugada volvieron al río. Poco después dieron los submarinistas. Magdalena y Miguel dijeron al sargento que hiciesen lo que quisieran pero que ellos no creían que su Alberto se hubiese ahogado porque era como un pez, y que tenía que investigarse lo que les habían contado Daniel y Antonio del coche, que ellos tenían miedo de que hubiese sido secuestrado. El sargento les prometió «tenerlo en cuenta». Desde luego que interrogaría a los amigos de Alberto. En cuanto a las ropas que habían encontrado al pie del río, por desgracia, todo apuntaba a que se había ahogado. Tenían que ir haciéndose a la idea. Que a los buenos nadadores también les puede ocurrir cualquier desgracia: un calambre, un corte de digestión o que les envuelva un remolino, de los que a veces se forman con la corriente. Aquello disgustó mucho a Magdalena y Miguel. Volvieron al pueblo y buscaron a Daniel y Antonio. Era muy temprano aún y estaban acostados. Ambos les repitieron la misma historia delante de sus padres. Entonces Magdalena les pidió a sus padres que les permitieran llevárselos con el sargento, que seguía en el río junto a los submarinistas. Debían repetírsela también a él y cuanto antes. Ellos accedieron, pero pusieron como condición acompañarlos. Cuando los críos llegaron hasta allí, los submarinistas llevaban dos horas sumergiéndose sin encontrar ni rastro de Alberto. Para entonces Magdalena estaba segura de que su hijo no estaba en el fondo del río y no tenía miedo por ese particular. Lo único que le preocupaba era que estuviesen buscando allí en lugar de buscar el vehículo color vainilla o gris claro que los amigos de Alberto habían descrito. El sargento llevó a Daniel y Antonio a uno de los coches patrulla y les escuchó. Luego les hizo varias preguntas. Al terminar, mandó a dos guardias a la antigua carretera de Málaga a que interrogasen a los comerciantes y residentes en la zona, por si alguno se acordaba de haber visto algo. El resultado fue negativo. A la hora en que Alberto fue visto por sus amigos —las trece y treinta aproximadamente—, los comercios estaban cerrados o a punto de cerrar y circulaba poca gente por la calle, dado el

fuerte calor que hacía. El resto de la mañana transcurrió sin novedades. Magdalena y Miguel decidieron preguntar por su cuenta a los vecinos pero no adelantaron nada. Al regresar por la tarde al río, donde continuaban los trabajos de los submarinistas, con la intención de exigir al sargento que no se quedara allí de brazos cruzados, éste los llevó aparte y les dijo que había estado pensando en lo del coche y había llegado a la conclusión de que no tenía nada que ver con la desaparición de Alberto. La razón era que el niño había vuelto a casa a comer después de haber sido visto. No tenía sentido que quien quisiese llevárselo, lo dejase ir a casa a comer. El ocupante del coche seguramente era un conductor perdido que había estacionado su vehículo para preguntar a uno de los peatones y, con todo el calor que hacía a esa hora, Alberto era uno de los pocos que pasaba por allí. Inicialmente, Miguel pareció convencido con la explicación del sargento e incluso trató de que Magdalena aceptase la realidad. Magdalena se marchó muy enfadada. Un día después, los periódicos provinciales publicaron la noticia de que un niño se había ahogado en el Guadalhorce, a su paso por la localidad de Cártama. Miguel volvió a ponerse de parte de su mujer cuando se enteró de que la versión recogida en tres de ellos era la que les había proporcionado el sargento, pues citaban «fuentes de la guardia civil». Sólo el cuarto reflejaba, junto a la versión oficial y en tono escéptico, lo que sus padres creían que había podido suceder. Los submarinistas estuvieron tres días en total. Al cuarto día les enviaron a la desembocadura. El caso ya estaba en el juzgado de Cártama. Era el juez el que dirigía las operaciones. Magdalena y Miguel se presentaron a hablar con él antes de que les citase a declarar. Escuchó atentamente sus temores con respecto a un posible secuestro de su hijo. Les prometió que lo investigaría, pero pasaban los días y las semanas y en cada visita les decían lo mismo: que no se había encontrado nada que apoyase la teoría del secuestro. Alberto había desaparecido bañándose en el río y en cualquier momento podía aparecer su cuerpo flotando, si es que no se había quedado enganchado en el fondo o había llegado hasta el mar. Magdalena y Miguel estaban decepcionados y atónitos. Nombraron una abogada que les representase, vista la actitud del magistrado que, veladamente, llegó al punto de hacerles responsables en parte de la muerte de Alberto, por haberle permitido hacer algo tan peligroso como era el ir a bañarse al río sin la tutela de un adulto. Pero no consiguieron nada práctico. Tiempo después, el juez dictó una resolución, en

la que declaraba fallecido a Alberto Núñez Rodríguez a causa de un accidente.

Magdalena fue por una servilleta de papel y se sonó ruidosamente la nariz.

—Manolo Soria —comenzó a decir Clotet, que sentía palpitar su corazón a una velocidad ciertamente alarmante—, ya sabe, el presidente de Atlántida, me dijo… en fin, lo que usted acaba de confirmarme, que tanto su marido como usted nunca creyeron la versión oficial. Sin embargo, señora, tiene que haber una razón muy poderosa para ello, que usted no me ha dicho aún… Bueno —dulcificó la voz—, me refiero a que las ropas de Alberto aparecieron en la orilla del río. Realmente eso lleva a deducir que… que se había ahogado, ¿no cree? Sí, lo del coche da que pensar, lo sé, pero… no se lo tome a mal: es posible que sólo fuera una coincidencia, que no tuviese nada que ver con su desaparición.

—Ya sabía que iba decir lo mismo que los demás —dijo con resignado desencanto Magdalena, mientras dejaba la foto en el lugar de donde la había tomado.

—No, entiéndame, yo… lo que quiero decir es que usted tiene que darse cuenta de que lo que sucedió parecía un accidente.

—¿Es que alguien sabe lo que pasó? ¿Alguien le vio meterse en el agua? Ni siquiera le vieron ir al río. La gente del pueblo le ha olvidado —la barbilla de Magdalena se arrugó un instante y se puso a temblar—. Ya no me preguntan.

—Hay quien lo recuerda. La prueba es…

—Mi hijo me engañó —le interrumpió Magdalena. Y se enjugó una lágrima que empezaba a resbalar por su mejilla.

—Yo la creo, sólo que…

—¿Para qué ha venido, dígame?—inquirió ella con aspereza.

El viento seguía sacudiendo con fuerza la persiana de la salita. Clotet trató de no perder la concentración.

—Para saber lo que de verdad ocurrió aquel día.

—¿Ahora *quieren* saberlo?

Clotet no dijo nada. Se limitó a asentir mirando a Magdalena fijamente a los ojos.

—¿Y para qué?—murmuró ella, como para sus adentros.

—Para coger al que lo hizo… ¿Le parece una buena razón?

La madre de Alberto no respondió. Para Clotet era la representación perfecta de alguien que ha perdido completamente la fe. Pero él la mantenía

aún.

—¿Por qué dice que su hijo la engañó?—prosiguió Clotet—¿A qué se refiere?

Los suspiros ahogaron la respuesta de la mujer.

—Me dijo… me dijo que había quedado con sus amigos para ir a bañarse y no era verdad.

—Y usted piensa que había quedado con otra persona, con el hombre del coche —sugirió Clotet.

Magdalena asintió con la cabeza.

—¿Es esa la única razón que tiene usted para creer que no se ahogó en el río, el que su hijo le mintiera?

—Hay otra más importante… —Magdalena se quedó callada un instante, con un rictus hastiado que Clotet creyó reconocer. Dedujo que sería el reflejo de los años de general incredulidad que se había visto obligada a soportar. Como si el dolor de la pérdida no fuese suficiente dolor.

—La escucho —la animó Clotet.

—Cuando vi su ropa, me di cuenta de que no era Alberto quien la había dejado allí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Alberto era muy ordenado y siempre dejaba su ropa doblada, bien puesta, y aquellas prendas estaban arrugadas. Daba igual donde estuviese, que mi Alberto tenía su costumbre de dejarla en condiciones. Mire usted, la camiseta… la camiseta estaba hecha un ovillo. Hasta los zapatos estaban de cualquier manera. Y él los dejaba siempre en fila. Tenía esa manía del orden. Sus hermanos se reían de él… Alguien puso así sus prendas con idea.

Clotet sintió un breve escalofrío. Recordaba la sudadera y la zapatilla de Tete, presuntamente devueltas por el mar.

—Como las hubiera dejado cualquier niño de su misma edad —murmuró.

27

La pantalla había caducado del todo. De tan rayado como estaba, apenas se veía nada a través del plástico ahumado. «¡Puta mierda!». Antonio Haro la arrojó con violencia sobre la mesa metálica y a continuación se secó el sudor de la frente con el dorso del antebrazo derecho. Moreno, el dueño del negocio, le miró como si estuviese pensando en triturarle los huesos a estacazos pero, un segundo después, siguió cortando las viguetas de hierro. En pocos segundos, Antonio Haro, al que apodaban El Intermitente por una leve tartamudez que le trababa el habla de cuando en cuando, volvió a proteger sus ojos tras la pantalla inservible mientras las chispas de la soldadura inundaban la mesa, como una lluvia de pequeñas estrellas fugaces. Haro prefería trabajar «ciego», que quedarse ciego de verdad durante todo un día y sentir los ojos durante la noche como si dos escarabajos estuviesen caminando sobre sus córneas. Ni siquiera un par de porros aliviaba aquella sensación. No le quedaba otro remedio que ir a urgencias a que le pusiesen las gotas milagrosas. Y, de todos modos, eso significaba otra noche sin poder dormir una puta mierda.

Cuando vio entrar a Clotet en el taller y ponerse a hablar con Moreno, pensó que se trataba de un cliente. Su idea cambió al observar que venía hacia donde él estaba. Moreno no le mandaba los clientes para que los atendiese.

—Buenas tardes.

Haro sólo sacudió la cabeza. Los desconocidos le ponían nervioso. Nunca había recuperado la tranquilidad desde que a Daniel le cayeron cuatro años por el robo de las bombas de presión. En cualquier momento podía venirse abajo y delatarle. Era muy duro cargar en exclusiva con un marrón así aunque uno no fuese un chivato.

Clotet había almorzado un plato combinado y un café en un hostal de las afueras de Cártama. Había tenido tiempo suficiente para pensar en la *declaración* de Magdalena. Mientras apuraba el alquitranado y amargo solo, advirtió que se le había escapado una cuestión crucial durante la charla. Buscó el número de los padres de Alberto, que había anotado en su libretilla, y se fue derecho al teléfono de uso público del hostal, que estaba al final del mostrador. El televisor estaba a un volumen desagradable y las tragaperras echaban humo. Introdujo una moneda de un euro, marcó y se tapó el oído

contrario al del auricular.

Magdalena fue la que descolgó después de dos tonos.

—Dígame

—Perdóneme otra vez. Soy Lorenzo Clotet, el que ha estado esta mañana… Es que se me ha olvidado preguntarle una cosa. Le parecerá un poco extraño —avisó— pero me ayudaría que me dijera si a su hijo le gustaban los perros.

Magdalena no contestó inmediatamente.

—¿Cómo le ayudaría?—dijo al cabo. Por primera vez, Clotet percibió miedo en su voz.

—Es largo de explicar. Tiene que ver, aunque no lo entienda, con el coche que vieron Daniel y Antonio, el coche junto al que estaba su hijo.

Otra larga pausa; tan larga que Clotet llegó a creer que había dejado descolgado el teléfono.

—… Le gustaban toda clase de animales —explicó Magdalena finalmente con voz entrecortada—. Perros, gatos, pájaros… Metió hasta una iguana en casa.

—Entonces… ¿tenían ustedes un perro cuando desapareció Alberto?

—No. Yo he dicho que le gustaban pero no que tuviéramos perros o gatos. Pájaros, sí, porque mi marido es muy aficionado. Siempre hemos tenido dos o tres pájaros en casa.

—¿Les pidió que le dejaran *tener* un perro, unos días antes de desaparecer? Estoy pensando que a lo mejor les dijo que podía conseguir un cachorrillo, que alguno de sus amigos pensaba regalárselo.

—A mí no me dijo nada de un perro. Como no sea que se lo pidiera a su padre. Pero estoy segura de que mi marido me lo habría comentado.

—¿No está él en casa?

—No. Todavía no ha vuelto.

—Bueno, no se preocupe —dijo, rápidamente, Clotet—. La llamaré cuando me entere de algo, téngalo por seguro—Y colgó antes de que Magdalena pudiese replicarle.

Magdalena y Miguel no habían podido convencer ni al sargento ni al juez de que las ropas de Alberto habían sido puestas allí por el secuestrador o secuestradores. No les cabía en la cabeza que un niño de catorce años fuese tan ordenado como ellos aseguraban. Los niños no se comportaban así a esa edad. Algunas niñas, tal vez. Supusieron que se trataba de una maniobra de los padres para dilatar las investigaciones. A pesar de lo cual, el juez ordenó

examinar las ropas en busca de sangre de Alberto o de cabellos distintos a los suyos (por fortuna se conservaba una muestra de pelo suya para comparar). Se halló un cabello que no pertenecía a Alberto en sus bermudas. Era de color castaño, se determinó que formaba parte de la ceja o nariz de un varón y que carecía de raíz, lo que era muy inusual, pues estos pelos se suelen obtener íntegros. El laboratorio confirmó que había sido cortado mediante un instrumento muy afilado, que no había dejado las elongaciones y marcas habituales en dientes de sierra que suelen producir las tijeras mal afiladas. Se solicitaron muestras de los hermanos y el padre, y ninguna coincidía. Pero como el hallazgo no probaba nada, porque podía haberse transferido a la ropa en cualquiera de los lugares que Alberto había visitado ese día o el anterior (el pantalón había sido usado durante dos días seguidos), no sirvió para cambiar la decisión final del juez. Tampoco lo hicieron las gestiones de Manolo, que insistió en explicarle que, en las desapariciones, a veces las apariencias eran muy engañosas y que, pasado el tiempo, las perspectivas podían variar de manera drástica, tal y como su experiencia en la asociación le había enseñado.

Para tomar una decisión, era necesario que Clotet obtuviese la seguridad que aún le faltaba. Recordaba las palabras de Soria sobre «las cosas que le contaron, que podrían establecer una relación entre las desapariciones de los tres niños»… No sabía aún a lo que había querido referirse. Desde luego que era bastante inquietante lo del coche y la ropa, pero no conseguía ver aún en lo relatado por Magdalena ese *vínculo* que Soria había detectado. Si hubiera encontrado las anotaciones en los libros…

La única pista era Daniel y Antonio, los amigos de Alberto. Eran los únicos que le habían visto junto al coche misterioso. Posiblemente Manolo se había entrevistado con alguno de ellos o los dos, y se había olvidado de mencionarlo.

Magdalena le había dicho a Clotet que creía que Daniel estaba en la cárcel, cumpliendo condena por robo. Pero Antonio vivía en Cártama y trabajaba en un taller de carpintería metálica del polígono.

El ruido de la máquina cortadora era ensordecedor. Resultaba imposible intercambiar siquiera unas palabras.

—¿Le importa que hablemos fuera un momento?—dijo Clotet a gritos. Al instante su respiración se agitó por el esfuerzo.

Haro estaba aterrado. Pensó inmediatamente en las bombas de presión y en

el individuo que les había comprado el segundo lote. ¿Y si se había ido de la lengua para rebajar su condena?

—¿De… qué?—balbució con la mirada baja.

Clotet le mostró la tarjeta de Atlántida.

—Vengo de parte de una asociación —continuó sin apenas resuello— que colabora en la búsqueda de personas desaparecidas. Quiero que hablemos de Alberto Núñez.

El muchacho se tranquilizó en el acto. Dejó la pistola de soldar sobre la mesa y se fue hacia el exterior de la nave. Clotet le siguió con dificultad. Tampoco fuera las cosas estaban mucho mejor. El fuerte viento hacía crujir el techado de fibra de vidrio del aparcamiento. Pese a lo cual, a la cuarta o quinta intentona, Haro consiguió encender el cigarrillo que le había ofrecido Clotet.

Haro aspiró con profundo alivio el humo del Chéster. Si algo le complacía de veras era fumar de gañote una de sus marcas preferidas.

—Atlántida… —jadeó aún Clotet, guareciéndose en una esquina del aparcamiento — mantiene abiertos los casos de personas desaparecidas cuyo cuerpo no haya sido encontrado…, aunque se les haya dado por muertos, como tu amigo Alberto Núñez…—hizo una pausa para respirar—. Quiero preguntarte… ¿Puedo hablarte de tú? Eres muy joven para que te hable de usted… Creo que el presidente de la asociación habló con vosotros en aquellas fechas… Bien, lo que quería era que me contaras lo que visteis Daniel y tú, cuando os encontrasteis a Alberto la mañana del día de su desaparición.

—¿Usted sss… sss… sabe los años que hace de eso?

—Doce.

—Ya no me acuerdo bien —dijo Haro.

Clotet se caló la gorra todo lo que pudo y se subió el cuello de la cazadora para proteger sus heladas orejas. Gracias a Dios que había recobrado el aliento. Estaba asombrado de que el muchacho no diese muestras de tener frío.

—Te voy a contar algo: cuando dieron la noticia del asesinato de Kennedy, yo estaba en el aseo, lavándome las manos para cenar. Eso fue en el sesenta y tres. Hace, por tanto, cuarenta y cinco años. Yo tenía diecisiete años. Y lo recuerdo a la perfección. Había cogido una pastilla de Heno de Pravia del jabonero del lavabo y me estaba frotando las manos, justo cuando interrumpieron la programación para dar la noticia. Unos años más tarde, una

empresa dedicada a los estudios de opinión o algo por el estilo, publicó un informe en el que se venía a decir que todas las personas que habían sido preguntadas, recordaban exactamente qué hacían en el momento de escuchar la noticia. ¡Incluso los niños de siete años lo recordaban! ¿Y sabes por qué? Porque fue un hecho trascendental para el mundo en general y para nuestras vidas en particular. Cambiaron muchas cosas. Igual que lo fue para vosotros la desaparición de Alberto. ¡Por favor, no me digas que no te acuerdas! No es sólo que lo hayas contado muchas veces. Le has tenido que dar mil vueltas. Porque tanto para ti como para Daniel, aquel día también cambiaron muchas cosas… ¿Me equivoco?

Haro pisoteó el cigarrillo, completamente alucinado. Luego estalló a reír. Fue una risa larga, liberadora. Aquel tío de la gorra estaba loco, pero no entrañaba ningún peligro en relación a su secreto.

—No pudimos ver mucho porque no nos acercamos a Alberto… Alberto es…es… estaba al otro lado de la carretera.

—Cuéntamelo —pidió Clotet con dulzura a Haro, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—Pues… lo vimos cu… cu… cuando volvíamos al pueblo. Habíamos ido a dar una vu… vu…vu… elta. Estaba al otro lado de la calle, de espaldas, mirando hacia un coche allí aparcado. Cuando lo llamamos, él volvió la cabeza. Le preguntamos qué hacía y dijo «nada». Pero se volvió otra vez hacia la ven… ven… tanilla del coche. El Gusanillo le gritó para quedar por la tarde porque queríamos jugar al fútbol. Y nos dijo que no, que quería ba… ba… ba… ñarse en el río. Lo mandamos a la mierda —Haro rio de nuevo— y seguimos hacia el pueblo. Él se quedó allí y ya está.

—¿Ya está? Y del coche, ¿qué me dices? ¿Visteis quién estaba dentro?

—Alberto nos tapaba la ventanilla… No vimos quién era. El Gusanillo vio a un tío cu… cu… cu… ando ya nos íbamos.

—Joven o viejo. ¿Cómo era? ¿Tenía el pelo largo, corto, oscuro, canoso?

—Yo que sé. Era un tío, pero no vimos si era joven o viejo. Llevaba una gorra oscura… azul… o negra… yo que sé.

—¿Nada más?—dijo Clotet, desilusionado— ¿Cómo era el coche?

—De color claro, creo. Gris, me parece.

—Ya. Pero no sabes si era grande o pequeño, ni la marca…

—Era tipo furgoneta, como una C-15, pero no sé la marca.

—No te acuerdas de nada más —convino Clotet, decepcionado.

—No. A mí no me sonaba de haberlo visto antes. A lo mejor era un ca… ca… zador que estaba de paso y se había perdido. Daniel decía que lo había visto antes en el parque. Que era el mismo… que lo había reconocido por la gorra. Me dijo que una de las tías de su clase lo conocía, que era un maestro de La Estación. Pero de lo que dice este tío… —Haro se detuvo para hacer una pedorreta —¡ni puto caso!—. Luego se encogió de hombros y afirmó—: Siempre está emporrao. Se coloca que da gusto.

Clotet se estremeció.

—¿Por qué dices que un cazador?

—Bueno, porque llevaba un par de perros en la parte de atrás. Y un… ¿cómo se dice?: un se… se… se… parador de malla de acero, de esos que usan los cazadores en el coche.

Un nuevo escalofrío sacudió a Clotet por entero. Y esta vez, poco tenía que ver el tiempo.

—Sí, es posible que fuera un *cazador* —acordó, pensativo.

—¿Usted qué piensa? ¿Ese hombre se lo llevó?

—Puede —admitió Clotet, saliendo de su ensimismamiento.

—Ahora que lo pi… pi… enso, hubo algo raro…

—¿Sí? ¿El qué?

—Al preguntarle si iba a ve… ve… ve… nirse con nosotros por la tarde, él no nos contestó. Primero volvió la cabeza hacia la ventanilla. Sí, así fue, ¿sabe?—Haro agitó la mano derecha con el dedo índice extendido—. Como si le pre… pre… pre… guntase al tío del coche lo que tenía que decir ¿Sabe lo que le digo?

28

Clotet condujo en completa tensión durante el trayecto de vuelta a Torre del Mar. Las rachas de viento lateral eran tan fuertes que zarandeaban el Nissan como si fuese de juguete. Se vio obligado a estar más pendiente que nunca del volante.

No era esa la única —y ni siquiera la más importante— razón de su inquietud, pues, ahora, sus sospechas de que aquellos tres niños habían sido secuestrados, y probablemente asesinados, por el mismo individuo, parecían por primera vez más que consistentes.

Lo que había comenzado a barruntar aquella tarde de noviembre en el taller,

frente al televisor en el que apareció la carita de Pablo, parecía confirmarse. Así que, por desgracia, no había ido muy descaminado desde un principio. ¿Era eso suficiente? «No, no lo es». Debía estar completamente seguro. Una parte de su mente no dejaba de martillearle con una incómoda pregunta: ¿y si todo fuese un cúmulo de coincidencias, pistas falsas y una obsesión infundada de su parte? En todo instante había luchado por mantener fría la cabeza y no dejarse arrastrar por la intuición. Un investigador demasiado implicado en su trabajo puede confundir momentáneamente obsesión con intuición y, si no acierta a deslindar ambos sentimientos, es posible que termine por cometer errores irreparables.

¿Qué hacer?

Al llegar a casa, eran casi las ocho y media. Apenas sentía el cansancio, pero la cabeza le daba ligeramente vueltas. Intentó determinar si estaba mareado: se tocó la frente, en busca de ese sudor fino que la bañaba cuando le daban los mareos. Y nada. Luego comprobó su pulso: «regular y estable», convino para sí mismo. Se tranquilizó de inmediato.

Esa noche se quedó viendo la televisión hasta las tantas, que era lo que solía hacer cuando algún pensamiento le absorbía o turbaba. Había perdido el sueño.

Durmió mal, despertándose muy a menudo, pero no se levantó más tarde que de costumbre. Por la mañana llamó a Lola Tortosa. Le dijo que casi había terminado con los libros y que se los devolvería en cuanto pudiese. Había descubierto algo inquietante, le confió, sin especificar de qué se trataba. También la puso al corriente de su visita a Cártama. Pese a la insistencia de Lola, Clotet fue remiso a entrar en detalles, pero dejó caer que se estaba pensando si acudir ya la policía. Sabía que cuanto había averiguado era meramente circunstancial, aunque era posible que hubiese dado con la persona capaz de identificar al autor de las desapariciones, alguien que había visto su cara. Había un problema, sin embargo: estaba en la cárcel cumpliendo condena por receptación de objetos robados y aún le quedaban unos meses.

A eso de las diez se fue al taller. Decidiría qué hacer mientras sacaba adelante parte el trabajo que tenía atrasado. Los televisores se le acumulaban en el suelo del pequeño local y el teléfono sonaba a todas horas. Los mismos clientes que le daban prisas, prácticamente no le dejaban trabajar.

Durante ese día y el siguiente, se dedicó a tiempo completo a hacer las reparaciones. Consiguió dejar listos para la entrega cuatro televisores y otros

tantos reproductores de vídeo, que llevaban más de veinte días aguardando su turno. Clotet no entendía cómo la gente se empeñaba en seguir confiando en él. Mientras tanto, proseguía repasando mentalmente cuanto había podido averiguar. Y ¿qué tenía?... Un chaval desaparecido, al que la policía creía huido… Y dos niños «muertos» —ahogados, presumiblemente, en extrañas circunstancias—, cuyos cuerpos no habían aparecido nunca. Todo ello en un intervalo de doce años. Y, luego, aquellas coincidencias tan sorprendentes en el caso de Tete y Pablo. El perro que se habían empeñado ambos en traer a casa, justo el *día antes* de desaparecer. Y las ropas…

Era también tan extraño lo de las ropas. Se cerraron los casos, en gran parte debido a ellas. Clotet tenía una sensación que no sabía definir con respecto a las ropas, como si hubiese algo importante que no recordara. Por más que se había esforzado, el resultado seguía siendo cero.

Los libros tampoco le habían ayudado. Los había repasado dos veces. El pobre de Manolo debió de confundirse; quizá no tomara las notas que dijo haber tomado. A última hora de la tarde del miércoles los llevó a la asociación.

Las cuatro y media, y el teléfono no dejaba de sonar. Durante la mañana había recibido ocho o nueve llamadas. Clotet estaba harto de aquel ruido monótono y estridente. Ahora que estaba en las mismas tripas del Philips… Alargó la mano para cogerlo. Clic. El que fuera se había arrepentido o se había confundido. Ya por la mañana había ocurrido otra vez. Colgó, contrariado. Si además de las llamadas de los clientes, tenía que soportar las de algún gracioso, apañado estaba… Pestañeó. Le ardían los ojos. La luz del flexo le hacía daño en la vista. Se lo había dicho al oculista pero el muy engreído no se había dignado a contestarle siquiera. No le importaba lo que pensase, dijese o dejase de decir: la luz artificial le resecaba más los ojos. Hacía tiempo que se había dado cuenta. Se quitó las gafas y cogió el colirio de lágrimas artificiales que había siempre en una esquina de la mesa de trabajo. Una, dos… hasta tres. Los sobrantes resbalaron mezclados con lágrimas por su mejilla. Al principio notó escozor. Esperó unos segundos. Las gotas apagaron al instante las ascuas de sus ojos. «Que sensación más agradable». Lástima que el alivio apenas le durase un par de minutos. Se reclinó sobre el respaldo extensible del silloncito giratorio y cerró los ojos un instante… «Si consigo terminar con el video antes de las cinco y media, lo dejo por hoy» Sólo quedaba cambiar el cabezal de lectura y ajustarlo…

La perspectiva de echar unas manos de cartas en Rodas, la cafetería donde se reunían los de asociación de pescadores, animó a Clotet. Estaba un poco lejos y tenía que coger el coche. ¡Qué cojones! Un par de horas sin pensar en nada le vendrían de perlas.

Abrió los ojos. «¿Qué…—parpadeó varias veces, furiosamente incluso— qué pasa?». Todo era borroso, cerca y lejos de sí. Cogió a tientas unas facturas, las acercó a su cara y luego las separó. Era igual porque no distinguía nada. Se asustó tanto que sintió cómo el corazón le palpitaba sin freno. Eso le asustó más aún. Comenzó a sudar y la lengua se le resecó al instante. Volvió a inclinarse sobre la mesa. No veía los contornos de las piezas del Philips… Tenía que tranquilizarse y esperar un poco. Podía tratarse de un episodio de ceguera transitoria, recordó de pronto, causado por el estrés. No hacía mucho que lo había leído en alguna parte… ¿o había sido en un programa de la tele? Qué más daba… Probablemente se le pasaría pronto, trató de convencerse a sí mismo. «¿Qué es eso? ¿El ruido de la cerradura?»… Clotet volvió la cabeza hacia la puerta, completamente desconcertado y desorientado. El tintineo mortificante de la campanilla del avisador. El eco fue apagándose poco a poco. Clotet se levantó, guiado por su instinto. Volvió a sentir miedo, el corazón se le aceleró todavía más. Pero esta vez el miedo era de otra naturaleza.

Otra vez el ruido de la cerradura. El chasquido de las lamas de la cortina.

—¡Oiga!—Clotet casi no podía despegar la lengua del paladar— ¡Espere! — consiguió gritar, mientras «adivinaba» un contorno humano avanzando hacia la mesa— ¿Quién es usted?...

El intruso no contestó. Clotet no podía verle la cara. Llevaba una prenda oscura. Sí, algo marrón, parecido a su «tres cuarto»…

—¿Cómo es que tiene llave?—volvió a frotarse los ojos con los puños cerrados—. ¿Qué quiere?

Sin respuesta, nuevamente. Una mano enguantada sujetó su nuca. «¿Qué es lo que está pasando?». Sintió un pinchazo bajo la nuez, sin que le diese tiempo a reaccionar. El ruido que indicaba que el metal había tropezado contra una superficie dura de su propia garganta, le causó tanta dentera como dolor, un dolor lacerante que cesó casi inmediatamente. Acto seguido una angustia densa como el plomo fundido, se le anudó en la boca del estómago. Clotet comenzó a entender *parte* de lo que estaba sucediendo en cuanto se llevó las manos al cuello. Manaban burbujas de sangre. Glog, glog, glog. Intentó gritar. No podía.

Apenas un gorgoteo salió de su boca y se confundió con el ruido de las burbujas. Intentó respirar, pero el aire se escapaba por el agujero bajo la nuez. Intentó *verle*. Lo único que veía era los contornos de un rostro. Clic. La luz del flexo, la única luz de la habitación, se desvaneció. En su recién adquirido mundo inexplicablemente borroso, la oscuridad era casi total. El teléfono sonó. Clotet supo que era la última vez en su vida que volvería a oír aquel sonido. Se sentía desmayar. Las piernas dejaron de sostenerle y tanteó para agarrarse a algo, pero las manos resbalaron de la mesa y cayó al suelo, boca arriba. Se golpeó la espalda y la cabeza al caer. Esta vez no dolió. El teléfono seguía sonando. Intentó taponarse el agujero con las dos manos a la vez, pero *él* se las cogió y les dio la vuelta. Zig, zag, Clotet sintió cómo se las cortaba con algo afilado; las palmas… el dorso de los dedos. «¿Por qué?» La llamada había cesado. Ya no le dolían las heridas. Dos pinchazos más en el pecho y la barriga. No sintió ningún dolor. Luego una cosa fría que se hundía en su cuello, a la derecha. Clotet consiguió llevarse una mano: más sangre caliente, que manaba suave. *Él* se incorporó y se quedó en pie, quieto, como si hubiese decidido ser testigo de su final. A su alrededor, la niebla se transformaba en tinieblas a un ritmo vertiginoso. No podía respirar. De pronto, ocurrió una cosa muy extraña: recordó todo cuanto había olvidado; todo le vino a la memoria en un segundo… La bicicleta bajando a toda velocidad por aquella cuesta pavorosa… su madre metiéndole en la boca la cuchara de papilla de copos de avena… las piedras rodando por entre los pinos… clock… clock… con el inmenso azul del mar al fondo. Nunca había pensado con tanta rapidez ni sus pensamientos habían tenido aquella claridad. ¿Qué le había dicho el del kiosco de helados del paseo marítimo, cuando se halló la sudadera y la zapatilla deportiva de Tete? Que un hombre que *paseaba un perro* por la playa, había *encontrado* la ropa en la misma orilla. Un hombre al que el quiosquero no había visto antes, un residente de entre tantos como venían a Torre del Mar a pasar los inviernos, uno de esos jóvenes jubilados que gastan el tiempo en pasear a su perro y tomar el sol en el paseo marítimo. El perro era grande, no el cachorro que habían descrito sus amigos. Eso fue lo que le despistó entonces.

Las tinieblas comenzaban a ser barridas por una luz blanca, cegadora y extrañamente tranquilizadora. ¡Cómo no lo vio antes!

Era tan irónico que las incógnitas se despejasen en aquel preciso instante, que por fin huyese de la boca de su estómago el fantasma que le había

impedido descansar, que *comprendiese*. ¡Dios!... Era *Él*. Estaba en la concentración para pedir la *vuelta* de David Vicente, detrás mismo de la pancarta. Se había escondido detrás de aquella barba castaña. Pero no había dudas. ¿Por qué no se le habría ocurrido volver a ver la película que había ordenado grabar entonces?

Por fin, a punto de morir, lo sabía.

29

Tuvo tiempo de sobra para prepararlo todo. Las costumbres del jubilado metomentodo se lo habían puesto fácil. Y el taller en aquel callejón… Todo perfecto para sus planes.

El hombre de las pestañas tupidas y la mirada vacía se cercioró de que el sargento en la reserva hubiese dejado de respirar. Los ojos del sargento estaban abiertos y sus pupilas dilatadas. Cuando investigasen el crimen, sus compañeros nunca se imaginarían que había sido la atropina la que había causado tal efecto. Al forense también se le pasaría por alto. Las pupilas se dilatan con la muerte… ¿Cómo iban a pensar en un efecto farmacológico?

Limpió el cuchillo guardándolo a continuación en una bolsa de plástico transparente, larga y estrecha, y se despojó de los guantes, dándoles la vuelta con cuidado para no mancharse de sangre; se los metió en el bolsillo del pantalón y se puso el otro par. Se había cambiado el cuchillo de mano para rebanarle el cuello y pincharle la barriga. Dos asaltantes, uno diestro y otro zurdo, deducirían… Le palpitaba fuerte el corazón de Miedo y de placer.

Luego, sacó un colirio de lágrimas artificiales del bolsillo de la cazadora, idéntico al que había sobre la mesa de trabajo y los intercambió. Lo revolvió todo, cuidando de no hacer ruido. Registró el cadáver y encontró una pequeña cartera de piel en el bolsillo trasero del pantalón. Cogió el contenido de la billetera —dos billetes de cincuenta euros y treinta euros más en billetes de cinco— y se lo guardó. A continuación la arrojó al suelo asegurándose de que se desparramaran las tarjetas. Tenía que parecer un robo. ¡Oh, no! ¡No había disfrutado cortándole en las manos mientras vivía! Era necesario para que pareciese que se había defendido y que por eso había tenido que matarlo. Las heridas mostrarían reactividad; no podía esperar a que muriese para hacérselas, porque hubiesen sospechado. En cuanto a las huellas, encontrarían muchas, pero no las suyas. Excepto las de las suelas de los zapatos. Era inevitable dejar las huellas de los zapatos en el suelo, mucho más cuando estaba manchado de sangre. ¡Qué más daba! Terminarían en los pies de un negrito o asiático necesitado de ayuda. Al igual que la cazadora marrón.

Respiró profundamente. En los días previos le habían girado visita los viejos fantasmas. Tanta adrenalina espoleando a latigazos sus músculos y su cerebro. Sí, El Miedo le había visitado de vez en cuando, era verdad. Esta vez

El Miedo era la incertidumbre. El idiota no paraba de hacer preguntas; se estaba acercando cada vez más. Menos mal que no recordaba su cara: no era un buen fisonomista. Claro que… le hubiese resultado difícil asociarla. La verdad es que empezaba a constituir un peligro porque no se daba por vencido. Era de los que nunca abandonaría. Llegó a temerse lo peor. Por fortuna era también muy descuidado… Todo cambió en cuanto tuvo una copia de las llaves y supo que cerraba el taller al público por las tardes. Al principio había pensado colarse a mediodía, esperarlo dentro y acabar con él en cuanto llegara. Un sencillo plan que tenía sus inconvenientes: podía haber gritado o haberse defendido más de lo previsto. La hipótesis del robo se hubiese debilitado de haberle causado las heridas por la espalda. Tenía que parecer que se había resistido a entregarle lo exigido, que había luchado. El colirio con las lágrimas artificiales sobre la mesa le proporcionó otra idea. Concibió un nuevo plan. Podía vérsele perfectamente desde la calle a través del estrecho y largo cristal de la fachada. Aquella luz del flexo enfocando la mesa de trabajo… La quietud del pasaje… Le vigiló discretamente durante una tarde y se dio cuenta de que cada diez minutos, más o menos, se aplicaba el colirio. Tendría una buena oportunidad si estaba atento porque la ceguera le desorientaría durante un rato, le impediría llamar por teléfono e incluso salir al exterior. Sería el momento de utilizar la llave. Pero si, a pesar de todo, decidía salir del local y nadie pasaba por la calle en ese momento, él lo aprovecharía para empujarle dentro. La sorpresa sería su mejor aliado. Y si, por cualquier circunstancia, no podía entrar cuando se aplicase las gotas de atropina, volvería otro día para ejecutar el primero de sus planes.

En última instancia tenía llave del piso. Le hubiese esperado dentro. Cualquier tarde hubiese entrado mientras estaba en el taller. Pero era más arriesgado.

El hombre que pasaba desapercibido a los demás se puso el pequeño sombrero de ala caída, azul marino, similar al que usaba el sargento en la reserva, y las gafas de sol. Cerró los ojos. El callejón estaba tranquilo. Tenía que estar preparado para aguantar lo que se avecinaba. Se sentó en el sillón giratorio y se dispuso a esperar a que anocheciese.

30

Un mes después de instalarse en Málaga, la UCO había resuelto que los asesinatos de Cristina Lozano y Natalia Blanes eran obra de una misma persona. Habían analizado minuciosamente las fotos tomadas en los escenarios de ambos crímenes, las características de las heridas y las circunstancias de los ataques, y todas sus dudas se habían disipado. Sin embargo, no estaban aún del todo seguros de que Cecilia Abreu hubiese sido su «primera» víctima. Las dudas de la UCO se expresaban en dos vertientes muy distintas y separadas: la primera (y previa a la otra) era que la autoría correspondiese realmente al responsable de los otros dos asesinatos, y la segunda, más específicamente, a que, en caso de ser el mismo autor, aquél hubiese sido en verdad su primer crimen.

En cualquier caso, estaban convencidos de tratar con un asesino en serie que podía haber matado con anterioridad con otro *modus operandi* e incluso haber enterrado o hecho desaparecer por cualquier otro método a alguna de sus víctimas. Curiosamente, era la misma conclusión a la que había llegado Esther Monroy.

Por puro instinto, Muriel trataba de mantenerse a distancia. Cuanto menos se implicase en la operación de caza abierta por la UCO, más legitimado se sentiría para proseguir con su particular cruzada, aun cuando no había sido capaz de hallar hasta la fecha demasiados motivos para la esperanza. Y esa circunstancia, que no había imaginado tener que afrontar al ocurrírsele la «idea», estaba empezando a desanimarle.

El Grupo de Homicidios había sido invitado por el oficial al mando a mantener dos reuniones de carácter informativo. En la primera, la UCO se había limitado a explicar su metodología de trabajo. La segunda, celebrada quince días más tarde, había sido dedicada a analizar lo que obraba en los expedientes y las nuevas pesquisas que se habían practicado, siguiendo el método de trabajo establecido. Teniendo en cuenta la insólita y frustrante escasez de pruebas físicas, las actuaciones habían debido ser enfocadas hacia una indagación lo más exhaustiva posible en el entorno personal de las mujeres fallecidas. Específicamente se buscaba la interrelación entre las víctimas que a los investigadores locales les había sido imposible hallar, más allá de unas coincidencias circunstanciales cuyo valor había sido descartado

con anterioridad. En la UCO estaban convencidos de que había algo que conectaba a las víctimas, algo más específico que el hecho de ser mujeres jóvenes. La ausencia de huellas, si se exceptuaba la marca parcial de la suela de unos deportivos en las manchas de sangre de los escenarios de dos de los crímenes (el de Benalmádena y el del paseo marítimo de Málaga), que coincidían en el tamaño pero no en el dibujo, tenía desconcertados a los miembros de la UCO

A esas alturas, los temores de Muriel no se habían visto confirmados por el desarrollo de los acontecimientos. Más bien al contrario. El oficial al mando de la unidad, un joven teniente de origen oscense apellidado Pineda, parecía estar francamente interesado en las opiniones de los miembros del Grupo y daba la impresión de tenerlas muy en cuenta. Había insistido en que volviesen a analizar, pero esta vez conjuntamente, la reconstrucción de los hechos en los tres crímenes. Posteriormente, se le había dedicado un monográfico al arma homicida y a las circunstancias específicas que habían rodeado la muerte de Natalia Blanes. Se puso sobre el tapete la idea de que un arma tan pesada, incómoda de manejar y «extraña», encerrase un contenido simbólico. El Grupo de Homicidios también había barajado con anterioridad una hipótesis similar pero sin ahondar en ella. Pineda era uno de los defensores de la idea. ¿Y si una particular simbología, de la que el hacha de carnicero formaba parte, gobernaba los actos del asesino? En tal caso, habría otros signos presentes en los crímenes, que aún no habían sabido interpretar. Amparo Doblas, subteniente y segunda en el escalafón de la unidad, lanzó la sugerencia de que los otros signos debían de residir en lo que representaban las tres mujeres para El Ciclista. La sugerencia de Doblas encerraba un problema: de ser válida, era bastante probable que las mujeres muertas no estuviesen relacionadas entre sí, sino que la interrelación únicamente existiese en las fantasías del asesino, lo que dificultaría notablemente el trabajo a desarrollar, dado que el imaginario de un asesino suele estar guiado por el caos. El arma era lo único con lo que contaban, de momento. Al respecto, la intuición del subinspector Muriel había sido muy elogiada ante el enojo mal disimulado de Maribel, cuya actitud hacia uno de los agentes de la unidad venía siendo inequívoca. Consecuentemente, las bromas y cuchicheos comenzaron a ser frecuentes entre sus compañeros. Muriel, sin embargo, se mantenía al margen con el propósito de evitar más fricciones. La UCO daba ya por bueno que el asesino utilizaba una bicicleta para seguir a sus víctimas y que al menos en el

caso de Lozano y Blanes era indudable que había obrado de esa manera. Se mostraron encantados con la idea y quisieron saber a quién se le había ocurrido, pero en el Grupo se había pactado con anterioridad mantener en el anonimato a su autor. La respuesta de Ramos al respecto había sido un sucinto «fue una casualidad». Como Pineda mostrase curiosidad, Ramos tuvo que insistir en que «había surgido durante la reconstrucción de los hechos y que se trataba de una mera aportación hecha por uno y aceptada por todos». Era evidente para el oficial al mando que Ramos pretendía elevar el equipo por encima de las individualidades, pero no se explicaba por qué entonces no habían tenido reparos en presentar a Muriel como el *único* autor del hallazgo del arma.

También estaban seguros de que El Ciclista había empleado algún tipo de camuflaje para seguir a sus víctimas. Cundía entre los agentes la opinión de que la barba que habían descrito los testigos era postiza. Las gafas, probablemente «de esquiador», muy parecidas a las que se usan en el ciclismo profesional, cumplían una función fundamental, pues impedían que se le viesen los ojos. Pineda había manifestado su creencia de que el pelo («largo», habían dicho dos de los testigos sin poder precisar cómo era exactamente al estar cubierto por la capucha del chubasquero) era en realidad una peluca y que quizá el asesino podía sufrir alopecia parcial o total. El camuflaje, según creía la UCO, revelaba que El Ciclista temía ser reconocido y reforzaba la hipótesis de que sus víctimas le conocían aunque fuese sólo de vista. Dedujeron igualmente que, debido a la publicidad dada a su *modus operandi*, era bastante probable que renunciara a utilizar la bicicleta si decidiese volver a matar pronto, lo que constituía una dificultad añadida para poder identificarle.

En la segunda de las reuniones, Ramos había sugerido que quizá con el camuflaje buscaba más evitar ser reconocido por los viandantes, que pasar desapercibido ante sus víctimas. La opinión de la UCO coincidía con la del Grupo respecto a que se enfrentaban a alguien con formación de nivel medio o superior, recursos económicos y trabajo fijo. De ser así, el uso del disfraz podía indicar que El Ciclista era una persona «conocida» o, lo que era lo mismo, que desempeñaba un puesto de trabajo que le obligaba a mantener contacto con «mucha gente». Dado que uno de los dos crímenes que se le atribuían con seguridad, se había producido en torno a las seis de la tarde de un día laborable, era lícito pensar que probablemente su empleo era de horario intensivo, lo que reforzaría la hipótesis de que se tratase de un

funcionario, empleado de banca o de empresas o instituciones públicas. Al teniente Pineda le pareció muy interesante la observación de Ramos. Situaría al autor de los asesinatos en la ciudad de Málaga. Pero poco más que pudiese beneficiar a la investigación.

Con los elementos que habían podido reunir, los de la UCO habían elaborado la teoría de que el asesino era un hombre que llevaba una vida completamente normal, que era respetado por sus compañeros de trabajo y que se mostraba tímido y esquivo con las mujeres. Pensaban que el desencadenante de sus crímenes podía residir en una relación amorosa fracasada de forma profundamente traumática. Por lo habitual, esta clase de asesinos en serie no mataban a la que consideraba culpable de su desgracia sino a otras mujeres que la representaban en su fantasía. De manera que no era probable que la relación fracasada se hubiese establecido con Blanes ni Lozano. En ese sentido, Cecilia Abreu había sido descartada del todo por su orientación sexual. En todo caso, las características específicas del asesinato de Benalmádena arrojaban dudas de otra índole.

La ausencia de ensañamiento, situaba su edad por encima de los treinta. Ese detalle, unido al tipo de herida y a la precisión de los cortes, la exposición deliberada de los cadáveres y el medio empleado para seleccionar a las víctimas, les decían que tampoco podían estar hablando de un individuo muy por encima de los cuarenta. Casi podía descartarse que el asesino hubiese cumplido ya los cincuenta.

Los «testigos» del asesinato de Natalia Blanes, fueron llamados a declarar de nuevo. Se les encomendó a dos agentes que interrogasen a la pareja de jóvenes que halló el cadáver. Tuvieron ciertas dificultades para dar con ellos, dado que la chica viajaba dos veces por semana, a Extremadura y Murcia mayormente, para formalizar las transacciones de la empresa en que trabajaba, y él, como guía turístico contratado por varias agencias de viajes sitas en la capital, se dedicaba a llevar grupos de japoneses en autobús por toda Andalucía. Finalmente, se les localizó e interrogó de nuevo, igual que a la mujer que se había desmayado al ver el cadáver y al niño que vio al Ciclista blandiendo el hacha. La UCO no fue capaz de extraer nada interesante de sus declaraciones, que no estuviese ya recogido en los expedientes. Probablemente los jóvenes se habían cruzado con El Ciclista pero ninguno acertaba a recordarlo. La mujer estaba segura de no haberlo visto; había cruzado la carretera para entrar en el marítimo apenas un par de minutos antes

de toparse con el cuerpo.

El teniente Pineda se ocupó personalmente de interrogar a Lourdes Belmonte. Se trasladó a Motril junto a uno de sus agentes y volvió de allí con un dato al que, Ramos y su gente, no habían prestado atención en su momento y que le pareció pertinente comprobar.

La sorpresa se produjo al realizar las verificaciones oportunas con la comisaría de Torremolinos. La UCO convocó al Grupo de Homicidios a una reunión urgente y les comunicó el resultado de su hallazgo. Pineda se negó a confirmar que aquello otorgase a El Ciclista la autoría del crimen. Cuando menos, hasta que no se estableciesen, si es que podían, concordancias irrefutables en los retratos robot.

31

Una mañana de la «segunda semana libre», a hora irritantemente temprana, Ramos citó a Muriel con urgencia. Tenía cosas importantes que decirle y prefería que fuese en persona.

Al bajar a la calle, Muriel miró ritualmente hacia arriba. Las gaviotas moteaban el anémico cielo del alba, como salpicaduras de nieve.

Cuando Muriel supo por boca de Ramos que El Ciclista había visitado a Lourdes Belmonte en su apartamento de Motril, no fue capaz de imaginarse que se había hecho pasar por policía.

—¿Recuerdas que Lourdes nos dijo que hacía un año que no tenía noticias de la policía?

—Sí, más o menos dijo eso—admitió Muriel, tratando de recordar.

—¡Me cago en la puta! No sé cómo se me pudo pasar por alto.

—No lo comprobamos.

—¡Exacto! Lo dimos por bueno.

Un buen montón de ideas inconexas comenzaron a bullir en Muriel.

—¿A quién puede pasársele por la cabeza una cosa así?—dijo en tono de disculpa.

—Eso no es excusa, Fernando. Debimos comprobarlo.

—¿Por qué lo haría?

—Vete tú a saber. Para recrearse, probablemente. Es una buena manera de revivir el crimen. Los de la UCO están como locos, investigando cómo ha podido enterarse de dónde vivía. No son muchas las personas que lo sabían aquí, en Málaga, aparte de sus padres. Han hecho una lista. Quizá haya suerte.

—Supongo que habrán verificado que no ha hecho lo mismo con las otras familias.

—Sí… Es extraño.

—¿El qué?

—Que haya obrado así. Que haya… no sé… decidido exponerse de esa manera.

—Bueno, tú lo has dicho hace un momento. Necesitan revivir los crímenes porque están dominados por sus fantasías. Eso les lleva a tomar riesgos innecesarios muchas veces.

—¿Pero por qué se ha tomado esa molestia?... No lo entiendo.

—Ahora soy yo el que no te entiende a ti.

—Lo que quiero decir es que no tenemos constancia de que haya hecho nada parecido con el entorno de las otras víctimas. Los padres de Cristina viven en Istán… pero la familia de Natalia está en Coín, a menos distancia aún. Además, Álvaro está en Málaga. En todo caso, Motril es el lugar más distante de todos. Y si esto forma parte de un juego, lo lógico es que lo repita.

Muriel sentía una especie de angustia. Era una nueva pista que aproximaba a la UCO hasta El Ciclista. Quizá le tomasen la delantera.

Trataría de sacar sus propias conclusiones de cuanto había dicho a Gabriel.

—¿Crees que la enfermera está en peligro?

—Con estos hijos de puta nunca se sabe, pero lo dudo. Ha tenido tiempo más que suficiente de cargársela y no ha hecho nada… De todas formas están buscando una fórmula para ofrecerle protección. Por si acaso cambia de idea. ¡Hijo de puta!—rugió de pronto Ramos—. Se presentó con gafas oscuras.

—No le vio los ojos…

—No. Prácticamente ha olvidado el aspecto que tenía. Apenas estuvo diez minutos con ella. Dice que era de estatura mediana, complexión normal, unos cuarenta o cuarenta y tantos. Llevaba una barba oscura, bien recortada. Que sería probablemente postiza. No recuerda si tenía alguna clase de acento. Sólo que era educado. En fin, nada que nos sirva.

Muriel «vio» a Carlos Vera con unas gafas de sol. No tuvo que esforzarse lo más mínimo para imaginárselo presentándose en el piso de la enfermera.

—Es él. Me da igual lo que piense Pineda.

En eso estaban de acuerdo ambos. Dijese lo que dijese la UCO, los tres asesinatos eran obra suya.

—Pronto se convencerá —apostó Ramos.

—¿Tampoco se acuerda de qué hablaron?

—Nada importante, al parecer. Le dijo que no había novedades en la investigación. El cerdo hipócrita le preguntó cómo se encontraba y cosas así. Luego le dijo que intentara pensar en la noche del crimen, a ver si recordaba algo interesante. ¡Qué cabrón!

—¿No le sonaba su cara?

—Nada. Asegura que no le había visto nunca. La pobre mujer está hundida del todo… Por cierto, ¿cómo va lo tuyo con Bernal?

—Regular.

—Déjalo ya. Te asignaré otra tarea.

«Déjalo ya» Aquello era lo que más temía escuchar Muriel.

—No te precipites. Tengo una pista. ¿Te acuerdas de la inglesa desaparecida en el 2002 en Fuengirola?

—Borrosamente —admitió Ramos, tras pensárselo un par de segundos.

—Bernal ha estado husmeando por el edificio en el que vivía aquella tía.

—¿Y…?

—Pues que estuvo hablando con los vecinos de piso. Yo también me he entrevistado con ellos. Hay un tío que no me gusta, un policía local que colaboró en la búsqueda del coche de la inglesa.

Ramos se le quedó mirando unos instantes, como esperando una explicación. Pero la explicación no se produjo. En lugar de eso, Muriel parecía estar ensimismado.

—Sigue.

—No es nada en concreto… es una gilipollez. Lo que quiero decir es que el tío aparenta ser normal. Pero da el perfil. Y me preocupa que Bernal estuviese allí el día veintidós de enero y que no sepamos nada más de él hasta el día en que desapareció. Sólo que entraba y salía del hotel.

—¿Por qué dices que da el perfil?

—Bueno… tenías que haber estado allí y verle… Sus modales, su educación… tenía respuestas para todo… Era como si se hubiese estado preparando un guión. Tiene mucho control de sí mismo.

Ramos también había escuchado la famosa cinta.

—Para el carro. No metas a Monroy.

—Hay una forma de descartarlo. Hagámosle unas fotos y pásaselas a la enfermera. Puede que lo identifique.

A Ramos se le iluminaron los ojos.

—¡Joder, qué idea!—exclamó con sorna—. Pero, no sé por qué, me da que eres tú quien tiene prisa por descartarlo.

Gaby tenía toda la razón, por supuesto. Muriel no tenía otro remedio que jugar sus bazas si quería progresar. Debía aprovechar todos los recursos.

—Interesa a todos.

De pronto, Ramos se puso serio. Demasiado serio para que Muriel no se preocupara.

—¿Y cómo te parece que lo hagamos? ¿Sin informar a la UCO? Estoy jugando con fuego, ¿sabes?—dijo Ramos, y Muriel asintió—. Creo que no te das cuenta de hasta qué punto me la estoy jugando. Como todo este embrollo

de Bernal salga a la luz, no sé qué voy a decir. Me van a dar de hostias por todos los lados y tú, Fernando, también te vas a llevar tu parte.

—Dame unos días más. Estamos en el mismo barco. Si tengo éxito, la recompensa será para todos, ¿no? Vamos a jugar nuestras bazas.

—¿Cómo, coño?—bramó Ramos—. Dime tú cómo.

—Recuérdalo: fue Bernal quien vino a nosotros. Nos pidió que estuviésemos en contacto. ¿Quien nos puede reprochar que intentemos localizarle, si no damos con él?

—Nadie. Pero sí de ocultarlo.

—No estamos ocultándolo. Oficialmente, este asunto no tiene nada que ver con el caso de El Ciclista. Métetelo en la cabeza.

Ramos se puso a pasear por el despacho. Luego se quedó en pie junto a la ventana, mirando el trasiego de coches en la avenida Juan XXIII.

—Haz *tú* las fotos y mándaselas por mensajería. Luego la llamas. Pero no se te ocurra presentarte en su casa. ¿Entiendes?

Muriel no estaba especialmente contento con la *sugerencia*. Sacarle unas fotos a Carlos Vera era un trabajo de vigilancia que necesitaba tiempo y recursos. Y, si de recursos andaba con lo puesto, tiempo era lo que menos tenía. No podía malgastarlo de aquella manera.

Por otra parte, entendía perfectamente cuáles eran las limitaciones. Ramos tenía las manos atadas: no podía encargárselo a nadie del Grupo. En otras circunstancias de menor premura, se le hubiese encomendado a un par de agentes no adscritos, especializados en labores informativas. Pero se necesitaba planificación y ponerse a la cola. Algo imposible en la actual coyuntura.

Enrabietado por el cambio de planes, Muriel cogió una Canon con teleobjetivo y se fue hasta la puerta del Tahití. Logró aparcar cerca de la entrada y encontró un ángulo adecuado. Luego salió del coche y buscó a pie un supermercado. A menos de cincuenta metros, encontró uno. Compró una botella grande de agua mineral, una bolsa de pan de molde y jamón dulce envasado en lonchas. En diez minutos estaba de vuelta, con todo lo necesario para aguantar lo que hiciese falta. Y se dispuso a esperar. Un par de horas después, cuando ya le dolían los ojos de mirar al portal, salió Margarita Rejano. Preparó la cámara, pero no ocurrió nada. Entendió entonces que la espera podía durar lo que dictase la fortuna y decidió aguardar hasta la tarde. Si para las ocho no aparecía Vera, abandonaría definitivamente.

Sobre las cuatro vio llegar un Laguna blanco. Lo conducía Vera, de uniforme. En cuanto inició las maniobras para aparcar, Muriel ajustó el teleobjetivo y comenzó a pulsar frenéticamente el disparador. La cosa duró unos veinte segundos, como mucho. ¡Sus muertos! ¡No había podido tomarle una sola de frente!

Regresó a Málaga de inmediato y llevó el carrete al laboratorio. Mientras lo revelaban, llamó a la enfermera. Lourdes Belmonte lo recordaba e incluso se acordaba de su nombre de pila. «¿Muriel? Claro. Fernando Muriel», le dijo ella. Muriel se sintió aliviado al comprobar que el estado anímico de Belmonte parecía ser mucho mejor de lo que había supuesto. Luego le hizo saber que estaba al corriente de lo sucedido y que al día siguiente le llegarían unas fotos. Quería que las mirara bien y que le dijese si aquel hombre se parecía en algo al que la visitó. Sobre mediodía la llamaría de nuevo.

El sueño de Muriel no pudo ser más intranquilo aquella noche. Se acostó pensando en que todo lo que había planeado hacer se podía ir al carajo en cualquier instante. Carolina le había notado «raro», y no sólo por el hecho de que le hubiese costado un mundo alcanzar el orgasmo. Ella lo abrazó con fuerza antes de quedarse dormida, como si entendiese que se encontraba en medio de una difícil encrucijada cuya verdadera naturaleza su marido debía hurtarle, tal vez para evitar hacerla también partícipe de unas consecuencias que podrían dañar a ambos.

A las ocho y media, Muriel depositó el paquete con las fotos en una oficina de la empresa de mensajería TDN. Las razones de Ramos para darle tales instrucciones eran comprensibles. Era su única opción; ni él ni ningún otro agente debían personarse en el piso de Lourdes, si no quería despertar las sospechas de la UCO, que, con carácter provisional, había conseguido que se destinase a un par de guardias civiles del cuartel de Motril en la vigilancia de su portal: debían identificar a todos los que entraban en el edificio. La espera se prolongaría durante seis horas como mínimo, había estimado tras facturarlo. El cálculo de Muriel se basaba en que el paquete con las fotos se entregaría alrededor de la una, tal como la empresa de mensajería le había garantizado al depositarlo. Una hora más tarde, a lo sumo, podría tener una respuesta de la enfermera. Consumió la mañana en repasar los expedientes que había leído y releído hasta cuatro veces. De todos, el más interesante le seguía pareciendo el de la inglesa. Así se lo había parecido también a Bernal. Sin embargo, continuaba preguntándose qué había ocurrido durante esas dos semanas largas

que mediaban entre la primera visita de éste al Tahití y el cinco de febrero. Como le había sido imposible rastrear las llamadas que había recibido Vera, ignoraba si la relación entre ambos se prolongó después del veintidós de enero. En determinado momento, se percató de que se había equivocado en el enfoque. Sin una razón concreta, había dado por hecho que Bernal estaba siguiendo un *orden* y que la inglesa desaparecida había sido la *primera* de una lista. ¿Qué había sucedido con los *otros* casos? ¿Y si había estado simultaneándolos? Lo único cierto era que no sabía nada de la actividad de Bernal, previa al veintidós de enero. Con sus contactos en La Dirección General, Bernal podía haberse puesto al día en menos de una semana. ¿Se había dedicado a pasear y leer el periódico desde el catorce o quince hasta el veintidós? Era poco probable, decidió Muriel.

El móvil vibró en su pantalón a las trece y cuarenta y cinco: era Lourdes. Muriel notó miedo y desilusión en su voz cuando afirmó: «No es él»

—¿Seguro?

—Sí. No se parece nada. Era de… *otra*…manera —balbució ella.

La sangre subió a borbotones por el pecho de Muriel.

—¿De qué manera? Creíamos que había olvidado el aspecto que tenía.

Lourdes no contestó inmediatamente; debía de estar calibrando si las palabras de Muriel encerraban un reproche.

—… No sé. Era diferente al de la foto pero no sé como explicarlo. No es él.

—Seguramente iba disfrazado: recuerde eso —observó Muriel, aferrado a una última esperanza—. Creemos que la barba era postiza.

—A pesar de la barba… Sus rasgos eran diferentes.

—Está bien.

Aunque por distintos motivos, Muriel se sentía tan desilusionado como la enfermera y enormemente agotado. En todos los sentidos en los que uno puede estar agotado: mental, físico y emocional. Colgó el teléfono después de tratar de tranquilizarla. Cogerlo sería cuestión de poco tiempo, le aseguró. Ella no debía temer nada.

«¿Y ahora, qué?»

Regresó a casa en torno a las tres, derrengado del todo y sin ningún plan. Se sentía incapaz de decidir si debía descartar definitivamente al policía local, en base al efecto que habían causado las fotos en Lourdes. ¿Y si se equivocaba? Quizá el peso de El Ciclista hubiera variado en el último año. Podía haber

engordado o adelgazado. ¿Quién podía saber una cosa así? «Las variaciones en el peso de una persona, transforman tanto su rostro que muchas se vuelven irreconocibles. Mucho más si se ven a través de unas fotos», meditó Muriel. Cualquier policía lo sabía… Además, si se le habían olvidado los rasgos del hombre que estuvo en su casa, más allá de que tuviese barba, ¿cómo podía estar tan segura de que no era él?

Nunca se había sentido tan desorientado. Sí, aún tenía tiempo para seguir dando palos de ciego, se dijo a sí mismo, con el ánimo por los suelos.

De repente, un fogonazo iluminó por un segundo su pensamiento. Llamó a Ramos para ponerle al tanto de la impresión que habían causado en Lourdes las fotos de Carlos Vera. Ramos no pareció inmutarse y, sorprendentemente, no le presionó para que abandonara. Muriel juzgó que seguía prefiriendo mantenerlo lejos de la UCO aunque anduviese dando tumbos por ahí, que adscribirlo a las tareas que Pineda les demandaba a los demás agentes del Grupo. Animado por aquella actitud, Muriel le dijo: «voy a comprobar dos o tres cosas en la semana que me queda». Ramos dejó escapar una risa corta. «No has conseguido aún hacer el *eagle*. Pero sigue probando; te quedan novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve intentos».

Muriel se quedó sonriendo después de colgar; pensaba en que Ramos no tenía ni puta idea de golf y en que cualquier día sucedería algo que daría al traste con todo y acabaría con su «misión», devolviéndole a realidad. De hecho, no había dejado de leer las páginas de sucesos de los periódicos locales y nacionales ni un solo día, imaginando que no tardaría en aparecer en uno de ellos la noticia del hallazgo del cuerpo de un agente de Europol apellidado Bernal. En una playa, en el fondo de un barranco, en la espesura de un bosque… o colgado de un árbol. Y entonces se daría cuenta de que todo había sido una ilusión, una teoría absolutamente descabellada, entretejida por sus propias ansias de destacar y ser importante.

Unos minutos después llamó a Ramón Castillo con la excusa de darle noticias sobre Bernal.

¿Qué tal le vendría que quedaran esa misma tarde?

32

Aquello era de locos. Primero había sido la mujer del policía. Y ahora era éste en persona quien le pedía ayuda. Sólo que, en esta ocasión, el problema también le concernía a él en cierto modo. De todas maneras ¿quién podía imaginarse una cosa así, conociéndole? La forma de ser de Muriel apuntaba en una dirección muy diferente a la que había tomado al pedírselo. De hecho, en cuanto oyó la voz del subinspector, Castillo tuvo un pensamiento centelleante: Carolina había discutido con su marido, le había echado en cara que no la había «apoyado» en sus esfuerzos con lo de Pablo González y, al final, no se había podido callar la boca. Ahora Muriel le llamaba para dejar las cosas claras.

Pero se equivocaba de plano.

A las siete menos cuarto Muriel le estaba esperando en un establecimiento de comida rápida situado en el centro comercial Eroski, justo en el mismo edificio que albergaba el Tryp Alameda. El ruido era molesto pero servían en él toda clase de desayunos y tentempiés al estilo anglosajón, perritos calientes, hamburguesas y otros aperitivos, y, por supuesto, café y pasteles diversos, entre ellos, porciones de tartas, como la *Sacher*. Muriel se pidió una junto con un café con leche, mientras que él se contentaba con un descafeinado.

Muriel le había hecho creer que había avances en la investigación, lo que significaba que pronto podría saber dónde se encontraba Bernal o qué le había sucedido. Concretamente le dijo que lo había localizado en Fuengirola, pero que luego le había perdido la pista. Muriel quería que lo supiese. También admitió que sentía curiosidad acerca de «ciertas cosas». En ese instante se lo soltó:

—¿Por qué crees que Bernal te envió esa cinta?

Castillo se encogió de hombros.

—Tendrías que preguntárselo a él.

—Claro; ahora mismo lo llamo —Muriel cogió su móvil, que estaba sobre la mesa, e hizo como si tecleara un número. Luego se lo puso en la oreja—. Qué raro: no contesta —dijo al cabo de unos segundos. Y pulsó la tecla de roja, volviendo a dejarlo donde estaba.

—Para que le ayudara —dijo Castillo con una media sonrisa. No había decidido si molestarse o no por la ironía

—¿Y cómo ibas a ayudarle?

Castillo enarcó las cejas.

—Cosas de Luis…

—No entiendo qué clase de juego es ése de enviarte una grabación.

—No se puede explicar con dos palabras… —Castillo parecía remiso a proseguir.

—Inténtalo, hombre.

—Desde lo de Sevilla, Luis cree que tengo ciertas habilidades —explicó el médico, sonrojándose ligeramente—; se le metió en la cabeza y no hay quien se lo quite… Eso ya lo sabes porque te lo dijo él mismo aquel día del marítimo.

—Sí, pero no sé cómo lo lleváis entre vosotros.

—Quería motivarme… hacer que me interesase por el caso. Que saliese de mí el sumar alguna idea.

—No lo entiendo. Lo que hay en la cinta es muy genérico; no está enfocado específicamente en los crímenes de El Ciclista.

—Vaya. Le habéis puesto nombre…

—Ha sido la prensa. Reconozco que tu idea fue muy buena. Para qué voy a negártelo: me sorprendió.

—Volviendo a lo mismo —intentó cambiar con rapidez de tema Castillo—. Luis me conoce; sabía que le daría vueltas.

—¿Y se las has dado?

—La verdad es que sí. Unas pocas.

—¿Por qué no llamarte y pedírtelo directamente?

—Yo le exigí que no lo hiciera. Precisamente aquel día en el marítimo.

—Ya. Estás harto.

—Él tiende a pensar que estoy disponible siempre. Es así el tío. Y me jode como te jodería a ti. No —sonrió Castillo—, de verdad que le aprecio. A su manera, es una excelente persona, sin dobleces de ninguna clase. Quiere algo de ti y te lo dice a las claras. Lo que pasa es que no se da cuenta de que los demás tienen montada aparte su propia vida. Eso es lo que me jode de él, esa miopía que tiene para ver alrededor suyo. Pero le jode mucho más a Sandra, mi mujer.

Castillo se dio cuenta al instante de que había hablado en presente de su vínculo con Sandra. Sintió que le faltaba el aire.

Muriel rió indulgentemente sin querer. Decidió que era prudente no darle

más yesca al asunto.

—La UCO se ha hecho cargo de la investigación. ¿Lo sabías?

Castillo asintió con la cabeza sin comentar nada al respecto. Pensaba en Sandra.

—Yo sé que ya te has hecho una idea de la situación —prosiguió Muriel.

—¿Con respecto a qué?

Muriel no quería pronunciarlo.

—Hombre… Él sigue desaparecido y esa cinta nos dice a las claras a qué se ha dedicado…

La mirada de Castillo se ensombreció.

—Veo que ambos pensamos lo mismo —dijo arrugando la frente—. ¿Por qué no lo habéis destapado entonces? Sigo los telediarios y todos los días leo el periódico. No dicen nada.

—No podemos.

—¿Por qué? Si se publicase su foto… si apareciese la noticia de que no se sabe nada de él, quizá alguien aportase una pista.

—Ya te lo he dicho: no podemos destaparlo nosotros. Europol no ha movido ficha. Quizá tu amigo se pidió un permiso de varios meses o una excedencia. Tú no comprendes cómo funciona.

—De acuerdo, dímelo tú… ¿Cómo funciona?

Muriel trató inútilmente de reclinar su espalda kilométrica en la silla de tamaño estándar. Llenó la boca de aire, lo retuvo un instante inflando los carrillos como si fuese a tocar la trompeta y lo dejó escapar. Parecía estar lamentado haberse dejado llevar a un territorio peligroso.

—Si lo sacáramos a la luz, nos acusarían de haberlo estado siguiendo. El espionaje es uno de los mayores escándalos en los que podíamos vernos envueltos —bajó la voz, recalcando las palabras con el fin de darles más énfasis—. Es peor que la corrupción, por sus connotaciones políticas… ¿Entiendes?

—Pero tú sabes…

—Yo tengo una convicción —le interrumpió Muriel—: sé que está muerto, sí. Sé que ha descubierto la identidad de El Ciclista y que por eso no aparece. Sé que la clave está en esa cinta de los cojones. Y sé que no soy capaz de dar con ella.

Muriel sólo había sido sincero en cuanto a esto último. El resto, aunque lo creyese personalmente, era un cebo.

Castillo parecía hundido.

—No puedo creer que no vayáis a hacerlo público.

—¿Y qué decimos? ¿Que creemos que El Ciclista ha matado a un agente de Europol? ¿Que es lo que se nos ha ocurrido, en vista de que no damos con él? ¡Vaya!—exclamó, sarcásticamente Muriel. Acto seguido, puso otra voz más grave, diciendo en tono severo—: ¿Y qué hacían ustedes vigilándole? ¡A ver, explíquense!

A Castillo le hacían maldita la gracia aquellas bromas en las circunstancias presentes.

—Tú sabrás. La fórmula es cosa vuestra.

—Es imposible. ¡Entérate!—Muriel se soliviantó—. ¡Imposible!. Esto, en todo caso, es una conjetura tuya y mía. Es lo que creemos tú y yo. Nada es seguro.

—Entonces lo haré yo —amenazó Castillo.

—¡Estás loco!—exclamó, alarmado, Muriel—. ¿Qué *ganaremos* con eso?

—¿Y qué quieres?... ¿Que me quede cruzado de brazos?

Muriel maldijo para sí su precipitación al llamar a Castillo. No había previsto que la cosa se le descontrolara. ¡Maldita sea su estúpida imprevisión! ¿Cómo no había pensado que podía acudir a la prensa, dejándole vendido?

Reaccionó con rapidez. Tenía que arreglarlo como fuese.

—¿Crees que te he llamado para decirte lo que sé de Bernal?

Castillo no supo qué responder. Se quedó estúpidamente callado a sabiendas del giro que proponía la pregunta. Tentarlo era una buena salida. La habilidad de Muriel para salvar los muebles con su único recurso en esas circunstancias lo había dejado descolocado. Ahora se sentía mucho menos inflexible que dos segundos atrás, mucho menos interesado en la suerte de Luis que en la de sí mismo.

—Tú ya te lo habías imaginado —prosiguió Muriel —. Si no fuera así, es que no eres el que dijo tu amigo Luis. De manera que, sí… quiero saber tu opinión sobre el contenido de la cinta. Tengo todo el material de investigación necesario, listo para analizar.

Casi no podía creer que estuviese a punto de entregarse a Muriel. Sin embargo, éste era un hecho tan fácil de predecir como la hora a la que se pondría el sol ese día. Definitivamente, la suerte que hubiese podido correr Luis Bernal había pasado a un segundo plano.

—Estarás de broma —sugirió hipócritamente.

Muriel chasqueó la lengua contra el paladar tres veces, mientras negaba con la cabeza.

Sandra volvió inesperadamente a los pensamientos de su ex marido. Era obvio que ella seguía en medio de todo. ¿Por cuánto tiempo?

Deseaba borrarla, y un segundo después rodearla con sus brazos. Tener la oportunidad de decirle todas las cosas que ella se había quedado sin saber de él.

—Mis colaboraciones desinteresadas con la policía —dijo Castillo con retintín—, no me han traído más que problemas… Tú no lo entiendes.

—No quiero discutir sobre eso —Muriel extendió ambas palmas hacia fuera—. Sólo tú estás capacitado para saber qué te conviene y qué no. La cuestión es que me vendría bien conocer tu punto de vista. Bueno… ¿me harás ese favor?

«¿Hacerte "ese" favor?» Sintió la tentación de contarle que estaba separándose de su mujer por *ese* tipo de cosas.

Pero eso no era cierto, en realidad, aunque le gustase creerlo. Y, además, ¿qué le importaba nada de aquello a Muriel?

—Conque se trata de un favor —dijo pensativamente Castillo, y esta vez sin asomo de ironía…

—Cuestión de un par de días. Te quitaré muy poco tiempo.

Castillo bajó la mirada. Los dedos de su mano derecha tamborilearon sobre la mesa. Muriel interpretó que era un sí.

Y lo era.

—Te lo agradezco.

El recuerdo de Bernal, de su brusquedad y franqueza, de su incapacidad para mostrar una pizca de gratitud, hizo que Castillo sonriese enigmáticamente a ojos de Muriel.

—Va a ser una pérdida de tiempo… Para los dos —añadió extendiendo en forma de uve dos de esos mismos dedos que percutían la madera. Inmediatamente volvieron a tamborilear con una cadencia más lenta.

Luchaba por restarse importancia para no darse asco.

—Eso lo veremos —respondió con aire de seguridad Muriel. Y, como prueba de confianza, empezó contándole la visita que había hecho El Ciclista a Lourdes Belmonte. Más allá de algún detalle borroso, procedente de los periódicos, Castillo sabía muy poco acerca del crimen de Cecilia Abreu, así que Muriel hubo de dedicarle un par de minutos. Extrañamente —muy pocos

aspectos novedosos de una investigación por asesinato, resistían las filtraciones—, el incidente de la visita de El Ciclista no se había divulgado todavía.

—Muy interesante —los dedos de Castillo se detuvieron—. Ese tío es igual que un arquitecto. Quiere ver cómo va su obra —observó, e hizo a continuación gesto de pedir la cuenta al camarero.

El camarero obedeció en un santiamén.

—¡Para ya, cojones!—Muriel alargó la mano para hacerse con el ticket y consiguió arrebatárselo a Castillo del mismo plato. Estaba turbado por lo que acababa de sugerir éste. «Igual que un arquitecto». A nadie se le hubiera ocurrido un comentario semejante. Por lo menos, a nadie de la Brigada. Y lo bueno es que tenía bastante lógica. — Sí, es cierto —corroboró—, tiene que comprobar con sus propios ojos cómo va todo. Menudo hijo de puta está hecho.

Castillo sacudió la cabeza. Empezaba a sucederle lo que otras veces: aquella catarata de ideas, de imágenes, que brotaba sin control en su cabeza. Cierto que le costaba un mundo compartirla con otros, se sentía tan… avergonzado… ¿Pero acaso no era lo que buscaba Muriel en él?

—Ya ha aprendido —musitó.

Muriel le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué es lo que ha aprendido?

—Varias cosas. Una es que no debe volver a usar la bicicleta ni ponerse el chubasquero oscuro. Pero eso ya lo sabéis… Otra, que la enfermera no tiene ni idea de lo que le pasó a su amante. Todas sus preocupaciones en ese sentido se han desvanecido por fin.

—¿Crees que fue a Motril por ese motivo? ¿Para enterarse de lo que sabía la enfermera?

—Es evidente que necesitaba verla por alguna razón.

—Tuvo la oportunidad de cargársela y no la aprovechó —recordó Muriel.

—No fue con esa idea, está claro. Quería cerciorarse de algo. Por eso no ha movido un dedo contra ella.

—Quizá se recreaba haciendo aquello. Le ayudaba a revivir el crimen.

—Tal vez —admitió sin convicción el médico—. Pero es más probable que, para revivir el «momento», haya ido al lugar donde mató a Cecilia. Puede que haya estado en el aparcamiento del edificio… casi con seguridad en el mismo portal —el vello de Muriel se erizó ligeramente al pensarlo—. La enfermera

le interesaba en sí misma. Por lo que representaba.

—Tendremos que tener en cuenta ese punto de vista —concedió Muriel, con humildad no fingida.

—Ah, y también ha aprendido que goza de impunidad.

—No goza de impunidad —protestó Muriel.

—Pero eso cree él… Han tardado demasiado tiempo en descubrirle. Y si no llega a ser por la UCO, se hubiese salido con la suya.

El comentario irritó considerablemente a Muriel.

—Está completamente equivocado.

—Todavía no lo sabe, y es ahí donde reside su debilidad. Ahora está confiado en su astucia. Es muy listo, mucho más de lo que él mismo cree…

Muriel se rebulló en su silla. Tensó la espalda y puso cara de muy pocos amigos.

—¿Es otro acertijo, como el del paseo marítimo?—preguntó con tirantez. Castillo recordó entonces que dijo lo mismo cuando lo de la bicicleta— ¿Es eso?

Sin proponérselo, Castillo podía desquiciar a cualquiera. Su problema era que pensaba en voz alta.

Sonrió.

—Claro que no. Lo que quiero decir es que su prudencia es absolutamente metódica. Se basa en una disciplina rígida.

—¿Y…?

—*Casi* no comete errores… Es algo fuera de lo común; a eso me refiero. Aunque quizá él no sea consciente…

—Es fácil teorizar sobre estas cosas. —Muriel seguía usando un tono cortante.

Pero Castillo no pareció darse por aludido. Seguía como enfrascado en sus pensamientos.

—Sus pulsiones chocan contra su cautela. Lo que le produce excitación no aplaca del todo su ansiedad. Pero es incapaz de dejarlo.

Muriel optó por cambiar de asunto.

—Se equivocó al creer que no *descubriríamos* que estuvo en Motril.

—Lo dudo. Quizá es todo lo contrario; quizá esperaba que ocurriese antes… ¿De qué habló con la enfermera?

El enfado de Muriel iba en aumento. Tuvo que coger una ingente cantidad de aire para no perder los estribos. Se controlaría costase lo que costase: tenía

decidido alcanzar su objetivo a toda costa.

—Fue muy breve —dijo, mucho más calmado—. La cosa no pasó de los ocho o diez minutos. Los detalles no los conocemos, claro, pero apenas le hizo un par de preguntas y se inventó otro par de excusas sobre las dificultades con las que la investigación se estaba topando: ausencia de testigos, pruebas…, etc.

—Tengo que irme. Se me va a hacer tarde —se excusó Castillo. E hizo ademán de levantarse de la silla.

Muriel le detuvo sujetándole el brazo con suavidad.

—Aguarda un segundo.

Resumidamente le puso al corriente del plazo que le había dado Ramos y del pacto que habían sellado ambos para mantener en secreto la «operación». Por último le dijo que había llegado a tener un sospechoso, descartado finalmente por la amante de Cecilia Abreu.

—Estoy totalmente solo y me quedan muy pocos días —concluyó—… Puede que la UCO lo atrape pronto y puede que no. Ellos lo buscan por motivos diferentes. Y puede que ese locutor amigo suyo tenga razón, y Bernal se haya tirado al mar desde un acantilado. Es lo que tú pensabas también antes, ¿no?...

Castillo guardó silencio unos segundos. La inesperada disposición de Muriel a considerar en plano de igualdad sus opiniones, le tenía ciertamente desconcertado.

—Trataré de ayudarte —dijo al fin—. Pero tendrá que ser por las tardes.

—¿Mañana a las cuatro?

—A las cuatro y media.

—Tenemos que buscar un sitio tranquilo donde estar cómodos. No con este ruido.

—Vayamos a la calle Pacífico —propuso Castillo—. A partir de la segunda rotonda, en dirección Cádiz, es fácil aparcar a cualquier hora. Conozco una cafetería llamada Riviera que es amplia y muy tranquila.

—Sé dónde está. Allí estaré —aseguró Muriel.

Se estrecharon la mano.

—¿Sabe la UCO lo de la cinta?

—No.

—¡Ah! —Castillo se volvió, después de dar unos pasos—, una cosa sólo… Yo nunca he creído que Luis se haya suicidado.

Muriel únicamente sonrió.

Después, mientras curioseaba en los stand de una de las mayores tiendas de ropa del centro comercial, se puso a hacer planes. Tenía que exprimir todo lo posible aquel encuentro; debía desprenderse de sus prejuicios al completo, aunque su intuición le decía que ya no tendría tiempo de completar lo que llevaba tiempo soñando: ser él personalmente quien detuviese a El Ciclista. Había demasiados aspectos que analizar; era imposible, en lo que le quedaba de semana, desbrozarlo todo y hacer, además, «trabajo de campo». Se lamentó por el tiempo que había perdido. A lo más que podía aspirar, era a dar con la pista buena que le condujese hasta donde estuviese Bernal o lo que quedase de él. Era una gran putada, porque la UCO se la apropiaría sin ni siquiera darle las gracias.

¡Joder!... Las venas del cuello de Muriel se ingurgitaron de rabia.

Al instante, se dijo que era estúpido caer en ese desánimo. Estúpido e improductivo. Tenía la convicción de que Castillo le haría *ver cosas* que no había sido capaz de atisbar siquiera. Muriel solía figurarse cada caso de homicidio como si fuese el cadáver de un animal muerto que había que picotear, despedazar y eliminar. Pero a veces la piel era tan dura y su pico tan débil… Así que, al cabo de poco tiempo, la tarea se le antojaba ingente. Ahora, sin embargo, con Castillo a su lado, le daba la sensación de estar atravesando aquella coraza con facilidad. Pronto podría llegar a las entrañas.

«Es evidente que no sabe lo de Carolina»—rumió Castillo mientras iba en busca del coche.

Se sentía como un niño que ha roto un jarrón de porcelana y ha ocultado luego los trozos. Sin embargo, cuando comenzó a pensar en la hábil maniobra improvisada por Muriel para proteger sus intereses, sus débiles remordimientos se esfumaron del todo.

33

Cuando Carolina Granados vio la foto de Clotet —una foto en blanco y negro, tipo carné— en el periódico que estaba ojeando, no se había fijado aún en el encabezamiento de la noticia. Lo reconoció en el acto: el bigote, la cara redondeada, los ojos ligeramente saltones… Era el mismo hombre con el que se había cruzado en Atlántida su primer día de contacto con la asociación. El hombre del que le había hablado Lola primero y Alonso después. Uno de los de la lista de «sospechosos» que le había sugerido confeccionar Castillo.

Se sobresaltó. Diversos pensamientos asaltaron su cabeza después de leer y releer atentamente el contenido de la noticia. Había terminado ya su desayuno pero iba con el tiempo algo justo. Faltaba poco más de quince minutos para que comenzara la clase y se necesitaban cinco minutos de caminata a paso ligero para llegar a la academia. Pensó lo que hacer.

La noticia del asesinato venía inserta en las páginas dedicadas a la provincia. Tenía el tratamiento de suceso local. Al parecer, una o más personas que habían entrado en el taller con intención de robar, habían acabado con su vida. Uno de tantos crímenes a los que la gente se estaba acostumbrando a asistir indiferente.

Impresionada, Carolina compró otros dos periódicos provinciales en busca de más información. Todo lo que pudo saber fue que había indicios de robo en el local, que le habían quitado el dinero de la cartera a la víctima y que no se descartaba que hubiesen sido dos o más los responsables del homicidio. Incluso se había deslizado en uno de los periódicos la idea de que, detrás del suceso, podía estar la mano de una banda organizada de delincuentes albaneses, que operaban desde hacía tiempo por la zona.

Estuvo completamente distraída durante buena parte de la mañana. En la primera media hora de descanso, hizo varias llamadas, en este orden: primero llamó a Castillo, que estaba ocupado con un paciente. Quedó en devolverle la llamada más tarde. A continuación, hizo lo mismo con Lola Tortosa. Lola desconocía el hecho y se quedó sin saber qué decir. Hasta el punto de hacer a Carolina sentirse estúpida. Finalmente, Lola reaccionó: admitió que se había quedado sin aliento al saberlo, que no hacía ni dos días que le había visto en la misma sede, a donde había acudido para devolverle unos viejos libros de registro. Que era una cosa horrible pensarlo. Carolina le preguntó por el

contenido de los libros.

—Notas de citas… gestiones del día a día, cosas sin importancia —aclaró Lola, que, de inmediato, quiso saber por qué sentía aquella curiosidad, si era tal vez porque no se había quedado tranquila con la explicación que daba la prensa, la que barajaba la guardia civil que investigaba el caso, el móvil del robo. Carolina le contestó que por supuesto que podía tratarse de una trágica casualidad pero que era muy chocante, desde luego, que esto ocurriese cuando la víctima se encontraba investigando la posible relación de la desaparición de Pablo González con otras desapariciones anteriores. Que estaba meditando acudir personalmente a la guardia civil de Torre del Mar, o por intermediación de su marido, que era subinspector de Homicidios en Málaga. Que, de todos modos, preferiría que se viesen en persona para hablar más despacio. Acordaron verse a las siete.

Nada más colgar, recibió una llamada. Era Alonso. Le dijo que acababa de leer la noticia en el periódico, que había intentado telefonear a Lola, pero comunicaba. Luego había pensado en llamarla a ella y ocurrió otro tanto de lo mismo. De todas maneras, tenía pendiente llamarla, pues un par de días atrás había vuelto por la asociación el mismo hombre que le describió la última vez que hablaron. Sólo que en esta ocasión no había llegado a entrar en la sede. Esto había ocurrido justo el día en que Clotet les había visitado para devolverles las agendas. Unos segundos después de marcharse Clotet, al bajar a la calle con la intención de tomar un café, le había visto en las inmediaciones del portal. En vano, había intentado hablar con él, pues el individuo le había dado la espalda y se había marchado a paso ligero, al percatarse de que iba hacia él. Esta conducta le había extrañado tanto que se lo comentó a Lola al subir, aunque ésta pareció no concederle excesiva importancia.

La turbación de Carolina aumentó al escuchar esto. Dio las gracias a Alonso. A partir de ese instante fue incapaz de volver a concentrarse en el contenido de la clase. A las dos menos cuarto, de regreso a casa, recibió la llamada que tenía pendiente. Castillo estaba bastante intrigado por el escueto mensaje de Carolina. «¿Uno de los de la *lista*, asesinado?» Necesitaba que se lo explicase con todo detalle. Así lo hizo ella. Le relató que uno de los integrantes de aquella lista, el primero que le vino a la cabeza a la presidenta de Atlántida al explicarle los requisitos que debían reunir, había sido asesinado durante lo que parecía un simple robo, obra de delincuentes

comunes. También le explicó que tenía motivos para creer que el móvil del asesinato pudiera ser otro muy diferente. Mencionó la similitud que había esgrimido la víctima al presentarse en la asociación en busca de información, entre algunas de las circunstancias presentes en las desapariciones de Pablo y otro niño, nueve años atrás. A Lola, le había parecido al principio verosímil, pero tras escucharla a ella, temió que pudiera tratarse de una argucia para obtener la información que buscaba. La cosa tenía que ver con un perro, por el que habían discutido con sus hijos, inmediatamente antes de producirse las desapariciones, los padres de Pablo y del niño de Torre del Mar, cuyo nombre desconocía Carolina. Ella opinaba que había que hacer algo, manteniendo por supuesto al margen a Javier y Amanda. Y, de momento, también a su marido. Pero si no había otro remedio, estaba dispuesta a contárselo y a pedirle que interviniese.

—He quedado con Lola esta tarde a las siete en la asociación. Cuando hable con ella veré qué hacer. Si pudieses acompañarme… —dijo Carolina, tímidamente—. Pero no quiero molestarte más.

A Carolina le sorprendió bastante que Castillo le respondiese que no tenía inconveniente en hacerlo, pero que precisamente esa tarde había quedado con su marido y que tendrían para varias horas. Fernando no le había comentado nada al respecto. Carolina se quedó sin saber qué decir y, puesto que no deseaba parecer entrometida, se abstuvo de hacer preguntas, aunque dentro de ella anduviese la convicción de que la reunión sólo podía estar relacionada con el asunto que traía de cabeza a su marido desde hacía meses: los crímenes de El Ciclista. Propuso entonces intentar retrasar la cita con Lola hasta las ocho u ocho y media. La respuesta de Castillo no fue demasiado alentadora. No estaba seguro de que para entonces hubiese concluido y, en cualquier caso, la sede de Atlántida distaba bastante del lugar donde había quedado con Fernando. Su contrapropuesta era que intentase cancelarla y concertarla de nuevo para el día siguiente. Él se encargaría de no adquirir compromisos para esa tarde y la acompañaría gustoso. Aseguraba que lo ocurrido le había despertado un gran interés. Carolina estuvo de acuerdo, le dio las gracias y le recordó que continuase siendo discreto; Fernando no debía saber nada de aquello. En cuanto colgó, volvió a llamar a Lola pero los tonos se agotaron. Lo intentó un par de veces más, sin éxito. Descartó dejarle un mensaje; tenía miedo de cansarla; no estaba del todo segura de que Lola viese con buenos ojos su perseverancia en remover más las cosas.

El día era demasiado caluroso para la época. Invitaba a evitar las zonas soleadas. Buscando caminar por la sombra, Carolina ralentizó adrede sus pasos para consumir más tiempo en llegar a casa. Mientras, hizo una llamada más. Alonso sabía cómo contactar con la presidenta. Estaba seguro de que Lola no pondría ningún inconveniente Se comprometió a gestionarle el cambio de la cita, prometiéndole asimismo estar presente. Carolina no se había atrevido a pedírselo, pero, al fin y al cabo, él era el único que había visto qué aspecto tenía el «sospechoso». La nueva cita fue fijada para las ocho del jueves. Quedaron en que si a Lola le resultaba imposible, le avisaría esa misma tarde.

Fernando abrió la puerta del piso antes de que le diese tiempo a introducir la llave. Era evidente que la estaba esperando con impaciencia. Parecía alterado.

—¿Qué estás haciendo, Caro?—dijo en tono exigente.

Carolina penetró en el interior del piso sin responderle. «¿Qué estoy haciendo?». Sabía que tenía que ver con el asunto de la desaparición.

Fernando la siguió hasta el dormitorio.

—Villalobos me ha llamado hace un momento, hecho una fiera… ¿Vas diciendo por ahí que a Pablo González lo han secuestrado?

—Eso no es verdad.

—¿Pero tú estás loca? ¿Tú sabes en el compromiso que me pones?

—Te he dicho que no es verdad.

—No te tenía que haber dado el expediente —se reprochó Muriel.

Carolina enseñó las uñas.

—Ya está bien, ¿vale?— Los ojos le echaban chispas—. Han asesinado a un hombre que estaba haciendo lo que yo… ¿Es que no te has enterado?

El rostro del marido de Carolina mudó por completo.

—¿Qué dices?

—Viene en el periódico. Lo mataron ayer en su taller de electrónica. —Carolina cogió El Sur de encima de la cómoda, pasó las páginas hasta dar con la noticia y se lo mostró a Fernando. Mientras éste la leía, continuó explicándole—: Yo lo había visto en la asociación hace unos dos meses, cuando fui la primera vez.

Fernando volvió a poner el periódico sobre la cómoda.

—Pablo González se puso en contacto con sus padres hace unos días.

—¿Cómo…?—dijo estupefacta Carolina.

—Villalobos me lo ha dicho hace un momento. Les mandó un mensaje. ¡Ahora que se han tranquilizado un poco, lo único que les hacía falta era escuchar que su hijo ha sido secuestrado! Por eso estaba tan cabreado Villalobos. Cualquier desliz tuyo podía hacerles un daño tremendo ¿No lo entiendes, Caro?

—Claro que lo entiendo —dijo ella, totalmente confundida.

Se había equivocado. Pablo estaba bien. A Clotet lo habían matado para robarle. Castillo se había pasado de listo.

Lo importante era que la historia tuviese un final feliz.

34

Eran las cuatro y veinte cuando pudo subirse al Smart y tomar la dirección de la calle Pacífico. Esta vez no deseaba retrasarse; le parecía una descortesía que Castillo estuviese esperándole innecesariamente.

El almuerzo se había prolongado mucho más de lo habitual. Carolina había intentado aclarar las cosas. Al fin tenía otro semblante al hablar de Pablo; al fin, contándoselo de principio a fin, se había podido desahogar de toda aquella tensión anterior. La desaparición de Pablo tenía tantos puntos oscuros, tantas incongruencias, que ella había llegado a ponerse en lo peor. Lo de las líneas de autobús, principalmente, era lo más extraño. También, que no se hubiese llevado dinero... Carolina le había hablado por primera vez a Fernando de todas las circunstancias chirriantes que rodeaban la desaparición de Pablo —que ella había desmenuzado en su cabeza hasta el agotamiento—, como si tratase de justificarse por haber eludido aceptar la explicación más sencilla. Menos mal que, ahora que el chaval había dado señales de vida, sus peores temores quedaban atrás como un mal sueño.

¿Cómo no iba a escucharla? No podía negarle esa oportunidad. Pero, principalmente, Muriel se sentía irritado por el embrollo en el que había estado a punto de meterle su mujer. No quería ni pensar en la situación en que podían haberse visto si se hubiesen llegado a enterar los padres del muchacho de que el expediente del caso andaba por ahí suelto, en manos de una persona ajena al cuerpo, aunque fuese la esposa de un policía de Homicidios. Les hubiese costado una sanción mayúscula. Todos se habrían visto salpicados, y no sólo él: Ramos, Villalobos… En fin… ¡Un desastre!

Sin embargo, ya al volante del Smart, Fernando Muriel se iba diciendo que había tantas cosas raras, ilógicas, en el caso, que ella tenía razones más que de sobra para no conformarse con la hipótesis de la fuga. Carolina era muy lista y racional. Naturalmente, el hecho incuestionable era que Pablo —su teléfono, hablando en plata— había enviado un SMS al teléfono móvil de Amanda desde la provincia de Ciudad Real. Los padres confirmaron su autenticidad. Las circunstancias restantes parecían apuntar, en cambio, a otra cosa.

Por ejemplo…, qué coincidencia tan extraña era el asesinato de aquel hombre.

El móvil sonó cuando conducía por la avenida Tomás de Heredia. Desvió

un instante la mirada para identificar el número y colgó. Era Ramos. Se apartó a la derecha a la primera oportunidad y trató de devolver la llamada sin éxito. Comunicaba. Decidió dejarlo para más adelante para no retrasarse demasiado. Unos minutos más tarde, justo al entrar en la cafetería de la cita, recibió el siguiente SMS de Ramos: «Hay novedades. Estoy con la UCO. Llámame a partir de las cinco y media».

Castillo llevaba ya unos minutos en la cafetería. Se había acomodado en una mesa del extremo interior del local. Riviera era un lugar perfecto. Profusión de maderas en las paredes, luz y música suaves. Catorce mesas en una superficie de ciento cincuenta metros cuadrados, en forma de ele. Cuatro de las mesas tenían sillas a un lado y, al lado contrario, un asiento tipo rinconera, mullido y con un respaldo bastante cómodo. La clientela era escasa a primera hora de la tarde.

Muriel había traído dos copias del «material de la investigación», en cada una de las cuales estaba incluida una trascripción en papel de la cinta. Llevaba una lista con los casos no aclarados de desapariciones y crímenes a partir del año 2000, y había elaborado en persona un dossier de cada uno de los crímenes «oficiales», con las diligencias y pesquisas y los informes forenses, perfectamente ordenados. Un trabajo de chinos. Se le había ocurrido que lo mejor era que lo leyesen ambos y analizasen juntos todos los aspectos. Les llevaría una hora, o tal vez más, una primera lectura.

Castillo abortó su plan.

—Me sé de memoria la cinta. Prefiero oír primero tus conclusiones, dónde te has quedado…

—Pero no sabes prácticamente nada de las diligencias…

—Ya las leeré cuando haga falta.

A Muriel le fastidiaba que le rompiesen el esquema en el que había trabajado física y mentalmente con tanto ahínco, pero no era momento de discutir. Recordaba, además, cómo había «reaccionado» Castillo el día anterior ante las cosas que le contó.

Se echó hacia atrás intentando relajarse.

—¿Mis conclusiones, dices? Bien, empecemos por el principio. Para mí —comenzó explicando— está claro lo que ha sucedido. Bernal ha seguido el consejo de Monroy y se ha puesto a revisar los casos no resueltos en los cuatro o cinco años anteriores a la primera muerte, digamos «oficial», de este individuo. El Ciclista debe de ser responsable de algunos de los casos no

aclarados en ese periodo. Ésa es la *hipótesis*. Mediante un criterio que ignoro, imagino que Bernal ha seguido un orden concreto en sus averiguaciones. Lo único que sé hasta la fecha es que estuvo en Fuengirola hacia finales de enero, hablando con los vecinos de planta de una británica desaparecida en 2002. No estoy seguro de si estuvo una sola vez o fue en alguna ocasión más; no me ha sido posible confirmarlo. Como ya te dije, tuve un primer sospechoso que descartó Lourdes Belmonte. A partir de ese momento, me he quedado bloqueado. Hay un espacio de tiempo de aproximadamente dos semanas, entre que es visto en Fuengirola y su brusca ausencia del hotel, el cinco de febrero. No sabemos qué hizo en ese tiempo. Si consiguiésemos averiguar dónde pudo estar, creo que daríamos con El Ciclista. Ésas son mis conclusiones por el momento. Y ahí es donde me he quedado.

Castillo asintió.

—Hablemos ahora de la cinta —propuso éste—… Hay… digamos que cuatro partes diferenciadas en la grabación: una que hace referencia de pasada a los crímenes que tú has llamado «oficiales». Otra que habla de las motivaciones; una tercera que se centra en la explicación de las teorías de Monroy acerca de estos asesinos en general, y una cuarta, derivada de la anterior, que es la que por lo visto te ha interesado más: las «sugerencias» que desliza ella sobre cómo debe orientarse la búsqueda. Que Monroy encuentre demasiado «perfectos» esos crímenes, me parece una observación bastante interesante. Por lo poco que sé, no parece que El Ciclista debutara en Benalmádena. Demuestra precisión, y de eso se puede deducir cierta experiencia. A Monroy, además, le sirve para justificar sus teorías, eso que «un asesino tiene básicamente dos formas de evitar que le culpen por su primer crimen…» La cuestión es si Luis ha seguido al pie de la letra los consejos de Monroy…

—No ha sido únicamente una conjetura; está comprobado.

—Sí, estuvo en Fuengirola. Pero eso quiere decir únicamente que se exploró una de las vías posibles…

—¿Una de las vías posibles?—repitió, retóricamente, Muriel

El móvil de Muriel sonó en ese instante. Identificó en la pantalla el número de Ramos y volvió a colgar.

—Perdona, sigue con lo que estabas diciendo.

—Luis era un investigador muy bueno cuando lo conocí —respondió Castillo tras la interrupción—; tremendamente concienzudo. Estoy convencido

de que ha dado valor a otras partes de la conversación que dan la impresión de ser menos útiles…

Muriel, que interpretó como una crítica indirecta a su persona los elogios a Bernal, le interrumpió:

—¿Quieres que te diga mi opinión sobre Monroy? —sonrió despectivamente—. Pues te la voy a aclarar de todas todas, para que no tengas ninguna duda: esta tía es una escritora de best seller. Eso es lo que es. Se ha enfundado en una piel respetable para ser una superventas. Todas sus teorías son meras envolturas con las que dar buena apariencia al contenido. Es patético el modo en que intenta encajar la realidad con ellas.

—Y aun así, tú has pensado que había llevado a Luis en la dirección correcta.

—Puede ser.

—¿Por pura casualidad?

Aquel interrogatorio irritaba a Muriel. Tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo. ¿A qué venían tantas preguntas?

—Casualidad o no, el caso es que ha sabido proporcionarle una pista.

Castillo comenzó a tener conciencia plena del error conceptual en el que había incurrido Muriel. Al no poder desprenderse de sus prejuicios con respecto a Monroy, o separarlos temporalmente al menos, no había sido capaz de aprovechar debidamente la totalidad de la cinta.

—Primero —propuso— tenemos que ponernos de acuerdo en lo que damos por válido.

—Vale —aceptó con cierta impaciencia Muriel—. Esas teorías suyas, a saber, la Metamorfosis Primaria, la del Asesino en Serie Embrionario, etcétera, etcétera, son delirantes. Dan vergüenza ajena. Un ejemplo de truculencia literaria, que le sirve para vender libros…

Sin solución de continuidad Muriel se explayó cargando contra Monroy y su mala reputación en Homicidios. En Barcelona había visitado los juzgados en más de una ocasión por sus trifulcas con el comisario provincial. Para más *inri*, ella gustaba de alimentar la polémica; le ayudaba a vender libros. Pero estaba bien relacionada fuera de España, eso tenía que reconocerlo.

¿Era de eso de lo que habían venido a hablar? A Castillo le pareció evidente que Muriel trataba de justificarse por el «uso» de la cinta, por otorgarle valor. Y así, si fracasaba al final, podría endosarle a Monroy la responsabilidad.

Mientras exponía vehementemente su mala opinión de Monroy, sonó el móvil de Muriel. Era Carolina. Esta vez tenía que contestar, de modo que se ausentó de la cafetería y volvió a la mesa en un par de minutos.

—Perdóname de nuevo. ¿Por dónde íbamos?

—Por lo gilipollas que es Monroy —sonrió Castillo—. Y por la inutilidad de lo que propone. ¿Qué quieres que te diga? Yo no me atrevo a juzgarla. Y tampoco a contradecirte.

—Entonces es difícil que nos pongamos de acuerdo. —Muriel echó el cuerpo hacia delante, se apoyó en la mesa y entreabrió con aire nervioso «su» carpeta. — Seamos sinceros, ¿no tienes tú la misma impresión que yo, no te parece que estamos perdiendo el tiempo?

Castillo se encogió de hombros.

—Volvamos a la cinta, ¿te parece bien?

—Volvamos.

—Hay un momento en el que Monroy dice que «Las conocía. No son mujeres escogidas al azar»

Muriel entresacó la trascripción y buscó con el dedo el párrafo al que se refería Castillo.

—Sí, lo dice. Pero no ha descubierto América, por desgracia. Todo el tiempo estuvimos trabajando en ello y no sacamos una mierda. La UCO también está empeñada en esa línea de investigación.

—Dice también —prosiguió Castillo, ajeno al comentario de Muriel— que hay que saber cómo se relacionó con ellas y, sobre todo, qué es lo que veía en ellas.

—Hasta ahora es un callejón sin salida. No hemos encontrado nada. Absolutamente nada —recalcó Muriel—, puedes creerme.

—Te creo. A lo mejor hay que enfocarlo de otra manera. Si estás convencido de que la solución al enigma se esconde en la cinta, prescindamos por un momento de tu opinión acerca de Monroy —propuso Castillo. Muriel asintió con la cabeza, e hizo un gesto con ambas manos, como diciendo: «adelante». — Hagámonos una pregunta, dando por hecho que El Ciclista las conocía. ¿Ellas también le conocían a él? Hay ciertos detalles que hacen pensar que no. Las sigue de cerca durante semanas o meses. Aunque se haya disfrazado, sería difícil ocultar así su identidad. Entonces ¿qué es lo que significaban para él? Pensemos en lo que dijo Monroy sobre las motivaciones del asesino. Hay odio, de acuerdo, odio hacia esas mujeres o hacia «la

mujer», en general. ¿Y si el odio, tal como sugiere ella, se transforma más adelante en otra cosa? Supongamos que El Ciclista ve materializada en ellas la imagen de un imposible, de algo que no ha sido capaz de obtener para él.

—Todo lo que dices es muy ambiguo. No veo que nos lleve a ningún lugar concreto. A saber lo que un degenerado como éste puede ver en sus víctimas. ¿Algo que no ha sido capaz de obtener para él? Puede que las viese por la calle, que le gustaran, que pensara en tirárselas y que, al comprender que nunca las conseguiría, decidiese que tampoco serían de nadie más.

Castillo asintió con la cabeza. Tenía que reconocer que el planteamiento de Muriel podía ser atinado en su aparente simplicidad.

—Pero… si fuera así, ¿por qué huir del contacto, por qué privarse de un trofeo?

—Habría que preguntárselo a él. Las fantasías de esta gentuza son de lo más extravagante. Dudo que Bernal, si *era* tan competente como dices, perdiera mucho tiempo dándole vueltas a eso.

Sentía una punzada cada vez que hablaban de Luis como si estuvieran en su velatorio. No podía remediarlo, como tampoco podía remediar albergar todavía una diminuta esperanza de que apareciese vivo. Se preguntó una vez más cómo era posible que Bernal se hubiese dejado sorprender por el asesino. Sabía qué precauciones se deben tomar… No lograba entenderlo.

Apuró su bebida y luego se mantuvo en silencio unos segundos.

—Contamos con una ventaja —dijo, pensativo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Luis desconocía que El Ciclista había visitado a la enfermera.

—¿Dónde está la ventaja? ¿Qué tiene que ver esto con lo anterior?

—Había algo que le interesaba… Es como si se hubiese dejado pendiente una cosa. Eso nos lo pone más fácil que a él.

—Pura especulación. Estos tíos tienen un ego descomunal… ¿Cómo se puede saber si no lo hizo simplemente porque se le ocurrió? ¿Cómo?

—Por el riesgo que supone. Lourdes recibe el aviso de que va a ir a verla. Imagínate que llama a la comisaría de Torremolinos… no sé… porque le ha surgido un imprevisto y tiene que concertar una nueva cita. En la comisaría comprueban inmediatamente que es un falso policía… Está perdido. Opino que dar la cara de esa manera es demasiado riesgo para alguien que ha sido siempre tan cuidadoso.

El subinspector le miró con viveza.

—Vale… ¿Y de qué nos sirve?—su voz denotaba hartazgo.

Un grupo de adolescentes irrumpió en el local. Se dirigieron a un congelador tipo vitrina que almacenaba helados. Armaban un poco de jaleo con sus típicas risotadas. Castillo se distrajo mirándolos, pero se volvió hacia Muriel y dijo como si estuviese ordenando los hechos en su cabeza:

—Así que mata a Cristina Lozano en mayo de 2006…

Muriel resopló.

—Las fechas no significan nada.

—¿Y su visita a Motril?

—A primeros de 2007. Lourdes no recuerda la fecha exacta. Estamos intentando comprobar la fecha de la llamada, pero hay un problema: Lourdes perdió su móvil, que era de tarjeta, además…

—¿Qué hay aquí sobre el caso Abreu?—Castillo señaló la carpeta.

Muriel recordó el mensaje de Ramos. Su estado interior no rebosaba serenidad, precisamente. Se sentía «descontrolado». Eran tantas las cosas que tenía en la cabeza: lo que le había contado Carolina, su propia investigación tan llena de incógnitas… Aquel sentimiento de carecer de una brújula fiable. Luego era también Castillo jugueteando con las palabras de Monroy… buscando algo simbólico en la conducta de El Ciclista. Y esa sensación inaprensible de que algo iba a suceder de pronto.

Pasaban de las cinco y media. Tenía que llamarle.

—Las diligencias —respondió—… las pesquisas y las declaraciones. Ah, y el informe de la autopsia más los resultados de las pruebas. Todo menos las fotos… Tengo que hacer una llamada —volvió a excusarse—. Enseguida vuelvo.

Castillo abrió distraídamente «su» carpeta mientras Muriel salía de nuevo al exterior. El grupo de jóvenes también abandonó la cafetería y se recuperó el relativo silencio del que gozaban.

Ramos contestó a la primera. Le informó de que acababa de despachar con Pineda acerca de una posible pista. Había algo nuevo sobre El Ciclista, algo de no mucha entidad en apariencia pero interesante, que tal vez podría añadirse al perfil y ayudar a identificarle. Lo sorprendente era que Lourdes le había llamado por la mañana a él, en lugar de contactar con el teléfono que le había dado la UCO. El jefe de la unidad estaba molesto por ello. Lourdes le hizo saber que había recordado de pronto que el impostor repitió varias veces durante su visita una palabra o frase corta, como una de esas muletillas con las

que se ayuda la gente para enlazar las frases, pero que no podía acordarse de cuál era exactamente. Por más que se había esforzado, no conseguía recordarlo. Era inútil. Algo así como «de acuerdo», aunque no eran ésas las palabras. Estaba segura de que eran dos palabras. Pineda acababa de salir para Motril con un par de agentes, a ver si se lo sacaban.

Ramos aprovechó para preguntarle cómo iba con lo «suyo». Y volvió a recordarle, tal como había hecho en todas las ocasiones anteriores que habían hablado, que el tiempo se le estaba acabando y que si no había «cancelado» ya su «misión», era porque, llegado el caso, podían aprovechar la coyuntura y presentarlo como una iniciativa destinada a solucionar, con toda la discreción del mundo, un asunto delicado cuya publicidad sería a todas luces negativa, tanto para la policía española como para la propia Europol.

Mientras Gabriel se explicaba, Muriel decidió que era necesario que viese a Lourdes. Cuanto antes; a ser posible esa misma tarde. Luego le mintió a Gabriel asegurándole que estaba muy cerca de saber lo que le había ocurrido a Bernal. Se inventó sobre la marcha que había sido visto en una barriada de las afueras, la tarde del cinco, el día en que desapareció. Sólo le dijo que tenía que contrastar la información y que estaba relacionada con un asesinato sin resolver, el de un indigente en Torremolinos, diez meses atrás, en el que se había utilizado un hacha (el hecho en sí era cierto y había pasado casi desapercibido en su momento aunque estaba almacenado y clasificado en la memoria enciclopédica que Muriel reservaba exclusivamente para los crímenes). Era una buena excusa: le servía para ganar tiempo y siempre podía aducir que el soplo había resultado ser falso. Gabriel daría por buena la explicación sin ponerse exigente.

Fue sincero en lo concerniente a su idea de entrevistarse inmediatamente con la enfermera. Pretendía salir hacia Motril en cuanto acabasen de hablar.

—Ni se te ocurra —le advirtió Ramos—. Te lo prohíbo absolutamente.

—Haz el favor de razonar: sabes que no puedo usar el teléfono.

—Eso aún menos.

Muriel estaba a punto de estallar de frustración cuando Ramos le dijo en tono guasón que únicamente le autorizaría que fuese a buscarla al hospital. Lourdes le había dicho que tenía turno esa noche. ¿Pero qué tontería era ésa de «salir para Motril en cuanto acabasen de hablar»? Precisamente estaba a punto de sugerirle que estuviese a las diez en el hospital, esperándola en el área de urgencias. Así nadie de la UCO le vería cerca de ella; no podía fiarse de

Pineda: quizá la hiciesen acompañar al trabajo…

Y, antes que nada, no deseaba malentendidos con la UCO.

—¿Dónde ibas a meterte, insensato? Los verdones estarán con ella toda la tarde.

Muriel le dio las gracias. Le quedaba mucho que aprender de Ramos.

—Carolina te mandará a la mierda cualquier día —le dijo Ramos a modo de despedida.

Solía decirle siempre lo mismo cuando le mandaba hacer algo fuera de horario.

Regresó a la mesa. Castillo estaba aparentemente enfrascado en el contenido de aquellos papeles. Muriel le explicó que había surgido un imprevisto y que debían suspender la reunión. Le pidió disculpas.

—La enfermera ha recordado algo que podría ayudarnos. Tengo que ir a verla ahora mismo.

Castillo cerró la carpeta e hizo ademán de levantarse.

—Pago yo —dijo Muriel, deteniéndole, al tiempo que recogía su copia de los casos. Acto seguido señaló con un gesto la copia que había traído para él. — Puedes terminar de leerla si quieres. Te llamaré.

Sí, más tarde podría contárselo, reflexionó Castillo callándose momentáneamente lo que había «descubierto» al leer los interrogatorios. Solamente le preguntó a Muriel cuándo estaría de regreso de Motril. «Tenemos que hablar cuanto antes», le dejó caer. Si no volvía después de la una, podría llamarle esa misma noche.

—Dime… ¿de qué se trata?

—Ahora, no. Se necesita tiempo…

Muriel miró la esfera de su reloj sin leer la hora, maquinalmente. Calculó en una milésima de segundo el tiempo que podría dedicarle la enfermera. Sería en horario laboral: con suerte, diez o quince minutos. A las diez y media como muy tarde, habría emprendido el regreso a Málaga.

—Creo que podremos hablar luego —dijo intrigado.

35

No tenía ganas de encerrarse en la casa de su padre tan pronto. Se asfixiaba al verle allí, semiconsciente. No podía respirar ni centrarse. La mayor parte del tiempo que permanecía en aquella casa, era incapaz de ponerse a pensar en otra cosa que no fuese Sandra y el tío con el que ella llevaba meses intimando. Tenía diez años menos que él.

Habían follado mientras él llevaba a Jorge al pabellón, mientras despachaba a sus pacientes… El fin de semana que viajó a Madrid. La idea le atormentaba.

Dolía mucho, claro. Sin embargo, él no estaba dispuesto a derrumbarse como otros en sus mismas circunstancias. Había conocido a muchos que sí lo hicieron; sus vidas se desplomaron como un castillo de naipes. Él tenía que ser práctico, intentar pensar durante más tiempo en lo que podía hacer y no en lo que dejaba atrás. Podía hacer muchas cosas. Entre otras, ayudar a Muriel. Creía haber encontrado el modo. Tarde o temprano todas aquellas turbulencias acabarían por desaparecer de su vida.

Llevaba la lista de la compra en la cartera. Dejó la carpeta en el maletero del coche y fue a pie hasta el supermercado de la cadena Más y Más, que podía divisar desde la esquina de la calle aledaña al Riviera. Un trabajo que le ahorraba a Leonor.

Cuando aparcó su coche al final de la calle Octavio Picón, pasaban de las nueve. Comió algo de fiambre del que había comprado mientras Leonor le hacía una tortilla de queso. Alrededor de las diez, se sentó en el sillón de la salita contigua al comedor, a repasar el contenido de la carpeta y así estuvo hasta que se quedó dormido. La vibración de su móvil no consiguió despertarle pero sí los tonos, que imitaban los de los prehistóricos teléfonos negros de pared. Era Muriel. Antes de descolgar, miró la hora en la pantalla: las 23,55. Desencantado, el subinspector le confesó que había hecho el viaje en balde. La enfermera no había podido decirle nada que no le hubiese dicho ya a la UCO y a Ramos. Y, lo que era peor, ahora ya no estaba tan segura como cuando llamó. Creía recordar que el policía impostor había usado repetitivamente una palabra o frase, pero, tras haberlo pensado detenidamente, no era capaz de asegurar que tuviese un significado equivalente a «de acuerdo».

—¿De qué querías hablar?

—De la enfermera, precisamente. Bueno del interrogatorio que le hicisteis hace unos días.

—Te escucho.

—Creo que sé por qué la visitó.

—¿Que sabes…? No te entiendo.

—¿Recuerdas el interrogatorio?

—Sí, claro.

—¿Lo tienes ahí, a mano?

—Te he dicho que lo recuerdo —dijo Muriel, impaciente.

—Le preguntasteis cómo se las arreglaban Cecilia y ella para sacar la basura a la calle; si se turnaban, si era a días fijos y esas cosas… Y, bueno, ella os contestó que «una noche cada una» pero que ella la bajaba más veces, ya que su compañera solía hacerse la remolona, y que con tal de no discutir… Lo que yo interpreto como que tres de cada cuatro veces la bajaba Lourdes, porque ella asegura que Cecilia *nunca* la bajaba si estaba sola…

Hubo un silencio, pues Muriel se había puesto a buscar entretanto la trascripción. Evidentemente no recordaba en todos sus términos las respuestas de Belmonte.

—Sí, eso nos dijo. ¿Y qué?

—Tuvo que ir a visitarla porque no la conocía.

Muriel comprendió en el acto lo que quería decir.

—No conocía personalmente a sus otras víctimas, pero sí a alguien cercano a ellas.

—Exacto.

—Era a través de *ellos* como llegaba a elegirlas. —A Muriel le temblaba la voz de emoción.

—Sí, creo que ellos le *guiaban*.

—Eso explica que pudiese estar tan cerca de Natalia y de Cristina. Ninguna de las dos podía reconocerle.

—No fue el caso de Cecilia Abreu —observó Castillo.

—Porque era a Lourdes a quien había elegido —afirmó Muriel, en un estado de gran excitación—. A quien había planeado matar…

—Todo apunta a que era ella su víctima potencial: Lourdes era la que habitualmente se encargaba de bajar la basura. La noche del crimen bajó a la pizzería. El Ciclista quizá estaba ya en el aparcamiento cuando salió del

edificio o cuando volvió con las pizzas. Puede que hubiese alguien más, cerca del aparcamiento, tal vez en las inmediaciones de la valla exterior. Es posible que esa circunstancia le impidiese aprovechar la oportunidad…

—… La esperó —le interrumpió Muriel— porque sabía que bajaría después… Pero quien bajó fue Cecilia con un chubasquero que era de Lourdes. No creo de todos modos que la confundiera —reflexionó en voz alta —. Aquella noche estaba decidido a matar. No quiso o no pudo controlarse.

—Eso únicamente podría aclararlo él —comentó Castillo.

—¡De puta madre!—bramó de repente Muriel

—¿Qué?

—Que hemos estado buscando una conexión que no existía.

Fue una noche espantosa para Muriel. Y también, emocionante. Durante varias horas estuvo alerta, con los ojos completamente abiertos, hasta llegar a marearse y sentir náuseas, pues la oscuridad de la habitación hacía inasible cualquier referencia visual conocida. No podía dejar de pensar en el «nuevo descubrimiento» de Castillo, cuya importancia posiblemente fuese crucial para impulsar la investigación, paralizada de facto pese a todos los esfuerzos que habían llevado a cabo hasta la llegada de la UCO. A éstos, tampoco les había ido demasiado bien: Ramos le tenía al día.

Naturalmente que no se había ido a la cama sin debatir con Castillo varias de las cuestiones que planteaba la hipótesis de que la «verdadera» víctima de El Ciclista era Lourdes y no Cecilia. La primera seguía siendo el porqué de su conducta yendo a visitarla. La verdadera razón la desconocían. La segunda era que Cristina Lozano no tenía pareja y vivía sola; su única amiga en Málaga era Rosi, la empleada de la peluquería. ¿Sería ella la que condujo al asesino hasta Cristina? Teniendo en cuenta que la investigación determinó que Cristina no había salido con hombres durante su estancia en Málaga, estaban obligados a considerarlo como la primera opción. Castillo había sugerido la posibilidad de que mantuviesen una relación de naturaleza más íntima que la simple amistad, lo que no era nada descabellado. A diferencia de Cecilia y Lourdes, cuyos lazos afectivos se habían formalizado a la vista de todos con total naturalidad, podía resultar que aquéllas, condicionadas por un entorno menos tolerante o culturalmente preparado, no se hubiesen atrevido a sacarlos a la luz aún. Pero ambos estaban convencidos de que ese hecho era circunstancial y de que El Ciclista no tenía predilección por matar lesbianas, sino que había otro motivo más específico. Fue ahí donde Castillo «regresó» a la puesta en escena

de los tres crímenes (virtualmente idénticos si se les enfocaba desde cierto prisma) y al arma homicida. El hacha de carnicero no era un arma nada corriente. Prácticamente no había vuelto a ser mencionada y ni siquiera Monroy parecía haberle prestado atención. ¿Se trataba de un ingrediente premeditadamente «bizarro», de un simple capricho, o *decía* algo de él sin quererlo, algo que no había pretendido que nadie supiese? Castillo presentía que mostraba parcialmente quién era el asesino, a qué se dedicaba en su vida privada. ¿Un carnicero? Demasiado obvio. Él opinaba que se había familiarizado con el hacha por algún motivo no profesional, tal vez, como les ocurre a algunos cazadores, al verse obligados a despiezar sus presas. El Ciclista había llegado a ser muy hábil con el hacha y le encantaba usarla. «Se ha acostumbrado a hacerlo a lo largo de los años. Con una mujer en casa, es menos probable adquirir esa destreza… Vive solo, nunca ha estado casado o, si lo estuvo o convivió con una mujer, fue hace mucho tiempo»

Muriel se asombró al oírle decir esto. Hasta donde él sabía, nadie había llegado a dar tantas pistas coherentes sobre el perfil del asesino, analizando simplemente los datos que se conocían.

Pero eso no fue todo, ni mucho menos. Castillo había examinado también el «ritual» del crimen, incluyendo la brutal (y única) herida ¿Qué se escondía detrás de esa forma de matar? Parecía como si el asesino quisiese dejar constancia de lo vulnerables que eran. Matarlas de un solo tajo… Luego estaba la cuestión de que no las tocaba ni se llevaba nada de ellas, salvo la vida. «¡La vida! ¡Claro!». Enormemente excitado, Castillo se reprochó no haberse dado cuenta antes. Era a Lourdes, a Rosi y a Álvaro, a quienes arrebataba algo. Les dejaba sin las personas que llenaban sus vidas. Las víctimas *no* le importaban. Los asesinos en serie consideran a sus víctimas objetos sin valor específico. Constituían una mera herramienta. En realidad, lo que hacía iba dirigido contra ellos; era como si quisiese arrebatarles la felicidad de la que gozaban, tal vez porque a él una vez también le fue arrebatada de golpe. Era la única explicación que se le ocurría al hecho de que hubiese tomado tantos riesgos en su visita a Motril: necesitaba contemplar la infelicidad pintada en el rostro de la enfermera. De otro modo, era como si el crimen no hubiera valido la pena.

Eso quería decir a su vez dos cosas: una, que El Ciclista conocía y veía o había visto, al menos esporádicamente, a Álvaro y a Rosi. Y dos, que Cecilia Abreu estaba conectada con aquéllos de algún modo. La investigación tendría

que volver a centrarse en sus vidas. Tenían en común su relación con el asesino: en algún momento le habían hablado de sus futuras víctimas. Castillo estaba plenamente convencido de que así había sido.

Algunas de las valoraciones de Monroy parecían ir bien encaminadas. El odio, transformado en envidia. El Ciclista odiaba la felicidad que le había sido hurtada. Quedaban bastantes incógnitas por despejar; la principal, qué había sido de Bernal. Aunque la suerte de éste seguía planeando por la cabeza de ambos, las prioridades ahora eran otras.

A partir de ese momento, Muriel tendría que buscar el modo de convencer a la UCO. Era un asunto delicado, por el hecho de haberse mantenido al margen. Atufaba a una investigación paralela de la que nadie les había informado. Debería ser Ramos el que los convenciese y para ello tendría que convencerse él primero.

Ese plan era el racional, pero lo que palpitaba aún dentro de Muriel era el instinto de intentarlo por última vez, ahora que sabía dónde buscar.

Cuando se durmió, sobrepasadas las cinco de la madrugada, había decidido darse una última oportunidad, y para eso tenía que ocultarle lo que sabía a Ramos durante un par de días como poco.

36

La charla con Muriel se prolongó hasta las 00’35, así que cuando Castillo se metió en la cama del improvisado dormitorio que habían habilitado en el fondo de la sala de estar, era casi la una, una hora más tarde de lo que acostumbraba.

Había puesto el despertador a las seis y cuarenta y cinco. Se despertó sobresaltado y boqueando. Al principio pensó que estaba sufriendo una pesadilla pero al instante se dio cuenta de que no era eso: lo que ocurría en realidad era que su nariz estaba completamente taponada. Al mirarse en el espejo, observó que los labios, cuarteados y resecos, estaban curvados ligeramente hacia abajo y que dos surcos se extendían por sus mejillas. Tenía mala cara, cara de no haber descansado, cara de haber envejecido diez años en una noche.

¿Habría dormido sola? Se acostaba cada noche con ese pensamiento, el mismo con el que se levantaba cada mañana. La cama donde dormían aún era la suya, aún tenía metido en la nariz el olor de la almohada, el olor que dejaba ella.

Resultaba inútil esforzarse en olvidar.

Se sonó la nariz sobre el lavabo y a continuación se dio una ducha. Su padre y la cuidadora debían de estar dormidos pues todo se encontraba en silencio. Aunque se vistió deprisa, puso todo el cuidado posible en no hacer ruido. Se detuvo a tomar un café en La Malagueta, en el mismo bar donde Luis le había citado a primeros de enero. Desde la barra, su mirada se desvió sin querer hasta la mesa vacía donde habían estado sentados. Seguía sin entender qué podía haberle ocurrido.

Ya era de día.

A media mañana recibió la llamada de Carolina. Le pidió al joven que estaba atendiendo que se saliese un momento.

—Pablo le ha puesto un mensaje a sus padres —le anunció ella. Y le contó lo poco que sabía al respecto.

—Me alegro. Estarás contenta.

—No acabo de creérmelo —dijo Carolina resueltamente—… Por cierto, me sorprende que des por bueno el mensaje cuando fuiste tú, y no yo, el que cuestionó la autenticidad del SMS.

—Ahora es diferente: han pasado tres meses…

—¿Por qué es diferente? ¿Qué cambia? Un mensaje puede ponerlo cualquiera.

—Pero el móvil ha estado apagado, ¿no? Hay que introducir el PIN.

—Hay formas de acceder al PIN de un móvil —contestó Carolina con rapidez—. Me he estado informando. Es difícil pero se puede hacer. También es posible que se obtuviese por las buenas o por las malas. ¡Dios mío! No quiero ni pensarlo.

—No puedo discutir lo que no conozco.

—Ya sé que tendría que olvidarme de esto. Si no hubieran asesinado a ese hombre…—reflexionó en voz alta Carolina.

—Por lo que he leído, se trata de un robo.

—Al menos es lo que parece. Fernando se ha puesto en contacto con la guardia civil. Ellos creen que los responsables son dos, porque al parecer se emplearon dos armas. Pero ¿y si tú tenías razón? Me refiero a lo de que el secuestrador… Bueno, ¡no me hagas caso!

—No; di lo qué ibas a decir —la invitó Castillo.

—Es que todo es absurdo porque hay que partir de la base de que Pablo fue secuestrado y ahora parece que no es así. Pero si lo fuese, imagínatelo por un momento, ¿no habría sido posible que ese pobre hombre se hubiese topado en la asociación con su asesino?

—¿Qué quieres que te diga? Desde que vimos caer las Torres Gemelas, todo es posible…

—Mira —dijo Carolina, luego de una breve pausa—, yo no me quedo tranquila. Voy a ver a Lola, de todas formas. Quiero saber exactamente qué estaba investigando ese hombre. He quedado a las siete y media.

Castillo sintió de repente que le apetecía estar con ella, pasar un rato a su lado. Quiso desechar la idea pero no pudo. Estaba confundido.

—Te acompaño.

—Gracias.

En el número siete de la calle Calderón de la Barca, el ascensor había vuelto a estropearse. La sede estaba vacía de gente; sólo Alonso y Lola. A Carolina le llamó la atención que no estuviese Emilio, puesto que era la primera vez que faltaba desde que había contactado con la asociación. Lola comentó que Emilio tenía el coche averiado, y que, al vivir «en la otra punta» de Málaga, se le hacía muy cuesta arriba venir todas las tardes.

Carolina presentó a Castillo como un amigo de «toda confianza».

Ambos advirtieron en el acto que Lola estaba muy nerviosa y que su estado tenía que ver con el asunto que les había llevado hasta allí. En realidad, les dijo el secretario cuando Carolina hizo las presentaciones, la sede estaba cerrada al público ese día, de modo que podrían hablar con tranquilidad.

—Bueno, yo no tengo demasiado tiempo —le corrigió Lola—. Clotet llevaba más o menos dos meses viniendo… ¿no, Alonso?

—Dos meses —confirmó éste.

—Esto es increíble —dijo Lola—. Si no lo veo, no lo creo.

El secretario les ofreció sentarse.

Carolina no se anduvo con rodeos y dijo exactamente lo mismo que le había dicho a Castillo por la mañana, esto es, que le preocupaba la posibilidad de que Clotet se hubiese cruzado con su asesino en la asociación. Explicó en qué se fundaba para sospechar eso y mencionó que la idea se le había ocurrido a su acompañante —al que había puesto al corriente de todo— y que, desde que se había puesto a pensar en ello, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Pero nadie quería quedar como un idiota ni organizar revuelos innecesarios y había que hilar muy fino antes de ir a contárselo a la policía.

Lola y Alonso se miraron. Entonces el cuerpo de aquella se tensó hasta que su espalda se arqueó por un instante, como si un dolorosísimo espasmo la hubiese recorrido fugazmente.

—Ahora es diferente porque Pablo González ha dado señales de vida —dijo el secretario—. Eso lo cambia todo.

—¿Ah, sí?—dijo Lola, extrañada.

Carolina asintió con la cabeza y, a continuación, aclaró:

—Le ha puesto un mensaje a sus padres.

—¿Es eso verdad? ¿Cuándo?—preguntó Lola

—Hace unos días. Creo que el SMS se envió desde Ciudad Real —concretó Carolina.

—Qué alivio.

—Vamos a ver que yo me aclare… Entonces, Clotet estaba equivocado —observó Alonso—. El niño de Torre del Mar no tenía relación con Pablo.

—Lo único cierto es que ha sido asesinado. Si su muerte tiene que ver con lo que ha estado haciendo aquí, no me lo perdonaría nunca —dijo Lola con el rostro descompuesto—. Tenía que haberlo previsto.

—No es culpa tuya —sentenció Alonso.

—Por favor, Alonso: yo le di la autorización para buscar al Topo —dijo ásperamente la presidenta—. Y encima, le hemos puesto sobre aviso.

—¿El Topo…?—dijo Carolina, con tanto desconcierto como interés.

Lola se quedó callada, con la vista baja. Alonso, por su parte, dejó su improvisado asiento en la esquina de la mesa, se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana que daba al patio interior. Luego se volvió hacia Carolina y su acompañante.

—El término viene de un caso sucedido en Francia en los años ochenta, concretamente en Nancy. Hubo unas cuantas desapariciones de mujeres en la región. Cuando unificaron la investigación de los casos, el inspector al que le fue encargada desarrolló la idea de que eran obra de un único secuestrador. Dedujo que éste podría haberse infiltrado en una asociación regional que agrupaba a familiares de personas desaparecidas, al estilo de Atlántida, y que también, al igual que nosotros, admitían a otras personas sin vínculos familiares. Y estaba en lo cierto. En cuanto se revisaron las inscripciones en un periodo de tiempo concreto, se elaboró una lista de sospechosos y pudieron cogerle. Aquel inspector de la gendarmería de Nancy, Claude Martell, elaboró un manual a partir de su experiencia. Todas las asociaciones como Atlántida disponen de él, puesto que todas, según el manual, están bajo sospecha. Bueno…—hizo una pausa para suspirar y cruzar una mirada con la presidenta —. Nunca más que nosotros sepamos ha vuelto a ser útil. El de Nancy ha sido un caso único hasta la fecha… —se detuvo y volvió a mirar a Lola, que asintió con la cabeza—. Clotet vino con esa misma idea. Yo diría que le obsesionaba; creía que lo ocurrido en Francia podía haberse repetido aquí. Tendría sus razones, por supuesto, ya que llevó la desaparición de un niño en Torre del Mar, al que después declararon muerto al suponer que se había ahogado. Nos dijo que el juzgado le dio carpetazo y que él nunca creyó la versión oficial, que sospechaba que le habían secuestrado y que tenía que haber visto alguna vez al secuestrador… Estaba convencido de que había estado merodeando la zona de la playa donde se encontraron las ropas del niño.

—Cuando se encontraron las ropas, era sábado a mediodía. Había mucha gente en el paseo marítimo. Clotet creía que el secuestrador estuvo entre ese grupo de personas —añadió Lola.

Carolina estaba cada vez más turbada. El asunto tenía bastante más calado de lo que había podido sospechar. Miró furtivamente a su acompañante. A continuación dijo:

—Tendría un buen motivo para pensar eso.

—Fue todo un poco raro. El que dio la voz de alerta sobre las ropas era un quiosquero, pero…

—Más tarde ese hombre confesó a Clotet que fue otra persona la que *descubrió* la ropa —dijo Alonso—, un tío con pinta de ser de fuera. Se paró delante del quiosco y lo dejó caer, comentándole al mismo tiempo que había leído lo del crío que se había ahogado. Luego desapareció.

Carolina no dejaba de mirar a cada instante a su acompañante. ¿Identificarlo en el fichero? ¿A un individuo con el que ni siquiera has hablado unos segundos? ¿Sólo con la memoria? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Aún más: era asombroso que todos diesen crédito a tal posibilidad. Un corro de curiosos al que miras una o dos veces… Luego pretendes que una foto tamaño carné, que puede estar hecha a otra edad muy diferente, te permita dar con él. ¡Qué absurdo!

—¿Cómo iba a acordarse después de diez años?—dijo Carolina, escéptica.

—El quiosquero tuvo que dar una descripción —reflexionó Castillo—. Es posible que alguien hiciese fotos aquel día. Algunos son muy aficionados a retratar cualquier cosa que se salga de lo corriente. Imagínate que se corre la voz de que aquélla era la ropa del niño… la gente se arremolinaría enseguida.

—Él no dijo nada de fotos —objetó Lola. Luego se dirigió a Alonso—: ¿Tú sabías algo?

El secretario se encogió de hombros, negando a continuación con los labios fruncidos.

—Pregúntale a Emilio —añadió, meditabundo, como si recordase algo importante de pronto—. A lo mejor se lo dijo a él y pensó que los demás lo sabíamos.

—Me extraña que Emilio no nos lo comentara.

Alonso pareció escandalizarse con la ingenuidad de la presidenta de Atlántida.

—Con lo despistado que es…

—Pero es la única explicación —insistió Castillo. Se daba cuenta de que sus intentos por encontrar coherente la conducta de Clotet, iban más en la dirección de salvarle la cara a Carolina que de hallar la *verdad*.

—Tiene razón —dijo Alonso mirando a Lola—. Seguro que tenía en su poder fotos hechas aquel día… Decía que era muy buen fisonomista —explicó, ahora para todos los presentes—. El caso es que pensaba que las

fotografías de los carnés podían proporcionarle una pista. Por eso pidió revisarlas y…

—… Yo le di permiso para hacerlo —le interrumpió Lola—, pero mi obligación era comunicárselo a todos ellos —prosiguió, dirigiéndose sólo a Carolina en esta ocasión—, porque lo exige la Agencia de Protección de Datos. La gente tiene derecho a saber quién accede a una información que es personal y, por tanto, privada. De modo que les enviamos una nota a todos los socios, explicándoles que Clotet iba a revisar los ficheros durante equis tiempo… El que no estuviese de acuerdo, tenía un plazo para comunicar su oposición y su ficha sería retirada.

—De existir, El Topo no se atrevería a negarse porque sabe que levantaría sospechas —razonó Carolina.

Alonso asintió con la cabeza.

—Ése fue el cebo con el que cogieron al secuestrador de Nancy.

—Si está ahí —Lola indicó con la mirada el mueble archivador que había a su lado— se lo hemos puesto en bandeja de plata. ¡Qué estúpida! Además —se lamentó—, le hemos dado tiempo más que de sobra para planearlo.

Ahora entendían ambos por qué Lola estaba tan inquieta.

Castillo intervino:

—Demos por hecho que Pablo está bien —todos asintieron con gestos de aprobación—. Aun así, no hay que descartar que Clotet haya puesto nervioso a alguien, lo que significaría que tuvo razón con el niño de Torre del Mar…

—Y a lo mejor también con el de Cártama —terció Lola.

Sin solución de continuidad, Lola les contó lo que Alonso y Emilio ya sabían, esto es, que Clotet había recibido información de otro caso inquietante, anterior al de Torre del Mar; que quien se la había proporcionado era su antecesor en la presidencia y que, al haber fallecido también éste, no era posible indagar las circunstancias. Dijo también que al volver de Cártama, después de hablar con familiares y amigos del niño dado por ahogado en el río, Clotet la había llamado para devolverles los libros de visita, en los que había estado buscando una pista. Le confesó entonces que estaba indeciso entre ir a la policía o hablar con algún periodista. Que tenía que pensarse bien el paso que iba a dar. Había averiguado que uno de los amigos del niño desaparecido pudo haber reconocido la cara del hombre con el que se paró a hablar aquél unas horas antes de producirse el suceso. Un hombre al que aseguraba haber visto en el parque días atrás, *paseando* un *perro*. El problema

era que el posible testigo estaba en la cárcel.

—Ha pasado la tira de años —Alonso se encogió de hombros—. Hay que ser realistas, Lola.

—¿Crees que no lo sé?

Doce eran demasiados años. Sólo un iluso albergaría esperanzas de reconocer en una foto de carné doce años más tarde a una persona que había visto de pasada un par de veces y con la que ni siquiera se había parado a hablar. Nada de todo aquello tenía consistencia, pensaba Castillo.

No obstante, preguntó por el número de socios actual.

—Vamos a ver…. Entre mil seiscientos y mil seiscientos cincuenta —contestó Alonso.

—Varones…

—Menos de la mitad: unos setecientos.

—La mayoría no viene nunca por aquí —dijo Lola—; están desde la primera etapa y siguen pagando sus cuotas, que ahora son de un euro al mes. Si no les diese pereza, se darían de baja.

—Engordan el fichero pero no colaboran —añadió el secretario.

—Alonso me ha contado lo de ese hombre que estaba el otro día en la esquina de la calle San Juan —dijo Lola, dirigiéndose de nuevo a Carolina.

—Me pareció extraña su forma de comportarse —comentó el secretario—. El día anterior, cuando estuvo aquí, se largó en cuanto le pedí que me dijese su nombre.

A Carolina se le ocurrió una idea de repente. El desconocido podía ser alguien que perteneció a la asociación en un periodo anterior a la llegada de Lola y Alonso. Como sabía que ninguno le reconocería, se aseguró de que no había testigos incómodos y se presentó como si fuese la primera vez. De algún modo, había llegado a sus oídos lo que tramaba Clotet y le preocupaba que pudiese averiguar algo que le implicase. Pensó que no tendría problemas para hacerse pasar por un «novato».

Compartió sus razonamientos con los demás. Tanto Lola como Alonso se mostraron de acuerdo sólo en un aspecto: era factible que el individuo en cuestión pudiese haber pertenecido a Atlántida antes de entrar ellos. La última junta directiva se había constituido hacía cuatro años.

En relación al resto, pusieron diferentes reparos.

—Hay un problema: ¿Cómo se enteró de lo que se estaba cocinando? Vamos a ver…, si se dio de baja, no pudo recibir nuestra notificación —dijo Alonso.

—Pero ¿y si continúa siendo socio? Entre setecientas fichas, sería fácil pasar desapercibido.

Castillo tocó el brazo de Carolina.

—Si su foto está en el fichero —le advirtió suavemente, casi susurrándoselo— se habría delatado con ese comportamiento.

—No me cuesta nada comprobarlo —terció el secretario.

—Hazlo, por favor —dijo Lola.

Carolina comenzó a barajar otra posibilidad: el desconocido se había dado de baja pero mantenía una estrecha relación (quizá de tipo familiar) con otro socio… Iba a exponerlo cuando Lola disolvió en la práctica la reunión al decir:

—Tengo que irme. Ojalá que estemos equivocados…

—En un par de días habré terminado con el fichero —dijo Alonso, mientras Carolina y Castillo se levantaban de sus respectivas sillas— Si veo su foto, os lo diré.

—¿Y qué *haríamos* en tal caso?—preguntó Carolina.

—Tendremos que decidirlo entre todos —propuso el secretario—. No hay que precipitarse.

—Es lo mejor —asintió Castillo—. Seguramente nada de esto tiene que ver con su muerte.

El secretario estuvo de acuerdo.

—Seguramente.

Alonso comentó después que se quedaría todavía un rato: quería comenzar a revisar las fichas. Los demás salieron juntos al exterior. Lola se encaminó a la calle Cisneros, en dirección contraria a la que tomaron ellos.

En cuanto se quedaron solos, Castillo advirtió rápidamente que Carolina estaba molesta por algo que él había dicho durante la reunión. Hizo memoria y recordó que le había enmendado la plana cuando ella propuso que la foto del que se comportó de manera tan rara aún podía estar en el fichero. Lo lamentó porque había planeado invitarla a tomar algo, aunque fuese con el pretexto de discutir sobre lo que sabían ahora. Seguía apeteciéndole su compañía y ésa era una sensación que le incomodaba tanto como le excitaba. Sí, ella tenía veinte años menos, estaba casada y nada hacía presagiar que su matrimonio fuese mal, por lo que era totalmente absurdo esperar otra cosa que el placer en sí mismo de contemplarla, especialmente cuando su mirada se hundía en él con una mezcla de ingenuidad y perspicacia. Le turbaban sus ojos suavemente

verdes. Comprendió que lo que le ocurría realmente era que, por primera vez tras dejarle Sandra, comenzaba a sentirse solo. Y que tenía miedo de lo que pudiese depararle la vida sin ella.

Optó por dejar para mejor ocasión su propósito inicial y se despidieron.

—Tengo que dejarte —se excusó—. Mi hijo acaba el entrenamiento a las nueve.

Ella sólo movió la cabeza de arriba abajo, con cara seria.

Sin embargo, Carolina parecía querer demorar su marcha. Era un buen síntoma. Se entretuvieron un par de minutos decidiendo cómo harían para verse de nuevo cuando supiesen a qué atenerse con el fichero. Castillo entendió que aquel pequeño enfado no podía ensombrecer toda la emoción que llevaba dentro. Ambos sabían que estaban a punto de descubrir al asesino de Clotet. Si tenía algo que ver con Atlántida, pronto darían con él.

No pudo evitar volver la cabeza para verla marchar. Y pensar en cuándo la vería de nuevo. Comenzó a andar despacio, parándose en los escaparates de las calles comerciales: tenía varias horas por delante. Ciertas ideas inconexas comenzaban a acosarle, como le había sucedido antes tantas veces. Eran como puertas que se abrían en las calles de un laberinto, puertas todavía oscuras.

Fue hasta el aparcamiento subterráneo de la Alameda Principal sin una idea definida de lo que hacer. Se subió al Passat y vagabundeó absorto por diversas barriadas del extrarradio hasta dar con una cafetería de aspecto acogedor, junto a la que se pudiese aparcar fácilmente. El paseo le sirvió para reflexionar. Era algo más de las nueve y cuarto. El establecimiento elegido disponía de una pequeña sección de confitería que daba a la fachada acristalada. Se acomodó en una mesa apartada, pidió una cerveza y una ración de carne mechada. En medio de la comida llamó a Leonor para estar seguro de que toda iba bien, y luego, tras pedir un café, salió un instante para coger del maletero del coche la carpeta gemela con los expedientes que aún no había devuelto a Muriel.

Un destello le iluminó de pronto: menos de una hora antes, cuatro personas habían estado hablando sobre unas *desapariciones*. También hablaron sobre un *crimen*, del que, al menos dos de esas personas tenían sospechas que estuviese conectado con aquellos tres niños a los que no se había vuelto a ver. Lola, Alonso, Emilio e incluso Carolina, conocían a la víctima. Él, no. Eso, sin embargo, suponía un obstáculo relativo. Era algo muy curioso porque el escenario al que les conducía conjeturar sobre ello, básicamente no se

diferenciaba en nada del que se abrió ante Luis Bernal, tras oír a Monroy: tratar de establecer una relación. Eran *situaciones* casi *idénticas* aunque se tratase de *casos diferentes*. Por otro lado, la teoría de El Topo coincidía en esencia con la que él había expuesto a Carolina. Esto le causaba inquietud, en lugar de orgullo. Cerró los ojos unos segundos. Algo se le escapaba, estaba seguro, algo que parecía entrelazar varias cosas. El destello aparecía y se esfumaba cada pocos segundos. Se sentía cansado, quizá le faltaba algo de frescura para organizar los pensamientos que iban y venían. Monroy había sugerido que tras El Ciclista se ocultaban otros delitos no aclarados o… ¿deficientemente investigados?... ¿Cómo sería de copiosa y fértil la trayectoria anterior del asesino? La cuestión podía ser clave, y parecía haberlo sido para Bernal… Muriel tenía razón con Luis cuando dijo que había seguido el itinerario que le marcaba Monroy. «¡Me cago en la puta!... Tengo que saber dónde te has metido». Se daba cuenta de que no había meditado en profundidad sobre ello, que le había distraído de esa reflexión el «error» de El Ciclista al matar a Cecilia. Con ser importante, quizá no lo era todo. Muriel debía de haber puesto ya a la UCO sobre la pista. Si le habían tomado en serio, el entorno afectivo de las otras dos víctimas estaría siendo minuciosamente escudriñado de nuevo. Luego estaba la enfermera. Quizá supiese más de lo que ella misma imaginaba.

Castillo paladeó el último sorbo del café y pidió otro al camarero que servía la barra. Eran las diez y media. Abrió la carpeta. Lo primero que hizo fue releer los expedientes de los asesinatos «oficiales», saltándose los informes forenses. Al concluir, repasó la «lista separada» del resto de delitos en la que Muriel había buscado la mano de El Ciclista. Los expedientes estaban resumidos a tres cuartos de folio. En el apartado de crímenes no resueltos figuraban dos casos: el de una prostituta acuchillada en el tórax y abdomen en su piso de la barriada del Palo, en el año dos mil, y el de un hombre joven sin identificar, de aspecto magrebí, hallado flotando en una charca del río Guadalmedina, muy próximo a la conflictiva barriada de la Palmilla. Tenía el cráneo destrozado a golpes. Una de las heridas causadas por el cuchillo de cocina «grande» con el que habían agredido a la prostituta, había hecho aflorar parte del paquete intestinal.

«No es tu estilo»... Mataba a mujeres jóvenes pero no se implicaba al extremo de despanzurrarlas. Y los hombres no eran su objetivo.

No era él sólo: Muriel también lo había creído así.

Bernal no siguió ninguna de aquellas pistas, estaba seguro. Por consiguiente tenía que haber algo más, algo que no estaba en la carpeta, se dijo a sí mismo tras cerrarla.

Ya iba siendo hora de devolvérsela a su dueño.

37

Muriel estuvo un día entero haciendo llamadas. Contactó primero con Álvaro en el concesionario. Más tarde lo intentó con Rosi pero su móvil estaba «apagado o fuera de cobertura». Finalmente, a última hora de la tarde, pudo dar con ella. A mediodía había tenido la oportunidad de charlar durante un buen rato con la enfermera. Haciendo suya la teoría de Ramón Castillo, le había explicado por qué creía que la visitó el asesino de Cecilia. Lourdes se quedó muda al saber que el objetivo de El Ciclista era ella y no Cecilia. Después reaccionó al darse cuenta de que si hubiese querido matarla durante la visita, nada se lo hubiera impedido. A partir de ese instante, pareció tranquilizarse. Muriel le pidió que tratase de recordar si Cecilia le había hablado alguna vez de una persona que coincidiese con el perfil que habían trazado. Debería tratarse de alguien en quien ella hubiese confiado hasta el punto de hacerle ciertas «confidencias» sobre su vida privada. Pero Lourdes no era capaz de recordar a nadie así en boca de Cecilia.

Aunque, en un principio, tampoco con Álvaro y Rosi parecían irle las cosas mucho mejor, su insistencia le sirvió al final para darse de bruces con una pista esperanzadora. Fue una grata sorpresa para Muriel que ambos se mostrasen dispuestos a colaborar, porque estaba al corriente de que los agentes de la UCO habían vuelto a importunarles con visitas y preguntas y más preguntas en las dos últimas semanas. De haberse resistido, no le hubiese quedado otro remedio que enroscarse el rabo entre las piernas. Pero Álvaro pensaba que todas aquellas molestias eran necesarias, quizá porque le permitían ser iluminado por los focos.

Álvaro Jiménez tenía don de gentes y Muriel lo sabía. Le encantaba hablar de sí mismo. Así que a Muriel no le causó ninguna sorpresa que le dijese que le resultaba imposible calcular el número de hombres «de entre treinta y ocho y cuarenta cinco años», a los que hubiese podido hacer comentarios de su vida conyugal, unos meses antes de ocurrir lo de Natalia. Reconoció que la lista podía ser «larga o muy larga», puesto que se consideraba una persona «abierta y comunicativa». Solía entablar ese tipo de conversaciones a menudo, tanto dentro como fuera del trabajo. No le importaba lo más mínimo introducir el tema para ganarse la confianza de un posible cliente. Lo común, le dijo, era que terminase por hablarle de Natalia a cualquier desconocido, después de

unos minutos de charla. Muriel le pidió que hiciese memoria: tenía que haber visto al asesino de Natalia antes y después del crimen. Tal vez lo veía muy a menudo desde hacía tiempo. Podía tratarse de un cliente, de un repartidor, de un cartero o cualquier otro empleado de una empresa ajena que mantuviese un contacto regular con el concesionario.

—Con esas características puede ser hasta un camarero —comentó Álvaro.

Muriel convino en que tenía razón. El abanico de posibilidades era enormemente amplio. Comprendió que no adelantaría nada. Aun así, le insistió en que tratase de recordar si hubo alguien en particular que, poco después del asesinato, se interesó por «cómo se encontraba», alguien que mostrara un interés fuera de lo común.

—Lo intentaré. Pero la mayoría de los que conozco lo hicieron.

De todos modos era importante que no se olvidase del asunto, le dijo Muriel, instándole a darse prisa. Debía concentrarse en ello inmediatamente.

Antes de colgar, Álvaro le recordó algo interesante, algo en lo que no habían reparado durante la investigación inicial.

—Lita y yo acudíamos al mismo gimnasio, el Doble Zeta, en la Avenida Manuel Agustín Heredia. Aunque en horarios diferentes.

Muriel procesó en silencio la información. Estaba recogida en el dossier del caso, pero no se le había ocurrido reconsiderarla desde la nueva perspectiva que los razonamientos de Castillo le habían proporcionado.

—¿Y nunca coincidíais?

—Durante diez minutos o así. Ella iba a una clase de aeróbic, a las ocho. Yo no podía llegar antes de las nueve menos cuarto.

Álvaro proporcionó otros detalles: las instalaciones del negocio eran muy amplias, en una sola planta, y él se movía por la zona de máquinas, que quedaba a cierta distancia de donde el grupo de Natalia practicaba sus ejercicios, pero una cristalera permitía que ambos pudieran verse. También explicó que, para despedirse, ella solía acudir a donde él se encontraba, cruzaban unas palabras y «normalmente» se daban un beso. La concurrencia a esas horas era muy elevada. Puede que de promedio hubiese un centenar de personas de todas las edades. Era fácil entablar conversación con desconocidos, puesto que lo común era que se pidiesen ayuda unos a otros para guiar las barras de las pesas. Cualquiera valía cuando, como le sucedía a él, se acudía solo.

Pero por más que Muriel le insistió, no pudo obtener la descripción de

nadie con el que hubiese establecido una relación de mayor confianza y que se hubiese mostrado «especialmente sensible» a su desgracia. De nadie, en fin, que se ajustase al perfil.

—Cuando te paras a hablar con uno, te das cuenta de que hay dos o tres que no conoces y que están pendientes de la conversación —concluyó Álvaro, difuminando más si cabía aún el valor de la posible pista.

Muriel combatió su decepción momentánea con la sugestiva idea de extraer una lista de sospechosos del registro de inscritos en el gimnasio. Una vez ajustados los parámetros de edad y constitución física, la lista podía no ser tan larga, se dijo, súbitamente esperanzado.

Rosi, por su parte, tenía problemas para recordar detalles del periodo de tiempo que interesaba a Muriel, no sólo porque hubiesen transcurrido dos años, sino porque su mente había tratado de borrar toda aquella época. Cuando supo que el asesino de Cristina podía haber estado vigilando sus emociones posteriores al crimen, se confesó asustada. Le pidió unos minutos a Muriel para pensarlo. Una hora más tarde le devolvió la llamada. Había recordado que un hombre de mediana edad la había parado al salir de la peluquería para decirle que sabía que era amiga de Cristina y que comprendía por lo que estaba pasando, que había sido un palo tremendo. Entonces a ella se le saltaron las lágrimas y el hombre la consoló con un par de frases amables. Luego se marchó sin más. Rosi no le conocía de nada. Sólo se acordaba de que era de mediana estatura y más delgado que grueso, pero no podía recordar ningún rasgo de su cara.

—¿Ni siquiera si llevaba barba?

—Eso sí lo recuerdo.

Rosi le aseguró que el individuo iba bien afeitado. Pero no pudo precisar nada más: no recordaba sus ojos ni su nariz ni la forma de su boca. De aquello hacía ya diecinueve o veinte meses por lo menos.

—Si le viera otra vez, ¿podría reconocerle?

La muchacha no fue capaz de garantizárselo.

Muriel le dio las gracias y colgó. Seguía sin tener nada consistente, pero al menos ahora sabía dónde buscar.

Gabriel le había dejado un mensaje mientras hablaba con Rosi. Le comunicaba que volvería de Antequera a las nueve o nueve y media y que quería verle en la comisaría. Muriel aprovechó la espera para llamar al Doble Zeta; se identificó como agente de Homicidios y preguntó por el número de

inscritos y si se registraban con una foto o se les hacía un carné con ella. Le dijeron que no; que simplemente se les rellenaba una ficha en la que ni siquiera se incluía la edad: sólo el domicilio y los datos bancarios para el cobro de las cuotas. Se quedó frío al oír aquello, pero al menos podía obtener una lista con nombres, en cuanto tuviese en sus manos la orden judicial.

El jefe del Grupo de Homicidios se presentó a la hora prometida. Venía acompañado de Maribel y Lauri. Muriel percibió en el acto que no estaba del mejor humor posible.

—Fernando y yo tenemos que hablar —dijo con una media sonrisa.

Sus acompañantes se esfumaron por el pasillo que conducía a las celdas. Maribel lo hizo silbando la melodía de la película de Fred Zimmeman, «Solo ante el peligro».

—Tengo novedades.

Muriel intentó poner en antecedentes a Ramos de sus últimas iniciativas pero éste le cortó en seco.

—Cállate —le ordenó con cara de pocos amigos—. Vamos a arreglar esto de una vez por todas. Se acabó lo que se daba…

—¿Qué pasa ahora?

—¿Qué pasa?—aulló Ramos— ¡Por ejemplo, que le has entregado a un particular el material de investigación! ¿Has perdido el juicio?—Se puso a pasear nerviosamente—. Pineda está que trina. Ha ido con el cuento a Fernández y he tenido que destaparlo todo. A Fernández puedo pararlo pero como metan al juzgado por medio, nos van a dar de hostias ¡Eso es lo que pasa! Ya sabía yo que lo de Bernal nos pondría tarde o temprano contra la pared.

Muriel estaba más confundido que preocupado por lo que acababa de oír. Trató de aclararse ¿Cómo sabía Gabriel que había involucrado a Castillo? ¿Le había mandado seguir?

—Lo de Bernal… está al margen del caso. No es… no es algo que le competa a la UCO…—acertó a balbucear.

—No quiero oír una palabra más. Estoy hasta los huevos de pelearme con unos y con otros. Te prohíbo que hagas ninguna gestión más por tu cuenta.

—Comprendo que estés cabreado.

—Como mínimo te van a abrir un expediente. Lo sabes, ¿no?

Muriel intentó centrarse en lo que debía decirle a Ramos y nada más ¿Qué coño le importaba esa amenaza?

—No sé nada de Bernal —reconoció Muriel—, pero he averiguado algo importante.

—¿Qué te he dicho?—A Ramos se le desorbitaron los ojos de repente—¡Joder, que no me insistas! No tienes ni puta idea del lío en el que nos has metido… ¡Ni puta idea, Fernando!—se dejó caer en una de las sillas giratorias y, con un golpe seco de riñones, le dio la espalda a Muriel—. Ha sido culpa mía —murmuró—. Me he equivocado de pleno.

—Vale, te has equivocado…—Muriel se detuvo un instante, aguardando a que Ramos volviese a cortarle, pero como eso no sucedió, se animó a continuar—: porque confiaste en mí…Ha sido una imbecilidad por mi parte no habértelo consultado. Ponte en mi lugar… ¿Qué habrías hecho tú? La UCO nos había dejado fuera, justo cuando nos enteramos de lo de Bernal…—Se hizo un silencio. Muriel se daba cuenta de que estaba hablando en términos demasiado abstractos. A todo esto, Ramos continuaba de espaldas y mudo. — Déjame que te diga cómo lo veo yo: Castillo era el destinatario de la cinta; ésa es la realidad. ¿Por qué quería Bernal que la tuviera él y no nosotros? La pregunta que me hice fue ésa. Tenía que partir de ahí

—Le entregaste el material…—susurró Ramos, sin volverse.

—Es poco ortodoxo…

—¡Poco ortodoxo!—aulló Ramos y se volvió, con los ojos como ascuas—¿Es lo único que se te ocurre decir? La investigación está en manos del juez… ¿Crees que es tu colección de películas que se la puedes prestar a cualquiera?

—Gracias a eso estoy…

—¡Te has pasado de la raya!—Ramos dio un brinco y la silla con ruedas salió disparada hacia atrás un par de metros.

—Gracias a eso —Muriel remarcó las palabras sin amilanarse—, estoy mucho más cerca de saber quién es El Ciclista. —Fue subiendo de tono—. Más cerca de lo que lo está la UCO y de lo que estuvimos nosotros nunca… Bueno, reconozco que no pensaba así antes, pero te digo que el amigo de Bernal es de fiar…

Ramos movió la cabeza de un lado a otro con cara de incredulidad y volvió a dejarse caer sobre el borde de la mesa.

—De fiar —repitió como un autómata.

—Si no lo fuera, ¿te parecería lógico que Bernal hubiese ido en su busca después de veinticinco años?... Si lo hubiese dejado con el culo al aire, no estaríamos hablando de él ahora.

—Pineda mandó a dos de los suyos que te siguieran. Lo que tú sabes, lo saben también ellos.

—¿Por qué no me avisaste?

—¡Porque no lo sabía, coño!

Muriel comprendió al instante.

—Ya entiendo —musitó.

—No sé. Uno de los nuestros ha debido de darles el soplo. ¡Pero, joder!... ¿Es que no piensas?—siseó, furioso, Ramos —. ¿Tan ciego estás con pillar a ese tío que no te das cuenta de dónde está el límite?

¿Qué podía responderle? Tenía toda la razón del mundo. Muriel se puso a pasear por la habitación. Automáticamente le había venido a la cabeza la Maribelita de los Cojones, pero no dijo nada: mencionar su nombre hubiera sido darle la puntilla a la escasa paciencia que le quedaba a Gabriel. Entendió que debía jugársela a una sola carta.

—El objetivo de El Ciclista —comenzó a decir pausadamente— no era Cecilia Abreu sino Lourdes. Eso explica su conducta al visitar a ésta última. Conoce a las parejas de sus víctimas pero no personalmente a sus víctimas o, al menos, no hasta el punto de que ellas puedan reconocerle. La excepción era Cecilia… Odia que la gente viva feliz una relación con otra persona, porque a él se le truncó una vez tal posibilidad. No lo soporta. Lo único que de verdad le satisface es comprobar que ha dejado a otros, como él se sintió en una ocasión: desgraciado, humillado, solo. Ésta es su particular venganza contra el mundo y justifica que, ni de lejos, se asemeje a los agresores sexuales, puesto que sus motivaciones son de rango más *elevado*, meramente emocionales y porque, además, carece de la hipersexualidad de muchos de ellos. Tengo el presentimiento… No, el presentimiento no, la convicción, de que está o estuvo inscrito en el gimnasio al que iba Natalia Blanes. Ella no le conocía, pero él la veía cada día, joven, llena de vitalidad; la veía terminar su clase de aeróbic y acercarse a donde estaba Álvaro; veía cómo se besaban al despedirse. Álvaro y el asesino de Natalia compartían habitualmente espacio y hora en la zona de las máquinas y cruzaban unas palabras de vez en cuando. Quizá se ayudaban mutuamente para hacer algún ejercicio. O tal vez —el tono de su voz se revistió de una repentina cautela—, nunca tuvieron contacto directo y lo único que hacía nuestro hombre era vigilarle mientras hablaba con otros. Álvaro no mete la lengua en paladar, como tú bien sabes. Es probable que El Ciclista haya dejado ya de ir al gimnasio pero no hay que descartar que continúe

viéndole, observando que ya no hay nadie que venga a despedirse de él. Pero tanto si es así, como si no, por primera vez tendríamos una lista de sospechosos.

Ramos no dijo nada durante un buen rato. Sonaba bien pero sabía que Muriel no había hilvanado solo la teoría que acababa de exponerle. Alguien le había ayudado y ese alguien no podía ser otro que el receptor de la famosa cinta.

—Lo hablaré con Pineda.

¡Maldita sea! Estaba acorralado… ¿Qué otra cosa podía hacer? Muriel era consciente de que había echado por tierra su última oportunidad de detener al asesino.

—Escúchame: ya sabemos lo que lo mueve. Le encanta seleccionar sus objetivos y nunca asume riesgos innecesarios. Por suerte para él, el mundo está repleto de parejas que aparentan ser felices. El ritmo de sus crímenes pronto se acelerará. Vamos a cogerle —propuso Muriel en tono de súplica—, hagámoslo nosotros.

—No entiendes nada. Ya se te ha pasado el arroz, Fernando.

—Lo que no entiendo es que se lo sirvas en bandeja a la UCO —dijo Muriel, profundamente frustrado.

—Tú preocúpate sólo del expediente.

—A la mierda el expediente. No se lo merecen… ¡Es así de sencillo!

Ramos se dijo que no consentiría que se invirtiesen los papeles.

—Me han pedido que te suspenda… Empieza devolviendo lo que te llevaste —le aconsejó sin inmutarse.

—Qué puta mierda…—musitó Muriel. Y se dio la vuelta, alejándose por el pasillo.

—Devuélvelo ya, ¿me oyes?—levantó la voz. Luego dijo para sí—: Y yo te echaré una mano, so cabrón.

38

La fragancia de la flor de azahar se había condensado donde el paseo trazaba una curva cerrada, aproximadamente a la altura del antiguo Gobierno Civil. El hombre anodino en el que nadie reparaba hizo subir las ventanillas delanteras para mitigar el denso y fatigante olor. Nunca lo había soportado: le recordaba a su infancia; le recordaba el dolor de los golpes, la espantosa

quemazón en su cabeza cuando le arrancaban el pelo a tirones; el escozor insoportable en sus rodillas desolladas contra los adoquines. Contuvo la respiración unos segundos y volvió a bajar las ventanillas. A continuación le dio al interruptor de las luces de cruce: los últimos destellos del sol poniente se reflejaban en los retrovisores exteriores.

El tráfico era fluido aún. Bruno no paraba de jadear y mover la cabeza y las orejas. Podía ver sus ojos negros a través del retrovisor. Su perro tenía el don de intuir cualquier cosa que estuviese afectándole. Cuando estaba preocupado por algo, Bruno lo detectaba en el acto y solía emitir un ronroneo que se prolongaba durante horas. ¿Qué ser humano podía mostrar una centésima parte de esa sensibilidad?

Pero ahora no era momento de pensar en las cualidades de su perro; tenía que decidirse y pronto, y, sobre todo, tenía que idear un plan.

Cinco minutos después estaba repostando gasoil en la estación de servicio de los Baños del Carmen. Intentó llenar de aire los pulmones con una sola inspiración, pero no pudo. Algo aprisionaba su tórax, como si se lo hubiesen vendado a la fuerza y no pudiese zafarse por más que lo intentaba… ¿Cuánto tardarían en descubrirle? ¡Había sido una estupidez!... Jamás había sentido tanta incertidumbre.

Realmente no sabía qué hacer.

Fue hasta el interior de la gasolinera para abonar el importe. Miró furtivamente a su alrededor. Había cinco personas más en el local, una de las cuales elegía en esos instantes unos refrescos en el frigorífico. De las otras cuatro, dos estaban en la cola, detrás de él, y las otras dos —una madre con su hijo de unos siete u ocho años— curioseaban por uno de los pasillos. Entonces, a él que desde niño había sentido hasta el tuétano el desprecio ajeno, le sucedió una cosa que jamás hubiese imaginado: experimentó un anhelo vigoroso e incontenible de que el instante se eternizara, se congelara con él dentro, como una foto; soñó con poder permanecer el resto de sus días sin moverse de allí, en compañía de aquella gente que no conocía y que, no obstante, le confortaban con su presencia. El corazón se agitó de esperanza en su pecho, preso de aquella ilusoria posibilidad. Sentía que permaneciendo allí, junto a ellos, estaría a salvo, que todo podría olvidarse, desvanecerse como si nunca hubiese ocurrido. Todo el daño causado, contra su voluntad. Sentía que aquellas personas, despreocupadas y *normales*, representaban el mundo al que él renunció una vez y al que ahora deseaba regresar a toda costa,

un mundo capaz de consentirle vivir como uno más. Les miró otra vez, volviendo la cabeza a ambos lados, y notó que los ojos se le humedecían de emoción. Era como si ellos tuviesen el poder de rescatarle del pozo en el que había caído, como si pudiesen hacerle invisible a los ojos de quienes le buscaban. Conformaban una especie de escudo protector que le hacía invulnerable.

—¿Con tarjeta…?—La voz del empleado le devolvió a la realidad.

—Ah, perdón… Tome —. El hombre en el que nadie reparaba, entregó cincuenta euros al empleado de la caja.

Mientras le daban el cambio, volvió a mirar a su izquierda. La mujer y el niño pequeño se habían marchado ya.

El empleado le deseó una buena tarde o un buen viaje; no estaba seguro del todo.

—Gracias.

Miró de nuevo a su alrededor: únicamente quedaban de aquel grupo de cinco personas, las dos que le seguían en la cola; el resto había desaparecido y otras habían entrado en su lugar. Debía irse: su *nuevo* mundo acababa de hacerse añicos. Comprendió que nunca había sido otra cosa que un espejismo y tuvo conciencia de que, en cuanto atravesase aquella puerta, volvería al mundo del que quería escapar. Y sería para siempre.

Por la cristalera pudo ver que dos vehículos aguardaban su turno para repostar, haciendo cola detrás del suyo. Su verdadero mundo estaba lejos de aquellas personas, junto a Bruno. Estaba condenado a él, condenado a permanecer en el extrarradio de La Humanidad.

El sueño se había desvanecido.

Subió al coche y arrancó. Las manos le sudaban. Se sentía acorralado, al borde de un precipicio. El tiempo corría en su contra. Enfiló hacia la playa de La Araña, detuvo el coche junto al Seat Marbella de un pescador de caña y carrete, y se dispuso a bordear la playa caminando. Dejó suelto a Bruno. Esta vez Bruno no corrió hacia la orilla, sino que permaneció a su lado; su instinto le decía que le necesitaba.

La noche había caído sobre el agua calma de la orilla: una noche clara, con una enorme luna amarillenta. Mientras paseaba intentando calibrar sus posibilidades, recibió un mensaje en su móvil. Lo desbloqueó: era un mensaje publicitario de su operadora. Contempló la pantalla iluminada… Un mensaje… «Un mensaje»—repitió entre dientes. ¿Cómo no se le había

ocurrido antes?

Quizá acabase de atisbar una solución para aquel atolladero. Era arriesgada pero podía resultar.

39

Mauler era un apellido nada común, de modo que no tuvo que refrescarse la memoria para saber que se trataba del abogado de Sandra. Dio autorización a Paula para que le pasara la llamada y, automáticamente, se puso en guardia. La primera vez que habían hablado, trató de intimidarle.

Enrique Mauler puso las cartas boca arriba con toda crudeza.

—No es buen momento para tratar estas cosas —dijo Castillo, después de escuchar la lista de exigencias de Sandra.

—Mi clienta quiere a toda costa un acuerdo amistoso.

Por lo visto, el «acuerdo amistoso» al que aspiraba Sandra, incluía dejarle amistosamente con una mano detrás y otra delante.

—Muy considerado por su parte. Dígale que me lo pensaré.

El abogado insistió en que no se podía dilatar por más tiempo el asunto. Si el acuerdo no era inmediato, tendrían que ir a juicio.

No se habían visto las caras aún, pero por el timbre de voz y el estilo «intransigente» de Mauler, Castillo se imaginaba a un hombre de treinta años, atlético, buen deportista. Se daba cuenta de que también tenía celos de él; quizá Sandra había sucumbido a sus encantos o él a los de ella. Ahora sentía que Sandra era capaz de arrojarse en los brazos de cualquier tío medianamente bien parecido. A ratos, sus pensamientos situaban al abogado sobre el culo desnudo de su mujer, danzando ambos coordinadamente. La desolación y la humillación lo embargaban.

Supo que estaba descendiendo al pozo de oscuridad cuya existencia se negó a reconocer en un primer momento.

—Sabe que estoy pendiente de encontrar otro abogado —le recordó Castillo (había tenido que despedir al primero, un cantamañanas que no hacía sino darle largas, y Mauler lo sabía) —. En cuanto lo nombre, le llamará.

Al colgar, le rechinaron los dientes de pura rabia. Pero luego estuvo a punto de echarse a llorar. Pese a todo, la echaba muchísimo de menos. Únicamente podía recordarla sonriéndole. Constantemente se esforzaba en que la Sandra que apareciese en sus pensamientos, fuese la airada y contumaz Sandra que no ponía nada de su parte para intentar comprenderle, la que le llenaba de reproches. Ni una sola vez era ello posible.

Se asomó a la sala de espera y pidió a las cuatro o cinco personas que había

en ese momento que se abstuvieran de llamar a la puerta, hasta nueva orden: necesitaba un par de minutos. Se dejó caer en su sillón, abatido, y cerró los ojos. Intentó comprender una vez más, pero fue del todo infructuoso. Era imposible explicarse el cambio experimentado por su mujer en su actitud hacia él, una actitud que parecía totalmente ajena a lo que una vez hubo entre ambos. Como si ella hubiese borrado de un plumazo en su memoria todos los momentos entrañables… ¡Se comportaba como si él fuese un intruso que se había colado en su casa y al que tenía que expulsar a toda costa!

No veía la manera de sobreponerse al golpe. En su estupidez había creído que, haciendo como si nada hubiese ocurrido, saldría rápidamente a flote. ¡Cuánto la necesitaba! Si Sandra le pidiese volver, haría todo lo que estuviese en su mano para convivir con el recuerdo de su infidelidad. Aunque sabía que cada vez que se acercase a ella y la tocase, estaría «viendo» la mano de él, posándose en su piel, sus lenguas entrelazándose y ambos jadeando desnudos. Pero era mucho peor tortura saberla perdida para siempre.

Tenía que arreglar lo del abogado cuanto antes. Por dicha razón, en cuanto despachó la consulta, rellenó un impreso para solicitud de permisos. Se pidió los dos días que le restaban a la semana, y lo dejó pendiente de firma, a sabiendas de que César no pondría pegas a esas alturas del año. Además, tenía pendiente todavía aquel otro asunto… Deseaba desesperadamente ser útil y saber de paso qué le había sucedido a Bernal. La tarde anterior Muriel le había llamado urgiéndole a que le devolviese la carpeta. No había vuelto a hojearla desde el día en que visitó Atlántida. Aún la tenía en el maletero del Passat.

Castillo fue a la cita un poco a la defensiva. Esperaba que Muriel le pidiese en cualquier instante —y con razón— explicaciones por lo de Carolina y, francamente, no tenía ni idea de cómo responder. Le extrañaba que no hubiese descubierto aún que se habían visto a sus espaldas o que ella no se lo hubiese confesado. Por propia experiencia sabía que, durante una de esas típicas refriegas conyugales, una mujer no tiene inconveniente en traicionar sus secretos, con tal de restregar por la cara a su marido que ha debido buscarse la ayuda que él no está dispuesto a prestarle. Y lo cierto era que Carolina le había colocado en una posición incómoda y que él no había tenido la firmeza necesaria para plantarse. Su debilidad de carácter había vuelto a traicionarle.

Se vieron en El Corte Inglés. El encuentro fue breve: no sobrepasó el cuarto de hora. Era la primera vez, desde que vino a pedirle ayuda, en que notó a

Muriel remiso a hablar, casi esquivo, como si quisiese zanjar cuanto antes aquella relación que él mismo se había empeñado en exprimir más allá de lo que resultaba razonable. Era evidente que había sucedido algo que afectaba a su posición en la investigación, pero ni Muriel quiso desvelarle los detalles ni él tenía ningún derecho a preguntarle sobre el asunto. Sin embargo, la actitud de aquél sugería que, como mínimo, había sido objeto de un fuerte rapapolvo, puesto que mostró una novedosa (y exagerada) preocupación con relación a la documentación que había dejado en sus manos. Insistió en que le asegurara que no había hecho ninguna copia y que no existía la posibilidad de que los papeles hubiesen caído en poder de nadie más. Llegó a decirle también que le agradecía el interés que había puesto en el asunto pero que él ya no tenía nada que hacer con «aquello» (blandió la carpeta). Ahora, comentó como de pasada, «todo era responsabilidad de la UCO». Le sugirió que había nuevos indicios que situarían al asesino entre un grupo de conocidos del compañero sentimental de Natalia Blanes, y que lo único que les quedaba a la UCO era relacionarle con Cecilia y Rosi y conducir a Lourdes Belmonte ante él. Si no se podía reducir el número de sospechosos a uno o dos, citarían a todos los que encajaban en el perfil a una rueda de reconocimiento. Pero no mencionó la procedencia y naturaleza de esos indicios, y tampoco dijo nada que pudiese hacerle suponer que él había tenido algo que ver en el hallazgo. Antes de despedirse, en un tono que indicaba que no volverían a verse, se disculpó por «no haber podido dar con Bernal». La disculpa, innecesaria a todas luces, dejaba en evidencia algo de remordimiento. Castillo comprendió finalmente que Muriel había sido apartado de toda responsabilidad y que sentía que le debía gratitud por su ayuda y no sabía cómo expresársela sin eludir la obligación de guardar silencio.

Volvió a casa con un poso de inquietud en lo hondo del pecho. Una extraña sensación, como si las sucintas explicaciones de Muriel hubiesen añadido nuevas incertidumbres en lugar de despejar las existentes, le atenazaba y desconcertaba. Quizá lo que le sucedía, pensó, era que no soportaba la idea de que la desaparición de Bernal hubiese quedado postergada en la investigación, cuando en un principio parecía ser el hilo conductor de todo. Ahora era como si ya no importase a nadie… ¿Pero qué demonios podía hacer él? Lo de Luis seguía siendo un misterio cuya solución exigía desentrañar todos los aspectos del caso. Condujo todo el trayecto pensando en ello… Tal vez, reflexionó, no se aclarase nunca aunque desenmascarasen la identidad de El Ciclista. Tal vez,

se negase a reconocer ese crimen y no fuese posible hallar pruebas para imputárselo… Pero no debía engañarse: ya no tenía esperanzas de encontrarle con vida. Muriel no había tenido que persuadirle de ello, puesto que los dos habían llegado a la misma conclusión por separado, tras oír la cinta. Pero si Bernal había muerto a manos del asesino de Natalia y las otras mujeres, ¿por qué no habían podido seguir la misma pista que le condujo a su fatal encuentro?

Algo se les había escapado.

De repente tuvo conciencia de que estaba formulándose las mismas preguntas que cuando acompañó a Carolina a visitar Atlántida… La cinta… Tenía que volver a la cinta: era el único nexo y su única baza.

Se dio una ducha. Leonor se había ofrecido a prepararle algo de cenar pero apenas tenía apetito, de modo que se conformó con ingerir cuatro o cinco lonchas de jamón cocido que encontró en la nevera. Vio algo de televisión, atendiendo más a lo que daba vueltas en su cabeza que a la pantalla. Luego puso el despertador del móvil a las siete menos cuarto y se metió en la cama.

A la mañana siguiente, empezó por hacer algo que debió haber hecho después de escuchar la cinta la primera vez: una trascripción en papel. La carpeta de Muriel contenía una. «¡Qué imbécil! ¿Por qué no hice una copia?»

Empleó unas tres horas en completarla e inmediatamente se puso a leer los folios con atención. Para su sorpresa, comenzó a entresacar detalles que no había percibido durante la escucha de la cinta. Buscó un folio en blanco y fue anotando en forma de «palabras clave», cuantos le parecieron interesantes: Monroy se contradecía… Afirmaba que El Ciclista estaba «comenzando» su singladura criminal. Luego daba a entender lo contrario, al sugerir que se comportaba como un experto… ¿No era un novato, pues? Si no lo era, había que dejar la puerta abierta a la posibilidad de un número indeterminado de delitos previos. Monroy podía haberse confundido al mezclar conceptos, y de paso haberle confundido a él durante las anteriores escuchas. Al defender su teoría de la Metamorfosis Primaria, había sugerido un *único* crimen anterior… Conocía a su primera víctima. Bien, eso podía aplicarse a Cecilia Abreu, ahora lo sabían. Pero *ya* entonces era un criminal experto… El de Cecilia, había sido un crimen circunstancial, como él se había encargado de probar ante Muriel…

Siguió repasando la trascripción, volviendo de cuando en cuando a las páginas que ya había leído.

Según Monroy, el *odio* desencadenó la oleada de crímenes… Sin embargo, él estaba seguro de que había otra emoción presente. *Odio*, sí…También se entreveía un rencor que había envenenado su vida. Retrataba algo que le había sucedido al asesino… Frustrado por su decepción, El Ciclista *envidiaba* a quienes les sonreía la felicidad.

Castillo llegó al último de los folios de la trascripción… *Hacer desaparecer a su primera víctima o conseguir que culpen a otro.* ¡Joder! Sintió una sacudida brutal. ¡Joder! ¡Me cago en mi puta nación!

En un estado de gran excitación, llamó a Muriel, la más completa de las enciclopedias de crímenes locales. Pero Muriel se resistió a contarle nada.

—Tiene que haber sido en la ciudad o en los pueblos limítrofes. Y si no ha sido por aquí, estoy equivocado. Puedo buscar en las hemerotecas, aunque perdería mucho tiempo —razonó Castillo.

—Hazme el favor de dejarlo ya —dijo Muriel con hastío.

Castillo volvió a insistir. Garantizó a Muriel que no haría nada que pudiese comprometerle, que su única razón era Bernal, saber qué le había pasado. ¿A quién podía molestarle que alguien husmease los sucesos ya juzgados?

Hubo un silencio de cinco segundos al otro lado de la línea. Luego Muriel resopló.

—¿Acuchillada…?

Castillo estaba casi seguro de que había utilizado un arma blanca y que probablemente la había degollado. El Ciclista adoraba la sangre.

—Sospecho que un *hombre* está pagando por un crimen que no cometió.

—No es posible…

—¿Qué es lo que no es posible?

—Que *nos* hayamos equivocado.

—¿En qué?... ¿No podrías ser más explícito?

Muriel carraspeó un par de veces.

—No puede ser… No, te digo que no… —balbució.

—Entonces es que ocurrió algo en esos dos años… No había nada en la carpeta —comentó Castillo, como para sí.

Esos dos años a los que se refería Castillo, eran los anteriores a la muerte de Cecilia Abreu. Él no había regresado aún a Málaga.

—No —negó Muriel contundentemente.

—Fue aquí, en la capital, ¿verdad?... Consultaré el archivo de uno de los diarios locales…

Muriel soltó un gruñido.

—¿No puedes esperarte, coño?... Es que el único crimen que se ajusta a ese perfil es el de una profesora de veintinueve años, llamada Virginia Bermúdez. Pero el que la mató dejó tantas pruebas que fue como si nos dejara un reguero de migas de pan. ¿Entiendes?... Igual que en el cuento… Ocurrió en octubre o noviembre de dos mil tres, ahora mismo no estoy seguro de la fecha. Fue a una cita y, cinco horas más tarde, encontraron su cuerpo en el margen de una vía de servicio, cerca de La Azucarera[1]. Yo no estaba en la Brigada aún… Me incorporé a primeros de dos mil cinco, más de un año después, pero conozco muy bien el caso, porque tuve que hacer un ejercicio práctico basándome en él. Las cosas estuvieron muy claras desde el principio, y por eso se detuvo rápidamente al culpable, Andrés Sierra, un compañero de colegio. Las pruebas que había en su contra no dejaban lugar a dudas. Era un caso de libro… Se encontró su mechero en la escena del crimen y había un mensaje de su móvil en el teléfono de la víctima, citándola en la Prolongación de la Alameda, unas horas antes de que desapareciese. Además, se encontraron cabellos en la ropa de la muerta, que coincidían genéticamente con los de Andrés Sierra. Las pruebas en su contra, como te digo, eran abrumadoras e irrefutables.

El vello de Castillo se erizó como si le hubieran arrojado desnudo en medio de la nieve.

—Aguarda un segundo.

Alargó la mano, cogió su bloc y anotó los nombres. A continuación preguntó a Muriel por el nombre del colegio. Luego esbozó un esquema con el resto de los datos que había memorizado.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó Muriel con impaciencia.

—Nada…—Castillo concluyó de escribir «cabellos» y dejó el bolígrafo—. Únicamente quiero comprobar una cosa.

—Pierdes el tiempo —advirtió Muriel—. Te he dicho que estaba más claro que el agua.

«Eso lo veremos», murmuró para sí Castillo.

—Supongo que confesaría.

—No, nunca admitió el crimen. Era increíble que tuviese esa cara tan dura. Todavía no me lo explico. El tío, en todo momento, se declaró inocente. Aseguró que le habían tendido una trampa, que alguien le había robado el

mechero y el móvil, pero el móvil apareció en el interior de su coche y él nunca denunció el robo. Luego cambió su versión, justificándose con que no presentó la denuncia porque pensaba que lo había perdido, que se le había caído al bajarse del coche. Dijo que la tarde en que desapareció la profesora, había recibido una nota de ella citándole a la entrada de la calle Larios. Según él, se la habían dejado en el parabrisas del coche. Pero la nota estaba escrita a ordenador, no de puño y letra de la víctima… Qué casualidad, ¿no te parece?... Era una historia muy rocambolesca la que se inventó como coartada, completamente absurda. Aseguró que alguien le había llamado a través del portero electrónico, avisándole de que acababan de apedrearle el coche. Según él —dijo Muriel con retintín—, bajó y se encontró con que le habían roto la luna de una de las puertas traseras y, además, le habían rayado la carrocería. Pretendía que *creyéramos* que fue el verdadero asesino quien montó todo ese tinglado ¿Te lo puedes creer?

La pregunta de Muriel era puramente retórica, de modo que Castillo no se molestó en contestarla: sencillamente intentó encontrarle sentido a la historia que le estaba contando aquél, mientras anotaba a toda velocidad cuanto le parecía relevante.

Lo intentó de veras… Con tan poco éxito que comenzó a parecerle verosímil la coartada del profesor. Todo era tan burdo…, tan artificioso, que hubiese sido un auténtico imbécil el que pretendiese desviar la atención hacia otra persona ideando semejante disparate. ¡Precisamente! ¡De eso se trataba, de un disparate!

Es más, apostaría lo que fuese a que no había fluidos biológicos del acusado en el cuerpo de la víctima…

—No —negó un pensativo Muriel—, no había semen ni saliva… Tampoco se encontraron restos de piel en las uñas de Virginia. Tenía un golpe muy fuerte en la cabeza, en la zona parietal izquierda. Seguramente se lo propinó en el interior del coche…

—Hubiese sido interesante escuchar su versión…

—¿Para qué?... Lo hizo, no te quepa la menor duda.

—¿No hubo agresión sexual?

—Sí que la hubo. Pero el hijo de la gran puta usó una estaca. No tuvo bastante con apuñalarla cinco veces.

—Seguro que sigue proclamando su inocencia desde la cárcel —aventuró Castillo.

—Ya no puede. Lo trasladaron a El Dueso. Allí se ahorcó en su celda, hará unos tres años.

La información de Muriel hacía pensar que iba en la dirección correcta. El corazón le palpitaba en las sienes. En cuanto colgó el teléfono, encendió el ordenador e introdujo los nombres en el Google. Las fotos de Virginia y Andrés aparecían ilustrando uno de los textos que hablaban sobre el suceso. Andrés, tal como se había imaginado, tenía pinta de guaperas.

«Muchos creen que el suicidio es una prueba de culpabilidad, pero se equivocan» Él conocía la cárcel; los inocentes no soportaban la idea de sufrir las vejaciones de la reclusión. Y un tío bien parecido como él, habría sido violado, no una, sino varias veces.

Durante un buen rato, permaneció absorto, no sólo dándole vueltas a lo que acababa de contarle Muriel, sino al conjunto de muertes que se relacionaban con El Ciclista. A lo que habían logrado saber de él a través de aquellas víctimas. También a lo que todavía ignoraban. Incluso las desapariciones de aquellos niños y el asesinato de Lorenzo Clotet tenían cabida en sus pensamientos en esos precisos instantes, como si todo fuera una misma cosa. Carolina le había dejado un mensaje, dos días atrás, en el que le decía que Alonso no había encontrado en el archivo de Atlántida la foto de aquel sujeto, con lo que todo cuanto habían acordado al respecto —tomar una decisión sobre si ir a la policía— quedaba en suspenso. Estaba decepcionada. Ya verían qué hacer más adelante. Lo hablaría con Lola.

Castillo llamó a Carolina. Cualquier excusa para volver a oír su voz, le venía de perlas. Ella interrumpió la llamada y, en pocos minutos, se la devolvió.

—Perdona, no podía atenderte…

—No importa.

Castillo le habló sobre la pista de la maestra asesinada y de lo que había pensado hacer. Le sugirió que no dijese nada a *nadie* y *menos* a Lola. Carolina le prometió seguir al pie de la letra el consejo, después de dejar constancia de lo que le había cambiado el ánimo con la noticia. Estaba admirada de su sagacidad, le dejó entrever. El corazón de Castillo se puso a palpitar sonoramente, pero hizo todo lo posible por ocultar lo halagado que estaba, rebajando las expectativas de ella. Carolina Granados se negó a seguir escuchando aquella lección de humildad. Luego, para cambiar de asunto, hizo mención a sus propias gestiones. Había ido a diario a la sede de la asociación,

con la esperanza de dar con nuevas pistas. En esos días, la presidenta de Atlántida había intentado hablar con Emilio, que estaba de vacaciones, pero no respondía a sus llamadas. Lola seguía interesada en saber si Clotet le había contado lo que de momento ellos solo podían intuir: que conservaba fotos —instantáneas que se tomaron el día del hallazgo de la ropa—, con las que comparar los carnés del fichero.

—Has hecho todo lo que se podía hacer.

Carolina fue severa consigo misma.

—Ya —dijo en tono insatisfecho.

Él quedó en volver a llamarla si había avances y se despidió asegurándole que había actuado impecablemente.

Castillo se sentía excitado tras colgar. Se dijo que era buen momento para salir a dar un paseo. Aprovechó para comprar el periódico, y en el trayecto de vuelta tuvo una idea. Llevaba más de un mes sin hablar con Miguel Gaona. Habían quedado en llamarse cuando uno de los dos supiese algo de Luis. Sin embargo, ahora lo necesitaba por otro motivo. Se le había ocurrido que quizá le pudiese ayudar con el caso de la maestra asesinada. Miguel sabría cómo conseguir información periodística y, con suerte, una copia de algún documento oficial.

El locutor seguía muy preocupado por la suerte que hubiese podido correr Bernal. En cuanto al caso, que había tenido una repercusión mínima, lo recordaba vagamente.

Castillo le dijo que ese asunto formaba parte de las gestiones que estaba haciendo para dar con el paradero de Luis, y le garantizó que no cejaría hasta saber qué había sido de él.

—Conozco a un periodista de sucesos —dijo Miguel Gaona—. El tío es un fenómeno.

Una hora más tarde, le había reenviado un correo electrónico con abundante información, incluyendo una copia de la sentencia que condenaba a Andrés Sierra por el asesinato de Virginia Bermúdez Marín.

40

Castillo bajó el tramo de cinco peldaños que daba al patio. El pequeño patio trasero, de unos veinte metros cuadrados, aún conservaba el emparrado y el jazmín azul que había plantado su madre, aunque ahora se veían muy descuidados. Pero los butacones de teca que su padre había adquirido al comienzo de su enfermedad, eran muy cómodos cuando disponían del revestimiento acolchado, y hacía dos días que Leonor los había desempolvado todos, con la llegada del buen tiempo. La tarde, por otra parte —rondando los veinticinco grados y sin viento— era idónea para permanecer en el exterior de la casa.

Quedó vencido por el sueño, unos minutos después de dejarse caer en uno de aquellos butacones. Al poco se despertó, sintiendo cómo le retumbaba en el pecho el corazón. Se rebulló inquieto. Ligeramente confuso, se percató de que se había dormido pensando en las circunstancias que rodeaban el crimen de Virginia Bermúdez. Había leído con detenimiento el *email* —en el que sustancialmente estaba lo que le había contado Muriel y algunos otros detalles —, pero se había quedado a medias en su intento de encontrar una explicación a lo que le sucedió realmente a la profesora del Colegio Maestro Echegaray. Una única cosa tenía clara ahora: la versión policial de los hechos resultaba increíble, inverosímil del todo, porque era la que había *diseñado* el asesino. El auténtico, no Andrés. Vio que su Sandoz marcaba las quince y cincuenta. Tendría que salir más tarde: Leonor se había ofrecido a elaborarle una lista de lo que debía comprar en el supermercado, en cuanto recogiese la cocina.

Consumió un par de cafés en la espera y, mientras, repasó las anotaciones que había hecho en el bloc. Lo reescribió todo, paso por paso. ¡Joder, a él le sonaba bastante bien…! El plan de El Ciclista habría sido diabólicamente perfecto. Pero tenía una pega que éste quizá no había previsto: el círculo se reduciría mucho: el asesino tenía que ser forzosamente alguien del colegio…

Meditó lo que hacer. Una cosa era segura: tenía que comprobar si Bernal había seguido esa pista y se había presentado en el colegio. Ahora se daba cuenta de que los prejuicios de Muriel le impedían imaginárselo siquiera. El caso se había cerrado gracias a una buena investigación policial y a la abrumadora cantidad de pruebas. Punto y final. ¿Para qué incluirlo, pues, en la carpeta?

Joder, ¿cómo es que no le chocaba a Muriel que Andrés Sierra hubiese dejado aposta un reguero de migas de pan? Era absurdo…

¿Qué debía hacer ahora? Por supuesto que primero debía partir de la base de que Andrés era inocente. En segundo lugar, intentar entender el meollo del asunto… ¿Qué perseguía el asesino con su crimen, cuál era su objetivo?... ¿Virginia?, ¿Andrés?... ¿O quizá ambos? Castillo cerró los ojos. Ésas no eran las preguntas, al menos no de momento. La pregunta que debía formularse era cómo lo hubiera llevado a cabo él, de ser El Ciclista.

Pensó un buen rato en ello e hizo una «reconstrucción» de los hechos, que fue escribiendo de su puño y letra en el bloc.

El asesino tiene que ser alguien muy cercano a Virginia y Andrés, alguien que les observa a diario y conoce sus rutinas y el grado de confianza que hay entre ambos. Roba el mechero y el móvil de Andrés esa misma mañana. Por la tarde le pone un mensaje a Virginia, una hora o dos antes de secuestrarla. En los días previos ha ido recogiendo cabellos del acusado… ¿De dónde? Probablemente de su cazadora o prenda de abrigo, que deja en un perchero, mientras va de un lado a otro del centro. O podría ser tal vez de un cepillo o peine que guarda a la vista del asesino, o en una taquilla que deja, por descuido, abierta en ocasiones... Andrés está recién llegado al colegio, por su físico llama la atención de sus compañeras, entre ellas de Virginia, que da muestras de su interés por él en cada ocasión que se le presenta. Todos perciben que Virginia se comporta de manera especial con Andrés. El asesino es consciente de que Andrés tiene éxito con las mujeres, algo que a él nunca le ha sucedido…Y Virginia… Virginia está encantada con el mensaje: Andrés quiere que se vean a solas, se ha decidido por fin. Es algo muy personal porque le ha pedido que guarde el secreto, que no le comente a nadie… El asesino no arriesga nada: si las cosas no salen según lo previsto, nadie sabrá que fue él quien robó el móvil y puso el mensaje.

... Ella está muy nerviosa e ilusionada pero, como no se lo esperaba, le llama. Le extraña que no conteste al teléfono, aunque eso no cambia su decisión de acudir a la cita y, temiendo enfadarlo, no se lo cuenta a ninguna de sus amigas. Entretanto, el asesino va hasta el domicilio de Andrés y le hace bajar para que encuentre la nota que ha escrito y firmado, como si se tratase de Virginia… Andrés ve los estragos en su coche y no entiende qué tiene que ver su compañera de colegio con aquello. Quizá la hubiese llamado inmediatamente pero, como no tiene el móvil, decide acudir al

punto de encuentro que se cita en la nota, bastante alejado del que se proponía en el mensaje que había recibido ella. Andrés sólo pretende aclarar lo que ha ocurrido. Deja para más tarde lo de dar parte al seguro o acudir a la policía a poner una denuncia. Pero lo que el asesino quiere es que salga de casa y esté un par de horas fuera, para que le sea imposible alegar una coartada sólida cuando las pruebas en su contra aparezcan. Entonces, va al domicilio de Virginia o tal vez al mismo lugar que propone el mensaje del móvil, le dice que Andrés no ha podido ir por algún problema de última hora y que le ha pedido que la recoja y la lleve hasta donde tiene el coche. Virginia seguramente le conoce bien y sube confiada a su coche.

Sí, Virginia confiaba en su asesino.

«Eso es lo que hacía perfecto al plan», musitó Castillo al depositar el bolígrafo sobre la mesa.

Luego se fue a comprar lo que Leonor le había relacionado en la lista.

41

—Espere aquí un momento, por favor —rogó el conserje del Colegio Maestro Echegaray, un hombre con una voluminosa barriga y abundante pelo rizado. Luego tocó la puerta del despacho de dirección y se coló en el interior. Segundos más tarde, le hizo pasar y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Gracias a una persiana averiada, el sol inundaba una parte de la habitación.

—¿Dice usted que es amigo suyo?—Ángeles Martínez levantó una fracción de segundo la vista de los folios que tenía sobre la mesa.

—Sí… ¿Se acuerda de él?

—No recuerdo cómo se llamaba… Pero debe de ser quien usted dice.

La descripción de Castillo encajaba con el hombre vestido con un elegante abrigo de cashmere.

—Su nombre es Luis Bernal.

Sintió el móvil vibrando sobre su muslo. Se lo sacó del bolsillo y miró el número: era Carolina. Pulsó colgar.

—Bernal... —repitió ella, con cierto nerviosismo—. Ya…

A Castillo comenzaron a temblarle las piernas. Notaba la boca seca. Tuvo conciencia de que debía agudizar todos sus sentidos. ¿Qué pensaría Muriel si estuviese ahora a su lado, oyendo la conversación?

—Supuse que había estado aquí —dijo Castillo, casi en un susurro.

La mujer encogió los hombros ligeramente.

—Dijo que era policía… Sí, yo creo que sería sobre finales de enero la primera vez que vino —Ángeles entornó la mirada, esforzándose en recordar las fechas. La directora tenía unos cuarenta y cinco años, el pelo corto y con mechas, y llevaba un jersey fino de cuello vuelto, de color gris perla. Parecía disgustada por algo que en nada tenía que ver con el asunto que había traído a Castillo hasta su despacho. —Más o menos…

Castillo se pasó la lengua varias veces por el paladar, tratando de lubricarla. Aún temblaba ligeramente.

—Entonces volvió después.

—Un par de veces más —confirmó Ángeles, en tono de reproche, como si Bernal se hubiese puesto pesado, obstinándose en conseguir algo que resultara inconveniente.

—Supongo que no se acordará de cuándo fue la última vez…

Ángeles negó con la cabeza.

—¿Qué quiere usted?—dijo con sequedad.

—Dar con él… Le he perdido la pista.

—Cuánto lo siento… Pero yo no puedo serle de ayuda —observó la directora e hizo ademán de levantarse.

—Déjeme que adivine a lo que vino…

—Tengo mucho que hacer —le interrumpió ella, ahora sí, poniéndose en pie —. Si me perdona…

Castillo se mantuvo en su silla. «¿Por qué este cambio de actitud?»

—Virginia Bermúdez…

—¿Quién es usted y qué hace aquí?—inquirió Ángeles, visiblemente enfadada—Haga el favor de marcharse ya…

—Y yo le pido a usted por favor que me escuche un momento.

Ángeles le miró con ojos cansados, los ojos de alguien harto de oír excusas. Pero lo hizo sin protestar, como si, en el fondo, estuviese invitándole a proseguir.

—Será solamente un minuto —insistió él.

A renglón seguido, Castillo le explicó que era médico, que trabajaba en el centro de salud de Torremolinos y que temía por la vida de Bernal. Nadie sabía dónde estaba pero no se le había dado por desaparecido porque disfrutaba de un permiso de tres meses, que aún no había expirado. Los que le conocían bien, como él, no se creían que se hubiese tomado unas largas vacaciones aislándose del resto del mundo. Había mucha gente preocupada por su paradero.

Aquellas palabras parecieron tranquilizar un tanto a la directora, que volvió a tomar asiento.

—Pensaba que era usted un periodista —dijo en tono de disculpa—. ¿Cómo sabe que su amigo había estado aquí? ¿Se lo dijo él?

Castillo sonrió.

—Eso no importa ahora… Me imagino que no habló con usted sobre lo que pensaba hacer.

—No. Dígame… ¿a qué viene todo esto?

El conserje irrumpió en el despacho, dejó unos folios en la mesa y se marchó sin decir nada

—Es por la profesora que mataron —explicó Castillo, en cuanto se cerró la puerta.

Ángeles se quitó las gafas y se frotó los ojos durante unos segundos.

—Ya sufrimos todos bastante… —dijo tras ponerse de nuevo las gafas.

Supo que tenía que coger el toro por los cuernos. Aquella mujer estaba a punto de cerrarse en banda.

—Voy a ser totalmente sincero con usted —dijo Castillo, en tono resuelto —. Mucho me temo que el que no le encontremos tenga que ver con lo que vino a hacer aquí.

—¿Con lo que vino a hacer aquí…?—dijo, con evidente estupor, la directora—. ¿Qué quiere decir? ¿Está hablando en serio o en broma?

—Completamente en serio. En realidad, mi amigo estaba buscando al asesino de Natalia Blanes, la mujer que mataron en el paseo marítimo hace cuatro meses. Eso era lo que hacía cuando vino a hablar con usted.

El rictus de Ángeles decía algo parecido a: «¡Me está tomando el pelo!».

—No comprendo…

—Sé que le cuesta creer una cosa así, pero él… en fin, él creía posible que quien mató a Natalia fuese el mismo que antes había matado a su compañera.

—Pero eso es un disparate…—dijo, prácticamente en un susurro, Ángeles.

—Era lógico que le pusiese otra clase de excusas.

—Según su amigo…, a ver si lo digo… —Ángeles se entretuvo en buscar las palabras que mejor sonasen—: de un modo aleatorio Europol ordena hacer a veces evaluaciones de los casos resueltos.

—Déjeme un momento que se lo explique —rogó Castillo—. Es natural que evitase decírselo a las claras. Supongo que querría pulsar primero el ambiente que se respiraba por aquí; ver lo que opinaba la gente sobre lo que pasó…

La directora parecía confusa.

—La mitad de la gente ya no está —dijo melancólicamente y como para sí —. Algunos se han jubilado y otros pidieron traslado.

—¿Y usted?

—Yo sí estaba…

—No me conteste si no quiere… pero tengo que preguntárselo. ¿Tuvo usted dudas de la culpabilidad de su compañero?

—No tenía por qué preguntármelo —protestó secamente Ángeles.

—Perdóneme pero…

—Es una pregunta bastante personal, me parece a mí. No hay confianza entre usted y yo.

—Escúcheme una cosa…

La directora movió la cabeza de un lado a otro.

—Mire, me está entreteniendo, así que, por favor…

Castillo oyó el tono de entrada de mensaje en su móvil, pero no hizo ademán de leerlo.

—Por lo menos dígame qué pensaba el resto del claustro.

—¿No le he dicho…?

—No me creo que todos dieran por bueno que Andrés Sierra cometió ese crimen. Sepa que he estado leyendo todo lo que se publicó en los periódicos e incluso he acudido a otras fuentes. Claro que las pruebas le señalaban a él…, pero las pruebas no cuentan el tipo de persona que era. Importa mucho saber qué se cocía aquí dentro, cómo eran las cosas entonces.

—¿Es que no me oye?—dijo, en tono suplicante, Ángeles

Castillo comenzó a elevar la voz, sin dejar de mantener la calma.

—Perdone que se lo diga. Mi amigo tenía razones de peso para creer en la inocencia de Andrés y por eso se presentó aquí. No sé con qué excusa, la verdad... Luego, desaparece. ¿Encuentra normal eso? Ya le he dicho que la policía no está buscándole todavía, pero eso no quita que nos temamos lo peor. Sólo le he pedido que me diga la impresión que tenían sus compañeros sobre lo que pasó en dos mil tres. Si mi amigo vino tres veces, fue porque sus sospechas, en lugar de desvanecerse, iban en aumento. Tuvo que oír —no sé si de su boca o de la de algún otro profesor—, algo que le guiase en la buena dirección… ¿Es mucho pedirle que me dé una pista de lo que pudo ser…?

Ángeles parpadeó varias veces. A continuación resopló.

—Está bien. De acuerdo… Hablemos un poco de aquello… ¿Qué quiere que le diga de los compañeros?… Ya sabe cómo es la gente… Los que no se casan con nadie, no se mojaron, pero la mayoría no lo creyó. La mayoría nos quedamos de piedra. No podía ser que Andrés hubiese hecho aquella barbaridad. Era un encanto de hombre…; siempre estaba dispuesto a echar una mano en lo que fuese. Un tío simpatiquísimo, buena gente. Acababa de llegar y ya se había ganado a todo el mundo. A mis compañeras —Ángeles sonrió con tristeza— se les caía la baba porque, además, era muy guapo… ¿Cómo íbamos a pensar que…? ¡Si es que no tenía ni pies ni cabeza!: Andrés estaba saliendo con María, una profesora de secundaria. Muy guapa también. Llevaban dos meses juntos. Y encima, Virginia y ella eran amigas.

Castillo tuvo un estremecimiento. «Muy guapa, también» Un buen motivo para quitar de en medio a Andrés.

—¿Sigue ella aquí?

La directora negó con la cabeza en el mismo instante en que sonó el teléfono. Lo cogió, se lo llevó al oído, dijo «un momento» y tapó el receptor de voz con la mano.

—Ya no. Estuvo más de un año de baja después de aquello. Luego le dieron comisión de servicios en otro centro… Perdóneme un momento. Seguiremos en cuanto acabe.

«¡Ahora que íbamos bien!», se lamentó Castillo al salir del despacho. Ya en el exterior, consultó la hora. Había llegado al colegio a las once menos cuarto de la mañana y eran las doce menos siete minutos. Después de tentar de esa manera la paciencia de la directora, era un milagro que no le hubiesen echado con cajas destempladas, se dijo. Ahora sabía que Andrés tenía una relación con otra mujer cuando asesinaron a Virginia. Ni Muriel se lo había dicho ni los periódicos lo mencionaban.

Comenzó a pasear por la galería de acceso a la dirección, que comunicaba con el enorme patio de cemento, y que estaba vacía de gente. Únicamente se oía un rumor muy quedo proveniente de las aulas. Estaba ansioso por conocer más detalles, y ahora no temía un cambio de actitud de la directora, pero hasta que volviese al despacho tenía que discurrir qué hacer con todas esas nuevas evidencias. Lo único que se le ocurría de momento era ir a ver a Muriel, a decirle que Bernal, como él había supuesto, había estado en el colegio. Las indagaciones en el gimnasio quizá habían proporcionado ya una primera lista en el rango de edad que se le suponía al asesino de mujeres que apodaban El Ciclista. Estaba seguro de que Muriel cotejaría la lista con la del profesorado del Maestro Echegaray en el curso dos mil tres a dos mil cuatro, o se encargaría de que lo hiciese la UCO… Muriel… Pensar en él le hizo recordar la llamada de Carolina y el mensaje que tenía pendiente de leer. Fue al buzón de entrada. El mensaje era, en efecto, de ella: *«Lola quiere que nos veamos en Atlántida. Me ha pedido que sólo te lo diga a ti. Es urgente. Estaré allí a las doce. ¿Podrás venir?».* Intentó hablar con Carolina pero no contestaba. Miró el reloj: eran las doce y diez. Tenía que haberse callado su propósito de tomarse los días, pensó por un momento. No tendría otro remedio que intentar acudir en cuanto acabase con la directora, aunque dudaba de que le diese tiempo.

El tablón de anuncios de la galería tenía unos dos metros de largo. Estaba protegido por un cristal con cerradura, bastante sucio por cierto. Expuestos en

su interior estaban la distribución de las diferentes aulas, los horarios de las tutorías y de las reuniones del claustro y del consejo escolar. También había mensajes publicitarios y convocatorias de cursos. Castillo se había distraído leyéndolos, cuando Ángeles volvió a llamarle. Miró de nuevo la hora… Estaba deseando verla. ¡Joder! ¡Era algo absurdo que le descentraba completamente! Pero… ¿cómo hacer para evitarlo?

—¿Por dónde íbamos?

Sin saber el porqué, comenzó a sentirse inquieto. Fuese lo que fuese, no tenía que ver con la atracción que sentía por Carolina. El mensaje de Lola… el teléfono de ella apagado. ¿Por qué tanta precipitación? ¿O no era nada de eso? Quizá tenía que ver con algo que había visto u oído. Sus ojos se achinaron.

—Le decía que por dónde íbamos…

—¡Ah! Perdone... Por María…

—Sí, María… Fue espantoso para ella. Imagínese…

—Seguro que otros profesores también…—Castillo se detuvo, rebuscando las palabras adecuadas—. Bueno, quiero decir que tendría a muchos más detrás.

—Desde luego que siempre estaba rodeada de hombres —reconoció Ángeles—. Ya sé lo que va a preguntarme. Y no. Antes de lo de Andrés, no había estado saliendo con otros profesores.

Algo no iba bien. ¿Qué era?... Sacó el móvil del bolsillo, rescató la llamada sin respuesta y volvió a pulsar la tecla verde. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura»

La directora tuvo la sensación de que su visitante había perdido todo interés en lo que estaban hablando.

—Si tiene algo pendiente...

Su inexplicable desazón aumentaba a un ritmo vertiginoso. ¿Por qué? Intentó concentrarse pero sintió que nunca había estado más confuso.

—Acabo de acordarme de… Perdone —se excusó Castillo, poniéndose en pie—. Seguiremos hablando otro día.

En unos segundos estaba en la calle. Andaba a paso ligero y no sabía la razón. Su instinto le decía que tenía que llegar a la sede de la asociación cuanto antes. Imposible entender en esos instantes el porqué… El reloj. Lo miró, nervioso, sin pararse: las doce y veinticinco.

Hacía bastante calor. Comenzó a percibir que su camisa se empapaba de

sudor conforme iba más y más deprisa. Pero su sudor no se debía sólo al calor que hacía y a su esfuerzo al caminar. Escuchó que le entraba un nuevo mensaje. Desbloqueó el móvil: «*¿Vienes o no*? *Date prisa*. *No te lo vas a creer*». Llamó otra vez. Esta vez ella colgó. De repente, tuvo una inspiración: no podía llevarse el coche hasta el centro de Málaga, de modo que cruzó a la carrera hacia la vía principal e inmediatamente paró uno de los muchos taxis que iban en dirección a la entrada del Hospital General, a apostarse en la parada de la rotonda de acceso.

—A la calle Cisneros.

En menos de diez minutos, el coche estaba girando por el cruce intermedio de la Alameda Principal, enfilando la calle Atarazanas. Y entonces le vino a la cabeza. El nombre. Sí, eso era. El nombre de un profesor que había en el tablón de anuncios. No exactamente el nombre, sino los apellidos: Velasco Silva… Velasco… ¿Dónde había *leído* antes esos apellidos? Llamó otra vez a Carolina con el mismo resultado negativo.

Por si acaso, Castillo efectuó *la llamada*. No había tiempo para explicaciones.

El taxi le dejó a menos de cincuenta metros del portal. Aligeró el paso. Carolina debía de llevar más de tres cuartos de hora en la asociación. ¿Estaría esperándole todavía?... «Es urgente», decía el mensaje. *Urgente*. «Me ha pedido que sólo te lo diga a ti»

«Usaba una muletilla. A la enfermera le sonaba que eran dos palabras». ¡Dios Santo!

Ahora se daba cuenta de su error. Tenía que haber calculado una década atrás, cuando presumió ante Carolina de haber intuido la conducta del secuestrador de Pablo. Alberto… David Vicente… El Topo llevaba muchos años en Atlántida.

Se olvidó del ascensor y subió a grandes zancadas las escaleras. El rellano del piso estaba a oscuras. Intentó dar la luz pero no funcionaba. No se oía ningún ruido proveniente del interior. «Quizá se hayan marchado ya» Pulsó el timbre. Al instante se movió la mirilla y, sin solución de continuidad, se abrió la puerta. A contraluz, apenas pudo distinguir nada de la silueta. Lo único que vio con nitidez, durante una fracción de segundo, fue la hoja del cuchillo que se dirigía a su cuello.

—Te estábamos esperando. Ya pensábamos que no vendrías…

42

—Buenos días.

—Hola… Vaya… no te esperaba aquí.

—Anda, entra.

Carolina traspasó el umbral y, nada más pasar al recibidor, volvió la cabeza.

—¿No está Lola?

—No… ¿por qué lo preguntas? ¿Te ha dicho que iba a venir?

Alonso giró dos vueltas la llave que había en el interior de la cerradura y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Carolina se sobresaltó ligeramente. ¿Por qué cerraba con llave? No había razón alguna para asegurar la puerta, a menos… a menos que Alonso quisiera retenerla… El resto de pisos del edificio estaban deshabitados. Le vino instantáneamente a la memoria lo que estuvieron hablando acerca del secuestrador de mujeres de Nancy… ¿Y si Alonso fuese El Topo?... Tenía todo el sentido. Quizá Clotet estaba a punto de descubrirlo y eso le costó la vida.

Tenía que salir de allí.

—Quizá sea mejor que me vaya y vuelva dentro de un rato.

—¿Para qué?—Alonso le puso la mano en el hombro y la empujó con suavidad hacia el interior—. Si Lola te ha dicho que iba a venir, no tardará en llegar. Llámala —sugirió.

—Sí, eso haré —dijo Carolina, un poco nerviosa, y sacó su móvil del pequeño bolso de mano—. No vaya a ser… —dijo mientras manipulaba el aparato— que le haya surgido algún contratiempo… Tengo un poco de prisa.

Se lo llevó al oído y aguardó respuesta. Los tonos de otro móvil comenzaron a oírse. Parecían provenir de una chaqueta colgada en el perchero: la chaqueta de Alonso. Pulsó colgar y los tonos cesaron.

—¿Tú tienes el móvil de Lola?—dijo Carolina esforzándose en disimular su nerviosismo.

—Lola se lo dejaría sin darse cuenta —respondió, impasible, Alonso—. Bueno, ya sabes que ése no es el que tenías guardado en tu agenda. Parece que el suyo lo perdió o se lo robaron… Por cierto…, no pude encontrar nada en las fichas.

Carolina comenzó a darse cuenta de lo que sucedía. Qué estupidez, no haber

desconfiado del número desde el que le habían puesto el mensaje, haciéndose pasar por Lola Tortosa. Retrocedió ligeramente. Alonso no la dejaría marchar. No tenía ninguna posibilidad de escapar. Tenía que avisar a Fernando.

—Tengo que ir al aseo un momento.

—Está averiado.

—Entonces bajaré a la cafetería de la esquina.

—No puedes —Alonso se había interpuesto entre la puerta de salida y Carolina.

—¿No puedo? ¿Qué estás diciendo?... Dime qué está pasando aquí —exigió Carolina.

—Nada —Alonso avanzó hacia ella despacio—. ¿Hablaste con Lola?— (Aturdida, Carolina movía la cabeza de un lado a otro, como si comprendiese de golpe muchas de la cosas que no tenían explicación) —. No, ¿verdad? *Ella* únicamente te puso un mensaje. Un mensaje —repitió Alonso, mientras Carolina retrocedía—. Igual que el que le puso Pablo a sus padres, ¿recuerdas? Un mensaje puede ponerlo cualquiera.

—Ábreme la puerta, por favor.

—¿Por favor?...—Alonso se le había acercado hasta acorralarla entre una de las mesas y el testero con el que formaba un ángulo de noventa grados—. Vaya. Así me gusta. Odio que las mujeres intenten darme órdenes.

Carolina intentó marcar el número de su marido, pero le temblaban demasiado las manos para actuar con rapidez. El secretario de Atlántida se abalanzó hacia ella y, de un puñetazo, hizo rodar el móvil por los suelos. Luego dirigió un golpe seco de su codo derecho a la cara de Carolina. El impacto tuvo unas consecuencias similares a estrellarse corriendo a veinte kilómetros por hora contra una pared de cemento. La derribó como si fuese un muñeco de trapo. Carolina pudo sentir su cerebro dando bandazos en el cráneo, mientras que un picor intenso se adueñaba de su nariz; tan intenso que se le saltaron las lágrimas. Y, con él, un dolor insoportable. En su propia confusión, se oyó a sí misma gemir igual que un cervatillo herido. Intentó hablar pero no pudo articular más que dos o tres palabras. Tenía demasiada sangre en la boca. Tosió, atragantándose.

—Hijo de puta… ¿Qué… haces?...—sentía un dolor intenso al mover los labios— Déjame. ¿Estás loco?

Alonso se le había echado encima, portando un rollo de cinta para empaquetar. En un segundo, le sujetó con destreza los pies con la cinta y luego

hizo lo mismo con las manos, uniéndolas en la espalda. Inmediatamente cogió del suelo el teléfono de ella, y puso un mensaje a Castillo… Hubo una respuesta inmediata. Alonso pulsó colgar.

—Conque qué hago… —Alonso estaba en pie, mirándola, con las piernas abiertas y el cuerpo de ella entremedias—. Dímelo tú. Si no hubieras sido tan entrometida —se lamentó sinceramente, porque ahora él también percibía El Miedo—, no te hubiera pasado nada. Metí la pata hasta el fondo, lo reconozco. Fui un bocazas. Lo del mensaje de Pablo, no se había divulgado. Tarde o temprano lo hubieseis descubierto tu marido y tú. ¡Maldita puta! No me inspiras nada… ni siquiera compasión. Eres la típica tía que no se resigna a la vida de casada. No te dejan tener tus propias metas, ¿verdad? En el fondo eres una infeliz. Pero, claro, tenías que demostrarle a tu marido que eres muy lista… tan lista como el más listo de los policías.

—Fer… nando —balbució Carolina, paralizada por el miedo y el dolor—. Él… sabe…

—¡Mentira!—aulló Alonso, agachándose de nuevo y sofocando la boca sangrante de Carolina—¡Mentira, mentira, mentira! Eres igual de embustera que las demás. ¿Crees que estás tratando con un idiota? ¿Piensas que no me di cuenta? Tu marido no sabe que te ves con tu amiguito el médico. Has estado engañándole. Nunca le cuentas que te reúnes con él, ¿verdad? Te dan miedo sus celos. ¡Estúpida!

Alonso le desabrochó violentamente el vaquero y tiró de él para bajarlo.

—No…no —protestó ella, completamente aterrada.

—Tranquila… tu coño no me interesa —dijo Alonso. Luego se secó las manos, húmedas de la sangre y saliva de Carolina, con un folio, y utilizó la cinta de empaquetar para tapar la boca de Carolina—. Dejémoselo a tu amigo —depositó en el suelo el rollo de cinta y siguió tirando del pantalón hasta enrollarlo bajo las rodillas. Acto seguido hizo lo propio con las bragas. Los ojos de Carolina se dilataron en señal de espanto—. Tu amigo y rendido admirador, Ramón Castillo, llegará en cualquier momento. Eso es lo bueno de desear en secreto a otra persona, que te vuelves absolutamente predecible —sonrió malévolamente—. Ramón no traicionaría por nada del mundo tu confianza, de modo que no se le ocurriría decirle a nadie que viene a reunirse contigo, y mucho menos a tu maridito. Sabes, Carolina, que hace tiempo que Ramón tiene ganas de meterte mano; se le nota cuando te mira. Es por ahí, por donde comenzaré a edificar mi versión de lo sucedido.

Se secó de sudor la frente utilizando el antebrazo derecho y se puso a pasear en círculos alrededor del cuerpo de Carolina. Parecía haber estado ensayando su discurso. Quizá tuviese que guiar a la policía: tenía experiencia en ello.

Hoy te ha llamado, haciéndose pasar por Lola. Él quiere estar a solas contigo a toda costa, y por eso te ha citado aquí. Cuando llegues, te lo encontrarás esperando en el rellano. Lola no está, nadie contesta en el piso. Te animará a utilizar la llave para que ambos la esperéis dentro. Quizá llames a Lola antes de tomar una decisión, pero al final, al no conseguir contactar con ella, accederás a abrir la puerta. Aprovechará para decirte que te necesita, que no para de pensar en ti, que está como loco y no puede ni dormir ni respirar por tu culpa. Tú le rechazarás y no podrá soportarlo… Intentará forzarte y, al final, te estrangulará. Nada lo relacionaría con el crimen. No es ningún tonto: trama sobre la marcha aferrarse a la lista de sospechosos de la que hablamos cuando estuvimos aquí los cuatro. Sabe que te has implicado a fondo con esa lista y sabe que cuando le interroguen puede «dejarlo caer». Pero las cosas no le saldrán como, apresuradamente, había planeado, porque yo apareceré justo cuando lo tengas encima… Lucharemos y me herirá con este cuchillo —Alonso mostró a Carolina un enorme cuchillo de monte—, pero al final se lo arrebataré y lo mataré. Intentaré reanimarte y liberarte. Mis huellas estarán junto a las suyas en la cinta que le sirvió para reducirte. Se hallarán restos de mi saliva en tu boca, y alguna de tus costillas estará rota, por el empeño que pondré en intentar resucitarte… Será en vano. Luego, debilitado por mis heridas y agotado, llamaré al 112 y me dejaré caer en el suelo… Huelga decirte que el teléfono desde el que Ramón «te puso» el mensaje a nombre de Lola, se hallará en su bolsillo. Únicamente sus huellas estarán en él. Es un teléfono robado, cuyo origen es imposible de rastrear.

Alonso meneó la cabeza durante unos segundos, con la satisfacción del que ha concluido un examen de matrícula. Posteriormente suspiró.

—No debiste aceptar la llave que te ofrecí.

Los ojos de Carolina se inundaron de lágrimas pero le fue imposible acompañar con auténtico llanto su desesperación. Estaba a punto de desfallecer. Sólo pensaba en Ale, en que no volvería a verlo. Sabía que estaba a punto de morir y que nada podría salvarla. Aun así, trató de reservar fuerzas: dedujo que si Alonso no la había matado todavía, era porque tenía que seguir

el plan previsto. Y el plan exigía que Ramón llegase al piso.

El secretario se apartó de la aterrorizada Carolina, dejándose caer en una de las sillas giratorias. Ahora tocaba esperar: no podía arriesgarse a acabar con ella hasta que no tuviese dominado a Castillo.

Transcurrió más de un cuarto de hora hasta que sonó el timbre.

—Ya lo tenemos aquí —susurró Alonso.

El timbrazo hizo salir bruscamente a Carolina del letargo en el que el tremendo golpe de Alonso la había sumido. Le dolía todo el cuerpo, y especialmente los brazos y la cabeza. Como por reflejo, sus músculos se contrajeron de pánico e intentó liberarse y gritar. Lo único que consiguió fue ponerse al borde de un colapso por la falta de aire. Nunca había sentido tanta impotencia. Pasó por su cabeza el deseo de morirse antes de que aquel monstruo pudiese arrebatarle la vida.

Los ojos volvieron a empañársele, pero sus oídos captaron el ruido que hizo la puerta al cerrarse y el doble clock del pasador de la cerradura. Alzó la cabeza con esfuerzo y distinguió a Castillo caminando despacio hacia donde ella estaba. La imagen era borrosa pero se aclaraba a ratos. El monstruo iba pegado a él, ligeramente por detrás, y su brazo derecho le rodeaba el cuello. La hoja del cuchillo que antes le había mostrado, presionaba sobre la yugular izquierda del médico. Carolina lamentó haberle metido en aquel asunto. Se sentía responsable a pesar de lo desesperado de su propia situación.

Castillo se detuvo al llegar junto a ella. No le era difícil imaginar lo que había planeado el secretario. Le temblaban las piernas. Tenía que convencerle de que desistiese o, al menos, ganar tiempo. Intentó comprobar si Carolina estaba herida pero el cuchillo le impedía mirar hacia abajo.

—Alonso...

—¡Cállate! Estoy pensando lo que hacer contigo —mintió Alonso.

—El marido de Carolina está a punto de llegar. Acabo de…

—¡Mientes!—le cortó el secretario de Atlántida. La hoja se hundió ligeramente en el cuello del médico. Inmediatamente aflojó la presión. No podía rebanarle el cuello en aquella postura o su versión se vendría abajo—. Date la vuelta… Despacio —y agarró a Castillo de la camisa para guiarle, manteniendo el cuchillo en la yugular.

—Es la verdad…—Castillo vio un calidoscopio de imágenes de su vida. Lamentó no poder besar a su hijo—. No lo empeores, te lo pido por favor.

Alonso volvió a rodearle por detrás, le agarró del pelo y situó la hoja del

cuchillo en su nuez.

—Ahora tienes la oportunidad que querías.

Pensó en Jorge con toda la intensidad de la que fue capaz. Tenía que reunir fuerzas.

—Escúchame —dijo Castillo con voz firme—. Vengo del colegio. He hablado con Ángeles. Nadie creyó que Andrés lo hubiese hecho. Te relacionarán si nos matas.

«¡Me quieres liar, cabrón!» Alonso le agarró del pelo y le empujó para que se inclinase sobre Carolina. Tenía que terminar cuanto antes con aquello.

—Cállate y fóllatela de una vez. Es lo que querías, ¿no?... Mejor todavía —Alonso improvisó sobre la marcha. Sería definitivo que hallasen la saliva del médico en la vulva de Carolina—: cómeselo.

El secretario desplazó el cuchillo hasta el costado de Castillo, manteniéndole agarrado por el pelo y le empujó hacia abajo. Carolina flexionó las piernas en actitud de defensa. Las lágrimas le resbalaban, mojándole el pelo. Apretó los párpados, agónicamente. Por más que lo intentaba, no conseguía llenar los pulmones con una brizna de aire.

El timbre sonó con furia, al mismo tiempo que golpeaban atronadoramente la puerta. «¡Policía! ¡Abran!»

Castillo notó un pinchazo. Rashhh. El cuchillo se había hundido varios centímetros en su costado derecho después de resbalar sobre una de sus costillas. Por fortuna, al volverse hacia la puerta, Alonso le soltó y se llevó el arma con él.

Le dolió más al salir.

Se trastabilló a causa del dolor y terminó por caer al suelo, pero pudo mantenerse sentado. La sangre empapaba un trozo de la camisa. La levantó y se palpó la herida: manaban burbujas de sangre. Comprendió que tenía perforado el pulmón derecho e intentó taparse el agujero con la palma de la mano izquierda «No es la peor herida posible», pensó para consolarse. Debía respirar despacio y reservar fuerzas.

Se oyó un golpe potente y abrupto. Alonso comenzó a gimotear: «Hijos de puta… hijos de puta… hijos de puta». Se acordaba de aquel día en la gasolinera. Y sobre todo, recordó el comienzo.

Era el final.

¿Qué sería de Bruno? No le dejarían volver a verlo.

—¡Tira el cuchillo!—gritó Muriel, apuntando con su arma a Alonso.

Entonces vio de reojo a Carolina. Estaba viva. «¡Gracias a Dios!»—. ¡Cabrón! ¡Tíralo, te he dicho!

—¡Tíralo!—gritó el resto.

Los tres agentes que acompañaban a Muriel, también le apuntaban. Alonso dejó caer el cuchillo. Dos de ellos, fueron por él y lo redujeron.

La sirena de la ambulancia empezó a oírse a lo lejos, justo en el momento en que Muriel se lanzó a socorrer a su mujer.

EPÍLOGO

La puerta estaba ligeramente abierta. Muriel la empujó con suavidad y dejó caer su antebrazo derecho sobre el pomo. Estupendo: no había visitas. Se quedó en esa postura, callado, unos segundos. Luego dijo:

—Ya te ajustaré las cuentas.

Castillo dejó el libro sobre la mesilla, tratando de no girar el cuerpo. Era la edición en pasta dura de Crimen y Castigo que Sandra le había encargado. Lo más molesto era llevar el tubo de drenaje, porque la herida sólo le dolía al toser y al darse la vuelta en la cama. Lo que no dejaba de dolerle era que Sandra no le hubiese visitado una sola vez y que Jorge apenas le hubiese llamado en aquellos siete días. Bernal ya se lo había advertido: *ella se los queda*.

—¿Cómo está Carolina?

—Pufff. Va tirando —Muriel se adentró en la habitación.

—¿Y tu expediente?

Fernando Muriel se encogió de hombros. Había estado a punto de perder a Carolina. En otras circunstancias, el expediente le hubiese quitado el sueño pero el incidente del piso había trastocado por completo su escala de valores.

—El instructor me ha citado el cuatro del mes que viene. Ya veremos. Por cierto… Ya sabes que se ha hecho oficial lo de Bernal.

—Pues no. Es la primera noticia que tengo.

—Después de lo de Fuengirola, estuvo en Atlántida. Emilio Ríos lo reconoció por la descripción que le hemos dado. Dice que fue a tomar un café con Alonso y que ya no le volvió a ver más. ¡Joder, debí imaginármelo!

—Luis siempre nos llevó la delantera —admitió Castillo.

—Fue el que mejor interpretó a Monroy —dijo, sin atisbo de ironía, Muriel.

—Pero cometió un error imperdonable.

—¿Cuál?

—Confiar en Alonso. No consigo entenderlo… Debió de contarle que se había pedido permiso, además de sus planes con respecto al colegio; decirle lo de Virginia Bermúdez y la teoría del *falso culpable.*

—Te equivocas: yo no le conté nada.

La voz salía de detrás de Muriel. Castillo sintió como una sacudida: era sin

duda la voz de Luis Bernal. Intentó decir algo pero fue incapaz de articular una sola sílaba. El cuerpo de Muriel —que sonreía de oreja a oreja— lo tapaba completamente.

Así transcurrió uno o dos segundos. Pero ese tiempo a Castillo le pareció una eternidad.

Bernal salió por fin de su escondite. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que se vieron. Incluso parecía haber rejuvenecido unos años.

—Sólo le vi una vez —explicó—. Y nunca llegué ni la mitad de lejos que tú.

—¡Qué coño…!—acertó a decir Castillo, debatiéndose entre la emoción y el llanto.

Bernal se sentó en el borde izquierdo de la cama. Cogió la mano de su amigo y la apretó con fuerza.

Los ojos se humedecieron.

—¿Es que pensabas que me iba a dejar matar?

Castillo le miró a los ojos. Lo supo al instante: Luis se la había jugado.

—Eres un cabrón. ¿Cómo has podido hacerme esta putada?

—No tenía otra opción —dijo Bernal, incorporándose.

—¿Que no tenías…?—se indignó Castillo, y al punto contuvo el aliento a causa del dolor que provenía de su costado derecho—¿Y tú?—miró fijamente a Muriel—¿No dices nada?

Muriel se encogió de hombros.

—Que estoy de acuerdo contigo: es un cabrón.

Bernal se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sabía que no harías nada, a menos que me dieras por desaparecido —dijo, enarcando las cejas.

A Castillo apenas le salió un hilo de voz:

—Por poco me matan, hijo de puta…

—Eso no figuraba en mi plan. Tú sólo tenías que analizar las cosas. Reconozco que calculé mal los riesgos.

Castillo echó la cabeza hacia atrás

—¿Cómo no me di cuenta…?—dijo con los ojos entrecerrados—. El día aquél en el marítimo, la cinta… —murmuró.

Bernal negó con la cabeza.

—Nada de eso fue premeditado…

—Cállate ya, por favor —le cortó Castillo.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Qué ganaría ahora con negarlo?—Bernal se respondió a sí mismo—: Nada. Mi idea, desde un principio, era resolverlo con tu ayuda. Cuando me di cuenta de que no era posible, intenté hacerlo solo. Fui a ver a Monroy con esa finalidad. Lo que pasó fue que, llegado a cierto punto, no sabía cómo avanzar. Entonces ideé lo de simular mi desaparición. Me di dos meses de plazo, el tiempo que me quedaba de permiso. Fue muy fácil: falté a mi cita con Miguel y apagué mi móvil. El Follador es muy sentido. Era cuestión de días que tú lo supieras. Sabía que no prestarías atención a la cinta si no se daban unas circunstancias extraordinarias…

—¿De verdad pensabas que Ramón iba a resolver el caso?—terció Muriel —. Así, por las buenas. ¡Tú no carburas bien!

—Os conocíais. Estaba seguro de que acudiría a ti en cuanto se temiese lo peor. Además, Fernando, tú le habías visto actuar en el paseo marítimo. Era inevitable que unierais vuestras fuerzas. Por cierto… formáis un buen tándem.

El sentimiento de haber recuperado al amigo que creía muerto estaba aún fuertemente mezclado con la humillación del engaño. Si no fuera por Carolina, no habría merecido la pena.

—Ya me había hecho a la idea —dijo Castillo.

—¿De que ese hijo de puta me había rebanado el pescuezo?

Castillo asintió con una sonrisa.

—Lástima —suspiró.

Bernal también sonrió, luego de cruzar una mirada con Muriel.

—Bueno, os dejo —dijo—. Ya hablaremos tú y yo cuando te recuperes—. Y salió de la habitación.

—¿Desde cuándo lo sabes?—dijo Castillo en cuanto se cerró la puerta.

—Me enteré el día en que ingresaste.

—Ya. Y no le has mandado a tomar por culo.

Muriel sacudió la cabeza.

—Su treta dio resultado. ¿O no?

—Por supuesto —Castillo se llevó la mano al drenaje—. No sé cómo estuve tan ciego.

—También me engañó a mí.

—Pero tú no le conocías como le conozco yo. No es la primera vez que me la juega el hijo de puta…

—La verdad es que fue muy convincente. Dejarse el ordenador, la ropa. ¿Quién podía imaginárselo?

Castillo expulsó el aire con fuerza por su nariz.

—Adivinó que no pondrías sobre aviso a Europol.

Muriel se sentó en el borde de la cama.

—Adivinar no es la palabra. Él sabía perfectamente cómo funciona.Ahora… —cambió de tercio— nos queda lo más difícil en toda esta mierda.

—¿No ha dicho todavía qué hizo con los cuerpos?

Muriel había sido apartado y suspendido de sus funciones durante un mes, aunque Ramos le mantenía regularmente informado. Sabía por él, y por lo que le filtraba desde los juzgados un amigo, que El Ciclista se había enrocado en un mutismo absoluto.

Dejó la vista clavada en el suelo un instante.

—No —dijo, alzando la mirada—. Pero tiene una propiedad en las afueras del Puerto de la Torre. Seguramente llevó allí *los* cadáveres. Estamos esperando la orden judicial para removerlo todo… Frecuentaba el gimnasio al que iban Álvaro y Natalia, tal como tú supusiste. Era cuestión de tiempo que la UCO lo detuviese.

A Castillo le costaba un mundo mirar a Muriel directamente a los ojos. Era algo muy incómodo charlar de todo aquello como si nada ocurriese. Desde que despertó de la anestesia, meditaba la manera de afrontarlo. ¡Qué complicado resultaba! Lo único seguro es que un *asunto pendiente* seguía viciando su relación con Fernando: esas idas y venidas con Carolina, que los dos se sentían obligados a ignorar para mantener una relación civilizada. Le avergonzaba.

—No sabes cuánto lo siento —se disculpó—. Comprende cuál era mi situación.

—¿Y cuál era?—dijo Muriel, en tono cortante.

—No podía hacer lo que tú… No podía ignorar lo de Luis.

Muriel asintió con la cabeza y se acomodó en el borde de la cama. Todavía no había decidido si Castillo hizo bien en subir al piso. ¿Puso en un mayor riesgo a Carolina al hacerlo? ¿O contribuyó a salvarla? Tal vez nunca lo supiese. Pero si debía estarle agradecido… ¿cómo reprocharle ahora que anduviese yendo con ella de un lado a otro a sus espaldas?

—Ya habrá tiempo de hablarlo. ¿Qué te queda de estar aquí?

—No sé. Tres o cuatro días, quizá.

Muriel se incorporó con intención de marcharse.

—Cecilia Abreu colaboró con Atlántida como voluntaria en un par de ocasiones, pero nunca quiso un carné… ¡Cabronazo!—Muriel suspiró hondo y frunció el ceño, como si le costase decidirse a continuar—. Esto es confidencial... Hemos sabido que ese malnacido fue confidente de Villalobos, ya sabes, el jefe de la Unidad de Personas Desaparecidas. Le pasaba falsos anónimos sobre sus propios secuestros. Estamos tratando de relacionarle con una docena de desapariciones sucedidas en los últimos diecisiete años. Y con otros tres asesinatos, por lo menos. La prensa se está poniendo las botas con él… —se dio la vuelta para irse, pero se detuvo y volvió a girarse hacia Castillo—. Es un hijo de puta muy raro. Los niños eran su vida: es desconcertante que comenzase de pronto a matar mujeres.

—No soportaba ver feliz a la gente.

Muriel se quedó con la mirada perdida durante un par de segundos.

—Por más que me esfuerzo, no consigo comprenderlo.

«No sabes la suerte que tienes»—murmuró Ramón Castillo para sus adentros, en cuanto Muriel salió de la habitación.

Volvió a coger Crimen y Castigo, pero lo dejó abierto unos segundos sobre su regazo, pensando en la vida que iba a tener en adelante. Sandra… Jorge… Ninguno sería ya parte esencial en ella.

Tenía cuarenta y ocho años, demasiados años para empezar desde cero. Y sin embargo, le daba miedo encarar la rutina que le aguardaba fuera del hospital; sentía como si pudiese engullirle. Necesitaba «fabricarse» algún proyecto para subsistir, algo que no hubiese hecho hasta entonces, algo que incluso le desvelara cada noche, como le había desvelado el enigma de aquellos últimos acontecimientos. Y en lo que, por supuesto, no estuviese Bernal presente. No lo consentiría.

Tenía que pensar en ello.

Así le sería más fácil sacar a Carolina de su cabeza.

Mi gratitud para Pepa Navarro, que corrigió el texto sin importarle cuánto tiempo se robaba a sí misma.
También a Juan Pérez Vico, que puso su experiencia como policía a mi disposición
Y a todos los que leyeron mi obra y me ayudaron con su paciencia a mejorarla.

1 Antigua fábrica de azúcar, actualmente sin actividad.